COLECCION

DE

HISTORIADORES DE CHILE

Y DOCUMENTOS RELATIVOS

Á LA

HISTORIA NACIONAL.

(TOMO VI.)

CRONICA DEL REINO DE CHILE, ESCRITA POR EL CAPITAN
DON PEDRO MARIÑO DE LOVERA.



SANTIAGO,
IMPRENTA DEL FERROCARRIL, Calle de la Bandera, núm. 39.
1865

CRÓNICA DEL REINO DE CHILE,

ESCRITA POR EL

CAPITAN DON PEDRO MARIÑO DE LOVERA.

DIRIJIDA AL EXMO. SEÑOR DON GARCIA HURTADO DE MENDOZA,

Marques de Cañete, vice-rei y capitan jeneral de los Reinos del Perú y Chile.

REDUCIDA A NUEVO MÉTODO, Y ESTILO

POR EL PADRE

BARTOLOMÉ DE ESCOBAR, DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

Al Exmo. señor don García Hurtado de Mendoza marques de Cañete, y vicerei de los reinos del Perú y Chile. Bartolomé de Escobar de la Compañía de Jesus, salud y eterna felicidad en nuestro Señor Jesucristo.

Una de las cosas, señor Exmo., que me aumentan el gusto, que en servir a V. E. con estos renglones recibo, es el hallarme desobligado a prolongarlos, con escribir el punto, que por una parte es inexcusable, y por otra pudiera causar prolijidad, habiéndose de explicar, como la materia pide. Esto es tratar del fin que me movió a escribir de nuevo esta historia: el cual constándole a V. E. no ser otro, sino la voluntad y obligacion que de servir a V. E. tengo, me parece estoi justamente eximido de renovarlo: pues ultra desto ninguna otra cosa fuera parte para ello. Porque, aunque la materia no sea la que derechamente mi profesion ejercita, mas bien mirada, no la tengo por fuera della: pues a un príncipe tan defensor de la relijion cristiana, y celoso de su aumento, y tan protector de las particulares relijiones, y afecto a ellas, y señaladamente a nuestra compañía de Jesus, cualquier servicio que se le haga se puede presumir que redunda en lo que todos pretendemos, que es la gloria del nombre de Cristo, a la cual todos debemos aspirar ante todas cosas. Y no tengo por cosa mui remota deste intento el asunto que he tomado en esta historia, pues se trata en ella orijinalmente el modo como entró, y se ha ido aumentando en estas partes nuestra santa fé católica, para que en semejantes ocasiones tenga el lector aviso de como debe proceder así en seguir lo que aquí se dá por lícito y loable, como en evitar lo ménos puesto en razon, y aun lo exorbitante della, si hallare algo que merezca tal nombre. Ni tampoco es razon que deje yo de estimar por suficiente motivo, el que tiene por tal V. E., que es no dejar frustrados los trabajos de don Pedro Mariño de Lovera, autor de esta historia; el cual con extraordinaria dilijencia escribió, así las cosas de que fué testigo, como persona que se halló en Chile, casi a los principios de su conquista, como las que inquirió con tanta solicitud, que ninguna cosa mas deseaba, que el no ver en su historia cosa que discrepase un punto de la verdad averiguada. Y desto puedo decir, que soi testigo: porque del mesmo modo con que conmigo hablaba desto pocos

dias ántes que muriese, colejia yo claramente ser pura verdad la que trataba, porque en su sinceridad, y llaneza no pudiera caber doblez, o ficcion, que pudiera desimularse, sin echarla de ver, mayormente quien tanto daba y tomaba con él en esto, como yo. Y bien se le echa de ver, que no atendia a otra cosa, sino a la verdad sola y apurada; pues ni se curó de lenguaje ni estilo, ni de buscar quien le fuese ayudando en este asunto al tiempo que escribia, siéndole tan necesario, como persona que demas de su natural sinceridad, se habia ocupado siempre en las armas y en ejercicios militares nada concernientes a este ministerio; tanto que habiendo acabado de escribir su historia, deseando que se redujese a disposicion, lenguaje, y estilo, se contentó con quien tan corto caudal y suficiencia tiene como yo, que por reconocerla tanto no me atreviera a salir a esto, si no fuera mandado de V. E. cuya benignidad suple mis faltas, animándome a mas de lo que por mí solo me fuera justo. Verdad es que no reparo tanto en el injenio mal subtilizado, lenguaje y método mal proporcionado a lo mucho bueno que se requeria para la descripcion del reino de Chile; la diversidad de sus templos; la abundancia de sus mantenimientos; la ferocidad de sus naturales, y riqueza de sus minas; y finalmente el discurso de su conquista, y asiento: en lo cual no va mucho estar mas o ménos bien puesto en órden histórico, y elegante estilo: lo que he temido es solamente el emprender esta obra, en cuanto tiene insertas las memorables hazañas de V. E. que miéntras mas tengo que escribir dellas, tanto ménos acierto a referirlas, sin bajar mucho de los quilates, a que ellas suben. Pero ningun hombre discreto se espantará de que yo no atine a ponderar como es razon el haber V. E. siendo de veinte y dos años cuando entró en el gobierno destos reinos, salido con empresas, que arguyen cincuenta de madureza, y muchos mas de experiencia; como se verá en el discurso desta historia. Bien sabe todo el mundo de la manera que entró V. E. a apaciguar un reino inquieto, y rebelado entre bárbaros de dobladas fuerzas y temerarios brios; y entre españoles medio alborotados, estando sin concierto y órden el estado de las cosas; y haberlo dejado todo tan llano, cuanto ántes y despues, que V. E. alzó mano de su gobierno esa (1)........destruido, y miserable. Gran cosa fué sin duda el haber V. E. en........... dos jenerales españoles aposesionados de la tierra enviándolos...... fuera del reino y pacificándolo en todo; y habiéndose con los suyos con tal equidad y peso, que no hiciesen jénero de desden, o desafuero: grande el haber entrado en aquellas...... famosísimas batallas campales con tan reducido número de soldados entre el excesivo de los bárbaros belicosos, saliendo siempre con la victoria: grande el haber acometido a una fortaleza entrándose solo por la puerta entre veinte mil enemigos, teniendo apénas veinte soldados que le siguiesen: grande el haber fundado siete ciudades y puesto en órden las que estaban antes desconcertadas: y no ménos grande el haber he-

(1) Los puntos suspensivos indican las palabras perdidas por el deterioro del MS.

cho mucho y sacar nada de interes de las Indias, como consta en todas ellas. Pero lo que es mas que grande, y de mayor ponderacion, es el comun sentir no solo de los españoles, que en todo Chile y el Perú han llorado tanto la ausencia de V. E. cuanto deseado su venida, mas tambien la voz de los mismos bárbaros, que perseveran en la guerra, los cuales públicamente han clamado desde entónces, que con ninguno otro medio, se allanarian, si no es con V. E. De suerte, señor Exmo., que la falta que en mí reconozco de los requisitos para escribir exactamente cosas tan aventajadas, me habia puesto casi a punto de desistir deste laberinto: mas considerando atentamente las circunstancias, me pareció que la cortedad de mi caudal para tratarlas, por una parte es ganancia de V. E. sin pérdida mia, y por otra granjeo yo mucho sin disminucion del nombre de V. E. Digo ser ganancia, pues lo es, y mui ilustre, que las obras de V. E. sean tales, que no haya injénio que acierte a darles el punto en que ellas están: y sin menoscabo mio, pues no pierdo yo nada en no llegar a lo que ninguno alcanza. Dije tambien ser interes mio; porque miéntras el lenguaje y estilo es mas humilde, se colejirá mas claramente no haber en mi intento alguna mezcla de otro fin, fuera del que me he propuesto de servir a V. E., pues no viendo en mí cosa de que se pueda hacer ostentacion de mi parte, presumirá cualquier discreto, que está de parte de V. E. todo lo que me mueve, y no otra cosa; y esto sin detrimento de las hazañas de V. E., pues son ellas tan manifiestas a todo el mundo que ni el alto estilo las acumula, ni el bajo las disminuye. Y cuando no estuvieran por sí mesmas tan notorias, fueran agora manifiestamente conocidas por las presentes del gobierno, y justicia que V. E. en el Perú administra, de que somos todos testigos; donde así las pias como las grandiosas, hinchen enteramente el vacío que el marques mi señor, padre de V. E., dejó en su muerte, segun con razon esperamos, dichosa, nunca acabado de llenar hasta el tiempo en que V. E. vino a ello. Pregúntelo a los pueblos de indios cuyas iglesias estaban arruinadas por haberlas arrasado con el suelo los furiosos terremotos pasados, y están ya todas reedificadas con tantas ventajas que en solo este valle de Lima, donde V. E. reside, ha fabricado cuatro, y reparado las demas en lo necesario; lo cual se ha hecho a este tenor en los demas lugares deste reino; díganlo tambien los hospitales, así el de los españoles fundado por el marques mi señor, padre de V. E., y el de San Diego agora de nuevo edificado, y favorecido con el amparo de V. E., como el de los indios, jente a quien V. E. con particular afecto favorece y ampara; pues vemos que actualmente está V. E. aumentando estas casas, ilustrándolas, con hermosas fuentes no ménos útiles para el servicio que deleitables para recreacion de los enfermos, socorriéndolos con este regalo, que gozan hoi todas las relijiones, y lugares públicos desta ciudad de los Reyes con tanta abundancia y hermosura, que parece era otra la ciudad cuando V. E. entró en ella, de la que es agora en la sazon presente. Y no quiero que sean solos enfermos los indios que atestiguan con esto, sino todos universalmente de cual-

quiera disposicion y estado; a los cuales, como a jente miserable, y amilanada, ha eximido V. E. de gravísimas vejaciones, siéndoles refujio y alivio en todas cosas así temporales como espirituales, de que estaban no poco necesitados. Veo tambien que los motines y desconciertos que en unos lugares se rujian, y en otros comenzaban a tramarse, les cortó V. E. los brios sin dejarles alzar cabeza, apagándose como centella los que faltando la prevencion y dilijencia de V. E.; pudieran ser de tanto detrimento que pusieran al reino del Perú en continjencia, y a canto de perderse, si Nuestro Señor por su misericordia no tomara a V. E. por instrumento para allanarlo todo en sus principios, poniendo resguardo a lo que si viniera a mas rompimiento tuviera sin duda fines desastrados. Dejo aparte la nueva poblacion de Castrovirreina para el asiento, y labranza de las ricas minas de nuevo descubiertas; y otra semejante hecha en Guáilas, de no ménos prósperas esperanzas: ni tampoco hago mencion del nuevo pueblo de San Lázaro; ni de la insigne fábrica de las casas reales de la habitacion de V. E.; ni de la grande cantidad de artillería y municion con que V. E. ha ilustrado y fortalecido la tierra, y guardado el mar, cosa que no poco admira a los que agora diez años ni vimos rastro desto, ni aun pudiéramos persuadirnos que en cien años viniera pueblo de las Indias a tanta medra, como hoi vemos, estando así esta ciudad de los Reyes como su puerto de mar y navios que por él navegan, tan lleno todo de piezas gruesas, tan perfectas i bien labradas, que creo nos podrian tener envidia los lugares que en Europa están mas guarnecidos y pertrechados, lo cual toco tan de paso, no porque la cosa no sea digna de ponderacion y estima, sino porque la veo mejor declarada por los efectos. Me remito, pasando a otra cosa tan pía cuanto liberal, segun de la mano y jenerosidad de V. E. se esperaba. Esto dirán mejor no pocos hombres honrados tan pobres que andaban casi muriendo de hambre, a los cuales ha ausiliado V. E... no cesan de echarle bendiciones. De manera que siendo las... que V. E....... Chile notorias a todos así por sí mismas como por las presentes que gozamos, no puede mi cortedad de razones perjudicar a sus trofeos, cuanto mas que............. en mi facundia para poder cumplir con la materia, me reprimiera al conocer la condicion de V. E..... no gusta tanto de ver sus hazañas escritas en los autores cuanto de ser autor de ellas por la obra. I por haber tenido atencion a esto el capitan don Pedro Mariño de Lovera, y.......... en que destas cosas insignes i memorables de V. E. que él tenia escritas ántes de que V. E. viniese por vicerei de aquestos reinos, se cercenasen no pocos renglones por haber ya V. E. venido, por cuya mano habia de pasar este libro, las cuales estaban léjos de deberse quitar tilde dellas, pues ántes se les debia de añadir mucho si hubieran de pasar por otra mano. I desta limitacion que pusimos...... segun nuestra voluntad y la mesma casa que ....en todas ellas........... los orijinales primeros desta historia, los cuales........ muchos años ántes que V. E. viniese, quitan toda sospecha de lisonja, pues estaba el autor bien descuidado de ver en es-

tos reinos a V. E., sabiendo como hombre.......... esperimentado que la cosa........... mas deseada es la que está mas léjos de venir a efecto, y el haber Dios Nuestro Señor cumplido el universal deseo destos reinos, trayendo a ellos tal príncipe por quien tanto anhelaban todos desde el dia que V. E. salió de ellos, me persuado haber sido por querer su Divina Majestad enviar un comun refrijerio a estas tierras a tiempo que estaban en medio de tantos infortunios i calamidades, que todos por nuestros pecados esperimentábamos. Ninguno hai a quien no le conste que halló V. E. los pueblos con excesiva carestía de mantenimientos, universal hambre, enfermedades y pestes gravísimas, apenas a la sazon fenecidas del todo, edificios arruinados lastimosamente con los estraordinarios terremotos que poco ántes habian precedido, con otras muchas calamidades dignas de propia historia, todas las cuales se trocaron en tanta prosperidad y contento, que somos todos testigos que de treinta años a esta parte no se ha visto tan comun sanidad y buenos temporales; ni abundancia de frutos, y ganados tan copiosa; ni tanto lustre y crecimiento en las ciudades, así por los edificios restaurados, como los de nuevo fabricados desde los cimientos: no olvidándome de lo que el verlo cada dia a los ojos no me dejara olvidar aunque quisiera, que es el haber dado V. E. asiento y órden en dos casas de las mas principales que ejercita la república cristiana; la una la prevencion y ensaye ordinario en el ejercicio militar, y la otra el crecimiento y buen progreso de las letras, que cuando no hubiera mas que ver a esta ciudad de los Reyes tan ilustrada con tantos colejios y seminarios, unos de nuevo fundados por V. E. y otros aumentados con su favor y amparo, era motivo suficiente para tener por felice su venida a estas partes. Cuanto mas si tocase el punto que prepondera casi a todos los que he tocado, que es haber salido estos reinos de un jénero de opresion, y aun ignominia de las befas que cada dia nos hacian diversos piratas ingleses, entrando y saliendo por este mar del sur como por su casa, y saliendo siempre con la suya con no echar vez lance en vano sin llevar presa, tanto que parecia se andaban paseando por el mar, tomando los navíos que les hacian al caso sin resistencia alguna, y hallándolo todo a pedir de boca, sin haber quien se lo demandase con no pequeña nota de la honra española, que no suele sufrir que se le hagan semejantes burlas y gasquetas, ni dejarse estar tan sojuzgada como lo estábamos de estos corsarios, que nos tenian puesto, como dicen, el pié sobre el pescuezo. Bendito sea Nuestro Señor que nos ha traido tan deseado príncipe y tan cabal en todo lo que habian menester tan precisamente estos reinos, pues la primera vez que estos enemigos acometieron entrar en tiempo de V. E., fueron todos destruidos con desastrados temporales ántes de embocar por el Estrecho de Magallanes, como se vió el año de noventa y dos, y la segunda vez que fué el año de noventa y cuatro cuando vino el jeneral Richarte de Aquines, de tres navios que traia perdió los dos en el camino quemándose uno ante sus ojos, y el otro yéndose a fondo sin poder socorrerle aunque lo veia, y aun el mesmo

jeneral que se tenia por mejor librado en haber entrado con su capitana y lancha a correr esta costa, ni halló en ella de aquellas presas que sus antecesores, ni dejó él de quedar preso, por haber puesto V. E. dilijentísima prevencion y resguardo en que todo estuviese puesto en cobro; y juntamente cometiendo esta empresa a la persona mas calificada destos reinos, que es el señor don Beltran de la Cueva, hijo del conde de Lemos y hermano de mi Señora la marquesa, con cuya jornada, y el órden con que V. E. procedió en dar alcance a este corsario, le hubo a las manos V. E. a él y a todos los suyos, tomándole el navio y lancha y poniéndole en la prision, donde al presente está, cual todos vemos. Y no quiero dejar de advertir por respecto de los que en Europa podrian leer esta victoria, que no se debe quilatar de la manera que en Italia o España se hiciera, sino como cosa mucho mas excelente que allá pareciera, atento a la disposicion deste reino; cuyos moradores calificamos esto por gran negocio, como jente que tocamos con las manos las cosas de por acá y sabemos la incomparable dificultad que hai en salir con semejantes empresas; todo lo cual escribo sin recelo de sospecha de adulacion alguna, sabiendo que la gloria i alabanza se debe a Dios primeramente, para la cual es justo no ocultar tan manifiestas misericordias; i para acordar a V. E............. ni estado, cuanto le incumbia obligacion de dar incesablemente gracias al Señor, a quien ...., tomando a la de V. E. por instrumento para poner.... .... perfectamente. Y por resolucion de esta carta solo me resta que decir, que aunque yo no soi autor desta historia, ni he añadido cosa concerniente a la substancia, ántes quitado............ por evitar prolijidad, i si algunas he de nuevo escrito, son algunos puntos comunes al Perú y Chile que yo he visto, y han sido necesarios para declaracion y entereza de la historia de suerte que............ por mi .... he puesto, por la mayor parte no es mas que la disposicion, y estilo deseando dar a cada cosa la ponderacion y punto que se le debe: pero cuando llegué a escribir la parte que en esta crónica a V. E. pertenece, no me satisfice con que tuviese un autor solo, sino dos juntos, pareciéndome que por ser cosas tan heróicas y extraordinarias no era razon perdonar punto de la autoridad, que se le podia dar a la historia; y para ayudar, yo algo.............. de mi profesion, hice.. .... informándome mui por menor............ fidedignas que en Chile conocieron a V. E. y hallándolas tan contestes............. Pedro Mariño de Lovera, que finalmente no pude añadir cosa de substancia ultra............. una nueva autoridad, que........... exámenes deben resultar en lo que escribo. Lo.............. mente en el acatamiento de V. E. de cuya mano espero, que la ha de venir a este libro el.............. que tanto el................. deseo, y yo no he acertado a darle: teniendo V. E................. a los largos trabajos, y contínua dilijencia de don Pedro Mariño de Lovera, y lo............ deseo servir a V. E. que parece obliga a la jenerosidad de tan gran príncipe a favorecer sus intentos, levantando de quilates lo que yo por

mi parte he deslustrado; aunque no por eso des.............. de la confianza que en la benignidad de V. E. tengo, que recibirá por servicio este pequeño cornadillo, que yo he puesto como de siervo, y capellan, que se ocupa mucho mas que en esto, en suplicar a Nuestro Señor guarde la excelentísima persona de V. E. como todos estos reinos, y otros muchos lo........... para mayor servicio y honra de Nuestro Creador y Señor Jesucristo: al cual sea para siempre la gloria, que le es debida, y espero en su infinita bondad dará a V. E. un eterno descanso y bienaventuranza como todos sus siervos y capellanes desta mínima compañía con la debida instancia le suplicamos.

BARTOLOMÉ DE ESCOBAR.

AL CRISTIANO LECTOR.

Entre las infelices calamidades que universalmente se esperimentan en estas Indias, no es la ménos de llorar la inquieta instabilidad del estado de las cosas que casi siempre se toman como de paso y de prestado, atendiendo cada uno al blanco de su pretension, y alzando mano de lo demas, dejándolo correr por do corriere. Quiero decir, que la mayor partes de los hombres que pasan de Europa a estas partes, emplean su conato en atesorar las riquezas, a que vienen anhelando con designio de dar la vuelta a sus deseadas patrias; para gozar en ella los bienes que en las Indias hubieren acumulado. De aqui es que todas las demas cosas, que son concernientes al aumento de sus haciendas se miran como propias, y las que desdicen desto como ajenas, y fuera de propósito; o como casa de arquiler, que es mirada con mui diferente cuidado de propio dueño, o del inquilino, que no mira mas de tener casa en que vivir por aquel año, aunque al fin dél quede tan deslustrada, que no pueda otro entrar a habitar en ella. En efecto, los ejercicios, a que en la América se han dedicado los que de fuera han venido a ella han sido sacar oro y plata, o ayudar a ello, sin tomar de propósito el levantar y autori zar las cosas de esta rejion con amor, y afecto a ellas, como a propias ántes usan lo que con la misma tierra, que en sacando el metal de los minerales, lo desentrañan cuanto pueden, recojiendo la plata, y echando, como dicen, por ahí la tierra. De aquí procede el poco caso que hasta aquí se ha hecho de poner en historia las cosas memorables deste nuevo orbe, habiendo en él tantas, y tan extraordinarias, y de tanta admiracion para todo el mundo. No quiero cansar al lector acumulando razones para apoyar la utilidad y aun importancia de escribir historias; baste para confirmacion de todo, el haberla usado gravísimos autores, y los dichos de todos los sabios que intiman este asunto como absolutamente necesario. No poco ponderó Ciceron este punto, cuando dijo en lo *de oratore*: la historia es testigos de los tiempos; luz dela verdad; vida de la

memoria; y maestra de la vida. Y asi en las repúblicas bien ordenadas habrá hombres eruditos diputados para escribir sus anales, y para que la diuturnidad del tiempo no pusiese en olvido sus grandezas. Bien se colije la estima que los antiguos tenian desto; del uso de los romanos, los cuales levantaron estátua con lengua de oro a Josepho Histórico, con ser estranjero; y a otros muchos, como consta de sus escritores. Y no fuera de pequeño inconveniente el andar a ciegas sin saber hacer distinciones de personas nobles, para echar mano dellas cuando se ofrecen lances de importancia, las cuales personas se disciernen de la jente vulgar, y de menor grueso, por lo que de sus antepasados se lee en las historias; sin las cuales mal se pudiera averiguar la antigüedad de la prosapia y oríjen de cada uno; y los exclarecidos hechos, por los cuales merecieron sus antecesores la honra y opinion en que son tenidos los descendientes. Cuanto mas que para emplearse un hombre en este ejercicio basta el ver, que muchos hombres de sútiles injenios han estado en innumerables errores por carecer de historias; con las cuales han venido en conocimiento de la verdad otros muchos de moderados, y aun cortos entendimientos; pues nadie duda haber sido raro el caudal de injenio de Aristóteles, el cual se despeñó en graves desatinos acerca de la creacion del mundo y de las cosas consiguientes a esta estando certificados de la verdad innumerables hombres de humildes entendimientos; porque gozan de las historias sagradas, las cuales instruyen al lector en lo que segun la lei catolica todo confesamos. Viene mui apropósito lo que pasa en las mesmas Indias, donde al presente estamos; de cuyos naturales ni sabemos el oríjen, ni de qué parte, o por qué via hayan aportado a estos reinos; y andamos conjeturando acerca desto, sin atinar con el rastro de la verdad, no con poco disgusto de los hombres políticos, y curiosos, solamente por faltar historias antiguas desta tierra, por la barbaridad de aquesta jente. Y es esto de tanto inconveniente, que aun los que sabemos las cosas, que han pasado de dos o tres mil años a esta parte entre los lacedemonios, atenienses y espartanos, y en otras rejiones remotísimas, que no nos tocan, solamente por la curiosidad y vijilancia que tuvieron en escribir historias; andamos a ciegas en las cosas que sucedieron ahora ochenta o noventa años en los mismos reinos que habitamos. Y entre otras muchas utilidades que trae la historia no es la de ménos estima el ser incentivo de virtud a los lectores; porque como dijo Oracio, mas remisamente mueven las palabras que los ejemplos, o sabidos por relacion de las historias, o vistos por los ojos. No puede negarse, que el ver a otros que fueron de la mesma masa y condicion nuestra, frájiles y deleznables, y como dicen de carne, y hueso, finalmente hombres que venciendo sus naturales inclinaciones................todo por no faltar a Dios, ni a su rei, ni al pundonor........y de................con.......a los pere......, y por otra los hizo salir..............cualquier negocio heróico, y......por ganar lo que ganaron los que hicieron, lo que ellos imitan. Y por decir mi sentimiento desnudo de toda aficion y sin recelo de que alabo cosa mia, me parece que está la historia que

escribo tan....de esterilidad en esta parte que ántes hai materia a manos llenas. Porque si el lector pondera los intolerables trabajos, memorables hazañas, y valerosas empresas, no se por qué deba anteponer ni hacer mas caso de los famosos hechos de los griegos, romanos, y asirios, ni tener por mas señalados los de Alejandro Magno, y Julio Cesar; pues hallará aquí Hectores, Aquiles, y Roldanes tanto mas dignos destos nombres, y otros de mas estofa, que si alguna diferencia hai entre aquellos antiguos, y estos nuestros, es el ser mas averiguada verdad la que....................que los.............bien ponderados de las suyas. Mas a la verdad la.................que yo hallo para que estas cosas no hayan dado tan grande estampido en el mundo.... ....dos a los que las oyen, es el ser cosas de Indias; las cuales han caido entre hombres......................y mercancias, no entre Josephos, Homeros, Titolivios ni Plutarchos. Que si hubiera.... ....de cronista que de..........ya reconociera el mundo que no es uno ni diez....................Cides que ha tenido España escondidos en este rinconcillo del reino chilense. Y.... ....estos tan valerosos hombres ni han dejado estátuas levantadas, ni suntuosos.....................su memoria, tengan siquiera por algun premio de sus trabajos el ser en paz......... ....historia, aunque con cierto ménos aparato, que ellos merecian; pues ni yo puedo dar alcance cumplidamente a este asunto, ni me atrevo a arrojar a los que con razon pudiera poner las cosas tales que podrian causar algun jénero de sospecha a quien no ha visto la fiereza, multitud y fortaleza de estos bárbaros, mayormente tucapelinos, y araucanos; ni considera mas de cerca las grandiosas obras; que por acá se han hecho tan insignes y calificadas, que aun yo mesmo no pudiera creer haberlas hecho a otros que los españoles.

VIDA

DEL CAPITAN DON PEDRO MARIÑO DE LOVERA,

AUTOR DESTA HISTORIA.

Don Pedro Mariño de Lovera fué natural de la gran villa de Ponteviedra en el reino de Galicia, hijo de Hernan Rodriguez de Lovera y Rivera, y de doña Constanza Mariño Marinas de Sotomayor. Fué su padre rejidor perpétuo del dicho pueblo, y capitan jeneral en su costa de mar por S. M. real del emperador don Cárlos V. Habiendo guerra entre España y Francia, desde el año de 1538 hasta el de cuarenta y dos, en el cual tiempo con celo de la honra de la M. Cesárea puso la espada en la cinta a su hijo don Pedro, autor de esta historia, dándole los consejos concernientes a la calidad de su persona para que procurase siempre dar de sí buena cuenta, esmerándose en las cosas de virtud, y llevando adelante las buenas costumbres de sus projenitores. Habiendo, pues, servido a su padre en oficios de su ejercicio militar algun tiempo, le pareció que le estaria bien dar una vuelta en las Indias; y así lo intentó y trató con su padre cuya licencia, y bendicion alcanzó; con la cual puso en ejecucion su deseo, saliendo de su patria el año de 45. El primer viaje que hizo fué a la ciudad de Nombre de Dios; de la cual dió la vuelta para España, mas por justos respectos que le movieron, que por desistir de la prosecucion de sus intentos. Mas, como llegase a la Habana, para de allí pasar a España, acertó a venir en aquella coyuntura el licenciado Gasca por Presidente del Perú: el cual halló a don Pedro de Lovera en este puerto de la Habana, y le hizo echar por otro rumbo enviándolo a la nueva España con ciertos recaudos de importancia para don Antonio de Mendoza vicerei de aquel reino. Dió tan buena cuenta de sí en este negocio, que pasando el mesmo vicerei al Perú a gobernarle, lo trajo en su compañía hasta esta ciudad de

los Reyes, donde hizo asiento. Mas, como don Pedro era tan aficionado a las armas, y supo que en el reino de Chile habia no poco en que emplearse acerca desto por las contínuas guerras, que hai entre los indios naturales de la tierra y los españoles, púsose en camino para allá, a donde llegó el año de cincuenta y uno. Lo que en esta conquista sirvió a S. M.; los trabajos que padeció en razon de esto; la gran suma de dineros que gastó quedando al fin pobre, por no haber recibido alguna paga, o jénero de remuneracion, se verá mejor en el discurso de la historia, la cual él escribió con suma dilijencia, desvelándose en inquirir las cosas que dejó escritas, y aunque su lenguaje, y traza en el escribir demas de ser el que ordinariamente usan los de Galicia, era de hombre ejercitado mas en armas que en libros, y la letra que escribia era mal formada, con todo eso tomando en las manos un papel, y tijeras, cortaba unas letras tan perfectas, que ningun maestro las sacara mejores con pluma y tinta. Y de estas letras hacia muchos rétulos en derredor de las cortaduras que cortaba con tal primor, que por gran servicio las presentaba a cualquier príncipe. Y lo que mas me espantaba, era que siendo harto viejo tomaba un papel de dos dedos de ancho y de largo de todo el pliego, y lo cortaba por medio por lo grueso, haciendo de una mesma tira dos del mesmo ancho, y largo, pero mucho mas delgado que estaban ántes. Y con la mesma sutileza tomaba un manojo de cabellos, y los iba cortando de abajo arriba, haciendo de cada uno dos sin quitarles punta del largo que tenian. Lo cual escribió por ser curiosidad mui particular y una gracia mui buena en un caballero que tenia la mano hecha a la lanza, como mas largamente se refiere en la historia con las demas cosas de su vida. Murió a fines del año de noventa y cuatro en la ciudad de los Reyes, a la cual habia venido de Camaná, donde habia sido correjidor sin haber aun sacado a su mujer del distrito de su correjimiento por haber poco tiempo que habia dejado el tal oficio. Rebibió todos los sacramentos con la preparacion debida en hombre tan cristiano, dejándonos esperanzas de que Ntro. Señor le tiene consigo en la eterna felicidad, para que todos fuimos criados.

LIBRO PRIMERO.

DE LA SITUACION, Y CONQUISTA DEL REINO DE CHILE

HECHA POR

DON DIEGO ALMAGRO.

CAPITULO I.

De como el adelantado don Diego de Almagro tuvo noticia del reino de Chile, y se puso en camino para descubrirle.

En las Indias Occidentales, con razon llamadas nuevo orbe, asi por la grande lonjitud de su distrito como por estar tan remotas de las tres rejiones conocidas de los antiguos, está un reino llamado Chile en la parte última desta nueva rejion llamada América, de que tratamos; el cual aunque no está en mayor altura que de veinte y cinco a cuarenta y dos grados, que tiene este reino de lonjitud yendo de norte a sur, con todo eso es el mas llegado al polo Antártico llamado medio dia, que hai en toda la América, porque la tierra que vá mas adelante acercándose al dicho polo austral, o es despoblada, o por descubrir; la cual se va prolongando por el largo estrecho de Magallanes, cuyos moradores apénas se sabe cuáles sean: y asi hablando de la tierra conquistada por los españoles, es la deste reino de Chile la mas próxima al sur, y la de mayor altura que hai en su rejion. Por la otra parte que se va apartando del medio dia confina con el Perú, aunque tiene en medio tantos despoblados, y provincias casi desamparadas e incultas, que hai mas de quinientas leguas deste reino de Chile a lo que propiamente se llama Perú, mayormente si se toma el lindero por la parte marítima; porque tomándose por la tierra mas alta, que está de la otra parte de la cordillera, confina este reino con el de Tucuman, que está inmediato al Perú; y así el descubrimiento de este reino de Chile fué inmediatamente hecho despues que el Perú fué descubierto, y por los mismos conquistadores, por el órden siguiente, remitiéndome en lo que toca al Perú............ ....historia.

Habian............en la...................el marques don Francisco............y un caballero llamado don.................... de Almagro como los principales cabezas............caudillos, de suerte, que S. M..........emperador Cárlos V. rei de n..............ñas para satisfacer al..........como a sus..........mando que el.... ....del......conquistado estuviese............de................ marques fué gobernador.................del reino que estaba mas lle... ....don Diego de Almagro....................de la ciudad del...... ....y aunque es verdad...................de la conquista que........ ....en la tierra, no fué cosa de duda, porque todo el caudal eran pedazos de oro, y.........que estaban recojidos en las huacas;....cuales son unas grandes cuevas llenas de huesos, retretes escuros que servian, asi......oráculos de los demonios que hablaban a los indios hechiceros en aquel lugar; como de enterramientos suyos; y por ser costumbre de los indios principales llevar consigo todas sus riquezas al sepulcro cuando mueren, vino con el tiempo a crecer mucho la riqueza de las huacas; y así los españoles hallaron al principio todo lo que habia, junto, y como dicen, ahechado. Mas pasado este primer lance y fortuna, no se hallaba..........riqueza de las minas, que ahora hai porque no estaba descubierto el famosísimo cerro de Potosí, que es el mas rico de todos los minerales de plata que se sabe en el universo; y así estaba la tierra ménos......Tuvo a esta sazon don Diego de Almagro relacion de este reino de Chile, del.........cada año gran suma de......el rei Inca del Perú llamado Guaynacapae, y pareciéndole que seria negocio acertado proseguir su marcha hasta.... ....Chile...................cuyo conocimiento...... ....los bárbaros deste......tambien...................y quien se habian de superar.........Y así se resolvió en poner en ejecucion su intento comenzando luego a convocar alguna jente española, de la cual era ilustre gran parte y juntamente se previno de todas las armas que pudo, haber defensivas, y ofensivas, con los demas instrumento bélicos, municion, y vituallas concernientes a tal entrada; y habiendo juntado como quinientos españoles, en cuyo......... .....y avio gastó gran suma de............por ser tiempo..........razonable............... tres y........mil pesos, se pu......................haciendo reseña, de la jente.............entre los cuales hizo eleccion de capitan del ejército, poniendo los ojos en los..........para tal oficio por ser el blanco que........cosas debe poner a los ojos en todas las ocasiones donde hai comunidad, el procurar......haya cabezas con mucha prudencia y........es......para esto las personas de mas lustre y valor. Y así en el primer..............que el adelantado........................ salió por su teniente........................Orgoñez, hombre...... ....por maestre..............Nuñez de..................que industrioso; i tal fué tambien el alférez jeneral Diego Maldonado. Por capitanes Noguerol de Ulloa: Gomez de Alvarado: Rui Diaz de Torres: Juan de Herrada: Juan de Saavedra; y Francisco de Chaves; con

cuya eleccion, puesto en órden el ejército, comenzó a marchar el año del Señor de mil y quinientos y treinta y cinco, precediendo el capitan Juan de Saavedra con su compañía, para recorrer en la provincia de Paria alguna jente que estaba convocada, donde llegó el resto del ejército a pocos dias, y descansó algun tiempo para poder proseguir en adelante. Habiendo hecho alto para renovar el órden con la nueva compañía, vino en busca del adelantado un indio llamado Pablo Inga hermano de Topa Inga, que a la sazon era rei del Perú por muerte de Huaynacapac. Este Pablo traia consigo sesenta mil indios de pelea, para ofrecerse con ellos, como............adelantado para ayudarle en su conquista. Dióle las gracias el adelantado................grandes... ....agradecimiento............ajeno de recelo en verse rodeado de tantos indios, los cuales aunque venian en su favor y parecia felice suerte, con todo esto.......................cuando.......................y así trató con Pablo con achaque de evitar trabajos excusados, que escojiendo algunos sus mas amigos, despidiese la gruesa de su jente: lo cual se ejecutó volviéndose a sus casas mas de cuarenta mil indios, y siguiendo Pablo con el resto el órden que el adelantado le daba en todo. Estando así confederados los españoles con los indios fueron prosiguiendo el viaje comenzado hasta llegar a una provincia llamada Jupisa, en la cual tuvieron de nuevo el motivo que diré para su intento. Llegó un indio principal llamado Huayllullo que bajaba de Chile con el presente acostumbrado, que aquel reino ofrecia al rei universal del Perú, el cual tenia en Chile dos gobernadores de aquel reino puestos por su mano, el uno en el valle de Mapuche, y el otro en el de Coquimbo; de los cuales era enviado por embajador el Huayllullo; y era tanta la veneracion con que en aquel tiempo respetaban los indios a su rei, que por mas reverencia traian el presente......en unas andas ricamente artificiadas con guarniciones de oro de martillo llevadas en hombros de indios principales; a los cuales hacian solemne recibimiento en todas las provincias, por donde pasaban en honor de su rei, que así lo mandaba. Era todo el presente de oro fino en barretas, y tejas que se suelen hacer por fundicion del oro que se saca de las minas envuelto en la mesma tierra donde se enjendra. Pero entre esto traia dos granos de oro criados en la mesma tierra, que venian sin pasar por fundicion, los cuales eran de estraordinaria gradeza, por que el uno pesó catorce libras, y el otro once; con los cuales era toda la suma de oro que traian hasta doscientos mil pesos de oro, que valian trescientos mil ducados; y en lugar de marca traian las barretas y tejas la figura de su rei. Recibió el adelantado con mui buen rostro al indio embajador, y con mejores manos el oro que traia; del cual se aposesionó comunicando su intento con el Huayllullo, y dándole razon de su viaje y aviso de que ya estaba libre de semejantes tributos, pues el rei del Perú era otro; al cual solo se debia obediencia; conviene a saber el emperador Cárlos V.: y así le persuadió a que se volviese con él cesando en su viaje pues habia cesado el fin a donde lo dirijia. Condescendió Huayllullo con el ade-

lantado volviéndose con él a Chile; y era de ver el contento, y.... con que acudian los soldados a cojer cada uno aparte los mas largos ratos que podia a el embajador para informarse del pormenudo de la riqueza de la tierra; el cual les hablaba tan al paladar que con el grande peso del oro que prometia, los alijeraba mas que con espuelas a los caballos; aunque por entónces fueron forzados a hacer alto en aquel lugar, y yo en aqueste con la historia, dejando el progreso para el capítulo siguiente.

CAPITULO II.

De algunos encuentros que tuvo don Diego de Almagro en el camino con los bárbaros en las provincias llamadas Jojouí, Chihuana y Quirequire; donde hubo una famosa batalla.

En este asiento de Jupisa estuvo detenido el ejército mas de tres meses, hasta ver como se podria allanar el paso, que, segun se decia, estaba mui poblado de jente en la provincia siguiente llamada Jojouí, por lo cual salió adelante por explorador un capitan con jente de a caballo, y de a pié; a quien salieron a recibir los indios bárbaros, que estaban en la fortaleza de aquel puerto, convidando con la paz y amistad, para asegurar a los españoles, como lo hicieron, de suerte que se alojaron cerca de aquel fuerte; de donde enviaron al jeneral aviso de todo, quedando todos ellos sin él, y con total descuido. No tardaron mucho los indios en descubrir sus intentos, dando de repente sobre los españoles con ánimo determinado, de manera que los hicieron retirar con pérdida de cuatro soldados, por mas valentias, que hicieron entre los indios. Sabido por el adelantado estas desgracias sintiólo íntimamente, sabiendo cuanto importa entrar con buen pié en semejantes coyunturas; y así lo dió a entender a los de su campo, representándoles la importancia desto para animarlos con la eficacia de sus razones, diciendo ser cosa de grande inconveniente ir a los principios de vencida, mayormente entre jente bárbara; lo cual si al principio es sojuzgado de los brios de sus enemigos, queda tan cobarde, y amilanada, que no osa en adelante resistirlas; y por el contrario, si a los principios sale con la suya, cobra tal orgullo y avilantez, que no hai quien despues se pueda averiguar con ellos. Y en razon desto despachó al capitan Francisco de......con ochenta hombres de a pié, y de a caballo, y algunos indios de su ejército, para que fuesen a dar el debido castigos a los atrevidos bárbaros, con tal rigor, que volase la fama por la tierra adelante poniendo pavor a los demas indios, que se habian de ir conquistando. Partió sin dilacion aquella compañía bien pertrechada: y en llegando a la fortaleza......en ella con toda dilijencia considerando..........los lugares mas a propósito para..........ella; y habiendolo reconocido todos no pudo conocer lugar flaco aunque por todas partes no cesaba de darle batería, prohibiendo ....y entrada de los contrarios. Acordaron los españoles de valerse del remedio mas cierto, y provechoso que es la oracion; sin la cual

mui, mal..........de momento, pues lo que los hombres.............. no pueden acabar.........industrias, despues de haber hecho......no de potencia, lo concluyen con grande facilidad acojiendose a Dios....es dificil.........................mostrar de desamparar a los suyos en semejantes aprietos, para que se acuerden, que todo el bien ha de venir de su poderosa mano; como consta a cada paso de la sagrada escritura; y lo verá claramente el que leyere el capítulo veinte del Exodo, donde se dice, que estando el pueblo de Dios peleando con los Amalecitas......... Moises alzando las manos a Dios puesto en oracion, vencian los suyos; y ......bajan....y aflojando en su..........de sus contrarios. Y así se experimentó en esta necesidad de que tratamos; porque se vieron tan apurados los bárbaros, que......no pudiendo resistir al nuevo ímpetu de los cristianos desampararon secretamente aquella noche su fuerza; aunque por mucho que lo disimularon, no pudieron dejar de ser sentidos de los españoles, los cuales acudieron al ruido; y entrándose por la fortaleza no hallaron, persona en ella; pero no fué lance en vano, porque demas de la provision que en ella habia de vituallas, tuvieron a los enemigos desencastillados, para poderlos seguir a placer hasta darles alcance matando a los que iban en la retaguardia, y cojiendo la ropa y otras cosas, que por alijerarse, dejaban los fujitivos.

Poco despues deste conflicto llegó allí el adelantado con el ejército; y juntándose con él la jente que habia precedido, fueron todos con buen órden en prosecucion de su viaje hasta otra provincia llamada Chihuana. En este lugar anduvieron algunos españoles con tan libre soltura, y demasia que hicieron muchos desafueros contra los indios de aquel asiento, entrándose por sus casas, como por viña vendimiada, a saquearlas. Cuya insolencia indignó a los moradores, que estaban a la mira en las cabezadas del valle, de tal manera, que arremetieron con ímpetu a dar en los desmandados; y prevaleció su cólera y brio, de manera que pusieron en huida a los nuestros, descalabrando algunos, y cautivando a un soldado, cuyo nombre era Antonio de Salazar ....el adelantado......refriega....cuarenta hombres de a caballo y algunos de a pié, con los cuales salió a ponerse en celada usando un ardid de guerra astuto, y avisado desta forma, iban con el ejército muchos indios Yanaconas (que es nombre índico, el cual quiere decir, mozos de servicio) y....que andaban...entrada, no solamente servian de traer....y leña, y......de los caballos... ......concerniente.... ......tambien ayudaban a sus amos en la guerra como hasta hoi lo hacen los indios......de Chile, gu.........au.........y parie........... yanaconas, y....los demas indios guerreros del ejército distribuyó el adelantado muchos por diversos lugares del valle, para que estando por allí esparcidos se....en ellos los enemigos; y al tiempo....en ellos, sobreviniesen los españoles cojiendo a los contrarios a....Dicho y hecho: apénas habian asomado los yanaconas cuando los bárbaros se vinieron descolgando por los cerros.............apriesa los arcos, crujiendo las hondas, y haciendo volar por los aires, recios dardos de pal........con

puyas de cobre, y con menuda.......... arrojadizas. Los españoles estaban viendo el espectáculo a pique para partir en oyendo la voz del adelantado, que aguardaba sazon para hacer su lance; mas un soldado estaba tan violento con la dilacion, que le comian los piés por abalanzarse como lo hizo, sin aguardar órdenes. Apénas habia salido de su puesto, cuando los bárbaros lo divisaron; y entendiendo la letra, volvieron al punto las espaldas ántes de llegar a lo llano; con lo que se perdió la ocasion de cojerlos en campo raso, donde los españoles son mejores. Picado el adelantado, y sentido de que los enemigos se fuesen alabando, se arrojó tras ellos sin aguardar consultas, y así por la destreza, que tenia en gobernar la espuela, y siendo como por ser el caballo de tanta estima, que habia costado cinco mil ducados, en breve tiempo dió alcance a los bárbaros, y alcanzó a los dos últimos enemigos. A esto revolvió un consorte de los alanzados, hombre valiente y animoso, y tiró una saeta con tal violencia, que acertando a los pechos del caballo, dió con él en tierra muerto; y aun puso en aprieto al adelantado, que estaba casi debajo del caballo. Hallóse allí cerca un soldado no ménos industrioso, que leal llamado Juan Martin de Cáceres; éste se apeó de su caballo, y sacando del peligro al adelantado lo subió en el, mientras los demas acudieron a resistir al indio, que lo habia derribado, alanceándolo con algunos otros a quienes dieron alcance; y aunque por la aspereza de la cuesta que era fragosa, no pudieron proseguir adelante, con todo eso hicieron riza; porque esparciéndose por todo el valle descubrieron algunos indios que estaban escondidos, y trayéndolos ante el adelantado, les mandó dar rigurosos castigos por la muerte del español, y a vista de todos fueron empalados, los que se hallaron en la matanza.

A pocos dias despues de estas refriegas llegó con su compañía el capitan Noguera de Ulloa, que habia quedado atras; con cuya llegada se ....el ejército, y prosiguió su camino a otra provincia llamada Quirequire. En esta descansó algunos dias, previniéndose de bastimentos; i hecha suficiente provision fué prosiguiendo por sus jornadas hasta dar en una campaña desierta; aunque en medio de ella estaba un fuerte de dos tapias en alto, por el cual entraba un rio para servicio de los que estaban dentro, que eran como quince mil indios de guerra naturales de aquella provincia, los cuales estaban bien prevenidos de mantenimientos para algunos dias, y no ménos de diversos jéneros de armas, como jente que no atendia a cosa fuera desto. Informado el adelantado de aqueste puesto por los corredores del campo, que lo descubrieron, acudió con toda presteza a ponerle cerco con la jente española que traia en la vanguardia: y......no tardó mucho en llegar el resto del ejército con el maestre de campo; al cual mandó que juntase los capitanes y oficiales de guerra con algunos otros caballeros diestros en ella, haciendo consulta sobre el caso; hallandose allí Rodrigo Orgoñez, su lugar teniente, con cuyos pareceres se determinó de tentar primero la via mas loable, y que suele disculpar a los agresores, que es el con-

vidar primero con la paz; y así lo puso por obra, persuadiendo a los bárbaros, que se asomasen los gobernadores por encima de la muralla, para tratar con ellos sus intentos. Y habiendo ellos salido a tratar del caso, les dió sumariamente relaracion de su venida; y ánte todas cosas les comenzó a instruir en el conocimiento del criador, intimándoles la importancia de la fé, con la cual debian creer, y confesar, que hai un Dios salo y universal Señor del cielo y tierra; criador y gobernador de todas las cosas, y dellos mesmos, aunque no lo conocian, y juntamente les dió noticia que Dios es tres personas Padre, Hijo y Espíritu Santo, que aunque son en sí distintas, no son tres dioses, sino uno solo, y un mismo ser y sustancia, y añadió la obligacion que tenian a reconocer a tal Señor, de cuya mano recibian no solo el ser, pero tambien los demas provechos que le venian de las criaturas; así plantas como animales; y no ménos de las celestes, como sol, luna, y estrellas, que no son Dios sino criaturas suyas para el bien del hombre. Y para esto ponderó las grandes ventajas de los bienes que Dios tiene aparejados en el cielo para los que le temen y sirven fielmente, cuya gloria es tan incomparable, que por no ver a los hombres frustrados de ella como merecen por sus pecados, se dignó el hijo de Dios, que es la segunda persona de la Santísima Trinidad, de hacerse hombre en las entrañas de la gloriosa vírjen María, para redimir a los hombres caidos en pecado, así el orijinal que todos contrajimos de nuestros primeros padres, como de otros...... con que somos inficionado cada dia; por los cuales han de ser castigados los que no temen a este Señor, y consiguientemente lo serian ellos con tormentos eternos en el infierno. Dicho esto les notificó la conquista avisándoles, que los reinos del Perú estaban sujetos a la real corona del emperador Cárlos V., a la cual se debian ellos rendir, para ser remunerados de S. M., como leales vasallos; donde no, que serian todos oprimidos, y por fuerza de armas castigados hasta dar fin de todos ellos, sin quedar hombre a vida. Oidas estas razones por los bárbaros sin aguardar consulta dieron la respuesta con las armas, enviando sobre los españoles una gran rociada de flechas, que tiraron por las fronteras i saeteras de las murallas, que tenian hechas para tales ocasiones. Y no se levantaban ménos que las saetas los alaridos de toda aquella jente bárbara deseosa de pelear, como cosa que tenian de oficio.

El adelantado con voluntad de evitar efusion de sangre, y no venir a rompimiento tornó, a dar otro tiento ántes de venir a las manos: y así procuró dar órden en atajar el rio que pasaba por el fuerte, para que sin matanza se le rindiesen. Mas ni este ni otro algun medio, que se intentaba tuvo efecto: porque tenian dentro de la fortaleza, otro manantial suficiente para todos: y así fué forzoso el tomar el último remedio que fué llevarlo por fuerza de armas. Púsose la jente en órden de pelea sin querer por entónces admitir el ausilio de Paulo Inga; ni de sus indios, que venian en favor de los españoles; porque quiso el adelantado que entendiesen los indios que los españoles eran bastantes pa-

ra toda aquella, y mucha mas jente bárbara, que hubiera. A esto respondió Paulo Inga, que ya que no se queria servir dél su señoría en aquel lance en cosas de guerra, que le diese licencia para servirle en cosas concernientes a la paz permitiendo, que tratase con aquellos bárbaros sobre el negocio. Condescendió el adelantado con su demanda; con cuya licencia trató Paulo con los bárbaros de..........persuadien................del rei.............................los moradores de........................Echaron por......los bárbaros las...... de su vasallaje.........queriéndole llevar por punta de lanza, y abreviar razones contrarias a sus costumbres.

Vista la determinacion de los bárbaros se determinaron los españoles de llevarlo a fuego y......no se pudo hacer el ....de la fortaleza, así por ser mui estrechas y bajas como por las machinas de guerra que habia en..........disimulados............de los agresores...... ...o cojidas, cuya dificultad bien considerada obligó a los cristianos a acometer por encima de las tapias; aunque su ímpetu fué obviado de los indios con tales brios, que hubieron los españoles de desistir de aquel camino, acometiendo con tropel por la portezuela, adelantándose......animosos españoles, que se arrojaron en medio de los peligros.........de allanar el paso a los demas soldados sus secuases. En este reencuentro perdió la vida..........agresores, llamado Alonso Mejia, vendiéndola bien con matanza de sus contraríos; mas el otro consorte suyo, que se llamaba Francisco Rodriguez de......prevaleció varonilmente con los demas, que en pos dél iban entrando, y haciendo riza en los adversarios con tal coraje y esfuerzo, que en tres horas que duró la batalla, se vió la parte interior del fuerte tan llena de cuerpos muertos, cuanto teñido en sangre el rio que por allí pasaba. No fué bastante este lastimoso espectáculo a que los indios quisiesen entregarse hasta quedar tan pocos, y esos tan.........que no fué en su mano el hacer mas resistencia. Así mesmo de los cristianos salieron muchos heridos; aunque los muertos fueron solo dos, con ser tan grande el número de los paganos que murieron. Habida esta victoria se levantó el ejército para apartarse de aquel lugar, que con el olor de los cuerpos muertos estaba inficinado; alojándose en sitio mas.........: y examinó el adelantado a los enemigos, que habia preso, haciendo escrutinios de los motivos que tuvieron para recojerse en aquella fuerza, y la informacion que tuvo dello fué, que aquella jente habia concurrido de diversas provincias, cuando habia llegado la voz, de que venian los españoles; con la que............en aquel lugar, para atajarles... ......fabricando para este fin aquella fortaleza.... donde murieron en la demanda.

CAPITULO III.

.... los indios chilenses hicieron para recibir a los españoles siendo informados por tres dellos, que fueron ....ados ántes del ejército.

Animados los cristianos con esta............para ser temidos en todo el reino.................su viaje hasta llegar al rio........., que es mui famoso en los confines del reino de Tucuman, y en este asiento hallaron unos panes grandes hechos de algarroba que era la comun provision de los infieles, que habitaban cerca de las orillas del rio. En saliendo de aquel alojamiento llegó el ejército a las faldas de una cierra donde en cierto lugar algo apartado del camino....una carta colgada con tal traza, que pudiese ser vista del ejército si por allí pasaba, la cual divisó un soldado corredor del campo llamado Alvaro Ruiz; y leyendo el sobreescrito decia: Al mui Magco. señor adelantado don Diego de Almagro........ ......mui orgulloso al adelantado, pidiéndole albricias como de mui alegre nueva; el cual estuvo sin alguna mudanza, estando todos mui alborotados de ver una tan grande novedad, como aquella en un desierto, donde se creia no haber llegado español desde la creacion del mundo. Reconocidas las firmas se halló ser de tres españoles, cuyos nombres eran, Juan de Sedizo, y Antonio Gutierrez y Diego Perez del Rio. Estos habian sido....por el adelantado desde la ciudad de Cuzco a la provincia de Tupisa para que se informasen si habia pasado por allí aquel oro que se solia traer en tributo al Inga; del cual presente queda dicho arriba en el capítulo primero haberlo recibido el adelantado, sin que estos tres soldados hubiesen dado con él, con haber ido tan adelante. La causa desto era, que los indios que los guiaban habian perdido el camino, o se habian hecho perdedizos, porque pasase el oro, sin que diesen con él los españoles. En razon desto se habian ido poco a poco huyendo los indios de su compañía, hasta dejarlos desamparados en los desiertos; por donde caminaban a pié y con su viático a cuestas, sin saber........ ....a caso a..:...........al cual llevaron consigo..............sin huirse como los demas. Este los llevó al valle de Copiapó, que está a la entrada de este reino de Chile, lugar mui poblado, y fértil; donde fueron bien recibidos, y festejados de los indios; hasta que pasaron al valle del Guasco, que está veinte y cinco leguas adelante; y de allí al de Coquimbo, que está otras veinte y cinco, y es de los principales de este reino. Allí los salieron a recibir el gobernador, y capitan de los indios con todos los caciques principales que son como los señores de título en España. El gobernador tomó por la mano a Juan de Sedizo, que era el hombre mas autorizado de los tres que allí llegaron, y estúvoselos mirando como a cosa del otro mundo; y lo mismo hacia la multitud de la jente que concurria a verlos como a monstruos, por ser jente de mui diverso aspecto que el suyo de cuya nacion nunca habian visto hasta entónces hombre, fuera de uno que habia pasado por allí algun tiempo

ántes; de quien se dirá en su lugar mas a la larga. Aposentó el gobernador a los tres españoles en lo mejor de su pueblo, con todo el regalo que fué posible, y al cabo de tres dias, cuando le pareció que habian descansado del camino, se puso mui despacio a comunicar con ellos, informándose qué jente era, y de qué parte, y con qué designio habian aportado a aquella tiera; y otras muchas cosas, que con curiosidad inquiria por menudo. A esto Juan de Sedizo, que habia venido aprendiendo la lengua de aquel reino, la sabia razonablemente, les hizo una platica instruyéndolos en la fé a la manera que se dijo en el capítulo pasado haberse hecho con los indios de la forteza del despoblado; y juntamente les dijo como el Perú estaba conquistado con fuerzas de armas, por no haberse rendido sus moradores a los españoles, al principio; y que la costumbre de los españoles es no hacer mal a ninguno, que se sujete a la razon. Y que por tanto se alegrasen; porque les hacia saber, que venia cerca don Diego de Almagro con mui grueso ejército de españoles en compañía del Paulo Inga, el cual estaba tan afecto a la jente de España, que se venia tras ella con muchos indios vasallos suyos; y que conforme a esto debian tambien los chilenses alegrarse, pues la venida de los españoles era con intento de hacerlos cristianos, favoreciéndolos en todo como a sus hermanos mui queridos. Juntamente con esto les apercibió a que preparasen muchos regalos, y refresco para los españoles, que ya tardaban, haciéndoles el recibimiento digno de sus personas, y debido a los trabajos que venian pasando en tan largos, y ásperos caminos por el amor que tenian a todo Chile. Cuando los indios oyeron estas razones, quedaron no ménos admirados de ver a un español que les hablaba en su lengua materna, que aflijidos con nuevas tan malas para ellos, así por la sujecion en que estaba el rei del Perú señor a quien ellos obedecian, como porque temian el mesmo daño por sus casas con la venida de los cristianos. Y así mirándose unos a otros, se vieron los semblantes demudados, mostrando el gran sentimiento con señas i ademanes, que entre sí hacian; aunque por no mostrar cobardía lo procuraron disimular lo mas que pudieron prometiendo a los tres soldados de cumplir puntualmente todo lo que mandaban. Y poniendo luego por obra su promesa, comenzaron a fabricar casas y a recojer mantenimiento juntando cuatro mil hanegas de maiz y mucha carne de ovejas mansas y muchas de las que llaman huanacas, de que hicieron cecina que en su lengua se llama charqui, matando para ello cuatro mil reses; y mas de quince mil perdices de que ellos suelen hacer cecina; ultra de otros regalos, que previnieron con tanta dilijencia, y solicitud, que dentro de treinta dias estaba todo puesto a punto. Mas como la tardanza del ejército fuera a la larga, que al cabo de seis meses no sabian dél, determinaron los tres españoles de dar traza así de informarse ellos de su venida, como de dar informacion al adelantado de lo que por allá pasaba; y se resolvieron de escribir una carta duplicada con la cual fuesen dos dellos a los caminos, por donde se presumia, que habia de venir el ejército, quedando el otro en Coquimbo aguardándolos. Partié-

ronse los dos por diversas vias echando el uno por la tierra adentro por grandes despoblados hácia la provincia de Tucuman y el otro por la parte, que va declinando hácia la mar del sur. Llegando estos dos soldados a los puntos que les parecieron apropósito, pusieron las cartas en lugares cómodos para ser vistas; porque si el ejército por allí viniese, las divisase. Hecho esto se volvió cada uno por el camino, por do habia venido, hasta llegar a Copiapó: donde se juntaron los dos, como lo tenian concertado. De allí prosiguieron juntos hasta Coquimbo: donde el otro soldado que era el tercero los aguardaba.

Viendo los indios, que guiaban a estos españoles, que no habian hallado al ejército, que decian, dieron aviso al gobernador llamado Anien, y a un cacique, cuyo nombre era Maracondi tenido entre ellos por hombre de muchas fuerzas y prudencia; los cuales haciendo junta jeneral de sus principales, acordaron de matar a los tres españoles, así lo ejecutaron, teniendo por finjida la nueva que habian dado, de que el ejército venia. En este interin acertó a llegar el adelantado al lugar donde habia puesto la carta aquel soldado que echó por la tierra adentro, y la leyó a solas. Mas por ser tan buenas las nuevas que en ella se contaban, mandó al secretario la leyese públicamente en presencia de todo el campo, para animarlos con la esperanza a proseguir su viaje, y a sufrir con ánimo los trabajos de un despoblado, que segun la carta les decia, y ellos hubieron despues por esperiencia, es el mayor que se sabe; porque tiene de travesia mas de ciento y veinte leguas, donde los tres soldados se vieron en gran aflixion de sed y hambre. Cuando los españoles oyeron tales nuevas, cobraron nuevos brios.........mas con la prosperidad prometida........que entristeciéndose con adversidad de los caminos; por las cuales se fueron luego encaminando, en la manera que se dirá en el capítulo siguiente.

CAPITULO IV.

De la entrada de los españoles al valle de Copiapó pasando una mui áspera sierra nevada.

Fueron tales estímulos para los españoles las nuevas arriba dichas, que alargando de allí adelante mas el paso, se fueron entrando por la grande, y fragosa cordillera de que hicimos mencion: donde al pasar un portezuelo de.........descubrieron una llanada de dos leguas, por la cual corre ordinariamente un viento tan furioso, helado, y penetrante, que pone a los pasajeros en riesgo de la vida. A esta sazon habló el indio Paulo Inga, al adelantado previniéndole para el peligro, que despues de este se temia: porque a la bajada de la cierra está el valle de Copiapó, tierra mui poblada de indios belicosos, los cuales estarian ya informados de su venida, y puestos....para cojerlos a la bajada en algunos pasos ásperos y estrechos. Por lo cual era su parecer que su señoría sin detenerse un punto, pasase con algunos de los suyos la llanada, respecto de ser el dia tan desabrido, que los bárbaros estarian descuidados, y sin

jénero de sospecha, de que los españoles bajarian en tan récio tiempo; y con esto tendrian el paso llano, y cojerian a los bárbaros de sobresalto. Apénas habia acabado de hablar Paulo Inga, cuando el adelantado consultó el caso con los principales del ejército: y resolviéndose todos en que se siguiese el parecer de Paulo, se partió luego el adelantado con cincuenta hombres de a caballo apercibido para pelear, si fuese necesario. Mandó así mismo al maestre de campo, que con la mayor brevedad que fuese posible, se partiese con todo el campo en seguimiento suyo, intimándole cuanto convenga a acudir puntualmente a todas cosas; pues muchas veces dependen mas de las ocasiones, que de otra cualquier industria o fuerza humana. Fué tanta la dilijencia con que el adelantado y el escuadron fueron caminando, que a pocas. . . . . .por el gran valle de Copiapó: donde halló a los indios a medio armar, y juntándose a toda priesa, para salir al paso a los cristianos; cuya llegada a tal coyuntura fué de tanta eficácia, que con ganarles. . . . . se interrumpieron los intentos. . . . . causando el daño, que. . . . . de algunas horas llegó el ejército. . . . el mesmo dia no ménos fatigado del rigor del camino, que lleno de compasion, por haberse muerto al pasar del páramo cinco mil indios hombres y mujeres, de los que iban del Perú en su compaña y servicio: y tambien algunos negros esclavos de los españoles, y mas de treinta españoles, lo que en aquel tiempo era gran pérdida. Y aunque tanta mortandad en. . . . de. . . . hora es harto manifiesto indicio del intolerable frio de aqueste páramo, con todo esto me parece que lo es mayor, y testigo mas irrefragable, por ser hoi vivo, un caballero principal, que es vecino de mucha renta en la ciudad del Cuzco del Perú llamado Hyerónimo Castilla, al cual en este paso se le pegaron los dedos de los pies a las botas de tal suerte, que cuando le descalzaron a la noche, le arrancaron los dedos, sin que él lo sintiese, ni echase de ver hasta otro dia, que halló sus piés sin dedos, y. . . . . ellos. El cual caso es tanto mas notorio en todo Chile y el Perú cuando mas conocido es este caballero en ámbos reino. En este valle de Copiapó estuvo el ejército treinta dias reformándose: y como no tuviesen nueva de los tres españoles, de que se hizo mencion en el capítulo pasado, hubo mala sospecha, de que debia de haber algun mal recaudo: pues ninguno de los indios daba noticia dellos. Y así para descubrir la verdad, mandó el adelantado cojer a un indio principal, y ponerle en un lugar apartado; donde le examinó con tan sagáz astucia, y fuerza de tormentos, que murió el indio en ellos, habiendo confesado, que los españoles habian sido muertos a manos de los indios de aquel valle, y de otro que está mas adelante. . . . . . leguas, llamado el del Huasco. Con esto se partió luego el gobernador con su jente para este valle disimulando por entónces, con los indios de Copiapó, y dejando un capitan entre ellos con cuarenta hombres, para que despues de partido el ejército prendiese dos indios mas principales del valle; con los cuales fuese en su seguimiento. De allí a poco llegó el ejército al valle del Huasco, donde tomando provision para adelante dejó el adelantado otro capitan para

el mesmo efecto, que el pasado; y sin detenerse, fué marchando con todo el campo en demanda del valle de Coquimbo.

CAPITULO V.

De la llegada de la jente española al valle de Coquimbo, y finalmente al gran valle de Chile.

Ya queda dicho arriba como en el valle de Coquimbo estaba un indio del Perú puesto por mano de su rei Huaynacapac por gobernador de aquel valle, que poseia tiránicamente haciendo tributarios a los naturales de ....Aquí llegó el ejército de los españoles a tiempo, que salieron a su recibiento así este gobernador peruano con sus indios que allí tenia de presidio, como los naturales del valle, que estaban ya apercibidos para hacer recibimiento. Pasáronse algunos dias en fiestas y regocijos, con que los indios solemnizaron la llegada de los cristianos, sirviéndoles con regalos en abundancia, y haciéndoles ofertas semejantes para adelante; y habiéndose todos dado por amigos mandó el adelantado al indio gobernador, que diese órden como se juntasen todos los caciques, y señores comarcanos para tratar con ellos muchas cosas concernientes a su venida, y al bien universal de todo el reino. No tardaron mucho los indios en acudir al mandato del adelantado, congregándose todos en una gran plaza con mas puntualidad y sujecion, que si fuera su señor natural por muchos años reconocido. Estando todos así juntos y descuidados de traicion alguna dieron en ellos los españoles prendiendo al gobernador, y caciques principales, y poniéndolos mui a recaudo con prisiones y jente de guarda. Desta manera los tuvieron algunos dias hasta que llegaron, las dos compañías de soldados españoles, que habian quedado en los dos valles arriba dichos, para traer, como en efecto trajeron presos los indios principales dellos. Viendo pues el adelantado ante si los indios indicados de los tres valles que estaban todos juntos les habló con palabras graves declarándoles los motivos de su viaje, los cuales eran ánte todas cosas el instruirlos en el conocimiento de Dios i de su hijo Señor Nuestro, y de su Santa lei; y juntamente de sujetar la tierra a la corona, real de España, como medio espediente para la introduccion de la cristiandad, que se pretendia. Y que siendo este su fin sin pretender hacerles algun jénero de agravio, deseaba saber dellos la causa porque habian muerto a los tres españoles con tormentos tan crueles, como estaba informado. A esto enmudecieron todos, quedando como absortos; y entendiendo la causa de su prision por esa que ellos tenian por totalmente oculta y casi imposible de venir a noticia de los cristianos, y no sabiendo que responder se miraban unos a otros atónitos de verse todos juntos los de los tres valles a un mismo punto, sin saber como ni por qué via. Y no hallando lugar por donde evadirse, o alguna excusa, o achaque aparente, confesaron de plano su delito por el cual fueron quemados luego todos, que eran

treinta, y seis; perdonando el adelantado a solo uno por intercesion de Paulo Inga, que dijo ser indio mui noble, y estraordinariamente afecto a los españoles a los cuales servia y regalaba con todo su caudal y dilijencia estando mui aficionado a ellos, así por la traza de sus personas y traje, como por las barbas que traian tan largas y bien dispuestas, cosa de que los indios carecen totalmente. Y no....... para que el adelantado dejase de condescender con los ruegos de Paulo Inga, el estar con él algo desabrido porque en el valle de Copiapó se le habian huido una noche sin ser sentidos ocho mil indios de su compañía que venian del Perú con el ejército; las cuales se tornaron a entrar con aquel tan riguroso tiempo por el casi impertransible páramo de Atacama, de que habemos ya tratado arriba. Y no fué sin causa el sentimiento del adelantado, pues por haber entrado los indios sin tiempo y sin jénero de prevencion y avío, como jente al fin que iba huyendo, murieron todos los ocho mil sin escapar hombre a vida, ni aun uno solo, que pudiera llevar la mala nueva. Concluido, pues, el sobre dicho castigo y habiendo descansado algunos dias, pasó el ejército diez leguas adelante a otro valle llamado Limarí, que es no ménos fuerte que apacible; por el cual pasa un hermoso rio, que riega todas las vegas, donde acude con grande multiplicacion cualquiera cosa, que allí se siembra. Y aunque así la comodidad del lugar, como los moradores dél (que eran muchos) convidaban a los españoles a gozar de la ocasion algunos dias, con todo eso no quiso el adelantado........ viéndose ya cerca del famoso valle de Chile llamado por otros dos nombres Concagua, y Quillota, al cual iban a parar, y estar de asiento. Por esta causa se partió luego, y fué marchando por los valles de Chuapa, y de la Ligua sin hacer alto en ellos, hasta venir a dar al valle de Chile, donde traia su designio; en el cual como en término de su jornada hizo asiento de propósito. Viendo los españoles la hermosura, fertilidad y gradeza deste valle, y del caudaloso rio que va guiando por todo él, y juntamente la gran suma de indios naturales de la tierra, juzgaron todos ser el mejor puesto, que hasta allí se habia descubierto desde el dia en que entraron en las Indias. En este lugar hallaron a un español llamado Gonzalo Calvo de Barrientos, el cual habia llegado allí tres años ántes respecto de haber tenido cierta pesadumbre en la ciudad de los Reyes del Perú, que le obligó a salir del reino con instancia, de suerte que se puso en camino, para Chile por lugares despoblados, y sin saber casi a donde iba sin tener mas guia que dos indios deudos de una india principal que iba con ellos, por cuyo......... .... de ....pasan...................... tambien.......................valle un lance que......la...... y fué: que al tiempo que llegó a él halló...... caciques principales des....y haciendo jente el..........el....Hízose Gonzalo Calvo.........del.....................tanta que le puso.... ......batalla...................................tra el la p......... ....los enemigos, que.... ....victorioso.......................................persona......

. . . . .por esta causa. . . . . .para los que de nuevo entraron,. . . . . .informarles de las. . . . .de la tierra. . . . . . . .para ayudarles. . . . . .en ella. . . . . .y. . . . .

CAPITULO VI.

De la entrada.............. Gomez de Alvarado .... descubrir lo que habia en la tierra adentro y de una sangrienta batalla que tuvo con los bárbaros.

Habiendo el ejército de los españoles hecho asiento en el valle de Chile descansando allí algunos dias, le pareció a don Diego de Almagro buen sitio para vivir en él la gruesa de la jente, enviando alguna que fuese descubriendo la tierra que seguia mas adentro. Y para esto puso ojos en el capitan Gomez de Alvarado, persona de quien él tenia gran satisfaccion, y. . . . . .y dándole cien hombres de a caballo le despachó para esta empresa con intento, de que (si fuese posible) entrasen en la famosa tierra de Arauco y Tucapel, que son dos provincias las mas nombradas, y su jente la mas fogosa y belicosa. . . . . .de todo el reino. . . . . .por seguir a un indio llamado. . . . . .natural de Arauco; el cual los. . . . . .por las tierras. . . . . .y habiendo pasado muchos. . . . . . y. . . . . .y caudaloso, cuyo nombre es Maule, llegaron a un lugar donde se juntan dos rios el uno llamado Itata, y el otro Ñuble; los cuales tambien. . . . . .haber per. .de todas las casas de la. . . . . .entrando el rigor del invierno y. . . . . .dificultades en el camino. . . . . .por lo que. . . . . .informando. . . . . .Y. . . . . .parecer de. . . . . .echando por. .seguido y. . . . . .a la. . . . . que tra. . . . . . .No habia andado muchas leguas cuando dieron en una provincia llamada. . .no guelen. . . . . .de jente. . . . . .determinada. . . . . .que el riesgo de los españoles entre tal multitud de bárbaros era manifiesto, con todo eso no quiso el capitan desistir de su ve. . . . .ni volver el pié atras mostrando pusilanimidad, y. . . . . .un discreto razonamiento. . . . . .que los bárbaros. . . . . .para . . . . .el exa. . . . . . .di los es. . .pues . . . . .de los españoles. . .cuatro capitanes, y. . . . . y cinco soldados de compañía para arrojarse luego a la batalla.

Hecho esto se hincaron de rodillas haciendo oracion a la majestad de Dios ......la cruz del estandarte que precedia, y juntamente les encomendó mucho Gomez de Alvarado, que obedeciesen puntualmente a sus capitanes, pues ninguna cosa puede causar mayor detrimento en semejantes coyunturas, que el desdecir un punto la órden y mandato de los que gobiernan; sin el cual. . .seria confusion y. . . . . . . .y. . . . .destrui. . . . . . .campo. Apenas habia concluido estas razones, cuando salieron los enemigos con no menos órden que fuerza de jente, instruida, sus escuadrones formados con gran suma de flecheros y piqueros, y . . . . . . .jéneros de armas, y saliendo a campo raso se pusieron en órden de pelea hácia la parte de una loma donde esta. . . . .muchos en. . . . . .para salir..............la suya. De la otra parte estaba........ ....de los españoles. . . . . .puestos. . . . . . .con. . . . . los estribos, y estando. . . . . partieron a una de. . . . . .horas contínuas no. . . . . .de ámbos bandos, hasta que se declaró la victoria de parte de los españoles. El número de los indios era excesivo: su esfuerzo, y fuerzas aventajadas; su arrojamiento y ánimo temerario; pero su experiencia ninguna en tal modo de pelear. No estaban hechos a entender con jente de a caballo: no cursados en escaramucear en campo raso: no diestros en evadirse, y defenderse del golpe de la espada, y punta de la lanza; entraban y salian como jente brutal, y arrojada abalanzándose de la mesma suerte que si la hubieran con otros bárbaros como ellos. Cuando los pobrecillos. . . . . .a sentir su daño, era tan tarde para. . . . . . . .que los muchos cuerpos muertos, en que iban. . . . . . . .no les dejaban rodear lijeramente para poder ponerse en salvo. Pero al fin como mejor pudieron se pusieron todos en huida con tal velocidad, que cayendo y levantando desaparecieron en breve tiempo, arrojándose por veredas, donde no pudiesen ser seguidos de los cristianos. Pero los que de veras lo eran sintieron entrañablemente el ver a sus ojos un espectáculo tan desastrado, y fúnebre de cuerpos muertos a sus manos, sin casi poder escusarlo, aunque quisieran. Finalmente quedando el campo por suyo reconocieron que entre tanta multitud de difuntos, solos dos eran españoles, saliendo los demas con vida, aunque algunos heridos, y maltratados. A este tiempo se postraron todos por tierra a dar gracias al Señor por la merced recibida de su mano porque los que se la habian pedido de rodillas era justo, que despues de conseguida la reconociesen humillados adorándole como autor de todo bien. Despues desto se recojieron todos a curar los heridos, y poner a recaudo a los indios, que en la batalla habian preso; los cuales eran mas de ciento, en cuya compañía salieron de aquel lugar en prosecucion de su camino. Desta manera vinieron a llegar al valle de Chile el mesmo dia que por otra parte habia llegado al mesmo lugar el capitan Ruy Dias con su escuadra dando al adelantado gran contento con verlos concurrir a un mesmo tiempo; mayormente trayendo nuevas tan felices así de las cosas de la

tierra descubierta, como de la inopinada victoria, con lo cual tuvieron todos los cristianos un mui buen dia de extraordinario solaz y regocijo, viendo que se habia Dios con ellos al modo y estilo que con su pueblo cuando conquistó a los cananeos, amorreos y jebuseos.

CAPITULO VII.

De la vuelta que don Diego de Almagro dió para el Perú con todos los españoles que habia en Chile.

Al tiempo que los españoles habian llegado al término de su viaje, y se comenzaba a dar así......a las cosas del reino; tuvo la fortuna tanta envidia del sociego, a que todos estaban cercanos, que lo procuró atajar derramando los solaces, y echando el azar, que ellas suele en las cosas prósperas al tiempo que van en mas pujanza. Este fué la llegada de ciertos indios de Copiapó con cartas del teniente del jeneral que era Rodrigo Orgoñez, y del capitan Juan de Herrada; en que le daban cuenta de su llegada a aquel puerto, y juntamente de ciertos pronuncios de alzamiento del Perú, que estaba a punto de revolverse por algunas personas, que se iban amotinando. Estas causas fueron la piedra del escándalo: porque se. . . . .con ellos tanto el adelantado, que juntando luego a todos sus soldados les habló con gran ponderacion, y sentimiento de esta manera:

"La satisfaccion que tengo, señores y amigos mios, de la lealtad y amor, que por la experiencia todos habeis mostrado, así a nuestro rei y señor como a mí, que soi ministro suyo, me quita cualquier estorbo, que podria ofrecerse, para empacharme en acometer a pedirles negocios árduos y dificultosos, principalmente habiendo causa tan eficaz, como la que ahora se va tramando; de cuyo remedio redunda en nosotros gran ganancia, y resultará a su majestad grande servicio. Bien habeis oido las malas nuevas, que por esta carta se significan, de que en el reino del Perú se va rujiendo negocio de alzamiento: y siendo cosa tan verosímil, razon será que cada uno de nosotros procure de su parte obviarlo, poniendo el hombro a cualquier trabajo en razon de sustentar a su majestad lo que le habeis ganado. Veo que el marques don Francisco Pizarro ha quedado con poca jente, para resistir al excesivo número de los naturales del Perú: y que socorro de otra parte no hai que esperarse, si nosotros no le damos; pues ninguna otra jente de nuestra profesion, está ménos remota que nosotros, por mucho que lo estemos. Los motivos que por cualquier parte se consideran, ayudan todos a este intento, ahora se mira lo que dejamos, ahora lo que pretendemos. Porque si se repara en las cosas de por acá, no es mucho lo que se deja; pues hasta ahora no hemos topado aquellos montes (como dicen) de oro que nos prometian: ni aun lleva talle de hallarse en adelante: ni tampoco volvemos frustrados de nuestra pretension, pues gran parte della ha sido descubrir cuales sean estas tierras con todo lo que hai en ellas: lo cual se-

gun veis que habemos conseguido, pero si advertis en lo que vamos a buscar es negocio que con muchas ventajas excede a lo que se deja; pues primeramente será para gloria de Dios el evitar guerras, y conservar los indios en el estado y lei evanjélica que han tomado, lo que tambien ha de ser en servicio de su majestad, y bien de los indios y españoles. Ultra desto tengo por nueva, que se van en el Perú descubriendo grandes tesoros mas ciertos que los que acá buscamos; y tambien aquel que vistes que tomé en Tupisa a los indios, que de este reino lo llevaban, lo mandé guardar para nosotros entre los cuales ha de ser distribuido como se debe. Y si acaso os arrepintiéredes de la vuelta, yo interpongo mi fé y palabra de no salir un punto de vuestro gusto, así en este como en otro cualquier lance que se ofrezca." Pudo tanto con los soldados la eficacia de razones ruegos, y mando de don Diego de Almagro que hubieron de ponerse en camino para el Perú como lo. . . . . .handa por diversos rumbo, aun que. . . . . . .a causa del grande despoblado de Atacama donde perecieron gran parte de los caballos, y jente de servicio que. . . . . .en la pasada. . .finalmente habiendo pasado muchas y lastimosas calamidades llegaron al Perú harto destruidos; en el cual aunque habia algunos prenuncios de conjuracion de los indios pero en efecto no habia alzamiento declarado ni lo hubo despues, sino fué de los mismos españoles, que se revelaron unos contra otros, viniendo a rompimiento el adelantado y el marques don Francisco Pizarro sobre el partir de las tierras: cuya administracion y gobierno pertenecia a los dos en diversos puestos. Y fué tan adelante esta division y alboroto, que no paró hasta que vinieron a darse aquella famosa batalla de las Salinas de que tratan las historias del Perú, hasta que vino a morir don Diego de Almagro a manos de los secuaces del marques Pizarro. . .este caso. Este fué el efecto que tuvo la. . . . .acordada vuelta de los españoles, que desistieron de la conquista de Chile; lo cual fué principio de grandes desastres que en el Perú se fueron acumulando, y muchos mas en este reino de Chile; cuya paz y sociego se iban ya poniendo en buen punto, y de haberlo desamparado los españoles se siguió incomparable dificultad en tornarlo a conquistar, por estar ya los indios con prevencion aprendida de la conquista, y así ha costado, y va costando cada dia innumerables vidas con crueles matanzas y destrozo de los desventurados naturales, sin que hasta hoi se haya acabado de allanar el reino; y no han sido pocas las calamidades, y muertes de los españoles que han acometido esta empresa. Mas no hai de que espantarse nadie, muchos destos, y otros semejantes infortunios que han venido, si es verdad lo que se sospechó en la vuelta del adelantado; esto es, que tuvo nuevas de la cédula de su majestad, que le habia venido del Perú, para que fuese gobernador de una parte del reino; con lo cual se movió a innovar todo lo que se iba entablando en Chile, porque si esto es verdad no hai que buscar otro achaque,. . . . . . . .malos sucesos; pues consta de todas las historias, así modernas como antiguas, que casi todos los males del mundo han venido por ambicion y gana de mandar;

y no ménos por la codicia, de quien dice el apóstol que es raiz de todos los males. Mas en fin, dejado ésto al juicio de Dios, que penetra los corazones, es justo echar las cosas a la mejor parte, pues fué bastante motivo para que don Diego de Almagro se volviera del Perú, el que ya se ha dicho de la rebelion o motin que se sospechaba.

Solamente resta que advertir en este lugar, que por ser el valle de Chile, el último a que los españoles llegaron, salió la voz por toda la tierra que venia de Chile: y de aquí es que se le ha quedado hasta hoi este nombre a todo el reino llamado el de *Chile*, habiendo sido antiguamente nombre de un valle particular.

PARTE 2.ª

DE ESTE PRIMERO LIBRO.

DE LA SEGUNDA CONQUISTA DEL REINO DE CHILE

HECHA POR

DON PEDRO DE VALDIVIA.

CAPITULO VIII.

De la partida del capitan don Pedro de Valdivia del reino del Perú para el de Chile por el largo despoblado de Atacama.

Despues de haber sucedido muchos desastres en el Perú ocasionados de la vuelta que don Diego de Almagro dió a aquel reino desamparando al de Chile, entre los cuales fué la muerte del mismo adelantado; hallándose a esta sazon en el mesmo reino un soldado de capa y espada llamado Pedro Valdivia, hombre de suerte, y que habia servido a su majestad del emperador Cárlos V, en Italia, con cargo de alferez de una compañía, y pasado al Perú por su maestre de campo, le pareció buena ocasion, la que se ofrecia, para acometer alguna grande............. de su ánimo jeneroso. Y deseando............ en razon desto la segunda conquista de las provincias de Chile, comunicó su intento con el marques don Francisco Pizarro, gobernador del Perú, y habida su licencia salió a esta jornada el año 1540 en el mes de octubre con poca jente española, que convocó a la primera instancia. Pero cuando iba caminando por las provincias de Arica y Taracapa se le iban allegando algunos mas soldados; y entre ellos un capitan llamado Francisco de Villagran, que salia con algunos soldados desbaratados de la entrada de una provincia de indios llamada los Chunchos que hasta hoi están por conquistar, donde habian muerto otros muchos de hambre y trabajos

del camino. Tambien se le allegó otro capitan llamado Francisco de Aguirre con obra de veinte hombres españoles para ir con él a la conquista: y habiéndose congregado un razonable número de soldados, que serianhasta ciento y sesenta, jente mui granada, y los mas dellos de a caballo, hizo lista de todos ellos, entre los cuales eran los mas señalados Alonso de Monroy natural de Salamanca: Francisco de Aguirre de Talavera de la Reina: Jerónimo de Alderete natural de Olmedo: Rodrigo de Quiroga natural de Monforte de Lemos en Galicia: Gil Gonzales de Avila: Pedro de Villagran del Colmenar de Arenas: el Padre don Rodrigo Gonzales natural de Constantina, hermano del dean que entónces era de Sevilla, y otras muchas personas nobles y aptas para el fin de su pretension. Y aunque por ser la jente tan poca para meterse entre tanta inmensidad de bárbaros tan fuertes y belicosos, parecia temeridad acometer este asunto; con todo eso era el capitan tan animoso, que atropellando dificultades fué en prosecucion de su camino animando a los suyos, y allanándoles el paso como si fueran por tierras propias suyas, y llegado al valle de Atacama tomaron bastimentos en abundancia para sustentarse en el largo despoblado de que hemos hecho mencion arriba, cuya travesía es de ciento y veinte leguas, donde pasaron trabajos excesivos, por ser mui estéril y sin jénero de yerba ni agua, ni otro pasto para los caballos: y así perecieron en él algunos y muchas mas personas de servicio así indios como negros. Son tan ásperos y frios los vientos de los mas lugares deste despoblado, que acontece arrimarse el caminante a una peña y quedarse helado y yerto en pié por muchos años, que parece estar vivo, y así se saca de aquí carne momia en abundancia. De estos cuerpos muertos iban topando en mucho número a cada paso arrimados a riscos y barrancas, tanto que sirven de señales del camino, para no poder perderse, estando todos tan frescos, que parecen recien muertos siendo de mas de trescientos años, segun la relacion que dan los indios, de entre los cuales salieron los que así se helaron en el camino. Las pocas aguas que fuera de la lluvia hai en estos desiertos, son tan inútiles que o están en Jahueyes a doce y trece leguas, o en algunos pocos manantiales donde corren clarísimas acequias de agua que convidan tanto con su trasparencia, que se abalanzan a ella los que llegan sedientos, conociendo por esperiencia cuanta verdad sea que el deleite tiene la apariencia amena, dejando al gusto amargo mas que acibar. Ni es ménos inútil el agua de un hermoso rio deste despoblado, que siendo tan grata al aspecto como la pasada, apenas se ha tomado en la mano, cuando está vuelta en sal cuajada; de la cual solo son sus riberas sin otra cosa. Solo un rio hai para consuelo de los pasajeros de tal condicion, que a ciertas horas del dia viene de monte a monte; y cuando se le antoja, se seca de repente al mejor tiempo; por lo cual le llaman los indios ancha llulla, que quiere decir rio mentiroso. Algunos dicen, que este rio se orijina de un grande lago que está en lo mas alto de la cordillera, el cual crece y mengua, como la mar a las mismas horas que ella, y así redundan en el arroyo las variedades de

su principio. No dejaré de decir, como estando el ejército en cierto paraje a punto de perecer por falta de agua, congojándose una señora que ba con el jeneral llamada doña Ines Juarez, natural de Placencia y casada en Málaga, mujer de mucha cristiandad y edificacion de nuestros soldados, mandó a un indio cabar la tierra en el asiento donde ella estaba, y habiendo ahondado cosa de una vara, salió al punto agua tan en abundancia, que todo el ejército se satisfizo, dando gracias a Dios por tal misericordia. Y no paró en esto su magnificencia porque hasta hoi conserva el manantial para toda jente la cual testifica ser el agua de la mejor que han bebido la del Jaguey de doña Ines, que así se le quedó por nombre. Con estas y otras dificultades y trabajos casi increibles llegaron los españoles a Copiapó, que es la primera tierra poblada de las de Chile: donde no solamente los hombres manifestaban extraordinario consuelo con verse ya fuera de tantas calamidades, mas aun tambien los caballos insinuaban el regocijo, que sentian con los relinchos, lozanía, y brios, que mostraban como si reconocieran el término de los trabajos y lugar............. Tomó aquel dia posesion de la tierra el jeneral Valdivia en nombre de su majestad haciendo a los naturales una larga plática así acerca de este intento, como del principal, que era el continuarles la predicacion del Santo Evanjelio e instruccion en la vida cristiana comenzada por don Diego de Almagro, segun en la primera parte desta historia queda referido. Para lo cual se subió en una huaca, que solia ser lugar de oráculos del demonio, y allí mandó se pusiese una cruz grande bien labrada ante la cual se puso de rodillas con todos los suyos adorándola humildemente, y convidando a los indios a hacer lo mismo, como lo hicieron. Y finalmente creó por escribano a Luis de Cartajena que a vista de todos escribió la posesion del reino sujetándola a la corona real de Castilla, y poniéndole por nombre la Nueva Estremadura. Fué gande entónces el regocijo de todos pareciéndoles que los habria Dios traido a tierra de promision como a su pueblo............. dándoles.............. en él con............. milagros.

CAPITULO IX.

De la resistencia que los indios de Copiapó hicieron a los españoles, que pretendian subjetarlos.

Ya los indios de las provincias de Chile no estaban para los españoles de aquel tinte que al principio; porque como los habian conversado y servido, y habitado con ellos en sus casas, conocian ya que no eran cosa del otro mundo, ni algunas fantasmas, como al principio habian temido, sino hombres de carne y hueso, como ellos, y con quien se podian tener en buenas. Y así por esto como por ver que venian mui pocos respecto de los primeros, acordaron de defender su capa, y ser señores de sus tierras, sin dejarse avasallar de estranjeros; pues tenian brios para ponerse en defensa de sus personas. Incitóles mas a este propó-

sito otro no ménos eficaz motivo que fué el ver, que los soldados traian del Perú muchos indios presos con cadenas y collares, y no ménos indias para servirse de ellos por fuerza, sacándolos de sus patrias con mas violencia que si fueran esclavos. Esta crueldad escandalizó mucho a los chilenses persuadiéndoles, que harian con ellos............... mui............ que se les representaba haberlo hecho.............. Almagro; muchos de los cuales llevaron y presos en cadenas y collares no pocos indios de Chile, hombres, y mujeres, cojiéndolos a barrisco y sin distincion, ni delito, llevando al marido sin la mujer, y a la mujer sin el marido, sin tener respeto a hijos ni a padres; sino echando mano a los primeros que topaban y el cual desafuero dejó a los indios tan............. esta diciendo, y........... por no haber sido este solo; pues las.......... de este jaez que en Chile habian hecho y hacian......... y aun hoi hacen los españoles, ni son tan pocas ni tan leves, que las quieran sufrir los que no deben. Y así los indios de este valle comenzaron luego a tratar de su libertad comunicando sus intentos con todos los demas de los lugares circunvecinos, y comenzando a ejecutarlos con alzar mano de acudir con mantenimientos a los españoles, miéntras se pertrechaban mas para asentárselas. Entónces el jeneral entendiendo lo que los indios iban tratando les persuadia frecuentemente, que se allanasen, enviando amonestar a los señores de la comarca, que acudiesen luego a darle la obediencia, sino querian que les hiciese venir mal que les pesase. A lo cual respondieran todos que ellos eran tan libres como los cristianos, y tan señores de sí y sus tierras como él y ellos, y jente de hasta mejores términos; pues los habian acojido en sus tierras a.. buen retorno, y agradecimiento, como era haberlos llevado como a bestias, sacándolos de sus patrias, quietud y estado, en pago de haberles quitado la hambre que traian y hécholes mas bien, que merecia su trato y modo de proceder con quien se les humillaba. Por lo cual se podia desengañar i estar mui cierto, que no le habia de valer sus mañas y astucias; pues con achaques de hacerlos cristianos, i so color de buen celo mostrando afabilidad y buen semblante, eran todos engañadores, que decian una cosa, y ejecutaban otra, segun ellos lo habian visto por experiencia. A estas razones no supo el jeneral alguna que responder que satisficiese; aunque dió muchas, pretendiendo fuesen aparentes, alegando haber sido forzosa la ocasion, con que don Diego de Almagro dejó la tierra; y consiguientemente el haber llevado consigo aquellos indios para su servicio i guia; la cual causa le habia puesto el mismo en necesidad de sacar del Perú los que traia consigo. Pero él venia tan de asiento, que ya no habia de que recelarse que sacaria indios del reino, ántes era su intencion favorecerlos a todos como venian. Y por que no fuesen todas palabras, y interviniese alguna razon............ mandando al punto hacer pedazos todas las cadenas y colleras, sin que dellos quedase pieza eslabonada. Con todo esto tuvieron los indios por cautelosa dilijencia, la que usaban los cristianos; y asi se resolvieron

en responderles no con palabras vanas como ellos, sino con obras ejecutadas sin dilacion alguna concurriendo de todos los lugares del contorno en sus compañías y escuadrones ordenados, con muchas lanzas largas, dardos arrojadizos, arcos de flechas, hondas y macanas (segun ellos llaman, que son cierto jénero de porras i bastones) y otras armas ofensivas; y tambien algunas defensivas de mui recios cueros de animales, que es el uso mas comun entre ellos. No fueron tardos los españoles en salirles al encuentro puestos en órden a pié y a caballo; y con el ánimo que suelen, cuando son pocos, y el lance es forzoso, se abalanzaron a toda priesa entre los bárbaros, habiendo hecho brevemente oracion, cuanto la poca oportunidad del tiempo les dió lugar. Y acometiendo de tropel todos a una iban atropellando con sus caballos, y hiriendo con las lanzas no pequeño número de indios: aunque el que sobre ellos llovia de piedras, dardos y flechas, era mayor incomparablemente. Habiendo andado un buen rato en esta refriega se echaron los enemigos de ver que iban perdidos, siendo mui pequeño el daño que los españoles recibian de sus tiros, como jente que estaba bien armada, y asi se fueron retirando con pérdida de muchos de los suyos, dejando desocupado el sitio que poseian, que era de grande utilidad para los españoles, por razon del rio que corria por él, de cuya agua se sustentaban. Salieron los indios tan amedrentados de este conflicto, que no les parecia haber rincon seguro donde esconderse, aunque lo hacian a grande priesa, entrándose por las arboledas los que pudieron, pues los que estaban heridos aun no podian alcanzar tanta ventura; ántes quedaron en manos de los españoles sin poder sus pies ser parte para evadirse dellos. Los indios que murieron en la batalla, se halló ser mas de ochocientos; y de los españoles ninguno, aunque heridos no faltaron; habiendo sido los que entraron en la batalla de los bárbaros ocho mil, i de los españoles ciento i cincuenta. Luego que la voz de este suceso fué corriendo por la tierra, causó en los naturales de ella no pequeño pavor y espanto, viendo que ni el largo trabajo i destemplanza del camino, ni el hallarse a la sazon mui faltos de mantenimientos ni el número finalmente de soldados que era tan desigual ante los suyos, habia sido parte para menoscabar su ánimo y esfuerzo, ni disminuir la jenerosidad de sus brios. Y aunque de allí adelante nunca se atrevieron a ponerse con los españoles rostro a rostro, con todo eso acudian de cuando en cuando a darles rebatos, volviendo las espaldas sin aguardar a verse con ellos de buenas a buenas. Y con este mesmo rencor procuraban siempre ofenderlos cuanto mas podian, así escondiendo cualquiera cosa, de que los españoles pudiesen aprovecharse para su sustento, como matando al que dellos podian haber a las manos segun consta haberlo ejecutado con algunos que iban entrando en este valle despues de partido el ejército; entre las cuales mataron una vez ocho, y otra doce. Estas i otras semejantes incomodidades iban pasando los nuestros por las tierras siguientes; particularmente en el valle del Huasco que está veinte y cinco leguas adelante del dicho: donde

aunque . . . . resistencia, con todo eso sintieron . . . . la falta de . . . . que . . . . rastro dellas. Tambien les fatigaba mucho . . . . . . de cuando en cuando escuadrones de indios puestos como . . . . en lugares fragosos desembrazando . . . . y moviendo mucho mas las lenguas con palabras injuriosas, y de ludibrio de los cristianos llamándolos ladrones, y echando retos, y. . . . . . . dando grandes alaridos, como quien sabe bien que sus contrarios no podian llegar donde ellos estaban. Pero la cólera de los españoles, que suele arrojarse sin considerar estorbos, algunas veces les hacia acometer por veredas difíciles: y algunas otras salian capitanes con jente de a pié y a caballo a horas quietas de la noche, para dar en los indios de sobresalto, y con su huida quitarles el mantenimiento que para sí tenian. De aquí resultaba, entre otros daños, el desparramarse y perderse con la oscuridad de la noche sin poder hacer casa hasta el dia, cuando ya los habian sentido los indios y puesto en cobro sus haciendas como le aconteció al capitan Diego Oro, natural de la villa de Mayorga en Castilla la Vieja; aunque este tuvo mejor fortuna; pues habiendo pasado algunas aflicciones semejantes, dió al fin en una mina de bastimentos, que tenian los indios recojidos en grande abundancia, con los cuales se reparó el ejército, y tuvo avio para marchar adelante, como lo hicieron habiendo estado allí mui pocos dias. Y pareciéndole al jeneral ser cosa bien acordada el no dejar exasperados a los naturales los procuró acariciar como mejor pudo, dando libertad a los que en Copiapó habia capturado y satisfaciendo a todos de no haber él ni los suyos sido causa de las matanzas, sino los indios de Copiapó que de su voluntad vinieron a darle la batalla.

CAPITULO X.

De la batalla que hubo en el valle de Coquimbo entre los españoles y naturales de aquella tierra, a donde llegó a la sazon nuevas de un navío de españoles, que surjió en un puerto que estaba cerca.

Habiendo . . . . los españoles del Huasco, i caminado . . . . los mas largos de lo acostumbrado . . . . llegaron a Coquimbo, que era el lugar que podian desear . . . . hacer así . . . . como al . . . . demas que traian i mui . . . . para el refrijerio, ... descanso de la jente . . . . que cuando los indios naturales dél, por ser demasiadamente viejos, desean morirse, salen dél yéndose al valle de Limari, que está doce leguas adelante. Tiene este lugar de Coquimbo un maravilloso puerto de mar tan en paz y seguro, que a cualquiera hora de la noche . . . . riesgo alguno, y así . . . . los navios que entran en . . . . del Perú . . . . tambien una . . . . en la cual . . . .

. . . . deste reino . . . . deste puerto . . . . a los . . . . a . . . . allí alto, y poblar de . . . . con todo eso, como la proa iba puesta en el . . . . no se . . . . mucho; dejando la . . . . este deseo . . . . por caminos mui deleitables . . . . del valle de Limarí, y el de . . . . y del Papudo, y de Chuapa; sin tener otra contradiccion de parte de los indios, mas de algunos repentinos asaltos, que hacian a hurtadillas, sin atenerse a llegar mui cerca, contentándose con un acometimiento y rociada, o con un . . . . a una encomendándose luego a los piés. . . . . sin aguardar respuesta de españoles. A este paso llegaron al valle de la Ligua, donde tuvieron noticia de una nav . . . . que andaba por aquella costa y la cual habia venido de España por el estrecho de Magallanes y entrado en el mar del sur hasta llegar a la costa de Chile. Y por certificarse el jeneral de la verdad enteramente envió al capitan Francisco de Aguirre, hombre . . . . en cualquier negocio que se le encargase, el cual fué con treinta hombres de a caballo corriendo la tierra por la parte marítima, hasta llegar a una babía llamada Aliamapa, a la cual habia llegado ántes el capitan Juan de Saavedra, natural de Valparaiso, que era de los capitanes de don Diego de Almagro. Y por ser la fertilidad, hermosura y abundancia de arroyos deste sitio............... le puso por nombre Valparaiso; el cual se le ha quedado hasta hoi, y es el mas famoso de todo el reino. Llegando pues el capitan Aguirre a este puerto halló rastro reciente de jente española y del fuego que habian encendido en............. y tuvo informacion de que el dia ántes se habia hecho a la vela en prosecucion de su viaje para el reino del Perú: de lo cual tuvieron todos no poco sentimiento, por haber perdido tal oportunidad: pues fuera grande socorro para el ejército la jente española de la nave, y la municion, y artillería: y no ménos consuelo para los que en ella venian el hallar allí jente de su patria con quien alojarse y poner fin a su viaje..................... (como despues se supo habia............... que envió él...... .... natural de............................... el cual.................................... la boca del estrecho....... vino un temporal tan furioso, que habiendo estado nueve............... todos.............navios,.......... se esparcieron de tal suerte, que se fué cada uno por su parte, acertando este solo, de que tratamos, a embarcar por el estrecho, en el cual pasó la jente excesivos trabajos, probando diversas veces a entrar por brazos de mar, y esteros a la salida, hasta que al........................, que sale al mar del sur, y....... despues de entrar en él se vieron en mucho peligro porque hubo dia en que se hallaron.................... que.................. el es-

trecho . . . . y dos, y siendo en el corazon del invierno en la parte austral, esto . . . . . . en el mes de junio del año de mil y quinientos y treinta y nueve. Y así, por estar mui . . . . como por el rigor del tiempo; estuvieron siete meses en un lugar . . . . donde no . . . . de los . . . . en el tiempo de su mayor invierno. El capitan de este navio se llamaba García de Alvarado, el cual habiendo pasado las calamidades concernientes a tal tierra y tiempo, salió como mejor pudo, y fué . . . . . toda aquella tierra hasta llegar a una provincia de Chile, que es los estados de Arauco y Tucapel, donde surjió el navio en un puerto llamado Alvaquen. Y como algunos saltasen en tierra a buscar refresco, se alborotaron tanto los naturales, que concurrió al puerto gran suma dellos, llevando por capitan a un indio mui principal llamado Vineo. Mas cuando se iban acercando con las armas en las manos, y . . . . y . . . . de los españoles tan diferentes . . . . de repente, quedando como . . . . con ver cosa tan nueva para ellos; entónces el capitan mandó, que ningun indio se menease, ni pusiese mano en los españoles; ántes habiéndoselos estado un rato mirando, les habló por señas, y les mandó traer un carnero de los de la tierra, que son mui grandes y de diferente especie de los de Europa, tanto . . . . de carga y trajin, y así en . . . . partes del Perú hai grandes recuas dellos . . . . tienen mui gruesas ganancias las . . . . deste trato que son muchas, y . . . . de mucha calidad; cuya granjeria ha sido y es casi la que ha puesto en pié y la mayor parte de los Peruleros que entran en España con este nombre. Y asi el carnero que este capitan Vineo presentó a los del navio, iba cargado de regalos, cosa que . . . . a los españoles, por ser este animal mansísimo, y de hechura de camello, aunque el cuello es mui angosto y levantado; i la cabeza pequeña y sin cuernos, y los ojos tan . . . . y . . . . en su mirar, que parecen personas . . . . son de . . . . utilidad por la lana que por el trajin, pues . . . . mas . . . . rubia o negra sirve . . . . la estatura de estos carneros . . . . a la de un cuartago . . . . altura, pero son algo mas cortos, y tienen las piernas mui delgadas, y la uña . . . . como vaca. Habiendo pues los del navio . . . . do el presente, y descansado algun tiempo regalados de los indios se hicieron . . . . puesto por nombre a aquel lugar el puerto del carnero, como hasta hoi se llama. Y prosiguiendo su viaje llegaron al puerto de Valparaiso, a donde los fué a buscar el capitan Aguirre, como está dicho, pero como él llegase despues que la nao habia salido, volvióse con su jente, a donde estaba el jeneral Valdivia, con el cual fué prosiguiendo la conquis-

ta en demanda de las minas de oro. En este tiempo parecian mui pocos indios por los caminos, porque se iban todos acojiendo a cierto lugar . . . . traza en lo que se debia hacer con los españoles concurriendo para esto de diversas aldejuelas y caserias, que tales eran hasta entónces, sin haber pueblos formados ni otro órden de república, mas de vivir cada uno en el sitio que mejor le parecia para tener su cementera y ganado. Y así no tenian mas comunicacion unos con otros, ultra de la de cierto dia señalado, en que se juntaban como a ferias, en un lugar diputado para ello, donde reconocian por gobernador a un indio principal elejido para tal oficio en cada comarca o valle de la tierra. Por lo cual como se ocurriese un negocio tan grave como era la entrada de los españoles, acordaron de congregarse todos en un lugar donde se elijiese cabeza para todos juntos; en el cual hicieron la prevencion, que ellos suelen en todos sus negocios, que es una sola, conviene a saber, el estarse por algunos dias banqueteando, y brindando con solemnes borracheras, y otros semejantes ejercicios torpes no ménos bestiales . . . . se . . . . Y........ salió electo . . . . jeneral un indio . . . . esforzado, y su . . . . respetado . . . . llamado Michimalongo nombrado con gran solemnidad, segun su costumbre. En este interin llegó el ejército de los cristianos al valle de Mapuche, ... hizo asiento en quince de enero de mil y quinientos y cuarenta y uno, donde halló un cacique llamado Vitacura, que era indio del Perú puesto en este valle por el gran inga rei peruano; el cual habiendo conquistado parte del reino de Chile, tenia puestos gobernadores con jente de presidio en todas las provincias hasta el valle de Maipo, que está tres leguas mas adelante deste valle de Mapuche, y estos gobernadores se llamaban los orejones, por razon de traer como traen ahora muchos una manera de sarcillos, que son como unas roldanas, o carrillejos de madera hechos de unas tabletas tan delgadas, como un lienzo; y recojidas en un rollete como trancaderas hasta quedar del tamaño de un real de a ocho, y algo mayor en redondez, y un pulgar de grueso. La cual tableta traen dentro de la mesma oreja toda metida en ella; porque cuando son niños se abren la ternilla de la oreja con un punzon delicado donde encajan un palillo; y despues otro mas grueso; y asi al paso que van creciendo, van siempre poniendo palos mas gruesos, hasta que les queda en la ternilla un agujero tan grande que cabe la tableta redonda, y está tan encajada como si hubiera allí nacido. Destos indios vemos muchos en el Perú, que residen en la ciudad del Cuzco; de la cual habian sido enviados por el gran inga a Chile los que hemos dicho, i se llamaban Mitimaes; y destos era el sobredicho Vitacura; el cual por ser indio del Perú, recibió con buen semblante a los españoles. Por esta causa, y no ménos por la grande anchura, fertilidad y sanos aires deste valle, que es de los mejores de las Indias, y aun de toda la cristiandad, determinó el jeneral de hacer aquí asiento, i aun de dar traza en fundar una ciudad lo mas breve que pu-

diese, dándole aviso y consejo para ello un cacique, al cual le costó la vida haberse metido en ello; porque despues en la primera oportunidad que pudieron los bárbaros haberlo a las manos, lo mataron como traidor y facineroso.

Sabiendo pues por toda la tierra la voz de aquesta fundacion, aun no comenzada, llegó a oidos del jeneral electo Michimalongo; el cual determinó de oponerse sin dilacion a ella haciendo guerra a hierro, y fuego por la defensa de su patria, y conservacion de su libertad, impidiendo a los cristianos sus intentos, sin descansar un punto hasta salir con el suyo. Y en razon de esto partió luego con su ejército mui ordenado marchando a toda priesa para Mapuche con grande orgullo, y lozanía, cantando victoria, como si ya la hubiera conseguido. No causó a los españoles algun jénero de pusilanimidad el excesivo número, y avilantez de los bárbaros, ántes cobrando nuevos brios se apercibieron a la batalla, pertrechándose de las cosas necesarias para tal conflicto; i ante todas cosas con la oracion, la cual tiene siempre el primer lugar entre todas las municiones y estratajemas militares. Y mui en particular invocaron todos el ausilio del glorioso Apóstol Santiago protector de las Españas y españoles en cualquier lugar donde se ofrece lance de pelea. Tras esto se siguió un breve razonamiento del jeneral a sus soldados: en que solamente les daba un recuerdo de que eran españoles, y mucho mas de que eran cristianos, jente que tiene de su parte el favor y socorro del Señor universal por cuya honra . . . . . . de . . . . las jentes . . . . que se precian de tener justo título para ellas.

Dicho esto salieron al campo, donde se carearon los dos ejércitos, y desafiándose sin recelo alguno vinieron a las manos, partieron los indios todos a una con gran vocería i lluvia de flechas que parecia se querian comer a los cristianos; los cuales estaban tan cubiertos de zaetas como de espeso granizo que cae del cielo en dia de temporal y de borrasca. No estaban dormidos entónces los nuestros, ántes con un Santiago y a ellos andaban todos juntos sin dividirse en parte alguna pareciéndoles ser espediente el andar . . . . para ir atropellando bárbaros . . . . de los ménos . . . . Con este . . . . encendida refriega, atropellando a los enemigos a cada paso y alcanzándolos a cada lance sin faltarles donde quiera que se reunian jente en quien emplear sus aceros, y filos de sus armas. Pero como los indios eran en tan grueso número nunca dejaba de estar el campo cuajado dellos, entrando siempre escuadrones de refresco lucidos a maravilla por la mucha plumeria que traian en sus cabezas de diversos colores, y las pinturas de sus rostros que estaban matizados con la variedad de labores que suelen en semejantes ocasiones; y mucho mas por la diversidad de armas ofensivas que traian en las manos como dardos arrojadizos, con tiraderas: porras de armas de metal (?) con puas de estraño artificio; lanzas cortas; picas en abundancia; macanas fuertes; arcos grandísimos de flechas tan largas y subti-

les, y de tanta fortaleza que pasan el arzon de una silla jineta pasando la flecha de claro mas adelante. Y lo mas que habia que mirar era la lijereza de los bárbaros los cuales son tan sueltos que parece que en un instante están floreándose sobre el aire, y en otro cosido todo el cuerpo con la tierra. Estando pues la falla en su mayor furia al tiempo que los indios iban acometiendo con mayores brios para beber la sangre a los cristianos: cuando se iban abalanzando a ellos para ejecutar su coraje con denuedo: cuando tenian ya la suya sobre el hito, y a toda priesa iban blandiendo las lanzas y levantando los brazos para descargarlas con ímpetu en los cristianos: cuando con el espirar de la victoria iban triunfando con estrépito, y alaridos, veis aquí cuando de repente (caso memorable) todos los bárbaros a una vuelven furiosamente las espaldas, y dan a correr como gamos por el campo raso a ruin el postrero desapareciendo súbitamente a huir todos del que súbitamente se les habia aparecido, dejando a los cristianos suspensos, y yo ahora hasta el capítulo siguiente.

CAPITULO XI.

De la fundacion de la ciudad de Santiago intitulada con este nombre por haber el glorioso apóstol aparecido en la batalla.

Despues de haberse dado fin a la batalla con tan felice . . . . lo primero que hicieron los cristianos fué dar gracias a Dios Nuestro Señor por merced tan . . . . tan declarada por su mano, y luego . . . . que no fueron pocos, y . . . . a la . . . . hombre que quitándose este una . . . . en que dormia arropó con ella su caballo: tanta es la jenerosidad del ánimo español. Y por ser el hecho tan digno de hombre noble me pareció poner aquí su nombre del que lo hizo que fué Antonio Carrillo, natural de . . . . de la frontera de Andalucia. Habiendo todos respirado un rato del cansancio de la refriega mandó el jeneral traer ante sí algunos de los indios que en ella habian sido presos, y los examinó haciendo escrutinio de las causas, porque habian tan repentinamente desamparado el campo. A lo que respondieron que estando en su mayor coraje y certidumbre de su victoria, vieron venir por el aire un cristiano en un caballo blanco con la espada en la mano desenvainada, amenazando al bando índico, y haciendo tan grande estrago en él, tanto que se quedaron todos pasmados, y despavoridos; dejando caer las armas de las manos no fueron señores de sí, ni tuvieron sentido para otra cosa mas de dar a huir desatinados sin ver por donde, por haber visto cosa llamada en su lengua pesimando, que quiere decir nunca vista. Y preguntándoles el jeneral cual de aquellos españoles que allí están, era el que habian visto en el aire; clavaron ellos los ojos en todos los presentes mirándolos con grande atencion a todos, y en particular a los mas lucidos y señalados, como eran Alon-

so de Monroy, Francisco de Aguirre, Rodrigo de Quiroga, Francisco de Villagran, Jerónimo de Alderete, el capitan don Diego Oro, el maestro de campo Pedro Gomez de don Benito, el capitan Juan Jofré, Pedro de Villagran, Juan de Cuevas, Rodrigo de Araya, Santiago de Azocar, Marcos Veas, Francisco Galdamez, Luis de Toledo, Francisco de Riveros, Diego García de Cáceres, Juan Fernandez Alderete, Juan Godinez, Gonzalo de los Rios capitan, Juan Boon, Pedro de Miranda, Gil Gonzales de Avila, y otros muchos caballeros y soldados que allí se hallaron, y habian sido en la batalla, y habiéndolos mirado mui despacio en particular a cada uno se sonrieron los bárbaros como haciendo burla de todos ellos respecto de aquel que habian visto, y así lo dijeron por palabras expresas, certificando que era hombre mui superior a todos ellos, y que habia hecho mas que todos ellos juntos. Oyendo tales palabras, y viendo tales ademanes reconocieron los cristianos ser el glorioso Santiago el que habia de socorro, y para certificarse mas en ello . . . . bárbaros de los de la batalla tomando . . . . a cada uno de por sí, lo cual hizo el jeneral con gran recato y dilijencia, y halló ser todos contestes en lo que se ha dicho; sin haber indio que discrepase, por lo cual tuvieron por cierta resolucion haber sido el glorioso Apóstol. Colijióse tambien por los efectos, pues habiendo sido los bárbaros mas de veinte mil, y tan esforzados y briosos, y los cristianos tan pocos que para cada uno habia mas de doscientos contrarios con todo eso no murió ningun cristiano, estando el campo tinto en sangre de los enemigos. Y con esta resolucion tornaron de nuevo a dar gracias a Dios, y su santo Apóstol que con tan benigno p. . . . . nos habia amparado al punto de la necesidad mas urjente, y así lo llamaron todos por mui particular abogado suyo y Patron del pueblo, conformándose los votos sin excepcion en que el pueblo; cuya . . . . se intentaba tuviese el apellido de este glorioso apóstol; con cuya . . . . pusieron luego mano en la obra a los doce dias del mes de febrero de mil y quinientos y cuarenta, y uno.

El temple desta ciudad es cual puede desearse, está en treinta y dos grados y medio, en el cuarto clima hácia la parte del sur, y así tiene su invierno y verano como el de España, aunque en los meses es totalmente opuesto, pues en el que comienza el verano en Castilla comienza acá el invierno, y al contrario; de suerte que por Navidad cuando en España es el mejor estalaje el que está mas cerca de la chimenea es acá gloria andar de huerta en huerta entre frutales, y pasear los campos verdes, y florestas deleitables que las hai en esta tierra con tantas ventajas, y con tanta fertilidad y abundancia de todas frutas que se hallan en Europa, y algunas otras naturales de la tierra que no se sabe en el mundo lugar donde haya tanta abundancia. De suerte que las camuesas que en España son de mayor gusto se echan acá a los puercos en grande suma porque las que los hombres comen son tanto mayores y mejores que no lo creerá quien no lo ha visto, y a este tenor van todas las cosas de mantenimientos deste

reino, así de huertas, viñas y olivares, como de sementeras y ganados, todo lo cual anda a rodo sin que haya persona tan pobre que no tenga sobrado todo lo que es mantenimiento de su casa. Entre otras cosas que ayudaron a edificar brevemente esta ciudad de Santiago no fué la de ménos comodidad la abundancia de maderas del valle que está en la ribera del grande rio Maule donde hai robles de que se hacen navios cuantos quieren y muchos cipreses, y laureles, y otras muchas especies de madera; y aun las acequias que se sacan del rio y corren por la ciudad tienen sus orillas hechas verjeles de arrayan, albahaca i rosas, y otras varias yerbas y flores; lo cual tambien se halla en los cerros, esteros, y collados, que todos están hechos unos jardines. Hai tambien miel de abejas sin cuidar della por ser silvestre, y sin jénero de cera en sus panales. Y entre otras cosas de notar de aqueste jénero hai unas matas de una vara de altura de tal calidad que cayendo en ellas el rocio a ciertos tiempos del año se sazona de manera que se vuelve en sal menuda; la cual sin mas preparacion sirve para los saleros, y aun la misma yerba despues de seca si se pone al fuego toda la ceniza en que se resuelve es pura sal. Hai tambien por los campos grandes frutillares, que así se llaman, los que dan una fruta casi a manera de madroños, aunque en la cantidad algo mayor, y en el sabor mas dulce, y delicado incomparablemente y así por excelencia se llama frutilla de Chile. Y si el lector gustare de rastrear algo de la fertilidad, y abundancia de esta tierra lo podrá colejir de que ahora cuarenta y cinco años no habia jénero de ganado en todo Chile, y pasan hoi de ochocientas mil las obejas que hai en solo el distrito desta ciudad, y a este tenor es el número de las vacas, puercos, cabras y yeguas, y otros animales que hai en Castilla, y tambien de que acude con tal multiplico el beneficio de las sementeras que de una anega acontece cojerse mas de ciento, y aun el autor dice que vió por sus ojos producirse alguna vez de solo un grano mas de........... espigas. Lo que es naranjas, limas, limones, cidras, hortalizas, y todo jénero de legumbres y flores, como lirios, asucenas, claveles, y finalmente todo jénero de yerbas, flores y frutas de España excepto guindas, y cerezas (que no se han sembrado) todo se dá con grande abundancia y ventajas. Luego que se fundó la ciudad se señaló primeramente sitios para monasterios de relijiosos de todas órdenes mendicantes, que despues con el tiempo han ido entrando, y fabricando casas, e iglesias de las mejores de las Indias, y tambien se fundó, andando el tiempo, un monasterio de monjas donde se conserva con mucha exaccion la observancia. Verdad es que con haber cincuenta y cinco años que se conquistó esta tierra no ha crecido mucho el número de la jente española pues los desta ciudad de Santiago con ser la cabeza del reino no pasan de quinientos hombres habiéndose disminuido tanto los indios que apenas llegan los deste valle a siete mil en el año en que estamos que es el de mil y quinientos y noventa y cinco, con haber hallado en él los españoles el año de cuarenta y uno pasados de cincuenta mil, y aun los deste sitio son los mejor librados; porque los de otras partes han ido y

van en mayor disminucion con las incesables guerras, ultra de los que murieron el año de noventa y noventa i uno de una peste de viruelas, y tabardillo, la cual fué jeneral casi en toda la.................. corriendo la costa que se sigue desde Santa Marta y Cartajena hasta lo último que en Chile hai de descubierto; de lo que pudiera hacer grande historia, por haber sido enfermedad tan monstruosa y vehemente, que apenas duraba dos meses enteros en un pueblo, porque era tanta la priesa con que derribaba personas en el lugar que entraba, que a pocos dias no se hallaba persona en quien emplearse por estar ya todos o, convalecientes, o difuntos, sino eran las personas de las cualidades a quien ella no daba cuales eran los que pasaban de treinta y cinco años, y tambien los nacidos en España; porque en estos era tan cierta la seguridad de no tocarles este mal contajioso, cuanto en los nacidos en estas tierras como fuesen de poca edad era cierto el no escaparse hombre, y asi a mi parecer murió la tercera parte de la jente nacida en esta tierra; asi de los españoles como de los indios, y aun pudiera alargarme algo mas, como persona que a la sazon anduve casi cuatrocientas leguas, ocupado en la ayuda espiritual de los enfermos, para el cual ministerio iba dejando los pueblos como la misma pestilencia los iba dejando, y entrando en otros donde ella de nuevo entraba. Así que no es tanto de maravillar el haberse disminuido mucho los indios cuanto el no crecer el número de los españoles en tierra tan apta y apacible para la vida humana cual se puede desear en todo el mundo, porque ultra de la abundancia de las cosas dichas hai otras muchas comodidades de las necesarias para la vida humana, como son muchos obrajes de paños, jergas, bayetas, y frazadas que aunque por no haberse comenzado a poner molinos de aceite no es el paño fino la causa de labrarse con manteca; todavia es pasadero; y tambien hai muchas oficinas de curtiduría de donde se saca gran suma de suelas, vaquetos cordobanes, y badanas que se llevan al Perú; y no ménos injenios de azúcar que abastecen toda la tierra, sin que sea menester casi cosa de fuera sino es alguna lenceria, y sedas, pues todo lo demas puede suplirse con lo que la tierra llena de suyo; en la cual demas de las minas de oro hai otros muchos minerales en la cordillera de diversos metales, y lo que mas convida a vivir en este reino, y en particular en esta ciudad de Santiago, es el admirable temple y clemencia del cielo; pues ni el calor llega a ser mui intenso ni el frio mui riguroso; y se vé por experiencia que todos los lugares que están hácia esta parte del polo austral no son tan frios como los septentrionales ni aun las tierras, que están dentro de la tórrida zona desta parte . . . . hácia al mediodia no son tan cálidos, como los que lo son en el otro hemisferio . . . . he estado yo en lugares que aun no estaban en tres grados, y se hielan los hombres en ellos en solo pasarlos; porque el habitarlos seria imposible cual es una pa . . . . que está entre la ciudad . . . . y la provincia de los Quijos y . . . .; y aun cuando ántes de la línea equinoccial va corriendo una cordillera hácia el sur que llega a todo lo que hai

descubierto en esta rejion que es hasta casi cincuenta grados; de suerte que por donde quiera que se camine desde la mar hácia la tierra adentro han de dar con ella a quince o veinte leguas de la costa, y es cosa maravillosa que con estar siempre nevada por lo mas alto dentro de cuatro o cinco leguas que se va bajando hácia la mar hai tierras mui cálidas de verano y tambien de la otra parte de la cordillera, que es mas oriental, y va entrando la tierra adentro hai tanta diversidad de temples que he salido yo un dia de una tierra helada, y me he hallado el mesmo dia en pueblo de un calor tan intenso que los indios que van guiando a los pasajeros se quedan en medio del camino porque los que llegan al pueblo que está abajo mueren luego por la grande diferencia del temple aunque el calor no es tan excesivo que dé pena a los naturales de aquel lugar ni a otras personas que entran de fuera cursados en andar entre variedad de temples. Ni hai en esta tierra aquellos intolerables calores que pensaban los antiguos tanto que la tenian por inhabitable ántes comunmente son estas tierras de temples mas suaves, y mas sanos vientos, si no es algunas veces que corre el viento norte, que son mui pocas; porque cuando corre el sur que es el ordinario desta rejion, hai salud comunmente con ser este el viento mas nocivo en nuestras Españas llamado vendabal, y la causa es entre algunas otras que viene de la mar y por consiguiente mui puro, y saludable; habiendo todo lo contrario en el norte que cuando llega por acá ha corrido las tierras que hai entre la mar del norte, y la del sur de oriente a poniente como son el Brasil, Paraguay, Buenos Aires, la Margarita, y otras que tienen sus vertientes a la mar del norte. Y así tienen los vientos por acá contrarias cualidades de las que tienen en España porque el norte que allá suele ser frio y seco, en estos reinos es el que dá las lluvias, y el meridional llamado sur es acá frio y seco el cual esparce las nubes e impide las aguas. Todo lo cual es comun no solamente en Chile pero tambien en todos los reinos de Tucuman, Perú i Quito, y los demas circunvecinos. Mas cuanto a la fuerza de aguaceros, truenos, y rayos con los demas adherentes de heladas, y granizo; aunque hai en estas tierras tanta variedad que en algunas hai mucho de todo esto exorbitantemente; y en otras tan grande tranquilidad, que nunca se vé ni aun un razonable aguacero como esperimentamos el dia de hoi, que en toda la costa de la mar que corre desde Tumbes a Chile mas de ochocientas leguas jamás se ha hallado hombre que haya oido truenos............ nieve o granizo, si no es en los lugares .... acercando a la cierra. Pero el asiento desta ciudad de Santiago, aunque participa algo destas impresiones meteorolójicas; mas con todo eso no es cosa frecuente el oirse truenos, y el llover es con grande serenidad y sin vientos desgarrones. La tierra es algo mas seca que húmeda, aunque fértil a maravilla, tiene muchos............ altísimos de los cuales............ tienen bocas en lo alto por donde echan............ tambien se hallan en Quito, y aunque en tratar de las calidades i condiciones destos reinos fuera razon no faltar a todo lo que pide la historia, mayormente

siendo todas las casas de por acá al contrario de las de Europa; pero parecióme estar bien excusado de esto por haber salido agora en nuestros tiempos un libro intitulado de natura novi orbis, escrito en latin y otro en romance que trata de las mesmas cosas desta América; los cuales por ser escritos por el padre Joseph de Acosta relijioso de nuestra compañía de Jesus, persona que demas de su autoridad y letras en todas facultades, tiene tambien mucha experiencia de todo esto por haber andado tres veces todo el Perú en tres visitas que hizo siendo provincial, y haber últimamente pasado por la nueva España. Por lo cual remitiéndome a sus escritos pasaré al capítulo siguiente.

CAPITULO XII.

De las condiciones de los indios de Chile, y algunas cosas de la tierra.

Lo que mas hai que notar acerca deste capítulo es que los indios chilenses son por la mayor parte coléricos sanguíneos, de alta estatura, huesos sólidos, y cuerpos fornidos y membrudos, rostros hermosos y colorados aunque trigueños: de suerte que siempre andan representando alegría, y consiguientemente son bien acondicionados y animosos, y mui arrojados en las batallas. Antiguamente adoraban al demonio, consultándole sus oráculos por medio de los hechiceros; los cuales muchas veces daban respuestas de su cabeza; no tenian adoratorios hechizos sino al primer cerro que topaban, y aunque los hechiceros finjian que sacaban piedras, palos y otras cosas por su arte, y tambien curaban con yerbas supersticiosamente, pero tambien hai en la tierra yerbas medicinales como el lanco para heridas, y muchas veces en veinte y cuatro horas sana, otra que llaman cori que tiene propiedad mui estítica, sirve para muchas medicinas en especial para estancar cámaras de sangre; otra llamada quedanque, que sirve para mal de dientes, otra raiz que se llama lepichoa, que hace purgar, otra raiz que llaman cuelen; esta sirve para purgar melancolía: otra que llaman chopeichope que sirve para abrir postemas, otra llamada megue que es buena para contra veneno, y así mesmo apio en cantidad; y finalmente otras muchas, y mui excelentes yerbas y raices medicinales y de mucha virtud. Animales silvestres hai mui pocos en este reino, si no son unos animalejos, que llaman leones, nombre puesto por los españoles, y los indios les llaman pangue: estos no hacen daño a nadie. Hai otros animalillos mui pequeños, cuyas pieles sirven de aforros de algunas vestiduras; hai gran suma de perdices substanciales y sabrosas hai palomas, torcazas y domésticas, y codornices. Hai muchas aves de rapiña, y volateria, gavilanes, halcones, neblies, sacres, azores, xirifaltes, y gran suma de garzas, y vandurrias, y pájaros mui chiquitos como canarios, hai ruiseñores, en abundancia, tordos, rolas i otro gran número de gallinas y otras aves que se crian sin cuento; y finalmente hai gran cantidad de salinas, así en la costa de la mar, como en la tierra. La diócesis desta ciudad de Santiago comienza desde el valle de Copiapó, que es el principio des-

te reino, y llega hasta los términos de la ciudad de la Concepcion, y ciudad de San Bartolomé de Chillan, y hasta la jurisdiccion de los obispados de Tucuman y las Charcas. De ancho tiene este obispado veinte y cinco leguas: y tras la gran cordillera nevada están dos ciudades del mesmo obispado, de las cuales y de las demas deste reino haremos mencion, cuando de su fundacion se trate.

El modo de hacer sementeras en este reino, y aun en el Perú, es este que primero riegan la tierra con agua de las acequias que corren por los campos, y luego derraman el trigo, y despues aran solo una vez con la cual se cria tan bueno, y con tanta abundancia como si llevase muchas rejas. La jente española y en particular los encomenderos y personas nobles, demas de que en todo procuran vivir con mucha cristiandad, pero en particular se esmeran en hacer bien a los forasteros, y socorren a las viudas y relijiosos crian huérfanos; proveen de caballos, armas y ropa de los soldados pobres que sirven en este reino de su majestad. Y el autor afirma como testigo de vista, y que anduvo gran parte de las Indias, no haber visto mas caridad ni largueza en ningun otro lugar de ellos que en la ciudad de Santiago: aunque ya esto va algo decaido, no solamente por lo que dice el apóstol que andando mas los tiempos abunda mas la iniquidad y el mesmo hijo de Dios en su evanjelio dijo que vendria a fortificarse tanto el vicio que se resfriaria la caridad de muchos, sino tambien por ser mucha la jente que de nuevo va entrando, y así no se puede ya acudir a tanto.

CAPITULO XIII.

De como el capitan Valdivia prendió en un fuerte que desbarató al jeneral Michimalongo, y se dió asiento a las minas de oro.

Luego que se hizo la fundacion de la ciudad de Santiago, despues de haber pasado la batalla procuró el capitan Valdivia saber el secreto de la tierra, y lo que en ella habia, así de oro como de plata, y otras cosas de valor y estima, para esto partió de allí dando la vuelta al valle de Chile con ochenta españoles de a pié y de a caballo, y en llegando a él tuvo noticia de que el jeneral Michimalongo, estaba en un fuerte con mucha jente belicosa, y pertrechada para la guerra. Oida esta nueva, le pareció que seria importante acometerla, y desbaratarla, para que los bárbaros entendiesen, no habia de haber para ellos lugar seguro; y despues de haber consultado con su jente pasó adelante con determinacion de poner el cuidado principal en prender al jeneral Michimalongo; porque teniendo cojido a este que era el caudillo, se entendia que todos los demas caciques, y señores estarian subjetos a lo que él ordenase obedeciéndole como a cabeza del gobierno en paz y en guerra. Yendo con este designio llegó junto al fuerte, y habiéndolo bien reconocido le puso cerco, y tuvo traza para que se asomase el jeneral y sus capitanes a un lugar donde les dijo por faraute, que dejasen el

fuerte desembarazado, pues del hacerlo así les vendria gran provecho, y de lo contrario mucho daño, y que no difiriesen en darle la paz y obediencia con la cual redimirian la matanza, que les estaba aparejada. Con esto les habló otras palabras probando si podria atraerlos de suerte que no viniesen a rompimiento. Mas ningun medio fué parte para que dejase el bárbaro jeneral y sus capitanes de estar mui enteros en la defensa de su fuerte.

Convencida su rebeldia mandó el capitan que los españoles acometiesen de tropel dando batería, lo cual ejecutaron con tanto ímpetu que en espacio de tres horas fué arruinada la fortaleza, y la victoria declarada por los cristianos habiendo muerto muchos indios, y saliendo otros heridos, y presos en los cuales se hizo ejemplar castigo segun parecia convenir en aquel tiempo. De nuestros españoles salieron la mayor parte heridos de pedradas y golpes de dardos arrojadizos pero cosa de muerte no tocó mas que a uno llamado Rodrigo Sanchez, natural de la ciudad de Ecija. Entónces el capitan Valdivia con teda su jente dió gracias a nuestro Señor por victoria de tanta importancia mayormente por haber preso en ella al capitan Michimalongo que era toda su pretension aunque por causas que le movieron no le cortó la cabeza, ántes procuró por todas vias hacer dél un buen amigo, acariciándole para que él (como quien tenia mano en todo) diese órden que todos viniesen de paz, como deseaba; juntamente se informó del por estenso de los lugares, de donde sacaban el oro que llevaban en tributo al rei del Perú: porque hasta aquel punto no sabian donde estaban las minas, ni se habia visto oro en el reino. Viendo Michimalongo que con esto tendria contentos a los vencedores, acordó él y los demas señores que con él estaban en prision de llevar al capitan a las minas de Malgamalga junto al rio grande de Chile y Quillota. Aceptó Valdivia la oferta, y tuvo por bien de ir a ellas, pues no habia mas de dos leguas de allí a donde las minas estaban; llegado allí halló en el asiento dellas muchas fundiciones y crisoles de barro para el efecto.

No se puede explicar el regocijo y júbilos de los españoles, cuando vieron tales insignias, y como si ya tuvieran el oro en las bolsas ninguna cosa les parecia faltarles, ni les daba cuidado sino era pensar si habia de haber tantos costales y alforjas en el reino que pudiesen echar en ellos tanto oro, y así se comenzaron a engreir, y ensanchar en gran manera teniendo ya mas altos pensamientos, como jente rica entendiendo que en breve tiempo irian a España para hacer mayorazgos, y aun condados, y torres de oro, comenzando desde luego a hacerlas de viento. Luego trató el capitan Valdivia con los caciques, y señores diesen jente para labrar las minas de allí adelante y en dándola serian sueltos de la prision en que estaban; respondieron ellos que eran contentos de consultarlo al punto con el jeneral Michimalongo que allí estaba, pues era la cabeza de todos ellos: como en efecto se hizo con instancia. Lo que resultó de la consulta fué juntarse en breve mil y doscientos mancebos de veinte y cuatro a treinta años, y quinientas mujeres solteras

y doncellas y muchas dellas huérfanas y vagabundas todas de quince a veinte años, las cuales ocupaban a posta los caciques, y señores para que trabajasen en aquel oficio de labar, y sacar oro, y no anduviesen araganas: esta costumbre de beneficiar oro las mujeres desta edad quedó despues por muchos años, y se entendió que la tenian ántes que entrasen los españoles, pues los caciques las daban para el efecto. Pero los españoles como buenos cristianos y temerosos de Dios, no permitieron por entónces que en tal oficio estuviesen mujeres mezcladas entre hombres, pues dello resultarian ofensas de Dios, y aun para los mineros españoles seria ocasion de otro tanto por ser muchas estas indias doncellas blancas y hermosas, y de edad ocasionada para toda lacivia, como se ha experimentado despues andando el tiempo porque han tenido tan poco recato los encomenderos que asi como echaban cuadrillas de hombres en las minas, echaban tambien de mujeres, habiendo en aquellos asientos muchos españoles que residian allí de ordinario con cargo de recibir el oro, y mandarlo sacar a puros azotes, de los cuales algunos eran tan deshonestos que vivian de la manera que se les antojaba teniéndolo todo por suyo, sin haber quien se lo impidiese ni castigase con ser grande la disolucion y soltura; y bien se sabe que semejante abuso tuvo por autores a los mesmos encomenderos pues nunca su majestad el rei nuestro señor ha mandado que en sus reinos labrasen minas las mujeres de la manera que hemos dicho, estando en el invierno metidas en el agua todo el dia helándose de frio, como el autor testifica haberlas visto lavar el oro llorando, y aun muchas con dolores, y enfermedades que tenian, y aun cuando no entraban con ellas las sacaban ordinariamente de allí. En efecto el capitan Valdivia no quiso permitir por entónces este abuso tan pernicioso, excluyendo a las mujeres puso su asiento de minas con dos mineros españoles que sabian bien el arte y manera de sacar oro, el uno llamado Pedro de Herrera natural de la ciudad de Salamanca, y el otro Diego Delgado: estos enseñaban a los indios a sacar apuradamente el oro, porque cuando lo sacaban para el rei del Perú no tenian órden en aprovechar el trabajo, que solo cojian el oro mas granado quedando lo demas perdido, lo que remediaron estos dos mineros españoles dando traza en que de allí adelante no se perdiese cosa. Tambien se puso en el asiento de las minas, para su guarda, y defensa alguna jente española, escojida, y un criado del capitan Valdivia que se llamaba Conzalo de los Rios para que asistiese como mayordomo, y caudillo, para que si acaso acaeciese algun alboroto o novedad se pusiese a la defensa, y diese aviso con brevedad a la ciudad donde el capitan estaba.

El oro que en este tiempo se sacaba, se iba todo juntando para enviar al Perú con que se aviase mas jente española, de que tenia este reino mucha falta, y otras cosas necesarias, y tambien deseaba el capitan enviar a su majestad un gran presente de oro, para que entendiese que aquella tierra nuevamente descubierta y poblada era suya, y en su real nombre le estaba él allí sirviendo con aquellos poquitos españoles. Y para despachar todo esto mandó hacer un bergantin ayudándose para

ello de los indios de la comarca, los cuales como entendieron que era para traer jente española; con lo cual se vendrian a juntar muchos cristianos; procurando su remedio fué que en breve tiempo se juntaron los caciques y señores, y con gran secreto entraron en consulta, donde se resolvieron en tornarse a rebelar, aunque contra el parecer del jeneral Michimalongo, y para esta enviaron mensajeros por toda la tierra dando aviso de lo que estaba consultado, de suerte que en pocos dias se juntó mucha jente de guerra; la cual habiéndose pertrechado de lo necesario dió sobre los españoles que estaban en las minas, que por todos eran veinte y cinco, y los mataron a todos escepto el caudillo Gonzalo de los Rios, que éste como vió la cosa de mala manera, se escapó huyendo a uña de caballo, y llegó a la ciudad, donde dió la triste nueva, y sabido el caso por el capitan, luego dentro de una hora se puso a caballo y mandó saliese en su seguimiento alguna jente española, quedando la ciudad reparada, y llegando al asiento de las minas donde se habia hecho la matanza, no tuvo oportunidad de hacer otra cosa mas de llorar el daño que via a sus ojos y con esto se volvió a la ciudad.

En este tiempo habia ciertos soldados, que no se llevaban bien con el capitan Valdivia, por fines que tenian, y deseaban, segun fué entendido, su perdicion y mal suceso, y que ninguna cosa acertase, deseando que les cayese la casa encima a trueco de que cojiese debajo a su enemigo, cual otro Sanson que derribó el templo de los filisteos cojiéndolos debajo estando él entre ellos, y muriendo la mesma muerte con que les mataba; llamábanse estos Francisco Chinchilla, y Antonio Pastrana, naturales de Medina del Campo, y don Martin de Solier natural de Córdova, y Rodrigo Márques natural de Sevilla, y Juan Vasquez, y otro de modo que por todos eran seis: uno de estos, que era Francisco Chinchilla, mostró tanto regocijo de ver venir a Valdivia tan melancólico del mal suceso sin haber hecho cosa en el viaje, que echando un pretal de cascabeles se puso el mesmo dia a correr por la plaza con gran regocijo. Vino esto a oidos de Valdivia, el cual le mandó luego prender, y con él a los demas por tener aviso de que andaban a punto de amotinarse. Estando todos en prisiones en la casa del alguacil mayor Juan Gomez de Almagro; mandó Valdivia que cuando se metiese la comida a los presos se hiciese excrutinio de si entraba solapada en ella alguna carta o billete, por haber él ordenado, que ninguna persona les hablase. No se engañó mucho en esto; porque dentro de un pan subcinericio, que era cocido al rescoldo, envió Antonio de Pastrana una carta a Francisco Chinchilla su yerno porque estaban apartados en la prision. Este pan abrió el alguacil mayor, y hallando la carta se puso a leerla para sí delante de la parte, y estando embebecido en lo que contenia arremetió con él Francisco de Chinchilla y se la quitó de la mano, y en un punto se la metió en la boca, y la tragó contentándose, ya que no comió el pan con comer la carta. Con este hecho se alteró estrañamente el capitan Valdivia, de suerte que la car-

ta vino a ser amarga en el estómago aunque habia sido quizá dulce en la boca; pero no de la manera que le sucedió a San Juan a quien Dios mandó por medio de un ánjel, que tragase un libro, el cual fué en su boca dulce como miel, y en el estómago amargo como acibar. A lo ménos la amargura sabemos que le vino a Chinchilla, porque Valdivia mandó hacer justicia de los cinco dellos dejando solo a Juan Vasquez, y en efecto vinieron todos cinco a confesar al tiempo de su muerte ser verdad que se amotinaban, y aun condenaron a otros, contra los cuales no se averiguó cosa despues de muchas pesquisas. Esta disension entre jente doméstica fué de tanto detrimento como siempre suele ser en lances semejantes: pues dejados otros ejemplos, dice Jusefo, que cuando Tito emperador estaba sobre Jerusalen, se desavinieron dentro della dos coterráneos, que fueron Juan y Simon, lo cual fué raiz de mayor daño que pudieron solos por sí hacer los de fuera, como lo hicieron en efecto cojiéndolos desunidos. Esto mesmo sucedió a nuestros españoles, porque como los indios los vieron revueltos, tomaron ocasion de rebelarse, y el oro que estaba sacado de Malgamalga, cuando mataron a los veinte y siete españoles, lo repartieron entre sí todos los capitanes por partes iguales, gozando tambien de los demas despojos que les quitaron al tiempo de su matanza.

CAPITULO XIV.

De la prision de siete caciques.

Escarmentado el capitan Valdivia del alboroto pasado, en que los indios mataron a los españoles de las minas, procuró recojer todos los bastimentos que él pudo para mantener a su jente, en el tiempo que durase la fábrica de la ciudad comenzada; para la cual diputó la jente necesaria poniendo al resto del pueblo a punto de pelea, de la manera que lo hacia Zorobabel, que reedificaba el templo de Dios despues de la vuelta de Babilonia; que con una mano atendia a la fábrica, y con la otra acudia a defenderse de los que procuraban perturbarle como Beselan Mitrídates; y Thabeel con los persas mandados de su rei Asuero. Y como entendiese que los indios se andaban conjurando para dar sobre la ciudad, así por haber abscondido los mantenimientos dejando sin ellos a los españoles y a sus yanaconas, como por otros indicios que dello tuvo; mandó llamar algunos caciques con achaque de tratar con ellos algunas cosas tocantes al servicio del pueblo: no dándoles a entender que sospechaba cosa alguna del motin que se rujia. A esto acudieron siete caciques excusándose los demas con algunas causas finjidas: y teniendo Valdivia a estos siete en su presencia, les habló con razones graves y de mucha ponderacion, dándoles a entender cuán perdidos iban en meterse en nuevos alborotos; y como era traza del demonio, que los pretendia inquietar y destruir a todos: y que les

notificaba los daños que se les habian de seguir del alzamiento: para que despues de experimentados los atribuyesen a sí mismos y no a los cristianos; a lo cual respondieron los caciques estar ellos libres desta nota sin haber intervenido en la conjuracion que otros intentaban, haciendo grandes ofertas y promesas al capitan Valdivia, remitiéndose para ello a la experiencia. Y aunque él entendió ser todas sus palabras finjidas, mostró exteriormente que les daba crédito, diciéndoles que para prueba de lo que decian, mandasen luego a traer mantenimientos, pues vian cuan necesitados estaban dellos los cristianos: y ofreciéndose los caciques a traer luego de sus tierras provision bastante para todo el pueblo, los detuvo Valdivia presumiendo ser cautela, y trato doble de los indios, que no pretendian sino verse libres de sus manos. Y poniéndolos a todos en prision, mandó que diesen órden en que dentro de cuatro dias hubiese en la ciudad la provision necesaria para su jente: para cuya ejecucion enviaron ellos algunos indios súbditos suyos, a que la recojiesen en sus tierras.

Estaba entre estos caciques uno llamado Quilacanta, que era gobernador de aquella tierra, puesto por el rei Inga del Perú con jente de guarnicion, como se ha tocado arriba: este dijo a Valdivia que pues habia gobernado aquella tierra, y tenia tanta mano en ella, diese luego traza en que o viniesen todos los indios de paz, o se juntasen todos a hacerle guerra, porque deseaba acabar de una vez con ello con bien o con mal. A esto respondió el capitan Quilacanta, que él no era ya parte para lo uno ni para lo otro, por no ser obedecido despues que entraron los españoles: y que solo le podia servir con avisarle de que los indios no esperaban otra cosa sino que su señoría saliese de la ciudad para cojer a la jente dividida, dando sobre los unos i los otros de improviso. Y como si las palabras de este indio hubieran sido contrarias totalmente a las que dijo, así tomó dellas acilla el capitan Valdivia para salirse luego de la ciudad a una provincia llamada de los Paramocaes, que jamás se habia rendido a los españoles, enviando delante un capitan con treinta hombres, en cuyo seguimiento partió él poco despues con otros setenta. Y no fué poco el contento que recibió de hallar una tierra tan fértil, y abundante de todas las cosas así de mantenimientos para los hombres, y pasto para los ganados, como de rios fuentes. y manantiales. Y así despues que la poblaron los españoles hai en ella muchas viñas, y las demas frutas de Castilla. Y es mui regalada de cosas de caza, de volatería, y cetrería, en particular de venados que se cojen en grande abundancia; por lo cual los indios no se curaban antiguamente de darse a cultivar sus tierras contentándose con la aves y otros animales que cazaban gustando mas de ser flecheros que labradores, y así eran tan diestros en tirar de puntería, que tuvieron los españoles bien que hacer para rendirlos.

Estando pues, Valdivia en esta provincia, llegó un mensajero enviado del capitan Alonso de Monroy, su lugar teniente, y Francisco de Villagran, su maestre de campo, que habian quedado en la ciudad con

cincuenta españoles: y le dió aviso de que venian sobre ella grandes escuadrones de enemigos en cuyas manos se verian en gran peligro, si su señoria tardaba en acudir a su remedio: a lo cual respondió Valdivia, que se defendiesen ellos por sus personas pues eran hombres para ello, y que él haria lo mesmo si se ofreciese semejante lance para ello. Viendo el capitan Michimalongo que Valdivia no asistia en la ciudad envió a un capitan bárbaro llamado Alcana con la mayor parte de su ejército para que llevasen la ciudad, a fuego y sangre precediendo frecuentes espias, que mirasen atentamente si estaba en ella aquel caballero del caballo blanco, que los venció en la batalla pasada, y los dejó atemorizados, como arriba queda dicho, teniendo por cierto ser el glorioso Santiago. Por otra parte envió a su hermano Tanjalongo con alguna jente, que entretuviese al capitan Valdivia, porque no pudiese acudir a dar socorro a los de su pueblo. Mas no pudieron los indios trazar esto tan secretamente, que no fuese entendido por los españoles de la ciudad, los cuales hicieron todas las dilijencias, y precauciones posibles para defenderse barreando las calles, poniendo albarradas, y trincheras: y aderezando las armas, así los españoles como los indios yanaconas. Y el capitan Alonso de Monroy repartió la poca jente que habia en algunos escuadrones, para que supiese cada uno a que lugar habia de acudir. Y la principal prevencion de que todos usaron fué acudir a Dios, y a su gloriosa madre, y al bienaventurado Santiago, para que les fuesen favorables como siempre lo habian sido: teniendo esto por el mas eficaz medio (como lo es) para salir con todas las empresas que se intentan.

CAPITULO XV.

De la batalla que hubo en la ciudad de Santiago entre los indios y españoles, donde mató doña Ines Juarez siete caciques.

Estando los cincuenta españoles de la ciudad de Santiago con las armas en las manos esperando a los enemigos, veis aquí cuando un domingo a los once de setiembre de 1541 tres horas ántes del dia llegaron sobre la ciudad los indios de guerra repartidos en cuatro escuadrones para derribar por tierra las paredes, y quitar las vidas a las personas. Y aunque la multitud de los bárbaros, el órden, y disposicion de sus compañías, el pavor de sus alaridos, y la obscuridad de la noche eran todos motivos para atemorizar a los ciudadanos: con todo eso no hubo hombre entre ellos que desmayase: ántes mostrando un valor invencible pelearon todos con lanza y adarga, dando y recibiendo heridas por todo aquel espacio de tiempo que duró la obscuridad de la noche. Mas como empezase a salir la aurora, y anduviese la batalla mui sangrienta, comenzaron tambien los siete caciques que estaban presos, a dar voces a los suyos para que los socorriesen libertándolos de la prision en que estaban. Oyó estas voces doña Inés Juarez que estaba en

la misma casa, donde estaban presos, y tomando una espada en las manos se fué determinadamente para ellos, y dijo a los dos hombres que los guardaban llamados Francisco Rubio, y Hernando de la Torre que matasen luego a los caciques ántes que fuesen socorridos de los suyos. Y diciéndole Hernando de la Torre mas cortado de terror que con brios para cortar cabezas: señora, de qué manera los tengo yo de matar? respondió ella: desta manera, y desenvainando la espada los mató a todos con tan varonil ánimo como si fuera un Roldan, o Cid Rui Dias. No me acuerdo yo haber leido historia en que se refieran tan varoniles hazañas de mujeres como las hicieron algunas en este reino, segun constará por el discurso de la nuestra, donde verá el lector haberse hallado algunas en Chile, que se pueden comparar con aquellas famosísimas Alartesia y Lampeda, que ganaron por sus personas, antiguamente, la mayor parte de la Europa, y algunas ciudades de Asia, y no con la certidumbre de los que hablamos, pues las historias que tratan de aquellas, y otras semejantes mujeres belicosas, como Oritia, Minitia Harpalica, Pentesiba, Hipólita, y Harpe, no son tan auténticas ni tienen tantos fundamentos de credulidad: y desta doña Inés Juarez, y sus hechos, y de las demas mujeres de que hago mencion en esta historia, hai muchos testigos de vista mui fidedignos, y de autoridad en mayores cosas que son hoi vivas, y lo afirman todos unánimes en lo que atestiguan. Habiendo, pues, esta señora quitado las vidas a los caciques dijo a los dos soldados que los guardaban, que pues no habian sido ellos para otro tanto, hiciesen siquiera otra cosa que era sacar los cuerpos muertos a la plaza para que viéndolos asi los demas indios cobrasen temor de los españoles. Esto se puso luego en ejecucion saliendo los dos soldados a pelear en la batalla; la cual duró gran parte del dia, corriendo siempre sangre por las heridas que se recibian de ámbos bandos. Y fué cosa de grande maravilla el ver que tan pocos españoles pudiesen resistir tanto tiempo, a tan excesivo número de bárbaros de grandes fuerzas y determinacion en la guerra: mayormente viéndolos ya aposesionados de la ciudad, que estaba llena de ellos por todas partes, donde apénas se podia discernir cuál era el mayor número el de los vivos o el de los muertos.

Viendo doña Inés Juarez que el negocio iba derrota batida, y se iba declarando la victoria por los indios echó sobre sus hombros una cota de malla, y se puso juntamente una cuera de anta, y desta manera salió a la plaza, y se puso delante de todos los soldados animándolos con palabras de tanta ponderacion, que eran mas de un valeroso capitan hecho a las armas, que de una mujer ejercitada en su almohadilla. Y juntamente les dijo, que si alguno se sentia fatigado de las heridas acudiese a ella a ser curado por su mano: a lo cual concurrieron algunos, a los cuales curaba ella como mejor podia, casi entre los piés de los caballos: y en acabando de curarlos, les persuadia y animaba a meterse de nuevo en la batalla para dar socorro a los demas que andaban en ella y ya casi desfallecian. Y sucedió que acabado de curar

un caballero se halló tan desflaquecido del largo cansancio, y mucha sangre derramada de sus venas que intentando subir en su caballo para volver a la batalla no pudo subir por falta de apoyo: lo cual suplió tan bastantemente esta señora que poniéndose ella mesma en el suelo le sirvió de apoyo para que subiese: cosa cierta que no poco apoya las excelentes hazañas desta mujer, y la diuturnidad de su memoria. Llamábase este caballero Gil Gonzales de Avila que fué mui conocido en estos reinos, el cual apénas entraba en conversacion o corrillo donde no refiriese aqueste hecho con los demas memorables desta señora, que se tocan en diversos lugares desta historia, aunque no todos, por haber sido tantos, que la requerian propia de solos ellos. Desta manera socorrió a su jente, que ya no podia ir atrás ni adelante por ser muchas las escuadras de indios que iban entrando de refresco sin esperar los nuestros otro auxilio que el del cielo. Por lo cual acordaron de acudir a éste invocando con la mayor devocion que cada uno podia el favor de Dios, y su santa madre, y el del glorioso Apóstol Santiago Patron de la ciudad que defendian. Con este trabajo anduvieron los nuestros peleando hasta medio dia, que fué negocio casi milagroso poder sustentarse tanto tiempo sin descansar entre tantas huestes de enemigos, no cesando de matar cuantos hallaban por delante, con tantos brios, que hubieron de poner en huida a los contrarios con lastimosa pérdida de su parte, sin que en tantos peligros muriese español alguno, disponiéndolo así la divina Providencia para el aumento de su santa fé católica en estas partes. Mas aunque los indios se retiraron, no perdieron de vista a la ciudad, así por estar tan cansados que no podian ir adelante, como por haberse hecho afuera con ánimo de descansar y tomar refresco, para volver con nuevos brios a la batalla. Pero dieron lugar con esto a que los nuestros se curasen, y tomasen aliento ellos y los caballos, que no podian ya rodearse: y para tomar alguna refeccion, y refrijerio, no de conservas y manjares delicados, ni aun pan, y vino, pues no lo habia en todo el pueblo: sino un poco de maiz tostado, y ese por medida y tasa; aunque no la habia en su esfuerzo, y ánimo, con que ellos sufrian alegremente estas i otras semejantes calamidades en razon de servir a su rei, hacer ilustre su nombre en todo el mundo.

Entre las demas cosas memorables que sucedieron este dia, no fué la de ménos admiracion la que aconteció al jeneral Francisco de Aguirre: y fué que como fué tan prolongado el tiempo de la batalla, que duró desde ántes del dia hasta la mayor fuerza del sol, que era a las doce, y en todo este tiempo no dejó la lanza de la mano trayéndola siempre apretada en ella para dar los botes con mas fuerza, vino a quedar la mano tan cerrada que cuando quiso abrirla, y dejar la lanza, que tenia casi tanta sangre como madera, no pudo abrir la mano ni despegar la lanza ni otro alguno de los que procuraron abrirséla fué parte para ello. Y así fué el último remedio acerrar la asta por ambas partes, quedando metida la mano en la empuñadura sin poder despegarse, hasta

que con unciones poco a poco se fué molificando, y se abrió al cabo de veinte y cuatro horas; tanta era la firmeza con que este valeroso capitan empuñaba la lanza en las batallas.

Habiendo descansado la jente de ambos bandos, llegó el jeneral Michimalongo con cinco mil hombres de refresco a donde estaba su ejército con mucha pausa refocilándose para revolver con mas brios a proseguir lo que estaba comenzado: y viéndolos con tanta sorna a tiempo en que pensaba él que se habian comido a los españoles sin resistencia, les habló con palabras graves y severas, que argüian entendimiento y valor de uno de los emperadores romanos, que de bárbaro chilense. Por que aunque estos indios son comunmente de bajos naturales, y apocados en sus personas y modo de proceder en sus negocios: con todo eso hai algunos que representan el señorío y autoridad de sus linajes y oficios: y tal era este Michimalongo: cuya prudencia sagacidad y otras buenas partes naturales autorizaban mucho su persona. Por esta causa era mui respetado de los indios, y no ménos por ser mui liberal, y dadiboso para sus súbditos, y templado, sobrio, y compuesto en si mesmo. Pues la virtud donde quiera es venerada aunque sea entre bárbaros, y (lo que mas es) amada de los mesmos enemigos, como lo dice Ciceron por palabras expresas. Era este Michimalongo de buena estatura, mui fornido y animoso: tenia el rostro alegre, y agraciado tanto, que aun a los mesmos españoles era amable. Viendo pues a los suyos mano sobre mano los reprendió ásperamente con gran coraje y severidad, como hombre de pundonor y sangre en el ojo, con las razones siguientes: "Espantado estoi de que unos hombres tan valerosos como yo entendí que érades vosotros, hayais caido en tal infámia y deshonor, perdiendo vuestra reputacion acerca de los cristianos, y aun de los mesmos de vuestra patria de entre los cuales yo os escojí, entendiendo que érades hombres y no gallinas como la experiencia muestra con desengaño. Yo no sé por cierto que nueva cobardía se ha metido y aposesionado de vosotros, que habiendo resistido tan varonilmente a los quinientos hombres, que entraron con el capitan don Diego de Almagro hasta hacerlo salir de nuestras tierras con el temor que nos tuvieron, esteis agora tan amilanados, que os hayan hecho huir cuatro hombrecillos de mala muerte cobrando ellos avilantez de ver tan en su punto vuestra cobardía. Mucho tenia yo que deciros acerca desto; pero basta para avergozaros el deciros, ya aquí públicamente, que alzo mano del oficio de jeneral, y desde luego lo renuncio en quién mandáredes: porque me desdeño de ser tenido por adalid de tan infames soldados; pues quien oyere decir lo que hoi ha pasado por vosotros me echara a mi la culpa, como a la cabeza a quien se suelen atribuir todos los achaques y efectos prósperos o adversos de la guerra. Y si me hiciéredes instancia, para que no me exima deste cargo, ha de ser con tal condicion que troqueis los instrumentos de guerra con vuestras mujeres, tomando ellas vuestras armas y vosotros sus ruecas, que sois mas para ellas que para las batallas; aunque siendo cincuenta mil, como sois vosotros, para treinta y dos hombrecillos como estos, que

seais hombres o mujeres, que traigais lanzas o ruecas, cualquiera cosa sobra sino sois gallinas, como hasta aquí lo habeis mostrado." A estas razones respondió un capitan llamado Aliavo, que aunque le sobraba razon de estar airado contra ellos mirando solamente los efectos: pero considerando bien lo que ellos habian hecho, y padecido, no habia hombre entre ellos digno de ser reprendido por cobarde. Pero que tornarian a la refriega, pues hasta entónces no habian desistido della: sino solamente retirádose un poco para tomar aliento. Con estas le dijo otras palabras para aplacarlo, prometiéndole grandes cosas, de suerte que el jeneral se fué amansando hasta quedar del todo desenojado. Y queriendo que se diese luego la batalla mandó, que miéntras todos bebian un poco para entrar con mas esfuerzo, fuesen a la ciudad algunos espías mostrándose ser indios de paz, para contar los españoles que en ella habia, deseando saber si habia algunos ménos de los treinta y dos de a acaballo, y diez y ocho de apié, habiendo muerto alguno en la batalla. Estos espías entraron en la ciudad sin jénero de impedimento, como es de ordinario en este reino: porque como los indios de paz y los de guerra son de una misma traza, hábito y disposicion, no se puede discernir si entre los muchos que hai de paz se mesclan algunos de los rebelados, y así echaron de ver estos espías todo lo que quisieron, contando a los españoles uno a uno muchas veces; y hallaban siempre ser treinta y tres los de a caballo. Fueron con esta relacion al jeneral Michimalongo, el cual hizo burla de ellos, diciendo que debian estar embriagados, y que él no pretendia saber si los de a caballo eran mas de treinta y dos, sino si eran ménos; pues no haber mas era cosa mui cierta, y que a todos constaba sin duda alguna. Y tornando a enviar otros espías le dieron la mesma relacion que los primeros: lo cual hicieron otros muchos indios, que envió diversas veces concordando todos en que los de acaballo eran treinta y tres: lo cual habia tambien notado Francisco de Villagran al tiempo de la batalla, por lo cual se tuvo por cosa cierta, como lo fué, que aquel caballero, que allí estaba demas de los treinta y dos conocidos era el glorioso Apóstol Santiago enviado de la divina Providencia para dar socorro al pueblo de su advocacion, que invocaban su santo nombre.

CAPITULO XVI.

De una famosísima batalla que hubo en la ciudad de Santiago, donde apareció la Reina del cielo: a la cual se fabricó una iglesia intitu ada Nuestra Señora del Socorro.

En tanto que los indios se estaban apercibiendo para revolver sobre el pueblo, andaban los españoles dando traza en disponer las cosas por el mejor órden que fué posible no desanimándose el ver el nuevo escuadron que habia llegado de refresco; ántes estaban resueltos no solamente en defender la ciudad con todas sus fuerzas, sino tambien en salir a buscar los enemigos en caso que ellos difiriesen la entrada. Y para esto hizo el teniente del jeneral Alonso de Monroy, una larga y tierna plática

a la poca jente que tenia animándolos a morir o vencer: y ante todas cosas a prevenirse con la oracion fervorosa y devota, dando él principio a ella ayudado de dos sacerdotes que animaban mucho a todo el pueblo con la firme confianza en el favor de Nuestra Señora a la cual se encomendaron mui de veras con mucha devocion y lágrimas como jente que via la muerte al ojo. Y fueron tan excelentes los brios que sacaron de la oracion, que no pudiendo sufrir tibieza en sus corazones, salieron luego de tropel así los de apié como los de acaballo, y se arrojaron a vadear un rio que estaba en medio de los dos ejércitos avalanzándose sin dilacion en medio de los enemigos, como si su poder fuera tanto que estuviera la victoria de su parte. La furia y braveza de los soldados, el frecuente dar y recibir golpes desaforados: el lago de sangre que se iba arroyando lastimosamente: el retirarse ya los unos, ya los otros entrando y saliendo en la ciudad, ganando y perdiendo el sitio della fueron cosas de las mas memorables que se leen en historias antiguas ni modernas. Aunque la claridad del dia iba faltando sin declararse la victoria de alguna parte, con todo eso iban ya los indios flaqueando, y perdiendo el sitio de la ciudad; y los nuestros animándose con su tibieza: y recojiéndose todos en un puesto partieron con gran ímpetuo invocando el nombre de la gloriosa Vírjen nuestra Señora y el del glorioso Apóstol Santiago; con cuyo patrocinio vieron a los indios irse retirando con mucho órden hácia el rio: donde dieron en ellos animosamente, obligándolos a meterse por él, y echar a huir por donde cada cual podia, yendo tan ciego de temor que ni sabian el camino que llevaban ni aun de sí mesmos. Entónces dieron tras dellos los cristianos sin cesar de dar heridas, y tender hombres por el suelo, porque el aprieto en que los indios los habian puesto, encendió en ellos tanta cólera y coraje, que sin usar de piedad con algunos de ellos echaron el resto en apurarlos llevándolo todo por punta de lanza, que era el instrumento de que usaban; pues apénas habia cual, y cual arcabuz, y escopeta, y esa sin municion ni lo demas necesario para aprovecharse della en las batallas.

Estando ya cansados los cristianos de correr a tantas partes, y alancear tantos hombres se fueron recojiendo a la ciudad trayendo por delante muchos indios presos en manos de los yanaconas de servicio los cuales venian despavoridos, y embelezados diciendo, que aquel caballero del caballo blanco que los habia vencidos en la primera batalla habia peleado tambien en ésta, y era el que les hacia la guerra aterrándolos con la gran braveza de sus fuerzas, y severidad de su aspecto. Demas desto venian publicando que cuando la refriega estaba en el mayor furor, habia salido de la ciudad una señora que les echaba tierra en los ojos cegándolos, de suerte que no vian a los cristianos obligándolos a volver las espaldas, sin ver en que lugar ponian los piés, ni saber si estaban en cielo o tierra. Sobre lo cual hizo el teniente dilijentísima pesquisa examinándolos a parte sin saber unos la declaracion de los otros. Y los halló a todos tan contestes, que no hubo hombre que discrepase en una tilde desto que publicamente venian pregonando. Y para mas

satisfacerse les puso delante a doña Ines Juarez diciéndoles que aquella debia ser la señora que habian visto, y la cual les quitaba a ellos la vista; de lo cual se vieron ellos muchos haciendo burla della diciendo que habia tanta diferencia de la una a la otra, como de la noche obscura en medio del invierno, al dia claro y despejado cuando vá illustrándole el sol en tiempo de primavera.

Certificados los españoles con las indubitables informaciones que se hicieron, primeramente dieron a Dios y a su Santísima Madre las gracias debidas por tan insigne beneficio: y para mostrar la gratitud debida a la soberana reina del cielo le edificaron un templo con título de Nuestra Señora del Socorro encomendándolo a dos clérigos que habia en el pueblo: y acudia de allí adelante toda la ciudad a sus devociones. Despues andando el tiempo entraron en esta ciudad cinco frailes de la órden del Seráfico Patriarca San Francisco, y pretendieron tomar la posesion de aqueste templo; y aunque los clérigos se los defendieron, pudieron ellos mas por ser en mayor número, echandólos fuera a fuerza de brazos; y fundando allí su monasterio que fué el primero deste reino, y los frailes fueron los primeros que en él entraron en el mes de agosto de mil y quinientos y cincuenta y tres: aunque el mes, en que se aposesionaron desta casa fué el de mayo del año siguiente de 54, y despues acá ha ido creciendo este monasterio con mui buenos edificios, y hermosas huertas y jardines, y es la iglesia mui frecuentada de la jente mas devota del pueblo. Los muertos en esta batalla de parte de los indios pasaron de dos mil: y los heridos en mas grueso número, sin haber fallecido hombre de nuestro ejército; aunque quedaron muchos mal heridos, y la ciudad saqueada y destruida con los incendios, que casi no se conocian las calles ni casas della. Señaláronse mucho en esta batalla el teniente de jeneral Alonso de Monroy: el mariscal Francisco de Villagran: el jeneral Francisco de Aguirre: Pedro de Miranda: Francisco de Riveros: Santiago de Azocar: Rodrigo de Araya y todos los demas jeneralmente, mostrando todos aquel dia a donde llega el ánimo y valor de los españoles.

CAPITULO XVII.

De la batalla que hubo en Penco entre los indios y españoles, habiendo Valdivia conquistado los paramocaes.

En tanto que en la ciudad de Santiago se padecian tantas calamidades, andaba el capitan Valdivia allanando, y apaciguando los indios paramocaes, y procurando atraerlos al conocimiento de Dios Nuestro Señor con instruccion en la doctrina cristiana, y algunos principios de policía; de la cual estaban mui ajenos, por la gran barbaridad en que vivian. No fueron pocas las dificultades que atropelló en este tiempo así en instruir y poner en órden a los indios, como en las asperezas de los caminos, y crecimiento de los rios por donde habia de pasar. Y hu-

bo algunos tan impertransibles, que no pudo llegar a la ciudad de Santiago para dar a los suyos el socorro que deseaba, supliendo esto con oraciones, que es el principal remedio en todas las necesidades ocurrentes. Y no fué poco lo que negoció en este tiempo enviando mensajeros por todas las provincias comarcanas a notificar a los indios que se sujetasen de su voluntad a la corona real de España: a lo cual acudieron muchos, que hasta hoi perseveran en la confederacion i paz con los nuestros. Pero con todo eso nunca le faltaban frecuentes asaltos de los bárbaros, los cuales nunca se atrevieron a ponerse contra él en campo raso, sino saliendo a hurtadillas de las montañas, y quebradas, y otros lugares ásperos; donde aguardaban a los cristianos para dar en ellos de sobresalto. Pero saliendo bien de todos estos encuentros, y habiendo juntado suma de vituallas fué caminando la vuelta de la ciudad, en cuyo camino topó mensajeros con la nueva de la felice victoria, con la cual se regocijó extraordinariamente dando muchas gracias a Dios Nuestro Señor por tan singular merced de su piadosa mano, teniendo esto por principio de la conversion de tantas almas: no solamente por el temor que habian cobrado de las fuerzas de los españoles sino tambien porque habian entendido ser mano divina la que los favorecia, segun ellos mesmos habian confesado. Y con el fervor en que metió a los españoles esta nueva se animaron ellos a caminar con mas lijereza, hasta llegar a la ciudad: donde fueron tantos los júbilos que tuvieron en verse así los recien venidos como los que estaban esperándolos, que no se puede explicar en pocas palabras. Aunque sintió no poco Valdivia en hallar la ciudad tan destrozada, y algunos de los suyos tan mal heridos: y no ménos la muerte de Gil Gonzales de Avila, que poco ántes habia fallecido de las heridas, que en el capítulo pasado referimos. Y tambien le quebró el corazon el ver a su jente en tal extremo de necesidad de mantenimientos, que el mayor regalo era un poco de maiz dado por tasa; aunque esto se remedió abundantemente, con las muchas cargas de vituallas que traia recojidas de las provincias por donde habia pasado, con las cuales socorrió a los suyos, regalándolos cuanto pudo no solamente con los manjares, pero mucho mas con las palabras amorosas que a todos dijo, ponderando el valor de sus personas y dándoles las gracias de su parte, y de las del rei nuestro señor, profiriéndose a conseguir de su majestad las mercedes, que merecian sus extremadas hazañas y calificados servicios.

Mas, como era tan grande la ansia que Valdivia tenia de proseguir la conquista, y de ver en quietud a todo el reino, ántes de acabar sus dias, no quiso detenerse mas tiempo del que fué necesario para consolar su jente y reparar el pueblo, y mui en particular, el poner en su punto la fábrica de la iglesia de Nuestra Señora del Socorro: con cuya invocacion se partió luego con sesenta españoles de a caballo, con intento de ir descubriendo aquesta tierra sin parar hasta ponerla en órden, como deseaba. Habiendo caminado cincuenta leguas con hartas dificultades, y contradicciones de los naturales, llegó a la tierra de Pen-

co, donde despues fundó la ciudad de la Concepcion; y estando alojado en un pueblo de indios llamado Quilacura, que está trece leguas del puerto de mar, sintieron rumor de jente puesta en arma; la cual se habia juntado en un lugar cercano a Quilacura. Y como se apercibiesen para oponérseles, vieron a prima noche, que venian sobre ellos ochenta mil indios representando batalla, con tantos alaridos, y estruendo de sus instrumentos bélicos, que bastaban a aterrar a medio mundo. Todos estos no habian visto en su vida español alguno, ni otra persona forastera, escepto el capitan Gomez de Alvarado, que habia llegado diez leguas de allí en tiempo de don Diego de Almagro: segun queda referido en la primera parte de este libro.

Por esta causa estaban los indios mui poco o nada diestros en cosas de guerra, ni tenian otra cosa que les diese avilantez para acometer mas que su natural ánimo y ferocidad: aunque ésta en parte les era detrimento, pues los hacia abalanzar sin órden y concierto a cosa que jamás en su vida habian experimentado. Y así, aunque acometieron con grande coraje y denuedo, pareciéndoles que con solo cojer a los españoles en medio habian de ahogarlos, pero dentro de poco rato se fueron desengañando, o por mejor decir, los desengañaba la mucha sangre que iba corriendo de sus cuerpos, de los cuales caian muchos a cada paso sin darla a los caballos, por tener el suelo impedido lastimosamente, así los muertos como los que estaban a punto de ello. Viendo el gran destrozo que se hacia en ellos, les pareció cordura valerse de los piés retirándose con el mejor órden que pudieron, habiendo muerto tres españoles, y dejado un lago de sangre de su misma jente en el sitio de la batalla. Esta retirada de los enemigos, entendió Valdivia que era por ser de noche, y con intento de sobrevenir con mas pujanza en asomando la luz del dia. Y juzgando por de poco provecho y de mucho inconveniente el trabar nueva refriega por estar muchos de los suyos mal heridos y todos sin excepcion mui cansados, se resolvió en partir luego de aquel lugar, no para volver el pié atrás, sino para pasar adelante al valle de Andalien: donde curó a los heridos y tomó la demas jente algun descanso y refrijerio.

Pero todo esto les duró mui poco: porque como los enemigos que fueron por la mañana a buscarlos en Quilacura, y se hallaron burlados por haber los nuestros salido sin que ellos los sintiesen, partieron luego en seguimiento suyo, y los alcanzaron en este asiento de Andalien, donde estaban descansando. Mas no eran solos los indios de la batalla pasada, los que concurrieron este dia: porque con la voz que salió por la tierra de que venian cristianos, iban concurriendo tantos indios, que ya a estas horas pasaban de cien mil los que se congregaron para esto, formando sus escuadrones con el mejor órden que supieron. Pero miéntras ellos andaban disponiendo su ejército comenzando a cercar a los nuestros, llegó la noche ántes de venir a las manos. Hicieron entónces los cristianos consulta de guerra: y de comun parecer tomaron un acuerdo el mas acertado, que en semejante ocasion pudiera determinar-

se, y fué: que encendiendo muchas luces en el sitio donde estaban alojados, se partieron luego por otra vereda diferente de la que habian traido, y caminaron a toda priesa por la costa del mar hasta llegar a la junta de los dos rios de Itata y Ñuble, que están siete leguas del sitio de donde partieron; estando a todo esto los indios mui seguros de que tenian la presa en las manos engañados de las luces que suelen causar desengaño a los que están en tinieblas. Mas no hai cosa tan causadora de suyo de buenos efectos que si el descuido o neglijencia se interpone, no venga a causar los contrarios, tanto, que la mesma luz es medio para no ver lo que sin ella estaba claro. En efecto, al tiempo que los indios estaban bien ordenados, y a pique de pelea dieron con gran ímpetu en las luces como en enemigos: i como (segun el dicho del Señor) el que es amigo de la luz anda en tinieblas, quedaron ciegos, y burlados como bárbaros que eran: porque como dieron en matar las luces pensando que mataban hombres quedáronse los hombres vivos y las luces muertas, y ellos medios muertos de coraje y corridos de haber corrido tan sin fundamento encandilados tan torpemente, que no solo dieron los tajos y reveces en el aire sino tambien en el fuego que es de ménos cuerpo y mayor subtileza que el mesmo aire. En el interin que los indios andaban en este devaneo no perdia Valdivia punto de camino con su jente, de suerte que en breves dias llegó a la ciudad de Santiago, teniendo por gran utilidad de su viaje el haber descubierto la mayor parte de la tierra, viendo su fertilidad hermosura y abundancia y la gran multitud de la jente que cubrian los valles, cerros y collados: de lo cual estaba no poco alegre por haber hallado la tierra que deseaba desde la ciudad de Santiago, hasta el rio caudaloso de Biobio, a cuya vista llegó en esta jornada.

CAPITULO XVIII.

De las grandes calamidades que padecieron los españoles, muchos años de hambre y desnudez por no tener comercio con jente de otros reinos.

Poco despues que el capitan Valdivia llegó a la ciudad de Santiago, tuvo nueva de que en un lugar no mui léjos de la ciudad, se iba juntando un gran ejército de enemigos, cuyos capitanes eran Jaujalongo y Chingay Mangue. Y queriendo ganarles por la mano, siendo el agresor ántes que acometido, teniendo experiencia de que los indios comunmente están embriagados, en especial cuando concurren muchos para algun efecto, si no es cuando acometen a sus contrarios, salió con cincuenta hombres de a pié y de a caballo, para cojerlos de improviso al tiempo que ellos ménos se recatasen. Y dando una trasnochada de diez leguas llegaron a vista de un fuerte, que los indios habian hecho para defenderse de los cristianos: y estaban en él actualmente consultando las cosas que les parecian mas importantes, en cuanto al haberse bien o mal con los españoles: aunque la consulta era mezclada con

mucha embriaguez, y desatinos que proceden de ella. Mas no habia ido el negocio tan adelante que estuviesen mui tocados de la chicha. Y así en viendo asomar a los de a caballo se pusieron a punto de pelea sin salir de sus puestos, teniendo por harta ventura el defenderse de sus manos. Pero ni aun esto pudieron hacer: por ser tanto el ímpetu con que los nuestros acometieron, que les hicieron perder el ánimo al primer encuentro, y trás él la fortaleza arrasándola con la tierra, y poniendo en huida a los que estaban dentro con lastimosa matanza de muchos dellos, ultra de los que salieron heridos, que fueron en mayor número.

Y lo que mas instantemente procuró Valdivia en el alcance, que les iba dando, fué el haber a las manos a los dos principales capitanes Jaujalongo, y Chingay Mangue, pareciéndole que en teniendo a su querer las cabezas, podría fácilmente averiguarse con el resto de la jente. Y con este deseo y promesas que hizo a los soldados que les echasen mano, se puso en ello tanta dilijencia, que fueron en efecto presos estos capitanes con otros muchos bárbaros de los que se hallaron a este tiempo en la fortaleza. Habiendo dado las debidas gracias al Señor por esta victoria que su majestad les acumuló a las pasadas, trató Valdivia con los capitanes presos del corte y medios de la paz que deseaba. A lo cual respondieron ellos, lo primero con un presente de cincuenta libras de oro, que les habia caido en suerte en la reparticion, de los despojos que tomaron a los mineros que mataron en las minas de Malgamalga: y lo segundo con grandes ofertas, y promesas de que ni ellos, ni alguno de sus súbditos se hallarian mas en encuentros contra españoles: ántes se sujetarian, como desde entónces se sujetaban a su señoría y al rei nuestro señor, remitiendo la prueba al tiempo y experiencia. Con esto dejó Valdivia libres a los caciques; habiendo hecho castigo en algunos de los culpados en la matanza de los mineros: y sin aguardar mas se volvió a la ciudad para que se curasen los heridos; de los cuales iban algunos con harta pena por haberse dado libertad a los caciques, contra el parecer de muchos que insistian en que se hiciese justicia de todos ellos.

Por otra parte experimentando los indios, que no era posible echar de sus tierras a los españoles por fuerza de armas, hicieron consulta jeneral para ver si se podrian hallar otros medios con que los constriñesen a salir fuera. Y habiendo pasado muchos dias en diversos dares y tomares sobre sus acuerdos y opiniones acerca desto, finalmente se resolvieron en que parecia mas acertado el retirarse todos a los lugares mas ocultos de sus tierras, donde no pudiesen dar con ellos fácilmente los españoles, dejándolos sin servicio, ni mantenimientos; y no cultivando los campos, ni beneficiando las chácaras: para que desta manera les faltase totalmente el sustento; de suerte, que o pereciesen de hambre, o se fuesen a buscar mantenimientos a sus patrias. Y aunque parecia esto en detrimento de los mesmos indios, pues siendo la esterilidad comun, habian de lastarlo todos igualmente, con todo eso, juzgaron los

indios que lo pasarian mas mal los españoles, por ser jente hecha a comer pan, y carne, y frutas, y otros regalos: sin los cuales se sustentan ellos con solo yerbas, y unas raices a manera de nabos que llaman cebolleta en este reino. Habiendo consultado esto mui despacio, se resolvieron en que era éste el mejor ardid, que se podia hallar para sus fines: y de comun parecer salió decretado que cesase de todo punto cualquier jénero de sementera: lo cual se obedeció tan puntualmente que vino la tierra a extrema miseria, y esterilidad; la cual cargó sobre los españoles y sus yanaconas: tanto que fueron compelidos a ocupar la jente de servicio en sembrar parte del grano que tenian para su sustento; y aun las personas de mas calidad, andaban en la agricultura, teniendo en una mano el arado i la lanza en otra, y el caballo siempre a pique, porque los frecuentes acometimientos de los enemigos les obligaban a tener siempre la barba sobre el hombro por no ser cojidos sin el resguardo que el tiempo y lugar demandaba. Y vino su calamidad a tal estrecho que el que hallaba legumbres silvestres, langosta, raton, y semejante sabandija, le parecia que tenia banquete. Estando todos entre estos trabajos, pasando su mala ventura como mejor podian, acertaron a hallar entre unas balanzas para pesar oro cosa de cuarenta granos de trigo que sin advertencia habian ido allí desde el Perú entre la ropa de un soldado, y sembrándolos acaso, acudieron tambien que de ellos solos se han ido multiplicando los grandes rimeros, que hoi se ven sobrados en todo el reino, y se sacan dél para otros, cuando se ofrece esterilidad en ellos. Con este órden se sustentaron los españoles siete años con no mas aventajados vestidos que bastimentos, pues los mas pulidos, y galanos eran de cueros de perros, y otros animales semejantes, aderezándolos para esto segun la necesidad, que es gran maestra, les enseñaba. Aunque el vestido mas ordinario eran las armas, por ser mui frecuente el correr el campo, hacer escolta, y estar en atalaya, y centinela.

En este interin no estaban los indios mas bien librados; porque demas de la hambre que tambien les alcanzaba, vian a los ojos que se iban menoscabando en las continuadas guerras y trabajos: y así acordaron de tomar nuevo parecer, haciendo para ello jeneral consulta, con deseo de echar por otro rumbo. Para esto concurrieron los principales capitanes y cabezas del reino: entre los cuales estaban el capitan Jaujalongo Chingaimangue; Apoquindo; Butacura; Lampa; Mayponolipillan; Colina; Melipilla; Peomo; Pico; Poangue, Cachapoal; Teno; Gualemo; y el jeneral Michimalòngo. Este como mas principal tomó la mano en hablar en público, haciendo un razonamiento con las palabras mas ordenadas que él supone en el tenor siguiente:

"Hermanos y amigos mios: la causa porque nos hemos aqui juntado, es el comunicar y conferir entre nosotros el fruto que de nuestros trabajos, e inflexibilidad en la guerra van resultando, para que conforme a esto demos el corte que mas conveniente os pareciere. Yo veo, señores, nos vamos diminuyendo cada dia, y heme desvelado pensando en

vuestro remedio, vacilando con mi torpe entendimiento muchas veces, y no hallo salida ni esperanza de remedio mientras con estos españoles anduviéremos a mala, si no es que demos la paz a estos cristianos, que tantos años han perseverado i van siempre llevandolo adelante el arraigarse mas en estas vuestras tierras: por que bien sabeis que despues que en ellas entraron, no hemos perdido punto en darles guerra a tiempo, yendolos a buscar a su ciudad, y a desbaratarlos, haciendo todas las dilijencias posibles hasta morir en la demanda tantos de los nuestros, que no hai ninguno presente, ni ausente, que no haya tenido parte perdiendo padres, madres, hijos, hermanos, y parientes. Pues los que han perecido de hambre, vuestras casas, y personas lo saben, y son testigos de ello; pues ha sido a todos tan jeneral y lo será si en ellos perseveramos. Hágase lo que mas convenga por que pensar que las armas y el darles batallas, y el carecer de sementeras nos ha de aprovechar, y dar algun remedio, es por demas: y bien sabeis lo que nos cuesta. Mi parecer y mi determinacion es, que demos la paz y nos sujetemos de voluntad a esta jente: que al fin ya sabemos que cuanto son de bravos y valientes en la guerra, son de mansos y afables en la paz. Y mas vale vivir en sujecion gozando de alguna quietud y reposo que no morir como animales, y dejar mujer e hijos desamparados, y a que los maten, como de cada dia los han hecho, pues en tomando la mujer le cortan los pechos, y el hijo lo matan, y dan con él en las paredes, y a los hombres le cortan las narices, y lo mismo harán de aquí adelante. Miradlo bien, amigos mios, y juntamente considerad que nos queda nuestro derecho a salvo para que si estos nos quisieren hacer demasiado opresion, y sacarnos tributos excesivos, o hacer en nosotros cualquier jénero de extorcion; podamos oponernos a ellos con los medios que el tiempo fuere mostrando; que miéntras mas conocida tuviéremos la condicion desta jente tanto mejor sabremos por donde habemos de acometerles."

A esto tuvieron todos mui atentos, y a algunos les pareció bien, y a otros al contrario; y asi algunos caciques, y señores, y otros indios de mayor edad hombres ricos, que eran estimados se levantaron en pié, y aprobaron lo que el jeneral Michimalongo habia dicho, repitiendo las mesmas razones declaradas por él, y dandole muchas gracias por la solicitud, y cuidado que tuvo de su remedio doliéndose de ellos. Por otra parte los hombres mozos y algunos ancianos, y capitanes que en la guerra eran estimados, lo contradijeron, probando con sus razones que mas valia morir peleando, en defensa de su libertad y tierra, que vivir en opresion para morir perpetuamente ellos y sus descendientes; sobre lo cual se alborotaron, inclinándose unos a una parte, y otros a otra, queriendo venir a las manos y rompimiento, y como los mas principales se arrimaron al parecer del jeneral Michimalongo prevalecieron contra los mozos. Finalmente despues de haber pasado muchos dares, y tomares se resolvieron todos en que el mismo jeneral Michimalongo fuese mui acompañado de los mas principales con un buen presente al capitan Pedro de Valdivia, y le ofreciese, en nombre de todos los caciques y se-

ñores de aquella tierra la paz y confederacion para siempre: habido este acuerdo el jeneral Michimalongo juntó todo el oro que pudo haber, que serian mas de doscientas libras de lo mui fino, y cantidad de ganado y otras cosas para que con mas facilidad les fuese concebida la paz.

Llegó el jeneral Michimalongo a tiempo que para el efecto estaban juntos en la casa y palacio del capitan Pedro de Valdivia todos los mas principales de los españoles, y entrando con sus acompañados con mucha autoridad a presentarse en su presencia con el rostro bajo, y sin jénero de armas de la mesma manera que los demas que con él iban, hizo el acatamiento debido al capitan Valdivia, y le ofreció su presente, suplicándole oyese sus razones, porque venia en nombre de toda la tierra y señores della, a rogarle tuviese por bien que la guerra que con él tenian y él con ellos, tuviese fin; y los recibiese su señoría debajo de su amparo, que él y los demas prometian de serle leales sumisos y subditos, y servirles con toda obediencia. Estando ya en el fin de su plática comenzó a alzar los ojos mirando a todas partes, desechando el miedo que traia, y volviendo a su natural ánimo y brio, y habiendo repasado con advertencia en los rostros de los españoles, tan venerables, y graves, y autoridad de sus semblantes, le pareció que no habia sido mucho el haber vencido tan pocos dellos a toda su nacion. Estaba el jeneral en pié, delante del capitan Valdivia, y el presente que trajo caido en el suelo, del cual mostró su señoría no hacer caso, ni ser aquel el fin de su pretension, y vuelto al jeneral Michimalongo le respondió desta manera:

"Mirad, hermanos mios, naturales desta tierra, contento me ha dado, y mucho, en ver que hayais venido en conocimiento del error en que andabades, y vengais en busca de nuestro remedio, y a redimir la nega- y evitar los daños que tan cercanos teniades. Porque vuestras juntas y armas, y el haber dejado de sembrar, a nosotros poco daño nos ha hecho, y a vosotros mucho. Y al presente estaba determinado de os ir a buscar como otras veces, y no volver a esta ciudad, hasta haceros rendir por fuerza, y matar algunos de vosotros, y pues habeis venido y conocido el yerro en que andabades, yo os quiera recibir a la paz que venis a pedir: porque bien se entiende que vos, Michimalongo, como hombre prudente y cabeza de todos, habeis buscado el remedio, y lo habeis aconsejado como hombre de valor, y que estais siempre entero en los cosas que se deben mirar por los buenos capitanes. Y ahora que hai ocasion os quiero decir a que habemos venido a vuestras tierras, aunque otras veces os lo tengo dicho; ya sabeis y teneis noticia que nosotros somos cristianos, y este es nuestro nombre; por que conocemos y adoramos a Jesucristo, hijo de Dios, que se hizo hombre y murió en la cruz por nuestro remedio, y el mesmo es Dios, como lo es el padre y el espítitu santo, que todas tres personas es un Dios verdadero y aquel señor del cielo, y de la tierra, y de la mar, y de todo lo criado; pues él es el que lo crió, y todo se rije y gobierna por su voluntad y disposicion soberana. Y para instruiros en el conocimiento deste universal criador, y

sacaros de las tinieblas de la ignorancia en que os tiene ciego el demonio a quien adorais, hemos tomado a pechos el pasar tantos trabajos, para emplearnos en el socorros de vuestras almas: en particular estos dos padres que veis aquí el uno el bachiller Rodrigo Gonzales, y el otro el padre Juan Lobo, que ámbos por ser sacerdotes y ministros de Cristo, vienen conmigo a predicar el santo evanjelio, y daros el santo baptismo si, siendo tocados de Dios, quisiéredes recibirle con las demas circunstancias concernientes a la institucion de las personas a quien Dios hace merced de traerle al conocimiento suyo, y de su hijo Jesucristo, que es la puerta de la salvacion del jénero humano, y el camino y fin por do se alcanza. Y no penseis que venimos acá por vuestro oro, que nuestro emperador es tan gran señor; y tiene tan gran tesoro que no cabrá en toda esta plaza. Con todo esto, nos habeis de servir, y dar de comer, y lo que mas os pidiéremos de lo que hai en vuestras tierras, sin detrimento de vuestra salud, y sustento ni disminucion alguna, y nos habeis de dar jente bastante que saque oro de vuestras minas, como lo sacábades para tributar al rei del Perú, y como lo sacábades antes, y despues que os rebelastes. Y asi mismo habeis de venir en conocimiento de Dios nuestro señor, y tener su fé como nosotros la tenemos. Si con estas condiciones que os he dicho, quereis ser nuestros amigos, desde aqui os recibo por tales debajo del amparo real como vasallos de nuestro rei; y otra cosa os parece, tomad el presente que habeis traido, segun vuestro designio, con paz o guerra, que yo me habré con vosotros segun vuestras obras."

Con esto acabó su plática habiendo mucho silencio en todos, a lo cual respondió Michimalongo que con todas aquellas condiciones le querian servir y sujetarsele, y que desde luego se ofrecian a ello pidiéndole mandese en lo que se habian de ocupar que estaban prestos de lo hacer; y con esto se despidió del jeneral y de los demas españoles; cuyo regocijo, aunque se disimuló en presencia de los indios; fué tal cual se puede presumir en jente que salia de tal abismo de trabajos.

CAPITULO XIX.

De lo que sucedió despues de dada la paz y de una pluma de extraordinaria virtud, y como se dió principio a la labor de las minas.

Habiéndose ya confederado los indios y españoles, procuró el capitan Valdivia acariciar y regalar los indios principales, mayormente al jeneral Michimalongo: al cual agasajó tambien Doña Ines Juarez de quien diversas veces se ha hecho mencion, i le dió algunas preseas como peines, tijeras, chaquira, i un espejo. En recompensa de lo cual sacó él una pluma, i se la dió, diciéndo que la tuviese en mucho, por que demas de ser de una ave que se enjendra i cria en lo mas alto de los volcanes de la nieve, sin salir jamas de ella tiene una maravillosa virtud, que es el no poder quemarse como lo veria por experien-

cia. Hízose luego así en presencia de todos poniéndola en un brasero entre las áscuas y llama sin quemarse cosa della, ántes poniéndose mas blanca miéntras mas tiempo estaba en el fuego. La cual experiencia se hizo otras muchas veces delante del autor Don Pedro de Lovera, y otros muchos caballeros, y se halló ser verdad lo que el indio habia dicho. El modo como se descubrió esta pluma fué que un indio que la tenia acaso se les quemó un dia la casa que era pajiza, sin quedar cosa de las que habia dentro della salvo esta pluma que la halló entre la ceniza y rescoldo mas limpia que estaba de ántes: y estando el jeneral Michimalongo buscando con mucho cuidado, y dilijencia alguna cosa extraordinaria para enviar al rei del Perú por haber recibido dél una mui particular merced una vez que vino a visitarlo a la ciudad del Cuzco, que fué sentarlo a su mesa, cosa que con ningun otro habia jamas hecho: llegó el indio que tenia esta pluma y se la dió a Michimalongo para que hiciese della el presente que deseaba.

Viendo el capitan Valdivia a los indios quietos, y apaciguados, comenzó a dar órden en el asiento de la tierra, y asentar con los indios lo que habian de hacer en el servicio personal, mandándoles que comenzasen luego a cultivar la tierra para que se basteciese de mantenimientos en abundancia. Y juntamente pidió indios que trabajasen en los edifieios, i para servicios de sus casas, así hombres como mujeres; lo cual queria que estuviese de sobra dando a cada español treinta y cuarenta y mas indios, no con poco sentimiento suyo viendo que a los hijos de los principales los ocupaban en la caballeriza y semejantes oficios y aun lo iban sintiendo mas cada dia, como iban entrando mujeres españolas en el reino las cuales tenian tantas gollerías que la que por. . . . . . habia de servir en su tierra una casa, ella sola queria treinta indias de servicio que le estuviesen lavando, i cosiendo como a princesa.

No paró aquí la carga que los españoles echaron a los indios, mas tambien se añadió otra de que ninguno se escapase, que fué el visitar el distrito, y hacer lista de todós los indios, los cuales hallaron ser cincuenta mil: y repartiéndolos en diversas encomiendas, señaló Pedro Valdivia algunos caballeros, por vecinos de la ciudad de Santiago para que cada uno fuese señor de una encomienda de aquellas, prometiendo a los demas otro tanto en las tierras adelante que por ser muchas sobrarian para todos: y así repartieron los indios................................ . . . .Santiago entre mui pocos encomenderos, echando una cuenta algo larga, por que como en las provincias de adelante hai desde entónces guerra sin cesar punto, quedáronse burlados casi todos los que no gozaron desta primera reparticion por ser mui pocos los indios que hai de paz en las demas comarcas fuera desta.

Con esto quedó desde entónces asustada la jente y órden principal de los indios y españoles: y comenzó Pedro de Valdivia a tratarse con autoridad, y estofa de gobernador, metiendo en su casa las personas mas calificadas del ejército para que le sirviesen en oficios concernientes a séñor de título, como mayordomos, camareros, maestresala, caballerizo,

y lo demas deste jaez; los cuales, que fueron muchos, vinieron despues a ser gobernadores, y jenerales, y a tener hábitos de Santiago, quedando otros muchos de aquellos conquistadores tan miserables que desde entónces hasta ahora no alcanzan un real ellos ni sus hijos; y mucho mas desventurados los indios, que se han ido consumiendo a gran priesa con las vejaciones dichas, y otras innumerables anexas a ellos, y mucho mas con las que diré agora.

Como el principal fin a que anhelaban los mas de los españoles en esta conquista, apenas viéronla suya con la quietud que comenzaba a tener el reino cuando quisieron gozar de la oportunidad, descubriendo rasamente sus intentos a los indios, con persuadirles y aun obligarlos a que comenzasen a labrar las minas poniendo sin dilacion manos en la labor; . . . . llenos de agonía en ver que no habian sido vanos sus temores de que los españoles pretendian, ir poco a poco haciendolos esclavos hasta chuparles la sangre, respondieron que ellos estaban prestos a obedecer habiendo instrumentos para ello: pero que al presente no los tenian, segun a todos constaba a lo que replicaron los españoles, diciendo: que se . . . . sen hacerlo lo mejor que pudiesen aunque fuese con mucho trabajo: pues no era razon que habiéndolo pasado por . . . . rei tirano, infiel como el del Perú. . . . . . . oro, lo dejasen de pasar por ellos que eran cristianos. A esto respondieron ellos, que no era razon, que el trabajo excesivo a que les obligaba un rei infiel y tirano, les obligasen ellos que eran cristianos. Mas ni por esas ni por esotras desistieron los españoles de lo que por ventura alguna tenian mas ante los ojos que el acordarse que eran cristianos: y así les mandaron trabajar con instrumentos de cobre que para hacerlos y aderezarlos por momentos era menester otra tanta jente como para sacar el oro: el cual se descubria con incomparable trabajo, faltando instrumentos de fierro; pero mal que les pesó, los hicieron ir . . . . mas amargos que la hiel, sin valerles sus excusas, no poco fundadas en razon; y así se comenzaron a labrar las minas de Malgamalga, ocupándose en ellas todos los indios que no estaban, o sirviendo en las casas o en la agricultura, y edificios. Allí era la priesa de andar juntando cada uno los mas indios que podia para echar a las minas, y . . . . encomendero como fué Rodrigo de Quiroga que tenia en ellas seiscientos indios de su repartimiento, la mitad hombres, y otras tantas mujeres, todos mozos de quince a veinte y cinco años, todos los cuales se ocupaban en lavar oro ocho meses al año por no haber agua en los cuatro restantes que eran de verano, sin otros muchos indios, que entendian en los demas oficios necesarios a tal labranza. Y a este paso iban los demas encomenderos con notabilisimos detrimentos de los cuerpos, y almas de los desventurados naturales; por que hombres y mujeres de tal edad que toda es fuego, todos revueltos en el agua hasta la rodilla, bien se puede presumir que ni toda era agua limpia ni el fuego dejaba de encenderse en ella, ni el lavar oro era lavar las almas, ni finalmente era todo oro lo que relucia; donde ya que no se podia decir a rio revuelto ganancia de pescadores, se po-

dia decir a rio revuelto perdicion de mineros, no solo indios pero españoles; no solo de los señores que lo mandaban, pero tambien de los sobrestante que andaban estimulando a los indios por oro, y a las indias por oro, y lo . . . . sino lodo, y p . . . . cios de in . . . . . . Que tal era lo que allí pasaba, andando el demonio suelto entre insolencias que aun de los bárbaros eran indignas, cuanto mas de cristianos. Con esta nueva prosperidad, se vivia a lo largo, y andaba el oro a rodo, sin haber otra instruccion para los indios mas de que sacasen mucho, y purarlos (*sic*) para que lo trajesen puro y aunque algunos pocos fueron cuerdos en arrebañar lo mas que pudieron, y con ello irse a vivir a sus patrias descansadamente, pero los mas o casi todos no se cuidaban de mas que de darse a la buena vida, gozando del tiempo, y gastando largo sin prevencion para lo de adelante, teniendo por cierto que aquella riqueza nunca habia de fartarles; ántes habia de ir siempre en mayor aumento. Y así todo era banquetes, saraos, tablajes, y semejantes ejercicios, trayendo a los indios tan arrastrados, que si un dia sacaba alguno cien pesos de la mina, los habia de dar todos al encomendero sin quitar grano. Mas como su vida era de burla quedaron burlados. Porque la grosedad y opulencia se acabó presto con las contínuas guerras, y como lo habian todo gastado, quedáronse sin ello hasta hoi, y tan miserables que mueren de hambre ellos y sus hijos sin dejar a sus herederos un tomin, sino es deuda, habiendo entre ellos hombres a quien dieron sus indios trescientos mil pesos de oro fino, ultra de las demas cosas que tributaban. Cosa cierto de gran ponderacion: que los que viven en la tierra mas templada, mas sana, mas abundante, mas regalada y deleitable de las del mundo, y finalmente mas famosa en lo que tanto los hijos de los hombre apetecen como es el oro, estén los mas desventurados, mas pobres, mas tristes, y mas descontentos de vivir en ella, cuanto se ve por el ansia con que todos huyen de entrar allá, teniéndose ya por coco para amedrentar facinerosos i estando ya introducido por proverbio: guardaos que os enviarán a Chile. De cuya perplejidad, i maraña entre cosas tan contrarias, como gran riqueza, i gran miseria, no sé, ni rastreo otra causa que pueda dar sino que está Dios en el cielo.

CAPITULO XX.

De la jornada que el capitan Alonso de Monroy hizo al Perú a llevar jente española a Chile.

Viendo el jeneral Don Pedro de Valdivia (que así le llamaban ya, y así le llamaremos de aqui adelante) que las cosas del reino se iban asentando como deseaba, y que habia aparejo para crecer todo cada dia mas habiendo hombres españoles que ayudasen a la prosecucion de la conquista, y poblaciones, le pareció que lo tenian ya todo hecho con tener la virtud mas atractiva de hombres que

hai en las cosas humanas, que es la del oro: el cual, como a la sazon les sobrase podia ponerse por reclamo, y aun liga para los corazones mas comun que el azogue para el mesmo oro: determinó enviar al Perú persona idónea para tal oficio de juntar hombres; la cual llevase el ceñuelo único para atraerlos que es el oro de que tratamos. Para esto puso los ojos en su lugar-teniente Alonso de Monroy persona calificada y apta para tal negocio; el cual, aunque sintió harto, y se le hizo demas dejar el descanso y regalos que apenas comenzaba a gozar despues de tantas calamidades; con todo eso, por dar contento al jeneral y servir a su rei, y mucho mas a Dios en convocar hombres que enseñasen su lei a jentes tan remotas della, se determinó poner por obra lo que por su jeneral le fué mandado. Con la mesma prontitud se ofrecieron otros cinco soldados; a los cuales mandó fuesen con el capitan; cuyos nombres eran Pedro de Miranda, Pedro Pacheco, Juan Rasquido, Pedro de Castro, y otro que no sé su mombre. A todos dió el jeneral la cantidad de oro que pudieron buenamente llevar por tierra sin mucho aparato: porque no lo echasen de ver los indios en los caminos: y en particular dió a todos estribos de oro grandes y fornidos, para que en. llegando a tierra del Perú les quitasen la cubierta de cuero, y fuesen haciendo ostentacion para mover los ánimos de los que los viesen, a ir a tal reino; y por la misma razon dió a cada uno cuatro platos de oro, para que los que viesen que se servian en los tambos tan grandiosamente pensasen que todo Chile era oro, queriendo con solos platos hacer plato a todo el mundo, y que todos estribasen en solos estribos. Con este órden se partieron los seis a la lijera llevando cartas al virei del Perú; en que se le daba relacion extensa de todas las cosas de la tierra, y se le pedia socorro de jente para llevar adelante lo comenzado. Y aunque lo que habia que decir así de los efectos destos, como de los trabajos del camino es cosa que pide no pocos renglones, con todo eso por haber sucedido otras cosas en el interin; las cuales son deste lugar, guardando el órden de la historia, por esta causa se quedará agora el fin de esta jornada para su tiempo, y trataremos lo que inmediatamente se fué haciendo despues de la partida.

CAPITULO XXI.

De la poblacion de la ciudad de Coquimbo.

Ya que se iba dando asiento a las casas deste reino de Chile, determinó el capitan ir fundando algunos pueblos en los lugares mas oportunos conformándose con el pequeño número de jente española que tenia; habíale parecido bien el valle de Coquimbo, que está en treinta grados de altura, por la mucha sanidad que los naturales dél tenian, y con deseo de ennoblecer aquel valle y su puerto y gran bahía, determinó de enviar a poblar en él una ciudad aunque le constaba que los naturales de aquella comarca no eran tantos que pudiesen hacerla

populosa como él quisiera. A esta poblacion envió al capitan Juan Boan con parte de la jente que habia en Santiago; la cual estaba distante del valle de Coquimbo setenta leguas y le mandó que en la parte mas cómoda que le pareciese fundase la ciudad, y repartiese los naturales de la comarca en las personas que por su distribucion iban señaladas. Con este órden se partió luego y en pocos dias llegó con su jente al valle de Coquimbo, y visto lo que en él habia, asentó su pequeño campo dos leguas del puerto en el remate de una barranca mui cercana a la playa del mar, y de otra parte a un rio, por ser el mejor asiento que para fundar ciudad habia en toda aquella tierra. Llámase el sitio donde poblaron la ciudad Tequirqui: y aunque comunmente le llamamos Coquimbo no le es en rigor; por que el valle que los naturales llamaban Coquimbo está adelante una legua el rio arriba; y era el asiento donde residian los capitanes del rei del Perú, y la demas jente de guerra que con ellos estaba. Y allí tenian casa de fundicion, donde fundian mucho oro, y sacaban de alli cerca suma de cristal, y muchas turquesas que labraban. Fundóse, pues, la ciudad con la solemnidad acostumbrada en semejantes actos, y pusóse en ella horca y cuchillo, y cabildo de rejidores; señalando sitio para la iglesia mayor, monasterios y hospital, y finalmente un solar para las casas de su majestad. Pusieron al pueblo por nombre la ciudad de la Serena un lúnes que se contaron quince dias del mes de noviembre del año de 1543 (?) y diéronle este nombre por respeto del capitan Valdivia que era natural de la Serena en España. Fundada la ciudad, repartió el capitan las poblaciones de los indios en encomiendas, aplicando para si los pueblos del valle de Copiapó, los cuales despues de su muerte se encomendaron al capitan Francisco de Aguirre, con própósito de removerle de la vecindad que tenia en la ciudad de Santiago de Mapuche, i enviarle a la ciudad de la Serena por lugar-teniente de jeneral y justicia mayor como se hizo despues. Y el mesmo capitan Francisco de Aguirre la tornó a reedificar que la destruyeron y asolaron los bárbaros, como dirá despues la historia. Esta ciudad i toda su comarca es maravillosa, no hai montaña de madera sino es mui léjos, aunque junto a la ciudad hai cantidad de madera que llaman el palo santo, y por otro nombre guayacan. Hai en sus términos minas mui ricas de oro, y en especial las que llaman de Andacollo seis leguas dell . . . ales tienen mas de tres leguas en circunferencia; donde hai tan fino oro como en las mas famosas minas del mundo, tan subido en quilates que pasa de la lei, y por falta de agua no se saca tanto como se sacara si la hubiera; mas con todo esto saca un trabajador un dia con otro cosa de doce reales de valor, y a veces mucho mas. Tienen una propiedad maravillosa estas minas; y es que aunque se saque tanto de ellas que las dejen apuradas, y sin rastro de oro; con todo eso si vuelven a ellas a cabo de algun tiempo como de seis meses se halla mucho de nuevo enjendrado, por donde se ve claro que la tierra lo produce ordinariamente, y se cria como en otras tierras las plantas; y hai nacimientos de oro en los cerros, y esteros, pero la poca agua es grande falta, y si se dispu-

siesen a un mediano trabajo, nuestros españoles, y a hacer algun gasto se echaria por toda aquella tierra una gran acequia de agua que seria de gran efecto. Siguen a esta ciudad de la Serena los valles de Copiapó, y del Guasco, y el de Limarí: y estos solian tener mucha jente de los naturales, que pasaban de veinte mil, y han venido en tanta disminucion con los trabajos que les han dado en el sacar del oro i otras g . . . que no han quedado dos mil. Y el que mas indios tiene de encomienda en aquella ciudad es el capitan Francisco de Aguirre, y no llegan a doscientos. Será el oro que se saca cada año en este distrito hasta cuarenta mil pesos, y a los principios sacaba solo el capitan Francisco Aguirre de veinte mil pesos arriba y este es el hombre mas rico, y principal de la ciudad, y mui estimado en el reino de todos los que en él habitan por su mucho valor, y haber sido gobernador de Tucuman, y los Juríes con título de señoría: y por ser hombre liberal, y magnánimo, y amigo de . . . . samente. Mas con toda esta riqueza . . . . él y todos los encomendaderos por haber gastado el oro sin órden. Hai en esta ciudad muchas plantas, y árboles de frutas de España, y vino en cantidad; no llueve en todo el año en todos sus confines, sino mui poco en mayo y junio.

El puerto de mar deste distrito está dos leguas, aunque de la ciudad se ve mui claro, y es el principal en que entran los navios que aportan à Chile. Corre un rio de buen crecimiento por este valle y pasa junto a la ciudad, en la cual hai tambien fuentes de aguas claras de que . . . . . . verano. Cójese en este valle suma de trigo y cebada, y otros granos de la tierra. Hai muchas huertas, estancias y heredades donde hai manzanas camuezas, membrillos, peras, limas, naranjas, cidras, limones, albaricoques, ciruelas, granadas, melones los mejores del mundo. Hai aves de diversas especies en especial grande suma de perdices, tanto que sale uno un dia de mañana i vuelve a la noche con mas de cuarenta mui grandes y sabrosas. Tambien hai venados y otros animales monteses. Por la ciudad pasan acequias de agua para el servicio de las casas, y riego de las huertas y verjeles. Los moradores que aquí viven de ordinario serán poco mas de cien españoles, de los que hai siete vecinos que tienen indios, y los demas tratan de comprar y vender y . . . . casas . . . . con indios, que, o son hurtadas . . . . . . comprándolas por poco precio . . . . . poco cargo de sus conciencias, y las de sus gobernadores y justicias, que pasan por ello. Por que apenas hai hombre que atienda a otra cosa que a amontonar lo mas que pudiere para sí, sin cuidar de lo demas que viva o muera. Y por haber esta ciudad tenido su principio con siete vecinos encomenderos en tiempo que andaban las cosas en esta anchura, no faltó algun hombre satírico que le puso por nombre la ciudad de los siete pecados mortales; con el cual se ha quedado hasta hoi, aunque no del todo con las obras, por que ya en muchos hai alguna reformacion, y en algunos mucha, viviendo cristiana y ejemplarmente. Y algunos han dado en hacer vida hermética, y así hai en el circuito desta ciudad algunas hermitas

de hombres que viven en soledad. El temple desta tierra es bueno; dura el invierno tres meses, y el resto del año es verano; son los aires de ordinario templados, y sanos, sin vientos desgarrones, ni desabridos, y nunca tiene frio ni calor demasiado; y así es la vivienda sana y apacible.

CAPITULO XXII.

Como el capitan Alonso de Monroy llegó al Perú con su embajada y de lo que sucedió en el camino.

En tanto que se iba dando asiento a la ciudad de Coquimbo, caminaba el capitan Alonso de Monroy con los cinco de su compañía prosiguiendo la jornada del Perú que dejamos de tratar arriba remitiéndonos a este lugar, los cuales aunque iban tan a la lijera como está dicho con todo eso no pudieron ir tan disimulados que dejase de llegar a noticia de los indios de Copiapó, que no poco deseaban verla suya para ejecutar el rencor que tenian contra los cristianos. Para esto salieron finjidamente, con mui diferente semblante de lo que habia en el pecho y recibieron a estos españoles con solemne fiesta, y regocijos mostrándose mui serviciales y dadivosos. Luego que entraron en los pueblos destos bárbaros hallaron entre ellos un español llamado Francisco de Gasco que habia venido del Perú con otros trece; a los cuales habian muerto los indios, dejando a este solo por los respetos que diré luego, y estaba ya tan de asiento que tenia mujeres indias y algunos hijos en ellas, y era de todos regalado sin que ninguno le fuese molesto en cosa alguna. Hallando, pues, los nuestros a este español seguro entre los bárbaros, tomaron motivo de asegurarse en parte tambien ellos. Y asi estuvieron descansando entre aquella jente con no pocos banquetes y regalos, mas ya que estaban los seis de partida hicieron los bárbaros cierto convite entre sí, al cual acudieron dos de los españoles que estaban con el pié en el estribo; y como los mas estaban alborotados con la embriaguez dieron en ellos i los mataron; y luego inmediatamente corrieron con grandes alaridos a los otros cuatro, acometiéronles con gran coraje y zaña; los cuales, aunque resistieron por algun rato, quedaron al fin los dos dellos muertos, evadiéndose solos Alonso de Monroy i otro soldado por tener buenos caballos. Entónces el cacique Andequin despachó a toda prisa un capitan llamado Cateo con mucha jente en su seguimiento aunque por mas priesa que se dió se hubo de volver sin la presa. Hallóse presente el español que andaba entre ellos llamado Francisco Gasco, a quien reverenciaban porque sanaba cualquier enfermedad, pues nuestro Señor suele concurrir a tales maravillas con hombres de ménos santidad por ser la ocasion, y necesidad mayor; y esto es comunmente cuando están entre jentiles los que profesan su santa fé y relijion cristiana debajo de cuyo titulo trataba Francisco Gasco con estos infieles diciéndoles ser cristiano, y que en nombre de Jesucristo hacia las cosas que ellos vian. Viendo, pues, este cristiano el tratamiento que el cacique

hacia a los indios que volvieron sin la presa le dijo que no se fatigase, pues la ocasion no era perdida, porque aquellos dos cristianos que iban huyendo, no sabian por donde iban, y habian luego de perderse, y que con mandar le fuesen siguiendo por el rastro darian con ellos, y se los traerian presos, las cuales palabras dijo Gasco, advirtiendo que Alonso de Monroy y su compañero iban sin guia, ni cosa que comer por aquellos arenales secos y estériles, donde era cierta su muerte mui en breve, y que siendo presos estaba remediada o por lo ménos dudosa. Salió luego el capitan Cateo enviado de su cacique con mucha jente flechera en seguimientos de los españoles siguiendo el rastro de los caballos, y habiendo caminado algunas leguas los hallaron en unos arenales, donde ya desfallecian, y estaban sin esperanzas de remedio humano. Con todo eso no osó llegar el bárbaro, hasta hablar desde fuera, diciendo que se rindiesen luego los dos dejándose de resistencias; donde no, que desde allí los pasaran asaeteándolos sin remedio. Viéndose Alonso de Monroy en necesidad extrema, donde no valian ya brios de españoles, respondió: que el estaba tan lejos de resistir, que ántes era para él gran contento ser preso por mano de tan valeroso capitan, pues siendo él tan aventajado a todos, no era infamia sino mucha honra dél y su compañero, el ser prisioneros suyos. Agradeció mucho Cateo la respuesta teniendo a gran negocio que un español se les subjetase, y prometióle, interponiendo su fé y palabra, que le favoreceria en todo sin que su persona y la de su compañero corriesen riesgo alguno: y juntamente le pidió que dejasen las armas apartándolas de sí, para que él creyese que se rendian: a lo cual los dos españoles respondieron con las obras arrojando las espadas hacia el capitan: las cuales él mandó recojer, y luego llegó con su jente, y los prendió sin jénero de aspereza i muestra de rigor, ántes les dió de comer, y beber de que estaban mui necesitados: y luego los indios herbolarios buscaron unas yerbas con que los curaron de las heridas, que habian sacado de la refriega pasada.

Hecho esto, se fueron todos caminando hácia el pueblo donde estaba el cacique; en cuyo acatamiento fueron presentados concurriendo la canalla del pueblo al espectáculo: y ellos iban tan desfigurados que era cosa para ver. A esta sazon estaba con el cacique el español llamado Francisco Gasco, el cual les dijo señor Alonson de Monroy, y Pedro de Miranda, postráos luego en tierra, y besad los piés a vuestro señor el cacique Andequin, pidiéndole misericordia, que él es bueno y os la otorgará; lo que ellos sin dilacion hicieron hincando ámbas rodillas y besándole los piés. Entónces el bárbaro les hizo muchas preguntas, y siendo informado de todo lo que quiso, les dijo palabras mui feas e insolentes llamándolos bellacos, ladrones, mentirosos y bagabundos, que no tenian otro oficio sino andar robando por tierras ajenas, inquietando a los moradores, tomándoles no solo las haciendas, mas tambien las mujeres llevándolas a ellas y a sus hijos presos a otras tierras como lo habia hecho don Diego de Almagro llevandolas en colleras muchas al Perú. Habiendo dicho esto, los entregó a un indio que hahia muchos años tenia

por oficio sacrificar, como aquel Lisimaque, sacerdote de Minerva, que le sirvió deste ministerio sesenta y cuatro años, vestido con una ropa larga que le daba a los piés, y en lugar de bordon traia una hacha de cobre, y lo que sacrificaba este indio eran hombres, como lo hacian los italianos ofreciendo a Júpiter sangre humana, y los cartajineses que ofrecieron doscientos mancebos a Saturno. Este echó mano de los dos, y los llevó presos con mucha jente que los rodeaba, y por el camino les iba diciendo muchos baldones y befas como a hombres infames, amenazándolos con castigos mui crueles, y estraordinarios. A poco trecho que anduvieron llegaron a un lugar en el cual estaban unas figuras de ídolos mal formados; donde los puso en prision con bastantes guardas, y asi pasaron aquella noche con harto trabajo, y no ménos miedo. El dia siguiente fué el cacique a verse con ellos, y hacerles nuevas preguntas, y la primera fué como se llamaba el capitan principal de los españoles que estaban en el valle de Mapuche; a lo cual respondió Alonso de Monroy que se llamaba don Pedro de Valdivia y que era hermano suyo. Oyendo esto el cacique, sin proceder mas en sus preguntas, se apartó de allí, por ventura con temor de que vendria Valdivia a vengarse, pues aquel era su hermano. Estaba en aquel valle de Copiapó una india mui rica y principal cristiana llamada doña Maria; la cual debió de convertirse cuando pasaron los de Almagro, o el mesmo Valdivia; esta era estimada de todos como mui principal la llamaban Lainacacha. Luego que llegó a sus oidos la prision de los españoles, les envió un recado prometiéndoles su favor y amparo, y un brebaje subtancial y regalado, con que tomaron refeccion y se consolaron; y tambien con el favor del capitan Cateo, que cumplia fielmente la palabra que les habia dado cuando les prendió, y les tornó a prometer de nuevo su auxilio en todo. Con estos intercesores estuvieron presos mui pocos dias; en los cuales se fué mitigando la cólera del cacique; el cual iba ya disimulando con ellos de suerte que andaban sin prisiones y comenzaban a salir, y tratar libremente con el otro español, llamado Francisco Gasco. A este tiempo les ayudó su ventura con dos ocasiones, la una fué que el cacique se aficionó a andar a caballo, y como Alonso de Monroy era mui diestro jinete, ofreciase a imponerle en ello, y asi lo hizo sirviéndose de sus caballos, y de los demas que tomaron los indios a los cuatro españoles que mataron. La otra fué que habia en aquel pueblo una cajuela con dos flautas, que habia traido un español de los trece que habian venido con Francisco Gasco, a los cuales los bárbaros mataron, y acertando a topar con ella Pedro de Miranda, que era el compañero de Alonso de Monroy, comenzó a toca aquel instrumento porque era mui diestro en ello, con el cual tenia abobados a los indios oyéndole repicar la flauta, cual otro Mercurio que con el dulce tocar de su fístula tuvo enbelezado a aquel Argos de los cien ojos provocandole a sueño, hasta que los vino a cerrar todos durmiendo, y dormido le quitó la vida, como lo vino a hacer este músico. Estas dos habilidades de los dos españoles fueron principios de aficionarseles los indios principales, y sobre

todos el cacique, tanto que los traian en palmas festejándoles con muchos banquetes y regalos. Con todo eso, no faltaban algunos que se recelasen de los dos y acudian al cacique a ponerles mal con él, metiéndole temor, y diciendole se acordase de sus traiciones y malas obras que habian hecho a los naturales: pero tenia ya el amor del cacique mas raices, y ellos metidas mas prendas, que todos los dichos de los contrarios. En este tiempo hizo el cacique un banquete solemne, al cual convocó a los principales del valle, entre los cuales vino un cacique de otro pueblo llamado Don Diego del Huasco, que era cristiano convertido, y baptizado por los españoles que por alli habian pasado; y queriendo el cacique Andiquen solemnizar mas la fiesta lo llevó a caballo al lugar de las fiestas con los españoles que allí estaban. Acabado el banquete y borrachera, dijo Pedro de Miranda al cacique don Diego del Huasco, que subiese a las ancas de su caballo para ir mas a placer; de lo cual él fué contento. Y yendo paseándose hácia la pasada, picó al caballo demasiadamente provocándole a dar corcobos, para que diese en tierra con el cacique don Diego, queriendo burlar dél, pareciéndole que venia algo tocado de embriaguez. Sintió el indio la treta pareciéndole que el picar al caballo era querer picarle a él, y picado de la burla la tomó mui mal, diciéndole que no pensase que habia de caer primero que él, porque tambien tenia brio para tenerse; y que se desengañase que si caia que habia de ser encima del. No se yo por cierto en que ocasion se pudo mostrar la temeridad de un español arrojado mas que en semejante conyuntura, pues estando entre jente bárbara con las circunstancias dichas, de modo que estaba su vida en manos de los indios, se ponia a hacer estas burlas con tanto riesgo de su persona. El efecto que tuvo su imprudencia y liviandad fué que el Don Diego habló al cacique Andequin con palabras sangrientas, diciéndole cuanto le convenia dar fin a aquellos españoles, pues era jente tan ruin, pues hasta en aquellos lances no tenian verguenza, y que no se podria esperar dellos sino mucho mal i alguna traicion que le costase a él la vida, y a otros muchos de los suyos. Todo esto echó en risa Andequin, diciendo que él se les habia dado por amigo, y que no tratase de aquello, sino de jugar un rato para pasar el tiempo. Sí jugaré (dijo Don Diego) y será el precio dos preseas de mucho valor que serán las dos cabezas de estos españoles; a los cuales conviene quitar del mundo; porque de mis enemigos los ménos. Entónces Andequin les habló mas claramente, diciendo que Alonso de Monroy era hermano de Pedro de Valdivia, y que no queria meterse con él, para tener mas ruidos, pues era cierto que siendo su hermano habia de vengar su muerte.

Pasados algunos dias el cacique Andequin ordenó otro solemne banquete, para el que convidó a los dos españoles, como al primero. Entónces ellos se comunicaron tratando entre sí de dar órden de salir de aquel lugar, pues no era negocio, en que convenia perseverar toda la vida, y así se resolvieron en que en viendo la suya, estuviesen sobre aviso, para que sin mas consultas comenzase el uno por donde mejor le pareciese, y

luego acudiese el otro conforme la ocasion les enseñase. Desta manera concertados fueron con los indios al banquete, y siendo acabado se volvió cada uno por su parte sin haber indio que no fuese embriagado, y el cacique algo tocado, aunque no del todo, llevaba en su compañía a los dos españoles, y algunos indios que le seguian, los cuales se iban cayendo por el camino, y quedándose arrimados a las paredes, hasta que el cacique se quedó con solo cuatro, que tambien iban tropezando, a cada paso. Entónces Pedro de Miranda finjió cierto dolor agudo, y quejándose mucho intimaba del mal gravemente. El cacique teniéndole compasion se apeó del caballo a darle algun socorro, y como Pedro de Miranda le vió en el suelo, y junto a su estribo sacó una daga que siempre habia tenido escondida en lo mas secreto de su cuerpo, y dió de puñaladas al cacique dejándole tendido cual otro Joab a su amigo Amasa al tiempo del mayor regalo. Acudió de presto Alonso de Monroy a los otros cuatro indios, y como estaban embriagados fué menester poco para matarlos, y así lo hizo como el compañero del mesmo Joab llamado Abisai acometió hacer contra el consorte de Amasa, llamado Heba. Desta manera quedaron los cinco muerto sin que pudiesen ser socorridos de los suyos, por ser tiempo en que cada uno apenas sabia de sí, y no es nuevo en semejantes borracheras suceder tales desgracia, como consta en las historias humanas, y aun de la divina, donde se refiere como el bravoso capitan Holofernes murió de manos de Judith, con ser una mujer delicada, porque él estaba embriagado y ella mui sóbria, como aquella que se daba perpetuamente al ayuno y abstinencia.

Hecho esto, ataron de presto dos caballos a las colas de los suyos, llevando todos sus estribos de oro, que nunca se los habian quitado los indios, y tambien tomaron los platos de oro que habian llevado al convite, y los traian los indios que mataron, y con esto se pusieron a camino a toda priesa. A este tiempo dió con ellos el otro español llamado Francisco Gasco, el cual se escandalizó de la matanza, y comenzó a temblar y argüir de temeridad a los dos matadores, los cuales le dijeron que callase, y subiese sin dilacion en un caballo de aquellos, yendo en su compañía. Y aunque él comenzó a rehusarlo le compelieron a ello, diciendole le matarian si repugnase un solo punto, y así mal de su grado hubo de condescender con ellos mostrándoles el camino, que como mas experto, y cursado en aquella tierra lo sabia bien. Desta manera fueron caminando sin que los bárbaros, le pudiesen dar alcance, por que cuando ellos debieron de volver en su acuerdo ya seria tarde para alcanzar hombres de a caballo. Con todo eso el Francisco Gasco siempre iba como forzado, al cual quiso matar Alonso de Monroy por verle con tal ánimo, y muchas veces lo deshonró llamándole hombre infame, y mas bárbaro que los mismos indios; pues gustaba de estarse entre ellos. Y a la verdad el desventurado sentia mucho el dejar dos indias que tenia de las cuales le habian nacido algunos hijos, y así no asegurándose dél sus dos consortes, lo llevaban siempre por delante, y en efecto mal que le pesó hubo de caminar con harta priesa hasta pasar el gran despoblado

de Atacama. No fué pequeño el trabajo que tuvieron con tan largo y áspero camino, donde apenas tenian que comer, ni otro refrijerio, o ropa con que cubrirse ni aun armas con que defenderse mas de las dagas que habian escondido. Pero con todos estos estorbos llegaron al Perú, teniendo por guia en aquel espantoso despoblado, los muchos cuerpos muertos de hombres i caballos que estaban por todo el camino, y parecen vivos aun cuando haya quinientos años que murieron, como arriba queda dicho. Apenas habian puesto los piés en el Perú en tierra poblada cuando Francisco Gasco se huyó de sus dos compañeros desapareciendo de manera que hasta hoi ha habido rastro dél, pero lo que fué de los otros dos se dirá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXIII.

Como el capitan Alonso de Monroy hizo jente en el Perú, y fué con ella al reino de Chile.

Habiendo pasado innumerables trabajos Alonso de Monroy y Pedro de Miranda así en los pasos de que se trató en el capítulo pasado como en el valle de Tacama, que tambien estaba de guerra entónces, aunque es tierra del Perú: llegaron finalmente a la provincia de Tarapaca, que era de indios de paz tributarios a los españoles; de los cuales habia algunos en aquella provincia. No se puede ponderar con palabras el gran regocijo que los dos tuvieron en verse entre cristianos y conocidos y fuera de tantos peligros, como habian visto a los ojos a cada paso. Fueron allí bien recibidos y alojados dando a los cuerpos algun sueño y descanso y refeccion de manjares, de que venian tan necesitados, cuanto las mismas cosas referidas dan a entender. Habiendo descansado allí algunos dias, prosiguieron su viaje por tierra de cristianos, hasta llegar a la ciudad del Cuzco, que es lo que en el Perú tiene el segundo lugar en lustre y grandeza; allí repasaron despacio conversando con la jente principal que era mucha asi de la cosas de Chile, como de las del Perú, que habian estado algo alborotados por la muerte de Don Diego de Almagro que murió en la batalla de Chupas; la cual le dió el licenciado Vaca de Castro gobernador de los reinos del Perú. Dió noticia mui por estenso Alonso de Monroy al gobernador de las cosas de Chile, y de las muchas esperanzas que habia, si acudiese jente que llevase adelante la poblacion; con lo cual el gobernador le dió licencia de levantar estandarte, y echar a tambor, para hacer jente para Chile; cosa que Alonso de Monroy pretendia con toda instancia. Apenas hubo salido el atambor cuando se les comenzó a juntar jente, y mui en particular aquella que habia sido en la batalla de parte de Don Diego de Almagro, que fué el vencido, y no solamente esta pero otros muchos soldados a los cuales ponia el pié en el estribo, al ver los estribos de oro que los chilenses traian, y los platos tambien de oro, de los cuales ellos hicieron grande ostentacion para conocer los ánimos a ir a Chile de buena gana.

Y fué tanto el ruido que esto hizo, que hubo vecino principal del Cuzco, y con mucha renta en él, llamado Cristóbal de Escobar, que dejando su renta y quietud, se puso debajo la bandera de Alonso de Monroy con un hijo suyo llamado Alonso de Escobar, los cuales dieron al capitan mas de veinte mil pesos para ayuda del avio de la jornada. Lo mismo hizo otro vecino llamado Bernardino de Mella, hijo del doctor Beltran del Consejo de S. M. inscribiéndose con otro hermano suyo llamado don Antonio Beltran. Juntósele tambien un primo suyo llamado Hernando Rodriguez de Monroy hombre de mucha suerte, i Agamemnon italiano, natural de Sena, hombre valeroso; Luis de Miranda, que habia servido mucho a su majestad en el Perú, y era hombre principal natural de Salamanca: Pedro Homepesoa portugues, y otros muchos hijosdalgo hasta llegar a número de ciento y treinta. A los cuales les propuso por maestre de campo a Cristóbal de Escobar como a persona principal y benemérita de la jornada. Puesta ya toda su jente en órden comenzó el campo a marchar por el mesmo camino, que habia seguido Almagro y Valdivia: pasando no pocos trabajos en tantos desiertos, y páramos: aunque en el despoblado grande de Atacama tuvieron ménos pérdida de caballos, y otros desastres que otras veces, porque lo pasaron en buena coyuntura, Desta manera llegaron al valle de Copiapó, que es aquel lugar; donde Alonso do Monroy y Pedro de Miranda estuvieron presos y mataron al cacique Andequin, para poder huirse sin estorbo. Allí levantaron estandarte de guerra para vengarse de los indios, que habian muerto a los cuatro españoles, sus compañeros queriendo matar tambien a los dos que se huyeron. Pero el capitan Cateo, que era aquel bárbaro que prendió a Alonso de Monroy y Pedro de Miranda viendo lo que intentaban, y que Alonso de Monroy era el que tenia el mando absoluto en todo el ejército, juntó algunos indios principales, y con ellos se fué a poner en presencia del capitan Alonso de Monroy, representándole las buenas obras que le habia hecho, cuando le prendió, y el mucho amor que le tenia, y habia manifestado por los efectos, hasta librarle de la muerte: y suplicóle no hiciese guerra ni alboroto; pues todos estaban con ánimo de servirle; y que pues lo habian hecho, cuando el estaba solo con su compañero, estando en manos de los indios hacer lo que les diese gusto, mucho mejor le servirian en la ocasion presente. El jeneral le abrazó con grandes muestras de alegria en verle ante sus ojos haciéndole muchas caricias sin dejar significacion de amor que no le diese; y juntamente le dijo que por su respeto alzaba mano de la guerra sin tratar de vengarse, ni dar el debido castigo a los que lo merecian; y asi estando en su presencia ordenó al maestre de campo que no consintiese a ningun soldado correr la tierra ni hacer algun jénero de agravio a los naturales della. Luego mandó que de su parte fuesen a doña Maria, que era la india que en su prision lo habia regalado, a rogarle viniese allí a verse con él; la cual fué llevada en una litera mui bien aderezada en hombros de indios con gran acompañamien-

to. El jeneral Alonso de Monroy le salió a recibir al camino con mucha jente española, y la abrazó y llevó por la mano a un estrado, que tenia preparado con una alfombra y cojin que le trajo del Perú para este afecto; y sentándola en aquel lugar se puso él a su lado hablando con ella mui despacio, mostrando el agradecimiento que le tenia por los beneficios, que habia recibido della, en el tiempo de tan extrema necesidad. Siendo ya hora de comer la convidó con mucho amor; y aunque ella comenzó a escusarse, hubo al fin de quedarse a instancia suya, y él la sentó a la cabecera de la mesa, y con ella al capitan Cateo, dándoles un suntuoso banquete. Y luego por sobre mesa mandó sacar algunos regalos que del Perú traia y se los presentó a ella y a Cateo en remuneracion de lo mucho que les debia; despues a la tarde mandó que los caballeros saliesen a algunos regocijos haciendo mal a los caballos; cosa de que ella recibió mucho solaz, y estaba como admirada. Y con esto se despidió, y fué a su pueblo, de donde envió al capitan un gran regalo de cosas de comer para él y los de su ejército. Así mismo el capitan Cateo trajo algunos de los estribos y platos de oro y las armas que habian quedado en poder de los indios cuando mataron a los españoles que por allí pasaron con Alonso de Monroy a la ida al Perú, y se lo entregó enterándole en todo lo que habia perdido, y proveyéndole de todo lo necesario para su camino.

Con esto se partió el ejército en demanda de la ciudad de Santiago; a la cual llegaron al cabo de algunos dias con próspero viaje y contento de todos. Fueron mui bien recebidos del gobernador Valdivia y los demas españoles que con él estaban; los cuales hospedaron en sus casas a los recien venidos, agasajándolos como se debia a personas que venian de tierras tan remotas a dar ayuda a sus hermanos y aumentar la tierra para que la poblacion fuese adelante. Tambien dieron lugar cómodo en sus casas a los indios de servicio que venian del Perú con los españoles, no mui de su voluntad, sino forzados los mas dellos, y con violencias y aun insolencias indignas de cristianos como se han usado en semejantes entradas destos reinos; porque no solamente llevaban arrastrando a los desventurados indios, sacándoles de sus naturales y haciéndoles servir de balde, sino tambien a las mujeres dejándolos a ellos, y otras veces a la hija dejando la madre, y a este son iban las demas cosas, en que se infernaban las almas propias, dando ocasion a los naturales para infernar las suyas. Porque demas de ser mui poco el cuidado que hai de instruirlas en la lei de Jesucristo, y buenas costumbres concernientes a hombres cristianos; el cual oficio les incumbe de obligacion (porque con solo este título se pueden conquistar las tierras); en lugar de todo esto les dan malos ejemplos, y aun les han enseñado maneras de pecar que ellas no sabian como es jurar, y hacer injusticias y negaciones: y sacar las mujeres de poder de sus maridos, y ser ministros de maldades, sirviéndose de los yanaconas para sus mensajes deshonestos: ultra de otras muchas cosas que se verán, y juzgarán el dia del juicio universal: aunque ya muchos deben de expe-

rimentar el dia de hoi las penas infernales debidas a tales atrocidades, y así no hai, porque nos espantemos de ver los castigos que la poderosa mano de Dios hace en estas tierras, con pestilencias, terremotos, y enemigos, corsarios que nos persiguen, con ser su benignidad tan piadosa en volviendo la hoja. Antes considerando estas desventuras de los pecados tan sin freno cometidos, no hai hombre que no se espante mas de que son mas tan pesados y terribles estos castigos y de que no llueva fuego del cielo sobre nosotros. Plegue a la majestad de Dios que el dia de hoi haya alguna moderacion en todo esto con mas indicios de que somos cristianos.

CAPITULO XXIV.

Del primer viaje que se hizo por mar del Perú a Chile.

Ya que las cosas del reino de Chile iban to mando algun asiento les pareció a algunas personas del Perú seria cosa conveniente dar principio a los viajes por la mar, así por excusar tan ásperos y peligrosos caminos, como para que hubiese mas frecuente contratacion y comercio; el primero que intentó ponerse en este camino fué un extran'ero natural de Cicilia, llamado Juan Alberto, hombre que tenia hacienda gruesa. Este, armó una nao, y la cargó de mercaderías en el puerto de la ciudad de los Reyes llamado el Callao, y la envió con algunos pasajeros a la ciudad de Santiago, para la cual tomó su derrota, yendo siempre a la costa sin atreverse a tomar otro rumbo engolfándose en alta mar; y como el viaje es contra el viento sur, que es el ordinario desta mar y se va siempre a la bolina, era mucha la tardanza, que al principio habia en estos viajes por tener la costas grandes ensenadas; hasta que de pocos años a esta parte, comenzó a navegarse de otra manera haciéndose mucho a la mar; con lo cual se concluye en un mes el viaje, que a los principios duraba seis, poco mas o ménos, segun los temporales. Llegó este navío en salvamento al puerto de Valparaiso que es el de la ciudad de Santiago, y descargándose las mercaderías, tuvieron todas buena venta a precios exesivos o porque los moradores, y en particular los que habian ido con don Pedro de Valdivia habian gastado con la diuturnidad del tiempo todas sus ropas de suerte que andaban vestidos de pieles de perro y otros animales sin haberlos curtido, y algunos traian un trapillo viejo por cuello de camisa, sin haber otro pedazo della en todo el cuerpo, de suerte que parecian todos salvajes, o cosa semejante. Pero con la llegada desta ropa desecharon la corambre, y podemos decir, que mudaron el pellejo, poniéndose de otro talante con los vestidos que compraron a fuerza de oro que compelian a sacar por fuerza a los naturales, que andaban en cueros dentro del agua para sacarlo. Iba en este navío un hombre mui honrado y rico llamado Francisco Martinez; el cual habia dado en el reino del Perú veinte mil pesos al capitan don Pedro de Valdivia, y a los españoles de su ejército para aviarse, proveyendo lo necesario para la conquista del reino de Chile, sobre lo cual hicieron

un concierto con escriptura pública de que le habia de dar al Francisco Martinez gran parte del oro que se sacase, y viniese a manos de aquellos soldados señalando en la escriptura la cantidad que habia de ser. Este pidió al capitan Valdivia que mandase cumplir lo que habia concertado, pues era razon, y él habia aguardado tantos años. Recibióle el capitan con aspecto mui grato agasajándole con mucho regalo, y luego le proveyó de una encomienda de un pueblo llamado Colina tres leguas de la ciudad de Santiago, con lo cual alzó mano de la demanda desistiendo de la paga, y chancelando la escriptura, y así se quedó por vecino de aquella ciudad entre los demas que en ella habia.

Desta manera se iban cada dia asentando las cosas, y teniendo alguna mas quietud los españoles; y con la llegada deste navío tuvieron algun vino que beber que hasta entónces no tenian sino un poco, para decir misa, el cual habia Dios reservado muchos años para el efecto, preservándolo de corrupcion. Despues desde fué otro navío enviado de la ciudad de los reyes de Lucas Martinez Begazo encomendero de indios, gran amigo del capitan Valdivia: al cual envió este navío cargado de ropa para socorrer su necesidad; tras éste vino otro a la fama del mucho oro, el que tambien se via por experiencia con el retorno que llevaban los del primer navío. Este iba tan cargado de jente, cuanto con falta de piloto diestro en estas costas; y asi sobreviniendo un temporal vino a dar consigo en unas peñas junto a tierra, donde padeció naufrajio salvándose toda la jente con pérdida de las haciendas. A esto acudieron los indios naturales de aquella costa con grandes muestras de compasion, y socorrieron a los aflijidos, sacando algunas cajas de ropa, que la resaca echaba hasta la playa. Mas aunque por una parte hospedaron y regalaron a los cristianos, por otra convocaron a la jente infiel comarcana, con la cual se juntaron, y estando los españoles descuidados de traicion dieron sobre ellos a media noche matándolos, sin dejar hombre a vida, cumpliéndose a la letra lo que el apóstal dice, peligros en la mar y peligros en la tierra. Estaba entre aquellos españoles un negro esclavo de uno de ellos, con cuyo aspecto se espantaron muchos los bárbaros, por no haber visto jamas jesto de hombre de aquel color; y para probar si era postizo lo labaron con agua mui caliente refregándolo con corazones de mazorcas de maiz, y haciendo otras dilijencias para tornarlo blanco; pero como sobre lo negro no hai tintura, el quedó tan negro como su ventura, pues fué tal que lo trajo a manos de jente tan inhumana, que despues de todo esto le dieron una muerte mui cruel.

Este nautrajio y traicion de los bárbaros estuvo por muchos dias solapado, sin venir a noticia de los cristianos, con estar la ciudad de Santiago en sola distancia de veinte y dos leguas deste lugar, que era la provincia de los paramocaes. Pero como fué tanta la ropa, que estos indios tomaron, así de la que salió a la playa que fué mucha, como de la que despojaron a los españoles, que mataron cundió mucho por la tierra; porque la andaban vendiendo, y trocando por otras cosas: de suerte que no pudieron los españoles de Santiago dejar

de reparar en la novedad. Tuvo Valdivia sospecha de alguna maldad, y para averiguar la verdad, envió al capitan Francisco de Aguirre con suficiente número de soldados, que hiciese pesquisa, y diese el castigo conforme hallase haber sido el delito. Partióse este capitan al lugar donde el navío se habia perdido, y poniendo dilijencia en inquirir la verdad, se vino a descubrir todo de plano, y hecha bastante informacion, mandó fuesen castigados rigurosamente los culpados, y aun algunos levemente indiciados ahorcando a muchos de ellos sin perdonar a ninguno, de quien hubiese rastro de sospecha. Con este castigo quedaron los indios tan escarmentados, que de allí adelante nunca se atrevieron a poner mano en español aunque fuese solo; y pusieron dilijencia en acudir mejor que ántes con sus tributos sacando para ellos oro finísimo, que tal es el de estas minas, tanto que hubo soldado, que guardaba en un cofre la tierra dellas así como la sacaban, sin ser beneficiada, y cuando habia menester doscientos pesos para jugar no hacia mas de labar un poco de aquella tierra, y lo sacaba della: este se llama Bernardino de Mella, y las minas eran las de Quillota. Conforme a esto era la grosedad de estos minerales tan abundantes que venian hombres, con sus mujeres, e hijos tan pobres, que aun para los fletes no tenian y se remediaban luego con la grosedad de la tierra y las limosnas que les daban los mineros, que eran largos para las iglesias y obras pias, aunque esto era remediar a unos pobres a costa de otros pobres haciéndolos reventar beneficiando los metales.

A este tiempo llegó a la ciudad de Santiago un hombre principal cuyo nombre era Pedro Sancho de la Hoz, éste habia ido del Perú a España con cincuenta mil ducados, y allá se casó con una señora de mucha suerte llamada doña Guionar de Aragon con la cual gastó la hacienda que habia llevado en poco tiempo, y viéndole el rei necesitado, le proveyó en la plaza de la gobernacion deste reino de Chile donde él vino con este nombre, dejando a su mujer en España; pero como don Pedro de Valdivia estaba tan acepto, y aposesionado del oficio, no osó el Pedro Sancho de la Hoz ponerse a pleitos, pues era cosa cierta que no podria salir con su pretension mayormente que cuando la majestad del emperador don Cárlos le proveyó en el oficio no tenia noticia de que estaba en él don Pedro de Valdivia el cual no se habia de remover dél sino fuera para mejorarle, pues era tan benemérito, y habia ganado la tierra, con su sudor para su majestad a quien la sujetaba. Viendo pues, el gobernador Valdivia, que el que venia a su oficio, no lo queria llevar por punta de lanza, ni hacer jénero de alteracion en la tierra lo recibió mui honrosamente, favoreciéndole en todo, y ante todas cosas dándole una encomienda de unos pueblos con buena renta de que se sustentase, conforme a la calidad de su persona, en cual él se satisfizo quedando todo el reino mui quieto.

CAPITULO XXV.

De la vuelta que el capitan don Pedro de Valdivia hizo al Perú precediendo el capitan Alonso de Monroy, el cual murió en la ciudad de los Reyes.

Aunque en este tiempo tenia ya su majestad el emperador don Cárlos noticias de los reinos de Chile; pero no habia ido persona propia a dar cuenta por menudo de su conquista y disposicion hasta entónces, y pareciéndole al gobernador que no se sufria ya mas dilacion en este punto puso los ojos en el capitan Alonso de Monroy para esta embajada como persona tan aprobada en casos árduos en los cuales habian dado buena cuenta de sí, como se vé por lo que arriba queda referido. Y así le despachó con cartas suyas dándole ocho mil pesos de oro para el camino, y poderes para que en el Perú le obligase por mas cantidad; si fuese necesario para su viaje. Envió juntamente con él a Francisco de Ulloa para que le acompañase hasta el Perú, y allí hiciese jente para traer a este reino, que todavía era necesaria, para que del todo se entablasen las cosas mas de asiento, y para ello le dió doce mil pesos de oro fino de su parte. Partiéronse los dos en un barco grande de Juan Baptista de Pasten capitan de esta costa mui diestro en ella, y llevaban todos tres, órden de ir en seguimiento de un barco, donde iba huyendo un Luis Hernandez con algunos otros, para que donde quiera que diesen con ellos, hiciesen justicias de todos procediendo luego adelante en su camino. Partidos los tres del puerto de Valparaiso fueron en busca del fujitivo, y no hallando noticia dél tomaron la derrota del Perú; a donde llegaron en breve tiempo. A esta sazon estaba todo el reino en grande conflicto por el alzamiento de aquel famoso tirano Gonzalo Pizarro, que levantó bandera contra el rei nuestro señor siguiéndole gran parte del reino y aunque este tirano habia entónces bajado a la provincia de Quito a dar al virei Blasco Nuñez Vela la batalla, donde le quitó la vida, con todo eso tenia en la ciudad de los Reyes a su lugar teniente y maestre de campo Francisco de Carabajal, hombre facineroso, y de memorables hechos; los cuales remito a las historias del Perú. Este detuvo allí al capitan Alonso de Monroy sin dejarle pasar a España a su embajada: el cual así por la pesadumbre, que recibió de verse impedido para sus intentos, como por los grandes trabajos que habia pasado vino a caer en una grave enfermedad, con que acabó sus dias, habiendo hecho obras de valeroso capitan, como queda referido. Luego Francisco de Ulloa, y el capitan Pasten se aderezaron para la vuelta de Chile juntando alguna jente con licencia de Francisco de Carabajal que para ello le dió, y aun cartas para el capitan Valdivia con quien habia tenido estrecha amistad en Italia, donde los dos fueron soldados de un mesmo tiempo y compañía. Con esto se partieron por mar, y llegando al reino de Chile dieron al gobernador Valdivia noticia de todo lo que en el Perú les habia sucedido, y algunas quejas de Francisco de Carabajal, así por haber impedido el viaje de Alonso de Monroy, como por no les haber dejado traer toda la jente que ellos quisieran.

Ya el gobernador tenia noticia del motin por la relacion de la jente que habia llegado allí en un navío grueso que vino cargado de mercaderías, pero súpolo mas en particular por dicho de Francisco de Ulloa, y el capitan Pasten, y por las cartas del tirano Carabajal; las cuales se sospechaban ser perjudiciales y nocivas para el uno y otro reino, como lo eran las cosas deste atroz tirano. Y aunque la sospecha no era mal fundada por parte de Carabajal; y aun por parte de Valdivia habia eficaz motivo para no tenerla mui buena; pero en efecto la experiencia mostró no haber de parte del capitan Valdivia cosa que oliese a tiranía, como se dirá luego. Esta nueva fué tan poderosa con él que se resolvió en desamparar este reino de Chile y bajar al Perú con intento de ayudar a la parte de su majestad pues en ningun lance podia mejor emplearse, mayormente que junto con esta nueva tuvo otra de que venia el presidente Gasca con cédulas de su majestad para componer la tierra como quisiese, el cual estaba ya en Panamá a pique de entrar en el Perú, y pareciéndole que seria su persona de mucho efecto para tratar con él algunas cosas concernientes al órden que se debia dar, por ser el hombre mas experimentado en cosas de las Indias, se determinó a poner gran dilijencia en apresurar su viaje. Pero tuvo esta determinacion tan oculta, que no hubo hombre en toda la tierra que se la sintiese ni aun le pasase por el pensamiento presumir dél semejante mudanza, escepto su secretario llamado Juan de Cárdenas, hombre mui hábil en su oficio, de cuya industria se aprovechó para la ejecucion de sus intentos.

Ayudó mucho a ello un lance que se ofreció en aquella coyuntura, y fué que muchos españoles que estaban en este reino especialmente en la ciudad de Santiago habian juntado suficiente caudal para vivir descansadamente en sus tierras, los cuales no tenian encomienda ni otras raices en este reino, y deseaban salir dél para gozar en su patria lo que con tanto sudor habian ganado; y así dieron un tiento al gobernador por ver si podian alcanzar licencia para partirse en aquella nao, que allí habia aportado con mercaderías. El gobernador viendo la suya habló públicamente y dijo que él no gustaba de que estuviese alguno en esta tierra contra su voluntad, y que tenia por mui justo que los que habian servido tanto a su majestad fuesen ántes gratificados que molestados, y así mandó pregonar que cualquiera persona que quisiese ir a España viniese a pedir licencia, porque liberalmente la concederia; estos pregones fueron motivo para que muchos que no tenian mucha gana de salir del reino se determinasen a ello, y acudieran a pedir la licencia, sin que él la negase a alguno. Estando ya todos aviados, y a pique de partirse, hecho el rejistro de las partidas de oro que cada cual llevaba, mandó el gobernador Valdivia al maestre del navío que no se hiciese a la vela hasta que él le ordenase, porque habia de ir en la nao el capitan Francisco Villagran a traer jente del Perú para suplir la falta de la que salia de Chile. Con este achaque salió él mismo de la ciudad finjiendo que iba a compañar a Francisco de Villagran hasta el puerto que estaba veinte

leguas de ella, y cuando llegó a él halló toda la jente embarcada, que no aguardaba otra cosa sino su licencia para levar las anclas. Luego despachó un batel con mandato de que toda la jente saliese a tierra, por que pues habia llegado allí era razon verlos a todos, y tornarse a despedir de ellos, y como ninguno tenia indicio ni ocasion de sospechar novedad alguna, salieron todos a tierra a su llamado trayéndolos el mismo maestre del navío, al cual tambien mandó viniese a verle. El gobernador los recibió mui afablemente a todos con grandes muestras de amor diciéndoles las siguientes palabras: señores y amigos mios, aunque la causa de mi venida a este puerto ha sido el querer acompañar al señor Francisco de Villagran maestre de campo de mi ejército, y persona digna de que yo haga esto por su respecto, pero no ha sido menor motivo el tornar a veros y abrazaros de nuevo, que como ha tantos años que andamos juntos, y nos hemos hallado siempre en unas mismas ocasiones, siendo comun a todos el bien y el mal de cualquiera de nosotros, tiene el amor echadas tantas raíces en mi corazon que verdaderamente se me parte de ver vuestra partida; porque aquí no hai ninguno a quien yo no tenga por mas que hermano mui querido, y la misma satisfaccion tengo de todos para conmigo, fundada en la experiencia larga que desto tengo. No me queda otro consuelo sino entender que vais a descansar, y gozar con quietud los fructos de vuestros trabajos, lo que mitiga parte de mi congoja. Lo que a todos pido es que si acaso se vieren en la presencia de su majestad (como se verán muchos de los presentes) le informen por entero de los largos trabajos que en su servicio he padecido para ganarle esta tierra poniéndola debajo de su corona; lo cual pido que hagais en recompensa de lo mucho que a su majestad escribo de cualquiera de vosotros, ponderando mucho lo que le habeis servido, derramando varias veces vuestra sangre por serles fieles vasallos. A todo esto iba derramando muchas lágrimas cual otro Ulises a la orilla del mar Sigeo porque procedian de motivo diferente del que exteriormente mostraba. Porque no podia dejar de sentir íntimamente la mala obra que hacia a tantos hombres desventurados, dejándolos destruidos a cabo de tantas calamidades, y así habia lágrimas de ámbas partes, moviéndose a ellas los miserables creyendo que las de su capitan procedian del amor que les significaba.

Luego llamó al maestre de campo Francisco de Villagran, y le habló aparte secretamente descubriendo con él su pecho y sacando las provisiones y recados necesarios que traia ya hechos y firmados, y se los entregó dejándole en su lugar con el gobierno, de todo el reino, y luego finjiendo que iba a otra cosa salió de la casa, y se metió en el batel donde ya le estaba aguardando su secretario Juan de Cárdenas, Diego García de Cáceres, Jerónimo de Alderete su mayordomo, Alvaro Nuñez, y don Antonio Beltran; y con toda presteza se fué a embarcar sin ser sentido de otra persona, porque los que habian de ir en el navío se quedaron hablando con el maestre de campo como con persona que iba en su compañía, el cual los entretenia para dar lugar a

don Pedro de Valdivia. Cuando ellos salieron de la casa, ya él estaba cerca del navío; y al punto que se embarcó en él con los que llevaba, levaron las anclas a toda prisa. Los pobres que tenian dentro de la nao todas sus haciendas, y se iban a embarcar en ella, viendo el caso no pensado quedaron como pasmados, y comenzaron a levantar la voz clamando a los de la nao, y mas al cielo, y a todo correr fueron a unas peñas que estaban mas cerca del navío dando voces por el batel, y estando ellos en esta vocería y ruido vieron largar las velas y caminar el navío por la mar abajo. Fácil cosa será de persuadir al lector el grave sentimiento y amargura que hubo en todos aquellos pobres hombres viendo en un punto perdidas las riquezas todas, que con tan extraordinarias miserias y calamidades habian allegado, y que al punto que iban a descansar y gozar dellas, se vian en el hospital y necesitados, y comenzar de nuevo a trabajar para sustentarse quedando en tierras extrañas, y que su miseria llegaba a tal extremo que aun las frazadas de las camas les llevaban, sin que les quedase debajo del cielo otra cosa, ultra de lo que traian vestido, ni aun una estera en que acostarse, pues tenian embarcado todo cuanto tenian en sus casas, sin dejar en ellas mas que las paredes. No se pueden encarecer las lamentaciones con palabras algunas, que aquellos miserables hacian llorando su desventura; pues habia entre ellos hombre, que no habia querido comprar una camisa de las que trajo el navío por guardar dos pesos mas que llevar a su tierra; y así levantaban alaridos al cielo, pidiendo justicia de tal robo, y maleficio. Estaba entre estos infelices hombres un trompeta, llamado Alonso de Torres, este viendo ir a la vela el navío comenzó a tocar con la trompeta, cual otro Miseno que se puso a tocar su clarin a la lengua del agua; y tocó en son lastimoso una cancion que decia: Cata el lobo do va Juanica, cata el lobo do va: y luego dió con la trompeta en las peñas haciéndola pedazos por no quedar con aquella que era su último caudal. A este tono decian otros hombres diversos dichos lastimosos, y lloraban su infelicidad. Porque muchos dellos tenian en España padres y hermanos pobres; y otros hijas, mujeres a quien iban a remediar con lo que habian ganado. Y vino la pesada burla a tener tales efectos, que un pobre hombre llamado Espinel natural de Granada donde tenia unas hijas, que iba a casar con seis mil pesos de oro que valen nueve mil ducados, viendo su dura suerte, hacia excesivos extremos de dolor tanto, que movia a todos a grande compasion: y pudo tanto en él la fuerza del dolor que perdió el juicio, y tras él la vida porque se vino el mesmo a ahorcar miserablemente. Yo no sé por cierto entre estos dichos qué pueda decir en esta parte: porque ningunas palabras serán bastantes a ponderarlo tanto, que no queden mui cortas, a lo que el mesmo hecho está diciendo; solo digo que hai dia de juicio, y digo tambien que como aquel oro era sacado con el sudor de los desventurados indios, y habido por tan malos medios, como consta de la historia, no quiere Dios que les luzeja a sus dueños (si así pueden llamarse) que mejor les compete el nombre de robadores, y aun otro

peor si hai apropósito. Y no es cosa nueva en el mundo perderse desta manera lo que es tan mal ganado; como se ve claro en las historias, y aun en las palabras sagradas, que al tiempo que van los malos a gozar de lo que han injustamente adquirido, se les hace todo sal y agua, y aun se lo lleva todo el demonio que así se puede decir. Ni de parte de Valdivia hai excusa que deba admitirse, pues no lo es el haber dicho al maestre de campo Francisco de Villagran que pagase a aquellos hombres, lo que les llevaba de lo que se fuese sacando de sus rentas y hacienda que allí dejaba, pues este era negocio largo por mas que él lo dejase encomendado. Pero aquí mas debemos hacer oficio de historiadores, que de censores, lo demas quédese para el tribunal supremo de Dios, que todo lo tiene guardado para el dia de la cuenta

El maestre de campo Francisco de Villagran procuró lo mejor que pudo aplacar aquellos hombres haciéndoles grandes ofertas, y dándoles su palabra de pagarles con brevedad adjudicándoles con la que tributaban los indios puestos en cabeza del jeneral Valdivia, y aun con su misma hacienda, y otros aprovechamientos que les buscaria, y en efecto lo hizo así. Y despues de algunos años el mesmo jeneral Valdivia habiendo vuelto a Chile satisfizo a todos, y dió a algunos de ellos encomiendas de indios. Pero en la presente coyuntura de que vamos tratando, luego que el navío salió del puerto, pidió el rejistro, y halló ser ochenta mil pesos de oro los que en él iban; las cuales él tomó para los gastos que habia de hacer en el Perú a donde iba. No es razon pasar en silencio un cuento gracioso que sucedió despues por donde estos ochenta mil pesos, se llamaron los ochenta mil dorados de Valdivia, el cual nombre dura hasta hoi. Y fué así, que a cabo de algunos años estando el reino de Chile mas poblado de jente española, y el capitan Valdivia vuelto a él y hecho gobernador por el rei, se hizo una solemne fiesta del obispillo en la ciudad de la Concepcion que se habia entónces fundado, en la cual se halló el mesmo gobernador. Por ser comun de la ciudad y para que mas se festejase, encargaron un sermon ridículo, como se suele hacer en fiestas semejantes a un hombre llamado Francisco Camacho, que era gran decidor, y tenia especial gracia, y domaire en todo cuanto hablaba. Comenzó este buen hombre su sermon, y dijo tantas agudezas que provocaba a todos a risa, y entre otros chistes que dijo, fué no el ménos solemnizado éste. Al señor jeneral don Pedro de Valdivia le compete por dos razones y títulos este nombre de Pedro: lo primero por habérsele impuesto en el baptismo: lo segundo porque ha hecho el oficio de San Pedro. ¿Quiérenlo ver claramente? pues acuérdense que San Pedro tendió la red en el mar, y de un lance la sacó tan llena de peces que se le rompia con haber estado toda la noche sin haber tomado uno solo: pues esto mesmo le aconteció al señor gobernador, que con no haber podido su señoría acaudalar lo que deseaba en muchos años, echó una vez un lance en el puerto de Valparaiso, y cojió mas peces que San Pedro y no de diferentes especies sino todas de una, porque lo que pescó fuéron ochenta mil dorados sin ningun trabajo

suyo ni de sus compañeros, aunque no con pequeño de los desventurados que habian andado toda su vida metidos en el agua para cojerlos. Este fué especificando mas en particular con tanto donaire y sal que no habia hombre que no diese carcajadas de risa, escepto el gobernador que no le supieron bien los peces con tanta sal, pues ya no estaban frescos, ni quisiera que le acordaran cosa de agua, porque esto era aguarle la fiesta. Pero a mas no poder lo hubo de echar a risa. Y de allí salió como proverbio los ochenta mil dorados de Valdivia.

CAPITULO XXVI.

De la llegada del capitan Valdivia al Perú; donde gobernó el campo del rei en favor del presidente Gasca contra Pizarro.

Luego que el capitan Valdivia llegó al Perú, tuvo nueva que el presidente Gasca iba a dar batalla a los tiranos que andaban con Carabajal maestre de campo de Pizarro; y luego se partió en busca suya, y le alcanzó en un lugar cerca del Cuzco llamado Andaguailas, donde el presidente salió de su reales a recibirle con trescientos hombres de acaballo, y usó con él de toda cortesía, alegrándose mucho de ver persona de tanta autoridad, y experiencia en cosas de guerra en todos estos reinos; y así trató con él largamente de lo que convenia trazar para el bien y quietud de toda la tierra. Y viendo cuan apropósito era su persona, para todo, le rogó que admitiese el oficio de coronel de su ejército; a lo cual no quizo Valdivia hacer resistencia por dar contento al presidente, y servir a su majestad. Mayormente que de allí adelante él mandaba a todo el campo haciendo cuanto queria, no ayudando poco a esto el haber llevado los ochenta mil dorados; con que cada dia hacia banquetes en sus tiendas a los soldados y así los tenia a todos de su mano, y no ménos al presidente, que no cesaba de darle las gracias por haber venido a tal coyuntura a servir a su majestad. Llegando pues el campo del rei a ponërse frente a frente de los tiranos, y viéndolo Francisco de Carabajal con tan nuevo y extraordinario órden y disposicion, comenzó a temblar, y dijo en alta voz a los de su ejército: o en el campo del rei anda Valdivia, o el diablo; dando a entender que no podia haber otro en el reino que pudiese tanto como lo que entónces via; y no habiendo mucha dilacion en descubrirse que era Valdivia, dijo Caravajal: perdidos somos, como quien de tantos años le conocia. Y fué tanto lo que le dió en que entender, que tomaba de allí adelante las cosas de la guerra con mas cuidado; y aun dijo a Gonzalo Pizarro que le convenia retirarse, y procurar no venir a las manos estando Valdivia de esotro bando. Pero por no salir de la historia de Chile no diré mas, sino que fué este capitan de grande efecto para que el campo del rei venciese al tirano (como lo hizo). Dentro de pocos dias, estando ya sosegada la tierra, quiso el de la Gasca gratificar al capitan Valdivia sus servicios, y mirar al bien comun de Chile y para esto le dió título de gobernador

de este reino, porque para todo traia comision de su majestad. Aceptó Valdivia el oficio pidiéndole licencia para hacer jente, la cual le fué liberalmente concedida. No eran pocos lo que se ponian debajo de su bandera, entre los cuales acudian muchos de los que habian sido contra el rei, y andaban fujitivos, para los cuales pidió licencia nuestro gobernador al presidente Gasca, suplicando a su señoría les conmutase la pena de la vida en destierro para Chile, a título de ser tierra nueva y necesitada de jente para que su majestad la tuviese mas segura de los indios. Y aunque el presidente rehusó el dar tal licencia deseando que se hiciese justicia de los tiranos, fueron tantas las intercesiones de relijiosos, y otras personas grandes, que lo hubo de conceder con condicion, que el gobernador tratase a todos aquellos hombres como esclavos de su majestad haciéndoles servir de gastadores, y en otros oficios bajos; lo cual él admitió, aunque no fué cumplido, porque en llegando a Chile andaban estos mas entonados, y soberbios que los demas, y habia hombre entre ellos, que públicamente se jactaba de haber sido tirano. A tanto llegaba la insolencia de aquellos reinos. Y aun hubo muchos destos que despues de muerto el gobernador Valdivia vinieron a tener encomiendas en este reino de Chile dadas por sus nuevos servicios.

En efecto, el gobernador juntó gran número de jente gastando en el navío lo que le quedaba de los ochenta mil pesos de oro; y tomando prestada otra buena suma de plata, bajó a la ciudad de los Reyes enviando a otros capitanes por diversos lugares a hacer jente, como fué a Estévan de Sosa al Cuzco; al capitan Juan Jofré a las Charcas, y a don Cristóbal de la Cueva a otros lugares diversos, de manera que se juntó gran número de soldados. A este tiempo llegó a la ciudad de los Reyes jente de Chile en un navío que surjió en el puerto del Callao que eran algunas de las personas agraviadas del gobernador Valdivia, por haberles quitado su dinero al tiempo que estaban embarcados, echándoles en tierra como queda dicho en el capítulo pasado; y aunque vieron que estaba proveido por gobernador, no por eso dejaron de querellarse delante la audiencia real, y aun hubo entre ellos hombre que viendo un dia al gobernador hablar con el presidente Gasca, se llegó a él y le dijo: vuestra señoría no debe de saber quien es ese hombre con quien está hablando: pues sepa que es un grande ladron y malhechor, que usó con nosotros la mayor crueldad que ha usado cristiano jamas en el mundo, y con gran cólera, y enojo dijo otras palabras a este tono de las cuales quedó el presidende tan espantado y alborotado, que mandó ahorcar aquel hombre luego. Pero el gobernador Valdivia riéndose dello le rogó que su señoría se quietase porque aquel hombre tenia mucha razon para decir todo aquello, y mucho mas; y él mismo le aplacó, y dió satisfaccion de todo el caso. Despues desto fué puesta la demanda en la audiencia, aunque tuvo poco efecto por entónces así por no haber otros testigos mas de los agraviados, como por la autoridad del oficio de don Pedro de Valdivia y así se hubo de apaciguar todo con pagar a algunos de aquellos hombres lo que les habia tomado, ultra de que

envió a España cuatro mil ducados, para casar las hijas de aquel Espinel, que se ahorcó de pena; y a los demas rogó que se volviesen con él a Chile, donde verian cuan sobradamente les satisfacia, y así lo hicieron ellos, cumpliendo él su palabra con darles buenas reparticiones; entre las cuales hubo algunas que llegó a ocho mil pesos de renta.

Teniendo, pues, este punto llano el gobernador y capitan jeneral Pedro de Valdivia partió de la ciudad de los Reyes, y caminó por tierra mas de cuatrocientas leguas hasta llegar al valle de Atacama, juntándosele mucha jente en el camino. No faltó en este tiempo quien pusiese mal al gobernador con el presidente Gasca diciéndole que iba con intento de alzarse con el reino de Chile; pues ya daba indicios de tirano robando lo que hallaba por los caminos él y los suyos; y llevando indios del Perú forzados en colleras y que advirtiese su señoría que era hombre inquieto, y revolviera sobre el Perú, a levantarse contra el reino como lo habian hecho muchos traidores que iban confederados con él, y estaban indignados contra su señoría, porque les habia afrentado sentenciando a unos a galeras, y a otros a ser descuartizados. A cerca de lo cual acumularon tantas razones, que el presidente hubo de mudar parecer, y despachó a gran priesa al jeneral Hinojosa con siete españoles, y entre ellos al capitan Francisco de Ulloa natural de Cáceres para que el jeneral trajese consigo al capitan Valdivia quedando Francisco de Ulloa en su lugar con el ejército que llevaba. Partieron estos caballeros con toda brevedad y dieron alcance a Valdivia, al cual notificando el mandato del presidente obedeció puntualmente lo que se le mandaba aunque con harta contradicion de muchos que le persuadian a que prosiguiese su camino; mas no haciendo caso dellos se volvió con el jeneral Hinojosa quedando por sustituto de su oficio Francisco de Ulloa, segun el órden que llevaba. A este tiempo iban concurriendo al lugar diputado algunos capitanes, a los cuales habia enviado Valdivia a juntar jente, y en particular el capitan Cristóbal de Sosa, que iba ya delante entrando por el gran despoblado de Atacama, y despues el capitan don Cristóbal de la Cueva con cien españoles, y últimamente el capitan Juan Jofré que habia juntado veinte en el distrito de los Charcas. Este capitan viéndose con poca jente determinó confederarse con el ejército que estaba a cargo del nuevo capitan Francisco de Ulloa en Atacama, y con esta resolucion fué marchando en seguimiento suyo hasta ponerse dos leguas de su real; y estándose pertrechando para pasar el despoblado grande, casi a la vista unos de otros, le pareció al capitan Jofré que no le seria mui difícil, el desposeer del cargo al jeneral Francisco de Ulloa; pues todo su ejército le habia recibido, acaso le admitirian a él de mejor gana, por ser capitan de Valdivia, y hechura suya. Y como lo pensó, así lo puso en ejecucion, enviando para este efecto al comendador Mascarenas, portugues animoso del hábito de Cristo; el cual entró en el ejército y tuvo tanta maña que prendió a Francisco de Ulloa y lo llevó a recaudo preso, quitándole

que él habia llevado de su mesma hacienda, con poca circunspeccion, y ménos conciencia.

Llegado el capitan Jofré fué recibido de todo el campo, y mandaba en el como gobernador absoluto, y así se fué entrando por el despoblado adelante hasta llegar al valle de Copiapó. Quiso su ventura que poco ántes de llegar allí dió con el capitan Cristóbal de Sosa, y los cien hombres que llevaba; lo cual le valió mucho para resistir al ímpetu de los bárbaros de Copiapó, que estaban a la sazon orgullosos, por haber vencido, y muerto seis dias ántes a cuarenta soldados que se habian adelantado con el capitan Juan Boon; y así se juntaron para esta batalla mas de doscientos españoles, saliendo contra ellos el capitan Cateo, y se trabó una mui sangrienta batalla en la cual quedaron desbaratados los indios muriendo muchos dellos, con pérdida de nuestra parte de solo tres españoles. A este tiempo, como estaban incorporados ámbos ejércitos en uno, fué necesario dar corte en que la cabeza fuese sola una: para lo cual dejó el capitan Jofré el cargo, que habia tomado, quedando por capitan Cristóbal de Sosa: con esta ocasion fué libre de los prisioneros el capitan Francisco de Ulloa, a quien Jofré traia preso, y se le restituyeron sus armas y caballos, yendo con los demas del ejército libremente. Con este órden estaba la jente española descansando en aquel valle de Copiapó, donde es siempre tan necesario hacer alto, por haberse pasado el despoblado grande, cuanto es dificultoso por el peligro que hai respecto de ser los bárbaros mui belicosos y nunca acabados de quietar con firmeza en la paz con los españoles. A este tiempo llegó el capitan Pedro de Villagran con una compañía de veinte soldados; a los cuales les valió no ménos que las vidas el llegar a tal coyuntura, porque a pasar solos, sin duda ninguna no pasaran; por estar los indios puestos al paso para impedírselo dando en ellos con gran furia estando encarnizados con las presentes ocasiones.

CAPITULO XXVII.

De las cosas que pasaron en Chile en el tiempo que el capitan Valdivia, estuvo en el Perú, y la destruccion de la ciudad de la Serena.

Despues que el gobernador don Pedro de Valdivia partió del puerto de Valparaiso con los ochenta mil pesos, yendo al Perú, como la historia lo ha contado; dió Villagran la vuelta con brevedad a la ciudad de Santiago; porque la ausencia del gobernador no causase alguna novedad y escándalo, como de hecho se iba tramando. Llegado al pueblo mandó luego que se juntase la justicia y rejimiento, ante los cuales presentó los recados que tenia del gobernador Valdivia, donde le substituia en su oficio con cuya provision presentada en el consistorio, fué recebido pacíficamente. Y como persona a quien le incumbia el mirar por todo, dió luego traza en lo que convenia, a la paz y sociego de la tierra, y en particular, el conservar la paz en que los indios estaban. Y fué tanto el beneplácito de todos, que hubo grandes fiestas y regocijos

en el reino por ser conocido en todo él Francisco de Villagran, desde su conquista. Mas como Pedro Sancho de la Hoz, segun está dicho, tenia ocultamente guardadas las provisiones reales del gobierno de este reino, y vió que el capitan Valdivia era ido de aquella manera, llevando tanta suma de oro ajeno, y que quedaban lastimados los robados de haber perdido sus haciendas, parecióle que era esta buena coyuntura para su negocio, pues el no haber entrado en su oficio hasta allí habia sido por estar en la posesion el capitan Valdivia, que habia ganado el reino con su industria y sudor. Y habiendo de recebir nueva cabeza, era razon que lo fuese él, pues el rei le habia proveido en el gobierno; y para publicar sus provisiones, y céludas reales se aconsejó con algunos caballeros, y soldados amigos suyos, y en particular con los que estaban agraviados de la toma del oro. Y así secretamente hizo una bandera y vara de la real justicia; y un soldado belicoso y atrevido que se llamaba Francisco Romero tomó el cargo de apercebir a los que estaban confederados con él para salir con todos juntos a la plaza con mano armada, y pregonar sus provisiones, que eran bastantes. Pero uno de los de su bando, y amigo suyo, que se habia de hallar en ello, pareciéndole que no saldria Pedro Sancho de la Hoz con su intento, dió parte de ello a un sacerdote que se llamaba Juan Lobo, natural del puerto de Santa María en España, el cual por estorbar el daño, que dello podria resultar con celo cristiano, se fué á Villagran, y le dijo sin señalar persona, que saliese luego a la plaza, con las personas de que mas se fiaba, para impedir un alboroto, de que podria resultar grave escándalo en el reino. Oyó esto el mariscal sin alteracion alguna, y luego entendió lo que podria ser, y siendo informado de ello, salió a la plaza, con su vara en la mano, y algunos amigos suyos, que le iban acompañando. Luego que llegó al lugar del comercio del pueblo supo mas en particular el caso, y sin dilacion alguna envió al capitan Diego Maldonado (que era un caballero de mucho valor) a prender a Pedro Sancho de la Hoz, el cual lo cojió de improviso con su bandera enastada, esperando que viniesen el muñidor y confederados suyos, para salir a la plaza y dar fin a su deseo; y así lo tomaron con el hurto en las manos. Viéndose Pedro Sancho salteado se cortó de piés y manos, sin saber qué decir en tal caso; y siendo llevado ante Villagran, dió ciertas escusas y disculpas deste hecho, las cuales no admitió el mariscal, porque ninguna era suficiente, y porque constase fundamentalmente haber sido el autor de la sedicion, le mandó tomar su confesion, en la cual dijo algunas razones, e[illegible] que mostró grande ánimo y valor; aunque en parte redundaban e[illegible] menoscabo de Villagran y Valdivia. Habiendo averiguado la causa, [illegible] substanciado el proceso, dió Francisco de Villagran sentencia, en que l[illegible] mandó cortar la cabeza, la cual le notificó Luis de Cartajena escriba[illegible] de cabildo, y como no habia persona a quien acojerse, el sentenciad[illegible] apeló para ante Dios y su majestad; pero sin aguardar ningun términ[illegible] le cortaron la cabeza, y la sacaron a la plaza para que todos la viese[illegible] y escarmentaran en cabeza ajena. Y túvose por cosa mui cierta q[illegible]

se excusaron con su muerte las de otros, que se iban enredando en la plaza.

A este punto llegó allí el solicitador que convocaba la jente y habló algunas palabras de pasion y sentimiento por las cuales le mandaron cortar la cabeza, sin esperar a que alegase razones algunas, y con estas dos muertes cesó el proceder contra los demas culpados, y quedó la república quieta. Y despues pasados algunos años, estando el capitan Francisco de Villagran en la ciudad de los Reyes del reino del Perú que habia ido preso, como se dirá a su tiempo, le puso demanda ante el presidente, y oidores una hija de Pedro Sancho de la Hoz casada con Juan de Voz Mediano siguiendo ella, y su marido con todo rigor la demanda de la muerte de su padre. Mas como se pusiese en ello silencio por haber entrado personas graves de por medio lo remuneró Villagran, cuando volvió a este reino por gobernador dél, dando a Juan de la Voz un repartimiento de indios en encomienda con el cual quedó satisfecho.

En este tiempo los indios bárbaros del valle de Copiapó, del Guasco, Coquimbo, y Limarí estaban deseosos de venganza de los españoles, por el daño, que de ellos habian recebido. Y viendo que los vecinos de la ciudad de Santiago de Mapuche estaban ocupados en sacar oro, y en las demas cosas, que habemos dicho, y que en la batalla pasada habian muerto al capitan Juan Boon con cuarenta españoles, aunque con pérdida de ochocientos indios de su parte, segun queda referido en el capítulo inmediato a este, les pareció que podian acometer otra cualquier empresa contra los cristianos. Con esperanza de victorias partieron luego mui orgullosos para dar sobre la ciudad de la Serena, donde los españoles estaban mui descuidados por no haber llegado a su noticia la matanza que los bárbaros habian hecho en los cuarenta cristianos, respecto de no haber quedado hombre dellos que pudiese dar la nueva mas que algunos yanaconas que no llegaron a tiempo. Estando, pues, cerca de la ciudad acometieron una noche con grande estruendo, dando sobre los españoles al tiempo del mas quieto sueño tomándoles las puertas de las casas de suerte que no se pudieran juntar ni poner en defensa, y así los mataron y prendieron a todos sin perdonar hombre escepto un soldado que se llamaba Juan de Cisternas, y un compañero suyo que tuvieron reportacion para evadirse, y al fin aportaron a la ciudad de Santiago donde dieron la triste nueva. Habiendo pasado la noche en que hicieron este estrago, y llegado el dia que lo descubrió claramente, juntaron los bárbaros algunos españoles, que habian tomado vivos; y los niños pequeñitos con sus madres y las demas mujeres, y a todos los despedazaron rabiosamente con grandísima crueldad, como si fueran tigres o leones. A las criaturas las mataban dando con ellas en la pared, a las madres con otros tormentos mas intensos, y a los hombres empalándolos vivos, y era tan desaforada su zaña, que porque no quedase rastro de los cristianos mataban con extraordinario modo, a los perros, gatos, gallinas, y semejantes animales, que habian metido los cristianos en el reino;

finalmente hasta las camas en que dormian las quemaron todas, haciendo pedazos la vacija, y luego pusieron fuego por todas partes a la ciudad; y no pararon hasta que no quedó rastro della. Despues de haber puesto fin al incendio y ruina, se dividieron los indios, yéndose cada cacique a su tierra, con mucho contento en haber hecho aquel daño, y venganza contra los españoles; los cuales la tomaron dellos mui por entero, ántes de pasar mucho tiempo; porque sabido el suceso por el gobernador Francisco de Villagran en la ciudad de Santiago, despachó desde allí una fragata con los capitanes Diego Maldonado, y Estévan de Sosa con treinta hombres que desembarcaron en el puerto de Tongoi y caminaron a pié siete leguas hasta la ciudad arruinada, donde hallaron mas de quinientos gastadores deshaciéndola toda, y la fortaleza que allí habian hecho los nuestros. Trabóse allí batalla tan reñida, que en trece dias que allí estuvieron, no hubo alguno en que no peleasen; porque como los bárbaros vian a pié a los españoles se atrevian sin recelo, y mataron dos dellos.

En este tiempo el capitan Francisco de Villagran venia por tierra desde Santiago hasta la ciudad quemada, para edificarla, y traia consigo treinta hombres de a caballo, aunque se volvió del camino, enviando quince de a caballo, que se juntasen con los demas, que habian venido en la fragata, y mandó al capitan Diego Maldonado, que se quedase allí haciendo la guerra. Venido el gobernador, por la mar a la ciudad de Santiago, envió al capitan Francisco de Aguirre a poblar y reedificar aquella ciudad; el cual lo hizo, y despues fué con los once de a caballo al valle de Copiapó; donde acababan de matar a los cuarenta con el capitan Juan Boon; y habiendo hecho el debido castigo, lo dejó todo llano y puesto en órden. No dejaré de apuntar aquí como los indios deste valle decian ser los cristianos trece, como quiera que ellos no fuesen mas que doce con el capitan, lo cual no deja de ser indicio, de que andaba entre ellos algun ánjel o el glorioso apóstol Santiago. Despues de haber estado estos indios de paz algunos dias se quisieron tornar a rebelar estando entre ellos un español llamado Cristóbal Martin que les ordenaba las cosas en que habian de servir, y por aviso de una india que él tenia supo que lo querian matar. Y se anticipó yendo a la ciudad, donde avisó dello y se volvió al valle con jente, que castigó a los caciques y señores, y algunos capitanes y otros indios, con cuyas muertes nunca se han tornado a rebelar, por haber sido bravo el castigo, que hizo en ellos el capitan Francisco de Aguirre.

CAPITULO XXVIII.

De como fué reedificada la ciudad de la Serena; y cómo tomó posesion del gobierno del reino de Chile el capitan don Pedro de Valdivia.

En el interin que esto pasaba, el gobernador Valdivia estaba en el Perú desterrado por el presidente Gasca, por las calumnias que le habian impuesto. Pero habiendo el presidente hecho bastante escrutinio, y

sacando en limpio la vervad dejó volver libremente al gobernador a este reino dándole una galera, en la cual llegó a pocos dias despues de destruida la ciudad de la Serena. Luego que llegó al puerto del Guasco, que está veinte y cinco leguas ántes de Coquimbo, mandó saltar en tierra al capitan Diego de Oro con tres españoles que se anticipasen, para prevenir el recebimiento que se le debia como a nuevo gobernador. Caminó este capitan de noche por evitar el calor del sol que ardia mucho; y ya que estaba junto a la ciudad encontró con un escuadron de enemigos, los cuales como vieron, que los españoles venian a pié, dieron sobre ellos con bravo ímpetu, por acabarlos como a los demas del pueblo. Pero los cuatro fueron tan esforzados que no solamente se defendieron, peleando gran rato de la noche; pero tambien mataron muchos bárbaros, quedando finalmente dos dellos muertos en la refriega, de la cual procuró escabullirse el capitan Diego Oro con el compañero que le quedaba. Para esto les ayudó mucho la obscuridad de la noche, con que se metieron en una arboleda áspera, que estaba cerca; donde no fueron tan presto descubiertos de los enemigos, y así los hubieron de dejar sin hacer en buscarlos mucha instancia. Cuando los dos vieron que los bárbaros se habian recojido tomaron luego el camino de la ciudad de Santiago, invocando al Señor que los ayudase; el cual no despreció sus oraciones dándoles fuerzas para entretenerse en la montaña.

De allí a pocos dias llegó el gobernador Valdivia al puerto que estaba dos leguas de la ciudad quemada, y como vió que no parecia el refresco y caballos, que habia enviado a pedir con los cuatro hombres tuvo al principio mala sospecha, y mayor despues, por la demasiada dilacion de la jente que esperaba, y para descubrir alguna novedad envió otros cuatro hombres a que lo pesquisasen, y trajesen caballos, y lo demas necesario, para ir desde el puerto a la ciudad de la Serena. Cuando llegaron éstos a vista de la ciudad, luego echaron de ver la desventura; porque con haber mas de veinte dias que habia pasado el incendio, estaba todavía humeando; y era tanta la fuerza del humo, que estaba todo el aire como aneblinado calijinoso. Visto el desastrado espectáculo, dieron todos cuatro sin dilacion la vuelta a toda priesa hasta informar al gobernador de lo que pasaba. Sintió esto Valdivia íntimamente, y para poner algun remedio, envió al capitan Jerónimo de Alderete, con treinta arcabuceros que mirasen por menudo todo lo que pasaba llevando mucho recato, para no dar en alguna emboscada. Salió Alderete a ejecutar este mandato. Y halló tan destrozada la ciudad, o por mejor decir, no halló la ciudad, ni aun piedra sobre piedra; y juntamente descubrió la matanza de los cristianos, y todo lo concerniente al motin de los bárbaros: y con prudencia de buen capitan mandó disparar una rociada de arcabucería, cuyo estruendo oyeron los dos soldados que habian escapado de la refriega, y estaban en aquel boscaje, y conociendo ser españoles los que disparaban las escopetas salieron con gran regocijo como jente, que estaba en tal aprieto en aquella espesura mui flacos y desfigurados, teniendo

por momentos la muerte al ojo. Informado Alderete mas en particular de todo el caso envió dos hombres que diesen al gobernador aviso dello; los cuales fueron con brevedad, y le contaron el caso de la manera que habia sucedido. Quisiera mucho Valdivia hacer luego el debido castigo en los bárbaros de aquellos valles, pero no pudo por falta de caballos, que es el principal requisito que hai en la guerra contra esta jente. Mas ya que no pudo efectuar esto mandó luego que se enterrasen los cuerpos de los difuntos en la que solia ser iglesia, la cual aunque estaba arrasada con el suelo en fin era lugar sagrado. Hecha esta dilijencia, salió el gobernador del puerto con la galera y navío navegando hácia Valparaiso, que es el puerto de la ciudad de Santiago con determinacion de enviar luego jente que hiciese el castigo en los malhechores. No tardó muchos dias en llegar a donde llevaba la proa, con gran regocijo de todo el pueblo cuyos moradores y en particular los de mayor cuenta salieron al recebimiento con la mayor solemnidad, que el caudal de cada uno permitia. Lo primero que trató en tomando la posesion de su gobierno fué dar traza, en que fuesen algunos soldados a castigar los indios que habian asolado a la Serena Para lo cual despachó al capitan Francisco de Aguirre con ménos jente de la que él tenia determinada, porque supo haber ya partido al mismo efecto el capitan Cristóbal de Sosa, y el capitan Maldonado, el uno por mar y el otro por tierra; y así mandó a Francisco de Aguirre, que se aunase con ellos, y no volviese hasta haber hecho un severo y memorable castigo.

Despues desto descansó algunos dias comunicando con el maestre de campo Villagran las cosas que habian pasado en su ausencia y estando bien informado de todo aguardó un dia que salian todas las personas principales de misa y cojiéndolas a la puerta de la iglesia, les hizo una plática; donde les significó cuan grato estaba a los caballeros que en su ausencia habian manifestado la amistad que le tenian, entremetiendo promesas y ofertas así a estos como a los que traia consigo, y juntamente dijo algunas palabras preñadas dando a entender que no se descuidaria en hacer el debido castigo en los mal mirados, hasta cortar la cabeza al que lo mereciese, y del proceso de sus palabras se colijió estaba informado de que algunos se le habian mostrado contrarios en ausencia. Habiendo hablado largo rato acerca desto les mostró las provisiones que traia del presidente Gasca por las cuales en nombre de su majestad le nombraba por gobernador y capitan jeneral, y con esto dió fin a su razonamiento. Y para comenzar a ejercitar el oficio mandó reedificar luego la ciudad de la Serena, cometiendo esto al jeneral Francisco de Aguirre; el cual lo efectuó, con grande exaccion y castigo a los indios culpados, tan severamente que hasta hoi no se han tornado a rebelar. Por otra parte deseaba el gobernador conquistar las provincias de mas arriba, adonde habia ya llegado ántes de ir al Perú, aunque no pudo conseguir su intento, por ser mui poca la jente que llevaba, y los indios innumerables. Y aunque a esta sazon tenia quinientos españoles, y gran suma de caballos que se vendian a dos mil pesos cada uno

con todo eso no se contentó con solo este aparato, teniendo por cosa expediente aumentar el ejército, y poblaciones con mas jente venida del Perú; para lo cual envió personas que la trajesen como se dirá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXIX.

Del viaje que el maestro de campo Francisco de Villagran hizo al Perú, a juntar jente para este reino.

El deseo con que Valdivia anhelaba el aumento de estas provincias le movió a quitar de sí la persona mas esencial que tenia en Chile que era Francisco de Villagran, por ser el que mas exactamente podia mover los ánimos de los españoles que estaban en el Perú a venir en su seguimiento, y traerlos con mayor comodidad que otro alguno de sus capitanes. Obedeció Villagran al gobernador poniéndose en camino para efectuar lo que pretendia, y dióse tan buena maña, que en breve tiempo acabó su curso, y recojió doscientos y cincuenta hombres, los mas lucidos, y aun . . . . . que habian entrado en Chile hasta entónces. Deste número fueron don Miguel de Velasco, hijo de Martin Ruiz de . . . . yerno del condestable, casado con . . . . . . natural suya, y cabeza de bando en . . . . . . Gabriel de Villagran, tio del mesmo. . . . . Pedro de Avendaño: Garcia de Alvarado . . . . . . de Alvarado, naturales de la villa de . . . . Diego Ortiz de Gatica veinte y cuatro de . . . . rez de la frontera: Juan de Figueroa: y Fernando de Morga, naturales de Cáceres, ... Fajardo de Andujar; Juan de Mati . . . . Calindres: y el capitan Alonso de Reinoso . . . . . nombró por maestre de campo, como lo . . . . despues en este reino muchos años, y . . . . mente por Alferez jeneral a Rodrigo . . . . noco persona en quien concurrian los requisitos correspondientes a tal cargo. Para despacho, y a . . . . . . este ejército se ofrecieron muchos mercaderes a dar el dinero y armas necesarias a trueco de que los trajesen a Chile dejando lo que en el Perú tenian entablado, y aun adquirido, por haber muchos de ellos, que tenian veinte y treinta mil pesos de caudal posponiéndolo todo con la pretension de que habian de hallar por acá montes de oro aunque despues se hallaron desengañados, o por mejor decir engañados, los pocos que llegaron con el pellejo pues la mayor parte de ellos murieron por esos caminos con el rigor del yelo, hambres y calamidades, y algunos al pasar los rios en que bebieron demasiado sin hartar la insaciable sed con que ardian, no contentándose con las haciendas, que Dios les habia dado segun la sentencia que el mesmo dice: que no se harta el ojo con lo que vé ni el oido con lo que oye. Con esta expedicion fué el ejército marchando por los Charcas, tomando el camino que está de esotra parte de la cordillera, la cual dejaron hácia el poniente para ir descubriendo nuevas tierras.

Estaba a esta sazon el capitan Juan de Santa Cruz haciendo jente en los Charcas para el reino de Tucuman por órden del gobernador

Juan Nuñez de Prado, y licencia del presidente Gasca. Y aunque Villagran tenia mandato del mesmo presidente que no pasase por el distrito en que este capitan estaba, con todo eso como se vió léjos de quien lo habia mandado, no quiso torcer su camino, y así fué tan frustrado el intento del presidente que los soldados que tenia ya Santa Cruz debajo de su bandera se salieron della por meterse en la de Villagran dejando la de Santa Cruz, no porque la cruz de su estandarte fuese ménos santa que la de Villagran, sino porque era la otra mas dorada, y tenia el accidente que muchos hombres ponen ante los ojos en primer lugar. De suerte que aun el mesmo maestre de campo de Santa Cruz la desamparó, y aun. . . . los soldados por fuerza enviándole en. . . . . calzon, y sin sombrero habiendo pocas horas . . . . le quitaba la gorra hasta el suelo. Mas . . . . cortar el hilo a esta materia por no engolfarme en tratado de exorbitancias y desafueros . . . . . las deste viaje, que harian tan largos . . . como él lo fué, con todo eso no se . . . . dejar de tropezar en algunos, que se . . . . dó en el camino: cual fué sacar . . . . . . muchos indios presos en collera de . . . . llamada Caramachica en pago . . . . extraordinarios regalos con que habian hospedado al ejército por espacio de veinte dias recibiéndolos con arcos triunfales, y el suelo cubierto de yerbas, y flores enramando aun . . . . las paderes de las calles por donde habian de pasar y desvelándose en aparejar gran suma de mantenimientos para el resto de su camino sin dejar en casa de las necesarias para su regalo . . . . aderezar los caminos por donde pasaban haciendo ramadas en que descansasen, teniendo . . . . . . muchas cargas de maiz, venados, codornices, y otras aves, y muchos linajes de pescados. Y destas y otras semejantes obras hacian muchas los españoles a los indios infieles llevándolos presos fuera de sus tierras con cincuenta libras de carga cada uno, y algunos mas de ciento en lugar de aliviarles el yugo de la in . . . . . , y darles buen ejemplo para aficionarlos a la lei de Cristo. Y para echar el sello a tan galanas hazañas mandó Villagran hacer otra que no se podia esperar de los mismos bárbaros, y fué que la noche de su partida se pusiese incendio a la casa del cacique llamado Lindo, donde se quemó él con su mujer, hijos, y criados, sin haber otra ocasion mas de parecerle que la atrocidad de sacarle del pueblo ochocientos indios en cadenas dejando solas a sus mujeres y hijos, le habia de provocar a tomar venganza mayormente viendo tal remuneracion a tales obras como él y los suyos habian hecho al mesmo Villagran, y todo su ejército. Desta manera fué quemado el cacique Lindo cual otro Alejandro Milesio por mano de los Laurentes en tiempo de Sila. Pero aquel señor que lo vé todo de lo alto, y ha de venir a juzgar al mundo por fuego ultra del castigo que reservó para el dia de la cuenta, lo comenzó a ejecutar luego por nieves y llamas; porque al pasar de un páramo, murieron los ochocientos indios, y mas de otros doscientos que venian del Perú, por el poco abrigo, y mucha carga que traian a causa de haberlos cojido de repente. Y así se quedaron las cargas tendidas

por aquellos campos, y las llevaron los españoles a cuestas mal que les pesó cargándose tambien de las cadenas para tornar a cojer indios, y meterlos en ellas. Dejo aparte el peso y cadenas que llevaban en sus conciencias sin querer doblegar, y humillarse con él, por mas que les era duró tirar coces contra el aguijon. Y para que se viese que esta mortandad no fué acaso sino con particular providencia del cielo quiso Dios que todos estos indios muriesen dentro de hora y media en medio del yelo, y poco despues sobrevino el castigo de que fué ejecutor el fuego, como se verá en el capítulo siguiente.

Llegado el ejército al gran rio Tucuman asentó las tiendas a su orilla de donde salieron veinte hombres con don Pedro de Avendaño a correr la tierra. Vino esto a oidos de Juan Nuñez de Prado, jeneral de aquella provincia, el cual se halló mui perplejo no pudiendo rastrear que jente pudiese ser aquella de que le daban relacion los indios. Y para sacar esto en límpio salió de noche con treinta hombres de a caballo enviando por delante al capitan Juan Nuñez de Guevara, que era valentísimo, y mui determinado, a reconocer la jente de aquel alojamiento. Fue este capitan a pié y solo, y llegando a las reales se puso a escuchar la conversacion de ciertos soldados por la cual entendió ser Villagran la cabeza de todo el bando, y sin temor ni recelo se fué metiendo por entre la jente sin querer decir quien era por mas que se lo preguntaban. A este tiempo llegó el jeneral Juan Nuñez de Prado, y dió arma por todas partes con cuyo estruendo se alborotó el ejército y salieron los soldados de sus tiendas para ponerse en defensa. Y fué tanto el ánimo, y astucia del capitan Guevara que dió voces a Villagran para que respondiese pensando ser soldado suyo el que lo llamaba, como en efecto respondió diciendo, quién me llama? entónces el Guevara cerró con él y le echó mano diciéndole: sea Ud. preso en nombre de su majestad y del jeneral Juan Nuñez de Prado; no se turbó Villagran con esto; ántes asió la guarnicion de la espada del agresor, y anduvieron luchando por un rato hasta que llegaron soldados de ambas partes trabando una gran refriega; donde apenas se discernian unos de otros, y así se salieron los treinta sin lesion alguna habiendo muerto algunos caballos, y atropellado lo que pudieron. Venida la mañana fué Villagran con ochenta hombres sobre la ciudad a vengar la injuria, pero saliendo al camino un relijioso que se le puso delante con un Cristo en las manos reprimió el ímpetu de su cólera como a David con el encuentro de Abigail y su presente, y así se reconciliaron los dos jenerales y se festejaron algunos dias.

CAPITULO XXX.

De la entrada de Villagran en Chile, con jente española.

Llegados a la provincia de Mugalo, dijo un indio a Villagran que estaba ya cerca de los pulches, que era abundantísimo de todo; dijo tambien que estaban adelante otras muchas provincias fértiles y ricas,

las cuales con el tiempo se han ido descubriendo. Oida la relacion del indio, le examinó el jeneral mas en particular, y le mostró un pomo de espada de oro fino preguntándole si en aquellas tierras había cosa como aquella; a lo cual respondió ser gran suma de oro la que habia, ofreciéndose a hacer bueno todo lo que habia dicho, y pidiendo al jeneral que le mandase llevar en prisiones, para que si saliese mentira se hiciese en él el debido castigo. No fué pequeño el desabrimiento que Villagran recibió, pareciéndole que los suyos habian de alborotarse con la nueva y pretender gozar de aquellas tierras torciendo el camino que llevaban al lugar a donde él tenia su direccion, pensando ser cierta la nueva de la muerte de Valdivia; a quien tenia por cierto que sucederia él en el oficio de gobernador de todo el reino. Y por esta causa persuadió a toda su jente ser mentira cuanto el indio decia por divertirlos de la codicia en que los habia puesto; y pareciéndole que los desvelaria mas eficazmente con averiguar que eran embustes propios de indios, quiso probarlo con darle el castigo que mereciera si ya lo tuviera convencido de mentira, y aun mayor mandandole quitar la vida sin ser parte para impedirlo los ruegos de todos los de su ejército; de los cuales no faltaba quien le encargase la conciencia, intimándole que aun cuando hubiera cojido al indio en mentira era rigor excesivo, y desafuero indigno de la autoridad de su persona. Finalmente el indio fué muerto por su mandado añadiéndose esta crueldad a las pasadas, y abriendo camino a otra siguiente que diré luego; pero si [c] ambicion y codicia se unen para tirar de un corazon nunca deja de brotar semejantes espinas. ¿Qué Herodes dejó de matar a los inocentes? Qué Jugurtha a sus hermanos? Qué Absalon a su mesmo padre, ya que no en el efecto a lo ménos en el afecto con que acometió a ello? y concurren estas dos pasiones desordenadas del apetito de mando y de dinero; o ¿qué Vitoldo dejó de echar a los perros los miserables hombres condenados? Digo esto por engazar el hecho que diré con el precedente, aunque ellos de suyo son tan uniformes como orijinados en una misma oficina. Sucedió pues el dia siguiente que hubieron a las manos a otro indio, al cual mandó el jeneral llevar a su presencia, y le examinó con mui particular escrutinio sobre semejente materia a la referida: mas el indio estuvo a todas sus preguntas tan mudo como si naturalmente lo fuera sin que sus industrias, regalos, y amenazas fuesen de algun momento para desquiciar al indio de su silencio: tanto que hubo de procederse a mas rigor dando al indio excesivos tormentos hasta dejarle tendido en el suelo como muerto; y para experimentar si realmente lo estaba le mandó el jeneral echar un feroz perro, que embistiendo en él le atravesó un brazo con los dientes sin que él moviese los suyos trastravillados, ni la lengua constantemente enmudecida. Mas como le desamparasen como a difunto, y él viese a los verdugos algo apartados levantóse con viveza de onza, y dió a correr con lijereza de venado. Y como a tal le echaron de nuevo al perro ya cebado en él y fueron en su seguimiento algunos de acaballo por

órden del jeneral, los cuales dieron ménos alcance a su corrida que el mesmo jeneral a su silencio. En resolucion, cuando vinieron a perderle de vista se hallaron dos leguas del sitio de donde partieron sin poder pasar adelante de puro cansados no lo estando el atormentado que dejaron por muerto. La admiracion en que a todos puso este espectáculo fué la mesma que tendrá el lector: y el andar echando juicios entre sí sobre las causa desto fué tan inútil que dejándome de proseguirlo pararé en solo una pregunta al autor destas hazañas. Al cual rogara yo que me dijera: en que estuvo el pecado destos indios? en hablar, o en callar, si en callar, porqué mató al primero? si en hablar por que hizo lo mesmo con el segundo? mas al fin lo que yo conjeturo es que este último no debia de ser hombre sino algun espíritu en su figura enviado o permitido por Dios para justificar su causa cuando ante su tribunal se diese por excusa de la crueldad el haber hablado el primer indio.

Otro caso sucedió a cabo de pocos dias en diferente materia que esta; i fué que estando asentados los reales en cierto lugar, no mui cómodo le pareció al maestre de campo Alonso de Reinoso estando el jeneral ausente; que seria bien mudarlo a otro sitio mas oportuno, y así lo hizo señalando a cada uno el lugar donde habia de asentar su tienda. Parece ser que a Rodrigo Jinoco, que era alferez jeneral, no le cuadró el sitio que le señalaron, y con esta ocasion dijo al maestre de campo estas palabras: Señor maestre de campo yo no tengo necesidad de que Ud. me prescriba el lugar donde tengo de alojarme, que yo como alferez mayor que soi me pondré donde me diere gusto. Destas palabras vinieron a otras mayores, y de una en otra cundió apriesa la sizaña, como es costumbre donde quiera que a los principios no se atajan las ocasiones, hasta venir a las manos. A este ruido acudieron muchos poniendo mano a las espadas haciéndose al bando del maestre de campo; y viendo el alferez los que cargaban sobre él, dijo en alta voz: donde estan mis amigos? como en tal tiempo me faltan todos? oyendo esto un soldado salió diciendo a voces: traicion, traicion, en el campo del jeneral mi señor. Este soldado fué a toda priesa a dar noticia del caso al jeneral que andaba paséandose a la ribera de un rio allí cerca; el cual oyendo la nueva dijo a un hombre que con él estaba, llamado Juan Sanchez de Alvarado que fuese luego a decirle al maestre de campo que si el alferez se habia en algo descompuesto con él le cortase luego la cabeza sin aguardar a que él viniese. Y si el maestre de campo no quisiera cortarsela, lo hiciese el mesmo Juan Sanchez que llevaba el recado. Llegó pues este mensajero, y hallando el campo alborotado, y al alferez preso se fué para él con tanta avilantez y denuedo, cuanto se puede presumir que tomaria de las palabras del jeneral; y asi dijo él algunas al alferez harto pesadas; a las cuales respondió él otras semejantes, dándole a entender cuan mal término era el tener pico contra uno que no tenia manos pues estaba preso. Estuvo tan léjos de refrenarse el mensajero, que ántes sintiéndose agraviado desta respuesta le dió una

lanzada dejandole mal herido. A este tiempo llegó el jeneral sabiendo de raiz el negocio, mandó que el alferez se curase sin salir de la prision; y estando ya sano de la herida trató de ejecutar su intento. Mas porque sabia que su tio Gabriel de Villagran era amigo íntimo del alferez dió traza en que un dia saliese a correr el campo con algunos otros señalando para ello, a todos los que eran amigos del alferez sin dejar ninguno en el real, por hacer su voluntad mas a su placer sin impedimento. Apenas hubieron salido cuando mandó que el alferez se confesase, y le diesen luego garrote sin ser bastantes para ablandar su rigor los ruegos de muchos caballeros de su campo; desta manera acabó sus dias Rodrigo Jinoco. Cuando Gabriel de Villagran y los demas volvieron al real y supieron la matanza del alferez tuvieron grande enojo, y se dejaron decir muchas palabras de pesadumbre contra el jeneral; pero como a la cosa hecha no hai remedio, y mas cuando es muerto cesó todo el rumor en breve tiempo. Hecho esto fueron prosiguiendo su camino hasta llegar al sitio donde está agora poblada la ciudad de Mendoza la que fundó el virey, que es agora del reino del Perú don Garcia Hurtado de Mendoza marques de Cañete y por ser aquel sitio apacible y abundante de mantenimientos, hicieron alto los españoles en él. Donde fatigados del calor que suele ser recio fabricaron unas casillas pequeñas; para las cuales se halló buen aparejo pasando desta suerte algun tiempo. Estando en este alojamiento sucedió que un dia se prendió fuego en una casa y fué cundiéndo tan lijeramente que los abrazó con todo lo que habia dentro sin dejar alhaja que no se quemase; quedando todos desnudos, y con pérdida de muchas riquezas, que del Perú habian sacado; tanto que de los caballos que traian se quemaron algunos. No se yo si en esta coyuntura se acordaron ellos de lo que poco antes habian hecho o por mejor decir hizo su jeneral, que mandó poner fuego en la casa del cacique, llamado Lindo, que tanto los habia regalado sin debérselo, quemándolo a él dentro de su casa. Yo a lo ménos bien me acuerdo dello, y el señor del cielo no se olvida.

CAPITULO XXXI.

Como el gobernador don Pedro de Valdivia fué a descubrir las provincias de Arauco donde tuvo una famosa batalla.

Desde el primero dia que los españoles entraron en esta tierra de Chile siempre fué su principal intento ganar los estados de Arauco, y Tucapel por ser los mas principales de Chile, asi por la hermosura; i fertilidad de la tierra, como por la grande abundancia de oro que hai en sus minas, y aunque diversas veces lo habian intentado, como se dijo arriba, siempre se volvian ántes de llegar a donde deseaban por no ser menor la ferocidad y valentia de la jente araucana y tucapelina que su riqueza y abundancia. Y por esta causa habia puesto el gobernador tanta dilijencia en que entrase a este reino mucha jen-

te española, teniendo siempre ante los ojos esta conquista, para lo cual juntaba siempre los mas soldados que podia. Y asi cuando se vió con razonable número dellos lo puso por obra el mesmo dia que acabó de sanar del pié comenzando a tratar desta jornada. Dejando pues la ciudad de Santiago bien fortalecida con todos los vecinos y mineros y otros moradores, salió con mas de trescientos hombres escojidos, y fué marchando hasta llegar a un puerto de la provincia de los paramocaes donde estaba un caudaloso rio; el cual pasaron todos en balsas que hicieron de enea. Poco adelante mandó el gobernador hacer reseña de su jente, y nombró por su teniente de jeneral a Jerónimo de Alderete, por maestre de campo a Pedro de Villagran i por capitan de la guardia a Jerónimo de Barahona, y alferez jeneral a Juan de Zamano, sin nombrar por entónces otros capitanes, por haber entre su jente muchos que lo habian sido en Italia, el Perú y la nueva España.

No estaban los enemigos dormidos en este tiempo, porque de muchos años ántes estaban persuadidos a que los españoles habian de hacer aquella conquista; pues habian visto que su designio no era otro sino gobernar toda la tierra; y asi estaban prevenidos habiéndose comunicado y concertado todos los de aquellas provincias, como son la de Nube; Itata; Renoguelen; Guachimavida; Mareande; Gualqui; Penco; y Talcaguano. De suerte que apenas habian salido los españoles de la ciudad de Santiago cuando ya los bárbaros tenian noticia dellos cuya entrada les hizo poner luego en armas, acudiendo todos a una a oponerse a ellos haciendoles resistencia; y para proceder con mejor órden en su defensa; trataron ante todas cosas de elejir cabeza de todo su ejército, que tuviese absoluto gobierno de toda la jente; aunque eran de diversas provincias. Para esto pusieron los ojos en un indio llamado Aynabillo, hombre esforzado, y de gran prudencia esperimentado en cosas de guerra y gobierno. A este cometieron el plenario dominio, y potestad de mandar en toda la tierra sin aguardar parecer de nadie: y para hacer guerra no solamente a los españoles, pero aun a los mesmos indios, en caso que entre ellos hubiese algun alboroto, o sizaña. Y como a tal señor le fueron todos a mochar, que quiere decir adorar, con las ceremonias que ellos usan poniendole cierta insignia en la cabeza, y un cinto ancho por el cuerpo; cuyos cabos besaron los principales, que entre ellos es lo mismo que besar la mano. Luego que Aynabillo fué electo, mandaron aviso dello por toda la tierra, notificando a todos su eleccion y ordenándoles que acudiesen a la guerra, y mui en particular a los bravos araucanos y tucapelinos, que estaban veinte leguas de aquel lugar, donde él fué electo. Fué tanta la jente que acudió a su mandato que llenaban los campos de suerte que todo parecia poblado sin distincion en la que eran campo y pueblos.

Ultra desto mandó pagar sueldo a todos los indios, que estaban desparramados fuera de los pueblos si quisiesen venir por paga como en efecto vinieron muchos, asi por tirar sueldo como por que tambien les iba su propio interes, y libertad pues era comun a todos la defensa.

Con esto juntó en campo mas de cien mil hombres y mas de otros cincuenta mil, que acudieron al tiempo de la necesidad, y refriega; los cuales venian bien armados y a punto de pelear, arriesgando sus vidas. Las armas que traian los mas eran unas lanzas mas largas que picas con unas puntas de cobre en lugar de acero; otros traian lanzas medianas, y otros las que en su lengua llaman macanas de que tratamos arriba, otros traian dardos, y otros finalmente usaban de armas de diversas maneras hechas a su modo. Toda esta jente era fortísima y membruda, y no ménos arrojada que valiente: traia por teniente jeneral a Villineo indio de estraordinarios brios, y por sarjento mayor a Labapie: capitanes eran Pangue, Curilemo, Millequino, Chibilingo, Lupin, Lebonbin, Alcan, Paraygnano, Pilquenlovillo, Nabacon, Albinquilapello, y otros de mucha estima. Ya que estos bárbaros estaban aprestados para dar la batalla, distribuyó nuestro gobernador su jente en escuadras poniendo por capitanes a don Cristóbal de la Cueva, Francisco de Castañeda, Francisco de Herrera Sotomayor, Pedro de Peñalosa, y Juan de Cabrera; y asi mismo puso en órden un buen número de indios que llevaba consigo de los pueblos conquistados; cuyo capitan era el famoso Michimalongo, que habia sido capitan jeneral del ejército contrario a los mesmos españoles ántes de estar la tierra asentada, pero como habia algunos años que estaba ya pacifica, servian los indios a los españoles no solamente de sacar oro y lo demas arriba dicho, sino tambien de coadjutores en la guerra contra los indios que estaban adelante, cosa no poco notable, mayormente siéndolo con tanta fidelidad, sin hallar jamas traicion en alguno dellos.

Ya que los dos campos estaban aprestados para pelear, acordaron los enemigos de dar la batalla de noche pareciéndoles que desta manera eran ellos mejores: y asi acometieron con bravoso ímpetu a los nuestros: los cuales no fueron perezosos en salirles al encuento, todos a caballo con lanzas y adargas; donde se trabó la batalla, de tal suerte que parecia dia de juicio; asi por la voceria de ambas partes como por el estrépito de las armas, y ruido de los furiosos golpes que sonaban. Anduvo desta suerte la cosa poco rato con grandes ventajas de parte de los enemigo, porque los caballos de los nuestros estaban mui tímidos con la noche y no osaban arrojarse, ántes hacian traicion, volviendo el cuerpo a cada paso. Comenzaron a desmayar con esto los cristianos, y retirarse poco a poco. El gobernador como hombre esperto e industrioso, dijo en alta voz: vergüenza, vergüenza de españoles; hablando cuatro palabras segun la premura del tiempo y lugar, mandó que a toda priesa se apeasen todos y peleasen a pié hasta morir o vencer, pues ni el aflojar era asegurar la vida, ni el acometer era arriesgarla mas de lo que ella se estaba. Y acudiendo con dilijencia el maestre de campo a disponer esto en cuanto daba lugar tal aprieto, volvieron a la batalla los españoles a pié, unos con lanza y adarga, otros con adarga y espada, y algunos con arcabuces pero todos con tantos

brios como si fueran contra jente ya vencida; tornándose a trabar la pelea con tanto coraje que perecia comenzarse en aquel punto. No era poca la obra que metia el buen capitan Michimalongo, animando a su jente en favor de los españoles, diciéndoles a grandes gritos: ca, soldados mios, demos tras estos araucanos en nombre de Santa Maria; lo cual todos hacian con valerosos ánimos y bravoso orgullo, flechando sus arcos y dando sobre los enemigos con no ménos fervor que los españoles. Grande rato de la noche anduvo la batalla con espantosa furia y sin aflojar punto de ninguna parte. Y aunque el capitan Valdivia echaba de ver la multitud de cuerpos muertos que estaban por el suelo y entendia ser de enemigos como lo eran; con todo eso mandaba a los españoles que matasen cuantos mas pudiesen, para que de aquella vez quedasen escarmentados. Y asi cada cual procuraba esmerarse en echar apriesa indios por tierra sin perdonar lance que le viniese. Acabo de grande rato comenzaron los indios a aflojar asi por el cansancio como por que veian la destruccion que en ellos se iba haciendo; la cual se echaba de ver por la diferencia que hallaban en el suelo, en que andaban peleando; pues de campo raso se habia tornado en escabroso barranco con los cuerpos muertos, y no menos resbaloso con la sangre que iba dellos y de los heridos. Con aste desmayo perdieron el tino, sin divisar cierto sitio que tenian señalado para tomar la huida si necesario fuese; y asi fueron forzados a pelear, y hacer rostro, aunque a mas no poder, y de mala gana. Sintiendo en ellos el gorbernador la cobardia, y dando una voz procuró que los nuestros se recojiesen a un lugar; porque habia rato que se habian esparcido: no porque él pretendiese que descansasen, sino para que estando juntos acometiesen con nuevo ímpetu y se hiciese mas obra. Acudieron todos a su voz puntualmente, y respirando tantico dieron de nuevo sobre los enemigos con acometimiento tan gallardo, como si fuera jente, que entraba de refresco. A este ímpetu pudieron resistir mui mal los bárbaros, por que tenian ya perdido el ánimo, y veian notable merma de su jente, asi por los que se habian muerto, como por haberse huido muchos por diversos rumbos, y asi comenzaron a flaquear y aun a descubrir su flaqueza todos juntos. Animó su desánimo a los españoles a echar el resto en pelear, apurando a los apurados e hiriendo mas a los heridos hasta hacerles dar la hiel, como dicen. Entónces ellos viendo ya el pleito mal parado aunque no atinaron con el lugar señalado para la huida con todo eso volvieron las espaldas todos a una sin ver por donde se iban hasta dar en un espeso bosque con tanto ímpetu que dieron con los árboles en tierra, y abrieron camino por la espesura sin mas artificio, ni instrumentos que la misma fuerza de la jente, que la iba rompiendo con sus mesmos cuerpos dejando abierto un camino de mas de dos mil pies de ancho. Entónces el gobernador viendo declarada la victoria; mandó tocar las trompetas a recojer, y postrándose en el suelo dió con los suyos gracias a Dios por tan insigne victoria, aunque brevemente por no detenerse en seguir a los enemigos, como se hizo

luego entrándose por aquel camino que ellos iban habriendo; el cual se iba regando con sangre de los heridos, asi en la batalla como en los mismos árboles, y espinos por donde iban rompiendo: y muchos que iban huyendo con heridas mortales se iban cayendo muertos en la huida. Este fué el fin de la batalla que como testigo de vista que se halló en ella, y peleó entre los demas que se han dicho, testifica el autor haber sido una de las mas memorables que en el mundo se han visto; porque vencer trescientos hombres a ciento y cincuenta mil dentro de su tierra, y mas siendo jente de mayores fuerzas que los españoles, y con las armas que se han dicho; y sobre todo siendo tan arriscados y animosos, cosa es que parece increible, sino fueran tantos los testigos, y el ver que la mesma cosa se lo dice, pues se ve hoi poblado este reino de españoles, que siendo en tan poca cantidad es argumento evidente de haber sido mucha ménos al principio. Y si estas cosas son de suyo causadoras de admiracion, que serán otras que con razon la pondrán mayor que las dichas; como fué el haber peleado dos mujeres que iban en el ejército que fueron las primeras castellanas que entraron en aquellos estados, la una dellas saliendo con un asador por medio de diez soldados, que estaban en su escuadra, y dando tras los indios, con tan varonil esfuerzo que mató seis dellos, hazaña tan insigne, y estupenda cuanto desgraciada en no haber muerto uno mas, porque si llegara a siete se pudiera igualar, con la que por milagro se cuenta de la Santa Forneira de portugal, que mató siete castellanos con una pala de horno. Esta matanzan que refiero es certísima, y la testifica el autor como testigo de vista; llamábase esta mujer castellana Beatriz de Salazar, la cual era casada con Diego Martinez soldado de este ejército cuya memoria está hoi tan viva en este reino como el primer dia.

No quiero hacer aquí lista de los españoles que en esta batalla pelearon, por no alargar este volumen, mayormente habiendo contado arriba algunos dellos, solo digo que todos se mostraron tan españoles, cuanto lo dice el efecto. Y es cosa de gran maravilla que de trescientos que eran murió solo uno en la batalla; y este no a manos de indios sino herido de un arcabuzaso que le dieron los nuestros por yerro andando la cosa revuelta, con haber muerto mas de diez mil hombres del campo de los enemigos, sin los heridos que fueron mayor número aunque esto tambien tocó a no pocos españoles, que salieron con heridas de que tuvieron que curarse largos dias, y no se tuvo por pequeña pérdida la de los caballos, de los cuales murieron treinta, pues en aquel tiempo no se podian recuperar con ningun dinero.

Sucedió esta famosísima batalla, y victoria un miércoles a 24 dias del mes de febrero del año 1550 en la provincia de Penco; junto al rio Andalien, cerca de los estados de Arauco, y dos leguas del sitio donde agora está la ciudad de la Concepcion de la inmaculada Madre de Aquel en cuyo nombre se consigue toda victoria, y cualquier otro bien que viene al hombre.

CAPITULO XXXII.

De la fundacion de la ciudad de la Concepcion inmaculada de la Madre de Dios i Señora nuestra.

Mui regocijados, y triunfantes quedaron los cristianos, con esta memorable victoria y mui obligados a Dios nuestro señor y a su gloriosa Madre y Señora nuestra, por haber ganado tal empresa por la invocacion suya; y por esta causa habiendo de fundar alguna ciudad en aquella tierra que iban conquistando, fueron todos de parecer que tuviese de nombre la Concepcion. Y para esto echó los ojos el gobernador al sitio mas apacible y limpio de enemigos, y juzgó por el mas cómodo un lugar que está en la provincia de Penco, junto a una bahía de mar mui hermosa, y para esto mandó que su campo fuese marchando hacia aquel puesto levantando con dilijencia los reales del lugar donde precedió la batalla; porque no sobreviniese alguna pestilencia con el aire corrupto y contaminado del mal olor de los cuerpos muertos; el cual facilmente pudiera inficionar la jente.

Habiéndo pues caminado dos leguas y llegado al sitio que está dicho, puso en ejecucion su deseo, edificando una pequeña ciudad con el título de la Concepcion de nuestra señora ayudándole no poco a ello los indios de la comarca, que venian a sujetarsele atemorizados de la batalla pasada. Con este ausilio edificó tambien una mediana fortaleza por ser aquella tierra de guerra, i diose priesa a poner la última mano ántes que le cojiese el invierno en la labor; lo cual fuera grande inconveniente para las muchas aguas, y nieves que en tal tiempo suelen venir en todas estas tierras.

Hízose en efecto la dedicacion de la ciudad a nuestra señora el primer dia del mes de marzo del mesmo año de 1550 usando de todas las ceremonias acostumbradas en semejantes fundaciones. Pero cuanto mas se iban asentando las cosas tanto mas iban sintiendo jeneral falta de mantenimientos, por no estar quietos los indios comarcanos. Y para el remedio desto envió el gobernador un barco grande y una galera que estaba en el puerto para que trajese vituallas, y lo demas necesario de una isla; que estaba enfrente de los Estados de Arauco, y Tucapel, metida en la mar cuatro leguas; la cual aunque pequeña por no tener mas de dos leguas de lonjitud, con todo eso se tenia por abastada de comidas, segun estaba el gobernador informado. Para esto envió a Juan Baptista de Pasten, que era jenoves hombre de buenas partes, y cursado en cosas de la mar y con él treinta soldados que sacasen los mantenimientos por la vía que pudiesen, los cuales se hicieron a la vela, habiendo primero hecho oracion, la cual el gobernados mandó se hiciese, como tambien el mismo hizo por el felice viaje y próspero suceso. Yendo esta jente costeando la tierra firme hasta ponerse a vista de isla; dieron en un puerto de Arauco, que está junto a un grande pueblo llamado Labapié y digo pueblo no porque sea fundado ni tenga

casas de propósito, sino porque en espacio de una legua de sitio viven mas de diez mil indios divididos por sus parcialidades con su particular cacique en cada una, conforme a la relacion que arriba queda hecha deste punto. Viendo esta coyuntura pareció a los españoles que entre tanta jente no podria faltar suficiente mantenimiento para recojer. Y asi se determinaron a salir a tierra para este efecto. Lo cual apenas fué sentido por los indios que vieron echar el batel al agua, cuando ya los indios hacian sus prevenciones para saltear a los que saltasen en su puerto.

Es costumbre entre indios araucanos y tucapelinos, en habiendo cualquiera novedad, darse aviso unos a otros; lo cual hacen poniendo faroles, que son unos grandes fuegos que levantan en alto grande humareda, con que dan a entender a los indios de mas adelante lo que quieren significar. De suerte que a ciertos trechos van poniendo estas candeladas; y asi en medio cuarto de hora se van dando aviso unos a otros por espacio de muchas leguas, cosa mui usada en las fronteras de levante y costa de Africa, como consta a todos los que por allí han estado. Desta manera se convocaron en esta ocasion los indios comarcanos; los cuales concurrieron sin dilacion con las armas en las manos, de manera que cuando los españoles pusieron los pies en tierra, ya estaban los indios mas cercanos puestos en órden para oponerseles. Pero por efectuar mejor su hecho, no quisieron resistirseles a la entrada, sino emboscarse en un lugar espeso de donde divisaban la jente que venia, y lo que iban haciendo en la tierra, para corresponderles ellos segun viesen que lo hacian. Los españoles se fueron metiendo por las moradas de los indios haciendo de las suyas, sin respeto a Dios ni a los hombres, no contentándose con robar los mantenimientos, sino tambien cojiendo las mujeres de los pobres indios por la fuerza; y haciendo otros desafueros semejantes: cosa cierto de gran ponderacion, y que descubre mucho la soltura de tal jente, pues en tal trance y coyuntura, no querian contentarse con lo necesario. Viendo los indios que estaban emboscados la insolencia y robos de los españoles salieron a ellos como perros rabiosos en el modo; y en la razon como hombres justamente irritados; y acudiendo a una acometieron con bravo ímpetu, y vocería. A este sobresalto no mostraron los españoles cobardía, ántes acudieron con mucho ánimo dejando la presa de las manos, y ocupándolas en los arcabuces, y espadas de suerte que se trabó una refriega harto furiosa. Sucedió que un mancebo, llamado Juan de Montenegro natural de Abila de Onliberos, o por no ser amigo de robar, o por sola providencia divina se eximió de sus compañeros, y subiéndose en un cerrillo, de donde pudiese divisar lo que pasaba en la campaña rasa, estaba vijilante como en atalaya; pero a punto que vió el encuentro que se tramaba comenzó a bajar de presa a dar socorro a los suyos, y al primer paso que dió por la cuesta abajo vió venir de la otra parte del cerro un gran escuadron de bárbaros que acudieron mas tarde por ser jente de tierras mas remotas; l

cuales si no fueran descubiertos antes de llegar a la batalla, sin duda cojian a los nuestros en medio cercándoles por todas partes, sin dejar hombre a vida. Como este soldado vió el gran número de jente que sobrevenia bajó a toda priesa dando voces para que se recojiesen los españoles a la marina, como lo hicieron, yendo retirándose poco a poco sin dejar de pelear, miéntras se iban recojiendo, finalmente cuando llegaron a embarcarse en los bateles, ya tenian cuatro hombres ménos, que habian muerto en la refriega, y al punto de embarcar llegó la jente de refresco con bravos alaridos tirando dardos i flechas, y crujiendo las hondas, que parecia rumor del dia del juicio, embarcáronse apriesa los cristianos aunque murieron otros tres dellos en aquel conflicto; saliendo casi todos los demas heridos. Y era tanto el coraje con que los bárbaros estaban encarnizados que se arrojaron al agua tras ellos tirando flechas, y dardos con no ménos palabras de oprobio, y afrenta llamándolos ladrones traidores, y embusteros sin cesar un punto de mover las manos y lenguas, hasta que los españoles estuvieron mui retirados de la playa: cuya medra fué sola esta en aquel puerto. Y pareciéndoles que aun todavia iban tras ellos tendieron las velas a gran priesa, poniendo la proa en la isla a donde eran enviados que estaba diez leguas de aquel paraje. Luego que surjieron cerca della concurrieron con gran tumulto los indios de ocho pueblos que en ella habia; los cuales como llegasen a la lengua del agua, i viesen unos hombres armados, y con barbas largas tan diferentes en todo de su traje, y aspecto, quedaron atónitos y embelesados, mirándolos como a cosa prodijiosa y nueva en el mundo. Procuraron los españoles desatemorizar y atraer a los indios hablándoles por medio de un indio intérprete, para representarles la necesidad suya; y de sus compañeros que estaban en Penco; los cuales padecian gran falta de mantenimientos; y así acudian a ellos a que se la remediasen. Apenas hubieron boqueado que venian los indios así hombres como mujeres cargados de comidas, sin quedar niño que trajese otra cosa que regalos hasta ponerlo todo en los bateles.

A este servicio no dejaron los españoles de dar el retorno que en semejantes ocasiones acostumbraban y fué que al tiempo de embarcar, y recojer las cargas que los indios les traian, los recojieron tambien a ellos, echando mano de los mas hombres y mujeres que pudieron, llevándolos forzados sin otra pretension, y utilidad ultra de no perder la costumbre de dar mal por bien, ni dejar de hacer de las suyas por no pasar por lugar donde no dejasen rastro de sus mañas. Verdaderamente todas las veces que me vienen a las manos semejantes hazañas que escribir me parece que esta jente que conquistó a Chile por la mayor parte della tenia tomado el estanco de las maldades desafueros ingratitudes, bajezas, y exorbitancias. Que habian de hacer los pobres indios que veian tal remuneracion de los servicios de sus manos sino emplearse en las armas acudiendo de presto a ellas y dando sobre los españoles, como toros agarrachando, braveando con tal furia, que parecia los

querian desmenuzar entre los dientes, como a hombres aleves y fementidos, que con tales halagos y trapazas les llevaban sus mujeres, hijos y parientes. Lo que resultó desta bonica hazaña de los españoles fué el quedar los indios tan escandalizados, que hasta hoi están de guerra; y el haber salido muchos dellos en balsas grandes de madera a correr la costa de la tierra firme dando aviso de las mañas de los españoles, para que se guardasen dellos como de hombres facinerosos y embaucadores: que no poca impresion hizo en los ánimos de todos los naturales de aquellas tierras.

En este interin llegaron los españoles de la galera al puerto de Concepcion, con el refresco tan bien recebido cuanto deseado aunque por alguna mescla de desabrimiento del gobernador así por los siete españoles que venian ménos, como por ver los indios que traian presos sin culpa suya: a los cuales quisiera luego restituir a sus tierras, y trató de ponerlo en ejecucion aunque se fué refriando, de suerte que dentro de tres dias quedó puesto en olvido como las demas cosas. Con esto se acabó de dar asiento a esta ciudad la cual está en 33 grados; cuyos primeros pobladores fueron don Cristobal de la Cueva el capitan Diego Oro, Juan de Cabrera; Bernardino de Mella; Hernando Ortiz de Caravantes, Hernan Perez, Diego Diaz y Luis de Toledo, los cuales tomaron posesion de las encomiendas de indios que el gobernador repartió entre ellos; ultra de otros hijosdalgo que tuvieron encomiendas, como fué Lope de Landa, Ortun Jimenez, Hernando de Guelva, y otros pobladores.

Tiene esta ciudad una hermosa comarca de quince leguas, es fertilísima, y mui llena de manantiales y rios; la bahía de mar es mui aparejada para pesquería, y dice el autor que vió por sus ojos echar la red, i sacar de solo un lance tres mil lizas de a ocho, y mas libras cada una. Es admirable puerto el desta bahía y mui capaz para un grueso número de naos, de las cuales se hacen algunas en aqueste lugar por haber gran aparejo de madera mui a propósito para esto. Cójese en esta tierra mucho vino y trigo, y muchas frutas, así de las traidas en semilla de España, como de las de la tierra: habia en esta comarca. . . . arriba de cien mil indios cuando se pobló, y al tiempo que esto se escribe, no hai diez mil, por los buenos tratamientos que los españoles les hacen, y las continuas guerras de la comarca. Despues acá se han ido juntando ciudades en toda la tierra de suerte que esta ciudad está en medio del reino, por lo cual se asentó en ella la audiencia real cuando la hubo en este reino, aunque despues se ha quitado de todo él. Ha sido esta ciudad mui desgraciada como se verá en el discurso de la historia, y nunca le han faltado guerras, estando hasta hoi en frontera de enemigos, siendo solos ciento y cincuenta españoles pocos mas o ménos los que en ella reciden de ordinario.

CAPITULO XXXIII.

De una famosa batalla que los indios araucanos y tucapelinos dieron a los españoles viniendo sobre la ciudad de la Concepcion.

Con la aspereza y rigor del invierno que por la mucha altura de la tierra es mui lluvioso; habia cesado el edificio del fuerte de la Concepcion; pero luego que entró el verano dió traza el gobernador en que se prosiguiese, ordenando que los españoles con sus manos trabajasen ayudándose de los yanaconas de servicio, y de algunos indios comarcanos que venian de paz aunque finjidamente y así en breve tiempo se acabó la obra que es mui necesaria para la defensa de aquella tierra.

Viéndose los indios de todo el distrito en sujecion tan inusitada en su patria no podian sosegarse ni contentarse hasta echar fuera a los españoles. Y para esto trataron mui despacio del negocio con los indios de Tucapel, y Arauco, comunicándoles sus intentos; y todos a una concordaron en que en ninguna manera convenia dejar arraigarse allí los españoles, sino querian verse toda la vida esclavos suyos, y aun peores. Con este acuerdo se juntaron mas de cien mil hombres, y como ya conocian a los españoles que no eran cosa del otro mundo, sino hombres mortales como ellos; iban tomando cada dia experiencia de como se habian de haber con ellos; y así pusiéronse en ejército, mui en órden, distribuyéndolo en cinco escuadrones de jente valerosa mui bien armada, y a punto de pelea. Y desta suerte salieron todos a una marchando por aquel campo con tanta órden que era espectáculo no ménos vistoso que espantable, porque demas del grueso número de jente ordenada y el rumor de sus instrumentos de guerra, a cuyo son iban marchando, habia mucho que ver en las armas, en cuyas puntas de cobre reverberaba el sol, i no ménos lucian los penachos que traian en las cabezas, puestos en las cimeras. Luego que los españoles sintieron su venida, trataron de ponerse en defensa, aprestando lo primero unas piezas de campo que tenian en el fuerte, y despues desto se pusieron los mas de los españoles a caballo, haciendo los de apié una manga de arcabuceros; todos los cuales estaban dentro de la fortaleza, sin salir hombre della segun el órden del gobernador.

Ya que los enemigos llegaban cerca del pueblo echaron por delante cinco mil indios lijeros que a todo correr precedieron el ejército, haciendo ímpetu sobre la ciudad con grande voceria y lluvia de piedras, y flechas que volaban por el aire, y habiendo hecho este acometimiento llegó poco despues el ejército mui en órden viniendo los tenientes en la vanguardia quedando los capitanes en la retaguardia, y el jeneral el último de todos, para mejor gobernar su campo, y tambien por detener a los que quisiesen volver el pié atras si sucediese ir de vencida. Apénas hubieron llegado a la ciudad cuando pusieron cerco a la fortaleza, combatiéndola por todas partes; pero como no tenian piezas, ni escalaban las murallas, era todo como echar armas al aire, y asi los es-

pañoles sin jénero de riesgo, peleaban a su salvo; y aunque el maestre de campo, y teniente de jeneral dijeron al gobernador que su señoría mirase que era grande infamia de los españoles pelear desde dentro en lo cual daban muestra de flaqueza, y ocasion a los enemigos de cobrar mas brios; con todo eso no quiso el gobernador que saliese hombre pareciéndole que los enemigos estaban mui industriosos, y el peligro era evidente. Desta manera anduvo la pelea un rato con grande esfuerzo de ambas partes: estando muchos españoles con tanta inquietud que les comian los piés por salir a lo raso, y mui en particular sentia estos estímulos el teniente jeneral Jerónimo de Alderete el cual no aguardando licencia del gobernador salió de tropel con su escuadra de a caballo, y dió con gran ímpetu en los enemigos. Viendo el gobernador el punto en que el negocio estaba, y que ya era forzoso el salir, mandó que todos hiciesen lo mesmo, dándoles ejemplos con tomar él la delantera y siguiéndole los demas con varonil esfuerzo, ánimo y coraje: entónces los enemigos prevenidos ya en lo que habian de hacer en cada coyuntura, cerraron sus escuadrones apeñuscándose los piqueros, y calando las picas, de suerte que los de a caballo no pudiesen desbaratarlos, y desta manera hacian mucho daño a los caballos con poco detrimento suyo. Viendo el gobernador que ya esto era demasiado saber para bárbaros, mandó que la jente de a caballo se hiciese afuera, y que se jugase la artillería, y los arcabuceros diesen una rociada a los enemigos lo cual se ejecutó al punto. Recibieron mucho daño los enemigos en este lance, pero no por eso se desviaron de sus puestos por no desbaratar los escuadrones; lo cual dió ocasion a los nuestros, para tornar a cargar las escopetas, y artillería, y tirar a su salvo contentándose los indios con tener su ejército concertado, pareciéndoles que todo el negocio estaba en esto: hasta que viendo ya su barbaridad desampararon sus puestos, y anduvieron en caracol desatinados de tanta arcabuceria; sintiendo esto los españoles dieron sobre ellos, y pelearon largo rato con lastimosa matanza de los bárbaros hasta que ya ellos echaron de ver su perdicion; y no pudiendo resistir el ímpetu de los cristianos volvieron las espaldas todos a una, y dieron a huir por aquellas quebradas, y caminos ásperos que hai en aquella tierra, de suerte que no los pudiesen seguir los de a caballo, pero con todo eso los pocos de apié juntos con los indios amigos, que traian con el jeneral Michimalongo dieron tras ellos, y les fueron haciendo mucho daño de suerte que el camino estaba regado de su sangre; y ocupado de cuerpos muertos, ultra de los muchos que habian caido en la batalla sin las heridas que eran tantas, que iba tinto en sangre un pequeño rio que corre por la ciudad.

No se puede imajinar el espectáculo horrendo que hubo aqueste dia; donde el crujir de las hondas, volar de las flechas, llover de los dardos entre las muchas piedras que caian, y el relumbrar de los aceros, y puntas de cobre, ponia espanto y pavor a los que lo miraban, y no menos el ver el bravoso brio con que se daban fieros golpes de ámbas partes. Finalmente con la invocacion de nuestro Criador, y su gloriosa

madre, y del bienaventurado apóstol Santiago saliéron los cristianos con la victoria, en la cual ultra de lo que mataron prendieron tambien muchos indios principales, y entre ellos algunos de Labapié que es el lugar donde habian muerto a los siete españoles que iban en la galera, como se dijo arriba. A estos le pareció al gobernador que convenia justiciar, y queriendo ponerlo en ejecucion les declaró como aquel castigo no se les daban por ser vencidos en la batalla, pues no es costumbre de los españoles matar a los que han rendido sino por el atrevimiento que tuvieron en matar a los siete españoles que iban en la galera. A esto respondió un capitan famoso de los indios de Labapié, llamado Albaa, con las palabras siguientes:

Mira, señor gobernador, si tu quieres ponerme de delito el que nosotros cometimos en matar a los que dices: haz lo que quisieres, que tu dia es este; pero yo no sé porque razon debas tú calificar por maleficio el defender nosotros a nuestras mujeres, hijos, y haciendas de tan manifiestos tiranos como los que allí vimos a nuestros ojos. Por cierto, señor, nosotros no acabamos de entender, estas marañas de muchos de vosotros que no haceis sino ponderar que es buena la lei de Dios: decis a los indios que ella manda que ninguno robe, ni sea traidor, ni tome las mujeres ajenas, ni haga mal a nadie, y por otra parte vemos que los mas de vosotros haceis todo lo contrario; mas cuando ya dejásemos aparte esta lei, y solamente se mirase la razon natural, no se yo como tu quieres justificar el partido de los robadores, de haciendas, y mujeres; mas siendo tan manifiestos, y desvergonzados como estos de que tratas. Yo te certifico, señor, que estuvimos largo rato a la mira para ver lo que buscaban, y si buenamente nos pidieron de lo que teniamos para vuestro sustento, se lo dieramos liberalmente. Pero si los vimos entrar como lobos carniceros, haciendo estragos por nuestras casas, y llevándonos nuestras mujeres por fuerza que habiamos de hacer? juzga tu mesmo si nos tuvieras por hombres el dia que nos vieras estar mano sobre mano a la mira de tan atroz maldad. Qué lei hai en el mundo que nos obligue a ver estas cosas a nuestros ojos y callar? habiendo nosotros sido libres, y todos nuestros antepasados sin que en todos estos reinos haya memoria de que en algun tiempo hayan estado nuestros projenitores sujetos a nadie; y aun mas te digo, señor, que si tu mesma persona se hallara en aquella insolencia, que hicieron los hombres que enviaste, que sin guardarte el respeto, que se te debe hicieramos lo mesmo contigo que con los demas, y lo haran siempre todos estos naturales hasta perder las vidas en la demanda, pues está tan declarada la justicia de nuestra parte; y a esto puedes estar persuadido y hacer corazon ancho, y sabe que esta ha sido la causa de que hayamos venido sobre esta ciudad: porque tenemos con razon, que en dejando a los españoles hacerse fuertes en nuestras tierras, somos mas cautivos que los negros, como lo muestra la experiencia en cualquier lance que se ofrece. Por tanto, señor, has lo que quisieres, que el morir yo por una cosa como esta no me da pena. ni aun tu tienes mucho de que gloriarte dello.

Todo esto oyó el gobernador atentamente hallándose allí presente el autor desta historia; pero ningun peso parece que le hicieron éstas palabras, pues en efecto mandó ejecutar lo que tenia proveido, matando a este indio entre los demas de Labapié. Este fué el efecto desta terrible batalla en la cual murieron pasados de cuatro mil indios; los cuales estaban tendidos por el campo tan lastimosamente que era para todos gran compasion. De todo esto vino a resultar últimamente que muchos indios de aquellos estados se comunicaron entre sí, consultando lo que convenia al bien comun y sociego de toda la tierra, y todos unánimes fueron de parecer que era lo mas acertado hacer paces, y así lo pusieron por obra desde luego. Es costumbre entre estos indios cuando vienen a la guerra, quitarse casi todo el cabello, y quedar con una corona a manera de las de fraile, y acabada la guerra, no osan parecer en público por estar trasquilados hasta que les cresca el cabello como ántes, y por este respecto dejan alguna jente por trasquilar para que siendo necesario salir algunos en público, haya de quien echar mano para ello. Y así habian quedado algunos indios con cabello en esta guerra; a los cuales enviaron a dar paz a los españoles, excusándose los demas así con este achaque de estar sin cabello, como por haber entre ellos muchos mal heridos, y para mas aplacar a los nuestros trajeron un presente de ovejas segun su costumbre, y otro de mujeres doncellas de poca edad las mas hermosas que hallaron, ofreciéndolas a los españoles no sin gran cautela, porque querian estar a la mira a ver si los españoles las ofendian por ser estos bárbaros mui celosos, y pluguera a Dios no hubieran hecho esta experiencia tan a costa de las conciencias de los cristianos, que así trataban con ellos como si no lo fueran, soltando la riendo al apetito. Esta era la primera enseñanza, y ejemplo con que entraban entre esta miserable jente. Salieron a dar la paz en nombre de todo el reino los hombres de mas valor que habia a la sazon con cabellos, entre los cuales fueron el cacique Longonaval, Colocolo, Millarapue, Pitumilla, Irque Naval, Longori, Curilemo, y otros muchos caciques y señores. De todo lo cual es testigo de vista, el autor como persona que se halló en esta batalla.

CAPITULO XXXIV.

De como se descubrieron nuevas tierras en los estados de Arauco i Tucapel y en particular la provincia de Cauten donde se fundó la ciudad Imperial.

Estando ya pacífica la tierra, y asentadas las cosas, pretendió el gobernador que se fuese poblando de españoles, en cuanto la posibilidad de la jente alcanzase, y para dar principio a esto envió a Jerónimo de Alderete su teniente con sesenta hombres de a caballo mui bien aderezados a que viesen lo que habia en la tierra adentro, tomando la noticia de las cosas mui por menudo. Apénas habian partido de la ciudad de la Concepcion cuando a dos leguas de camino dieron en el caudaloso rio de Biobio; el cual tiene un cuarto de legua de orilla a orilla, cuya dificul-

tad vencieron pasándole por vados con grande riesgo: porque tiene en partes grandes canales, y así se vieron muchas veces en aprieto, y casi perdidos, tanto que fué necesario asirse de las colas de los caballos para no ahogarse; plugo a nuestro señor librarlos de aquel paso, llevándolos adelante; donde tambien iban hallando rios tan caudalosos, que no tienen que ver con ellos los mas famosos de Europa. Iba, pues, esta jente desde que salió de la ciudad descubriendo tierras de tal fertilidad y hermosura, que parecia casi increible lo que en ellas hai si se pusiera en historia: porque verdaderamente todas estas tierras de Arauco y Tucapel, y las demas circunvecinas son tan excelentes en todo que parecen un paraiso en la tierra; los mantenimientos son en tanta abundancia, que no hai que comprar ni vender cosa dellas, sino tomar cada uno lo que quisiere de esos campos de Dios, los cuales están ricos de todas las cosas necesarias, como maiz y otros granos, frutas, y legumbres; y no es menor la hermosura de los valles, cerros y callados que no hai pié de tierra perdido, pues todo está lleno de mantenimientos de los hombres y cuando ménos de pastos para los ganados, donde hai ovejas sin número, y otras muchas reses, fuera del ganado vacuno que despues de la entrada de los españoles, es tan sin tasa, que se lo lleva de balde el que lo quiere.

De esta manera fueron los españoles pasando por aquellas tierras donde vieron la casa fuerte de Arauco, y despues la de Tucapel que ámbas son mui insignes; hasta que al fin llegaron a la fortaleza de Puren, que es el término destos estados. De allí pasaron a la provincia de Tabon no ménos fértil y hermosa que las pasadas y tan poblada de jente, que en solo un lugar habia catorce mil indios sin otros muchos que habian en su comarca. Por todas estas tierras salian los indios así hombres como mujeres por los caminos a ver a los españoles, y estaban como abobados de ver tal traza de jente tan nueva y diferente de la de sus tierras, y no ménos se espantaban los españoles de ver la lindeza de sus tierras, y multitud de moradores della, hasta que finalmente llegaron a la provincia de Cauten, que era el fin de su designio. Este lugar está a treinta leguas de la ciudad de la Concepcion, el cual es en todo lo que se puede desear tan aventajado, que ni yo acertaré a explicarlo, ni aun creo habrá pintor por diestro que sea, que le alcance a pintar la variedad, y hermosura destos campos y praderías, ni hai matices tan vivos que puedan del todo significarlos. Toda la tierra parece un verjel ameno, y una floresta odorífera, y es toda tan de provecho que ni en la abundancia de las frutas, ni el número de los ganados es comparable a ninguna otra de las que los españoles han visto. Y esto digo ni con pequeño fundamento, porque muchos otros de los que han estado, y están en ella han pasado por no pocas partes del mundo; y muchos tambien son extranjeros, los cuales con haber corrido tantas tierras certifican no haber otra semejante a esta.

Sobre todo esto es tanta la jente natural della que puesto un hombre en un lugar alto, donde pueden divisar un largo trecho, no ve otra cosa

sino poblaciones. Verdad es que no son los pueblos ordenados, ni tienen distincion uno de otro de suerte que se puedan contar tantos pueblos, mas solamente está una grande llanada llena de casas, algo apartadas unas de otras, con sus parcialidades distintas, de las cuales reconoce cada una a su cacique, sin tener que entender con el cacique de las otras; las casas son mui grandes de a cuatrocientos piés en cuadro cada una, y algunas de mas, y aun no pocas de ochocientos piés, las cuales dice el autor que por su contento media algunas veces. Cada indio de estos tenia muchas mujeres, y así habia en cada casa catorce o quince, y mas puertas para qué cada mujer tuviese su puerta aparte, la jente afable y amiga de hacer bien, y tienen por punto de honra no comer solos por mostrarse liberales en convidar a otros, no hai en toda la tierra indio pobre porque todos tienen ganado, maiz y frutas de sobra. Son los indios mui bien ajestado y de linda disposicion de cuerpos mui fornidos, y bien hechos y las mujeres blancas y hermosas, no hai entre ellos hombre flaco, y los rostros son de ordinario mui llenos i redondos; de suerte que en cualquier parte de las Indias se conoce luego el indio que es chilense solo por el rostro, y talle aunque esté entre otros muchos, y sobre todo su hermosura excede la de los ojos que son grandes, de mucha gracia. Toda esta tierra es mui llana pero pasada esta provincia de Cauten es por la mayor parte montuosa la que se sigue aunque no ménos poblada y abundante.

En esta provincia de Cauten, hai cierta manera de alamedas hechas a la orilla de los rios pequeños donde están plantados unos árboles altos, a manera de fresnos, o cipreses, y a estos lugares llaman los indios aliben; y los españoles los llaman bebederos, y por ser estos lugares tan deleitables concurren los indios a ellos a sus juntas cuando hai banquetes y borracheras de comunidad, y tambien a sus contratos a manera de ferias; donde no solamente se venden las haciendas pero tambien las mujeres, de suerte que cada uno saca a vender sus hijas para venderlas a los que las quieren por mujeres, quedando el yerno obligado a tributar al suegro en recompensa de la hija que le dá: y así el indio que tiene mas hijas es el mas rico. Y cuando un indio puede llevar muchas hermanas juntas por mujeres lo quieren mas, que llevar mujeres que no sean entre si parientes, y esto es conforme a sus leyes: y cada mujer destas tiene cuidado de dar de comer a su marido una semana yendo por su rueda todas en darle mesa y cama por semanas, pero cuantas mas sean las mujeres que cada uno tiene tanto es menor la fidelidad que le guardan. Cacique hubo que tenia 18 mujeres el cual era mui rico llamado Unolpillan con quien el autor desta historia tuvo amistad, y trabajó lo que pudo persuadiéndole a que las dejase haciéndose cristiano; cuyo intento favoreció nuestro señor tomándolo por instrumento para remedio desta alma; por que en efecto se bautizó y siendo ya de ochentas años, y se llamó Pedro como el mismo capitan Lobera, quedando con sola una mujer, y viviendo cristianamente hasta que murió con gran consuelo de quien habia sido medio para ello, pues vió

tales prendas de predestinacion de aquella alma. Fuera destas mujeres que se casan hai otras muchas que tienen por oficio salir en los dias de banquetes a estos bebederos a ganar, como hacen en Europa las meretrices, que llaman rameras, y para esto se engalanan con los mas ricos atavios, usando tambien de collares, sarcillos, y otras joyas de oro con piedras preciosas.

Tienen las casas destos indios ciertos remates sobre lo mas alto a la manera que estan las chimeneas galanas en España. Estos remates son unas aguilas de madera de un cuerpo cada una con dos cabezas como las que traia el emperador Cárlos V en sus escudos. Son estas aguilas hechas tan exactamente; que no parece habrá pintor que las dibuje con mas perfeccion ni escultor que acierte a entallarlas mas al vivo, y preguntados los indios si habian visto en su tierra algunas aves de aquella figura para sacar tales retratos, respondieron que nó ni sabian el orijen dellas, por ser cosa antiquísima, de que no tenian tradicion mas de que así las hallaron sus padres y abuelos.

Esta es la disposicion de aquesta tierra; la cual tendrá ocho leguas de distrito, en la cual habrá pasados de ochocientos mil indios casados, ultra de los solteros que eran sin número. Todo lo cual consideró el teniente Jerónimo, y quedó tan satisfecho, y alegre que les pareció a él y a los suyos que no habia mas que buscar en el mundo, mayormente por ser todos los rios que por allí pasan mui ricos de oro, y para dar al gobernador razon de todo por extenso se volvieron a la ciudad de la Concepcion, tomando otro camino diferente del que habian traido arrimándose mas a la tierra; donde iban hallando la misma fertilidad, riqueza y multitud, de jente que en el pasado. Desta manera pasaron sin contradiccion de nadie; porque los españoles estaban ya escarmentados de hacer mal, y así en este viaje no hubo hombre que hiciese agravio a los indios los cuales acudian con muchos regalos a los nuestros, y a sus caballos dándoles sin tasa cuanto querian, y mucho mas. Con todo eso sintieron los españoles que los indios comenzaron a consultar si seria expediente hacerles molestia no consintiéndolos en sus tierras, y por esta causa alargaron el paso ; llegando en breve a la ciudad, donde dieron cuenta de todo mui por menudo al gobernador y a los demas ; de lo cual recibieron todos gran contento teniéndose por felices en haber aportado a tal tierra.

Diré aquí la causa de haberse llamado esta tierra los estados ; y fué que al pasar por ella los españoles dijo Jerónimo de Alderete : señores mios, bien podemos llamar a esta tierra los estados de Flandes, y Alemania, y refiriéndose este dicho al gobernador, dijo él así : llámense los estados de Arauco y Tucapel, y con este nombre se han quedado hasta hoi. No mucho despues desto determinó el dicho gobernador ir en persona a ver estas tierras y a posesionarse dellas dejando primero su ciudad bien reparada ; porque como la nueva de la riqueza chilense habia cundido por todo el Perú venian ya mui frecuentemente embarcaciones con pasajeros que pretendian ser moradores deste reino y los cuales

eran acojidos con mucha benignidad de los vecinos de Santiago, hasta pagarles los fletes y hospedarlos en sus casas; y a los que deseaban pasar adelante a la conquista los aviaban proveyéndoles de lo necesario, y con esto vino en poco tiempo a tener buen número de moradores la ciudad de la Concepcion. Viendo pues, el gobernador que habia jente para todo dejó allí parte della saliendo él mesmo con la gruesa de la jente a fundar poblaciones en los estados, y pasando por todos ellos, llegó a Cauten sin contradiccion alguna de los naturales, y hallando ser verdadera la relacion que se le habia dado de aquella tierra determinó de edificar en ella una ciudad que fuese cabeza del reino, con el cual intento le puso por nombre la ciudad Imperial desde que puso en ella la primera piedra. El sitio desta ciudad es maravilloso, está en el remate de una loma, y tiene de una parte un caudaloso rio por el cual sube la marea, y pasa arriba de la ciudad, y de la otra tiene otro rio de ménos caudal, mui deleitable y cristalino, adornado de árboles por los dos lados de las riberas con tan agradable aspecto que le pusieron por nombre el rio de las Damas.

Esta ciudad se fabricó de manera que la loma le sirve de fortaleza, la cual está hácia el oriente, y fué no poca traza para la defensa del pueblo como se ha visto en muchas ocasiones. Luego que los indios vieron que los españoles tomaban tan de propósito el negocio, y comenzaban a fundar este pueblo tuvieron dello gran sentimiento, pareciéndoles que venia sobre sus cuestas un perpétuo yugo en lo mas florido de sus tierras. Y para deliberar en este caso se juntaron ciento y cincuenta mil indios los cuales se resolvieron en hacer resistencia, y así vinieron con mano armada a impedir la fábrica de la ciudad, pero con la experiencia que tenian de haber quedado siempre vencidos no osaron llegar a las manos contentándose con ponerse todos a vista de los españoles dando grandes alaridos, y haciendo grande estrépito con muchos instrumentos para dar molestia a los nuestros y haciendo esto por momentos sobreviniendo en cada noche a dar rebatos; lo que era para los nuestros gran subsidio, y les obligaba a estar siempre en vela. Con este trabajo y contradiccion se fué edificando la ciudad, hasta que estando ya puesta en buen punto, salió el gobernador con razonable número de jente a conquistar y allanar las tierras comarcanas; dejando a su maestre de campo Pedro de Villagran encargado de la ciudad Imperial. Este capitan salia mui amenudo con jente de a caballo a correr la tierra y a limpiarla de aquellos indios que la tenian alborotada: y tuvo con ellos tanta mano con pláticas discretas, que con mucha gracia les hacia, que en breve tiempo lo pacificó todo.

Con esta seguridad concurria innumerable jente de los indios de paz a la ciudad cada dia, tanto que los españoles temian ya verse rodeados de tan gran multitud de bárbaros valientes y belicosos, y así estaban siempre a punto con las armas aprestadas, y los caballos ensillados. En efecto, quedó entónces en paz toda aquella ciudad, y comarcas y entró la fé en los estados de Arauco y Tucapel con tanto fervor que dice el autor haber visto por sus ojos mas de cuarenta mil indios niños

y niñas que andaban con guirnaldas de flores en las cabezas, y cruces en las manos cantando la doctrina cristiana, y esparciendo el dulcísimo nombre de Jesus y el de su Santísima madre la Vírjen nuestra señora, cosa de gran mérito para los fieles pios y celosos de la honra de Dios, y gloria de su hijo Jesucristo; y cierto cuando yo veo en medio de tantos desafueros como algunos españoles hicieron en estas entradas sacó el Señor tan copioso fruto para bien de las almas no puedo dejar de bendecir su soberana Providencia, y admirarme de sus altos y secretos juicios: pues todo redunda en gloria suya y manifiestas señales del amor que a los hombres tiene. Apénas es explicable el regocijo de los que vian tal bendicion de Dios a sus ojos, ni tampoco lo es el dolor que hoi tenemos viendo a esta desventurada tierra tan sumerjida en el lago de la calamidad y tiniebla, que nos incumbe a todos la obligacion de suplicar a nuestro Señor con instancia ponga por su misericordia remedio a tantos males.

Habiendo pues el gobernador poblado la Imperial, y señalado los tributos con que habian de contribuir los indios; no quiso hacer encomiendas, poniéndolas en cabeza de diferentes encomenderos, sino díjolo así por entónces pareciéndole que su Majestad le daria a él título de marques, y habiendo de tenerle eran estos estados lo mejor del reino para ponerlos en su cabeza i fundar en ellos su marquesado. Ninguna utilidad le resultó de aquí al gobernador, ántes manifiesto daño, porque como los indios no tenian encomenderos que los gobernasen acudiendo cada cual a su particular repartimiento, vivian mas a sus anchuras; i así vinieron con el tiempo a tratar de alzamientos para ponerse en la libertad, como lo han puesto por obra, segun hoi vemos, con notable detrimento y miserias, así de los españoles como de los mismos indios que todos andan en perpétua guerra.

CAPITULO XXXV.

Del descubrimiento de la provincia de Tolten, y la batalla de la gran laguna.

Estando en razonable punto la ciudad Imperial y su fábrica salió el gobernador della como se apuntó arriba, y llevó consigo ciento y cincuenta hombres los mas de a caballo y algunos de a pié; porque entónces no cualquiera hombre alcanzaba un caballo. Llevaba así mesmo muchos yanaconas de servicio y otros indios amigos, que le ayudasen en la guerra y desta manera salió con Jerónimo de Alderete, su lugar teniente, cuya industria y valor estimaba en mucho, y no ménos el buen consejo y ejemplo de un capellan que consigo llevaba llamado el bachiller Rodrigo Gonzalez; el cual hizo un sermon al ejército al tiempo de la partida donde intimó mucho de cuanto servicio de Dios sea el acudir a propagar la santa fé católica entre infieles, y ayudar a la conversion de sus almas haciendose con las debidas circunstancias, y evitando agravios; de los cuales resultan graves daños a los infieles, y son estorbo para el mismo fin de introducir la fé y doctrina evanjélica.

Hecho esto se partieron todos mui en órden y a seis leguas que anduvieron se descubrió una gran provincia llamada Tolten, tomando el nombre del rio Tolten, que por allí pasa, el cual es mui caudaloso, y corre entre unas peñas, tajadas, altísimas, y así va mui recojida el agua y por consiguiente con gran furia y profundidad; el nacimiento deste rio es una laguna tan grande que tiene veinte leguas, o cerca dellas de circuito; de la cual sale el rio con todo aquel ramal que lleva. Viendo los naturales deste lugar que los españoles iban a conquistar sus tierras, parecióles que ninguna cosa le podria ayudar tanto a estorbar sus intentos y atajar sus pasos como este rio; porque como no podia vadearse por ninguna parte, era imposible pasarlo los nuestros habiéndo resistencia de parte de los naturales, y por esto se pusieron ellos de esotra banda dando grandes alaridos y diciendo muchos oprobios a los nuestros, tirando juntamente gran suma de flechas, piedras y armas arrojadizas, a lo cual respondieron los cristianos con sus escopetas; y así se trabó por largos ratos batalla mui reñida sin venir a las manos de mas cerca; pues en toda la pelea estaba siempre el rio en medio. Viendo el gobernador el negocio mal parado mandó juntar mucha paja de la tierra y cañas a manera de carrizo, y hacer destas materias algunas balzas en lugar que no las pudieran divisar los enemigos. Efectuose esto con grande dilijencia de manera que apenas estaban hechas cuando a toda priesa las hecharon al agua metiéndose todos en ellas y llevando del diestro los caballos que iban nadando; lo cual se hizo con invocacion del divino ausilio, y de la gloriosa madre de nuestro redentor y caudillo, cuyo nombre se pretendia introducir entre las jentes; entrando pues deste manera por el rio como era tanta la corriente del raudal fuélos llevando mui abajo de suerte que descaicieron gran trecho del lugar donde se habian embarcado; pero no poco les valió esta baja que dieron; porque como fueron a salir tan distante de donde los contrarios estaban, por mucha priesa que ellos se dieron para llegar a impedirles salida, ya habian salido algunos de los nuestros que les hicieron rastro y los entretuvieron peleando mientras salian los demas. Entónces los naturales como no habian visto semejantes hombres, mucho ménos jente de acaballo perdieron todo el ánimo, y dieron a huir pareciéndoles inmenso el trecho que desde allí habia hasta la montaña, donde se escondieron, y aun allí no se tenian por seguros.

Cuando los nuestros vieron el paso llano, y que tenian ya la tierra por suya salieron a un altillo que era barranca del rio, y desde allí descubrieron una gran llanada con gran poblacion de buenas casas, en las cuales se entraron sin resistencia por estar desamparadas de sus dueños, que eran aquellos indios que habian huido por temor sin quedar hombre que no se escondiese. No fué poco lastimoso el triste lamento que los desventurados indios hicieron a esta sazon viéndose tan inopinadamente echados de sus tierras, y casas que habian heredado de sus projenitores, y despojados de sus haciendas las cuales dejaron por huir, segun cada uno mas podia. Con todo eso fué ménos este da-

ño que los pasados; porque en haciendo allí noche la jente española, partieron luego otro dia dejándoles desembarazadas sus casas, queriendo proseguir el camino comenzado.

Fué, pues, marchando el ejército ordenadamente entrándose por una tierra mui llena de espesas arboledas, aunque no de manera que impidiese el andar a caballo sin pesadumbre, y así se pudo llevar adelante el viaje sin topar jente de guerra ni aun de paz pues de ningun jénero la habia. No se puede dejar aquí de contar de paso la manera por donde vinieron a tener personas que los guiase por caminos tan fragosos, y sin sendas abiertas, no habiendo persona de las que traian de servicio que conociese la tierra. Sucedió que un indio llamado Alican, natural del valle de Marquina que es un lugar situado diez leguas adelante del gran rio Tolten, estaba aficionado a una india llamada Marabuta; que en romance quiere decir diez maridos; y púsole el amor en tal extremo que bebia los vientos por casarse con ella, estando imposibilitado a conseguir el fin de su pretension por no tener el caudal necesario para comprar aquella mujer: pudo tanto la pasion con él, que oyendo decir que venian enemigos a la tierra, que eran españoles, se determinó a meterse en medio de ellos: como suelen hacer los que salen de sí vencidos de la aficion: pues es cierto que el amor cuando es de veras, atropella todos los temores sin ponérsele dificultad por delante, que no rompa en razon de conseguir su intento. Pluguese a Dios, y su divino amor se aposesionase de las almas en tal intenso fuego, cuanto se emprende del que las abrasa, y destruye con la aficion de la lascivia y avaricia, que no estuviera el mundo hecho Babilonia tan lastimosamente como hoi vemos. Llegó en efecto este indio a nuestro ejército al tiempo que estaba para salir de la ciudad Imperial, preguntando por el gobernador se postró a sus piés ofreciéndose por su siervo, y juntamente por su guia en todo aquel camino hasta ponerle en el término que su señoría fuese servido. Estimó esta oferta el gobernador y mandó que se le hiciese buen tratamiento dándole luego un galano vestido en señal de amor. Mas como anduviese algunos dias en el ejército, no le cabia el corazon en el pecho, hasta desembuchar sus ansias, porque el amor tiene tal condicion que descansa el que está preso en sus redes con solamente comunicar sus afectos a otra persona que le dé oido con aplauso; pues como no le dejase reposar la imajinacion, vino a resolverse en no esperar mas largos plazos, por lo cual se tornó a postrar ante el gobernador dándole parte de la causa de su desasociego, y suplicándole que en ganando aquella tierra donde le llevaba su señoría, le diese en remuneracion deste servicio el mas aventajado premio que podria darle, y cosa fácil de ejecutar; pues todo estaba en mano de su señoría al punto que entrase en Marquina. El gobernador le consoló dándole firmes esperanzas de su remedio; con las cuales quedó no poco ufano. I así de allí adelante andaba mas servicial y fervoroso; lo cual fué de mucho efecto para que en este camino tuviesen guia, entre aquellas montañas; llevándolos este Aliacan siempre por camino abierto hasta llegar a una her-

mosa vega donde habia buenas casas con cercas de palizadas a manera de fortaleza. En esta se alojó el ejército, y por ser el lugar no ménos cómodo que deleitable se estuvieron allí los españoles refocilando algunos dias.

Con todo eso no faltaban asaltos de los indios y a ratos venian con mano armada haciendo demostraciones, y ademanes de querer acometer, significandolo con palabras, y lo mucho que sentian ver sus casas y haciendas usurpadas de jente estraña, estando ellos por esos campos al sol y al agua con ser la tierra suya. Mas al cabo todo paraba en desafios, y bravatas no osando venir a las manos ni proceder a mas efectos, que bravear desde afuera, dando alaridos sin morder a nadie. Por esta causa hacian los nuestros poco caso de sus amenazas, no saliendo a ellas ni moviéndose deste lugar hasta que partió el ejército dél sin haber hecho ni recebido daño alguno. De allí a poco llegó a la gran laguna; donde nace este rio de que habemos tratado, a donde concurrieron muchos indios de paz con grandes presentes de pescado, y mayor deseo de pescar a los presentes para hacer en ellos carnicería y comerlos con mas afilados aceros que ellos comerian los peces. Estos indios anduvieron en nuestro ejército espiándolo todo finjidamente y en viniendo la noche se escabuyeron a dar relacion a los demas que los esperaban, y estando los españoles descuidados vieron venir por la otra parte del rio al reir del alba un gran número de bárbaros embijados con diversos colores, y fortalecidos con lucidas armas; los cuales desde allí alzaban clamores estupendos con que rompian los aires, no cesando de tirar piedras, dardos y flechas que parecia espesa lluvia del cielo. Encendióse en gran coraje el gobernador en no poder pasar de la otra banda, por ser el rio impertransible por aquel lugar, y así dió órden en que llegando la noche, fuese el teniente jeneral con cincuenta hombres badeando toda la laguna en redondo hasta dar con los enemigos para destruirlos. Púsose este mandato en ejecucion, y con la fresca de la noche, y clara luna que ayudaba, picaban a los caballos haciéndolos ir mas que de paso. Apénas habian llegado a vista de los enemigos cuando ya la aurora era con ellos, y vinieron a coyuntura a que estaba toda aquella tierra ofuscada con una obscura neblina que impedia el verse unos a otros; pero como los nuestros venian con cuidado, en llegando cerca de los contrarios partieron de tropel espantándolos con el ruido de los caballos, y voces, que decian Santiago, y así los cojieron de repente haciendo riza, y estrago lastimoso en ellos. Los desventurados viéndose cojidos sin prevencion, no sabian qué hacerse, y así los unos se iban a meter entre los nuestros, otros volvian las espaldas sin saber donde iban, y otros se abalanzaban al rio teniéndose en él por mas seguros, que en tierra: muchos tambien que iban huyendo daban en manos de los yanaconas que estaban al paso, los cuales les daban con unas grandes porras en las cabezas con extrema crueldad por ser jente ruin que ni aun a los de su patria tienen amor ni lástima, ni ménos a sus mesmos deudos, y hermanos.

De esta suerte anduvieron estos pobrecillos aturdidos sin ver por donde andaban, hasta que aclaró el dia que les mostró su perdicion, pues estaba el rio tinto en sangre. A este tiempo acabaron los españoles de cojer a las manos algunos dellos que estaban vivos, y hacian en ellos crueldades indignas de cristianos, cortando a unos las manos; a otros los pies; a otros las narices y oreja, y carrillos; y aun a las mujeres cortaban los pechos, y daban con los niños por aquellos suelos sin piedad; y hubo indio que habiéndose defendido largo tiempo peleando como un Hector hasta ser rendido finalmente, y preso, vino a manos del teniente jeneral, el cual mandó a un negro suyo que le partiese por medio del cuerpo como habia hecho a otros, y diciéndole el esclavo al indio que se bajase, él se puso a recebir el golpe y estuvo tan sesgo, y sin muestra de sentimiento ni jemido como si diera en la pared, con ser tal el golpe que le dió por medio de los lomos con una espada ancha que a cersen cortó por medio el cuerpo haciendo dos del; las cuales crueldades ni eran para manos de cristianos, ni tampoco merecidas de los indios, pues hasta entónces no habian cometido delito en defender sus tierras, ni quebrantaban alguna lei que hubiesen recebido. El capitan destos miserables indios se llamaba Ulliaipangue, el cual pereció con los demas, haciéndose todo esto a vista de los españoles que con el jeneral estaban a la otra parte del rio; al cual presto se volvierom los que habian habido la victoria, siguiendo los mesmos pasos por donde habian ido hasta llegar a sus tiendas, donde tuvieron algun tiempo de descanso.

CAPITULO XXXVI.

Del descubrimiento del valle de Marquina donde hubo una memorable batalla.

Pareciéndole al gobernador Valdivia que allí no habia mas que hacer echó con su campo por otro rumbo, guiándolos el indio Aliacan hasta ponerlos en el valle de Marquina cuya vista les dió gran contento, con su fertilidad, poblacion, y abundancia de aguas que por él corrian tan claras y dulces que manifestaban el rico oro que tan cerca de allí criaba el rio que hoi se llama de la Madre de Dios; corre por este valle un rio en el cual van entrando otros con que se hace mui caudaloso en cuyas riberas habia grande suma de pueblos, y sementeras. Allí asentó el gobernador su campo con determinacion de descansar algunos dias, como lo hizo, edificando algunos aposentos de paja y ramadas en que se alojó toda la jente. Luego el dia siguiente mandó el gobernador que todos saliesen a correr aquella tierra, y buscasen mantenimientos, pues los habia en abundancia, y los indios naturales no querian traerlos, y juntamente mandó que se hiciese esto escusando todo lo posible el hacer mal a los indios contentándose cada uno con lo moderado y aun quitando algo de lo que parecia necesario. Mandó tambien que al indio Aliacan se le diese una compañía de indios amigos yanaconas para que fuese a buscar a la india que era su

dama a lo que fué como aquel que sabia bien la tierra, y donde la habia de hallar, como en efecto la halló, y trajo delante del gobernador tan agraciada como él la habia pintado; mas como su padre la viese sacar por fuerza de su casa, y delante del gobernador alegando de su derecho, ponderó la injusticia que se le hacia, en quitarle su hija, pues él no habia cometido delito, y por mas que Valdivia procuró aplacarle, no se satisfacia ántes con toda su barbaridad le dijo estas palabras.

Mira, señor capitan, pues eres tan recto que tu fama ha llegado por acá de que vienes publicando que no harás daño a los que estamos en estas tierras, ántes nos desharás los agravios hechos por otros; no sé como cuadra con esto el quitarme a mi hija sin haberte ofendido ella ni sus padres. Mira, que soi indio estimado y rico, y ese indio a quien tu la das no es para ella pues no es su igual y si le deseas gratificar el haberte guiado por los caminos págaselo de tu hacienda, y no con deshonra mia, y si quieres saber quien es ese indio y cuanta razon tengo de no dalle la lumbre de mis ojos, echarlo has de ver en la traicion que ha hecho de ir contra su patria en haberte buscado, y traido contra ella, y siendo ese un hombre tan infame, no es razon que se le dé por mujer la hija de Antonabal que soi yo a quien obedece toda esta tierra. Entónces el gobernador se profirió a satisfacerle saliendo a la paga de su hija, y rogándole que lo tuviese por bien pues él era el casamentero, en lo cual el indio desposado cobraba honra, i él no la perdia. Viendo el Antonabal que no podia hacer otra cosa se fué mui desconsolado de ver su hija en poder de quien él no quisiera sin poder remediarlo.

Poco despues llegó la jente que habia ido a recojer mantenimientos con grande abundancia de ellos; con la cual lo pasaron bien algunos dias. Mas para determinar hácia que lugar se habia de tomar el camino envió el gobernador a su lugar teniente con cincuenta españoles de a caballo que pasasen unos cerros altos que estaban sobre la mar llenos de arboleda, y que descubriese lo que habia de la otra banda, porque segun la fama era tierra mui buena. Fué a ello el teniente jeneral, y halló una comarca, mui fértil, llana, y desembarazada de montaña, y de mas de veinte mil moradores que estaban en espacio de seis leguas de que no poco se satisficieron todos, especialmente por ver en ella mui buenas i lucidas casas y las sementeras, todas cerca de la marina y a la ribera de un hermoso rio que era el de Tolten que tiene allí su boca a la mar donde todas estas jentes tenian sus pesquerias.

Al tiempo que el teniente jeneral entró en esta tierra de Tolten le salieron al paso mas de doce mil indios en escuadrones puestos en órden de guerra y los cuales le acometieron animosamente dándole batalla campal con grande ostentacion de sus brios.

Mas con todo eso fueron tanto mayores los de aquellos pocos españoles con quien peleaban, que hubieron los indios de ir de vencida con pérdida de doscientos de los suyos. Entónces el teniente que iba por capitan, dió muchas gracias a nuestro señor viendo que con tan pocos

españoles habia vencido a tantos enemigos. Con todo eso los bárbaros aunque iban desbaratados tuvieron lugar de cautivar un cautivo negro que era esclavo de un soldado español llamado Francisco Duarte; a este echaron mano con mas codicia que a otros porque les pareció cosa monstruosa, y teniendo duda, si el color era natural, o postizo, no hacian sino lavarlo, y rasparlo para ver si podian quitar la negrura; como tambien lo intentaron con otro negro los indios de Mapuche, y los paramocaes. Mas como vieron que no habia remedio de quitarle aquella color lo enviaron libremente a los españoles no queriendo irritarlos contra sí, ántes quedando escarmentados acudieron el dia siguiente a dar la paz trayendo mui gran suma de ovejas, pescado, maiz y otras cosas de mantenimientos de lo que en su tierra habia. Fué tan de veras esta paz que fundaron, que habiendo ya cuarenta y mas años que no falta guerra en este reino, con todo eso han sustentado estos la amistad a los españoles sin haber jamas intentado cosa en contrario, lo cual ha sido de estimar en mucho por ser jente rica: cuyos caciques y señores son poderosos, y valientes. Fué tanto el regocijo que recibió el teniente jeneral Alderete, en ver así la lindeza de la tierra, como firmeza de la paz: que propuso luego de pedirla para sí al gobernador, para fundar allí su vecindad y encomienda, como en efecto se hizo; concediéndosela con liberalidad, y amor. De suerte que cuando Alderete murió dejó dos encomiendas de indios, en este reino, la una en la ciudad de Santiago, y la otra en la ciudad Imperial, que es la de estos indios; las cuales heredó doña Esperanza de Rueda su mujer, y le valian ambos veinte mil pesos de renta cada año, pero han venido en tanta disminucion que no valen al presente los tributos mas de tres mil pesos al año; y a este paso va todo lo demas de suerte que ha venido el negocio a tanta miseria que lo lastan agora los hijos de los que ganaron la tierra con tanto estremo que hai muchas huérfanas hijas de conquistadores, y descubridores del reino que andan a buscar de comer por casas ajenas y sirviendo a los que en España estaban por nacer cuando los pobres hombres andaban descubriendo, y conquistando estos reinos por muchos años, y con muchos trabajos derramando su sangre.

Mas todo esto no es sin disposicion divina, pues Alá en la divina escriptura a cada paso amenaza con semejantes calamidades a los que atesoran por medios tan desordenados, pues dice claramente: sembrareis vuestras sementeras, y gozarlas han vuestros enemigos, y en otra parte dice: comieron los estraños su substancia.

CAPITULO XXXVII.

De la llegada del jeneral Francisco de Villagran a Chile. Y de la batalla que hubo en Marquina entre Valdivia y los indios de aqueste valle.

En tanto que el gobernador andaba en este descubrimiento, estaba Francisco de Villagran con mas de doscientos hombres que traia del

Perú alojado en el valle de Cuyo, donde se le quemaron las casas, y hacienda, como se dijo. I por no tener certidumbre de la muerte del gobernador Valdivia envió al capitan Diego Maldonado con doce hombres, que fuesen a la ciudad de Santiago a informarse de lo que habia, y volver sin detenerse, con la respuesta. Estos anduvieron algunas jornadas en que pasaron un helado páramo de la gran cordillera donde se vieron en gran peligro por el excesivo frio, y no mucho reparo de vestidos, por habérseles quemado todos, y con falta de la comida necesaria para pasar tales trabajos. En fin llegaron a Santiago, donde fueron mui bien recibidos de toda la ciudad proveyéndoles luego de ropas de lienzo, paños, seda, y lo demas necesario para vestirse honrosamente, acudiendo a todo esto Jerónimo de Alderete que no habia salido al descubrimiento de que hemos tratado; pero en lo que era dar vuelta a su jeneral Villagran los doce que habian venido no quiso Alderete darles licencia por entónces hasta dar aviso al gobernador, como lo hizo. Recibió Valdivia esta nueva en la ciudad de la Concepcion, y luego despachó un mensajero con cartas para Alderete en que le mandaba no volviesen los doce a pasar la cordillera, sino que se viniesen donde él estaba, pues para dar respuesta al jeneral Francisco de Villagran bastaban indios con cartas; las cuales escribió el mismo gobernador, para que se viniese luego a la ciudad de Santiago. En tanto que se le llevaba esta órden a Villagran; partió Alderete de la ciudad llevando consigo al capitan Diego Maldonado, i a los doce que con él vinieron a la ciudad de la Concepcion; donde fueron recebidos del gobernador con gran benevolencia y mui en particular al capitan Diego Maldonado de quien se informó el gobernador de todo el ejército que Villagran traia, y lo demas concerniente a esto. I pareciéndole que ya habria llegado a la ciudad de Santiago le escribió prosiguiese el viaje con toda su jente para ayudarle en aquel descubrimiento que iba haciendo.

Este mandato recibió el jeneral en Santiago, y en cumplimiento del se partió luego en busca del gobernador, sin parar en su viaje hasta que le dió alcance en el valle de Marquina que es el lugar donde la historia llega. Fué Villagran mui bien recebido, y agasajado del gobernador, y los que con él estaban, y en premio de los servicios que habia hecho a su majestad en este reino a los cuales acumulaba el presente trabajo de la ida, y vuelta del Perú a traer jente, le dió el gobernador una encomienda de indios que son los de todos los pueblos que hai entre el rio Tolten y Cauten la cual tierra por estar entre dos rios llamaron la isla de Villagran. Habia en ella cuando se le encomendó pasados de treinta mil indios, que le tributaban, y así llegaba la renta a cien mil pesos. Habia dejado Villagran su jente en la ciudad Imperial adelantándose él para verse con el gobernador en Marquina, y entender su voluntad cerca de la disposicion de su ejército; y el gobernador habiéndole dado esta encomienda mandó que lo trujese a Marquina, donde estaba. En este tiempo andaban los indios

deste valle dando traza secretamente en volver por su libertad, tomando armas contra los españoles, que se la defraudaban. I vinieron a tener su ejército aprestado el dia que Villagran se partió de donde el gobernador estaba, a la ciudad Imperial dos horas ántes de la noche.

Apenas se habia Villagran despedido que Valdivia se sentó a cenar en una ramada de mui frescas yerbas adornada con odoríferas y hermosas flores de deleitable flagrancia, y suavidad, que convidaba a estar el hombre mui metido en lo presente sin cuidado de otra cosa cuando a lo mejor de la cena se derramaron todos los solaces, apareciendo una multitud de indios de guerra a vista de la ramada, y se fueron llegando poco a poco sin demostracion alguna de enemistad, ni estrépito de armas hasta entrarse por nuestro campo, sin ser sentidos sus intentos, y disimuladamente fueron cojiendo la ropa, de lienzo que estaba puesta a enjugar allí cerca. Comenzaron entónces los nuestros a conocer que eran enemigos, y tocando a gran priesa al arma, salió con gran brevedad jente de a caballo, y dando tras los bárbaros con toda furia. Ellos que nunca habian visto jente acaballo quedaron atónitos, y mucho mas con el estupendo ruido de los piés de los caballos que iban corriendo con gran velocidad, y fué tanto su espanto que todos a una volvieron las espaldas encomendándose a la lijereza de sus piés, y fueron a todo correr tan despulsados, que iban dejando las armas por el camino, por ir mas lijeros, hasta que llegaron a dar con un grande ejército de indios que venian a socorrerlos mui en órden con diversas especies de armas, mui lucidas y nocivas para los nuestros. Pero apénas vieron venir para sí a los españoles a caballo con aquel tropel y brios cuando repentinamente dieron a huir con los demas que iban ya huyendo, imitándolos en ir sembrando armas por el camino, en tanta cantidad que eran estorbo al curso de los caballos. Pudo tanto en ellos el espanto que a todo correr iban ciegos, sin ver a donde; hasta venir a dar en una barranca que caia sobre un rio; la cual tenia diez estados de alto, y con el grande ímpetu que traian iban cayendo por allí abajo, unos por venir ciegos, y otros compelidos de la multitud de jente que venia detras, de suerte que al caerse iban encontrando los cuerpos en el aire donde se quebraban piernas, brazos, cabezas, y otros miembros, cayendo no pocos al rio donde se ahogaron. No contentos con esta miseria los españoles, iban alanceando los que alcanzaban sin perdonar a hombre, y mataran muchos mas sino fuera porque entónces, cerró la noche, y les convino irse recojiendo. Serian los indios que vinieron a este asalto, cosa de treinta mil; de los cuales murieron en la refriega hasta dos mil y quinientos, sin que de nuestra banda recibiese hombre detrimento alguno. El jeneral del ejército destos bárbaros se llamaba Netical, y venian por candillos Yaiquetasque, Yatoca, Guenchoalieno, Liques, Aivequetal, Mapolican, y otros muchos de grandes fuerzas y brios. Fué el dia en que se ganó esta victoria un juéves, y el año era el de mil y quinientos y cincuenta y uno.

Dentro de treinta dias que esto habia sucedido llegó a Marquina Je-

rónimo de Alderete, que venia de descubrir la tierra de Tolten que está a un lado cerca de la mar: la cual es tan excelente que le echó el ojo Alderete, para pedirla en encomienda: y así en llegando a dar razon della al gobernador le suplicó la pusiese en su cabeza, lo cual le fué concedido del liberalmente: aunque como despues se dirá la gozó poco, quedando por heredera su mujer doña Esperanza; la cual por ser mui cristiana, pagó despues de viuda mas de cincuenta mil pesos, que su marido habia dejado de deuda: demas de haber gastado gran suma de oro en poner a sus vasallos en policía, y doctrina, recibiéndola los indios de manera que desde el dia que aceptaron la fé de nuestro Salvador Jesucristo nunca han vuelto atras y no se ha visto entre ellos rumor de motin alguno, y así tiene hoi sacerdotes y iglesias bien ornamentadas, con estar de guerra otros muchos que están mas cercanos a la fuerza de los españoles. De cuanta eficacia sea, para conservarse los indios en paz el tener quien les doctrine, y haga buen tratamiento atendiendo mas a su provecho espiritual, que a la cobdicia del oro; la cual ha sido y es causa de tantas calamidades como hai en este reino; donde los mas indios están de guerra, por las vejaciones de los españoles, que van como lobos hambrientos a robar cuanto pueden, o por mejor decir cuanto no pueden.

CAPITULO XXXVIII.

De la conquista de Mallalauquen y fundacion de la ciudad de Valdivia.

Teniendo noticia desta tierra de Mallalauquen, el gobernador mando alzar los reales del sitio de Marquina para entrar allá en prosecucion de su descubrimiento, y llegando con su jente a esta tierra asentó su campo en un sitio que está cuatro leguas de donde está hoi poblada la ciudad de Valdivia: el cual sitio se llamaba Cudapulle, que son unas vegas por donde corre un caudaloso rio llamado Maimilli. Aquí estuvo nuestro campo la pascua de Navidad con ser en esta tierra tiempo caluroso cuanto es frio en España; con todo eso fué tanta la fuerza de las aguas, y tempestades que habia, que no pudo nuestra jente salir de allí hasta asentar algo el tiempo. Pero no obstante esto envió el gobernador un hombre industrioso, y dilijente que descubriese lo que habia en el contorno: el cual dió en unas grandes llanadas, tan llenas de poblaciones cuanto abundantes de sementeras de maiz, frejoles, papas, quínua, y otros granos y legumbres. Volvió el descubridor con esta nueva, diciendo ser tierra marítima: porque habia visto muchas tuninas que subian por el rio, de donde colijió claramente estar cerca la mar, como en efecto lo estaba. Oyendo esto don Pedro de Valdivia, partió luego con el campo a ver aquella tierra: y apenas habia llegado al rio cuando ya estaban los indios en arma de la otra banda tan a pique, que en llegando nuestros yanaconas a la lengua del agua comenzaron los bárbaros a tirarles piedras y flechas, aunque todas no llegaban a la cuarta parte del rio, por ser de gran anchura. A esto les envió

el gobernador a requerir de paz, y a persuadirles que no venia a hacerles daño, sino para mayor utilidad suya, pero ninguna razon fué bastante para que desistiesen de llevarlo por punta de lanza. Por esta causa hicieron los nuestros algunas balsas de enca y carrizo en las cuales se metió Jerónimo de Alderete con cincuenta hombres llevando los caballos a nado y desta suerte pasaron el rio la víspera de la Epifanía del año de mil y quinientos y cincuenta y uno, y luego el mesmo dia, por la mañana pasó todo el ejército junto con la mesma traza.

No es razon dejar aquí de ponderar que entre las demas hazañas memorables, que han hecho los españoles en las indias, se puede tener esta por una de las mejores; porque segun vemos en las historias, se cuenta en ellas por gran cosa haber algunos ejércitos pasado tal y cual rio, que en comparacion de los que hai en Indias son pequeños arroyos. I vemos que los que descubrieron este reino pasaron no solo uno, ni dos pero muchos mas, i mui caudalosos, con suma dificultad, como se vió desde que entraron en el valle de Copiapó, cuyo rio es grande y furioso; y con los mesmos estorbos fueron pasando el rio de Coquimbo, el de Limarí, el de Chuapa; el de la Ligua; el de Concagua, el de Mapuche, el de Maipo, el de Cachapoari, el de Tentererica, y el de Teno gualemo, todos los cuales tienen su nacimiento en la gran cordillera orijinándose de la nieve que en ella se derrite, la cual tambien es materia del famoso Biobio, y de otros mui caudalosos, como son el rio Claro, el rio grande de Maule que es tan caudaloso como Tajo; y despues se sigue el rio Nuve, e Itata; despues destos están los rios que no proceden de nieves sino de lluvias, y manantiales, como son el de Palpal, Niviqüeten, que se junta siete leguas arriba de la mar con el grande rio de Biobio, y es mayor que el de Guadalquivir en el Andalucia; porque tiene mas de media legua de ancho, y grandes raudales de corrientes desapoderados; y mas adelante el rio de Conguaya, el de Coipo, el de Angol, el de Tomacuta, el de Sor, el de Curazagua, el de Tabon, el de Cauten, el de Tolten, el de Mallalauquen, el de Marquina los cuales todos son mui poderosos, sin otros muchos de ménos cuenta, que no refiero, y sin otros mui grandes que están mas adelante deste de Marquina, como son el rio Bueno, el de Tanquelen, y el grande desaguadero de Chiloé. Todos estos rios pasaron nuestros españoles, con resistencia y oposicion de los enemigos arrojándose a ellos sin temor, que es cosa notabilísima: y con este mismo peligro pasaron este de que voi hablando que se llama Guadalauquen, el cual es poderosísimo; aunque al tiempo que los nuestros le pasaron, subia la marea el rio arriba que fué causa de que se reprimiese el natural ímpetu de su corriente.

De aquí podrá el lector colejir algo de lo mucho a que se han espuesto los españoles por ganar estos reinos. Sujetándolos a su majestad del rei de España, aunque estoi cierto que nadie que no lo haya visto podrá entender lo que es ni con muchas leguas. Mas el autor como habla de esperiencia, y tenia tan presentes estos trabajos como si actualmente

los estuviera pasando, cuando se escrebia esta historia no pudo dejar de decir que no deben de haberse visto cosas semejantes hechas por hombres de esta, o cualquiera otra nacion del mundo, por mas famosas que hayan sido las de Ciro, que despojó del reino de los persas al rei Astiayes, y conquistó a Babilonia, y a los lidos con su rei Creso, y finalmente a toda la Asia y las rejiones orientales; y por mas victorias que haya alcanzado Cleómenes capitan de los lacedemonios, que sujetó en diversos lances a Arato capitan de los Aqueos, y conquistó a la insigne ciudad de Argos, nunca de otro alguno tomada por combate. Ni tampoco se pueden tener por hechos mas valerosos de Demetrio hijo de Antigone, que libró a Atenas del imperio de Casandro, y Tolomeo, ganó a Chipre, rindió a Boecia, reprimió el poder de Pirro, que tenia cercada a Tesalia, y ganó a Babilonia pasando el rio Eufrates; porque si bien se ponderan las ilustres obras de nuestros conquistadores, ni quedan atrás en las victorias, ni el vencer dificultades así de los rios, como de otros estorbos. Porque la grande multitud ánimo y fiereza de los enemigos circunstanciada de tantos contrapesos para las nuestras, claro está que arguye hazañas de mas altos quilates que las que suelen los hombres acometer, y mucho mas el haber salido con todo hasta poner al reino debajo de la corona real de España, sujetos a nuestro rei y señor della.

En efecto los nuestros pasaron de la otra banda, y cuando los indios vieron que iba el negocio de veras tuvieron por bien de amainar las velas a los desafios y bravatas, y acudieron a sus casas a traer de presto los mas regalos que pudieron, y en particular muchos carneros de la tierra: con que se pusieron a la orilla a esperar a los nuestros; pero como los caballos por ir a nado hacian ruido, y echaban agua como bufeos fué tanto el espanto que los bárbaros recibieron en verlos que todos a una dieron a huir dejándose a la orilla los presentes que traian. Luego que los españoles pasaron a la otra banda, descubrieron un gran pedazo de tierra algo alta como una loma casi toda cercada de aquel rio donde tenian sus viviendas los naturales en razonables casas. Entraron los nuestros por esta loma y viéronla toda tan adornada de arboleda sembrada a mano que parecia un paraiso, así por la lindeza, y órden con que están puestos los árboles, como por el rio que va jirando en redondo por aquella loma.

En medio desta tierra estaba una larguísima carrera de cuatrocientos pasos donde los indios jugaban a la chueca, y entrando el gobernador por ella, siguiéndole los suyos comenzó a pasar la carrera diciendo a voces con gran regocijo, aquí se fundará la ciudad de Valdivia, cual otro Rómulo que intituló a Roma con su mismo nombre. Luego los indios habiéndose reportado acudieron a sus presentes poniéndose a los piés del gobernador; el cual los recibió benignamente, y les trató del fin de su venida, que era para propagar en ellos nuestra santa fé, y otras cosas al tenor desto, y los regaló con algunas cosillas, y en particular con tijeras y cuchillos y alguna chàquira, que es para ellos grande regalo.

Estaba convidando la amenidad del lugar a no salir de allí hombre en toda la vida, y para ver si habia las comodidades necesarias para fundar algun pueblo, mandó el gobernador a Jerónimo de Alderete que en una canoa fuese el rio abajo a descubrir si habia algun puerto de mar por allí cerca. A dos tiros de arcabuz que anduvo, dió en una grande anchura donde se junta otro hermoso rio con este de Guadalauquen de modo que ambos juntos parecen una mar, y luego tornan a dividirse saliendo un brazo por una parte, y otro por otra, haciendo una isla en medio donde entónces habia mas de trescientos vecinos, que vivian allí apasiblemente. Desde allí corre el uno destos dos rios hasta la mar por espacio de dos leguas, y el otro va por un rodeo de cuatro leguas, y al fin vienen a juntarse cerca de la mar donde hacen una gran boca de mas de dos tiros de arcabuz. I es en todo este rio tan aventajado, que se puede contar entre los mejores que en el mundo se saben.

Informado desto el gobernador por la relacion que le dió Alderete, trató de fundar allí la ciudad de Valdivia, y así comenzó luego a poner mano a la labor fabricando lo primero la iglesia matriz con nombre de Santa María la Blanca, y prosiguiendo los demas edificios hasta poner la ciudad en buen punto, la cual es tal que tiene el segundo lugar en todo el reino. Tenia su comarca al tiempo desta fundacion mas de quinientos mil indios en espacio de diez leguas, y estaba mui bastecido de maiz, legumbres y frutas de la tierra; y despues acá lo está mucho mas con las de Castilla, que se dan casi de todo jénero en grande abundancia; hai tambien muchas ovejas, vacas, puercos, y cabras: y no es ménos la abundancia de trigo, y cebada que se cojen con maravilloso multiplico. La tierra es algo montuosa pero de grandes recreaciones; porque tiene cipreses pequeños, y otros muchos árboles deleitables; sácase della mucha madera estremada para edificios, y gran fuerza de tablas anchas como de cedro, de que van al Perú navíos cargados. Es la ciudad mui regalada de pescado; y no ménos de mucho marisco, que sacan los indios entrando doce brazadas debajo del agua. Es tambien de grande recreacion el ver muchos brazos de rios que vienen corriendo de diversas partes y llegan a la ciudad; que aunque son pequeños todavia andan a placer las canoas por ellos, lo cual es causa de que esté la ciudad mui bien servida, y proveida, porque en las canoas traen los indios todo lo necesario, como es yerba, leña, y muchos mantenimientos; y no ménos deleite en ver entrar tantas canoas por aquellos rios hasta llegar a las casas. Fuera desto por los rios grandes suben las naos cargadas hasta la ciudad, porque el uno dellos, que es el que haciendo mas rodeo, es mas caudaloso y recojido, y así suben navios grandes por él. I el otro que es algo menor es tan caudaloso que los navios mas pequeños andan por él sin dificultad, i así entran por ambos rios las mercaderías, que se llevan del reino del Perú ordinariamente.

Habiendo, pues, el gobernador comenzado a poblar la ciudad, distri-

buyó el sitio conveniente a los moradores señalándoles su solar a cada uno conforme a la calidad de su persona, y no fueron pocos los hombres de suerte que se hallaron a la poblacion, entre los cuales estaban Francisco de Herrera Sotomayor, natural de Valencia de Alcántara; Cristóbal Ramirez; Juan de Montenegro; Pedro Fajardo; Juan de Matienzo; Garcia de Alvarado; Diego Ortiz de Gatica, veinte y cuatro de Jerez de la frontera; Estevan de Guevara; Martin Gallegos; Gaspar de Robles, y otros muchos que no refiero por evitar prolijidad. Luego dió el gobernador órden en que se hiciese lista de todos los indios del distrito los cuales estaban repartidos entre sí por cabies que quiere decir parcialidades, y cada cabí tenia cuatrocientos indios con su cacique. Estos cabíes se dividian en otras compañías menores que ellos llaman machullas; las cuales son de pocos indios y cada una tiene un superior, aunque sujeto al señor que es cabeza del cabí. De todos estos repartimientos, no encomendó ninguno don Pedro de Valdivia por entónces a los vecinos escepto una principal encomienda que dió al licenciado Julian Gutierres Altamirano a quien dejó por capitan y justicia mayor de la ciudad, difiriendo la distribucion de los demas repartimientos. Mas en lugar de encomenderos señaló personas, que atendiesen al bien de los indios, las cuales les doctrinasen, y sosegasen en la paz, y quietud, dejó aparte los indios que venian a la ciudad, y todos los del contorno, y lugares marítimos, a los cuales aplico al servicio de su casa, y ciudad, por ser parte dellos pescadores, y los que estaban mas cercanos y eran aptos para ello, los ocupó en la fábrica de la ciudad, la cual está en cuarenta grados de altura hácia la parte del polo antártico, que llaman sur y medio dia.

CAPITULO XXXIX.

De la fundacion de la Villarica, y de la visita que Valdivia hizo, dando asiento a las cosas del reino.

Fundada la ciudad de Valdivia, deseaba el gobernador pasar adelante en la conquista comenzada, y para esto envió a su teniente Jerónimo de Alderete con alguna jente que descubriese la tierra que estaba mas adelante deste valle de Guadalauquen. Salió Alderete a correr la tierra, y lo primero que halló fueron unos llanos de ocho leguas de largo, y cinco de ancho, los cuales se llaman de Lirquino, tierra fertilísima a maravilla, de todo lo que se puede desear para el humano sustento; y así estaba mui poblada de indios, que tenian allí todo lo necesario para sus personas que eran en grande número. Despues desta descubrió otra tierra, que está quince leguas de la ciudad de Valdivia, que es una provincia llamada Rauco, en la cual hai una laguna llamada Arcalauquen de treinta leguas en diámetro, cuyas orillas estaban mui pobladas de naturales, y aun en medio de la laguna hai algunas islas donde ellos habitan hasta agora. Llegando a esta provincia Alderete, no quiso pasar adelante sino dar la vuelta a la ciudad a in-

formar al gobernador de lo que habia descubierto. Oyólo él todo mui por menudo, y con el apetito que tenia de ir poblando muchas ciudades, se partió con algunos, y fué mirando todas aquellas tierras, donde pasó dos rios tan furiosos, que en el uno dellos se le ahogaron dos hombres, como le sucedió a Frederico emperador en Obarbo cuando iba conquistando algunas provincias de Armenia, que al tiempo que pasó a Jerusalen se ahogó en un rio, y aun estuvieron otros de nuestro ejército no con poco riesgo al tiempo del pasar los dos que digo.

Habiendo visto el gobernador todo lo que Alderete habia descubierto quiso pasar mas adelante; pero hallando tierras montuosas le pareció escusado el pasar adelante, y así se volvió no mui contento, por no haber hecho en este viaje notable empresa, o nueva fundacion de pueblo: y porque fué este lugar el último que vió en este reino don Pedro de Valdivia le pusieron por nombre el lago de Valdivia. Luego que llegó a la ciudad comenzó a distribuir los indios en algunas encomiendas que señaló, aunque no los entregó por entónces, hasta ver toda la tierra, y entre ellas dió una de mas de quince mil indios, a un cuñado suyo que acababa de llegar de España llamado Diego Nieto de Gaete, el cual era hermano de su mujer, doña Marina Ortiz de Gaete que estaba en España en Estremadura en un pueblo llamado la Serena. Estando ya la ciudad acabada de edificar y mui asentada envió el gobernador a su teniente Alderete a fundar la de Villarica, quince leguas, de allí, en un lugar que está junto a la laguna, llamada Mallalauquen, de que habemos hecho mencion, por ser tierra mui fértil y fructífera, aunque lo que es trigo, no se da en tanta abundancia como en otras partes deste reino ni tampoco las viñas son de mucha cobdicia como ni las del distrito de la ciudad de Valdivia, y así se trae el vino de otros pueblos cercanos, donde se coje en grande abundancia.

Habiendo rodeado Alderete toda esta tierra, fundó la de Villarica en el sitio que mejor le pareció; y fueron los primeros vecinos della don Martin de Avendaño, don Miguel de Velasco, Juan de Obiedo, Justo Tellez, Juan de Cereceda, y algunos otros que por todos fueron treinta, sin otros muchos soldados que quedaron allí para defensa del pueblo. La causa de ponérsele por nombre la Villarica, fué la gran suma de oro, y plata que hai en sus minas, aunque por estar cerca de la ciudad de Valdivia, se llama oro de Valdivia, el que de aquí se saca para otros reinos; y así vemos cuan nombrado es el oro de Valdivia por ser el mejor que se saca en todo el reino de Chile. Fundada esta villa y dado asiento a las casas della, se determinó el gobernador de dar órden en tener alguna quietud y descanso, y acabar ya con batallas deseando enviar a España por su mujer, y juntamente dar noticia mui en particular a su majestad de todo el reino y lo que en él se habia hecho; para esto puso los ojos en su teniente Jerónimo de Alderete, que le amaba mucho con designio de bajar con él hasta la ciudad de Santiago, y de allí enviarle a España, y por esta

causa no habia querido encomendar los repartimientos de indios para tener que dar a los que con él viniesen de Castilla. I así mismo dejó todos los indios comarcanos, para aplicarlos a su estado, como dijimos arriba; y aun en la ciudad dejó señalado el mejor sitio que habia para sus casas con una buena plaza decente a ellas. Habia a la sazon en la ciudad de Valdivia, mas de doscientos y treinta hombres; a los cuales llamó sin quedar ninguno, y les comunicó su intento haciendo un largo razonamiento a todo el pueblo, con grandes ofertas de que ayudaria cuanto pudiese a cada uno en particular, así con lo que estuviese en su potestad, como con cartas para el rei nuestro señor donde le avisaria dellos muchos servicios que cada cual le habia hecho, y juntamente les pidió que cada uno escribiese a su majestad lo que del sentia y habia visto, dándole cuenta por estenso de las cosas que en todo el reino habia hecho; pues a todos eran manifiestas. Con esto acudieron todos a él a tratar cada uno de lo que le pertenecia, sin haber ninguno a quien no procurase contentar: a unos con dádivas, y a otros con promesas, y buenas esperanzas.

Hecho esto se partió el dia siguiente para la ciudad Imperial, a la cual aumentó con mucha jente, i dió nuevas encomiendas, a los que señaló por vecinos, y fundó la ciudad con el nombre de Imperial, que hasta entónces no la habia puesto en órden, y hecho mas de poner allí un asiento hasta que él volviese. A Francisco de Villagran dió treinta mil indios, que ya dijimos que le rentaban cien mil pesos. A Pedro de Villagran quince mil indios; a Jerónimo de Alderete doce mil; a Pedro de Olmos de Aguilera ocho mil; a Andres Hernandes de Córdova seis mil; al capitan Juan de Samano, a Andres de Escobar, a Pedro Omepesoa, a Francisco Rodrigues de Ontiveros, a Juan de San-Martin, a Leonardo Torres, a Juan de Vera i a otros muchos dió tambien mui buenos repartimientos, de suerte que dejó allí mas de cincuenta encomenderos, fuera de otros hombres de calidad, y buenos soldados que pasaban de doscientos por cuyo capitan dejó a Pedro de Villagran, como lo era. Toda esta jente era servida de los indios como si fueran príncipes, gozando de los grandes regalos desta tierra, que como estaba toda en paz podian hacerlo mejor que agora; y dejándola en este estado se partió Valdivia para la ciudad de la Concepcion, la cual visitó ordenando en ella lo que le pareció conveniente, y dentro de pocos dias se fué a la ciudad de Santiago que es la mayor de este reino donde fué recibido con gran regocijo. No mucho despues de su llegada despachó a su teniente Jerónimo de Alderete para España; y con él a su cuñado Diego Nieto de Gaete, para que le trajesen a su mujer, y con ella a la mujer y hijos del mesmo Diego Nieto, y a sus nietos que viniesen a gozar de lo que con tanto sudor habia ganado; y para la espedicion de todo esto buscó sesenta mil pesos de oro fino prestados para los gastos del camino que es largo y trabajoso, como lo esperimentan cada dia todos los que pasan de España a estos reino de Chile.

CAPITULO XL.

Del descubrimiento de las minas de oro de la Concepcion, y de la llegada a Chile de don Martin de Avendaño con su ejército.

Habia en este tiempo en la ciudad de Valdivia, algunas inquietudes, porque no todos los indios querian sujetarse; y aunque el capitan de la ciudad habia dado órden en que cada español apasiguase a los indios que tenia a su cargo en tanto que se encomendaban, y demas desto tenia diputados treinta hombres con su caudillo que anduviesen siempre visitando al contorno, con todo esto no faltaban desasociegos de cuando en cuando, y hubo dia en que los indios quemaron unas grandes sementeras de los españoles por molestarlos, pero la gruesa de la jente acudia con mucho gusto, al servicio de aquella ciudad, y de las demas que estaban pobladas; y desta manera estuvo el reino en paz tres años, que fueron desde el de mil y quinientos, y cincuenta hasta el de cincuenta y tres, y parte del de cincuenta y cuatro.

El gobernador que via la tierra puesta en tan buen punto, determinó de tomar de veras lo que era descubrir minerales de oro, como el principal fin de algunas personas que pasaban deste reino. Para esto acordó de ir en persona a la ciudad de la Concepcion a pòner dilijencia en este negocio; y habiendo puesto mui en órden a la ciudad de Santiago y dádole argumento, con nuevos encomenderos se puso en camino con alguna jente de compañía. Estando él con el pié en el estribo llegó un ejército de ciento y veinte hombres que venian por tierra del reino del Perú con don Martin de Avendaño que habia servido en la casa de su majestad, y pasado al Perú por ver a una hermana suya, llamada doña Ana de Velasco, mujer del mariscal Alonso de Alvarado: y el virei del Perú que a la sazon era don Antonio de Mendoza por ocuparle en cosa de importancia le dió licencia para hacer jente para este reino con título de jeneral, y con él entró en Santiago el año de mil, y quinientos y cincuenta y uno. Viendo el gobernador a este caballero en su reino alegróse mucho haciéndole el acojimiento debido a su persona, y mostrándole grande amor por ser cuñado del mariscal, con quien el tenia estrecha amistad de muchos años atras, y no ménos por el gran deseo que tenia de ver multiplicada la jente española en este reino para que estuviese mas ilustrado y quieto; y como a esta coyuntura estaba de partida para la Concepcion parecióle que habia llegado aproposito don Martin de Avendaño para llevarlo consigo, y así lo hizo llevando consigo la mas de la jente, que del Perú con él venia. Luego que llegaron a la Concepcion trató el gobernador de que con toda diliiencia se buscase las minas de oro que por allí habia, cometiendo esto a hombres prácticos en este ejercicio; y en el interin que se descubrian envió al jeneral don Martin de Avendaño a que visitase las ciudades de arriba hasta llegar a la ciudad de Valdivia pero como él

venia hecho al lustre i grandezas de la corte y veia a los hombres deste reino tan pobres i mal tratados especialmente en las ciudades de arriba donde llegó, no pudo acabar consigo el perseverar en este reino y sin aguardar lo que de las minas resultaba se volvió al Perú habiendo estado en este reino pocos dias sin ser parte para detenerlo los ruegos i ofertas del gobernador que le daba en encomienda treinta mil indios, que son los de la provincia de Pucoreo. Poco despues de su partida se descubrieron unas minas en un lugar llamado Andacollo (?) que está cinco leguas de la Concepcion cuya riqueza es tan excesiva que solos los indios que sacaban oro para el gobernador, le daban cada dia cinco libras y mas de oro fino.

Hallada esta opulencia tan grande, se hizo un asiento de minas en aquel lugar el cual se comenzó en el mes de octubre de mil y quinientos y cincuenta y tres poniendo para ello españoles mineros que gobernasen a los indios: porque pasaban de veinte mil los que venian a trabajar por sus tandas acudiendo de cada repartimiento una cuadrilla a sacar oro para su encomendero. Fué tanta la prosperidad de que se gozó en este tiempo, que sacaban cada dia pasadas de doscientas libras de oro, lo cual testifica el autor como testigo de vista cosa de tanta opulencia que quita la vanagloria a los famosos rios Idaspe de la India, y Pactolo de Asia. Viendo el gobernador tanta abundancia, procuró asegurarla mas poniendo jente de guarnicion en tres fortalezas con doce hombres cada una, y en la de Arauco puso por caudillo a Martin Hernandez buen soldado; en la de Tucapel a Francisco Brito; y en la de Puren a Alonso de Coronas. El oficio a que estos atendian era dar órden a los indios de como habian de ocuparse, y tambien estar a la mira de como vivian porque no hubiese algun alboroto entre los indios como le habia comenzado a haber matando a un español minero que por ventura los apuraba demasiado. Ultra desto dió el gobernador un conducto de capitan a un mayordomo suyo llamado Francisco de Ulloa natural de la villa de Cáceres en España para que con veinte hombres anduviese por aquellos estados visitando siempre, sin parar, la tierra y fortalezas que estaban a nueve leguas la una de la otra, y para que en todo hubiese mas cómodo y seguridad se pobló entre la ciudad de la Concepcion y la Imperial otro pueblo de españoles que salieron de ambas ciudades para moradores del. Por esta causa le pusieron por nombre la ciudad de los Confines; el cual se le ha quedado hasta hoi.

Este era el estado de las cosas deste reino en aquel tiempo donde apenas habia hombre a quien no le alcanzase buena parte del oro que se sacaba, y así eran grandes los regocijos que se hacian en la ciudad de la Concepcion y no pocos los tejos y barretas que iban, y venian en los tablajes. A esto se aplicaba entónces el gobernador no tanto por codicia como por via de regocijo, porque todo cuanto ganaba al juego lo daba a los que estaban a la mira, y vestia tambien mucha jente pobre sin guardar para sí cosa alguna; porque de su condicion

era mui magnífico, y no ménos largo en el juego tanto, que aun cuando no estaba en su prosperidad, ni habia la riqueza que en esta sazon: le sucedió una vez estando en el Perú el jugar con el capitan Machicao (?) a la dobladilla de poner catorce mil pesos en sola una mano. ¿Que haria mas tarde?

Estando, pues, el gobernador en medio destos regocijos, no por eso se descuidaba de llevar adelante la conquista de toda la tierra; y para la prosecucion desto acordó de enviar jente por dos vías: lo primero hizo aprestar dos navíos con algunos soldados, y señaló por capitan de ambos a Francisco de Ulloa para que fuese a descubrir el Estrecho de Magallanes, que confina con este reino, y esto con intencion de hacer por allí paso para España: porque demas de ahorrarse los dos tercios del camino evítanse tambien grandes peligros de la tierra llamada Nombre de Dios, sola buena en el nombre; el cual se le debió de poner porque no espantase a las jentes, por ser mui enferma y màla de pasar por la aspereza de diez y ocho leguas de camino. Por otra parte envió jente por tierra, lo cual ordenó, no tanto por esperanza que tuviese de las minas que mandaba descubrir, como para alejar de sí a Francisco de Villagran, de quien siempre andaba receloso, y por esta causa le encomendó esta empresa, dándole para ello setenta hombres bien aderezados. Partió Villagran mui a su gusto y tomó la vereda hácia la otra parte de la cordillera, donde él habia estado con la jente que trajo del Perú. Y prosiguiendo este camino, vieron sus soldados en cierto lugar unos indios que estaban como descuidados a los cuales quisieron cojer, para llevarlos por guias, pero al tiempo de acometer les salió una gran multitud de una emboscada los cuales mataron dos españoles, hiriendo algunos otros, y con esto se fueron a su salvo sin recibir detrimento alguno en sus personas.

Viendo Villagran las dificultades que se le ofrecian asi de enemigos como de un grandísimo rio que no pudo pasar por ninguna via, tomó el rumbo de la ciudad de Valdivia, por un camino que nunca se habia descubierto, donde habia grandes poblaciones de bárbaros, entre los cuales fué caminando hasta el valle de Mague: el cual es mui poblado, y fértil como los demas que habemos contado. Estando en este lugar le acometieron un grande ejército de indios a dar batalla, y saliendo él con los suyos a hacerles rostro sobrevinieron por las espaldas otros muchos indios, que saliendo de un fuerte que estaba en un lugar llamado Villen y tomándole en medio le dieron combate trabándose un encuentro mui sangriento, y aunque los españoles se vieron en grande aprieto, y recibieron muchas heridas, con todo eso fué el señor servido, que venciesen a los enemigos, quedando el campo por suyo, habiendo muerto no pocos bárbaros y cojido algunos vivos. Con esta victoria se entró la jente en la ciudad de Valdivia, y habiendo descansado algunos dias, y curados los heridos, dieron la vuelta a la Concepcion donde el gobernador estaba a darle razon de lo sucedido; pero como su intento era apartar de sí a Villagran, no quiso que es-

tuviese allí mas, tomando por achaque el decir, que era necesario visitar la tierra, y con esta azilla le envió otra vez a los confines de la ciudad de Valdivia con el mesmo cargo que primero: lo cual hacia Valdivia no con el intento que tenia la madrasta cuando enviaba a su entenado Hércules a domar diversos monstruos, deseando que se quedase en las uñas de alguno, por el rencor que con él tenia, y su madre Alemena pues nunca Valdivia mostró tenerle con Villagran, sino porque se recelaba de que si algnno habia de querer ser cabeza era él por ser hombre de mucha sagacidad, y estofa por ser cosa que suele suceder en estas conquistas el levantarse algun soldado valeroso contra su capitan, como lo hizo aquel facineroso Aguirre que mató a Lope de Orsua cuando iban a descubrir nuevo mundo por el rio Marañon, como consta de la historia peruana.

PARTE 3.ª

DE LA REBELION JENERAL DE LOS INDIOS DE ARAUCO Y TUCAPEL.

CAPITULO XLI.

Del acuerdo que los estados de Arauco y Tucapel tuvieron confederándose contra los españoles, y elijiendo capitan jeneral.

No sé qué tienen los refranes antiguos que por mas que nos desdeñamos de usar de ellos por tener poco follaje de retorica, y tratar las cosas con aquella llaneza de los siglos pasados, al fin cuando ménos pensamos nos traen las ocasiones a lances, en que conocemos ser ellos unas verdades mui macisas, y admirables sentencias tanto mas comprensivas, cuanto mas suscintas; digo esto porque en la materia que comienzo a tratar en esta parte, no veo otra cosa desde el principio al cabo, sino el cumplimiento de los proverbios que dicen, que quien todo lo quiere todo lo pierde, y que la cobdicia rompe el saco, y que quien demasiadamente apura saca sangre: a los cuales añado otro, que aunque no es del número de los antiguos en las palabras eslo empero en la sentencia y estilo: esto es que el no contentarse el hombre con mediano bien le trae a términos en que se contentaria con mediano mal. Por cierto mui digna de lamentar es la insaciable sed que los hijos de los hombres tienen deste negro mas y mas sin limite, que no hai riqueza que los harte hasta que por mucho hurgar dan con todo al traste. No se yo que razon tenian para no quietarse sin buscar gollorias unos hombres que pocos años ántes estaban en sus tierras, no como duques ni condes, y se vian ahora jentes de tantas tierras, siendo obedecidos y venerados, como si cada uno de ellos fuera un monarca del universo. Harto era el callar los indios despues de tan irritados

con agravios, y aun robos, sin querer apurarlos mas con cargas y opresiones hasta hacerlos reventar, y dar al fin con todo en tierra: y no era ménos el verse ya los españoles libres de batallas, pues habian ya pasado tres años de tranquilidad, en que el reino todo estaba de paz sin jénero de inquietud, ni zozabra; sin quererse meter en nuevos ruidos, los que debieron tener por felicidad el verse fuera dellos con todo el regalo, y comodidad que pudieran desear en esta vida. En efecto el apetito del oro que habia sido el postillon en su viaje, estaba tan en su punto, que apénas habian comenzado a gozar la paz, cuando comenzaron a dar guerra a los indios, porque sacasen mucho oro con notabilísimo dispendio suyo, sin tener otro cuidado, sino daca daca como si se les debiera de derecho, y llegó a tanto la estorsion con que aflijian a los pobrecillos, que en solo las minas de la Concepcion echaron veinte mil indios: lo cual era lo mesmo que echarlos a todos, pues así como sacar veinte mil hombres de pelea, es necesario que haya mas de trescientas mil personas de donde entresacarlos, así el sacar veinte mil mineros es ocupar medio reino, pues los que restan son sus hijas y mujeres, que ni aun esas dejaban en la ocasion presente, ultra de que es inexcusable el remudarse por sus tandas, por ser el trabajo excesivo, y haber ellos de ir a sembrar lo que habian de comer so pena de morir de hambre, de suerte que acudiendo siempre veinte mil, venian a ser mas de cien mil al cabo del año que es lo mesmo que decir todo el reino; pues los demas que quedaban servian a los españoles de caballerizos, pajes, y hortelanos, de beneficiar sus sementeras, y guardar sus ganados, si suyos pueden llamarse, que no sé con cuan justo título lo poseen.

Estas molestias y vejaciones, y otras semejantes juntas con las que se han arriba referido provocaron tanto a los indios, que ya no podian llevarlo; ni me parece hubiera yunque tan recio que con tales golpes no quebrara. Andaban los pobrecillos como atónitos en verse en tan poco tiempo hechos esclavos de señores, y admirados de sí mesmos en dejarse ir así, pudiendo poner remedio facilmente. No se juntaban vez en sus rincones, donde no se les fuese todo en tratar desta desventura. Uno decia: hermanos mios de donde nos ha venido tal infortunio? uien nos ha traido a nuestras tierras estos verdugos? estos lobos amrientos? esta plaga tan inopinada? este yugo tan pesado? que les emos merecido? o que les debemos para que se aposesionen de nootros, y de nuestros reinos? que provecho nos viene de su venida pa no procurar su vuelta? si es porque nos han hecho cristianos, ya veis ue las obras que ellos hacen no son conformes a lo que nos dicen. or tanto, hermanos mios, ved lo que os parece conveniente que es razon dejarnos echar barbuquejos como a béstias, pues no somos. Otro decia: por cierto hermanos yo estoi corrido y afrendo de ver que nos hayamos dejado engañar como niños, y capvar como cobardes, y sobre todo de que estos españoles deben estar haciendo burla de nosotros viendo que les bailamos el

agua delante, como si nacieramos esclavos suyos teniendo nosotros fuerzas y brios para muchos mas que ellos y otros tantos. No sé quién nos tapa la boca, y ata las manos, para dejarnos tratar como salvajes, o como jente que les sirve a mas no poder, como quiera que podamos mui bien por nosotros, y nuestra honra. Decia otro: mui ciegos debemos de estar pues no acabamos de conocer a estos hombres, que nos tienen subjetos y avasallados, de que al principio nos espantasen, no me espanto, de que nos, admirasen no me admiro de que nos rindiesen del todo, no me maravillo, porque entónces no era mucho que la voz del clarin, nos erizase los cabellos, siendo cosa que jamas habiamos oido; ni que el ruido de las escopetas nos aterrasen pareciéndonos que solo el tronido era el que nos mataba, pues no sabiamos hasta entónces el secreto; ni que los españoles puestos a caballo nos fuesen formidolosos, pues se nos figuraba que el hombre y el caballo eran de una pieza, y los teniamos por monstruos, y cosas del otro mundo. Mas agora que habemos entrado con ellos en tantos encuentros y guazavaras, y habemos conversado con ellos tres años, estando de paz; en los cuales habemos vivido, en sus casas, y dormido en sus retretes; y vemos que comen, duermen, y caen enfermos, y tienen las demas pasiones comunes a todo el jénero humano; y en efecto son hombres como nosotros y no dioses como ellos se representan; y vemos que el son de trompeta es aire, y el caballo es caballo, y el arcabuz es un instrumento, a que correspondemos con nuestros arcos y flechas. Y que ya que en esto nos hacen alguna ventaja se la hacemos nosotros mui incomparable en el excesivo número de jente, y en nuestras fuerzas y valentia; yo no sé por cierto que esperamos, ni en que estamos embelesados, dejándonos estar hechos unos tontos: qué tenemos? de qué nos espantamos? en qué lei vivimos? qué aguardamos hermanos mios para no redimir nuestras vejaciones? lata que es vergüenza y confusion del nombre Chilense no restaurar nuestra libertad y señorio: que es ignominia el dejarnos tratar al estricate: que es afrenta el no darnos a conocer a los estranjeros.

Estas y otras pláticas tenian entre sí cada dia de suerte que el año de mil y quinientos, y cincuenta y tres, habiendo ya corrido los tres de paz que en él se remataron, vino el negocio a términos en que los que entre ellos eran hombres de sangre en el ojo, como los Araucanos y Tucapelinos acordaron de volver por sí, procurando recuperar la libertad, con que habian nacido, y tenian heredado de sus projenitores. Y para salir con esto de todo punto dieron traza en que el alzamiento se hiciese fundadamente, tomando este negocio de veras, y no con solos asaltos a hurtadillas, sino juntándose todos aquellos estados, para acabar con ello de una vez; y convocando jente de otras provincias comarcanas de las cuales concurrieron las mas principales cabezas, con poder de los que en ellas quedaban para hacer y deshacer segun les pareciese ser espediente a la universal libertad de sus personas. No podré referir aquí puntualmente el grueso número de señores que

se juntaron a esta consulta por no prolongar nuestra narracion. Solo digo que todos ellos entraron en acuerdo, usando primero de sus ceremonias y ritos que suelen ser comunes entre ellos; donde invocan el favor del demonio, y echan suertes sobre las elecciones y adivinanza de los sucesos. Como lo hacian los atenienses en las fiestas consuales hechas en honor de Conso dios de los consejos. Todo lo cual se suele hacer en medio de grandes banquetes, y embriaguez, que es el vicio, que mas predomina en todos los indios universalmente a la manera que lo hacian los griegos en las fiestas bacanales, llamadas orjía. En esta consulta determinaron que se señalasen doce electores; los cuales nombrasen segun su arbitrio al que habia de ser jeneral de todo el ejército con absoluto gobierno de todo el reino, y así lo pusieron luego en ejecucion nombrando allí doce hombres, los mas prudentes y principales que se hallaron; los cuales se conformaron poniendo los ojos en el mas idóneo para tan preeminente oficio, por ser personas desinteresadas, y que no dejaban llevarse de pasiones y propios intereses, y respectos que suelen ser principios de grandes disensiones, viniendo al cabo a echar mano de alguno que lo destruya todo. En efecto estuvieron estos doce electores tan unánimes, que sin contradiccion alguna elijieron a un indio noble y rico llamado Caupolican de tantos bríos cuanto parece significar aun la misma hinchazon del nombre, y de tanto valor, sagacidad y prudencia que mas parecia de senador romano que de bárbaro chilense. No quiero dejar de advertir al lector sobre este punto, que si acaso leyere la historia llamada *Araucana*, compuesta por el ilustrísimo poeta don Alonso de Ercilla vaya con tiento en el dar el lejítimo sentido a las palabras con que pondera el largo tiempo que este Caupolican tuvo en sus hombros un pesadísimo madero, arrojándole despues un grande trecho de sí como cosa en que consistia [sic] su eleccion por estar determinado que el que mas tiempo sustentase aquel madero, fuese electo: en lo cual me refiero a su historia avisando aquí al lector que entienda que este caballero habla como poeta con exajeracion hiperbólica, la cual es tan necesaria para hacer excelente su poesía, como lo es para mi historia el ser verdadera sin usar de las licencias que Horacio concede a los poetas. Pues no es ménos subido de quilates Virjilio, por haber dicho que Polifemo el de Sicilia tomó en la mano una gran viga, y se fué entrando por la mar, llevándola por báculo. I que cuando se movia el jigante Encélado sepultado en el monte Ethna movia a todo el monte, ni pondrá alguna tacha en Marcial por haber escrito que Milon Crotonita tenia tan fuertemente un mastil en la mano que ningunas fuerzas eran bastantes para sacársele de entre los dedos, y llevó a cuestas un toro grande un largo trecho, y le mató de una puñada: ni es ménos famoso Lucano por haber dicho que Mónico arrojaba en lugar de dardos los árboles, y peñascos en lugar de piedras: ni tampoco Juvenal es de ménos cuenta por haber escrito lo mesmo: ni finalmente Ovidio por no haber escrito casi otra cosa en sus metamórfosis sino fábulas, y así miéntras la exajeracion es mayor tanto mas se debe ala-

bar a don Alonso de Ercilla: poniendo empero resguardo a que entienda el lector que no por esto deja de ser verdad comunmente lo que escribe, pues una ficcion no quita el crédito a la poesía. Y así verá el lector que en las mas concuerda con lo que aquí se escribe, que es lo que pasó en efecto de verdad. Digo pues que ni el indio tuvo tal madero tanto tiempo como allí se refiere, ni tampoco fué este el negocio en que consistia el ser electo por capitan jeneralporque no son los indios araucanos y tucapelinos tan faltos de entendimiento que viniesen a reducir todas las buenas partes necesarias para tal oficio a una sola y de tan menuda prueba como era el sustentar un árbol siendo cosa que podia caer en el indio mas incapaz de todas para tal cargo, y así se debe entender, que esta prueba se hizo no sola, ni como la única que calificaba al jeneral sino entre otras muchas, como correr, saltar, luchar, blandear una lanza, y otras para que se diese el cargo a aquel en quien mas partes concurriesen atendiendo en primer lugar a la sagacidad, y prudencia; y por ser Caupolican tan aventajado en todos los requisitos concernientes a tal oficio, fué nombrado y recibido por jeneral. Pues ya que no fué tal como Scinis, que doblegaba a los altísimos árboles juntando las puntas de arriba con las raíces, fué a lo ménos tan valeroso y esforzado como Smerdis hermano de Cambises, que encorbaba un arco, que ninguno podia doblegar. Y como Timoleon, capitan Corinto, que libró a los ciracusanos, del poder de Dionisio cuya ciudad tenia tomada por fuerza, venciéndole en la batalla, y saliendo con otras no ménos insignes victorias.

CAPITULO XLII.

De algunos encuentros que hubo entre los indios y españoles, por donde fué descubierto el alzamiento de Arauco.

Estando el gobernador don Pedro de Valdivia en la ciudad de la Concepcion, sin imajinacion ni sospecha del alzamiento, envió al capitan Diego Maldonado con cinco soldados a la casa fuerte de Tucapel; los cuales caminaron sin jénero de recelo como por pasos seguros, segun lo habian sido hasta entónces; y ya que habian pasado por la casa fuerte de Arauco en prosecucion de su jornada estando una noche descuidados, salieron de traves algunos indios armados, y dando en ellos de improviso mataron cuatro ántes que pudiesen ponerse en defensa, ni aprovecharse de sus armas y caballos. Con todo eso el capitan Maldonado, con otro soldado de los cinco tuvo maña para subir a caballo, y escabullirse con su compañero, poniéndose en salvamento, ayudados de la lijereza de los caballos, a que los indios no pudieron dar alcance. Habiendo caminado a todo correr grande rato vinieron a llegar a la casa fuerte de Arauco, de la cual habian salido: y allí dieron nueva del mal suceso, así con palabras, como con las heridas que lo manifestaban. Llegó esta mala nueva a la casa fuerte de Puren donde estaban por caudillos Sancho de Coronas; el cual con gran dilijencia procuró hace

escrutinio sobre el caso, descubriendo de raiz el motin que se tramaba. Para esto mandó que se trajesen allí ante él ocho caciques cuyos nombres eran Guaito, Pangue, Lincuo, Guaicha, Paineli, Renque, Llaipo, Toraquin, Millanque, a los cuales examinó con gran cuidado, dándoles un cruel tormento, que fué ponerlos sobre muchas brasas, tendidas por el suelo, amonestándoles primero que dijesen verdad si querian escusar aquel dolor tan intenso. Pero son los indios de este reino tan hombres en sus cosas, que ni por esas ni por esotras quisieron declarar cosa delante de aquel caudillo. No fué menor el tormento que don Francisco Ponce de Leon dió a un indio de su repartimiento, que era de la provincia de Nivico, donde él a la sazon residia y fué que hizo derretir mucha manteca, y atando al indio de piés y manos, le mandó asperjar con un hisopo empapado en ella, cuyo ardor fué tan eficaz, que el desventurado indio murió en el tormento, sin haberle hombre sacado palabra de todo cuanto se le preguntaba. No sé qué me diga acerca destos hechos, pues otros de no mayor impiedad, tienen nombre de crueldades entre los antiguos, no siendo cristianos: como el de Quinto Mucio Sévola, que hizo quemar nueve senadores; y el de Tiberio tercero, que a un pescador que dió una mula, sin jénero de malicia, a otra persona que le maquinaba cierto enredo, hizo refregar el rostro con los mesmos peces que sacaba. Con toda esta entereza de los indios, tuvo maña Valdivia para descubrir por el rostro el alzamiento, estando él en la ciudad de la Concepcion, con no poco regocijo de la grande riqueza de aquellas minas, que se acababan de descubrir. Mas como sea maña antigua de la fortuna no dar larga rienda al placer, sin acudir presto a echar en todo algun azar; con que se vuelva amarga la dulzura; dió al gobernador aqueste tártago, que no fué pequeño, el verlo que se tramaba al cabo de tantas guerras, y trabajos, cuando ya se comenzaba a gustar de los efectos dellos. Derramó esta triste nueva los solaces, de manera que el gobernador salió con solos quince hombres de a caballo, de los cuales fué uno don Pedro de Lovera, de cuyos papeles saqué esta historia; y no quiso Valdivia sacar mas jente, por dejar la ciudad con fuerza, y tambien por tener muchos soldados en las tres casas fuertes, y en la tierra de las minas, de los cuales se pensaba ayudar para la guerra.

Estando, pues, el gobernador cenando dos horas ántes de la noche para partirse llegó el comisario jeneral frai Martin de Robleda de la órden de San Francisco, que era recien llegado de España, y el primero que entró en este reino; al cual pidió Valdivia su bendicion despidiéndose de él no con poca ternura de los dos, y con esto se partió con propósito de ir a la casa fuerte de Arauco; aunque perdiendo el camino con la obscuridad de la noche, llegó al cuarto del alba a las minas; donde estaban cuarenta españoles de a caballo haciendo escolta al oro que se sacaba; por haber en aquel asiento mas de veinte mil indios. Mas como los españoles llegaron allí a ver al gobernador; y saber la causa de su venida y entendieron ser tan infelice, y peligrosa comenzaron a

temer viendo que se queria partir luego dejándolos allí entre tanta jente bárbara en tiempo de alzamiento, y así le hicieron instancia que se detuviese hasta edificar allí un fuerte dònde se recojiesen los mineros y soldados en caso de necesidad. Condescendió Valdivia con ellos, quedándose allí por espacio de ocho dias; en los cuales se fabricó una fortaleza y en el ínterin ordenó que se diese mandato a los españoles que estaban en diversos puestos, para que acudiesen algunos allí a estarse en aquella fuerza, y otros a la casa fuerte de Tucapel; a donde pensaba partirse luego con su jente. Aquella mesma mañana en que llegó a las minas trajo el mayordomo del gobernador llamado Rodrigo Volante, una fuente de plata con seis libras de oro en polvo, y se la puso delante diciéndole que aquel oro habian sacado sus indios el dia ántes, y que cada dia le sacaban otro tanto; por otra parte, le trajeron una hermosa fuente llena de diversas conservas, mas él estaba tan amargo, que ni lo primero le alegró el corazon, ni lo segundo endulzó el gusto, ántes mirando el oro dijo: yo alabo aquel que tal cria, y con esto mandó quitarle de delante; pues era tiempo de tomar las armas, y no de cobdicia de riquezas, y de las conservas tomó una tajada de diacitron, el cual al parecer se le atravesó en la garganta, donde parecia tener un nudo que lo impedia. Habiendo estado aquí ocho dias salió con veinte españoles, de los que en las minas estaban, quedando los demas en la fuerza; y con estos fué caminando a Tucapel, en cuyo camino se le juntaba alguna jente hasta que se vió con sesenta españoles, contando entre ellos sus criados. Iban allí algunos caballeros, y muchos hijosdalgos, como eran el capitan Diego Oro; el capitan Francisco Gutierrez Altamirano; Pedro de Valdivia; Juan de Lomas; Antonio de Bobadilla; Juan de Villarroel, y otros valerosos soldados. Con estos llegó aquella noche a dormir a un lebo, y república que se dice Labalebo, de donde envió seis corredores con Antonio de Bobadilla su caballerizo, para que fuesen descubriendo el campo, mandándoles que volviesen allí aquella noche, mas como amaneciese, y no hubiesen acudido al real, tuvo mala sospecha de lo que podia ser, y echando como dicen, la soga atras el caldero despachó otros seis con el capitan Diego Oro, pero ni los unos ni los otros volvieron. I fué el caso que los primeros seis corredores, y al mejor tiempo que iban su camino, sin hallar, casa que les estorbase se hallaron repentinamente cercados por todas partes de enemigos, sin poder volver atras, ni pasar adelante, y así fueron forzados a pelear, hasta que descansados y heridos, y muertos los caballos murieron todos sin escaparse alguno que volviese a dar la nueva; y como los otros seis no sabian el mal suceso dieron ellos en la mesma fosa, de suerte que tampoco escapó hombre de ellos, habiendo peleado tan varonilmente, los unos y los otros que dejaron el campo sembrado de cuerpos muertos haciendo gran matanza en los enemigos como despues se supo afirmándolo los yanaconas, que llevaban en su servicio de los cuales escaparon algunos.

CAPITULO XLIII.

De la memorable batalla de Tucapel entre Caupolican y Valdivia; donde murió él con todo su ejército, haciéndole traicion el famosísimo indio Lautaro.

El paso mas lastimoso que me parece hai en este libro es este donde la historia agora llega: pues se escribe en este capítulo la desastrada muerte de uno de los mas valerosos capitanes de nuestro siglo, y conquistador de todo Chile; cuyo suceso, hace se me caigan las manos de compasion en tal extremo, que estaba por no prolongar el capítulo mas que lo que el mesmo título significa. Pero por ser cosa tan circunstancionada de muchos puntos tan notables como el principal de que se trata, no quiero perder punto de los que deben apuntarse siguiendo el hilo hasta dar en el extremo donde está añudado. Siendo, pues, tan demasiada la tardanza de los unos, y otros corredores, que corrió el sol en el interior un hemisferio entero y se asomaba ya por cima de los collados a vista del desventurado ejército, causó a Valdivia tantas nubes en el corazon cuanto resplandor, y alegría a la mesma tierra en cuyas yerbas y plantas esparcía sus rayos abriéndose un dia mui fecundo. Entónces intentó Valdivia volverse a la casa fuerte de Arauco, sospechando el lazo que estaba tendido en el camino, como hombre experimentado en topar muchos lances y romper muchas lanzas. Mas como algunos de los suyos fuesen hombres de poca edad, recien venidos de Europa de no ménos fervorosa que noble sangre, deseaban ocasion en que estrellarse, para mostrar sus bríos y ganar fama; y así procuraron animar al gobernador, diciéndole: aquí estamos nosotros en servicio de vuestra señoría: y en particular el capitan Martin Gutierrez de Altamirano le habló algunas palabras para incitarle a pasar adelante, representándole entre otras razones el manifiesto riesgo de la jente que habia mandado le acudiese de la Imperial, que debia ya estar cerca, y daria de improviso en manos de los rebelados. No fué menester mas de media palabra para que Valdivia subiese luego en el caballo, como hombre que jamas habia mostrado rastro de pusilanimidad, ni queria hacer cosa que se le atribuyese a ella: y así les dijo brevemente: señores mios; la causa que me movia a intentar la vuelta hágoles saber, que no es cobardía ni temor, pues en mi vida me lo puso la demasiada fuerza de adversarios: pues como todos saben me suelo arrojar entre mui grandes huestes de ellos, sin que me impida su mucha fuerza, ni la poca jente de mi parte. Mas parecíame a mí agora, que el hacer alto en la casa de Arauco para convocar suficiente número de soldados, y ordenar el ejército segun la oportunidad lo pide, fuera cosa expediente, y acertada para dar mas al seguro sobre los indios, que ya no son los que solian: pues eran ántes conquistados y acometidos, y agora son rebelados y agresores. Mas, pues, vuestras mercedes son de otro parecer no hai para qué dilatarlo un punto: pues el llevarme a la guerra es encaminarme a mi centro: y ha dias que no peleo. Por tanto caminemos luego: que

aunque estoi viejo, soi Valdivia: y no dejo de ser Valdivia aunque soi viejo. Apenas hubieron caminado dos tiros de arcabuz cuando toparon a un indio yanacona mui despavorido y cansado, que les dió la triste nueva de la muerte de los corredores por haber él ido en su servicio; y juntamente un indio llamado Agustin de mucha razon, y experiencia que servia a Valdivia desde el Perú, y le amaba tiernamente se incó de rodillas delante de él pidiéndole con muchas lágrimas que retrocediese, porque los indios que le esperaban eran innumerables, y mui bien aderezados, y resueltos en morir o vencer, haciendo en ello lo último de potencia. Pero ningunas palabras pudieron ser tan eficaces, como aquellas que clavándole el corazon, le habian motejado de hombre poco determinado; por las cuales rompiera con todo el mundo ántes que volver el pié atras un solo instante.

A poco trecho que hubieron caminado se hallaron en un sitio lleno de arboleda por ámbas bandas del camino, y no ménos de indios belicosos, emboscados en ella: aunque es difícil determinar si las matas cubrian a los indios, o los indios a las mesmas matas: ni tampoco es mas fácil de resolver cual de los dos números llegó a ser mas copioso el de las matas, o el de las matanzas. Pero por mas jente que via el gobernador no interrumpió su viaje, como quien no hacia caso de ellos; los cuales con no menor astucia se fueron retirando y cebando a los españoles hasta llegar al sitio donde estaba todo el ejército con disposicion como de jente que habia trazado sus cosas mui despacio. Eran los indios que se hallaron juntos aquel dia poco ménos que aquellos que llevó Vectiges rei de los godos, cuando fué a dar batalla a los romanos: pues (segun Volaterrano) eran doscientos mil los que llevaba: y los de Caupolican pasaban de ciento y cincuenta mil, que aunque no eran godos eran valerosos araucanos.

Estando los dos ejércitos frente a frente a pique de arremeter de ámbas partes se apeó el gobernador, postrándose en tierra en voz alta con hartas lágrimas profesando y haciendo protestacion de nuestra santa fé católica, y suplicando a nuestro señor le perdonase sus pecados y favoreciese en aquel encuentro interponiendo a su gloriosa madre, y diciendo otras palabras con mucha devocion, y ternura, como lo hizo el rei Josafá, cuando vinieron contra él los moavitas y amonitas con opulentos escuadrones, que segun dice el texto sagrado convirtió todo su corazon a Dios, diciendo: si vinieren sobre nosotros todos los males el cuchillo del juicio, la pestilencia, y hambre estaremos firmes en el acatamiento del Señor, invocando sin cesar su santo nombre, y acojiéndonos a él en nuestras tribulaciones. Hecho esto ordenó que saliesen veinte de a caballo a un escuadron donde estaban veinte mil indios que salia a mil indios por un español; estos tenian gran suma de piquería por entre la cual rompian los de a caballo saliendo de la otra parte del escuadron, y revolviendo luego sobre el mismo sin que dejasen de quedar algunos tendidos en estos encuentros. Y era cosa de ver que aun no habia bien caido el hombre en el suelo cuando ya estaba sobre él gran multitud

de indios que acudian a porfia a ver quien podia cortarle la cabeza. Al mesmo tenor tornó Valdivia a enviar otros veinte hombres por el otro lado; a los cuales sucedió lo mesmo que a los primeros que mataban, y morian ganando los indios siempre tierra. Viendo el gobernador el pleito mal parado procuró animar al resto de su jente entrándose con ella entre las grandes huestes, donde por gran espacio de tiempo anduvo la refriega sangrienta sin cesar de morir jente de ámbas partes. Pero como la fuerza del sol iba creciendo, y refrescándose los enemigos, quiero decir entrando siempre jente de refresco, comenzaron a desmayar los pocos españoles que quedaban, de suerte que ya la victoria casi estaba por de los indios. Entónces el gobernador se hizo afuera con los españoles, y en dos palabras les dijo razones de mucha substancia esforzándolos con tanto valor y demostracion de ánimo y esperanza, que los nuestros sacaron mas socorro, y refresco de sus mesmos ánimos, que los indios de la jente que para ello tenian diputada. Y asi acudiendo con nuevo impetu se estrellaron tanto en los indios que les hicieron perder todo el sitio de la batalla sin quedar en él hombre de su bando fuera de los muertos a quienes iban derribando los españoles.

A este tiempo se envistió un espíritu, no sé como le llame; pero no se puede dejar de presumir haber sido extraordinariamente pernicioso, pues ha sido total causa de que en mas de cuarenta años continuos nunca haya faltado guerra dentro de Chile: cosa que dudo haber sucedido en el mundo; pues dentro de un mismo reino, y en unos mesmos sitios conservarse tanto tiempo, y con tal teson la guerra, que un punto no haya de quietud (excepto un año poco mas en que allanó la tierra don Garcia de Mendoza) cosa es cierto que dudo estar escrita, en historia alguna antigua ni moderna. Digo, pues, que se revistió este espíritu en un indio llamado Lautaro, que era caballerizo de Valdivia, y actualmente le tenia los caballos que remudaba: este ha sido la total destruccion de Chile: este la causa de tantas mortandades, que deben de pasar de dos millones: este la ocasion de que se hallan perdido tantas almas, así de los indios que eran ya cristianos y murieron como bárbaros, como de los que van naciendo, y se quedan en su infidelidad sin recebir el santo bautismo: este el que viendo el suceso de la batalla en tal punto se pasó a la banda de los indios sus coterraneos, i dando una voz, les dijo desta manera. ¿Qué cobardía es esta valerosos araucanos? ¿qué infamia de nuestra tierra? que oprobio de nuestra nacion? qué dirán los que supieren que de cuatro hombres medios muertos vais huyendo ciento i cincuenta mil esforzadísimos soldados? Ya veis que hasta ahora he estado de parte de los españoles, i no pensaba mudar propósito, si viera que iban vencidos, aunque muriera yo entre ellos, o ya que vencieran fuera a otros tantos como ellos, o poco mas o a lo ménos no tantos como vosotros: pero que una infinidad de araucanos se rindan a unos hombres tan desmayados, y pocos en número; esta es como una afrenta, y aun mas que ignominia del nombre araucano, y que redunda en mi, que soi uno de los des-

te apellido: por lo cual, si vosotros quereis admitir mi consejo, yo os lo daré presto en las manos; y si nó, aqui están las mias, que bastan para quien ya no puede tenerse en pié: y si Caupolican no quisiere resolver con el ánimo, que la mesma cosa nos está poniendo, aquí está Lautaro.

Y con estas razones diciendo, y haciendo hechó mano de una lanza de treinta palmos, y como un leon desatado se vino para los españoles, trayendo por secuaces las gruesas catervas que habian retrocedido; lo cual puso en el corazon de Valdivia, el concepto que enjendró en el de David el ver que Achitofel se habia pasado a la parte de Absalon que fué la cosa que le dió mas pena. Pero como ya estaba echada la capa al toro, era el postrero remedio humano, el pelear como lo hicieron de ámbas partes trabándose por largo rato nueva refriega hasta que viendo Valdivia que no quedaban mas que cinco o seis de los suyos volvió las espaldas escabuyéndose lo cual pudo hacer por la polvareda que se habia levantando; y llegando a un lugar cosa de un tiro de arcabuz de donde habia partido se halló con el padre Pozo que era su capellan y con él, y Agustin el indio intérprete comenzó a huir; aunqué luego fué alcanzado de los enemigos; los cuales mataron al sacerdote y cojieron a manos a Valdivia, y al intérprete en las cuales fueron los dos en volandillas, llevados delante de Caupolican y Lautaro.

Lo que hicieron del gobernador, i el jénero de muerte que le dieron no se ha sabido con certidumbre hasta hoi: porque fué tan desastrado el suceso que ninguno de los sesenta y tres españoles que entraron en la batalla salió con vida del sitio de ella: a la manera que le aconteció al opulento ejército de Siro rei de los persas que entrando en batalla con los Scitas no quedó un solo hombre de su parte que pudiese llevar la infelice nueva con haber metido doscientos mil hombres en campo. Pues ya que no fueron tantos los que aca murieron, con todo eso valian por muchos escuadrones, como se habia vista hasta entónces, i la pérdida fué la mayor que pudo tener aquel reino. Y aunque el dia era propio de historiador, y mas lleno de coronista que de guerra por ser el propio del glorioso evanjelista San Juan a los veinte i siete de diciembre de 1553: con todo eso no hubo uno que pudiese dar razon del fin último desta desventura ni aun la hubiera dado don Pedro de Lovera de quien saqué lo que escribo si no se hubiera quedado, en el asiento de las minas el dia ántes entre los demas que allí dejó Valdivia; donde por dichos de los indios yanaconas que iban saliendo de la refriega, y huian despavoridos iban sabiendo por momentos el estado destos infortunios, así allí como en los demas lugares del reino.

Con todo eso se vino a saber con el tiempo todo casi lo que allí pasó sin quedar cosa, parte por la mesma falta de los españoles que no volvieron hasta hoi; parte por el sitio de la batalla que se halló tan lleno de cuerpos muertos que estaban unos sobre otros; y no ménos por haberse pasado Lautaro al otro bando; al cual vian cada dia los españoles; pues era el que sustentaba la guerra contra ellos. Tambien se sabe que llevaron los indios muchos despojos así de las joyas y armas de los nuestros co-

mo del bagaje y vajilla del gobernador y los demas caballeros dejada aparte la pérdida de los caballos, que valian mas de doscientos mil ducados: y tambien es cierto que murieron famosos capitanes araucanos que se conocieron muertos en el campo, como Triponcio, Gameande, Alcanabal, Manguié, Curilen, Layan, Ayanquete, y otros de mucha fama. Y aun lo que toca al modo de la muerte de Valdivia ya que no se sabe puntualmente a lo ménos, tiénese por cierto, fué uno de los dos que diré; en los cuales han convenido todos los indios que se hallaron a su muerte, que aunque a la sazon eran enemigos, han venido en el discurso del tiempo gran parte dellos a manos de los españoles unos reducidos, y otros cautivos, y todos ellos sin discrepar alguno han concordado que el linaje de muerte que le dieron fué uno destos dos, de donde parece que se infiere haber sido cierto el segundo, por ser tal que demas de ser mui conforme a la pasion de los indios, y orijinal ocasion de la guerra no era cosa que los indios podian hallar tan a la mano, para inventarla sino la hubieran visto. Y el haber tantos que conviniesen en el otro que diré primero, debió de ser porque buscaban trasa con que la culpa cargase sobre uno solo, y ese algo escusable. Esto fué que estando Valdivia en presencia del jeneral Caupolican, pidiéndole la vida con promesas de que se iria del reino con todos los españoles, apoyando esto el indio Agustin con darles a entender que desta matanza no medrarian otra cosa, mas de la venganza de los españoles que irritados con la muerte de su cabeza vendrian a dar en las suyas, vino a titubear el jeneral, y poner el negocio en consulta, y aun a estar inclinado a otorgar la vida al gobernador. Y viendo esto un cacique llamado Pilmaiquen; a quien él habia hechó vasallo de una criada suya que era Juan a Jimenez, y tenia pasion con su encomendero, y aun contra quien le habia hecho súbdito suyo, sin aguardar mas embites levantó una gran porra que tenia en las manos, y la descargó con gran furia sobre el infelice Valdivia, haciéndole pedazos la cabeza; a cuya imitacion el indio Lautaro atravesó la lanza por el cuerpo de Agustin el intérprete con quien andaba a malas, como persona que vivia con él dentro de una casa segun es costumbre entre jente de servicio.

Esta manera de matanza refiere don Pedro de Lovera, y va con esta lectura sin hacer mencion de otra alguna; pero por ser la segunda tan verosimil y tan digna de saber, y proporcionada a las trazas del cielo la escrebiré aquí aunque no tengo autor cierto dello, mas de que se dice comunmente. Y es que estando los indios con extraordinario regocijo viendo en sus manos al gran capitan de los españoles, hicieron con él muchas fiestas por burla y escarnio, y por remate trajeron una olla de oro ardiendo, y se la presentaron diciéndole: pues tan amigo eres de oro hártate agora dél, y para que lo tengas mas guardado abre la boca y bebe aqueste que viene fundido, y diciendo esto lo hicieron como lo dijeron, dándoselo a beber por fuerza teniendo por fin de su muerte lo que tuvo por fin de su entrada en Chile. Y no es cosa esta que se deba tener por increible; pues demas de las circunstancias que

la verifican, no es la primera vez que se ha hecho en el mundo cosa semejante, segun leemos en las historias donde se refiere que habiendo el rei Ciro muerto en batalla a un hijo de la reina de los escitas llamado Thomyris con todo su ejército y jente de la ciudad, procuró ella en lugar de lágrimas derramar la sangre de su enemigo, poniendo algunos escuadrones sacados de otras ciudades de su reino en una emboscada en el territorio Masagetico, cuyo suceso fué, quedar todos los persas muertos sin escapar hombre, y el rei Ciro entre ellos; cuya cabeza tomó la reina Thomyris y la echó en una odre llena de sangre diciendo: hártate de sangre humana, pues has sido toda tu vida tan sediento della. Desta manera acabó en manos de aquellos a quienes tantas veces habia subyectado el valeroso Valdivia: y desta tambien acabaron los Césares; Márco-Antonios; Pompeyos; Atilios; y otros famosísimos capitanes, que habiendo salido con insignes victorias, vinieron finalmente a morir vencidos.

CAPITULO XLIV.

De la prosapia, y discurso de la vida de don Pedro de Valdivia.

El gobernador don Pedro de Valdivia fué hijo lejítimo de Pedro Oncas de Melo portugues mui hijodalgo y de Isabel Gutierrez de Valdivia natural de la villa del Campanario en Extremadura de mui noble linaje; fué casado con una señora llamada doña Marina Ortiz de Gaete en Salamanca. Despues pasó a Italia dejando a su mujer y tuvo conducta de capitan con mucho nombre. De allí volvió a España: donde con el rumor que andaba del descubrimiento del Perú, y su gran riqueza se determinó a pasar a él, y sirvió a su majestad en la conquista de los Charcas, donde fué maestre de campo del marques don Francisco Pizarro, el cual le dió una encomienda de indios que le rentaba muchos dineros. Pero como tenia tan altos pensamientos, y vió que don Diego de Almagro habia desamparado el reino de Chile, tomó él esta empresa haciendo de nuevo su conquista como está dicho. En esta obra salió con las hazañas, y padeció los trabajos referidos en esta historia por espacio de trece años, que fueron corriendo desde el de 1540 en el mes de octubre, que se comenzó la conquista hasta veinte i siete de diciembre de 53 en que murió. Tambien se ha dicho como volvió al reino del Perú, y se halló en la famosa batalla donde el cruel tirano Carbajal fué preso por industria suya; pues era tanto su valor que el mesmo dia que llegó le entregó el presidente Gasca el campo del Rei, al cual dispuso de manera que el mesmo Carbajal, por ser hombre estraordinariamente industrioso, reconoció que no era posible ser traza de otro sino de Valdivia; con saber que estaba en Chile; y así dijo en viendo la disposicion del ejército o en este campo anda Valdivia, o el demonio; tanta era su prudencia, industria y sagacidad. Su estatura era mediana; el cuerpo membrudo, y fornido: el rostro alegre, y grave; tenia un señorio en su persona y trato, que parecia de linaje de príncipes. Juntaba con gran prudencia la

afabilidad con la gravedad, y el brio con la reportacion; no era nada vengativo en cosas que tocasen a su persona, mayormente con quien se le rendia; y mucho ménos cobdicioso, ni sabia guardar el dinero por ser naturalmente amigo de dar: y aunque jugaba mui largo no se reservaba cosa para sí, gustando mas de darlo de barato, aun lo que ganó al capitan Machicao, que fué tanto que en sola una mano fueron catorce mil pesos de oro al juego de la dobladilla. Lo cual quiero que no se haga difícil de creer a los que en Europa lo leyeren, pues han sucedido muchas veces en las Indias, como se vió de seis años a esta parte en la villa de Potosí: donde jugando dos hombres ricos paró el uno dellos veinte i cinco mil pesos a una mano, y el otro envidó un injenio suyo donde se beneficiaban los metales, que valia mas de cuarenta mil: aunque estando ya para descubrir las cartas se las quitó de la mano el correjidor que estaba presente el cual era don Pedro Zores de Ulloa, que aunque es harto magnánimo y maniroto, no quiso pasar con este lance pareciéndole que lo seria mal contado haberse ejecutado en su presencia. I por no acabar en cosas de juego la vida de un hombre tan sustancial y valeroso le doi remate con decir que toda ella es juego por mas estimada que haya sido; por mas cosas heróicas en que se haya empleado, por mas estátuas que deje levantadas en su renombre: si no se emplea toda en el servicio del señor universal del mundo, y en las batallas de los enemigos invisibles del linaje humano: y en las victorias que se premian con la corona de eterna gloria: la cual sea nuestro señor servido de dar por los méritos de su hijo Jesucristo: y a nosotros gracia para conseguirla por los mesmos.

CAPITULO XLV.

De la memorable batalla entre los catorce de la fama y los indios araucanos, y de la pérdida del fuerte de Tucapel.

En este capítulo me siento por casi necesitado a prevenir al lector con persuacion a la credulidad por ser las cosas, que en él se refieren tan grandiosas que podrian tener sonsonete de las que se cuentan en los libros de caballerías, sino sanjásemos bien este punto en un argumento manifiesto, y es que al tiempo que estoi escribiendo estos renglones están muchas personas a la mira que se hallaron a la sazon en os Estados de Arauco; las cuales son fidedignas y concordes en las coas que en los papeles de don Pedro de Lovera haya escritas de los cuaes saco yo las que aquí refiero. Estando pues el jeneral Caupolican on su ejército puesto al paso por donde habian de ir concurriendo los spañoles de diversas parte a formar el suyo, y teniendo aviso que venia or el mesmo el gobernador, acordó de enviar jente que se aposesiona- de la fortaleza de Tucapel, que era la mas cercana; para que los esañoles no hallasen refujio en que acojerse. Y así el dia ántes de entrar a la batalla con Valdivia, que fué el de San Estevan, escojió algunos dios de muchas fuerzas, y les dió todas las dagas que halló entre los



indios para que las metiesen en algunos haces de yerba, y cargados con ella se entrasen en la fortaleza entre los demas indios de servicio, pareciéndoles que no se repararia en ello, por no estar hasta entónces declarado del todo el alzamiento. Estaba a la sazon por capitan de la fortaleza Martin de Ariza con doce soldados mui bien apercebidos, y no mui seguros por lo que habia sucedido en la matanza de los cuatro españoles, que habian los indios cojido descuidados cuando mataron a Diego Maldonado; con todo eso tuvieron oportunidad de entrar los araucanos disimulados con un capitan mui animoso, llamado Chinchepillan y yéndose derechos a la caballeriza con la yerba en lugar de dársela a los caballos comenzaron a darles la muerte. Estaba entónces un soldado puesto de centinela el cual viendo entrar tanto número de indios, y no de los que salian que eran siempre muchachones, tuvo mala sospecha y acudiendo a la caballeriza echó mano a su espada y comenzó a pelear con los indios dando voces; a las cuales despertaron los soldados que estaban durmiendo la siesta, y acudieron con tanta presteza, que hallaron al centinela en la refriega hecho una centella, y dando todos en los indios mataron muchos dellos, echando a los demas fuera de la fortaleza, en cuyo seguimiento fueron peleando algun trecho. Era tan prevenido el jeneral Caupolican que apénas habia despachado a los indios con el capitan dicho, cuando envió tras ellos otros dos mil, para que les acudiesen al tiempo de la necesidad; y así lo hicieron en este lance que viendo a los españoles desencastillados acudieron de tropel a dar en ellos. Pero fué tanto el esfuerzo de los nuestros que sin jénero de sobresalto pelearon como si fueran muchos mas; y viendo que iban siempre entrando enemigos de refresco se fueron retirando con mucha reportacion, sin dejar de pelear un solo punto, hasta entrarse en el fuerte y muchos indios con ellos a continuar la pelea dentro de la fortaleza. Pero alzando los españoles la puente levadiza dieron en los contrarios que estaban encerrados sin dejar hombre a vida; y para destruir o ahuyentar los que estaban fuera jugaron la artillería; y usaron de las escopetas con grave estrago de los indios; los cuales así por esto como porque cerraba la noche se retiraron, alojándose en lugar de donde pudiesen acudir a la madrugada.

Viendo el capitan Martin de Ariza el manifiesto riesgo que allí corria así por la gran fuerza de enemigos como por el mucho temor, de los suyos, que flaqueaban mucho y le insistian a que huyese, tanto que temió le habrian de matar si no lo hacia, se resolvió en desamparar la fortaleza; y así lo hizo dejando toda la artillería bastimentos y alhajas sin sacar cosa mas que los caballos en que iban, ni aun indios que los guiase. Desta manera partieron cerca de media noche con harto temor invocando el ausilio de Dios N. S. y su Santísima Madre con cuyo favor llegaron al amanecer a la ciudad de los Infantes que era la mas cercana de aquel puerto. A la mesma hora acudieron los indios al fuerte con muchos tablones y machinas para escalarlo, y con propósito de cegar el foso para entrar mas a su salvo: mas como llegasen con sus acostumbrados alaridos,

y no hallasen resistencia, ántes la puente tendida y la puerta abierta temieron mucho mas sospechando, que habia algun estraordinario ardid, y lazo armado para cojerlos. Mas por no mostrar cobardía se determinaron algunos de los mas esforzados, a entrar de tropel, como lo hicieron hasta los últimos ricones de la casa con tanto regocijo por haber hallado mucho en que hacer presa cuanto digusto en habérseles ido los españoles, en los cuales pensaban esconder los hierros de sus lanzas, y descubrir las fuerzas de sus brazos. Mas no poco contentos con los despojos se fueron a donde estaba su jeneral con todo el ejército dando mil saltos por el camino, y llegando a él se solemnizó la fiesta de la muerte de los españoles con su gobernador Valdivia, y la huida y preceas que tomaron de estos doce.

Estando pues celebrando estas victorias con grandes banquetes y borracheras llegó un mensajero a dar aviso, de que por el valle de Licura iban entrando algunos españoles: cuya nueva puso en alboroto a todos los que estaban mui metidos en su fiesta y.... Mas el jeneral Caupolican como hombre valeroso y reportado, dijo en voz alta que se estuviesen todos quietos, y pasase adelante el regocijo: y con mucha serenidad habló aparte a algunos capitanes señalándoles cuatro mil hombres para que fuesen en sus compañías marchando hasta encontrarse con la jente española en sitio donde pudiesen pelear cómodamente. Llegando, pues, a las riberas de la laguna de Licura, divisaron a los españoles que venian hácia ellos que eran catorce hombres los cuales salian de la fortaleza de Puren convocados de don Pedro de Valdivia, de cuyo desastrado suceso estaban ignorantes. Estos catorce hombres luego que vieron la multitud de indios tan adunados, y que por otra parte no habian topado indio en todo el camino como solian, luego tuvieron mala espina imajinando lo que podia ser poco mas o ménos. Y comenzando a apercibirse para la pelea vieron salir un indio del escuadron contrario llamado Punpun: el cual se fué para ellos, y les dió un pliego de cartas, las cuales entendieron ser del gobernador, y abriéndolas a gran priesa hallaron ser sus mesmas firmas, y que era el pliego que ellos habian despachado al mesmo Valdivia, el cual no llegó a sus manos por haber venido a la de los indios, y en particular a las de este Punpun que lo cojió disimuladamente, por ser cosa en que ellos no reparaban. Juntamente con esto les dió el indio la infelice nueva de los desastrados sucesos, que no poco los entristeció: pero el ver la muerte a los ojos les hizo tratar de lo que tenian ante ellos entrando en consulta con los suyos el caudillo que era Juan Gomez de Almagro con la brevedad que la ocasion presente requeria.

Y aunque les era fácil volver las espaldas, y entrarse en su fortaleza sin ser alcanzados por ir ellos a caballo, y los enemigos a pié; con todo eso se determinaron de acometer abalanzándose al primer escuadron de indios, y atropellándolos sin cesar de pelear y pasar adelante dando de una en otra escuadra, de suerte que pelearon los catorce como si fueron catorce mil dejando muchos indios muertos saliendo todos ellos

con vida aunque algunos con heridas peligrosas. Fué tan estraordinario su valor que los indios se conocieron por vencidos, y como tales despacharon a gran priesa mensajeros a su jeneral para que enviase jente de socorro: el cual mandó luego salir al capitan Lautaro con treinta mil hombres bien pertrechados de armas defensivas y ofensivas, así de las que ellos usan como de las que habian despojado a los espanoles: y marchando a toda priesa, aunque con puntual órden en su ejército, alcanzaron a los españoles en la tierra de Tomé. Cuando los españoles vieron tal espectáculo, quién dirá que no se espantaron, i perdieron el ánimo? mas en efecto, de las palabras que dijeron, se podrá colejir lo que en tal trance pasó por sus corazones: porque diciendo uno de ellos (1) o si fueramos cien hombres,—qué matáramos de jente—respondió otro mas valiente: no te turbes ni te asombres con los que tienes de frente;—igual fuera ser dos ménos—quedando en una docena,—que así fuéramos mas buenos;—aunque desta jente ajena—fueran los campos mas llenos,—este fuera menor daño,—ántes ventura mui rara,—porque el mundo nos llamara—los bravos doce del paño,—y así en mas nos estimara. Y diciendo y haciendo partió a todo correr hácia los indios, y los demas españoles en su seguimiento: y dieron principio a la batalla tres horas ántes de la noche sin interrumpirla en todo el tiempo que les duró el dia, hallándose al fin dél todos los españoles vivos, y no pocos indios muertos; pero como la multitud de los enemigos fuese tan excesiva, que los tenian cercados por todas partes, no poseian los nuestros mas tierra que la que ocupaban con sus caballos. I como viesen que la noche les desayudaba, y los indios se iban cerrando para cojerlos a manos, acometieron de cuando en cuando rompiendo por entre los indios, y tornándose a recojer con el mejor órden que podian. En estos encuentros mataron a Pedro Niño, a don Leonardo Manrique, y a Pedro de Neira, y los demas que viañ su perdicion acordaron de huir cada uno por su parte arrojándose a un rio, que allí estaba; muriendo en el camino en manos de los enemigos un valeroso soldado, que se llamaba Diego Garcia; i otro llamado Gabriel Maldonado; y finalmente Sancho de Escalona.

Pasaron los demas el rio, como mejor pudieron, hallándose juntos cinco hombres de la otra banda; los cuales se fueron a la laguna de Licura por donde habian entrado: y en el camino hallaron a su capitan Juan Gomez de Almagro; y al capitan Gregorio de Castañeda, que estaban a pié: y todos siete comenzaron a proseguir su viaje sin cesar de encontrar enemigos con quien peleaban; por lo cual se hubieron de quedar en el camino los dos de a pié, el uno por no poder tener con los demas, y el otro, que era Andres Hernandez de Córdova por haber rodado con su caballo por una ladera abajo donde quedaba mui

(1) La esclamacion del uno y la respuesta del otro están en verso, como podrá notarse fácilmente, aunque en el manuscrito se hallan escritas como si estuvieran en prosa.



lastimado. Los otros cinco que restaban, llegaron con harto trabajo a la fortaleza de Puren que estaba dos leguas del sitio de la batalla: y hallaron al capitan don Pedro de Avendaño, que habia llegado con treinta españoles, pensando ser vivo don Pedro de Valdivia, a quien iba a dar socorro para la guerra. Sabida por todos los de la fortaleza la desastrada nueva, y perdicion de la tierra acordaron de salirse del fuerte, y acojerse a la ciudad Imperial, que estaba doce leguas de allí, y así lo hicieron partiéndose luego que salió el sol a punto que llegaba otro soldado de los catorce que no habian podido llegar allí hasta entónces. En este ínterin venia caminando por otra parte el capitan Juan Gomez de Almagro a pié y solo, habiéndose escapado de los enemigos en un bosque donde estuvo escondido toda la noche. I quiso su ventura que a cabo de rato topó a un indio yanacona que estaba escondido con el mesmo temor que él. Y lo envió a la fortaleza de Puren a dar aviso de como quedaba a pié, y mui fatigado para que fuesen a socorrerle. Llegó este indio al fuerte a tiempo que ya se habian ido los españoles, y no habia en él mas que un cacique llamado Alcmanque con algunos indios; el cual mandó al yanacona que fuese luego tras los españoles con el aviso que llevaba; y por otra parte despachó a un hermano suyo en busca del capitan Almagro para que procurase ponerle en salvo. Apénas habian partido estos dos indios, cuando llegaron algunos escuadrones de enemigos, y pusieron fuego a la fortaleza, estando ellos mas encendidos en él por no hallar en ella a los cristianos. Cuando los españoles oyeron la embajada del indio yanacona se determinaron en que algunos dellos se volviesen al fuerte, a socorrer al capitan Almagro. Pero como hallaron tantas huestes de enemigos que estaban poniendo el incendio fueron forzados a emplearse en otro asunto, que fué el trabar batalla con ellos sustentándolos por gran rato hasta que de mui cansados hubieron de dar la vuelta en prosecucion de su viaje. Dentro de poco tiempo alcanzaron a los demas españoles que lo estaban esperando, y con ellos el capitan Almagro, que ya habia llegado a donde ellos estaban con la buena industria del indio que los guiaba: y todos juntos se fueron a la ciudad Imperial a dar las nuevas de los desastrados sucesos de aquellos tres dias. Murieron en esta batalla siete españoles; que fueron don Leonardo Manrique, Juan Cortes, Escalona, Pedro Niño, Andres Hernades de Córdova, Diego García, y Andres de Neira, quedando vivos otros siete que fueron el capitan Juan Gomez de Almagro, el capitan Gregorio Castañeda, el capitan Juan Moran que salió con un ojo, Martin de Peñalosa, Gonzalo Hernandez, Sebastian Martines de Vergara y el capitan Maldonado.

CAPITULO XLVI.

De la destruccion de algunas ciudades de Chile, y eleccion de Francisco de Villagran por gobernador.

La grande novedad del estado de las cosas de Chile dió mucho que

pensar así a los indios como a los españoles sobre el entablar cada bando sus negocios segun los sucesos iban enseñando, y hablando primero de los indios, es cierto que casi todos ellos se determinaron en no hacer alto sino seguir con sus ejércitos hasta las ciudades que estaban fuera de Arauco sin alzar mano de la guerra en tanto que quedase en el reino un solo español. Pero algunos indios prudentes y esperimentados como Peteguelen, Colocolo, Villarapue, y Labapié fueron de parecer de que no saliese hombre de Arauco y Tucapel; porque la insigne victoria con que en tres dias habian muerto al gobernador, y su ejército, y destruido dos fortalezas sin dejar español en sus provincias, aunque por una parte convidaba a proseguir la guerra a fuego y sangre; por otra daba que temer, pues éra cierto que los españoles habian de echar el resto procurando vengarse con todo su caudal y fuerzas. Cuadró este parecer a todos los demas indios: y así de comun acuerdo se estuvieron quedos y a la mira hasta ver el rumbo que tomaban los españoles. Habia en este tiempo grandes sementeras de trigo en los Estados de Arauco que pasaban de cien mil hanegas sembradas por los españoles: y como los indios no sabian el modo en que se suele usar del trigo no hacian mas que cocerlo, y así lo comian hartándose luego de agua: lo cual fué causa de gran mortandad en todo Arauco: pero ellos por disimular su barbaridad, y por no dar ánimo a los españoles con su menoscabo lo tuvieron tan oculto que no se supo en los demas lugares del reino hasta haber pasado muchos meses.

La perplejidad de todos los españoles de Chile en esta coyuntura, fué la que se podrá pensar en un negocio que les puso en tanto aprieto. I el primero que comenzó a tratar del remedio fué el mariscal Villagran que a la sazon, andaba visitando los términos de Valdivia, el cual acudió luego a la ciudad, y trató con los rejimientos de ella de que se elijiese cabeza para todo el reino miéntras su majestad o el virrei del Perú proveian de gobernador: y que él seria el primero que obedeciese a cualquiera que fuese el electo para tal oficio: y sobre esto hizo un largo razonamiento a toda la jente principal con palabras de tanta ponderacion y sentimiento cuanto el caso y tiempo lo requeria. Juntáronse a esto los rejidores, tomando pareceres de los hombres mas substanciales del lugar, y todos unánimes nombraron al mesmo mariscal Francisco de Villagran; el cual habiendo dado el mejor órden que pudo en las cosas, se partió a la ciudad Imperial, y de allí a la Concepcion siendo en todas partes recibido sin contradiccion alguna por otra parte enviaron a llamar los de las ciudades primeras del reino al jeneral Francisco de Aguirre que estaba en el reino de Tucuman en pretension del gobierno de aquella provincia, el cual acudió luego a la ciudad de Coquimbo donde tenia su casa: y comenzó a tratar de que se le encargase el gobierno de Chile por estar nombrado para ello en un testamento cerrado que se halló de don Pedro de Valdivia. Sobre lo cual duraron por algun tiempo algunas disensiones en el reino. Miéntras se puso esto en ejecucion en las ciudades que habemos dicho estaban en

grande aflixion los de la Villarica por ser la jente poca y estar mui cerca de los enemigos. Y así se resolvieron en desamparar la villa, como lo hicieron acojiéndose a la ciudad Imperial donde estaba Pedro de Villagran por correjidor y teniente jeneral. Tambien los del asiento de las minas viéndose en el mesmo peligro dejaron su poblacion desierta y se fueron a la ciudad de la Concepcion, que tambien estaba en no pequeño conflicto. Y finalmente los moradores de la ciudad de los Confines que era recien fundada en el Lebo de Angol despoblaron su ciudad, y se fueron a la de la Concepcion con el temor que tenian a los enemigos de suerte que pudo tanto la rebelion de los indios, que al primer lance se despobló medio Chile: cosa que hasta hoi no se ha acabado de restaurar.

CAPITULO XLVII.

De algunos desasosiegos que hubo entre los españoles, sobre el gobierno; y una batalla que aperbibieron contra ellos los indios araucanos.

Luego que se supo la muerte de Valdivia en Santiago, trataron sin dilacion los rejidores; y otras cabezas de la ciudad, de enviar socorro a la Concepcion teniendo por cierto, que los enemigos habian de dar en ella de recudida por ser la ciudad mas expuesta a sus tiros que a la sazon habia en Chile. Para esto enviaron con gran brevedad al capitan Francisco de Riveros con alguna jente de socorro el cual cuando llegó a la ciudad halló en ella al mariscal Villagran recibido por gobernador, como las demas ciudades de arriba. Y aunque el capitan Riveros llevaba poderes del cabildo, y justicia mayor de Santiago, como de la cabeza del reino para que recibiesen a Rodrigo de Quiroga por gobernador nombrado por tal en el mesmo cabildo con harta repugnancia suya; con todo eso no quiso este capitan exhibir los poderes ni tratar de ellos por evitar las disensiones que podrian resultar dividiéndose la jente en bandos contrarios unos por Villagran y otros por Quiroga.

En este tiempo llegó a Chile el jeneral Francisco de Aguirre dejando el gobierno de las provincias en que actualmente estaba de los Diaguitas y Juries, por haber sido llamado de algunos amigos suyos para que entrase en el gobierno de este reino, en cuyo oficio le dejó nombrado Valdivia en un testamento cerrado que se halló suyo. Llegado Aguirre a la ciudad de la Serena donde tenia su casa, y habia siempre sido cabeza del pueblo comenzó a juntar alguna jente, que se le llegaba, intitulándose gobernador, y dejándose llamar señoría, por ser título consiguiente a tal oficio de manera que en las tres primeras ciudades de Chile, que eran entre sí inmediatas habia tres gobernadores como quiera que no hubiese alguno de derecho. Y pretendiendo Villagran allanar este barranco envió a la ciudad de Santiago cuatro personas principales con el capitan Maldonado, para que tratasen de este negocio dando traza en qué le recibiesen, como en las demas

ciudades lo habian hecho. Mas como en esta ciudad habian nombrado por gobernador a Rodrigo de Quiroga, con quien estaban contentos no quisieron innovar cosa acerca desto dando por respuesta a los embajadores, que no era razon deponer tan presto a Rodrigo de Quiroga sin demérito suyo habiendo sido lejítimamente nombrado en el oficio, por ser las personas que le nombraron, a las que derechamente incumbia hacer esto: por ser las del rejimiento y poder de la ciudad, que es cabeza de todo el reino. Oyó Villagran esta respuesta con igualdad de ánimo, y sin mudar semblante: por ser hombre de mucha prudencia, y sufrimiento; y tenia por mejor disimular todo lo posible en razon de no causar mas inquietud que la que el reino se tenia de suyo. Y con grande discrecion, y miramiento acordó acudir a los negocios del gobierno como quien tenia cargo dellos, haciendo lo que convenia sin ponerse a deslindar, ni sacar en limpio la resolucion del caso que se trataba. Y así apercibió su jente para ir en busca de los enemigos sacando ciento sesenta y dos hombres de a caballo mui bien aderezados y bastecidos de lo necesario dejando en la ciudad noventa hombres que la defendiesen. Y así mismo llevó por delante ocho tiros de bronce con la municion necesaria para ellos, y todos los demas pertrechos, instrumentos y vituallas, que podian ser de momento en la jornada. Y para proceder en todo con mas órden, nombró por maestre de campo al capitan Alonso de Reinoso; hombre anciano versado en cosas de guerra: y por alferez jeneral al capitan Juan de Alvarado, haciendo así mismo eleccion de otros capitanes y oficiales de guerra con los cuales partió de la Concepcion en fin del mes de febrero de 1554.

En este ínterin estaban los enemigos durmiendo: pues tenian por cosa cierta que los españoles habian de volver por sí, y vengar la muerte de su cabeza: y en particular un cacique llamado Peteguelen y otro cuyo nombre era Colocolo, que tuvieron noticia de nuestro ejército, procuraron estar con recato, apercibiéndose para su defensa, y convocando toda la jente que pudieron de las provincias comarcanas. Y aunque los hombres de pelea que tenian en su tierra estos dos caciques, pasaban de doscientos mil; con todo eso acudió jente de todo el reino aun del archipiélago de Chiloé que es lo último descubierto. Y habiéndose concertado todos estos indios, se distribuyeron por sus escuadrones bien formados y opulentos situándose en la entrada de Arauco, junto al rio de Laraquete aposesionándose con tiempo en el sitio mas cómodo que habia para su intento. Pero todo esto no fué parte para que Villagran se detuviese en la ciudad, que está siete leguas del sitio, que ocupaban los indios: ántes sabiendo que le esperaban salió con mayor presteza dejando por su lugar teniente a Gabriel de Villagran, habiendo despachado a Gaspar Orense natural de Burgos con papeles de importancia para verse con su majestad y darle cuenta de la muerte de Valdivia y del estado de las cosas de Chile.

CAPITULO XLVIII.

De la batalla de Arauco entre el mariscal Villagran y los dos capitanes índicos Peteguelen y Colocolo.

En este tiempo acertó a llegar a la ciudad de Valdivia, el capitan Francisco de Ulloa, con los navíos y jente que habia llevado al descubrimiento del Estrecho sin haber hallado otra cosa, que trabajos i calamidades innumerables de hambre, sed y tormentas, y aun enemigos bárbaros en cuyas manos dió, viniendo desbaratado a tomar refresco en sus pueblos, que están en la mesma costa de Chile aunque muchas leguas mas arriba. Y si no fuera por la dilijencia que tuvo en recojer su jente a gran priesa embarcándose con ella ántes que se juntara mas fuerza de indios, quedara sin duda preso en sus manos: porque apénas habian entrado en los bateles, cuando ya estaban en la playa innumerables bárbaros, puestos a punto de pelea. Y como supo Ulloa la muerte de Valdivia, y sucesion de Villagran en su oficio acudió luego a donde él estaba, a verse con él, y ayudarle en lo que se ofreciese. Alegróse mucho el gobernador con la llegada de Ulloa, y los navíos para aprovecharse de ellos en tal ocasion que era mui urjente. Y así despachó luego a Gabriel de Villagran a la ciudad de Valdivia para que cargase un navío de aquellos de todos los mantenimientos que pudiese recojer, y los pusiese en el puerto de la Concepcion para el sustento de la jente que andaba en la guerra. Efectuó esto Gabriel de Villagran mui cumplidamente basteciendo al campo del rei de las vituallas, municion y jente, que pudo recojer para su socorro; poniéndole el gobernador por capitan y justicia mayor de la Concepcion se partió con su ejército en busca de los enemigos. Fué el ejército marchando con mucho órden caminando una legua cada dia, hasta el séptimo en que hicieron alto, no para descansar de las obras de trabajo, sino para poner las manos en la labor acometiendo a los enemigos. Llámase el lugar donde paró el ejército, el valle de Chivilingo: donde siendo informado el mariscal del sitio, donde los indios estaban, salió en busca de ellos por la cuesta de Aveman, que es algo montuosa; aunque no de suerte que impida el paso a los caballos. A este punto fueron los enemigos ocupando el camino, por donde acababan de pasar los nuestros: los cuales como le hallasen cerrado al tiempo de dar la vuelta, procuraron de echar por la vereda ménos embarazada; recojiéndose al mesmo valle de Chivilingo, para dar principio a la batalla. I llevando la vanguardia el maestre de campo comenzó el ejército a subir con mucho órden por una loma, de donde se hacian señores de los enemigos, que estaban ordenados en la llanada del valle. Habiendo llegado a lo alto de la loma, se plantó la artillería en ella, estando en guarda suya veinte soldados de a pié con espadas, y rodelas y algunos con montantes, para que estuviese mas segura. I como los nuestros diesen ojeada al contorno para divisar por qué parte venian los indios a dar batalla, no pudieron discernirlo, por ser tantos, que a donde

quiera que volvian los ojos, no veian pedazo de tierra que no estuviese cubierta dellos, en todos los cerros y collados, y el gran valle que tenia de largo mas de dos leguas. Todos estos fueron llegando poco a poco hácia la loma: y algunos escuadrones comenzaron a subir por ella, con grandes alaridos y fieros blandiendo las lanzas y tirando saetas; ultra de otras muchas especies de armass que meneaban; las cuales eran nuevamente inventadas, sin haberse jamas visto en Chile ántes desta coyuntura. Fué el espectáculo mas pavoroso y horrendo que se vió jamas en Chile, este de que tratamos: así por ser el número de los indios mayor que jamas lo habia sido ántes, ni despues acá se ha visto, como por los furibundos brios y bravatas; con que se contoneaban tanto, que muchos de ellos desafiaban a los españoles llamándoles por sus nombres para que saliesen uno a uno, al modo que lo hacia Goliath retando a los israelistas, para que saliese con él la persona mas esforzada. Comenzóse la batalla a fuego y a sangre andando por buen rato trabada la refriega con estraordinario mormollo, y voceria: y aunque al principio hubo escaramuza por un rato mas, viendo Caupolican que perdian mucho los suyos en este jénero de pelea, mandó que ninguno saliese de los escuadrones, ni se menease del puesto a que estaba diputado. Viendo esto los de nuestro bando jugaron la artillería con grandísimo daño de los contrarios; aunque no se podia discernir por entónces por la innumerable multitud en que cualquiera mella era casi imperceptible: y por la sagacidad de los indios, que en llevando alguna bala diez o doce, o mas hombres de un escuadron los echaban luego por entre los piés cerrando la escuadra con tal presteza que no se divisaba el menoscabo, y aunque era mui notable, se notaba.

Con todo eso sentia mucho Caupolican el grave detrimento, y destruccion de su jente, que para él era manifiesto, y pareciéndole que convenia guiar el negocio por otro rumbo envió gran suma de indios, que impidiesen el camino cortando muchos árboles con que cegar las veredas, de suerte que cuando los españoles fuesen a pasar, no tuviesen por donde, y quedasen en manos de sus adversarios. De mas de lo cual les mandó hacer con gran presteza un fuerte en medio del camino en lo mas alto de la cuesta de Areman para oponerse a los nuestros mas a su seguro. Y por estar cierto de que allí tenia mas segura la victoria, mandó que los escuadrones se retirasen dando lado a la batalla. Pero viendo que los españoles tomaban deste motivo para engreirse y dar tras ellos, revolvió otra vez con mas cólera ordenando a los suyos que se acercasen a nuestros reales, no parando hasta lo alto de la loma. Y por la cuesta que bajaba al camino real envió dos escuadras, que ganasen la artillería miéntras los demas se entretenian en la refriega. Grande fué la aflixion de Villagran en este trance: mas como era tan brioso y esforzado procuró animar a toda su jente y en particular a los que estaban con la artillería. Y viendo venir hácia ella un capitan bárbaro, llamado Millaren, con grande orgullo, y denuedo adelantándose como vencedor y triunfante, dijo Villa-

gran a un soldado de grande ánimo y conocido por tal: Ah Diego Cano! por amor de mí que abajeis los brios a aquel capitanejo, que viene mui arrogante. Apénas lo hubo dicho, cuando el soldado arremetió al indio, y le atravesó con la lanza de parte a parte ántes que acertase a revolverse. A esto acudieron todos los enemigos, y se trabó la batalla cuya furia sentian la tierra y los vientos, señalándose dos españoles mas de lo que acertare a escribir en esta historia: y tanto como los que se leen en cualesquiera otras por memorables que sean, mayormente por haber durado gran parte del dia hasta que ya los caballos no podian rodearse encalmados del calor del sol, y molidos del cansancio de correr a todas partes, sin serles alivio el pisar siempre en blando, esto es en los cuerpos muertos que no dejaban tierra descubierta. Y como toda la ánsia de Caupolican era ganar las piezas, que hacian piezas a los suyos mandó una vez que acometiesen inumerables indios todos a una a la jente, que estaba en su guarda, aunque muriesen muchos dellos a trueco de matar aquellos pocos. Y por ser este señor tan obedecido acudieron todos puntualmente a su mandado, y se abalanzaron a los nuestros con tanto ímpetu que con solos los cuerpos sin usar de armas bastaron a ahogarlos. Y matando once del primer encuentro pusieron en huida a los otros nueve, quedando señores de los tiros, que fué el mayor tiro que pudieron hacer a los españoles en castigo de su tirania; que por tal tenian el haberse aposesionado de sus tierras. Fué gradísimo el regocijo de los bárbaros en ver la artillería ganada con tal arte; y alzaron un alarido que parecia undirse los cerros, y valles del contorno, y caerse un pedazo del cielo abajo. Y teniendo el negocio por concluso, comenzaron a pelear sin órden, y concierto desbaratando los escuadrones y no dando oidos a la direccion de los capitanes. En este trance desmayaron los españoles: aunque procuraron recuperar la artillería perdida acometiendo a ella sin sacar otra cosa que heridas y muerte, viendo Villagran el juego perdido mandó a su jente que se bajase a la marina, para probar la mano a ver si les iba mejor que en el lugar alto; lo cual pudieron hacer algunos quedando los demas sin fuerzas para romper por entre tantas escuadras. Acudieron entónces los indios a cerrar con los nuestros; y llevándolos de vencida los hicieron subir hasta el remate de la loma, arrinconándoles en un despeñadero que cae sobre el mar de mas de dos mil estados en alto, de suerte que fueron forzados a hacer rostro o precipitarse. Ya que Villagran reconoció la victoria de parte de los enemigos, mandó a los suyos, que se retirasen en órden: mas aunque el retirarse fué puesto en ejecucion no lo fué en guardar órden: ántes cada uno huia por el lugar que hallaba mas desembarazado, sin mirar donde iba a parar, ni si iba solo o acompañado. Con esta infelicidad volvieron los nuestros las espaldas muriendo muchos en el encuentro de los indios que hallaban por delante. Y los que llegaban al camino pensando ser mejor librados, hallaron la cuesta de Aveman cuajada de enemigos, y cerrado el camino con la multitud de matas, que los mataban, y troncos de árboles que les troncaban las piernas

a los caballos. Demas de lo cual estaba ya la fortaleza armada en medio del camino de mui fuertes estacas, fajina, i otras muchas albarradas, en que iban tropesando los caballos. Y como faltaba ya la fuerza a los españoles, no pudiendo atropellar tantos estorbos dieron guiñadas muchos dellos, desechando el camino, entendiendo que suele ser la mejor traza para acertar en lances perdidos el ir el hombre perdido y descaminado. Todos estos fueron seguidos y acosados de los indios hasta dar en la altura de un precipicio donde por ir tan ciegos de temor, i furia de los caballos se despeñaron todos sin quedar hombre encontrándose en el aire unos con otros con no poca enviadia de los indios que la tenian al aire el cual bebian por ver muertos a sus manos, los que vian morir en las plumas del viento. Por otra parte iba Villagran con solos treinta hombres que seguian el camino real seguidos de todo el ejército de los contrarios, que muchas veces iban a las colas de los caballos hiriéndolos a gran priesa. Y ultra desto llevaban unos lazos armados en las puntas de las lanzas, los cuales echaban a los españoles para sacarles de las sillas tomando los nuestros por remedio el travesar las astas por las celadas para impedir la entrada de los lazos. Ya iban los cristianos tan de caida, que estaban a pié algunos dellos perdidos y desarmados; entre los cuales hubo hombre tan sagaz, y animoso, que sacó a otro de la silla subiéndose él en ella con presteza para valerse mejor con la lijereza de su caballo. Desta manera fueron peleando cinco leguas, hasta Andalicau, que es lugar mui llano, y razo; en el cual descansaron los pocos que salieron vivos habiéndolos dejado los indios por cobdicia de los despojos que volvieron a buscar al sitio de la batalla. Y en efecto hallaron muchos de grande precio, como plata labrada, joyas de oro, vestidos ricos tejos de oro, espadas lanzas y arcabuces, ultra de las ocho tiros que fué la mayor pérdida de todos. Murieron este dia en la batalla y alcance noventa y seis españoles cosa nunca vista en Chile entre los cuales fué un sacerdote llamado Pedro de Vades; y el capitan Juan de Zamano; el capitan Diego Maldonado; el alcaide Alvaro de Zamora; Alonso de Almaras; Alvaro Nuñez; Hernando de Alvarado y otros caballeros de mucha estima. Y de parte de los indios murieron pasado de cien mil y entre ellos los famosos capitanes, Raiveno; Quilan: Millanque; Aliavaro: Ayete; Unpillan; Taicapillilbo; Aillupan; y Quinchau, ultra de los heridos, que fueron en mayor número.

CAPITULO XLIX.

De como se despobló la ciudad de la Concepcion.

Pocas veces sucede contentarse la fortuna con dar un trabajo solo al hombre a quien ha tomado de propósito por toreros de sus lances. Habíanse escapado algunos destos pobres soldados, que eran sesenta y seis de las manos de los enemigos con pérdida de su sangre y armas: y cuando llegaron a refrijerarse al rio de Biobio, el refrijerio fué no hallar en que pasarlo por estar la barca rota, siendo tan necesaria la pasada, que

el quedarse allí no era otra cosa que entregarse a sus contrarios, los cuales sin duda alguna habian de sobrevenir dentro de pocas horas, habiendo recojido los despojos. Por otra parte, habia gran necesidad de curarse todos de sus heridas y alojarse en lugares abrigados, por ser grande el peligro que corrian en aquel campo. No tuvo Villagran otro remedio sino enviar algun soldado a la ciudad por jente de socorro, que acudiese con algunos indios yanaconas a dar traza en hacer algunas balsas para pasar el rio. Mas como todos los soldados estaban tan heridos y destrozados, no hubo hombre que se atrevise a pasar el rio, ni el jeneral quiso hacer a nadie fuerza para ello, viendo la razon que tenian y que no era mas en su mano. Finalmente el capitan don Pedro de Lovera se ofreció a este peligro, cuya oferta no queria Villagran admitir por estar tan mal herido, que corria manifiesto riesgo de la vida: mas viendo que no habia otro remedio hubo de condescender con él, el cual salió a media hora de la noche, y cuando se halló de la otra banda era cerca del alba, habiendo tardado ocho horas en pasarlo; y sin dilacion fué a la ciudad que está a dos leguas del reino, y juntando con gran brevedad sesenta indios yanaconas y treinta hombres de a caballo, los llevó a la orilla donde hicieron balsas de carrizo en que pasó todo el ejército. Aun no habian llegado a esotra banda cuando ya asomaban los indios de guerra, pero como estaba agua en medio quedaron refriados, y así se volvieron a celebrar despacio la victoria.

Cuando los españoles se vieron de esotra parte del rio comenzaron a llorar la pérdida de su jente y hacienda y de todo el reino, y a sentir las heridas que habian recibido porque hasta entónces en nada de eso habian reparado, solamente en poner sus personas en lugar seguro. Pues es cosa ordinaria en los que se ven en algun trance donde predomina alguna pasion con grande exceso, como de cólera o temor no atender a otra cosa sino al objeto que está delante de los ojos hasta verse libres del tal aprieto. Pero todo este dolor y agonía se dobló al tiempo que estos soldados iban entrando por la ciudad, y salian por las calles las mujeres preguntando a voces por sus maridos, hermanos, hijos y padres, y se les daba tan infelice respuesta de sus desastradas muertes. Donde fué espectáculo tan doloroso el de aquel dia, que no hai pluma bastante a escribir cosa que le parezca, porque ninguna otra se oia con los oidos ni via con los ojos, sino eran voces endechas, lágrimas y mesarse los cabellos, sin cesar los alaridos en todo el dia ni la noche. Y fué tanto el pavor que se apoderó de todos los corazones de las mujeres, y aun de muchos hombres y casi todos, que trataron luego con grande ahinco de salirse de la ciudad, dejándola desamparada, entendiéndo que no podrian resistir a tan gran pujanza y fuerza de enemigos. Procuró mucho Villagran atajar esto a los principios, haciendo todo cuanto pudo por sosegar la jente. Para lo cual mandó a su teniente que pusiese todo su conato en la guarda de la ciudad, ayudándose de las personas que estuviesen para tomar armas, y juntamente puso atalayas por todos aquellos cerros que hai entre la ciudad y el rio, sin descuidarse

en todas las prevenciones y resguardos convenientes para defenderse de tan opulento ejército de araucanos. Mas estaba la jente popular tan temerosa, que sin dar oidos a ningun jénero de remedio, se resolvieron en salirse del pueblo, y andaban todos alborotados aliñando sus cargas para sacar las mas alhajas que pudiesen. Sintió esto el jeneral íntimamente, y con intencion de impedirlo, mandó pregonar que nadie saliese so pena de la vida. Mas como todos la tenian por perdida si se quedaban en aquel asiento, no se curaron de hacer caso de tales amenazas, y así ejecutando de hecho su voluntad se comenzaron a salir a gran priesa, cada uno por donde mejor podia. Viendo Villagran que el negocio iba en derrota batida, envió un capitan con alguna jente que se pusiese en el camino de la ciudad de Santiago, para detener a los que por él iban caminando, y que al que resistiese a su mandamiento se ahorcase luego sin mas consultas; por otra parte andaba el mesmo jeneral dando voces por las calles para que la jente no hiciese tal desatino, poniendo todos los medios posibles para impedir ese destrozo y principio de destruccion del reino. Pero todas sus dilijencias fueron de ningun efecto porque cada cual se fué por su parte, quedando él con solo los hombres de a caballo sin poder impedir la fuerza de todo el pueblo. Acertaron en este tiempo a estar en el puerto dos barcos grandes de pescar, a los cuales se acojió mucha jente en especial las mujeres y niños, llevando consigo solamente lo que podian sufrir sus hombros, y aun deso dejaron mucho en la playa por la gran priesa con que se iban a embarcar. Desta manera se despobló la ciudad yéndose cada uno por su parte a la de Santiago, dejando los ciudadanos sus casas llenas de muebles y alhajas, los mercaderes las tiendas llenas de ropa, los relijiosos y clérigos sus conventos y templos con todos sus ornamentos y riqueza; los soldados gran parte de sus armas, y todos universalmente sus moradas y haciendas. Y con esta desventura quedó desierta y desamparada la ciudad que era la flor del reino, y estaba en medio de todo el porloasis de su conservacion y sustento de la guerra para refrenar a los indios, teniéndole tomado el sitio mas conveniente para hacerlos estar a raya. Fué esta una permision de Dios por los pecados del reino, tanto mas manifiesta cuanto mas ciega estuvo la jente deste pueblo en moverse tan arrebatadamente sin considerar lo que hacian. Porque si se detuvieran dos dias gozaran del socorro que les venia de la ciudad de Santiago con el licenciado Julian Gutierrez Altamirano, al cual toparon habiendo caminado solas dos jornadas. Con el cual i la jente que habia en la ciudad pudieron mui bien defenderse de los enemigos, con los reparos, fortalezas y baluartes que habia hechos y podian hacerse fácilmente.

Mas como en efecto el mariscal fué forzado a desamparar la ciudad como los demas dello, no pudiendo quedarse sola y topó en el camino esta jente de socorro en el valle de Toquigua, mandó hacer alto para comunicar con las personas mas calificadas, los remedios de que podria usarse para que no se acabase de destruir el reino. Y el que pareció ante todas cosas necesario, fué dar aviso a todas las ciudades del desas-

tre sucedido para que estuviesen alerta, teniéndose por cierto que habian de dar sobre ellas los contrarios. Y habiéndose nombrado doce caballeros los cuales se ofrecieron de su voluntad a esta jornada, se tomó otro acuerdo echando de ver que para pelear eran pocos y para llevar la nueva eran muchos. Y así fué la última resolucion que fuese un soldado solo y a pié para no ser sentido, cayéndole la suerte a uno llamado Alonso Chica, al cual dió luego el gobernador una encomienda de gruesas rentas, y le metió la provision della en el seno para que fuese mas contento. Caminaba este soldado de noche escondiéndose de dia en los lugares mas montuosos, aunque por el rastro de las pisadas andaban siempre los indios en su busca y pesquiza hasta que finalmente dieron con él, sin que le aprovechase la provision que llevaba en el seno, para que los indios no cenasen usando del casco de su cabeza en lugar de taza. En este ínterin iban caminando los desventurados hombres que habian salido de la Concepcion con hartos trabajos y desconsuelo, aunque llegados a la ciudad de Santiago se recuperó en gran parte el bien perdido con la mucha caridad de la jente deste pueblo, cuyos moradores salieron gran trecho a recibir a los que se acojian a ellos como a refujio y albergue, y demas desto los hospedaron en sus casas agasajándolos con tanto amor y regalo, cuanto era necesario para aliviar el peso de la congoja, y alegrar jente con tanta razon desconsolada.

CAPITULO L.

Del acometimiento que el capitan Lautaro hizo a la ciudad despoblada y la disension que hubo entre Villagran y Aguirre sobre la pretension del gobierno.

Aunque la jente que habia salido de la ciudad de la Concepcion entró en la de Santiago como queda dicho, con todo eso el mariscal Villagran se quedó fuera por no poder entrar con la autoridad de gobernador, pues no estaba recibido por tal en el cabildo, y para esto envió personas que tratasen dello con la mayor eficacia que fué posible: pero ningunos medios fueron bastantes para que la ciudad lo admitiese a tal oficio. Por esta causa hubo de entrar sin aparato como persona particular, y pareciéndole que estando dentro haria mas obra, echó todos los soldados que pudo para su intento, hasta venir a hacer requerimientos a los rejidores, de que si no le daban doscientos hombres para socorrer con ellos las demas ciudades se perderia todo el reino totalmente. Pero como todas sus trazas se quedasen sin efecto, trató en secreto su determinacion con todos sus soldados y otros muchos amigos suyos, que un dia a cierta hora estuviesen todos en la plaza a pique para acudir cuando él llamase, y finjiendo que estaba enfermo envió a rogar a todos los rejidores y personas que tenian voto en cabildo, que se juntasen en la casa del capitan Juan Jofré, donde él posaba, para tratar con ellos un negocio de grande importancia. A esto acudieron los del cabildo como él lo pedia, y teniéndolos todos juntos les persuadió a que acabasen ya de admitirle en el gobierno, pues lo contrario era gran desór-

den por estar el reino sin cabeza que lo rijiese. Mas como ellos no quisiesen condescender con su voluntad, y el maestro de campo Alonso de Reinoso que estaba a la puerta viese que se habia pasado gran parte del dia en demandas i respuestas sin efectuar cosa, entró en la casa con mucha jente de la que estaba apercebida, y hablando palabras altas y desabridas les hizo fuerza a que firmasen en el libro de cabildo el nombramiento de Villagran por gobernador del reino aunque intervinieron hartas pesadumbres y requerimientos de ámbas partes. Y deseando el mariscal poner luego las manos en la obra, mandó sacar de la caja real do el oro que en ella habia para la espedicion y avio de los soldados que habian de ir para defensa de los pueblos que estaban en mayor peligro. No quisieron los oficiales reales obedecer a este mandato, y en particular el tesorero llamado Juan Fernandez de Alderete que era hombre de muchas canas y pecho varonil en cualquier lance. Y viendo el gobernador que no habia remedio de convencerlos por otra vía, fué él mesmo en persona a abrir la caja sobre la cual se sentaron los tres oficiales no dando lugar a que la abriese, tanto que Villagran hubo de tomar una hacha y quebrar la caja a puros golpes sacando della el oro que habia, que eran cantidad de cien mil pesos, con el cual apercibió la jente para la guerra.

Todo esto vino a oidos del jeneral Francisco de Aguirre que estaba en la ciudad de la Serena en pretension del gobierno, y alborotándose del caso, se trataba con mas autoridad de gobernador que hasta entónces llamándose señoría, y procediendo en todo como quien tenia el cargo deste reino; sobre lo cual hubo dichos de una y otra parte, y le decia al uno que venia el otro sobre él con mano armada interviniendo en esto gran desasociego por muchos dias. Finalmente teniendo Villagran formado su ejército de doscientos hombres para subir a las ciudades de arriba, tomó el rumbo contrario bajando con ellos a la Serena, que está setenta leguas de Santiago, para averiguar el negocio con Aguirre; el cual aunque tenia consigo cien hombres no quiso ponerse a tiro, y así dejó la ciudad yéndose a Copiapó donde estaba su encomienda, que son cincuenta leguas de camino. Con todo eso no hubo remedio con los de Coquimbo que recibiesen a Villagran en el oficio por mas dilijencias que intervinieron, y así se volvió a Santiago habiendo caminado ciento y veinte leguas de ida y vuelta. Y como entrasen personas graves de por medio, como fueron Rodrigo de Quiroga y el bachiller Rodrigo Gonzales, que fué despues obispo en este reino, vinieron por vía de paz a poner el negocio en manos de dos letrados, que fueron el licenciado Julian Gutierrez Altamirano y el bachiller Antonio de las Peñas. Este no quiso dar parecer en cosa tan grave, sino era con dos condiciones, la una que se le habia de pagar mui bien, y la otra que al tiempo de darlo por escrito habia de estar metido en un navío que iba al Perú, desde el cual habia de enviar el papel firmado despues de levadas las anclas y tendidas las velas. Porque siendo cierto que uno de los pretensores habia de quedar frustrado de su intento, tambien lo era de que habia de dar sobre

él procurando tomar venganza, y habiendo recebido cuatro mil y quinientos pesos que le dió Villagran por este dicho, vino a determinar que se estuviesen así las cosas por espacio de seis meses; en los cuales se ordenaria en la audiencia de la ciudad de los reyes lo que fuese mas conveniente acerca desto. Habiéndose hecho a la vela el navío, envió el papel en una chalupa y él se fué a la ciudad de Lima, donde sabiendo lo que pasaba por informacion de los que iban en el navío, le quitaron el dinero que recibió por la sentencia, dejándole tan pobre que se hubo de volver a Chile, en cuyo camino le hubo a las manos el jeneral Aguirre, por cuyo mandato le cortaron las narices y le dieron muchos palos y cuchilladas, que fué la última paga que sacó del parecer que habia dado.

Por otra parte, el mariscal Villagran deseando cimentar su pretension usó de los medios mas eficaces que pudieran inventarse para consecusion de su designio, y fueron granjear las voluntades de todos jeneralmente casando huérfanas, favoreciendo a los necesitados, manteniendo a los pobres, y repartiendo las encomiendas de indios que estaban por distribuir en la ciudad de Valdivia, Tucapel y Arauco, que pasaban de seiscientas mil, en que habia paño para satisfacer a doscientos vecinos. Lo cual aunque por haberlo hecho en tal coyuntura lo atribuyeron algunos a industria para tener benévolos a los del reino; pero andando el tiempo se vinieron a desengañar, viendo la continuacion con que perseveró en las obras pías.

En tanto que los españoles tenian entre sí estas diferencias andaban los indios en fiestas y regocijos contando cada uno las hazañas con que se habia señalado en la batalla, y blasonando con la memoria de los trofeos de que eran testigos los despojos que gozaban. Y habiendo pasado ocho dias en solemnes banquetes, recibiendo favores envueltos en palabras regaladas del jeneral Caupolican, les pareció conveniente acabar con todo de una vez destruyendo la infelice ciudad desde los cimientos. Y para efectuarlo así, salió el capitan Lauro con cinco mil hombres, y recojió todas las riquezas y muebles de que estaban llenas las casas y tiendas, desenterrando muchas cosas de precio, que por la priesa habian sus dueños enterrado. Y no dejando cosa de codicia se puso incendio a todo el pueblo; en el cual estuvo por espacio de tres dias al fin de los cuales no quedó piedra sobre piedra: y como estaban estos bárbaros regastados de la sangre de los enemigos, y no ménos de los despojos que les habian tomado, no quisieron parar en negociar, en que vian serles favorable la fortuna, y así habiendo Lautaro descansado pocos dias en su pueblo, comenzó a ordenar ejército para dar sobre la Imperial para sacarla del real imperio. Estaba a este tiempo en ella por correjidor el capitan Pedro de Villagran, el cual dispuso las cosas con el mejor órden que fué posible barreando la ciudad, y previniendo los demas pertrechos necesarios para defenderse de tan innumerables huestes. Y teniéndolo todo puesto a punto enviaba corredores por el distrito a destruir los rebelados que en él habia, para que los demas entendiesen que los españoles ni estaban dormidos ni medrosos.

CAPITULO LI.

De la batalla que hubo junto a la Imperial entre Pedro de Villagran y el capitan Lautaro; y cómo los indios se comieron unos a otros.

Habiéndose aprestado el campo del capitan Lautaro, fué marchando con mucho órden hácia la ciudad Imperial pareciéndole que la tenia ya sumerjida debajo de la tierra diciendo algunas bravatas semejantes a las que decian los portugueses que iban con el rei don Sebastian sobre las Molucas, cantando por aquellos caminos al son de las trece mil guitarras que llevaban (si es verdadera la fama): haga Dios otra Moreria, que ya está rendida. Y miéntras ellos caminaban con este orgullo, estaban los españoles de la ciudad puestos en consulta sobre si seria acertado salir al encuentro a los lautarinos o estarse a pié quedo en defensa de sus casas. Y pareciendo ser mejor acuerdo el aguardar a los agresores, se pusieron en órden de pelea doscientos y cincuenta y dos hombres que se hallaron aptos para ello; entre los cuales habia muchos que que habian tenido conductas, y otros caballeros de calidad y esperiencia en las cosas de consejo y armas, y en particular en este reino. Y estando todos aguardando por horas a los contrarios con deseo de que llegasen para mostrarse quien era cada uno, sucedió un caso con que fué la obra bien mojada a fuerza de fuego; y fué que estando el ejército contrario cerca de la ciudad cayó del cielo un copo de fuego, que anduvo un rato por entre los indios con no pequeña admiracion y espanto suyo, y comenzando los agoreros a adivinar dando en mil dislates y devaneos, sobrevino un animal de especie incógnita a manera de algalia, que hizo sudar mas gotas de algalia a los adivinos, viéndole zarcear entre ellos sin poderle cojer a manos, ni aun habia hombres que no las tuviese caidas para cojerle. Con esto se dobló su temor, y cayeron en mas ansiosa perplejidad, así en acertar con el pronóstico como en lo que dello resultaba, que era determinar si convenia retroceder desistiendo de la guerra o pasar adelante a efectuarla. Y fué tanto el miedo de los hechiceros que lo pusieron a los demas, persuadiéndoles a que se volviesen a sus casas sino querian ser todos perdidos. Obedecieron los capitanes puntualmente y sin réplica a los hechiceros, y sin aguardar mas perentorias se volvieron en el mesmo órden que llevaban, sin otro fruto mas que el cansancio y gasto que habian hecho. Supo esto Pedro de Villagran y salió tras ellos con cien hombres de a caballo, por ser tal el temor que llevaban metido en las médulas que un escuadron de niñas bastara a desbaratarlos. Y alcanzándolos brevemente fué picando en la retaguardia, de suerte que se fué huyendo cada uno por su parte teniéndose por mejor soldado el que era mas lijero en este lance. Con esta victoria se volvieron los nuestros a la ciudad habiendo muerto gran suma de enemigos, y dieron gracias a Nuestro Señor, animándolos a ello tres relijiosos de Nuestra Señora de las Mercedes que fueron los primeros que entraron en el reino,

cuyos nombres eran frai Antonio Correa, frai Antonio de Olmedo y frai Antonio Rondon, el cual salia siempre a las batallas a favorecer a los soldados, y en especial a los de ésta que tratamos, de cuyo número fueron don Miguel de Velasco, don Pedro de Avendaño, el capitan Peñalosa, y los capitanes Gregorio de Castañeda, Gonzalo Hernandez Buenosaños, Alonso de Miranda el viejo, don Francisco Ponce de Leon y Gregorio de Oña. Los cuales y la demas jente que estaba en la ciudad se sustentaron tres años con grandes calamidades por estar siempre en medio de los enemigos, y con las armas en las manos.

De aquí procedió una monstruosidad estupenda; y fué que por andar todo a rio vuelto dejaban los indios de poner las manos en el arado ocupándolas en los arcos, lanzas y macanas. Y así vino la tierra a tanta esterilidad y hambre, que lo lastaban los españoles y tambien sentian la falta los mesmos indios. En resolucion vino la cosa a términos que se andaban matando unos a otros, para comer el matador las carnes del que mataba; lo cual duró por algunos meses con tanta fiereza, que causaba no ménos lástima que espanto. Y aunque despues se comenzó a dar maiz i trigo, y otros mantenimientos en abundancia, con todo eso no cesaba el fiero abuso cumpliéndose la comun sentencia que dice: no me pesa de que mi hijo enfermó sino de las mañas que tomó: de suerte que todo el año de 1554 y el siguiente de 55, habiendo tanta abundancia, que se quedaron por cojer doscientas mil hanegas de trigo por no haber quien las quisiese, estaban los indios tan regastados a comer carne humana que tenian carnicerías della, y acudian a comprar cuartos de hombres, como se compran en los rastros las del carnero. Y en muchas partes tenian los caciques indios metidos en jaula, engordándolos para comer dellos. Y tenian ya los instrumentos necesarios para el oficio de carniceros como tajones, machetes y perchas, donde colgaban los cuartos. Llegó la gula a tal estremo que hallaron los nuestros a un indio comiendo con su mujer, y un hijo suyo en medio de quien iban cortando pedazos y comiendo. Y hubo indio que se ataba los muslos por dos partes y cortaba pedazos dellos comiéndolos a bocados con gran gusto. Finalmente estando un indio preso en la ciudad, se cortó los talones para poder sacar los piés del cepo, y con ser tiempo de tanta turbacion por ponerse en huida de los españoles no se olvidó de los talones: ántes lo primero que hizo fué irse al fuego para asarlos en él aunque con insaciable apetito los comió ántes de medio asados.

Acontecieron en este tiempo cosas estraordinarias y memorables. La una fué que habiendo en un lugar llamado Peltacavi cerca de la ciudad, una gran junta de enemigos, acudió a dar en ellos Pedro de Villagran con su compañía, y habiendo dádose de las hastas por un rato, se retiraron los indios a su fortaleza yendo los españoles en su seguimiento hasta entrarse por la puerta a caballo con sus lanzas y adargas. Y habiendo peleado en el patio del fuerte y vencido a los enemigos, quisieron salir por donde habian entrado y hallaron la puerta tan estrecha que apénas cabia por ella un hombre a pié; lo cual se tuvo por manifiesto milagro

de la divina Providencia que abrió capaz camino a su pueblo por medio del mar Vermejo, cerrándose luego para los contrarios. Y entendióse esto con mas fundamento por estar aquella casa fuerte llena de ollas de carne humana puestas al fuego, y muchas piezas de hombres colgadas para el mesmo efecto. Tambien salió otra vez Pedro de Villagran a las orillas de una laguna llamada Pirlauquen; la cual está a tres leguas de la ciudad y mui pegada con el mar. Está en medio de esta laguna una isleta donde se habian recojido cinco mil indios de pelea; contra los cuales envió la mitad de su jente quedándose él con el resto en la mesma playa, y cuando se acercaban a la isla los que iban en las canoas, salió delante un caballo a nado el cual se entró por medio de los escuadrones, y fué bastante para desbaratarlos. De suerte que cuando los nuestros llegaron fué menester poco para rendir a los bárbaros, los cuales se echaron a nado y vinieron a salir donde Villagran estaba con su jente. Trabóse allí una refriega mui reñida donde sucedió una cosa de grande espanto, que estando los indios con las espaldas a la mar salió una ola de sus límites con tanto exceso que arrebató dos mil dellos, y los tragó sin que alguno se escapase.

Y el año de 56, llovió en la ciudad Imperial cierto licor a manera de leche que caia gota a gota, y de cada una se producia luego una rana de manera que vinieron a estar las calles tan llenas de ellas que no se podia pasar sin hollarlas, por estar cubierto el suelo un jeme en alto por espacio de quince dias. Y en cesando esta plaga vino tanta multitud de ratones que hervian por las casas y calles, de suerte que les pusieron pleito, dándoles su defensor que alegase de su derecho, y habiéndoles convencido en juicio los escomulgaron, y al instante murieron todos sin parecer alguno vivo en muchos dias.

CAPITULO LII.

De un milagro que nuestro Señor obró en casa de Mencia Marañon, y las cuotidianas guerras de la Imperial y Valdivia.

Ynesplicables son las calamidades que en este desventurado reino consumian de ordinario, así a los indios como a los españoles. Porque la hambre era comun en todos, y la desnudez mui propia de los nuestros en estos años, de suerte que las doncellas mas galanas no escapaban de muchos remiendos, y los caballeros mas pulidos tenian por ornato las cotas que no se les caian de los hombros de dia ni de noche, y no era la menor afliccion el miedo de los enemigos, mayormente para las mujeres que se vian cercadas de trescientos mil bárbaros, que tantos eran, los que habia en el distrito de la Imperial. A esto se acumulaba la grande lástima de ver a sus ojos morir de hambre a muchos indios ántes que llegase el tiempo en que dijimos haberse cojido los frutos mui de sobra; mas como la piedad de nuestro Señor es tan cierta en el tiempo de la mayor necesidad, manifestó en esta ocasion los tesoros de su poder, se-

biduría y misericordia con una maravilla de las que su prudencia suele en semejantes ocasiones.

Estaba en la Imperial una señora llamada Mencia Marañon, mujer de Alonso de Miranda, que habian venido de junto a Burgos pocos meses ántes del alzamiento. Y como jente acostumbrada a vivir segun la caridad con que se procede en Castilla, tenian esta buena leche en los lábios, y se esmeraban mas en obras pías cuanto mas crecian los infortunios desta tierra, de suerte que esta señora daba limosna a cuantos indios llegaban a su puerta, y recojía en su casa a los enfermos curándolos ella mesma con mucha dilijencia y cuidado. Y saboreábase tanto en estas ocupaciones, que se metia cada dia mas en ellas hasta hacer su casa un hospital, y amortajar los indios con sus manos. Tenia demas desto en un aposento alto todo el trigo que habia podido recojer para dar limosna cada dia, no contentándose con acudir a los que tenia de sus puertas adentro, sino tambien a los que llegaban a ellas aflijidos. Y como los indios sintieron su deseo daban ordinaria batería en su casa, hasta que no quedó en ella de todo el trigo un solo grano. Mas no por eso dejaron de acudir despues de acabado a pedirle con su acostumbrada importunidad y ansia, de suerte que ella se aflijió y mandó a su dispensera que escudriñase los rincones por si acaso quedasen algunas reliquias del trigo. Y hízolo ella con dilijencia barriendo todo el aposento sin dejar en él un solo grano. Pero cargaron luego tantos pobres que tornó a mandar a la despensera que hiciese nuevo escrutinio a ver si quedaban algunas sobras; la cual habiendo un rato porfiado que no habia rastro desto, fué finalmente gruñendo y resongando a puras persuaciones de su ama, y aun no habia bien llegado a la puerta del aposento del trigo, cuando volvió dando voces, diciendo que estaba lleno del y que fuesen de presto a apuntalar las vigas, porque con el excesivo peso no cayese el aposento abajo. A esta voz acudieron todos los de casa, y hallaron ser verdadero el dicho de la moza, y que el trigo iba creciendo a gran priesa, de modo que era menester descargar luego el aposento para que no se hundiese, como lo fué en la nave de San Pedro, cuando por la gran multitud de peces estuvo a punto de hundirse. Por donde se vé que el medio mas eficaz para todas las aflicciones es tener grato a aquel Señor en cuya mano está todo, y en cuya voluntad hai mas bien para nosotros que pedimos ni entendemos. Y tambien se colije de aquí que si hubiese muchas Catalinas de Sena habria muchos milagros a éste semejantes; como por haber entrado en Chile muchos hombres desalmados hai tantas desventuras i miserias.

Y viendo que eran tan innumerables, intentó Pedro de Villagran reducir la ciudad de Valdivia a la Imperial; porque estando la jente junta habria en todos mas fortaleza; y estando dividida ni unos ni otros estaban bien seguros. Resistieron los de Valdivia a este mando, aunque no pasaban de setenta hombres con tanto conato que hubo el mesmo Pedro de Villagran de ir desde la Imperial con doce soldados a efectuarlo. Mas como hallase constantes a los del pueblo y él era tan prudente

y enemigo de ruidos, contentóse con que lo reconociesen por teniente jeneral, y ellos se contentaron con recibirlo por tal a trueco de que se volviese a su casa como lo hizo no tratando mas de la mudanza, que hubiera sido acabar de perderse el reino por ser esta ciudad y su hermoso puerto de grande importancia y utilidad para todo Chile. Y lo que mas me admira en medio de tantas calamidades es la inflexibilidad que algunos mostraban en no amarisar con tantas amenazas de Dios ni ablandar con tantos golpes de fortuna; largo negocio fuera hacer mencion de las muchas crueldades que se usaban con los indios, como se entenderá por el modo en que se habia con ellos el capitan Juan de Villanueva, el cual saliendo a correr la tierra sajaba a los que prendia, y de entre cada dos cuchilladas sacaba una tira de carne y se la daba a comer al indio en castigo de que comian comunmente carne humana. Y a otros ponia el arcabuz en la boca disparándolo en ella, y dándole a comer la bala por la mesma causa. Y mucho mas se echara de ver por lo que hizo un soldado del capitan Alonso de Benitez, que habiendo cojido una cuadrilla de indios de guerra los metieron en una casa para quemarlos con ella a todos juntos, y como al tiempo de contarlos hallasen noventa y nueve, dijo este soldado (cuyo nombre era Juan Macias) voto a tal que han de ser ciento, y echando mano de un yanacona de servicio le metió dentro donde se quemó con los demas. Por lo cual le dió su amo del yanacona una grandísima cuchillada, cuando echó a su indio ménos y supo quien lo habia metido en el incendio.

Entre todas estas calamidades y robos cuotidianos que hacian los indios por los campos, hubo algun regocijo en la ciudad de Santiago con ocasion de una mina que se descubrió, cuya veta tenia diez y seis piés de ancho y un estado de profundidad; de donde en diez y seis meses se sacaron quinientos mil pesos de oro. Descubrió este mineral Francisco Moreno, natural de Sevilla, en un cerro llamado Lamillo que está cerca de Santiago. A esta sazon estaba en la ciudad Francisco de Villagran sin atreverse a salir della a socorrer los de arriba por recelo que tenia, no acudiese el jeneral Francisco de Aguirre desde la Serena y le cojiese el puesto y oficio. Mas como se hubiese pasado un año sin salir fuera, y las ciudades de arriba estuviesen mui necesitadas, no pudo escusar el viaje. Y así salió con doscientos soldados hasta la ciudad Imperial, y visitó la provincia de Moquehua y otras comarcas, haciendo gran risa en los rebelados, y por otra parte envió a Pedro de Villagran con cincuenta hombres a los términos de Angol y Congoya, donde hizo no menores castigos y matanzas. Demas desto despachó al capitan Juan Alvarado con solo ocho españoles al sitio de la ciudad de la Concepcion que estaba despoblada, donde le acometieron algunos escuadrones de indios por los cuales rompió, peleando siempre con ellos hasta llegar donde estaban Pedro de Villagran con su jente, de la cual fué favorecido, de suerte que los enemigos se pusieron en huida. Tambien fué en este tiempo el licenciado Julian Gutierrez Altamirano desde la ciudad de Santiago a la de Valdivia, donde era correjidor, y habia salido a m

gocios de importancia dejando en su lugar a Francisco de Herrera Sotomayor, el cual procedió con gran prudencia mostrándose hombre idóneo para cualquier negocio de momento.

CAPITULO LIII.

De como el capitan Juan de Alvarado reedificó la ciudad de la Concepcion.

No fué vano el recelo de Francisco de Villagran sobre la pretension que habia de tener Aguirre de su oficio en volviendo la cabeza. Porque en efecto se puso a ello tan de veras, que intentó entrarse de hecho en la ciudad de Santiago para aposesionarse del gobierno. Y fué menester que Rodrigo de Quiroga saliese de su casa yendo sesenta leguas hasta la Serena para quitar a Francisco de Aguirre rogándole no alborotase la tierra. Mas como no hubiese efectuado cosa alguna se volvió a Santiago donde casi por fuerza le hicieron capitan, y a don Pedro Mariño de Lovera alferez para que defendiese la entrada al jeneral Aguirre poniéndose la ciudad en arma con el mesmo intento. En esta ocasion recibió Aguirre una carta de la real audiencia de los Reyes en que le daban relacion del alzamiento de Francisco Hernandez Jiron, con que estaba el Perú en grandes alborotos, y le encargaban mucho la fidelidad, que a su majestad debia para no admitir ni ser favorables a los amotinados, ni permitir correspondencia en Chile si alguno se desmandase. De aquí tomó Aguirre asilla para decir que la audiencia de los Reyes suponia ser él gobernador de Chile pues le encargaba semejante negocio, que era propio de la cabeza del reino, y para concluirlo envió a su hijo Hernando de Aguirre con veinte arcabuceros a la ciudad de Santiago; donde los recibieron con las armas en las manos y los desarmaron a ellos, y aun hubiera mas alboroto si el obispo don Rodrigo Gonzalez no se metiera de por medio.

Despues desto llegó a la ciudad de Santiago el jeneral Villagran, y por otra parte vinieron cartas de la audiencia del Perú con órden de que se tornase a edificar la Concepcion, pues era la fuerza del reino y que se gastasen en ello todos los pesos de oro que se hallasen en las cajas reales. Para cuya ejecucion nombró la ciudad al capitan Juan de Alvarado con setenta y cinco pobladores, los cuales salieron de Santiago en veinte de noviembre de 1555 acompañándolos el jeneral Villagran hasta la concurrencia de los dos rios Ñube y Itata que están siete leguas de la ciudad que habia de poblarse.

Luego que llegaron al asiento de la desventurada ciudad hubo jeneral llanto en ver el grave estrago que en ella se habia hecho, y en especial mostraban gran sentimiento los vecinos della que veian sus casas hechas mostazales, y llenas de otras yerbas que habian nacido en aquel año. Mas diéronse tan buena maña con la ayuda de algunos indios, que acudieron pacíficamente, que en breve tiempo hicieron alojamientos en que meterse, y una razonable iglesia en que les decia misa un clérigo llamado Nuño de Abrego, que tambien les ayudaba en los ejercicios

militares, como se verá luego. Demas desto fabricaron un fuerte con la dilijencia de los que iban señalados por capitanes que eran Hernando de Alvarado, Francisco de Castañeda, y del alferez jeneral llamado Luis de Toledo. Mas todo esto era edificar sobre arena, y un negocio considerado mas apriesa que convenia a la fundacion de una ciudad. Porque si cuando habia doscientos hombres en ella, y esos mui pertrechados de lo necesario para paz y guerra la desampararon no atreviéndose a conservarse entre los enemigos ; no habia nueva razon para atreverse a ello setenta i cinco, que habian de hacer las cosas expedientes, que los primeros tenian hechas. Y así tuvo esto el efecto que se podia esperar de un acuerdo tan acelerado ; porque los indios advirtieron luego esta razon, que de suyo estaba manifiesta echando de ver, que si solo el temor habia rendido a doscientos españoles mejor los vencerian las armas de los mismos que eran temidos. Y así se resolvió el jeneral Caupolican en que fuese el capitan Lautaro con veinte i cinco mil hombres a destruir la ciudad y sus pobladores, pues era negocio tan fácil el salir con ello. Y fué ejecutado esto con tanta presteza que dentro de pocos dias llegó el ejército al rio de Biobio, y lo pasó sin resistencia, poniéndose dos leguas de la ciudad para dar luego en ella. Entónces se vieron perplejos los cristianos, dudando si seria mas acertado salir a los enemigos o aguardarlos en el fuerte. Y estando en esta consulta dijo un caballero llamado Hernando Ortiz de Caravantes que seria acertado meterse en un navío que estaba en el puerto, o por lo ménos poner en él todo el bagaje, y pelear con determinacion, de que en caso que les fuese mal se recojiesen todos a la nao, pues eran tantos los enemigos. A esto respondió el clérigo Nuño de Abrego: paréceme, señor que ya estais ciscado ; de la cual palabra se picó el Hernando Ortiz y le dijo : pues padre, tened cuenta con mi persona, y conocereis como no lo hacia por mí sino por toda esta jente que está delante. Y la resolucion de la consulta fué salir cincuenta de a caballo a oponerse a los contrarios quedando los demas en guarda de la fortaleza. Fué el capitan Juan de Alvarado en delantera de los que salieron al campo, y a poco trecho divisó huestes mui opulentas de indios que venian marchando en mucho mayor número de lo que Caupolican habia mandado. Porque fueron concurriendo tantos de su voluntad, que llegaron a setenta mil, habiendo sido veinte y cinco mil los convocados ; de suerte que para cada español habia mil contrarios. Ya aquí no habia lugar de huir el cuerpo sino encomendar a Dios el alma, y acometer a los enemigos, y así lo intimó el capitan a los suyos diciéndoles, que hiciesen estas dos cosas poniendo en delantera la memoria del cielo y en segundo lugar lo que traian entre manos. No es tiempo (dice) señores mios de flaquear, pues el volver el pié atras no será ponerlo en lugar seguro, bien veo que la dificultad es suma, el peligro evidente, y el premio humano mui limitado o ninguno, pero pongamos a Dios delante de los ojos con pretension pura de introducir entre estas jentes su santo evanjelio, y con esto será la cosa mas fácil, el peligro ménos formidaloso, y

la remuneracion mas infalible. Y si alguno hai aquí presente que haya entrado en esta tierra con fines diferentes, o contrario a este procure agora enderezarlos a Dios, pues que su clemencia está siempre tan pronta para suplir las faltas que proceden de la frajilidad humana que en cualquier instante que ofrezcamos a su majestad los trabajos que habiamos aplicado o otros blancos o siniestros los recibe piadosamente, para recompensarlos de contado, poniendo en olvido la ingratitud pasada como aquel que anda buscando asillas para ejercitar su misericordia.

Con esto partieron todos a una, con gran tropel, y estrépito a los escuadrones de los enemigos que estaban cerrados por todas partes con las picas caladas de modo que se les hizo poco daño. Y habiéndose cansado un tanto comenzaron a picar en algunos indios con los cuales anduvieron a la escaramuza, sin cesar el bando índico de ganar tierra ni de derramar sangre ajena y propia. Era esto como a las ocho y media de la mañana habiendo comenzado una hora ántes: y como Lautaro era tan sagaz y experto mandó tocar a recojer con intento de esperar a que el sol calentase mas la tierra, para que con su ardor se encalmasen los caballos y fuesen ménos de provecho, y cuando vió que estaba en su mayor fuerza acometió con bravoso ímpetu trabándose segunda vez la refriega mas encendida en la entrada de la ciudad, muriendo algunas personas de ámbas partes. A este punto salieron los arcabuceros de la fortaleza y con algunas rociadas hicieron notable daño a los enemigos aunque no notable merma por la multitud de los que andaban en su ejército. La cual fué tanta, que cerrando con los nuestros, con estupendo alarido los llevaron dando de ojos hasta la fortaleza; donde se metieron, y a vueltas de ellos algunos indios, que fueron los mas mal librados, porque descargaron en ellos los españoles el coraje que tenian contra todos juntos. Todo esto aprovechó poco por ser el número de los bárbaros tan incomparable, y su deseo de acabar con esto resuelto de todo punto. Y así combatieron el fuerte con gran vigor y arrojamiento saltando dentro por diversas partes; donde anduvo la folla tan sangrienta que murieron allí quince españoles, y llegó a tanto el teson de los indios que vinieron a ganar la [sic] alcázar echando fuera a los españoles. A todo esto estuvo el clérigo Nuño de Obrego con su espada y rodela a la puerta de la fortaleza arrimado a un lado, y al otro Hernando Ortiz sin apartarse ninguno de los dos un punto de su puesto sobre apuesta; mas por estar picados entre sí que por picar a los enemigos aunque en efecto hicieron tal estrago en ellos que pudiera cualquiera de los dos aplicarse el nombre de Cid [sin] hacerle agravio. Mas finalmente vinieron los dos a ser del número de los cuerpos muertos que cerraron con su cúmulo el paso de la fortaleza como la habian cerrado estando vivos. Mas andaba ya el negocio tan roto que no faltaban portillos por donde salir los que iban de vencida; y así salieron a la playa continuando la pelea sin cesar de matar y morir hasta que ya se caian los brazos, y aun el ánimo. Y aunque hasta entónces habia mos-

trado mucho el capitan Alvarado poniéndolo a los suyos como valeroso caudillo, mas cuando vió ser imposible, animar mucho a pocos cuerpos comenzó a retirarse tomando el camino de Santiago; donde ni el cojo, ni el manco, anduvo tanto como dice el refran por las muchas albarradas en que iban tropezando, y los enemigos que salian de traves ultra de los que seguian el alcance. Por otra parte acudieron otros españoles a los bateles, que estaban en la playa metiéndose por la mar a caballo para arrojarse en ellos con harta contradiccion de los indios que se abalanzaban al agua tras ellos, y no dejaron hombre a vida si no fuera por dos soldados de mucho nombre, y valerosos hechos, que echaron mano de un batel, y lo defendieron favoreciendo a los suyos, que con este socorro llegaron al navío. Este fué el fin de la batalla, donde murieron cuarenta y un españoles; y mas de dos mil y quinientos indios. Y los que se escaparon con el capitan Juan de Alvarado fueron Gonzalo Hernandez de la Torre, Lope de Landa, Andres de Salvatierra Narbaja, Diego Diaz, Hernando Ibarra, Francisco Lucero, Francisco de Castañeda, y Hernando de Alvarado, los cuales no cesaron de pelear en todo el camino hasta llegar a la junta de los rios Ñube y Itata. Y tambien se escapó por otra via Nuño Hernandez Ragura habiendo peleado como un César, segun acostumbraba en todas las batallas. No cuento aquí los que murieron, por haber sido mas que los vivos, contentándome con referir los capitanes de a caballo que fueron don Francisco Tello, don Cristóbal de la Cueva, y Juan de Cabrera que murieron habiendo peleado valerosamente. Los capitanes indios que vinieron a la batalla, fueron Manquecura, Nicoladande, Labapié, Colocolo, Puygani, Guanchoguacol, Pichena, Pivoboro, Piotiman, Pilon, y el famoso Lautaro. Y el dia de la batalla fué juéves a cuatro dias del mes de diciembre de 1555.

CAPITULO LIV.

Como el capitan Lautaro fué sobre la ciudad de Santiago con un copioso ejército y tuvo dos batallas con los capitanes Diego Cano y Pedro de Villagran.

No se debe tener en poco por ser de poco aparato de palabras aquel proverbio que dice: hoi por mí mañana por ti, mayormente cuando el hombre se engrie y envanece, con el buen rostro que hoi le muestra la fortuna con visita falsa; pues en llegando el dia de mañana habrá dado vuelta su rueda donde mostrará el otro rostro de dos que tiene, pues se sabe ser ella de dos caras. Mucho me alargué, y dije poco en decir mañana, pues siendo la rueda de su vanidad mas veloz que la del primer móvil no ha menester aguardar plazos de un dia para otro, ajustándose a la medida del curso del sol que causa los dias y las noches; pues sabe ella darse tan buena maña en apresurar su rueda que en un abrir y cerrar de ojos pone de alegre triste; de sano enfermo; de rico pobre; de vencedor cautivo; y finalmente de dichoso desdichado. Quién dijera viendo a Mitridates rei del Ponto triunfador de los romanos, y

de toda Asia que por espacio de cincuenta años que habia de venir a tanta miseria en un solo dia que pusiese las manos en sí mismo, quitándose la vida desesperado de verse debajo los piés de sus triunfadores Luculo y Pompeyo. Y quién viera al arrogante Lautaro tan pomposo con sus ilustres victorias, i tan estimado y querido de los suyos que ponian en él los ojos como en su libertador, y toda su gloria: no de otra suerte que los israelitas amaban a David tiernamente por haber sacado a su pueblo del oprobio en que los tenia puestos el soberbio Goliat, contoneándose, y blasonando con despresio de Israel : habia de venir a dar en bajo, o por mejor decir en manos de aquellos, que despreciaba y finalmente sus enemigos. Mas en fin el que apriesa sube apriesa cae : pues suele la fortuna entronizar pocas veces a hombres humildes en su prosapia, sino es para tener mayor espacio por donde vengan cayendo del pináculo donde los habia subido que eran las nubes ; sobre las cuales ellos se encaramaron sin fundamento sólido en que sustentarse. Harto ínfimo de natural era Ventidio Basco ; el cual andaba mendigando de puerta en puerta, y tuvo gran ventura de que le admitiesen en casa de Caio Cesar por mozo de caballos ; mas con esta ocasion fué poco a poco cayendo en gracia del emperador hasta venir a ser el mayor del pueblo romano, i triunfar de los partos con excelentes títulos y renombre. No fueron diferentes en todo los pasos por donde subió Lautaro a tanta dignidad, y señoría pues habia sido mozo de caballos de Valdivia, aunque no subió a la preeminencia por haber caido en su gracia ántes por haberse desgraciado con él ; pues fué principio de su muerte, mas al cabo no se fué alabando, ni le duró el orgullo mucho tiempo por parecerle que ya era todo el mundo suyo o a lo ménos pretender que lo fuese. Viéndose pues este Lautaro puesto en tal punto que todos le reverenciaban y servian celebrando sus victorias con solemnes triunfos y banquetes largó las riendas al apetito del mas, y mas, donde comunmente anhela la naturaleza delesnable, y queriendo destruir la mesma ciudad de Santiago ; ofreciendo su persona al jeneral Caupolican para esta empresa con solos cinco mil indios escojidos de todas las huestes araucanas. No salió el jeneral a esta oferta, teniendo por gran temeridad el pretender ir setenta leguas a buscar a los españoles ; donde ellos estaban tan de asiento, mas fueron tantos los intercesores, que interpuso Lautaro, que por no disgustarle a él y a tantas personas principales condescendió con sus ruegos. Mas no por eso quedó el negocio concluso, porque como habian de ser solos cinco mil los escojidos para esta empresa hubo entre ellos grandes diferencias tomando cada uno por punto de honra el no quedar por ménos hombre. Y vino a tanto rompimiento, que mandó Caupolican admitir otros tres mil mas de los nombrados, y aun esos se sacaron por suertes para que ninguno quedase quejoso.

Comenzó a marchar Lautaro con ejército de ocho mil hombres que lo llevaban en andas, y fué recebido en todos los pueblos por donde pasaba, con gran veneracion y aplauso hallando los caminos aderezados

a mano, y adornados con arcos triunfales, sin faltarle cosa de las que se pudieran prevenir para la majestad del mayor monarca del mundo. Mas cuando llegó a los lugares sujetos a Santiago comenzó a encruelecerse contra los indios haciendo en ellos grandes destrozos de suerte, que todos se despoblaron acudiendo los moradores dellos a la ciudad a pedir socorro, y ampararse con el favor de los españoles. Y el primer reparo que se puso a este daño fué enviar al capitan Diego Cano con cuarenta hombres de a caballo, los cuales hallaron a los enemigos alojados en Mataquito, donde tuvieron una guazabara con matanza de algunos indios, y pérdida de un español quedando finalmente Lautaro con la lanza enhiesta y Diego Cano desbaratado. Bien entendió el sagaz indio que no habia de ser esta la postrera, y así se fortificó mas en el mesmo sitio fabricando un castillo, y muchas albarradas, y baluartes para su defensa. Y para mayor seguridad mandó atajar los rios, y acequias para que reventasen y se difundiese el agua por todo el campo haciendo grandes lodasales en que atollasen los caballos. Mas todo esto no fué para impedir a Pedro de Villagran que salió de la ciudad con cincuenta hombres, y tuvo algunas escaramuzas con los rebelados el mesmo dia, en que llegó hasta que el sol, y los brazos iban de caida. Hallóse allí un conquistador viejo llamado Marcos Veas que habia estado en casa del gobernador Valdivia, y conocia mucho a Lautaro siéndole tan familiar, como persona que vivia con él de una puerta adentro este pidió licencia a su capitan para carearse con Lautaro, y persuadirle con algunas razones, a que desistiese de la guerra entregándose a los españoles fiándose de ellos, pues no habian de hacerle traicion como él la hizo a su amo. Concedióle Villagran esto liberalmente, y poniéndose el Marcos Veas, en parte donde pudiese ser oido llamó a Lautaro; el cual salió a trabar con él plática por un rato habiendo entre los dos un pequeño intervalo de suerte que se oian las palabras distintamente. Y cuando el español llegó a tratarle de la traicion que habia hecho mudó el indio el tono de las palabras, hablando con gravedad de esta manera. No puedo dejar de maravillarme mucho el ver que un hombre tan anciano y prudente como tú eres, o a lo ménos te precias de ello, te hayas dejado de decir palabras tan fuera de concierto, en que has dado a entender, que no eres de mui corto entendimiento, o me tienes por hombre que lo soi. Porque intitular con nombre de traicion a lo que mirado por todas partes es indubitable fidelidad, no sé de donde pueda proceder, sino de que tú estás ciego o me quieres cegar con palabras fundadas solamente en la vana aprehension de tu fantasía. Si traicion ha intervenido entre nuestra nacion y la vuestra, cierto es que está de nuestra parte, aunque se debe llamar mas propiamente tiranía, pues estando nosotros seguros en nuestra patria vinistes engañosamente a desposeernos de nuestras tierras, despojarnos de nuestras alhajas, quitarnos a nuestras mujeres y enseñorearos de nuestras libertades. En lo cual no se puede negar que haya habido gran mezcla de traicion, y alevosía pues entrastes con la voz de Jacob, y

las manos de Esau, predicándonos lei de Dios, y ejercitando la del demonio para dorar vuestros engaños y cojernos el oro fino de nuestras minas. Y así aunque a los principios nos hubiéramos dado por amigos vuestros no tenemos obligacion de conservar la amistad para adelante, pues el dia que falta el fundamento de la cosa ha de faltar la mesma cosa. Y siendo la amistad fundada en que pretendiades nuestro bien, no debemos tenerla en pié el dia que se descubre que es todo envaimientos y traiciones, y que toda vuestra pretension, es hacernos el mayor mal que podeis, como se ve por esperiencia y si alguna amistad os debo a vos señor Marcos Veas por la buena voluntad que me habeis mostrado, en ninguna cosa os la pudiera pagar tanto, como en daros un consejo de amigo y es que os volvais con Dios a vuestras tierras así por la seguridad de las conciencias, como de las vidas porque las habreis de perder desta hecha, como las perdieron con la punta de mi lanza, vuestro capitan, y los de mi [sic] ejército. Mas este consejo no os lo quiero yo dar, por ser tan contra mi pundonor y estima, pues si os vais vosotros voluntariamente, no tendré yo ocasion de ganar la gloria, que se me ha de seguir en echaros por mis propias manos, verdad es que no seria para mi ménos honroso que me cobrasedes tanto miedo que solo él bastase a echaros sin venir a las manos, y por esta via me parece que quizá vendria yo a permitir que os fuésedes vosotros mesmos libremente con tal condicion que me habeis de servir con treinta doncellas escojidas a mi voluntad, para que asistan en mi cámara; y treinta caballos blancos con los mejores jaeces que se hallaren entre vosotros, y otras tantas capas de grana fina, y una docena de perros grandes de esos con que vosotros soleis aperrear a los indios, y demas destos me habeis de dar esa medalla que traeis en el sombrero; la cual vos soleis llamar la medalla de Quinto Cursio. No pudo ya Marcos Veas refrenar mas la risa oyendo las bravatas de Lautaro, y no aguardando mas razones volvió las espaldas dejándole con la palabra en la boca sin esperanza de que por bien se habia de efectuar cosa. I estando los dos capitanes contrarios resueltos en llevarlo por punta de lanza, despachó Lautaro un indio principal llamado Panigualgo para recojer dos mil indios de socorro, y Pedro de Villagran recibió aquella noche veinte españoles que vinieron a lo mesmo; con los cuales llegó el escuadron a número de setenta. Estos salieron por la mañana a dar batalla a los ocho mil contrarios, donde pelearon tan valerosamente, que con pérdida de solo dos soldados mataron quinientos indios desbaratándoles el ejército con victoria reconocida de nuestra parte. Con esto quedó el fanfarron blasonador humillado aunque no humilde ántes encendiendo en mayor ira, y echando fuego por los ojos y palabras soberbias por la boca con juramento de no descansar hasta vengarse.

CAPITULO LV.

De la batalla que el jeneral Francisco de Villagran, y los capitanes Alonso de Escobar, y Juan Gudinés dieron a Lautaro, donde perdió la vida, en el valle de Mataquito.

La conexion de la soberbia i altivéz con los desastrados fines en que suele el hombre ser aterrado, ya queda apuntada en el capítulo precedente con ocasion del principio que tuvo el arrogante Lautaro de ir cayendo de su avilantéz, y demasía y en este se acabará de probar consumadamente con el miserable remate de su vida. Estando este indio picado de la pasada en que le fué tan mal, como queda dicho, se recojió de la otra banda del rio Maule, donde reforzó su jente que habia salido destrozada, y recibió la que de nuevo le trajo el capitan Panigualgo, con que vino a poner en campo diez mil soldados. Y deseando restaurar lo que habia perdido en el encuentro último, que referimos, se volvió al mismo lugar de Mataquito para que el gozo de la presente victoria borrase la memoria del menoscabo pasado. Digo presente: porque por tal la tenia el bravo capitan, así por el aumento de sus escuadrones, como por la fortaleza, que de nuevo fabricó con todos los pertrechos y reparos que se podian desear, para el menester que entónces se ofrecia. Mas quiso Dios que se contentase con poner muro, y antemural en la parte que caia al camino por donde habian de venir los españoles, no asegurando las espaldas, por parecerle que de suyo estaban seguras; de suerte que se dejó un gran portillo abierto para salir los suyos, cuando quisiesen, y entrar los nuestros cuando ellos no quisieron ni pensaron. Y fué así que acertó a venir a coyuntura el mariscal Francisco de Villagran de la ciudad de Valdivia, y sabiendo lo que Lautaro habia hecho, y donde estaba encastillado con su jente se determinó de ir sobre él con setenta hombres que traia para cojerle descuidado por la parte de que él ménos se recelaba, ni aun se acordaba della como si no hubiera Valdivia en el mundo ni Villagran que viniese de ella. Al mesmo tiempo venia de la ciudad de Santiago el capitan Alonso de Escobar que era valeroso soldado, y maravilloso hombre de acaballo de ámbas sillas: el cual traia cincuenta españoles, y con ellos al capitan Juan Gudinéz, para dar en la fortaleza, por la parte que caia al camino que era la que Lautaro tenia pertrechada. Mas como Francisco de Villagran tuviese noticia de su venida les envió a decir que acudiesen a cierto lugar donde todos se juntasen, para hacer la suerte mas al seguro. Y habiéndose hecho esto sin que los enemigos lo entendiesen se pusieron en órden los ciento i veinte españoles de ámbas compañías, y marcharon toda la noche a paso tirado, para dar a los contrarios la alborada con un rocio no del cielo sino de los arcabuces y mosquetes.

Levantóse acaso al amanecer el capitan Lautaro desperezándose de la carga del sueño no pudiendo gozar dél con la inquietud que le daba lo que habia soñado, y era que moria él y todos los suyos a manos de

los cristianos. Y con la angustia que se sentia despertó a una india que tenia consigo para darle parte de su aflixion, por ser esta jente mui crédula, y supersticiosa en todo jénero de sueños y agüeros. Llamábase la india Teresa Guacolda, la cual se habia criado, desde muchacha en casa de Pedro de Villagran, y la habia cojido el Lautaro a tiempo que andaba en estos asaltos tomándola entre las demas, que él y sus secuaces hubieron a las manos, en los pueblos por donde iban entrando. Esta despertó jimiendo y sobresaltada, porque estaba actualmente soñando, que los españoles mataban a los indios de aquel fuerte y a Lautaro entre ellos. Y como Lautaro la oyese referir lo mesmo, que él queria contarle alborotóse mucho mas, y por saber si el sueño tenia fundamento llamó a un indio cuyo nombre era Aliacan, famoso en el arte de adivinar, y le dió noticia de lo que pasaba, el cual le metió mas miedo que él tenia diciéndole podria ser que sucediese. Al mesmo punto llegaron los españoles, y entraron por el portillo desamparado, cojiendo a los tres en medio de su plática, i a los demas cargados con el peso del sueño por ser la hora en que mas él predomina en los mortales. Dió entónces Lautaro voces y echó manos a una partesana, con que se defendió mientras acudian algunos de los suyos aunque por presto que despertaron habia ya muchos metidos en sueño mas profundo, que es el de la muerte dada por mano de los españoles que iban entrando, y ofendiendo sin perdonar lance. Mas como los indios eran tantos, acudió gran suma de ellos a la refriega; la cual anduvo por largo rato mui furiosa y sangrienta, sin salir hombre de la fortaleza hasta que echaron de ver a Lautaro muerto de una lanzada sin saber quien se la hubiese dado, entónces desmayaron los indios comarcanos de Itata, Ñube y Renogulen y se huyeron saliendo cada uno por donde pudo; pero ninguno de los araucanos volvió un punto el pié atras por estar determinados de morir ántes a manos de los españoles que volver a su tierra vivos y vencidos. Y cumplieron tan exactamente su propósito, que no cesaron de pelear hasta que todos quedaron allí tendidos, sin escapar hombre con la vida no habiendo muerto de nuestra parte mas de un soldado que fué Juan de Villagran, deudo del mariscal; en cuya compañía andaba siempre. Fueron capitanes de nuestro pequeño ejército, Gabriel de Villagran, don Cristóbal de la Cueva, Alonso de escobar y Juan Gudinéz, y de los soldados que en él se hallaron, hubo muchos de larga esperiencia y satisfaccion de sus personas de cuyo numero fueron Juan de Lasarte, Alonso de Miranda, Hernan Perez de Quesada, don Pedro Mariño de Lovera, Andres Salvatierra Narvaja, Hernando de Ibarra y Andres de Nápoles, que era hombre de tantas fuerzas, que tomaba una pipa de vino sobre las rodillas, y la levantaba en alto. Sucedió esta felice victoria en el año de 1555, [*sic*] juéves último del mes de abril. La cual aunque puso algun terror a los enemigos, no por eso desistieron de lo comenzado ántes se embravecieron mas y dieron en hacer mayores daños, pareciéndoles gran locura tornarse a rendir a los españoles habiendo alcanzado dellos tres tan insignes vic-

torias, y echádolos de la mayor parte de sus tierras despoblando las ciudades en esta historia referidas. Y asi estaba la tierra puesta en alborotos, y rodeadas de miserias, no ménos por la rebelion de los indios, que por las disensiones que habia entre el mariscal Francisco de Villagran, y el jeneral Francisco de Aguirre, aunque con esta victoria fué admitido con mejor gana Villagran al oficio de gobernador, que era la piedra del escándalo, y pasara el ruido mas adelante si no viniera del Perú quien lo ocupase.

LIBRO SEGUNDO
DE LA HISTORIA DE CHILE.
DE LA PACIFICACION DEL REINO REBELADO,
HECHA POR DON GARCIA HURTADO DE MENDOZA,

Marques de Cañete y señor de las villas de Argete, habiendo salido con siete insignes victorias y fundado siete ciudades, reedificando las asoladas con las demas memorables bazañas que emprendió siendo gobernador en este Reino, como lo fué despues en el del Perú,

CON CARGO DE VICE-REI Y CAPITAN JENERAL DE AMBOS REINOS.

CAPITULO I.

De la partida de don García de Mendoza de la ciudad de los Reyes para Chile.

El infelice estado de las cosas de este reino de Chile iba cada dia tan de mal en peor con la rebelacion jeneral de los Estados de Arauco, y Tucapel, y otras provincias, que no solamente congojaba a los pobres que los padecian, mas tambien causaba lástima a los que estaban como a la mira desde afuera como eran los del Perú; y mui en particular el visorei y capitan jeneral de aquel reino, que era don Andres Hurtado de Mendoza marquez de Cañete, el cual por ser un príncipe tan sapientísimo, como su fama hasta hoi predica sentia íntimamente las innumerables calamidades de que este desventurado reino estaba rodeado; y no le llegaba ménos al corazon el saber, que habia cisma entre algunos de los mas principales españoles, que la guerra hecha por los indios; teniendo por cierto, como persona tan cabal, y esperimentada, que no es tan perjudicial, ni con mucho el daño que hace el enemigo, que está de las puertas afuera, como el que causa el doméstico; como consta de la razon, y esperiencia, y aun de las sentencias de los sábios; pues entre otras muchas admirables de Ciceron acerca desto, dijo; que en quitando la union, y confederacion de los ciudadanos ni habrá casa ni ciudad que pueda quedar en pié; ni aun la agricultura y beneficio de las plantas. Y así se esperimentó en Jerusa-

len en tiempo de los Machabeos cuando venia el insolente Anthioco sobre ellos; que lo que mas destruyó la ciudad fué la disension de los moradores, haciendo cabeza de bando algunos hijos de Israel perniciosos, que se desunian con los demas lo cual confirma el sagrado evanjelio, donde el Salvador dice: que todo reino que está diviso en si mesmo será asolado, y caerá una casa sobre otra. Y así se experimentaron hartos inconvenientes en esta coyuntura, pretendiendo la gobernacion del reino el mariscal Francisco de Villagran, y el jeneral Francisco de Aguirre, por haber sido ámbos conquistadores viejos, mui valerosos, y beneméritos en esta tierra, y se ofrecia ocasion de anhelar mas a esto con la nueva de la muerte del adelantado don Jerónimo de Alderete del hábito de Santiago que viniendo de España proveido por gobernador murió en el camino en una isla llamada Taboga, que está en la salida de Panamá y como el marques de Cañete era tan proveido en todas las cosas de su gobierno, que hasta hoi no abre hombre la boca en estas partes sino para contarlas con hartas lágrimas por su muerte, no se contentó con remediar lo mucho que tenia ante los ojos en el Perú mas quiso tambien favorecer a Chile tan enteramente, que jamas le ha entrado tal socorro ántes ni despues, como el que le envió en esta necesidad, que era harto urjente.

Y para que fuese de tanta estima que no solamente se atribuyese a la sagacidad y prudencia de buen gobernador, sino tambien a un pecho de hombre, que tenia mucho amor a su rei, sirviéndole con cosa que le tocaba en los ojos; y aun a Dios Nuestro Señor cuya gloria pretendia ante todas cosas; se determinó a encargar este asunto a su mesmo hijo don García Hurtado de Mendoza, por ser sentencia mui averiguada que el amor verdadero y firme nunca se muestra enteramente, por muchas hazañas que un hombre emprenda, sino es cuando hace, o padece alguna cosa, que le toca en lo vivo, o cuesta mucho. Pues sabemos que el mesmo Dios no mostró tanto su amor en la fábrica del universo mundo, y creacion del hombre, cuanto en darnos a su hijo unijénito; pues lo primero le costó un solo hágase y lo segundo le costó la sangre de su mesmo hijo, que es el espejo en que él se mira, y la lumbre de sus ojos. Y así descubrió la fineza del amor incomparable alteza de quilates en esta dádiva, y aun las que son anexas a ella o todas las demas, que no le costaron mas que un simple querer, para ser hechas. Acumuláronse con esto algunos otros motivos; como era, estar corriendo sangre en el reino del Perú con las guerras, que entónces se acababan, levantadas por el tirano Francisco Hernandez Jiron; cuyos secuaces no pudieron ser del todo agotados, haciendo justicia de ellos, por ser tantos, que era negocio inaccesible el pensar, que se habian de pasar todos a cuchillo; y por sacar aquestas nocivas reliquias del reino y enviarlas a Chile sin que allá hiciese desden alguno, no halló el marques medio tan eficaz como enviar la persona de su hijo; cuya autoridad los tendria a todos a raya, y cuya benignidad, y buen tratamiento los tendria contentos, y mas atados que con esposas y cade-

nas. Y consultando este negocio con los oidores de la real audiencia de los reyes, donde tenia su palacio y asiento, vinieron todos en su parecer, dándole las gracias de parte de su majestad, por tan insigne servicio, como le hacia; siendo este el único remedio, para apaciguar y reducir, y (por hablar mas propiamente) conquistar de nuevo el reino perdido, como en efecto lo estaba, porque aunque la edad de don García no prometia mucho, por no pasar de veinte y dos años, supliálo con grandes ventajas la antigüedad de su sangre, y la autoridad de su persona; y no ménos la mucha aprobacion, que en sus pocos años habia dado de ella en algunas ocasiones, saliendo de diez y ocho por Italia, a donde le envió su padre porque desde luego se emplease en servir a su rei, por verle tan aficionado a ello; y se halló en la guerra de Córcega, y en la de Sena, mostrando lo que despues habia de ser; tambien dió la mesma espectacion en Flandes y Alemania y en la guerra de Rentin, donde estuvo con el emperador don Cárlos, de donde se pasó a Inglaterra donde estaba el rei don Felipe II de este nombre; en cuyo servicio estuvo hasta que pasó o estas partes con su padre, que venia por Visorei del Perú como se ha dicho. Y por ser tanta la satisfaccion, que en estos lances habia dado, y la prudencia, con que procedia, allanaba las dificultades, que proponia la pueril edad, se resolvió el marques en su intento, poniéndolo luego en ejecucion con el calor posible.

Con esta determinacion escribió algunas cartas de un mesmo tenor a los rejimientos de las ciudades de Chile, dándoles aviso del beneficio que les hacia: las cuales despachó desde la ciudad de los Reyes a los veinte i uno de julio de 1556; y poco despues envió por tierra a don Luis de Toledo con gran suma de caballos, que por ser tantos no podian ir por mar; el cual se partió con ellos con oficio de caballerizo de don García, llevando consigo a Julian de Bastida, que era hombre de muchas prendas, y que amaba tiernamente a su señor, sirviéndole siempre con gran lealtad. Hecho esto mandó el marques aprestar tres navíos de buen porte para los soldados, y un galeon para los bastimentos, artillería y municion, que era en tanta suma, que es la que hasta hoi hace la guerra en este reino. Estando ya los navíos a pique y los soldados, que pasaban de quinientos, mui bien aderezados y distribuido en sus compañías, envió el marques a embarcar la jente con la recámara de su hijo, que valía mas de cuarenta mil pesos; y luego le dió las provisiones de gobernador, y capitan jeneral del reino de Chile; y su bendicion, y abrazó con no pocas lágrimas de sus ojos, diciendole: Mira hijo mio, que te aparto de mi con tanto sentimiento mio, porque te muestres mas ser hijo de quien eres a los que no conocen a tu padre, que a los que te ven puesto a mi lado. No te desanime tu poca edad; pues dando el sábio intruccion de doctrina, justicia, juicio y equidad (que son los requisitos del que gobierna), dice, que esta doctrina se debe dar a los mozos con ciencia y entendimiento; los cuales con oirla atentamente se hacen sábios y capaces para rejir el gobernalle de los reinos. Ten por cierto que no es tan necesario al que vá a entrar en batallas para salir

con victoria el desechar el temor, cuanto el poner ante los ojos el temor de Dios, que es el principio de toda prudencia, y ardides, y de la mesma magnanimidad y buen gobierno. Y mira que te encargo mucho que el acordarte que eres hijo del marques, sea para advertir las obligaciones que tienes a tus cuestas, y no para descuidarte, pareciéndote que tienes en mi quien te haga espaldas; ántes debes proceder de manera como si yo no estuviese en el mundo, valiéndote por tu persona, y persuadiéndote que no tienes otro favor humano, mas del que tus mesmas hazañas te acaudalaren. Si en algo quiero que te acuerdes de mi, es en que soi amigo de hacer bien a pobres; y con esos te doi licencia que te estiendas y que en eso pienses que te hago espaldas, enviandote el caudal que yo tuviere, para que socorras tantas necesidades; y para eso tambien te doi suficiente avio y recámara, con otras muchas presees para que lo que sacares de Chile sean muchas bendiciones, sin un grano de oro, que no te faltará Dios donde quiera que fueres, si tu le sirves como debes a su majestad y a tu prosapia. Procura conservar en tu persona gravedad y trato afable; porque por lo uno te amen, y por lo otro te respeten; pues ambas cosas son absolutamente necesarias para el buen gobierno, y paz de las provincias. Y creeme como a mas viejo, que el temor conviene que le tengan al oficio, y el amor a la persona, y que sabe el amor mejor ganar las puertas, que la fuerza y ardides de muchos soldados. No seas temoso y vengativo, ni te parezca que el que tiene el absoluto gobierno está obligado a no disimular ninguna cosa; porque es gran error pensar que las leyes de los príncipes derogan a la evanjélica, cuando el príncipe se declara por sabidor de algun desacato o delito i se pone a querer castigarlo, tiene ya el negocio en punto, que no ha de consentir que el otro salga con la suya y como triunfador del que gobierna; y para eso es mejor remedio el disimular a los principios antes de entrar en dares y tomares, haciéndose del que no lo sabe, por no venir despues a mas rompimiento. Esto es en cosas tocantes a su persona, como son murmuraciones y quejas, que es cosa comun haberlas del mas aventajado: porque cuando el negocio es contra Dios o el rei, entónces es menester el brio; pues en tal caso hai título de castigo y no mal nombre de venganza. No des facilmente oidos a los que te vinieren a dar cuento de lo que de tí dicen algunos; ántes has de mostrar el rostro torcido a semejantes revoltosos significando, que no gustas de oir chismes, y dando a entender que el príncipe que es prudente ha de estar persuadido a que ha de haber quien hable con pasion; pues lo lleva de suelo aqueste mundo; y por eso no ha de fatigarse, mientras él hiciere lo que debe a su oficio. Ten por cosa mui cierta, que el primer documento del que tiene el mando es, el estar aparejado para sufrir odios y envidias. No te parezca que ha menester poco un hombre de tu oficio para juntar dos cosas tan contrarias, como es el procurar siempre ser amado, y el no dárselo nada de ser odioso; siendo ambas cosas tan necesarias, que en faltando a la primera, falta el reino; y en faltando la segunda, falta la justicia; porque

la vara que es aborrecida de todos nunca dura mucho tiempo en la mano; y el que teme ser odioso, no sabe gobernar, porque el autor universal de todo lo criado, que con su eterna prudencia puso a cada cosa de las de esta vida su contrapeso, ordenó que anduviesen estas dos cosas juntas, que son el odio y el gobierno: y para saber dar órden y que juntamente con esto haya amor en los súbditos, es menester prudencia mas que humana, y dada de Dios con especial ausilio a los que rijen; como él lo suele hacer, cuando se le pide con humildad y oracion contínua; sin la cual el gobierno irá perdido. Y no sé qué mejor consejo darte por despedida que el que en semejante ocasion dió el buen viejo Tobias a su hijo, diciéndole: que por donde quiera que fuese, llevase a Dios en su corazon, y que se guardase de consentir en algun pecado: pues ningunos pertrechos puedes llevar mas eficaces para tus negocios, que llevar a Dios por amigo, en cuya mano estan los fines de la tierra y los corazones de los hombres, y juntamente con esto te encomiendo la misericordia y clemencia como el mesmo Tobias la encargó; que en esto creo te habré dado algun ejemplo, aunque no tanto como yo quisiera. Aconséjate siempre con los mas viejos y esperimentados, y no te parezca caso de ménos valer el rejirte por pareceres de tus súbditos; pues no es tanto de culpar el no saber por no saber, como el no saber por no querer saber. Procura ser refujio de los aflijidos; i aunque tú lo estés con ocasion bastante, procura solapar la tristeza y mostrar buen semblante para consolar al que viniere a tí, a mitigar sus pesadumbres. No te alteres con los malos sucesos; ántes con igualdad de ánimo procura recebir de la mano de Dios los bienes y los males, dándole gracias por los unos y por los otros; pues los unos son regalos de esta vida y los otros merecimientos para tenerlos en la otra. Mira que los defectos de las personas públicas que están en lugar preeminente, se divisan mas que los de la jente plebeya, y que por el mesmo caso, que tengas mas larga mano para hacer cuanto quisieres, has de querer no hacer nada en que te alargues. Mui engañados van los que por verse con todo el gobierno sin haber quien les vaya a la mano, piensan, que el mayor bien de su estado es el poder ellos hacer lo que otros no pueden. Siendo tan al contrario que, lo que es lícito a otro cualquiera, a solo el que gobierna le es ilícito. En lo que toca defender la rectitud de tu vida has de persuadirte, a que no hai otro que lo haga, sino ella misma: y en lo que toca a ser tus censores y malsines, ten por cierto que tienes tantos, cuantos son los súbditos de tu jurisdiccion. Claro está, hijo, que el que es mayor está obligado a mayores cosas; y esto es ser verdaderamente mayor; no el ser soberbio y arrogante, lo cual está tan lejos del ser príncipe cuanto lo está del ser noble. No ha dado la fortuna aviso mas digno de agradecersele que manifestar claramente, que el mas soberbio viene a estar en el lugar mas bajo y abatido. Una cosa quiero que tengas por cierta; que el tener reinos y monarquías, o cualquier otro estado preeminente es caso y lance que no lo hace el hombre, pero el tener virtud es cosa que a solo el que la tiene se le atribuye.

Cuanto mas que si los que ganaron tales dignidades las adquirieron con solas sus virtudes, no hai duda sino que para conservar tales potestades, es necesario conservar la virtud con que se ganan. Y mas te digo, que ninguna cosa aflije mas al que tiene tu oficio cuando ve sucesos disgustosos, que el ver que han sido por su culpa; y ninguna le alivia mas la pena que el estar seguro de que hizo su deber en todo: pues el oríjen de la pena la culpa sola es, y no el suceso. Plega al señor que te lo dé bueno en todo, como yo se lo suplico, y lo haré siempre aunque indigno. Con estas palabras dichas con harta ternura y afecto paternal abrazó el buen marques a su hijo con hartas lágrimas de ambas partes como las hubo cuando se despidieron en el campo, i luego le dió su bendicion cual otro Josué a los Rubenitas y Gaditas, cuando los envió a la tierra que les cupo en suerte.

Con este matalotaje de admirables consejos se embarcó don García en el puerto del Callao de Lima, a dos dias del mes de febrero de 1557, llevando consigo la jente mas florida que hasta hoi ha entrado en Chile y muchos relijiosos, por mirar su padre ante todas cosas la instruccion de los indios en la santa fé católica y buenas costumbres, pareciéndole que con esta se alcanzarian mas victorias que con las armas y estratajemas de guerra; pues la palabra de Dios es mas penetrante que toda espada de dos filos. Los cuales llevaba don García de poner en ejecucion lo que su padre le habia encomendado: y mui en particular este punto, honrando mucho a los relijiosos como lo ha hecho en toda su vida, tratándolos con gran veneracion; como el ejemplo de su padre y su buena educacion le habia mostrado.

CAPITULO II.

De como el marques don García llegó a la ciudad de la Serena, y prendió al mariscal Francisco de Villagran, y al jeneral Francisco de Aguirre, y tuvo una sangrienta batalla.

Fué tan felice el viaje de don García de Mendoza y sus compañías, que llegó a la ciudad de Coquimbo llamada la Serena a diez i ocho dias del mes de abril del mismo año de 57: pero mucho mas lo fué en ser su llegada en viérnes, dia a que este caballero ha sido siempre devotísimo, como hasta hoi lo es, haciendo particulares sacrificios a nuestro señor, así todos los viérnes del año, como los dias de la cruz. Y ha sido Dios tan liberal en pagárselo, que de muchos prósperos sucesos que ha tenido en el discurso de su vida, apenas se sabe de alguno, que no haya sido en viérnes o en dia de la cruz. Y dejados otros muchos, diré uno, que tiene correspondencia con este, y es: que el dia que llegó al puerto del Callao de Lima el año de 90 fué viérnes, y en este dia tomó la posesion del oficio que habia de virei del Perú, y el año de 93 estando todo el reino en grande apuro por ciertos motines, que se rujian en algunas ciudades de él, y en particular en la de Quito, donde estaba el negocio declarado, y la ciudad puesta en arma, llegó nueva a la ciudad de los re-

yes del jeneral Pedro de Arana que habia sido enviado por don García para apaciguar la tierra, y hacer justicia de las cabezas del motin, habia entrado en la ciudad de Quito con sus escuadrones de soldados y puéstola toda en paz, haciendo la dicha justicia: siendo dia de la invencion de la cruz, el que llegó el mensajero de esta nueva al marques don García, que la deseaba no poco; por ser negocio que si procediera adelante, pusiera en continjencia de perderse a todo el Perú que comenzaba a alborotarse: y con ver el castigo de los rebelados amainaron todos los brios de los que estaban a la mira. Y el mesmo dia llegó otro mensajero al mesmo don García, de que se habian perdido junto al Paraguai tres navíos de ingleses corsarios, que iban a costear al Perú, volviéndose uno solo de cuatro que eran, a su tierra harto debaratado. Y el año de 1594, estando todo el reino del Perú en no menos aflixion por andar corriendo la costa otro pirata llamado Richarte de Aquines, contra el cual habia enviado don García a su cuñado don Beltran de la Cueva hijo del conde de Lemos, llegó al mismo virei un mensajero que fué don Francisco de la Cueva con relacion del próspero suceso de haberse tomado y puesto en prision este corsario con todos los suyos, y el dia que llegó con esta buena nueva fué el de la exaltacion de la cruz, a la diez de la noche: en la cual hora se comenzaron hacer hartos regocijos en la ciudad de los reyes.

Así que no fué de poca alegría para el nuevo gobernador el llegar en viérnes a la primera ciudad del reino que entraba a gobernar, teniéndolo por prenuncio de felices sucesos, como en efecto los tuvo sin una tilde de desgracia en todo el tiempo que gobernó este reino. Luego que surjieron sus navíos salió el jeneral Francisco de Aguirre al recebimiento llevando consigo a don Luis de Toledo, que habia ya llegado con los caballos; y en el camino del puerto encontró al camarero de don García, el cual le dió una carta del marques su padre, con que recibió gran contento, por la mucha benevolencia, que en ella le mostraba. Y en llegando a la lengua del agua se embarcó en una balsa de las que usan los indios pescadores, que son de cueros de lobos hinchados, y atados unos con otros: y así se fué al navío, donde estaba el gobernador, miéntras que se iba disparando la artillería con mucha música de trompetas y chirimias, que habia en las naves: y así llegó a la del gobernador a besarle las manos; que no fué poco para la hinchazon, y estofa de Francisco de Aguirre: pues demas de ser la persona que habia tenido siempre en Chile mayor autoridad y grandeza en sus casas, estaba nombrado por gobernador en un testamento cerrado de don Pedro de Valdivia, que se halló despues de su muerte. Con todo eso se hizo un poco tardío don García en salir de su aposento: aunque cuando dél salió, mostró mui buen rostro y alegre semblante al jeneral, diciéndole el mucho caso que el marques su padre hacia de su persona: y que la cosa que mas aliviaba la pena de haberle apartado de sí enviándole a tierras tan remotas, era el saber que estaba en ellas una persona como la suya de canas, autoridad y experiencia, de cuyo consejo y direccion



pensaba él valerse mucho en todas las cosas concernientes al servicio de su majestad. Habiendo salido a tierra y descansado algun tanto, se partieron todos para la ciudad, que está dos leguas del puerto, en la cual tenian aparejado el mas solemne recebimiento que su posibilidad alcanzaba: y llegando a la plaza mayor tomó el jeneral Francisco de Aguirre de rienda el caballo del gobernador, y le llevó hasta la puerta de la iglesia, donde le dijo don García, que habia consentido en ello por la autoridad real, que representaba; y que de otra manera no pasara por ello, por mas instancia que le hiciera. Despues desto hospedó Aguirre en su casa al gobernador, donde él se informó de las cosas del reino, y recibió algunas cartas de las personas mas principales dél; con cuyas relaciones enterado bien en las cosas del reino envió al capitan Juan Ramon, vecino del Perú, con veinte arcabuceros a la ciudad de Santiago a prender al mariscal Francisco de Villagran, que por andar en pretension del oficio de gobernador, era ocasion de alguna inquietud, por pretenderlo por otra parte el jeneral Francisco de Aguirre.

Llegado que fué el capitan Juan Ramon a la ciudad de Santiago, se entró en la casa de Villagran, que actualmente estaba en misa; y mandó que se juntasen luego la justicia mayor y rejidores de la ciudad, para que recibiesen a don García de Mendoza por gobernador, capitan jeneral y justicia mayor de todo el reino, presentando para ello el capitan Pedro de Mesa del hábito de San Juan, una provision del nuevo gobernador, donde le nombraba por correjidor y capitan de aquella ciudad: lo cual se ejecutó con beneplácito de toda ella, y grandes regocijos por la llegada de don García a tierra de Chile. Hecho esto prendieron al jeneral Francisco de Villagran, el cual dijo al capitan Juan Ramon estas palabras: no era menester que el señor gobernador don García de Mendoza usara de esos términos para conmigo: porque bastara enviar al menor criado de su casa con una letra suya, para que yo le obedeciera puntualmente sin dar trabajo a Vmd. con esta venida; pero de una o de otra suerte pecho por tierra, y vamos adonde Vmd. me llevase y su señoría manda. Embarcaron luego a Villagran, el cual en breves dias llegó al puerto de Coquimbo donde ya estaba preso el jeneral Francisco de Aguirre por órden de don García, en un navío que estaba vergas en alto para hecerse a la vela en llegando Villagran. Estaba Aguirre a bordo del navío aguardando a Francisco de Villagran, que iba a embarcarse en él, y en llegando le tomó de la mano, y Villagran le dijo, mire Vmd., señor jeneral, que son las cosas del mundo: que ayer no cabíamos los dos en un reino tan grande, y hoi nos hace don García caber en una tabla. Y con esto se abrazaron soldándose la amistad antigua, en que habia habido alguna quebra por sus pretensiones. Desta manera fueron ambos presos al reino del Perú, llevándolos un caballero aleman natural de Vannes llamado el capitan Pedro Lisperguer, que siendo en España caballerizo del conde de Teria y marques de Pliego, pasó a la India por maestre sala del virei don Andres Hurtado de Mendoza marques de Cañete. Una de las ocasiones, que

entre otras hubo de la prision de Francisco de Aguirre, fué ésta: que el primer dia que el nuevo gobernador salió a misa, se puso en la iglesia un sitial para él, y una silla algo apartada para el licenciado Hernando de Santillan su teniente jeneral, que habia sido oidor en la ciudad de los Reyes y despues nuevo obispo de los Charcas; y un banco grande con una alfombra encima, para don Felipe de Mendoza hermano de don García, que era hijo natural del virei don Andres, y para don Luis de Toledo su coronel, y don Pedro de Portugal su alferez jeneral, y el jeneral Francisco de Aguirre. El cual como viese que no le daban silla, se salió de la iglesia con veinte soldados; a los cuales dijo a la salida de la iglesia: señores, si como somos veinte, fueramos cincuenta yo revolveria hoi el hato. Ultra de esto le fué ocasion de mucho enfado a don García el ver que estando ambos comiendo, le sirvió cubierto un criado de Aguirre, llamando señoría a su amo delante del, sin que Aguirre se lo impidiese. Y finalmente se desabrió don García con Aguirre por no haberle mostrado buena gana de irse con él a las ciudades de arriba, a donde queria llevarlo diciéndoselo espresamente. Por las cuales causas, y por el órden que don García traia de su padre, mandó que se ejecutase esta prision, y viaje de Aguirre y Villagran, demas de tener ambos sus mujeres en España, lo cual se tomó por título de su prision diciendo, que se enviaban a hacer vida con sus mujeres como su majestad lo tiene mandado.

La primera cosa en que don García dió órden en la ciudad de la Serena, fué, que se pusiese el Santísimo Sacramento en la iglesia mayor, que hasta entónces no le habia por temor de las inquietudes de los indios, proveyendo él de las cosas necesarias y convenientes resguardos para ello. Y mandó dar principio a esto con celebrar la fiesta de Corpus Cristi, que hasta entónces no se habia hecho, lo cual se efectuó el dia de San Bernabé en el cual salió don García con su guarda de a pié con lucidas libreas y muchos lacayos y pajes con las mesmas, que eran de paño amarillo con fajas de terciopelo carmesí, y pestañas de raso blanco, y con pífanos, y atambores chirémias y trompetas salió a la plaza. Y por otra parte sacó otra guarda de a caballo, donde iba el capitan de la guardia llamado Juan de Biedma natural de la ciudad de Ubeda, y en su acompañamiento iban muchos caballeros y soldados con mui preciosos atavios, a todos los cuales y a los mesmos de su guarda mandó que fuesen con el Santísimo Sacramento y él se fué solo con un paje a un arco triunfal, y al tiempo que habia de pasar el Santísimo Sacramento, se tendió en el suelo, y pasó el sacerdote que lo llevaba por encima del, lo cual hizo el gobernador por la edificacion de los indios, significándoles con aquesto la veneracion que a tan alto sacramento es debida; acordándose que el rei David bailó delante del arca del testamento solamente por ser figura de este santísimo sacrificio. Pocos dias despues llegaron a la ciudad de Santiago don Luis de Toledo, y Julian de Bastida con los caballos, y Jerónimo de Villegas contador mayor para proveer las cosas convenientes a la armada y guerra,

por ser hombre suficiente para cualquier negocio de importancia. Y don Luis de Toledo con el capitan Juan Ramon hicieron jente para la guerra teniéndola aprestada para cuando el gobernador llegase. El cual se fué a desembarcar con toda su jente al puerto de la ciudad de la Concepcion sin haber tocado en otro desde que salió de la ciudad de Coquimbo, por el deseo que tenia de dar luego trasa en las cosas de la guerra. Entre los soldados que salieron de la ciudad de Santiago para la Concepcion, fueron el capitan Rodrigo de Quiroga, el capitan Alonso de Escobar, Francisco de Riberos, Diego García de Cáceres, Pedro de Miranda y el capitan Juan Gudinés; los cuales eran vecinos encomenderos de aquella ciudad, y no compelidos de algunos a ir a esta empresa del servicio de su majestad y del nuevo gobernador, cuya autoridad, y buen trato les obligaba a ofrecérsele voluntariamente.

Fué este año de muchas lluvias y tempestades en todo el reino, y las tierras llanas, particularmente las de Maule y Cauquenes, se empantanaron de manera, que no podian pasar adelante los caballos. Por lo cual, no fué posible llegar esos caballeros a la ciudad de la Concepcion al tiempo que estaba determinado. De suerte que hubo de llegar el gobernador primero que ellos, habiendo pasado una furiosa tormenta, tal, que se vieron a punto de padecer naufrajio, por ser el temporal tan terrible, que el piloto mayor llamado Hernan Gallego, natural de la Coruña, que era el mas famoso del reino, dijo, que en sus dias tal habia visto, con haber andado en la mar desde su niñez. Al cual riesgo se puso don García, por no haber tomado el puerto de Valparaiso, ni entrado en Santiago a causa de evitar los gastos del solemne recebimiento que se le preparaba, estando la tierra mui adelgazada y pobre, y tambien porque no se le quedase en ella alguno de los soldados que habia sacado del Perú para la guerra. Finalmente habiendo pasado grandes tormentas y rigores del invierno, llegó al puerto de la Concepcion surjiendo junto a la isla llamada Quiriquina; donde mandó, so graves penas, que ninguno entrase en las casas de los indios, ni les tomase nada, ni hiciese algun otro jénero de agravio, como hasta alli se habia usado con poco temor de Dios y daño de las conciencias. Antes mandó el gobernador juntar todos los indios, y los acarició y regaló dándoles algunos vestidos, y sobras del matalotaje; con lo cual ellos quedaron mui gratos, y no escandalizados y puestos en arma, como con los desafueros pasados otras veces habian hecho. No hallaron los nuestros en esta isla alguna leña, de que poder servirse; pero como la providencia del Señor es en todo tan copiosa, que puede sacar de las piedras hijos de Abraham, ha proveido a esta isla de cierta especie de piedras, que sirven de carbon, y suplen totalmente sus efectos, y de estas se sirvieron los nuestros para sus guisados; aunque lo que la tierra les daba para ellos, apénas era mas que nabos, de que la isla estaba llena, con haberse sembrado en este reino pocos años ántes. Ya que la jente habia descansado y recreádose algunos dias en la isla, los mandó el gobernador pasar a la tierra firme, donde lo primero que hizo fué buscar sitio cómo-



do para asentar sus reales, deseando poner luego las manos en la labor para las cosas de la guerra. Y habiéndose alojado en el lugar que pareció mas oportuno, mandó hacer una cava profunda, y su albarrada la mas fuerte que se pudo, en la cual obra, trabajaban los caballeros mas estirados del ejército, unos acarreando fajinas y otros sacando tierra del foso sirviéndose para esto de las fuentes de plata, y la demas bajilla del gobernador, por falta de......y bateas. Y andaba don García tan dilijente en esa obra siendo sobrestante de ella, como si toda su vida no hubiese entendido en otra cosa, sino en ser aparejador, o arquitecto. Estando en este lugar los españoles, comenzaron algunos indios de los rebelados a venir allí a dar la paz al olor del buen tratamiento y regalo, que don García habia hecho a los de la isla, y viendo que hacia con ellos lo mesmo, y les hablaba con tanto amor, dándoles a entender con palabras y obras como venia a sacarlos de vejaciones, y favorecerlos en todo lo necesario, fueron tan contento y con tanto amor a don García, que salió luego la voz por toda la tierra de su benignidad y buenos intentos. Con lo cual iban cada dia acudiendo mas indios de paz convocándose unos a otros; mayormente por haberles dicho don García, que él les perdonaba todo lo hecho, con que de allí adelante se allanasen al servicio del rei, y mucho mas al de Dios, por ser esta pretension la que le habia sacado de casa de su padre. Fué de mucho efecto el no haber allí caballos, para que los indios no se recelasen de algun ardid de los pasados, y viniesen muchos de ellos de paz dando crédito a las promesas que se les hacian.

Con todo eso hubo otros indios que tomaron ocasion de lo mesmo para hacer guerra, pareciéndole que estando los españoles a pié, fácilmente los rendirian. Estando, pues, una mañana los españoles bien descuidados de cosas de guerra, se hallaron al cuarto del alba cercados por todas partes de un ejército de veinte mil indios, que venian braveando, y blandiendo las lanzas con tantos alaridos y estrépito, que parecian cien mil hombres. Y asomándose el gobernador a ver este espectáculo por encima de la trinchera, le dieron una pedrada con una honda que venia zumbando como si fuera bala de escopeta, y le alcanzó en la sien y oreja sobre la celada; y era tal la furia con que venia, que dió con él de la trinchera abajo. Plugo al señor que don García tuviese prevenidas de la noche antes seis piezas de campaña asestadas hácia la parte por donde vinieron los indios, los cuales reprimieron su ímpetu y furia que de otra manera sin duda ganaran el fuerte y pasaran a cuchillo a todos los españoles por estar a pié, y ser tanto menor el número que el de los indios que les cercaban. Demas de esto usó de otra estratajema el gobernador, para suplir la falta de la municion que aun no habia llegado, por venir por tierra con la jente que traia los caballos, y fué recojer la poca pólvora que habia, escojiendo veinte arcabuceros los mas diestros de su campo, que tirasen de punteria a los principales caudillos, y adalides de los enemigos, los cuales se daban a conocer en el traje, así en las armas defensivas de cueros de lobos crudos pintados de diversos colores, como en los penachos de sus cabezas, que por mas bizarría eran

de colas de zorros, y otras divisas que ellos usan. Demas de esto hizo don García otras prevenciones sin ser parte el molimiento de la caida, y aturdimiento de la pedrada, para que dejase de andar con grande solicitud y puntualidad en todas las cosas, acudiendo a todas partes con valerosos brios sin menoscabársele el ánimo con un espectáculo tan feroz, cual nunca en su vida habia visto, por ser estraordinario el terror que ponen estos indios, no solamente con la gallardía y magnitud de sus cuerpos, sino mucho mas con el alarido y alaracas con que acometen. Pero por mas dilijencias que él hizo, y ardides de que usó en esta coyuntura, no volvieron los indios el pié atras, pareciéndoles, que pues habian pocos antes asolado a la ciudad de la Concepcion, que estaba allí junto, con ser los españoles cursados en la tierra, y teniendo caballos y las demas prevenciones de hombres que habian estado allí algunos años, con mas facilidad vencerian a los chapetones y desproveidos de todo esto, mayormente de caballos, que son los que hacen ser a los españoles mejores que los indios en la guerra. Y con este ánimo se abalanzaron dentro del fuerte peleando en él algunos de los mas valerosos indios del ejército con tantos brios que bastaran a desanimar a muchos de los nuestros, sino fuera don García tan próvido, asi en los pertrechos y otras prevenciones, como en mostrar buen semblante y ningun jénero de desmayo, para que los suyos cobrasen ánimo como lo hicieron, con tanto coraje que compelieron a los enemigos a retirarse dejando no pocos muertos junto al baluarte y en otros lugares del elejido.

Viendo los indios el pleito mal parado, se recojieron a un puesto, donde no pudiese alcanzarles la artillería; i allí consultaron lo que les convenia en esta ocasion, resolviéndose finalmente en alzar por entónces la mano de la batalla, para convocar mas jente, y venir con mas pujanza sobre los nuestros, para no desistir hasta echar por tierra la fortaleza y a los españoles de su reino. No fué tardio el gobernador en conjeturar la intencion de los indios, ni en dar luego traza en los resguardos concernientes a tal conflicto, procurando con toda dilijencia reforzar las estacadas y alojamientos con el mejor órden que el tiempo dió lugar por entónces. Y juntamente hizo a los suyos un largo razonamiento diciéndoles entre otras cosas: la satisfaccion que tengo, soldados mios, del valor y esfuerzos de vuestras personas, me quita la ocasion y necesidad que la instancia del tiempo requeria, por estar cierto, que todos los buenos consejos que en razon del servicio del rei nuestro señor, y demostracion de vuestras personas yo puedo y debo daros, son los mesmos que vosotros teneis mui en el corazon, como personas que habeis venido a semejantes laces y trabajos, saliendo para esto de vuestras casas y quietud sin otro intento. Para guerras vinistes, y guerras deseastes, y para la guerra os ofrecistes al marques mi padre, y asi estoi tan cierto de que no se os hará nuevo ni pesado el entrar en guerras, que ántes me parece os seria ocasion de disgusto el faltaros la ocasion de ellas hasta haber salido con la victoria y ganado el reino. Y supuesto

esto, debeis persuadiros a que estos bárbaros han de venir luego sobre nosotros, porque cuando asi no fuese, no habríades perdido nada en estar determinados a resistirles como valerosos soldados. Cosa cierta es, que en negocios dudosos es lo mas seguro tener siempre sospecha del peor suceso, para usar de las prevenciones conforme al mayor peligro; porque en caso que despues no lo hubiese, nada habria perdido por demasiado resguardo, y por una tilde de el que faltase, habria perdido mucho. Bien os acordais de los ensayos que hicistes en la ciudad de los reyes ante el virei mi padre con justas y torneos, y vistosos alardes, y reseñas de guerra con tanta ostentacion y gallardía, que al parecer se os levantaban los piés del suelo, deseando ya veros en medio de las batallas. Y quiero que entendais ser negocio, que debe poneros no poco ánimo el haber salido con esta victoria al primer lance; pues es razon, que si los enemigos quedan amedrentados, quedeis vosotros mui animosos de lo mesmo, mayormente peleando nosotros por la causa de Dios, como yo entiendo de vuestros pechos, y la propagacion de su santa fé, y relijion cristiana, mucho mas que por la codicia del oro, ni otro jénero de interes; pues cualquiera será de muchos menos quilates que este de la gloria de Dios nuestro señor, la cual es principal fin, que pretendemos. Con estas razones y otras mas prolongadas que dijo don García, cobraron los suyos tanto esfuerzo, que les parecia ya poco todo el resto de Chile para sus brios.

En este ínterin venian caminando hácia la playa los bateles de los tres navíos de don García con el resto de la jente que quedaba en ellos; la cual venia a dar socorro a los suyos por haber visto la batalla que poco ántes andaba sangrienta. Y apenas habian llegado a la lengua del agua cuando ya los bárbaros estaban con ellos; donde pelearon valerosamente de ambas bandas, rompiendo los nuestros por entre los indios hasta ponerse en salvo dentro de la fortaleza. Finalmente quedó la victoria declarada por de los españoles, los cuales dieron muchas gracias a Dios nuestro señor por haberles dado tan buen principio; y trataron luego de curar los heridos que eran pocos, con haber salido muchos de los enemigos con heridas de peligro, dejando muertos seiscientos hombres de su campo.

No dejaré de decir como habiendo muerto en esta batalla un valeroso indio llamado Pilgueno, vino aquella noche secretamente una india llamada Gualda, que le amaba tiernamente, y lo anduvo buscando por todo el campo, llamándole con voz baja, por no ser sentida; y no hallándole, aguardó hasta la mañana no desistiendo de buscarlo, aunque se puso a riesgo de ser hallada. Y reconociéndole al romper de la mañana, cual otra Tisbe de su amado Piramo, habiendo hecho estremos de sentimiento, se fué al gobernador don García a pedirle el cuerpo de su amado, poniéndole ante los ojos por bastante título para concedérselo el haberse puesto a tan manifiesto peligro, siendo mujer y de veinte años. La cual causa tuvo don García por vijente para otorgarle lo que pedia, con tal que añadiese otra de nuevo, que era hacerse cristiana; al cual

partido salió ella, recibiendo luego el santo baptismo, que no la tuvo don García por menor ganancia, que la victoria de los enemigos; teniendo por mayor empresa la vida de una alma, que la muerte de muchos cuerpos, mayormente viéndola en tan buena disposicion, que habiéndose baptisado, dijo, que pues ya era cristiana, no queria hacer como jentil llevando a su querido, sino enterrándolo como cristiana. El nombre de esta india fué Beatriz, y el dia de la victoria fué miércoles a siete dias del mes de setiembre de 1557.

CAPITULO III.

De la llegada de la jente española a donde estaba el gobernador don García de Mendoza.

No era pequeña la confusion en que en este tiempo se hallaba el gobernador, viendo que tardaba tanto la jente de socorro, que venia con los caballos, cuanto se apresuraba la que acudia en favor de los enemigos de todos los estados de Tucapel. Y para remedio de esto, entre otras prevenciones de que usó en esta coyuntura, despachó un barco en que fué el capitan Juan Ladrillero y Alarcon de Cabrera, con órden de costear la provincia hasta llegar en paraje del rio de Maule, y entrar por él en busca de la jente española, para hacerle apresurar el paso segun la necesidad lo demandaba. Y juntamente escribió a Julian de Bastida, que mandase de su parte al capitan Juan Ramon que volviese al Perú, y no pareciese mas ante él, pues habia sido tan neglijente en tiempo de necesidad tan precisa. Este mensajero llegó al rio de Maule cuando el ejército iba vadeándole, cuyo mensaje no les dió vado a hacer alto para descansar; antes sin dilacion alguna se partieron luego cien hombres a la lijera con sus armas i caballos, quedando don Luis de Toledo con otros doscientos para caminar por sus jornadas con el fardaje y caballos que pasaban de dos mil. Y con haber veinticinco leguas desde el rio hasta el asiento del gobernador, las anduvieron estos cien hombres en tres dias, habiéndose gastado el uno de ellos en hacer balsas para pasar el rio Nieblitato. Finalmente llegaron a vista del fuerte un juéves a trece dias del mes de setiembre de 1557, donde se tuvo un arma de enemigos, que eran los corredores de los bárbaros rebelados, los cuales venian marchando para dar sobre el fuerte donde el gobernador estaba, pero viendo la jente de a caballo, no osaron acometer ni descubrirse del todo, antes se volvieron a sus tierras sin ser seguidos de los nuestros, no por falta de brios y deseos de pelear, sino por respeto del gobernador, que estaba cerca, y no era justo arrojarse a cosa que él no hubiese determinado.

Pero como al tiempo del retirarse los enemigos fuesen visto de las centinelas de la fortaleza, se tocó al arma, y se puso en ella toda la jente española, entendiendo ser muchos los enemigos, mas despues que divisaron ser españoles los que venian algo atrasados, y que los indios habian pasado adelante de huida, se hizo luego la salva con la artillería,

y otros instrumentos, saliendo el gobernador al campo mui bien armado; donde recibió con mucho amor y buen agasajamiento a todos los que venian, escepto al capitan Juan Ramon: al cual no quiso ver en aquellos ocho dias, hasta que fué mui enterado en que no habia sido por culpa suya la demasiada tardanza de la jente. Aquella noche entró a hablar al gobernador solo el capitan Rodrigo de Quiroga; y Julian de Bastida, a quien don García y su padre estimaban en mucho y de ellos se informó por estenso de todo el discurso del viaje. Y poco despues llegó don Luis de Toledo con el resto de la jente, con la cual, y la demas que don García tenia consigo, salió del fuerte, y mandó se alojasen todos en el campo, puestos en órden de guerra con ánimo de no alzar mano de ella, hasta haber allanado todo el reino. En este tiempo unos indios que habian estado rebelados vinieron de paz a donde estaba el gobernador, y le trajeron un caballo que habian tomado a los españoles en el desbarato postrero de los vecinos de la Concepcion; con lo cual se alegró don García, y envió nuevos mensajeros a todos los indios de los estados, para que sin temor acudiesen pacíficamente a la obediencia de su majestad, como ántes lo habian hecho. Recibieron bien a estos mensajeros el jeneral Caupolican, y otros capitanes de los mas principales del reino: los cuales enviaron un embajador llamado Millalauco, que, aunque era mozo que no pasaba de treinta años, era prudente y bien hablado, y persona de mucha autoridad entre los indios. Este se puso delante del gobernador y sin jénero de turbacion, ni embarazo en sus palabras le dijo las siguientes: Valeroso capitan de tu dichosa compañía, que por tal la tengo en ser tuya: yo vengo de parte del bravo ejército Araucano y Tucapelino, y de los demas señores del reino, los cuales quedan en consulta sobre la determinacion de lo que manda. En lo cual aun no están resueltos, por ser negocio en que no mostrariamos la prudencia de buenos capitanes; sino nos arrojásemos en un negocio tan árduo a cosa que no estuviese primero mui considerada. Mas con todo eso vengo por embajador a darte noticia de este punto, para que no haya innovacion alguna hasta ver la resolucion que sobre él se toma. Oyó el gobernador atentamente sus razones, holgándose de oirle hablar tan espedita y graciosamente; y recibiéndole con mucha benignidad, y mandándole vestir de grana y seda, lo mandó volver a donde estaba Caupolican para que le quitase el temor y persuadiese a la paz con los españoles, como otra vez les habia amonestado. Pero como tardase la respuesta de los indios, mandó don García a apercibir la jente, para hacer alarde, con intento de nombrar capitanes, y los demas oficiales de guerra, dando traza en las cosas necesarias para entrar en los estados a hacer guerra a los enemigos. Para esto mandó que toda la jente de a caballo saliese a lo llano de la marina que está delante de la ciudad despoblada: y que cada uno pasase la carrera con lanza y adarga, haciendo despues su escaramuza: lo cual se ejecutó con tanta destreza, que don García recibió gran contento de ver tan buenos hombres a caballo: como lo son comunmente los que hai en este reino: y

mui en particular los nacidos en él, por ser impuestos en ello desde edad de diez años. Y así salen valientes, y con otras buenas habilidades en que hacen ventaja a los demas de las Indias.

Acabada de hacer la reseña, en que se hallaron seiscientos hombres de pelea, nombró el gobernador ministros de su ejército, los que parecieron mas idóneos para este asumpto. Primeramente dió el oficio de coronel del campo a don Luis de Toledo hijo del Clavera de Alcántara, y vecino en el reino del Perú. Y por maestro de campo nombró al capitan Juan Ramon: y a don Pedro de Portugal por alferez mayor de todo el campo. Por sarjento mayor nombró a Pedro de Aguayo natural de la ciudad de Córdova: y dió oficio de capitanes de a caballo a Rodrigo de Quiroga: Alonso de Reinoso Renjifo, vecino de la ciudad de la Paz en el Perú, y Francisco de Ulloa de quien se ha hecho mencion en esta historia. Por capitanes de infantería nombró a don Felipe de Mendoza su hermano y don Alonso Pacheco caballero mui principal de la ciudad de Plasencia, y Vasco Suares vecino de la ciudad de Guamanga en el Perú; y por sarjento mayor de la infantería señaló a Pedro de Obregon mui diestro en este oficio. Demas de esto tomó para sí una compañía de a caballo de cincuenta arcabuceros, poniendo por alferez della al capitan Pedro del Castillo: y finalmente nombró por capitanes de artillería a Francisco Alvarez de Berrio. Ultra desto mandó apercibir para que entrasen con el ejército algunas personas graves y relijiosas, que escojió de entre muchos, que habia sacado del reino del Perú en su compañía; como lo fué el licenciado Vallejo maese-escuela de los charcas predicador de fama al cual tenia por su confesor, y lo llevaba por visitador jeneral de todo el reino: y frai Jil Gonzalez de Avila de la órden de Santo-Domingo; predicador insigne en este reino: frai Diego de Chaves de la misma órden: frai Juan de Gallegos de la de San Francisco que tambien era predicador, y al sochantre de aquella iglesia catedral, que tenia mas de ochenta años: Leonardo de Valderrama tesorero de la iglesia de Quito, y otro clérigo capellan suyo. Demas de los cuales metió consigo otros de los que halló en el reino, como fueron frai Cristóbal de Acevanera, de la órden de San Francisco y predicador de ella con otro compañero suyo; frai Antonio Correa y su compañero de la órden de Nuestra Señora de las Mercedes: y algunos otros sacerdotes que por evitar prolijidad no nombro. Y por tener tambien pertrechado su ejército de personas espirituales habia siempre en él sermones; y frecuencia de sacramentos, que son las armas mas principales para vencer a los enemigos: pues es cierto, que ninguna estratajema ni prevencion de guerra es tan eficaz para los buenos sucesos della, como el tener a Dios por amigo. Porque muchas veces acontece perderse ejércitos, cuyas ventajas eran notabilísimamente conocidas, por donde se echa de ver, que en ninguna industria humana, ni fuerzas de hombres, hai certidumbre de felices victorias, sino en solo la voluntad de aquel Señor, que gobierna todos los fines de la tierra. Y llega a tanto esta verdad, que estando Dios de parte de un ejército, puede vencer

sin menearse; como consta de la divina escritura, que dice, vosotros callareis, y el Señor peleará por vosotros. Y a este propósito dice el apóstol San Pablo: si el Señor es de nuestro bando, quién podrá prevalecer contra nosotros.

Juntamente con esto se despachó al capitan Francisco de Ulloa con una compañía de a caballo, para que fuese a la ciudad imperial a juntar alguna jente que entrase con él en los estados de Arauco, queriendo acabar de una vez este negocio. Con lo cual y las demas prevenciones y dilijencias, que incumben a cualquier diestro capitan y gobernador, mandó que comenzase a marchar la jente hácia el rio grande Biobio, en cuya pasada encontraron a los cincuenta de a caballo que venian de la ciudad imperial llamados del gobernador, los cuales le besaron las manos, y se le ofrecieron para esta y las demas empresas que su señoría mandase, recibiéndolos él mui afable y benignamente. Y por ser este rio tan ancho, que tiene en parte dos leguas y por donde ménos una de travesía, y ser dificultoso de pasar, le pareció al gobernador que podria haber algun estorbo de parte de los enemigos; por lo cual usó de un admirable ardid para asegurar su campo. Y fué enviar alguna jente cinco leguas mas arriba de su alojamiento a cortar madera y a hacer balsas, para que los indios entendiesen, que habia de ser por allí el paso del ejército, por estar allí el rio mas recojido, como en efecto lo entendieron, y se hicieron fuertes de la otra banda en el lugar adonde habian de salir las balsas que se hacian. Y en el entretanto que esta jente se ocupaba en esto, y tenia a los indios desvelados, fue el ejército marchando al contrario hácia la marina, para pasar el rio por la boca que hace al entrar en la mar; donde mandó don García que todas las barcas y bateles que estaban en aquel puesto, subiesen el rio arriba cosa de dos leguas, y en ellas pasó toda su jente, caballos, municiones y bagajes con tanta dilijencia y buena maña, que cuando los enemigos tuvieron noticia de ello ya estaba nuestro campo de la otra banda del rio. Luego sin dilacion comenzó a marchar el ejército, llevando los estandartes enarbolados, y toda la jente puesta en órden de guerra, yendo via recta a los estados de Arauco, que están tres leguas adelante; y ántes de llegar a ellos se asentó el campo cerca de unas lagunas y cerros, que están media legua de este rio. Estando la jente en este alojamiento, salieron dos soldados sin licencia a ver lo que habia por aquellos campos, donde toparon gran suma de enemigos, que estaban emboscados para dar de improviso en los reales de los cristianos. Estos indios aun no habian divisado bien a los dos soldados, cuando se abalanzaron a ellos para tomarlos a manos, deseando que no diesen noticia de esta emboscada a los españoles, y aunque el uno se escapó, que se llamaba Roman de Vega Sarmiento, el otro, cuyo nombre era Guillen, quedó muerto a manos de los bárbaros. Y no fué poca ventura haberse escapado el uno, para que el ejército no fuese cojido de improviso; porque este vino dando voces, llamando al arma a coyuntura, en que el capitan Alonso de Reinoso habia salido con su compañía de a caballo a correr el campo; donde

tambien topó escuadrones de enemigos, de los cuales se vino retirando hasta un cuarto de legua de los reales. De manera que casi a un mesmo punto llegó al gobernador la nueva de dos compañías de bárbaros rebelados. Y lo primero que hizo, fué despachar con toda presteza dos capitanes de a caballo, que diesen socorro al capitan Alonso de Reinoso, con los cuales y la jente que llevaban, hizo rostro a los enemigos sin retirarse, mas como hasta allí lo habia hecho. Y estando los dos bandos frente a frente no mas trecho, que el de una carrera de caballo, salió un soldado atrevido que se llamaba Hernan Perez de Quesada, y dijo en alta voz, ah señor maestre de campo, ¿a qué venimos aquí? a las cuales palabras le respondió, buena está la pregunta por cierto, ¿a qué habiamos de venir sino a pelear? no fué menester mas que esto, para que el bueno del soldado sin aguardar mas perentorios, partiese de tropel a toda furia diciendo, Santiago y a ellos y los demas que le vieron ir fueron en su seguimento hácia los enemigos, desbaratándoles los escuadrones y poniéndoles en huida, quedando el Hernan Perez de Quesada mui mal herido, de que llegó a punto de muerte. Y como los nuestros fuesen dando alcance a los enemigos y los tuviesen ya casi en las manos, dieron en el camino con mas escuadras de indios araucanos, que hicieron espaldas a los suyos cesando ellos en su huida, y poniendo a los españoles en ella. Verdad es, que el retirarse los nuestros no fué por desanimo o cobardía, sino por cebar a los indios, a que se viniesen tras ellos acercándose a los reales donde estaba el resto de nuestro ejército. Llegaron a él a coyuntura en que estaban todos actualmente peleando con los demas indios de los otros escuadrones que habian descubierto los dos soldados que dijimos, de suerte que se halló nuestro gobernador combatido de enemigos por dos partes aunque no turbado con ver sobre sí tanta jente determinada de morir o vencer. Antes mostrando buen semblante dispuso las cosas convenientes con tal órden, que sin confusion ni maraña se acudiese a todas partes animando a los suyos con palabras de valeroso capitan, y con ser el mesmo el primero que salió a caballo a trabar batalla con los contrarios. Salió con tal órden la arcabucería por una parte y por otra la jente de a caballo que solamente el verlos hizo temblar a los bárbaros, y no ménos el ruido de la artillería que se jugó a mui buen tiempo acudiendo cada cosa con la mejor sazon y coyuntura que se podia desear para el efecto. Desta manera andubo un rato la batalla no poco sangrienta muriendo muchos de los indios, y recibiendo heridas algunos de los nuestros. Pero como el órden con que los españoles procedian, era tan puntual y tan pavoroso el tropel y estrépito de los caballos, y tan nocivo para los adversarios el efecto de la artillería y arcabucería; comenzaron a flaquear, dando indicio de ello, de manera que se lo sintió don García, cobrando él con esto mayores brios, y dando tras ellos con mayor ímpetu, haciendo volver las espaldas a muchos dellos, que de mui turbados se metian por los pantanos, dando tras ellos don Felipe de Mendoza con su infantería, y haciendo lastimoso estrago, sin poder los miserables evadirse de sus manos.

Y en los demas, que aun no habian huido, se empleaba tan diestramente la jente de a caballo, que apénas habia bote de lanza, ni descargar de espada, que no hiciese risa en los contrarios, hasta que ellos viéndose apurados volvieron las espaldas todos a una, retirándose con la mayor velocidad que pudiron, sin dejar de ser seguidos de los españoles un gran trecho.

Fué este un dia de grande compasion, y un espectáculo mui lastimoso el ver los campos teñidos en sangre, y llenos de tantos cuerpos muertos, que iban los caballos tropezando en ellos; y la muchedumbre de armas que iban los vencidos sembrando por el camino: entre las cuales habia lanzas de a treinta y veinte y cinco palmos, dardos, flechas, carcajes de hastas, hondas, paveses, capas de cuero, capacetes, y otras muchas armas e instrumentos de diversos jéneros. Y aunque por una parte quedó el gobernador con grande regocijo de tan insigne victoria, y dió muchas gracias a nuestro Señor con todos los suyos, postrándose en tierra y reconociendo que todo el bien le venia de su mano, por otra parte se le quebraba el corazon de ver aquellos pobres indios en tanta multitud muertos de sus manos, y los de su jente; no teniendo otro consuelo, sino la satisfaccion que tenia de su buena intencion que era buscar la paz; con la cual les habia convidado tantas veces, dándoles evidentes muestras de seguridad; y que el venir a rompimiento era ya mas no poder; mayormente siendo los indios los agresores en estas dos batallas referidas. Fué esta última victoria de que tratamos, a diez dias del mes de octubre de mil y quinientos cincuenta y siete en el sitio que arriba deja dicho nuestra historia.

CAPITULO IV.

De la entrada que el gobernador don García de Mendoza hizo en los estados de Arauco, y la memorable batalla que tuvo con los indios en Millapoa.

Otro dia despues de la felice victoria referida mandó el gobernador alzar el campo, y marchar en órden hácia el valle de Arauco para entablar de propósito las cosas de la guerra. Y habiendo caminado buen espacio de aquella tierra, hizo alto en el lebo de Andalican, legua i media mas adelante del sitio de la batalla pasada; donde se asentaron los reales en un cerro grande, que es a propósito para ello; de donde salian a menudo algunos capitanes a correr la tierra haciendo de camino el daño que podian a los indios rebelados, para que con las muchas vejaciones y molestias viniesen a bajar el cuello y rendirse a la corona real de España. Con todo eso mandó don García al maese de campo, que por ninguna via consintiese poner fuego a las casas de los indios: teniendo por buen medio que ellas estuviesen en pié, para que sus dueños, que andaban amontados por los cerros, y quebradas, acudiesen de mejor gana a dar la paz, teniendo tantas prendas como eran sus casas y cementeras: y tambien por parecerle ser esto mas conforme a cristian-

dad, y celo del servicio de Dios, que era lo que pretendia ante todas cosas.

De aquí pasó el ejército adelante y se alojó a las orillas del rio de Laraquete, que está a la entrada de Arauco: de donde salieron algunos capitanes a correr la tierra sin topar con enemigos en espacio de dos leguas que anduvieron. Otro dia fué campo marchando, y se asentaron los reales media legua mas arriba del lugar donde habia estado la casa fuerte de Valdivia, donde hicierón alto por algun tiempo. No fué de poca importancia en esta coyuntura una prevencion, que habia hecho el gobernador ordenando que saliesen dos navios cargados de bastimentos del puerto de la ciudad despoblada de la Concepcion, y los llevasen al puerto de Arauco, por si acaso hubiese falta de ellos en la tierra, no se hallase la jente desproveida: como en efecto se hallara, si no interviniera esta dilijencia. Saliendo, pues, de este lugar un caballero sevillano llamado Arnao Segarra con algunos soldados a correr la tierra, dió en el camino con un gran escuadron de enemigos, con los cuales vino a las manos, haciéndolos retirar a unos cenagales, a donde los indios se acojieron sabiendo que no podian entrar por ellos jente de a caballo en su seguimento. Con todo eso fué tan arrojado un español llamado Juan Ralon, que se metió por los pantanos, donde el caballo atolló sin poder ir atras ni adelante, quedando en manos de los enemigos, que le llevaron la cabeza dejando el cuerpo sepultado en el cieno, donde él mesmo se habia metido. Sabiendo esto don García despachó al punto una compañía de a caballo que fuese a buscar a los enemigos para hacer en ellos el castigo que su delito merecia: mas aunque los fueron siguiendo por el rastro, no pudieron dar con ellos; por haberse ya desparramado por diversas partes. Pero por no volver con las manos vacías, se fueron a una ciudad despoblada, donde hallaron una pieza de bronce que habian tomado los indios, cuando desbarataron al mariscal Villagran. Esta pieza llevaron a los reales, con que se holgó el gobernador, añadiéndola a las que él traia: y sin aguardar mas en aquel lugar pasó a otro llamado Millapoa, que es tierra de gran fertilidad, hermosura i recreacion no ménos estensa que poblada, mayormente en aquel tiempo, donde los indios no estaban tan disminuidos como agora. En este lugar tuvo el gobernador noticia de que estaba un gran ejército de enemigos aprestándose para oponerse a sus fuerzas, y defender sus tierras, sin alzar mano de la guerra hasta morir en su demanda. Y con esta nueva salió don García él mesmo en persona a dar una ojeada a todo el campo, y considerar los sitios mas oportunos, para asentar las tiendas en tiempo de batalla, como lo acostumbró siempre sin fiarse en estos de tercera persona, por ser negocio en que va mucho para acertar en los encuentros de guerra.

Llegado el dia del glorioso apóstol San Andres se determinó don García a dejar el lugar que habia escojido, para pasar adelante, pareciéndole que tardaban los enemigos, y que no debia ser cierta la nueva que le habian dado: y estando toda la jente aprestada para caminar despues de

oir misa, acertaron a tocar las trompetas, y chirimias a la puerta de la tienda de don García haciendo salva al glorioso santo; y tocaron estos ministriles y un clarin sus instrumentos a tiempo que el grueso ejército de enemigos llegaba cerca de los reales, que por no ser sentidos habian caminado toda la noche a toda prisa, pensando llegar ántes del dia a dar sobre los nuestros sin que lo sintiesen; como en efecto no los habian sentido, ni aun lo sintieron, si acaso no se tocaran esos intrumentos. Mas como los indios los oyeron a tal coyuntura, tuvieron por cierto que los nuestros estaban ya apercibidos contra ellos, y tocaban al arma por haberlos divisado: y así respondieron ellos con sus trompetas y bocinas, y mucho mas con los alaridos tan pavorosos, y estupendos, como suelen en semejantes encuentros. Era cabeza de este ejército el famoso jeneral Caupolican; con el cual venian muchos caciques y señores principales y los capitanes mas diestros, y valerosos del reino: de cuyo número eran el capitan Rengo; Tucapel; Colocolo;......; Lincollia; Paicarba; Cañumangue; Yeguari; Lambecho; Guampilcolco; Levo; Lemo; Tomé; Orompello; Ilicura; Leocoton; Alomaca; Caniotaro; Millalermo; Picaldo; Elpoma de Pinal, y otros muchos de valor, y esperiencia en cosas de guerra. Todos estos capitanes traian sus compañías bien ordenadas, y prevenidas, para acudir cada uno a dar en los españoles por la parte de los reales, que le estaba señalada: para que ellos no tuviesen lugar de valerse, ni evadirse al tiempo del conflicto. Pero con aquel pequeño rato, que la Providencia divina dió a los nuestros para echar de ver a los contrarios, se remedió todo tan suficientemente, que apénas fueron sentidos, cuando ya don García estaba a caballo el primero de todos, como lo acostumbró siempre ántes y despues de este lance que tratamos. Y en dos palabras acudió a todas partes, y dispuso las cosas con tal traza, como si hubiera estado ocho dias en ordenarlas. Y lo primero fué mandar se recojiese toda la jente en la plaza de armas, que estaba señalada, donde se pusieron los escuadrones a punto de pelea, así los de a pié, como los de a caballo, sin salir hombre un paso de su puesto. Y estando todos con este órden vieron asomar tres grandes escuadrones de enemigos el uno de siete a ocho mil indios, que venian por una loma rasa a dar sobre la mano derecha de nuestros reales: y otro de cinco a seis mil que venia por un camino a media ladera, para dar en la parte izquierda, donde estaba el escuadron de la caballería: el tercer escuadron tendria cosa de seis mil indios, que venian en la retaguardia: y este hizo alto en un cerrillo, donde estaba el jeneral Caupolican en un caballo blanco, y con una capa de grana, como si fuera un español mui autorizado así en su traje como en el mandar, y socorrer desde allí a sus escuadrones con la espedicion, y traza, que pudiera hacerlo el capitan mas diestro de Nápoles o Flandes.

Viendo esto don García, salió sin dilacion a trabar batalla: y llevando en su escuadron seis piezas de campaña, y toda la arcabucería acometió al escuadron mayor que venia por la loma, sobre la mano derecha de su ejército: mas apénas habia hecho el primer lance, cuando volviendo la

cabeza vió la jente de a caballo, que andaba ya en la pelea con el otro escuadron, que se inclinó hácia donde ella estaba; y echó de ver, que habiendo acometido los de a caballo dos veces al escuadron, no habia podido romperle, por estar tan cerrado, y tener tan bien ordenada la piquería, como si fueran soldados alemanes mui cursados, y espertos en semejantes ocasiones. Demas de salir mui ordenadamente sus mangas de flechería, y de fundibularios, que tiraban piedras con sus ondas con tanta frecuencia, que parecia llovian del cielo; y otros que tiraban garrotes a los rostros de los caballos para espantarlos, y hacerlos retroceder de modo que ellos mesmos entre sí se confundiesen sin ser los caballeros señores de enderezarlos donde quisiesen. Advirtiendo esto el gobernador y que el escuadron aquel se inclinaba con la infantería, se iba deteniendo de suerte, que le daba algun lugar; para hacer otro lance, se determinó de repente de socorrer a la jente de a caballo, a quien los enemigos traian a mal andar: i haciendo revolver la artillería asestandola hácia la ladera, donde estaban los enemigos peleando con los de a caballo, se jugó con tanta destreza que a las primeras rociadas, se abrió el escuadron dividiéndose en diversas partidas, dando entrada con facilidad a la caballería: la cual desbarató a los enemigos alanceando a muchos de ellos, y poniendo a los demas en huida con toda presteza. Entónces el gobernador pareciéndole que ya habia allanado lo que tocaba a este paso, dió la vuelta para proseguir su camino hácia el escuadron mayor, que ya estaba mui cercano: y disparándose la artillería y las escopetas, se abrió y desbarató la escuadra de los enemigos; y se comenzó la escaramuza, que anduvo mui sangrienta por largo rato. Y aunque salieron de ella heridos algunos de los nuestros, y quedaron muertos muchos caballos, con todo eso fué desbaratado totalmente el escuadron araucano, poniéndose en huida a toda prisa, y yendo los nuestros en el alcance; donde fueron no pocos indios presos, y muchos mas alanceados. El jeneral Caupolican, que estaba a todo esto a la mira en la retaguardia, viendo cuan mal les iba a los suyos, y que los brios de los españoles se estrellaban en ellos con tanto valor y gallardia, como si pelearan jigantes contra niños; le pareció temeridad hacer resistencia a jente tan valerosa: y presumir de sí, que saldria él estando con un escuadron con la empresa, en que los dos primeros siendo de mayor número de jente habian sido rendidos, y puestos en huida con tanta ignominia suya y del bravoso nombre araucano y tucapelino, se resolvió en dar la vuelta, y ponerse en salvo a uña de caballo, pareciéndole que no habia agujero en que meterse: y todos los demas hicieron lo mismo teniéndose entónces por mejor no el que tenia mejores manos sino el que tenia mejores piés. Lo cual visto por los nuestros los incitó a ir en su seguimiento, hiriendo y matando a los contrarios por espacio de media legua: y aun se fuera siguiendo la victoria por mas largo trecho, si no la prohibiera el gobernador así por ruegos de los relijiosos, como por ser él de suyo tan piadoso, que le era gran compasion el ver derramar a sus ojos tanta sangre de jente tan miserable, y a quien él pre-

tendia no quitar la vida, sino dar trazas en que la tuviesen buena de allí adelante. Mas con todo eso fueron tantos los indios muertos, que estaba el campo cuajado de ellos, y teñido en sangre.

No quiero pasar en silencio las palabras que en esta refriega habló un indio llamado Galvarino, al cual habian tomado los nuestros a manos en la batalla pasada, que se tuvo junto al rio de Biobio, y puesto ante el gobernador le mandó cortar las manos, para que de esta manera fuese a informar a su jeneral Caupolican del número y calidades de las personas, que de nuevo entraban en la tierra, para ponerle algun temor, entre otros medios que se intentaron, para que se sujetase sin venir a rompimiento. Este Galvarino, hizo en efecto su embajada; y dió a Caupolican la relacion que él pretendia: y fué tanto el coraje con que estaba emperrado, que ya que le faltaron las manos, peleó mas fuertemente con la lengua, la cual suele ser mas eficaz para hacer guerra, que las manos de los hércules y las industrias de los Césares. Pues sabemos, que las manos pueden poco o nada sin instrumento, mas la lengua sirve de lo uno y lo otro; pues ella mesma es la espada de dos filos, y se sabe menear sin que otro la mueva, de tal suerte, que aun muchas veces, queriéndola refrenar el hombre, se mueve ella tan velozmente que sin poder separar el tiro, ni abroquelarse el que está en frente, dá sútilmente la herida, que por la mayor parte es incurable. Claro está, que todas las manos de ciento y cincuenta mil hombres que peleaban en la batalla donde murió el capitan Valdivia, no habian sido parte para vencerlos y solo la lengua de un Lautaro, movida quizás del mal espíritu, fué poderosa para destruirle a él y a todo su ejército. Lo mesmo pretendia este indio Galvarino; el cual venia delante de estos tres escuadrones levantando los brazos sin manos, porque todos los viesen casi corriendo sangre, para incitar a ira, y coraje a los suyos: de la manera que lo hacian los del ejército de Eupator, cuando peleaban con los macabeos cerca de Betszacaran, que a falta de sangre con que se encrueleciesen los elefantes contra los adversarios, les ponian ante los ojos un licor como sanguíneo sacado de uvas y moras, juzgando que con la sangre o la apariencia de ella se levanta el ánimo y se remueva el brio, aun de los mesmos irracionales. Para esto levantaba las manos este indio, y mucho mas la voz con palabras provocativas a venganza, representando a los suyos los graves daños y total destruccion, que por los españoles hasta allí habian sucedido a todo el reino. Y en razon de esto les decia a ellos: hermanos mios, qué os deteneis en dar tras estos cristianos? Viendo el manifiesto daño, que desde el dia en que entraron en nuestro reino, hasta hoi han hecho, y van haciendo. Y aun harán en vosotros lo que veis, que han hecho en mí, cortándoos las manos, sino sois dilijentes en aprovecharos de ellos ejercitándolos en destruir esta jente tan nociva para nosotros, y nuestros hijos y mujeres. Fuera de esto hubo otro indio, del cual entre otros mandó el gobernador hacer justicia, por haber sido de los mas culpados en la rebelion de esta tierra. Este viéndose ya a punto de muerte, y que le querian colgar de uno de

los árboles, que por allí habia, dijo en voz alta a los circunstantes: mirad cristianos, solo una cosa os ruego en este trance, y es que me colgueis en lo mas alto del árbol mas levantado, que se hallare: para que todo el mundo vea como he muerto por la defensa de mi patria, como verdadero y fiel hijo de ella. Llamábase este indio Libantureo, el cual dijo otras muchas razones acerca desto, no poco de notar para indio bárbaro como él era.

Fué esta batalla mui notable i reñida; donde se manifestó descubiertamente la gran prudencia, sagacidad y reputacion de don García: y el mucho ánimo, y fuerzas así del mesmo gobernador, como de todos los suyos, sin haber en todos ellos hombre de cuenta y pundonor, que no se señalase mucho aqueste dia; de suerte que lo hicieron ser mui famoso en toda la cristiandad y aun fuera de ella. Porque aunque en cuanto al número de los soldados no se hallaron aquí aquellos opulentos ejércitos, que cuentan los antiguos; como el de Sesostris rei de Ejipto, que llevó contra Arabia y Libia seiscientos mil hombres de a pié, veinte y cuatro mil de a caballo, y veinte y ocho mil de servicio; ni como el de Nino rei de los Asirios, que fué sobre los Baetrianos con mas de un millon de soldados de infantería: doscientos mil de a caballo, y cien mil serviciales: ni como el de Jerjes rei de los Persas que habiendo de pelear con los Griegos apercibió setecientos mil de su reino y trescientos mil forasteros: ni se derramó este dia tanta sangre, como en la batalla de Abia rei de los Judíos contra Jeroboan rei de Israel, donde le mató cincuenta mil hombres; ni como en la batalla que hubo entre Benadab rei de Siria, y Acab rei de Israel donde murieron cien mil hombres de ambas partes: ni como en la de Claudio Neron y Libio Salinator contra los cartajineses: en la cual les mataron sesenta mil hombres junto a Metauro rei de Umbria: con todo eso no es esto que contamos de menor cuenta porque la mesma pequeñez del número de los españoles engrandece mas su fama, pues no habiendo sido mas de seiscientos de pelea, vencieron a mas de veinte mil indios diestros, determinados, y fortalecidos con diversos jéneros de armas ofensivas y defensivas: mayormente estando en sus tierras y sabiendo los pasos de ellos; y siendo por el contrario los nuestros hombres que jamas los habian paseado. I lo mesmo, que es no haberse derramado sangre con matanza de los españoles, esceptos cual y cual, que faltaron, y algunos que salieron mal heridos, eso mesmo hace mas insigne la victoria, por haber resistido, y puesto en fuga a unos hombres de tantas fuerzas, y temerarios brios, como son los Araucanos y Tucapelinos, de los cuales quedaron tres mil muertos en el campo: y presos ochocientos. Ultra de los que salieron heridos, que fueron no pequeño número. Hubo don García esta felice victoria en los postreros dias del mes de noviembre de 1557 habiendo durado la batalla desde el romper el dia hasta las dos de la tarde sin cesar punto de pelear valerosamente de ambas partes.

CAPITULO V.

De la fundacion del fuerte de Tucapel hecha por don García Hurtado de Mendoza, y algunos encuentros entre los indios (y españoles.

Otro dia despues de la batalla habiéndose dado gracias a nuestro Señor con mucha devocion de toda la jente, y en particular la relijiosa, envió nuestro gobernador ciento y cincuenta hombres a correr el campo repartidos en tres compañías, en las cuales iban el maestre de campo, que los gobernase. Estos anduvieron algunas leguas hasta llegar al sitio donde se juntaron los enemigos para prevenir la batalla. I aunque en este lugar se hallaron algunos huesos, y cabezas frescas de españoles, cuyas carnes habian los indios comido rabiosamente: con todo eso no pareció alguno de los enemigos, por andar todos amedrentados buscando rincones en que esconderse, y aun allí no se tenian por bien seguros. Y habiendo vuelto esta jente a su campo a dar al gobernador noticias de lo que habia, mandó levantar los reales el dia siguiente, y fué caminando al lebo de Tucapel, sin hallar resistencia en el camino, por haber los indios tomado acuerdo, de que no les convenia andar juntos, para dar batallas, sino dividirse en diversas cuadrillas, que anduviesen vagas por los campos, haciendo frecuentes asaltos en los españoles que cojiesen descuidados. Mas era tanta la vijilancia y prevencion del gobernador, que no consentia que saliese hombre de su puesto, entendiendo que los indios rebelados no pretendian otra cosa, sino cojer algunos fuera de su órden. Hallaron los soldados en este camino grande abundancia de mantenimientos, asi de los que los indios tenian sembrados, como de los que estaban escondidos en asilos y cuevas para sustentarse el tiempo de la guerra. Y habiendo tomado todo lo necesario llegaron al lugar, donde habia sido la batalla, en que sucedió la desastrosa muerte del capitan Valdivia, y de su ejército: donde se enternecieron mucho todos los hombres antiguos en la tierra, que le tenian por padre de todos, como lo era; y arriesgaran de buena gana en esta coyuntura sus personas a trueco de topar los ciento y cincuenta mil indios que lo mataron, para tomar venganza en ellos, o morir a sus manos, a imitacion de su caudillo. Estuvo dos dias en este asiento el campo de los españoles: donde una de las dos noches se tocó al arma al cuarto de la prima, no tanto por fundamento bastante, que para ello hubiese, como por estar aquel sitio en posesion de peligroso, y mui fresca la memoria del estrago pasado hecho en Valdivia, y sus compañías.

De aquí pasó el ejército al lebo de Tucapel donde hallaron los rastros del edificio arruinado de la casa fuerte del capitan Valdivia; y se sentaron los reales en el mesmo lugar, donde don Garcia de Mendoza mandó edificar una fortaleza, dando principio a la fábrica de una ciudad con título de Cañete de la frontera, a contemplacion del virei su padre que era marques de Cañete como se ha dicho. Lo cual intentó habién-

dolo consultado con su maestre de campo, coronel y capitan y otras personas graves y de consejo y experiencia. En el ínterin que se iba edificando esta fortaleza envió al capitan Francisco de Ulloa con su compañía de a caballo al puerto que llaman del Lebo, para que descubriese lo que habia por aquella parte, y se fuese la jente haciendo escrutinio en todos los pasos, y rincones de los estados de Arauco. Salió este capitan (como fué mandado), y fué caminando con harto recato hácia la costa del mar: en el cual camino pareciéndole a un soldado brioso, que podia confiarse en su persona, y lijereza de su caballo, se adelantó por buen trecho, y llegando cerca de la marina, vió venir un indio solo, y al parecer descuidado y seguro de enemigos. Emboscóse entónces el soldado donde el indio no le divisase, hasta estar junto a él, sin poder evadirse: y en viendo que emparejaba con él, salió de repente a prenderle creyendo ser espía de los contrarios. Procuró el indio defenderse desembrazando su arco, y tirando una flecha con tanta fuerza, que fué menester todo el brio del español, para averiguarse con él en este lance. Mas en efecto puso al indio en huida, haciéndole entrar por medio de las olas sin dejar él de seguirle: y no temió entrarse en la resaca por sacarle fuera de ella. Finalmente le asió por los cabellos, y le examinó con particular escrutinio deseando saber quien era, y el intento con que venia. Y confesando el indio la verdad, le dijo, que él no sabia, que hubiese jente de guerra por el contorno: aunque habia mucha congregada cerca de allí para bajar a la marina a cojer marisco, y algun pescado segun lo tenian de costumbre. Llevó este soldado al indio hasta ponerle en presencia del capitan, el cual le dió una gran reprehension, por haberse adelantado saliendo de su órden con tan manifiesto riesgo de su persona. Y siendo bien informado de la jente que estaba junta para el efecto de su pesquería, acudió luego allá, y halló mas de tres mil personas: de las cuales prendió todas las que pudieron llevar sus soldados evadiéndose las demas por no haber quien les echase mano. Y siendo llevados todos los que quedaron presos al gobernador don García no quiso que se hiciese algun jénero de daño, o mal tratamiento a alguno de los que allí venian; ántes les dió libertad, para volverse a sus tierras y ejercicios; así por las muchas intercesiones de los relijiosos, que se lo suplicaron como por su mucha piedad, y clemencia, a que era mui inclinado: como se mostró a cada paso en diversas ocasiones, cobrando en esto tanta fama, que se pudo poner en el número de aquellos varones insignes, y nombrados con título de benignos y clementes: como fueron Demetrio, que habiendo vencido a Ptolomeo mandó enterrar los cuerpos muertos de los enemigos, dando libertad a los cautivos, de quien habia sido irritado, y vencido poco ántes: y como Jehu rei de Israel, que mandó honrar con célebres exequias el cuerpo de Jesabel su contraria; y finalmente Paro, que concedió liberalmente a los romanos que habia cautivado, que se volviesen a su patria sin detrimento alguno, favoreciéndoles el mesmo para ello. Pero por ser muchos los lances, en que se manifestó esta benignidad de don García, los

dejaremos para sus lugares, donde se tocará cada uno en su ocasion, y coyuntura. Por el contrario la fiereza de los bárbaros estaba tan encarnizada, y tenian ya el freno entre los dientes tan rabiosamente que toda la clemencia de los nuestros la convertian en mayor zaña y coraje suyo, ensoberbeciéndose en ver la mansedumbre de que con ellos se usaba, sin advertir que se tomaba por medio, para rendirlos, como suele usarse con hombres de capacidad: aunque estos por ser bárbaros no entendian el intento de quien por tal camino pretendia averiguarse con ellos.

A este tiempo llegó una nueva a los reales de que en la tierra de Caiocupil iba concurriendo gran número de indios a un banquete y embriaguez jeneral segun su costumbre; lo cual suele ser comunmente prevencion de las batallas, o (por mejor decir) el señuelo, para que acudan todos a tratar de los medios dellas. Y por no dar lugar á que esta junta de bárbaros tuviese estos efectos tan propios suyos, envió el gobernador dos compañias, que eran las de don Felipe de Mendoza su hermano, y el capitan Alonso de Reinoso, a desbaratar esta congregacion en su principio; lo cual es tan necesario, como lo muestra siempre la experiencia; pues comunmente los daños y peligros, que a los principios son una centella, si los dejan cundir, y tomar fuerza, vienen a ser un fuego abrasador de campos mui estendidos. Salieron estos dos escuadrones al rendir de la prima acompañándolos don García en la salida un largo trecho, donde les iba instruyendo en como se habian de haber en este lance, y habiéndolo hecho como convenia, se volvió a su tienda, yendo los demas en prosecucion de su camino. Mas era tanta la obscuridad de la noche, que se perdieron todos en el camino dividiéndose los unos de los otros, sin acertar a ordenarse, hasta que comenzó a apuntar el dia. Estaban entónces los indios tan descuidados en sus rancherías, y tan sepultados en el vino, que ellos usan, y el sueño su acompañado que no sintieron a los nuestros, hasta que los tuvieron sobre sus cabezas; de las cuales fueron muchas abiertas con las lanzas de los nuestros, evadiéndose los demas, aunque harto despavoridos, en algunos lugares ocultos, cuyos pasos no sabian los españoles. Pero dejaron gran suma de bastimentos, de que los nuestros se aprovecharon, llevándolos a las tiendas de sus consortes.

En tanto que estos soldados andaban entretenidos en este asalto, acudieron por otra parte algunas escuadras de indios a los demas que estaban en los reales: y poniéndose a vista del fuerte, no se atrevieron a acometer, ni aun venian con propósito dello, sino solamente con pretension de cojer a algunos descuidados, para hacer en ellos alguna suerte. Y fué así: que en efecto salieron cuatro hombres en busca de sus caballos, y fueron paseándose seguramente hasta emparejar con el sitio donde estaban emboscados los enemigos: los cuales salieron de tropel y mataron al uno de ellos, que era el espadero único, que proveia al ejército; y fueron siguiendo a los otros tres, escapándose solo uno, que llegó dando voces a la fortaleza. Apenas oyeron los gritos, cuando ya estaban en el campo hombres de a caballo enviados por don García: los

cuales fueron en seguimiento de los indios, y ya que les iban dando alcance, encontraron a los soldados de las dos compañías, que venian de hacer el asalto referido. Y aunque se juntaron todos, para ir en seguimiento de los contrarios; pero fué a tiempo que estaban mui cerca de una espesa montaña, donde los indios se metieron, sin ser posible entrar los españoles a sacarlos. De esta manera se volvieron todos a la fortaleza, donde el gobernador recibió con no buen semblante a las dos compañías, que venian de hacer el asalto: porque supo de algunos soldados, que habian aquella noche divisado los fuegos de las rancherías, donde estaban los indios, que por la mañana acudieron a este asalto, y no llegaron a reconocer la jente, que habia en los lugares, donde estaban los fuegos, para prevenir el daño, que se siguió de la muerte de estos tres españoles, cuyas cabezas llevaron los enemigos.

CAPITULO VI.

De la batalla que tuvo el capitan Rodrigo de Quiroga con los indios de Paycaví, y Ongolmo.

Estando los españoles alojados en la mesma fortaleza de Tucapel, llegó nueva de que en las repúblicas de Ongolmo y Paycaví se iba juntando un grueso número de indios de los cuales eran aquellos, que dijimos en el capítulo pasado haber sido presos por Francisco de Ulloa, y enviados libremente a sus tierras por don García de Mendoza. Y para certificarse en esto mas de raiz envió el mesmo gobernador al capitan Rodrigo de Quiroga a correr el campo un sábado del mes de diciembre de 1557. Y aunque este capitan tenia en su compañía cincuenta y cinco de a caballo, no quiso sacar mas, de treinta y dos, y entre ellos un solo arcabucero; siendo tal la oportunidad que no habia de dejar hombre de los suyos, pues le habia mandado don García correr el campo con su jente. Y así le hubiera de costar mui caro el hacer poco caso de los peligros yendo a poco mas o ménos: siendo al contrario de esto lo que la prudencia dicta: que el arrojarse el hombre con riesgo de la vida propia: y mucho mas de las de otros ha de ser a mas no poder: mas cuando puede asegurar su negocio, es cordura no perder punto del socorro, o fuerza que pudiere hallar; mayormente cuando lo tiene a mano. Mas donde falta la advertencia humana, suele mostrarse mas la Providencia divina; como sucedió en esta coyuntura; donde saliendo esta compañía de soldados a correr el campo; habiéndose apartado tres leguas de los reales, dieron en unos bosques, i bebederos de Paycaví y Ongolmo, donde los indios rebelados estaban en las juntas, que a don García se le habian referido. Viendo estos a los españoles, trataron luego de dar en ellos, aunque con astucia, y cautela, finjiendo paz, para proceder en la guerra mas al seguro. Para esto enviaron mensajeros, que dijesen a Francisco de Ulloa como todos ellos estaban con deseo de conocer y servir al nuevo gobernador por la buena opinion que tenia en todo el reino: lo cual hacian por entretener a los cristianos con

demandas y respuestas miéntras ellos disponian sus cosas, y ordenaban sus escuadrones, para cojerlos de sobresalto. En este ínterin andaban los indios yanaconas, que servian a los españoles cojiendo mantenimientos, y las demas cosas, que podian apuñar en las casas de aquestos naturales: cosa que no poco les incitó a ejecutar sus intentos con mas coraje. Volviendo pues los españoles hácia la fortaleza a hora de vísperas por el mesmo camino, que habian seguido a la salida, aun no habian caminado un cuarto de legua, cuando se hallaron cercados de compañías de bárbaros armados, que tenian tomadas toda las veredas para que no pudiesen pasar los nuestros, sin dar en sus manos. Viendo el capitan Quiroga la multitud de enemigos, que le rodeaban, hizo alto en aquel lugar, desde el cual divisó los contrarios; y distribuyendo con presteza su jente, y alijerando a los que estaban cargados de los mantenimientos, y otras presas y alhajas de los pobres indios, que se oponian a la defensa. Hecho esto salió el capitan Alonso de Escobar, vecino de la ciudad de Santiago con doce hombres escojidos, y arremetió con tanto ánimo, y gallardía que mereció el renombre de tan valeroso capitan cuanto lo han alcanzado los mui celebrados en las historias antiguas y modernas. No se puede creer, ni aun escribir tan enteramente, como ello pasó, las bravezas, que estos doce insignes soldados hicieron en este conflicto, y en particular su capitan, que era estremado hombre de a caballo, y de grande ánimo, y robusto brazo en las batallas: pues fué tanto lo que estos pocos soldados se esmeraron, que dejaron cansados a los enemigos, para que los cojiesen mas manso los otros veinte que estaban a la mira para acometer al mejor tiempo. Lo cual se hizo con tantos brios y destreza, que cargando todos a una sobre los contrarios, se mostraron tan fuertes y valerosos en las escaramuzas y encuentros, que dentro de hora y media fueron los indios desbaratados, y puestos en huida; dejando por el camino muchas armas de diversos jéneros, las cuales arrojaban de las manos con la turbacion, y deseos de ir mas veloces sin cosa que les estorbase. No fueron los nuestros ménos lijeros en dar tras ellos en seguimiento de la victoria; pero habiendo andado dos carreras de caballo, dieron en manos de otros muchos indios, que venian repartidos en dos escuadrones marchando con mucho órden a socorrer a los suyos; y así les hicieron espaldas, y animaron con su presencia, a los que iban despavoridos, fortificándose los unos con los otros, de suerte que hicieron rostro los cristianos, blandiendo las lanzas, y levantando los gritos, para aterrarlos con esto y matarlos con los hierros de las lanzas. Fácil cosa es de entender lo que sentirian los pobres españoles, que despues de tanto trabajo y heridas, cuando pensaban haberse escapado, y aun ganado la victoria, se vian metidos en nueva refriega sin poder casi alzar los brazos de cansancio. Mayormente viendo la multitud de armas, que traian los indios tan afiladas, y lucidas, que con sola la vista tenian filos para cortar los ánimos de los contrarios. Mas eran ellos de tan jenerosos brios, que una sola voz de su adalid, que resonó diciendo, ea caballeros,

morir o vencer, que no hai otro remedio; tuvo mas fuerza, para avivar sus corazones, y renovar sus fuerzas, que todas las armas de los adversarios, para cortarlas.

En efecto se vino a trabar de nuevo la batalla con tan desapoderado rompimiento, que lo sentian las mesmas yerbas del campo: las cuales estando verdes se tornaron de repente coloradas con la abundancia de la sangre, que las cubria de suerte que quien las viera de repente juzgara haber nacido con aquel color rojo, que tenian. El aprieto, en que se vieron los nuestros en este trance; es mas para considerar con el discurso de la razon, que para ponderar con letras de historia, ni aun de orador por diestro que fuera: mas poniendo silencio a todo esto, solo digo en resolucion, que salieron los nuestros victoriosos llevando cien indios presos, y los contrarios fueron de vencida con cuatrocientos hombres menos, que dejaron muertos en el campo, ultra de los cientos que iban cautivos y los heridos que eran en mayor número. I mucho ménos se puede referir el valor y reportacion con que procedió Rodrigo de Quiroga, el cual en el tiempo del mayor peligro animó a los suyos con las palabras que dijo Julio César peleando cerca de Córdova con los españoles dejando vencido a Pompeyo; las cuales fueron: Ea compañeros i amigos mios, hasta agora hemos peleado por la victoria, agora hemos de pelear por las vidas. La cual palabra tuvo tanta eficacia, sobreviniendo el auxilio divino, que es el que la dá a todos las fuerzas y sucesos, que no solamente salieron con las vidas, sino tambien con la victoria, habiendo vencido al capitan Colgomangue, y otros de mucha fama con mas de cinco mil indios de pelea. Halláronse en esta batalla el capitan Francisco de Rivera; el capitan Juan de Cueva: Luis de Toledo; el capitan Alonso de Escobar; y el capitan don Pedro de Lovera autor de esta historia. Y habiendo todos dado gracias a nuestro señor por tan insigne beneficio de su mano se fueron hácia los reales, topando en algunos sitios del camino muchas estacadas, y otros estorbos, que los indios habian puesto en aquel breve tiempo que los españoles estuvieron entretenidos en el lugar que se ha dicho. Pero rompiendo con todas las dificultades llegaron a la fortaleza donde el gobernador les estaba esperando por tener ya aviso de que andaban en la refriega, siendo informado por algunos indios que venian por momentos a darle relacion del estado en que estaban las cosas, que sucedieron este dia. Y así en viendo asomar a tan valerosos soldados mandó que se les hiciese la salva con la artillería, y trompetas: y el mesmo la hizo mas favorable con las regaladas palabras, con que recibió esta compañía diciendo: Señor capitan Rodrigo de Quiroga, de capitanes tan valerosos, como Uds. no esperaba yo ménos de lo que veo. Tengo en mucho el servicio que hoi ha hecho a su majestad; y lo agradezco como ministro suyo: y no ménos a todos esos caballeros que tan jenerosamente se han empleado segun la relacion que de cada uno en particular tengo. Yo lo gratificaré con la mayor brevedad que el tiempo, y gueras permitiesen: para lo cual quiero que Ud. haga lista de sus nom-

bres para que ninguno quede sin premio, pues ninguno dellos deja de tener mui grandes méritos. Con estas y otras semejantes palabras y alegre semblante abrazó don García a todos aquellos soldados agasajándolos con mucho regalo, y mandando que se atendiese con mucho cuidado a su descanso y refrijerio segun su necesidad lo requeria. Y en esto fué mui esmerado siempre don García de Mendoza, mostrando benignidad, y tratando con palabras graves y regaladas a los suyos sin exasperarse con ello, sabiendo que no hai medio para tener de su mano las voluntades de los súbditos, como tener suavidad con ellos mostrándoles amor, y buen semblante: y significándoles el que es cabeza que está satisfecho de su servicio y contento de ellos para animarlos a proseguir siempre en otras tales, y aun otros mas calificados dejando en ellos el resto de sus fuerzas. Y así mostró bien la experiencia en todo el tiempo que don García gobernó a Chile, cuan diferente estaba entónces el reino de lo que ántes y despues ha estado, tanto que parecia otro por el modo de proceder de este gobernador, que pluguiera a Dios no hubiera salido del en muchos años: pues como estuvo el remedio en su entrada, así estuvo su perdicion en su salida.

Despues de conseguida esta victoria no faltaron en diversas ocasiones algunos encuentros entre los indios i españoles sin acabar de amainarse la hinchazon y rebeldía araucana. Hasta que a fuerza de calamidades y prisiones y muchas mortandades, que vian a cada paso por sus casas, se fueron amansando poco a poco, acudiendo algunos a sujetarse a don García, cuyo tratamiento y halagos los vencia mucho mas que la fuerza de armas.

CAPITULO VII.

De la memorable victoria, que don García Hurtado de Mendoza alcanzó en la quebrada de Puren.

En este tiempo estaban los españoles del ejército necesitado de vastimento por haber algunos dias que no se metia refresco en los reales, y para provision de ellos mandó el gobernador que se comprase abundancia de ganado en la ciudad Imperial, enviando para esto a don Miguel de Velasco con cincuenta hombres que hiciesen escolta llevándolo al lebo de Puren, donde él ordenaria lo que pareciese mas conveniente. Y habiendo pasado los dias en que le pareció se habria ejecutado aqueste órden, y habria llegado la jente al lugar de Finido, llegaron a la fortaleza algunos mensajeros del jeneral Caupolican; y dijeron de su parte a don García, como él habia juntado toda la jente del reino para determinar si seria conveniente allanarse pacíficamente o proseguir la guerra; sobre lo cual estaban todos resueltos en rendirse a su señoría y quedaban congregados para ello. Y que pues ellos venian a ofrecerle la paz en nombre de todo el reino, le suplicaban humildemente los recibiese con su benignidad acostumbrada poniendo en olvido sus yerros y durezas, pues ellos proponian la en-

mienda con tantas veras, como el tiempo iría manifestando. Llamábanse estos embajadores, Talbachina y Amochehüe a los cuales hizo el gobernador algunas preguntas: y oidas sus respuestas volvió el rostro a los suyos, que estaban presentes y les dijo: caballeros ya habeis oido. Y debeis haber considerado la embajada con que vienen estos indios; quiero que lo pondereis atentamente, y lo confirais entre vosotros; mayormente dos que sois antiguos en la tierra, y teneis esperiencia de la condicion y trato desta jente conociéndola mejor que yo, que he tenido pocos dares y tomares con ellos. Y gustaré de que cada uno me dé su parecer acerca desto; pues es negocio de tanta importancia que no es razon perder punto de aviso y dilijencia de las que fuere posibles hacerse entre vosotros. Dicho esto se fué a su tienda con los dos embajadores: y en presencia del secretario los examinó con muchas preguntas y escrutinios llenos de advertencia i cautela para ver si hallaba en ellos rastro de mentira, o contradiccion en sus palabras. Despues de lo cual salió a oir los pareceres de los suyos amonestándoles que dijesen lo que sentian ser conveniente; pues el bien, o el mal, que resultase, habia de ser comun a todos. Y hallándolos a todos tan unánimes y resueltos, que no habia hombre que discrepase del comun parecer, que se admitiesen los indios a la paz que pretendian, se determinó don García en seguir su resolucion, y mandando vestir mui honrosamente a los embajadores los envió a su jeneral a decir que viniese con los suyos seguramente donde él estaba presto para recibirlo, y ampararlos: pues era esta la intencion con que habia entrado a Chile. Y despachados los mensajeros se recojió en su tienda; donde dijo a su secretario Francisco de Ortigosa Monjaraz y a Julian de Bastida estas palabras: paz piden estos plegue a Dios no sea lo que dicen la escritura paz paz, paz y no era paz. Y dicho esto se estuvo paseando media hora pensantivo sin hablar palabar; y la primera con que salió a cabo de rato fué esta: que me maten si estos no han sabido como don Miguel de Velazco viene de la Imperial haciendo escolta: y para dar sobre él, y quitarle el ganado vienen a entretenerme con esta paz falsa, que por tal la tengo. A esto le respondió Julian de Bastida que pudiera no haberla admitido si le parecia que era falsa, pues estaba en su mano, hacer o deshacer como quisiese. A lo cual replicó don García que no era cosa justa resolverse por solo su parecer estando en contrario todos los de los suyos. Y en esto mostró bien su madureza de juicio, y mucha prudencia, pues muchas veces es mas acertado errar por el parecer de todos, que acertar por el propio cuando es solo. Porque si el electo es adverso queda el capitan suficientemente disculpado con haber seguido los juicios de muchos: y si alguna vez le sucedise mal por rejirse por el suyo, se le echaría a él toda la culpa; mayormente siendo de no mucha edad, pues dicen todos en semejantes desgracias, bien parece que es mozo y se arroja a lo que le dicta su albedrio sin consideracion ni madureza. Cuanto mas que el haber admitido la oferta de los indios no era inconveniente, aunque fuese de falso; ante lo fuera mayor el decla-

rarse por su enemigo; pues con darles a entender que estaba seguro de ellos, los aseguraba para que se fuesen poco a poco en lo que emprendieran con mas dilijencia si se vieran repelidos del gobernador del reino. El remedio que pudo haber para poner resguardo a los que se sospechaba fué el que acordó don García ordenando al capitan Alonso de Reinoso, que con todo secreto apercibiese cien hombres de a caballo, y en siendo media noche se pusiese con ellos a las puertas de la fortaleza; lo cual fué ejecutado puntualmente sin entender algunos de ellos su designio. Y llegando el tiempo determinado salió don García a caballo y mandó que fuesen marchando yéndose con ellos por espacio de un cuarto de legua hasta un lugar donde hizo alto para decirles la causa de su salida. Esto es la sospecha vehemente que tenian de que los indios estaban en la quebrada de Puren aguardando a don Miguel de Velazco para saltearle de repente cojiéndolo en lugar fragoso y estrecho, donde apénas se pueden rodear los caballos. Y por la relacion que le habian dado de que habia de llegar al cuarto del alba a esta quebrada se habia él determinado de salir a media noche, por llegar puntualmente al tiempo preciso en que era necesario el socorro de su parte. Y comenzando a caminar en este intento, le suplicaron todos que su señoría se quedase, pues era el capitan Alonso de Reinoso, persona a quien se podia encargar este asunto,y esperar que daria satisfaccion, como siempre lo habia hecho. Mas todos estos ruegos no fueron bastantes a que don García desistiese de su propósito hasta que le hicieron tanta instancia, que le obligaron casi por fuerza a volver a la fortaleza intimándole mucho de cuanta importancia era la asistencia de su señoría para el bien del reino. Lo cual era mas conforme al servicio de su majestad, que ponerse a riesgo tan manifiesto en cosa que podria suplir suficientemente con los capitanes que allí tenia, para esta y semejantes empresas, no fueran partes otras razones, por eficaces que fueran para que el gobernador dejase el viaje comenzado, si no fuera el haberlo puesto ante los ojos que convenia así para el servicio del rei: pero en oyendo esto condecendió con las persuaciones de los suyos, volviéndose a su tienda habiendo encargado intimamente este negocio al capitan Reinoso, y a todos los soldados que con él iban de socorro.

Estos fueron caminando con tal paso que llegaron sobre la quebrada al rendir del alba, a tiempo en que don Miguel de Velazco iba entrando por la quebrada, con mas de dos mil vacas, y otros bastimentos, como harina, bizcochos, quesos, y otras cosas necesarias para provision de los soldados. Estaba en esta coyuntura el jeneral Caupolican emboscado con toda su jente que era en gran número: y el capitan Alonso de Reinoso estaba con los suyos en lo alto de la quebrada puesto a la mira deseando ver lo que pasaba sin ser visto de los enemigos. Ya que la jente de la escolta estaba en lo mas aspero de la quebrada, salieron de repente los enemigos con gran ímpetu y alaridos, y dieron en los cincuenta españoles, y los pusieron en grande aprieto haciéndoles desamparar el ganado y cargas que traian pareciéndoles que harian harto en

salir con el pellejo de semejante conflicto. Y trabándose batalla mui reñida anduvieron un rato a la mesapela hasta que estando los indios mui ufanos pareciéndoles que tenian la suya sobre el hito, cargó de repente el capitan Reinoso con los ciento de a caballo dando en los indios de improviso; los cuales aunque pasaban de quince mil comenzaron a flaquear viendo sobre sí inopinadamente aquellos hombres sin saber de donde, ni como habian venido, pues los que estaban en los reales vivian seguros y descuidados con la paz que el dia ántes se les habia ofrecido. Mas aunque anduvo banboleando el ánimo de los bárbaros, les ayudó tanto la disposicion del lugar por ser angosto y pedregoso, y lleno de montaña por todas partes, que se animaron a pelear valerosamente, como lo hicieron por largo rato. Y como el lugar era profundo, y lleno de boscaje, y la jente que le ocupaba en tanto número, era cosa estupenda oir el ruido asi de las voces, como de las armas, y el que hacian los caballos con los relinchos y pisadas con que sonaban las herraduras en las piedras: de suerte que parecia dia de juicio. Y vinieron los españoles a ser de tanta peor condicion por las contradicciones del sitio, que le pareció a Reinoso convenia retirarse hasta llegar a parte mas cómoda para valerse de sus armas y caballos. Pero hubo tantos que lo contradijeron, que no se atrevió a seguir su parecer sino los ajenos: y asi fué continuando lo comenzado sin cesar en la pelea por largo rato. Y vino el negocio a estar en tanta continjencia, que ganaron los indios la parte superior de la quebrada, de donde tiraban piedras y garrotes, y tenian a los nuestros debajo de sus lanzas, y casi ganada la victoria. Pero hubo algunos españoles tan arriscados y valeroso que subieron con fuerza y velocidad de leones por aquellas breñas y riscos asperísimo pōr entre la lluvia de piedras, flechas y palos que les tiraban; y arremetiendo a los enemigos dieron en ellos con tan bravo ánimo y denuedo, que los compelieron a retirarse ganándoles el sitio, y haciendo el paso llano para los demas de su bando, de suerte que subieron todos trayendo su ganado, y otras vituallas sin perder cosa; y fueron tras los enemigos siguiendo el alcance, y quitándoles la presa que habian hecho; y otros muchos despojos de las armas que traian, y (lo que mas es) las vidas de muchos demas de los que habian muerto en la quebrada, cuya sangre dejó teñido el arroyo que por ella corre. Con esta victoria de tanta estima volvieron los nuestros a la fortaleza: y llegando a un lugar, que está a una legua de ella, toparon al gobernador que les habia salido a recibir con semblante tan regocijado, que los alegró tanto a todos como el mesmo suceso tan felice y apetecido. Y dando las gracias a nuestro señor, que fué el autor dél, por haberles hecho esta misericordia en coyuntura de tanta importancia, que era eficacísimo motivo para que los indios se rindiesen viniendo a conocimiento suyo y oportunidad de ser instruidos en él y ayudados en las cosas de sus almas: dió tambien las gracias a los vencedores, por haberse mostrado tan buenos caballeros en un trance tan peligroso: y les hizo muchas ofertas para gratificacion de méritos tan calificados. No sé a quien se deba mas atribuir despues de

Dios este dichoso suceso: si a los que se hallaron en la refriega, o al gobernador que les envió previniendo con tan prudente resguardo lo que en efecto se vino a ver por esperiencia. Porque en el concepto de todos los capitanes viejos de Chile, y las demas personas cursadas en cosas de guerra, fué esta hazaña de las mas loables y maravillosas de don García: por haber él solo entendido los pensamientos de los indios siendo tan mozo, y nuevo en esta tierra: no habiendo dado en ello otro alguno de los seiscientos, que con él estaban. Y mucho mas se espantaron todos de la gran puntualidad que tuvo en poner el remedio conveniente enviando el socorro a tal coyuntura, como si los mesmo contrarios le hubieran dicho adonde y a que hora habian de hacer el asalto; sin errar en ello un palmo de tierra, ni instante de tiempo: cosa que puso en grande admiracion a todos, así a los suyos como a los enemigos, que les pareció negocio de encantamiento el hallar sobre sí a los cien españoles tan puntualmente al tiempo que ellos estaban haciendo la presa, sin saber como pudiese ser esto en dia que los muestros estaban confederados con ellos, sin pensamiento de que hubiese de haber mas guerra en todo Chile. Y así comenzaron de allí adelante a temer a don García pareciéndoles que tenia juicio mas que ordinario: de la manera que los Israelistas temieron al rei Salomon cuando al principio de su gobierno le vieron descubrir tan maravillosa prudencia en aquel juicio que hizo en el pleito de las dos mujeres, que pretendian llevar a un niño recien nacido alegando cada una ser hijo suyo. Y por haber sido el que salió vencido de la batalla el jeneral Caupolican con mas de quince mil hombres dejando pasados de dos mil muertos en ella. Fué esta victoria de mas importancia, y de mas estima en todas las personas graves y versadas en la guerra, y que ponderaban las cosas consideradamente conociendo los quilates de cada una, fué esta batalla juéves 20 de marzo de 1558.

CAPITULO VIII.

Como el gobernador mandó jente que descubriese el estrecho de Magallanes.

Cuando el gobernador don García Hurtado de Mendoza se embarcó en el Perú para este reino trajo consigo al capitan Juan Ladrillero, al cual le dió el marques su padre por soldado de los de mas fama sabiendo que era hombre de mucha esperiencia y sagacidad en todos los negocios que se le encomendaban, mayormente en los de la mar, en que él era mui versado. Y así le mandó traer consigo este capitan para que se diese traza en descubrir por su industria el estrecho de Magallanes conforme al órden de su majestad: como el capitan Valdivia lo habia intentado no saliendo con su pretension, por haberle la muerte atajado en este tiempo. Y así luego que don García pudo poner en ejecucion este negocio, lo hizo con grande dilijencia despachando a Juan Ladrillero con alguna jente del puerto de la Concepcion en dos navíos bien aderezados que se hicieron a la vela en fin del mes de julio de 1558. Dentro de po-

cos dias llegó a la ciudad de Valdivia, donde se habia de pertrechar del matalotaje necesario para tan largo viaje habiendo mandado el gobernador que no se les tomase cosa alguna a los vecinos, ni se echase de rrama para ellos supliendo con las rentas de los diezmos de aquella ciudad i de la Imperial, que entónces se metian en las cajas reales por no haber obispos, que los gozasen. Por lo cual se gastaban en ornamentos de las iglesias, y las demas cosas pertenecientes al culto divino, aprovechándose de lo que sobraba para algunas cosas necesarias, a las cuales no se podia acudir por otra via.

Habiéndose bastecido suficientemente de las vituallas necesarias se levaron las anclas, y tomaron el rumbo hácia el estrecho: y habiendo llegado cerca dél anduvieron muchos dias tentando vados como dicen, y varloventeando a muchas partes con diversas entradas y salidas vacilando siempre sin atinar donde estuviese la canal por donde se continuan los dos mares que son el oceano y el del sur. Y fué tanto el tiempo que pasó en dar puntos a una y otra parte, que vinieron a faltar los mantenimientos sin topar persona que les socorriese, ni diese noticia de lo que buscaban, de suerte que en lugar de estrecho vinieron a dar en gran estrechura y angustias y aflixiones. Porque los indios que algunas veces hallaron en la costa eran tan silvestres y salvajes que casi parecian bestias, y tan pobres que apénas tenian de que sustentarse, de suerte que ni podian favorecer a los navegantes con aviso del lugar que buscaban ni con mantenimiento con que se entretuviesen en sus tierras. En este modo o (por mejor decir) sin modo alguno, anduvieron estos hombres desventurados surcando el mar sin saber por donde se iba, hallándose algunas veces en mayor altura de cincuenta grados hácia la parte del sur sin hallar rastro del estrecho de Magallanes. Acertó a ir entre esta jente un portugues llamado Sebastian Hernandez vecino de la ciudad de Valdivia, que se habia hallado en la primera navegacion hecha por el capitan Francisco de Ulloa: y como hombre mas esperimentado en este viaje, dijo al capitan Juan Ladrillero que le convenia volverse en todo caso, donde no que le certificaba sin duda alguna, que se habia de perder con toda aquella jente, si diferia la vuelta al reino de Chile. Y aunque el capitan Ladrillero era mui viejo y tenia en el Perú a su mujer, y encomienda de indios con mucha quietud y descanso; con todo eso tenia tanto pundonor, y presuncion de no volver atrás, ni mostrar pusilanimidad y flaqueza, que determinó de morir ántes que volver sin haber conseguido el efecto a que le enviaban. Y en razon de esto trató mal de palabra al portugues que le persuadia a lo contrario dejándole indignado de manera, que trató de secreto con algunas personas de dar la vuelta a la costa de Chile contra la voluntad del capitan, que para todos era tan pernicioso. No pudo esto hacerse tan secretamente, que no viniese a oidos de Ladrillero: el cual mandó ahorcar luego al portugues de una entena, por que la inquietud no pasase mas adelante.

Dentro de pocos dias sobrevino una tormenta tan furiosa, que des-

barató los dos navios yendo cada uno por su parte sin tornar mas a verse hasta hoi los que en ellos iban. Acertó a ir en él uno de ellos un famoso piloto llamado Diego Gallego, que iba por almirante; el cual por la mucha industria que usó en el viaje volvió a la ciudad de Valdivia dentro de diez meses, y surjió en el puerto con cuatro hombres, habiéndo los demas perecido de hambre. Y no fueron estos cuatro los peor librados; porque el navio de Ladrillero no pereció, ni se supo de él si era muerto o vivo hasta que pasados dos años se entró la nave por el puerto de la Concepcion con solo el capitan, y un marinero, y un negro de servicio, los cuales venian tan desfigurados que no habia hombre que los conociese. Y así por mas regalos que les hicieron no fué posible volver en sí alguno de ellos: porque todos murieron dentro de pocos dias no habiendo sacado otro efecto de su viaje. No se puede esplicar el lastimoso llanto que hubo en la ciudad de la Concepcion, y de Valdivia en las personas a quien tocaban los miserables, que en el desastroso viaje perecieron. Y aun a los que no les tocaban causaba gran compasion el ver salir a las mujeres a la marina a preguntar por sus maridos, y a las hijas por sus padres, y a las madres por sus hijos, y a las hermanas por sus hermanos sin que alguna de ellas recibiese otra respuesta sino que habian perecido de hambre y otros trabajos, y calamidades del viaje. Sobre lo que hubo llanto comun en todos, y jeneral dolor en todos los que los vian aflijidos con tan justa causa.

CAPITULO IX.

De como el gobernador don García reedificó la cindad de la Concepcion, y fundó de nuevo la de Cañete de la Frontera.

Ya los indios rebelados en estas tierras andaban tan cabizcaidos y acosados de los españoles, que mermaban mucho sus fuerzan, y se disminuian sus ánimos notablemente. De suerte que le pareció al gobernador ser necesario ménos jente española, que lo habia sido hasta entónces para acabar de rendirlos del todo, dió licencia a los vecinos de Santiago para que se fuesen a descansar a sus casas, por ser hombres mui cansados de andar en batallas desde la primera conquista, y los mas de ellos de mas edad que la concerniente a inquietudines, y trabajos de la guerra. Pero teniendo por cosa de grande importancia para poner al reino en órden como deseaba, el ir edificando ciudades, en que los españoles fuesen aposesionándose de la tierra, determinó de comenzar por la ciudad de la Concepcion, que estaba despoblada desde los cimientos, como queda dicho en el primer libro de esta crónica. Y resolviéndose en poner luego en ejecucion este intento, le pareció esto buena coyuntura juzgando que las personas que iban a Santiago podrian en el camino ayudar a esto a los demas que iban de propósito a entender en el edificio; y tomando pareceres de letrados mandó dar pregones con trompetas en que se notificaba a todos, que las encomiendas de los vecinos de la Concepcion estaban vacas, y se habian de repartir en los

nuevos pobladores: por haber sus propios encomenderos desamparado la ciudad fatigados de los enemigos sin haber en ellos fuerza bastante de echarlos della por punta de lanza, si los vecinos quisieran resistir con la obligacion que tenian, conforme lo habian hecho los demas moradores de esta, y de otras ciudades en semejantes coyunturas. No fué pequeña la tribulacion, y desociego que causó a los desventurados vecinos el verse despojados de sus haciendas al cabo de tantos años de sudor, y derramamiento de sangre entre otras innumerables calamidades de hambre, desnudez y peligros en que se habian visto. Y sobre todo en ver que en la estimacion de don García preponderaba una señal de flaqueza que presumia dellos, a las demas hazañas que hahian hecho; las cuales eran tantas, y tan calificadas que merecian remuneracion incomparable a la miseria, que le rentaban aquellos desventurados tributos, que demas de ser pocos andaban a pleito, por estar los indios de guerra lo mas del tiempo sin acudir con un real a sus encomenderos. Cuanto mas que el mesmo medio que por una parte parecia útil para este intento, mirado con mas circunspeccion, y advertencia parecia contrario al mesmo fin: pues por el mismo caso, que los soldados vian que al primer tris de neglijencia desposeian a hombres tan beneméritos de los que a peso de sangre habian ganado, se habian de desanimar entendiendo que vendria por ellos otro tanto. Mayormente que si hubo alguna culpa en la pérdida de la ciudad, se debia poner a cuenta de Francisco de Villagran que la gobernaba, y la desamparó mandando los demas que saliesen de ella, lo cual hicieron por obedecer, como estaban obligados sin que debiese imputárseles el cargo que podia resultar de ello. Mas el único consuelo que les quedó a los aflijidos en este caso fué el entender que tenian refujio en la audiencia real de la ciudad de los reyes del Perú, y mucho mas en el visorrei padre del mesmo don García; de cuyo consejo esperaban mejor galardon que el que les daba su hijo, aconsejado por ventura por algunos de los que iban con él, y querian gozar de lo que otros habian ganado.

En efecto, salieron para esta fundacion casi doscientos hombres con el capitan Jerónimo de Villegas, a quien se encomendó este asunto. Y en su compañía iba el licenciado Hernando de Santillan oidor de la ciudad de los reyes, para que habiendo asistido al principio con el capitan en el establecer esta fundacion, pasase de allí a la ciudad de Santiago a visitar la tierra, y poner en órden a los indios haciendo instrucciones, y ordenanzas, que se guardan en el reino hasta el presente dia. Y para que se prosiguiese la fábrica de la ciudad con mas fervor encomendó don García los repartimientos de indios desde luego poniéndolos en cabeza de don Miguel de Velazco, don Cristóval de la Cueva, el capitan Villarroel, Pedro Pantoja, Pedro Aguayo, y don Pedro Mariño de Labera, de cuyos papeles saqué lo mas de esta historia y con ser interesado en ello no sintió bien de que se quitasen las encomiendas a sus dueños por causa tan leve. Juntamente con esto mandó don García que todas las personas, que habian servido a su majestad en este reino, die-

sen memoriales de sus servicios para remunerárselos distribuyendo entre ellos las encomiendas de indios que iban conquistando. Acudieron a estos muchos pretensores; aunque otros no quisieron admitir haciendas en los estados de Arauco y Tucapel, entendiendo que no habia seguridad en ellos hasta estar la cosas mas asentadas; como en efecto no la hubo; pues en volviendo la cabeza don García se perdió todo con su salida sin haberse podido restaurar en treinta y seis años, que desde entónces han corrido Ultra destó escojió el gobernador cuatro personas de esperiencia, y antigüedad en el reino, y de buena fama, en lo que toca a la entereza de la buena conciencia, que fueron el capitan Rodrigo de Quiroga, don Miguel de Velazco, el capitan Pedro Estevan, y el capitan Francisco de Vivero, para que le ayudasen en la distribucion de las encomiendas informándoles de las personas beneméritas del reino, y poniendo su industria en el modo de encomendar los repartimientos, para que tuviese efecto con mas comodidad y acierto en todo.

Y para que las cosas fueran siempre en mayor aumento se resolvió en fundar en aquel asiento de Tucapel una ciudad en el sitio mas oportuno que se hallase, saliendo él en persona a considerar los lugares que pudiese ser para esto mas a propósito; y habiendo elejido el que pareció mas cómodo que estaba cerca de la fortaleza, fundó la ciudad con la solemnidad, y ceremonias acostumbradas en semejantes poblaciones; y le dió por título la ciudad de Cañete de la Frontera por respeto de su padre que era marques de Cañete en España. Dióse principio a esta poblacion en el mes de enero del año de 1558: y habiéndola puesto medio en órden con todos los requisitos concernientes para conservarse así de moradores, como de armas i municiones, se partió della dejando por capitan y justicia mayor a Alonso de Reinoso, del cual se ha hecho mencion arriba.

Habiendo concluido esta fundacion fué don García a visitar las ciudades de la Imperial y Valdivia, donde fué recibido con gran solemnidad y regocijo así por la autoridad de su persona como por haber estado siempre en el campo no queriendo gozar del regalo de las ciudades a trueco de medrar con los trabajos de la guerra. Con todo eso no faltó azar entre estas fiestas; pues nunca la fortuna se descuida de mezclarlos en cualquier regocijo desta vida. Y fué, que estando un encomendero de la ciudad de Valdivia haciendo algunas ramadas, y tambos en el distrito de su encomienda, para recibir en ellos a don García que habia de pasar por áquel camino: y al tiempo que iba dando fin a su obra, sobrevinieron los indios de sus mesmos repartimientos con algunos otros comarcanos, y mataron al encomendero y a otro español que con él estaba, poniendo tambien fuego a las tiendas que habian hecho: quedándose los indios por allí cerca esperando la jente que habia de venir, para que en lugar de quietud y descanso hallasen guerra y desabrimiento. A este tiempo llegó allí Diego García de Cáceres con alguna jente de a caballo, el cual se habia adelantado para prevenir lo necesario del recibimiento como persona nombrada por don García por justicia ma-

yor, y lugar teniente de jeneral en la ciudad de Valdivia. Y como halló los tambos recien quemados, entendió que debia de haber alguna desgracia; y buscó los indios que por allí andaban: los cuales como vieron ser la jente de a caballo mas de la que ellos pensaban, no osaron acometer, ántes se volvieron luego a sus pueblos.

CAPITULO X.

Del descubrimiento de la provincia de Ancud; y reedificacion de la ciudad Rica hecha por don García Hurtado de Mendoza.

Habiendo don García descansado algunos dias en la ciudad Imperial, no quiso que fuesen muchos los de la quietud habiendo tantas cosas a que acudir en el reino: y en particular la remuneracion de muchas personas beneméritas, que iban en su seguimiento por todos los lugares que visitaba. Y teniendo noticia que en la costa del mar hácia el estrecho de Magallanes habia muchas provincias ricas de oro, ganados, y pesquerias, y otras cosas de mucha estima, acordó de ir a descubrirlas para satisfacer con su riqueza a los que al presente no podia por otro camino. I con este propósito se fué a la ciudad de Valdivia, donde fué recebido con el mayor aplauso, que ántes ni despues se ha hecho a gobernador deste reino. Pero como él iba anhelando al descubrimiento de nuevas tierras, pasó adelante sin detenerse mucho en este pueblo. Y habiendo llegado a un grande lago cerca de la costa donde entra un rio mui caudaloso llamado Puraílla, anduvo por allí con su jente buscando camino para pasar adelante en prosecucion de su intento. Pero es la tierra tan escabrosa, y cerrada de montaña que no fué posible atinar con alguna senda, por donde pasasen. Y asi se asentaron los reales junto a la boca del rio en una loma alta de por donde él corre: se buscaron unas piraguas, que son a manera de barcas hechas de tablas largas cocidas unas con otras con cortezas de árboles de capacidad para diez o doce hombres cada una. En estas pasó el ejército, y el bagaje con tanto trabajo por ser grave la corriente del rio: y los caballos fueron a nado sin peligrar la jente en esta travesía escepto un soldado que por arrojarse a pasar nadando le atajó la muerte los pasos, siendo mayor el brio del torrente que los que él llevaba si tales pueden llamarse, y no temeridad y arrojamiento. Habiendo pasado el rio con hartas dificultades dieron traza en ir abriendo sendas en la montaña con hachas, y machetes, que llevaban, haciendo esto a costa de su sángre lastimándose a cada paso en los espinos y matorrales; y pasando grandes pantanos y arroyos de agua sin haber pedazo de tierra, que no fuese un lodazal de mucha pesadumbre. Y estaban tan enredadas las raices de los árboles unas con otras, que se mancaban los caballos; y aun algunos dellos dejaban los vasos encajados en los lazos de las raices perdiéndose de esta manera muchos dellos. Por esta causa iban los mas de los soldados a pié i no pocos descalzos derramando sangre, y haciéndose cardenales y aberturas, que era lástima verlos, sin poder escusar el

andar por el agua y lodo gran trecho de este camino. Iba don García al tenor de los demas esforzándolos con la esperanza del bien que pretendian; aunqne no fuera ella bastante para que muchos dejaran de retroceder si no fuera por no tornar a pasar el camino, que habian andado pensando no podia dejar de ser mejor el de adelante. Mas como viesen que todo era de esta suerte, echaron de ver, que era maraña de los indios de guia, que los iban enmarañando en aquel boscaje, porque no llegasen a sus tierras. Y entendida esta traicion mandó don García hacer justicia del cacique llamado Orompello, y los demas indios que guiaban, yéndose los españoles por aquel arcabuco a sus aventuras pero sin saber por donde ni a qué paradero, hasta venir a dar a una playa del archipiélago, que allí está; a donde llegaron el segundo domingo de cuaresma: por cuyo respecto se le puso por nombre el archipiélago de la Cananea, porque en aquel tiempo se leia en la iglesia el evanjelio, que trata della en la segunda domínica, de cuaresma. Tiene este archipiélago mas de ochenta leguas de distrito, cuyas islas estaban entonces mui pobladas de indios que se ocupaban en pesquerías y crias de ganados. Y por ser la tierra mui fria andaban vestidos con mas abrigo que los demas del reino, trayendo calzones y camicetas, y en lugar de capas unas mucetas de lana mui finas y sus sombreros de la misma materia: aunque en la forma tiraban algo a caperuzas. Entre estas islas está una mui grande que llega a la costa de la mar brava a la cual llamaban los indios Chilué: donde se pobló despues la villa de Castro de la Nueva Galicia: como se dirá en otra parte de este libro. Y aunque vieron los españoles poca disposicion para pasar adelante, con todo eso se ofreció al capitan para este asunto el licenciado Julian Gutierrez de Altamirano como caballero animoso, y que deseaba mucho emplearse en el servicio de su majestad en algun negocio de importancia conforme al beneplácito y direccion de don García. Con cuya licencia, y compañía de jente que le dió para ello, se embarcó con algunos soldados arcabuceros en las piraguas que para ellos fueron suficientes: en las cuales anduvieron tres dias con sus noches entre grandes peligros de bajios y borrascas padeciendo todo esto por solo tomar noticia de lo que habia en estas islas. Y no habiendo sacado otra cosa mas de la relacion, y noticias de ellas trató don García de volverse luego por otro mejor camino donde habia tierra poblada, hasta que llegó al desaguador del gran lago, que habemos dicho con propósito de poblar una ciudad en el sitio mas oportuno que en toda la comarca se hallase.

Para esto mandó visitar aquel distrito, el cual aunque era montuoso, con todo eso estaba mui poblado de indios que tenian mantenimientos suficientes dentro de sus tierras. Y para poner esto en ejecucion mas fundadamente mandó llamar a todas las personas prácticas de aquellos confines, para informarse mui por menudo de las calidades de la tierra, y condiciones de la jente: y en particular de los repartimientos de indios que estaban distribuidos y a qué vecinos estaban encomendados. Y estando enterado en todo esto habiendo despachado los visitadores para mas par-

ticular noticia de lo que deseaba, fué prosiguiendo su camino hasta un caudaloso rio llamado de las Canoas, por donde habia pasado cuando fué a este descubrimiento dejando en él perdida toda su vajilla, que iba en una acémila, que se ahogó en este paso, sin poder sacarse una pieza della de suerte que fué la pérdida de grande cantidad de dineros.

No es razon dejar de advertir el buen ejemplo, y edificacion, que dió don García a este viaje: pues con ser tan exesivos los trabajos, que padeció caminando a pié, y derramando sangre en tiempo de cuaresma, no dejó de ayunar un solo dia de toda ella procurando que los suyos hiciesen lo mismo, y vivieren cristianamente mostrando mas devocion que en el demas tiempo del año. Y así le favoreció Dios sacándole con bien de tantos peligros, como hemos dicho, y de las manos de los indios de guerra, que le iban saliendo al encuentro a cada paso. Y tanto mas resplandece la clemencia del Señor en haber sacado a los suyos de estos peligros, y la tolerancia y la magnanimidad suya en haberlos sufrido, cuanto mayores se entiende baber sido ellos como en efecto lo fueron. Porque ya que las calamidades y hambres de este, y de otros caminos que hicieron, no fueron tan estremas como las que hubo en Melo pueblo de Thesalia cuando estuvo cercado de los athenienses, y su capitan Nizia: de donde salió el proverbio de llamarse por exajeracion la hambre Nizia: ni fueron tan memorables como las que se esperimentaron entre los soldados romanos, que estaban en Cacilino cercados de las grandes huestes de Aníbal, los cuales llegaron a tanta desventura que se vendió un raton por doscientos reales, como refiere Plinio, ni como aquella miserable hambre, que padecieron los españoles de Saguntos causada del diuturno cerco, que le pusieron los cartajinenses apurando tanto a los moradores, que haciendo en la plaza una gran hoguera, donde echaron todas sus riquezas, finalmente a sus hijos, y mujeres, y a sus mesmas personas por no vivir de vasallaje de sus enemigos: a lo ménos fueron trabajos, hambres y aflixiones de las mas grandes que se cuentan en las historias de nuestros tiempos, y tales que apenas podrán ser creidas segun todo el rigor que en sí tuvieron.

Pasado este rio de las Canoas asentó don García su campo cerca de sus orillas: y pareciéndole el sitio apacible, y bastecido de lo necesario, determinó de fundar allí un pueblo: y así lo puso por obra intituándolo la ciudad de Osorno, a comtemplacion de su abuelo el conde de Osorno por haber ya cumplido con la obligacion que tenia a su padre en la poblacion de Cañete de la frontera que fué la primera que fundó en estos reinos. Fundose esta ciudad de Osorno en el lebo de Chauracavi, en 27 dias del mes de marzo de 1558. Es la tierra abundantísima de pan y carne, y mui regalada de miel de abejas, que se dá en gran abundancia sin cuidado en beneficiar las colmenas: y no es menor la fuerza de frutas de España, que se coje a manos llenas, cuanto quiere cada uno, sin haber quien lo contradiga. Tiene tambien grande abundancia de pescado así del rio como del mar que está mui cerca: y es el

distrito que el gobernador le dió al tiempo de la fundacion cinco leguas que corren desde el rio hácia la ciudad de Valdivia, y hácia la banda de oriente todo lo que estaba descubierto, y despues se descubriese, lo cual tambien le dió por la parte que corre hácia el estrecho de Magallanes. En el cual distrito habia mas de ciento y treinta mil indios visitados, aunque despues acá han venido en grande disminucion con las nunca interrumpidas guerras y trabajos. Las calles de la ciudad corren de oriente a poniente, y son mui anchas y parejas: y los edificios de las casas mui grandes, fuertes y de hermosa vista. Está este pueblo en cuarenta grados de altura con invierno, y verano en los tiempos contrarios a los que lo son en Europa: porque cuando allá es verano es acá invierno, y cuando allá es invierno acá verano. Fueron los vecinos de esta ciudad, a quienes don García señaló encomiendas de indios al tiempo de su fundacion, sesenta hombres poco mas o ménos, todos de calidad i méritos, cuyos nombres no pongo en esta historia por evitar prolijidad. En efecto ella quedó mui bien puesta desde su primera fundacion de suerte, que hasta hoi se conserva: por las muchas comodidades que tiene asi del buen temple y sanidad de aires, como de las granjerías que hai en ganados y paños que se labran de sus lanas, asi de los que se gastan en vestidos, como de los de tapicerías; las cuales labran los indios con tan perfectas figuras y vivos colores, que parecen hechos en Flandes. Hai en esta ciudad una iglesia de clérigos, y tres monasterios de relijiosos y uno de monjas, y muchas personas principales que viven en ella por la paz, que siempre hai en este distrito, sin haber jamas rebeládose contra los españoles: porque los que han acudido a la guerra han salido de sus tierras yendo en socorro de los araucanos, que están mui lejos de este sitio, de suerte que todas estas comodidades y otras muchas; como son las grandes heredades las amenas huertas, las fuentes deleitables, la hermosura del rio, la grande abundancia de cal, ladrillo, y maderas de muchas especies convidan a los que entran en este reino a hacer asiento en esta ciudad, aunque fué la última que hubo en Chile en tiempo de don García: y aun hasta hoi no hai otra despues della, sino es la de Castro, que está situada en Chilué, a donde llegó el mesmo don García como en este capítulo se ha dicho.

Habiendo puesto el gobernador esta ciudad en mucho órden se partió a la de Valdivia dejando por su lugarteniente y justicia mayor al licenciado Alonso Ortiz: y estando en Valdivia hasta la Pascua de Flores del mesmo año, dió órden en repartir las encomiendas de la mesma ciudad de la Imperial, poniéndolas en cabeza de las personas que pareció mas beneméritas a juicio de los cuatro consultores, que para esto habia diputado, como se ha dicho al principio de este capítulo . removiendo algunos encomenderos nombrados por su antecesor Francisco de Villagran; por haber sido gobernador electo sin autoridad real, ni nombrado por alguno de los visoreyes del Perú, sino por solo los cabildos del reino. Y asi habiendo consultado esto con personas graves, y habido resolucion en que no eran válidas las dichas encomiendas, hizo nue-

va distribucion sin atender quienes eran poseedores, sino solamente quienes eran merecedores.

Estando las cosas en este estado y don García a pique de tomar a Tucapel y Arauco para acabar de concluir las cosas de la guerra, llegó nueva de que su majestad habia proveido por gobernador de Chile a Francisco de Villagran, por que al tiempo que esta provision se despachó en corte se entendia en ella que Villagran estaba todavia en el gobierno por no haberse sabido como el marques deCañete habia enviado a su hijo con este oficio. Y viendo los del consejo que era forzoso nombrar gobernador por muerte de don Pedro de Valdivia, pareció que ninguno seria mas apropósito, que el que actualmente estaba en posesion del oficio y habia tomado el pulso a las cosas dél, teniendo tambien esperiencia, y méritos de muchos años, como uno de los primeros conquistadores deste reino. Esta nueva fué causa de cortarse el hilo al buen progreso de las cosas de Chile, asi por entibiarse, y entristecerse casi toda la jente del reino, como por el orgullo o avilantez que tomaron algunos de los que habian sido despojados de sus encomiendas, y en particular aquellos que las tenian de mano de Villagran: de màs de algunos apasionados que nunca faltan donde quieran por mui ajestado que viva el que gobierna. Y sobre todo por ser condicion del mundo el apoyar los hombres al que actualmente tiene la vara mientras dura en el oficio, y en viniendo otro de nuevo acudir todos a su bando conforme al comun refran: viva quien vence. Con todo esto no se inmutó don García, ni dejó de acudir a las cosas del gobierno y guerra como hasta allí los habia hecho: ni aun hizo caso de los alborotos y dichos de sus adversarios acordándose del consejo de su padre, que le dió al tiempo de la despedida, que se persuadiese, que a ninguno por justificado que esté en sus cosas le han de faltar émulos: y que habiendo hecho el hombre de su parte lo que es conforme a justicia y buen gobierno no se ha de fatigar mucho por las pasiones y dichos ajenos, pues es cosa que la lleva el mundo de suelo haberlas donde quiera.

Y ademas desto era causa de no fatigarse don García el ver el estraordinario amor, y afecto, con que todo el reino le amaba, y no abria la boca hombre, que no fuese para echarle mil bendiciones, teniéndole todos sobre los ojos, y mirándole, cada uno como si fuera cosa propia suya; escepto los que hemos dicho, que eran cual y cual persona lastimada por la innovacion de los repartimientos.

CAPITULO XI.

De la entrada del gobernador en la Imperial: i la insigne victoria que alcanzó en la memorable batalla en que fué desbaratado el fuerte de Quiapo y la que hubo en la ciudad de Cañete. Y la prision de Caupolican en la quebrada.

Con el deseo que el gobernador tenia de dar fin a las cosas de la guerra, determinó de irse llegando a los estados dejando la ciudad de Valivia, y entrando en la Imperial que está mas cerca de Arauco. Ha-

biendo entrado en esta ciudad tuvo nueva de que los indios rebelados habian dado batalla al capitan Alonso de Reinoso en la ciudad de Cañete de la frontera; cuya fortaleza tomaron los españoles por refujio por haberla fabricado don García con gran cuidado toda de piedra de mamposteria fortaleciéndola con los mas pertrechos que pudo. En este fuerte estaba un indio yanacona de servicio de los españoles llamado Baltazar, que era natural del mesmo distrito. Este habló con los indios de su patria secretamente exortándolos con largos razonamientos a que procurasen recuperar la libertad en que habian nacido, no dejándose hollar de estranjeros, pues eran hombres, que podian volver por sí soldando la quiebra, que habia habido en su honor y reputacion: y restaurando los daños que de los españoles habian siempre venido a todo el reino. Y con esto se ofreció a darles entrada en la ciudad, y fortaleza al tiempo que hubiese mayor oportunidad para dar en los nuestros, cojiéndolos descuidados, para hacer el lance mas a su salvo. Por otra parte acudia este indio al capitan Reinoso, y comunicaba con él todo lo que habia concertado con los indios para que estuviese alerta, y puesto en armas al tiempo que ellos acudiesen a la batalla, y habiéndose prevenido todo esto persuadió el yanacona a los indios rebelados que la hora mas a propósito para hacer presa sin riesgo suyo, era la de la siesta, cuando los españoles dormian profundamente, por haber estado de noche en vela entendiendo que los indios no se atreverian a acometer de dia. Fiáronse los indios del yanacona, y juntándose grandes huestes acudieron un dia a la hora concertada llevando sus escuadrones con grande órden, y concierto pensando que no habria mas de entrar, y cortar cabezas sin resistencia de los de dentro. De todo esto estaba ya avisado el capitan Reinoso: el cual mandó que toda la jente estuviese armada a punto de pelear dentro de la fortaleza sin quedar hombre fuera della. Y de propósito mandó que se dejase abierta la puerta principal del pueblo, para que los indios entrasen mas a gusto y pensando que los de dentro estaban descuidados. Sucedió en efecto como él lo habia pensado: porque se entraron los enemigos de tropel por todo el pueblo, y estando ya en la plaza dél cerca de la fortaleza, salieron della de repente los españoles por una parte los de a caballo, y por otra los arcabuceros, y dando con gran furia en los adversarios causando en ellos grande espanto en ver tan despiertos a los que pensaban estar dormidos, segun Baltazar les habia dicho. Y fué tan grande el estrago que se comenzó a hacer en ellos, que luego comenzaron a desmayar viéndose cojidos de aquellos a quienes ellos pensaban cojer de sobresalto, y sin poder sufrir el ímpetu de los españoles se comenzaron a retirar con el mejor órden que pudieron yendo los nuestros en su alcance sin dar paso en que no hiciesen riza en los innumerables indios: los cuales hubieron de huir a toda prisa con gran pérdida de los suyos, que estaban tendidos por las calles y campos causando gran compasion a todas las personas pias, que vian a sus ojos, un espectáculo tan lastimoso. Murió en esta batalla el capitan Quapolican: El capitan Ayangaclin: Torelmo: Pari y otros

mui valerosos capitanes de los bárbaros quedando todos los nuestros con la vida aunque heridos muchos dellos.

Y la causa de tan insigne victoria fué despues de Dios la gran prudencia y vijilancia de don García al cual daba el Señor tan felices sucesos en todo, que siempre le ponia en corazon las cosas al mesmo punto, que era necesario acudir a ella. Y asi estando en la Imperial se le asentó en la imajinacion, que la ciudad de Cañete estaba ocasionada para grandes peligros. Y como si ya los viera con los ojos, envió con gran presteza al capitan Gabriel de Villagran con ochenta hombres de lanza, y adarga, los cuales llegaron a Cañete la noche antes de aquel dia en que los enemigos dieron la batalla cuyo socorro fué de tanta importancia, que a no haber llegado a tal coyuntura, perecieran todos los de dentro que eran mui pocos respecto de la multitud de bárbaros que acometieron: y consta haber sido esto de mayor momento para toda la tierra de los efectos que se siguieron desta victoria, los cuales fueron a acabar los indios de persuadirse, que les iba mal por esta via con los españoles; y quedar tan constreñidos a buscar paz, que aunque no les salia corazon tampoco se les alzaban las manos para bravear como solian. Verdad es que no quedaron quietos del todo, ni daban seguridad a los españoles, aunque cesaron en la guerra por algun tiempo. Y asi Alonso de Reinoso enviaba siempre jente que corriese la tierra para que los indios no se atreviesen a desmandarse: los cuales ya que no hacian guerra al descubierto, con todo eso mataban al español que cojian descuidado por los caminos, y hacian semejantes asaltos sin perdonar lance en que viesen la suya. Y aunque don García estaba a la sazon en la Imperial esperando a que pasase el invierno, para poner manos en la labor, con todo eso no se dijo, andaba pronto en la prevision, y resguardo necesario para prevenir y contrastar las astucias y máquinas de los indios estando siempre como en atalaya la barba sobre el hombro, acudiendo a todas partes para evitar inconvenientes, y asegurar mas su partido.

A este tiempo hubo noticia de que el jeneral Caupolican estaba invernando en una sierra que llaman Depilmaiquel alojado con los suyos en unas quebradas mui ásperas, a donde se iban recojiendo algunos capitanes, y otros indios amigos suyos de quien él mas se fiaba, para estar todos como a la mira de lo que el tiempo fuese mostrando que les convendria poner por obra acerca de su vida. Y deseando don Pedro de Avendaño encontrarse en esta ocasion se ofreció a desbaratar esta jente: para lo cual salió con cincuenta hombres los mas de ellos vizcainos: los cuales primeramente corrieron la tierra, y cojieron algunos indios que les sirviesen de guia, gustando ellos de servir en este oficio porque les diesen libertad en acabando su viaje. Desta manera partieron a prima noche de la fortaleza de Cañete, y habiendo caminado a toda priesa por tan ásperos pasos, que aun de dia dieron mucho en que entender los caminantes, llegaron sobre la quebrada, donde vieron los fuegos de las rancherías, en que estaba alojado el jeneral y sus escuadras. Y que-

riendo efectuar su hecho con mas certidumbre se apearon todos los soldados, asi por la dificultad de aquel paso, que aun a pié no se podia andar sin mucho trabajo, como por ir mas sin ruido a cojer los indios descuidados, que lo estaban harto por entónces. Y llegando ántes del amanecer al alojamiento de los indios dieron en el galpon de Caupolican abalanzándose a la jente que estaba dentro matando unos y cojiendo a manos a otros segun podian. Apenas habia oido Caupolican el estruendo, cuando salió por una puerta falsa con una alabarda en la mano pensando escapar sin ser sentido, o cuando mucho topar algun soldado, con quien se tuviese bueno a bueno. Mas como al salir por la puerta falsa hallase falso su pensamiento por estar cercado de españoles, comenzó a bravear como toro agarrochado saltando a todas partes, y echando espumarajos por la boca con tanta fiereza y valentía, que hacia campo con la alabarda jugando della como quien tenia la vida vendida. Pero por mas bravatas y ostentacion que hizo de su persona quedó cojido en el garlito, yendo preso en manos de los españoles con otros capitanes, que con él estaban.

No se puede esplicar el regocijo con que volvieron don Pedro de Avendaño, y los de su compañía trayendo tal presa, y tan deseada de todo el reino: por ser este bárbaro cabeza de todo él entre los indios: y el que habia muerto a Valdivia con su ejército y alcanzado las demas victorias desbaratando a Villagran y otros capitanes, y destruyendo ciudades echándolas por tierra de suerte que todo el daño y calamidades de Chile habian sucedido por el valor y gobierno de este indio; y asi el haberle atado las manos, se estimó por el mas felice suceso, que a la sazon podia apetecerse. Llamábase el soldado que le prendió Juan de Villacastin hijo de español y de india natural de la ciudad del Cuzco del Perú, donde él mesmo nació, y era buen soldado, y de mucha estima por su grande ánimo y valentia. Este traia al jeneral por prisionero con el contento que podrá pensarse: y caminando con él desta manera llegó una india corriendo tras él a toda priesa con un niño en los brazos de edad de un año hijo del mesmo Caupolican: la cual arañando su rostro y mesando sus cabellos daba gritos rabiosos, y dolorosos jemidos sacado de lo mas intenso del alma. Y haciendo largo llanto por la prision de su esposo le reprendia por haberse dejado prender debiendo morir ántes que rendirse: y entre otras palabras rabiosas acerca desto dijo, que pues habia venido a tanta infamia y desventura, no queria ella quedar con prenda suya, por no acordarse dél mas en su vida, y diciendo esto tomó la criatura, y dió con ella en un peñazco haciéndola pedazos cruelmente, y así se volvió llena de congoja dejando a Caupolican en manos de los vencedores.

Llegada esta compañía a la ciudad de Cañete fué recibida con el mayor regocijo y fiesta que fué posible. Y luego trató el maese de campo de hacer justicia de Caupolican para poner temor a todo el reino. Y fué su muerte celebrada con mas solemnidad por haberse hecho cristiano llamándose Pedro; el cual murió al parecer con muestras de vi

va fé y verdadera penitencia pidiendo a Dios perdon de sus pecados: y a los españoles de los agravios que él y otros por su causa les habian hecho: aunque muchos menos que ellos pensaban; por que en muchos lances que habian visto en detrimento suyo, no habia él sido causa dellos como primer motor que los inventaba: ántes acudia de mala gana, y por cumplir con su oficio: pues era elejido para que guardase fidelidad a su patria siendo siempre leal a ella: no como el indio Baltazar (de quien tratamos en este capítulo) que engañó a los mismos de su nacion poniéndolos en manos de estranjeros con maraña y astucia no pensada. De la manera que lo hizo Cilicon natural de Mileto que entregó a traicion a su patria en manos de los enemigos. Y como tambien se refiere en muchas historias haberlo hecho Eneas, y Antenor, que vendieron a Troya su patria poniéndola en manos de los griegos, que la destruyeron.

Sabida esta nueva por don García trató de poner en ejecucion la partida que ya estaba apercibiendo para los estados. Y estando con el pié en el estribo llegaron cartas de España de que el príncipe don Felipe hijo del emperador don Cárlos V, de felice memoria, se habia coronado por rei de las Españas renunciando en él su padre todos sus reinos, por dejarle entablado en el gobierno antes que muriese. Y respecto de esto se hicieron en la ciudad algunos regocijos; y entre ellos uno a que salieron ciertos caballeros armados: a la cual fiesta salió don García, por ser el motivo tan alegre. Y saliendo con él dos caballeros entre otros el uno llamado don Alonso de Ercilla, y el otro don Juan de Pineda, tuvieron ciertas diferencias sobre quien habia de ir en mejor lugar en este acto. Y de palabra en palabra se vino a encender la cólera de suerte, que vinieron a poner mano en las espadas, y en consecuencia desto desenvainaron las suyas para meter paz todos los demas de a pié, y de a caballo, y andaba la refriega a los ojos del gobernador sin entender él el oríjen de ella. Y como ha sido cosa tan frecuente en estos reinos haber algunos motines buscando siempre los traidores semejantes coyunturas para decubrirse, alborotóse don García en ver sobre si tantas espadas recelándose no fuese alguna traicion de la que en estos lances se han esperimentado en las Indias. Mas como vió que era don Alonso de Ercilla el primero que habia puesto mano a la espada, fajó luego con él y dándole en las espaldas un furioso golpe con una maza de armas que tenia en la mano le postró del caballo abajo, y mandó al capitan de la guardia le llevase preso a buen recaudo. Por otra parte acudió el coronel don Luis de Toledo a echar mano de don Juan de Pineda, el cual se retiró a la iglesia y se metió en ella con el caballo en que iba aunque le valió poco el no haber apeadose fuera de ella, porque el coronel le sacó por fuerza llevándole a la plaza a ver lo que mandaba el gobernador hacer de su persona. Pero como don García estuviese ya en su casa le pareció al coronel que seria justo hacer el debido castigo de los dos caballeros cortándoles las cabezas asi por el desacato que tuvieron ante el gobernador, como por la presuncion, y sospecha, que

él tuvo de que siendo los dos tan amigos, no debia ser la pendencia con ánimo de ofenderse, sino alguna maraña y ardid concertado entre ellos para matar a don García. El cual como tuvo nueva de que ya los dos estaban a pique para ser ajusticiados envió a toda priesa a don Pedro de Portugal que lo impidiese hasta mirarlo mas despacio, y hacer la inforcion de lo que entre ellos habia pasado. Porque aunque la sentencia sea mui justa, no por eso es justificado; y aunque sea mui buena, será mui mal fulminada si se pronuncia precipitadamente, donde puede tener lugar la cólera, que con la pasion ciega al entendimiento, de suerte que es circunstancia necesaria para que sea loable, el mirarse con reportacion y acuerdo: mayormente cuando el juez averigua causas que tocan a su persona. Y tuvo por tan necesario ésto el glorioso San Ambrosio que por haber el emperador Teodocio pronunciado apresuradamente una sentencia algo rigurosa, le prohibió por muchos meses el entrar en la iglesia obligándole a penitencia pública, con ser el emperador tan esmerado en cristiandad, cuanto se vió por los efectos: pues estuvo tan sujeto al arzobispo, que no discrepó un punto de su mandado. Y así mandó don García hacer informacion mui despacio y viendo que de lo que de ella resultaba no se podia presumir traicion de parte de estos caballeros, ni otra culpa, mas de lo que llanamente parecia de haber sido repentina pasion que entre sí tuvieron, los mandó llevar al reino del Perú ante el marques su padre, para que él determinase en este caso lo que pareciese mas conveniente. Y aunque el virei dió a don Alonso de Ercilla provision para ser uno de los lanzas con mil pesos ensayados de sueldo i le hizo otras mercedes: con todo eso le quedó mui arraigada en el corazon la memoria del aprieto en que se vió en este dia: y el golpe que le dió don García le estaba siempre dando golpes en él, de suerte, que nunca mostró gusto a sus cosas: como se ve por esperiencia en el libro que escribió en octava rima intitulado La Araucana, donde pasa tan de corrido por las hazañas de don García, que apenas se repara en alguna dellas: con haber sido todas de las mas memorables, y dignas de larga historia, que han hecho famosos capitanes en nuestro siglo así en salir con victorias de las batallas, edificar ciudades y volver a su estado las asoladas como en las demas cosas tocantes al gobierno y en particnlar el apaciguar a los indios y granjearles las voluntades de suerte, que en dos años que estuvo en Chile no solamente los dejó en paz y quietud; pero tan afectos a él, que lo miraban como a su oráculo y que lo llamaban San García, como hasta hoi le llaman con haberlos hallado cuando entró en el reino tan bravos y encarnizados, cual nunca jamas habian estado. Y así se ha visto por esperiencia desde el punto que salió del reino; pues no aguardaron tres dias para tornarse a rebelar como de ántes, sin haber hasta hoi remedio de restituirlos a la paz con los españoles y aunque sean intento muchos para ello, a ninguno jamas han salido, sino a uno solo: y es que vuelva don García al reino, a cuyos piés vendrán cruzadas las manos. Y asi despues que don García ha entrado por victoria en el Perú sin llegar a Chile, se han ido

allanando los indios de este reino solamente por entender que le tienen cerca, y que es gobernador de esta tierra, aunque no ha llegado a ello el mesmo en persona.

Acabadas las fiestas de la coronacion del nuevo rei, se partió don García de la Imperial al principio del mes de octubre de 1558, llevando consigo la mas jente española que halló a mano, con la cual llegó a la ciudad de Cañete, donde estuvo algunos dias dando asiento a las cosas necesarias al buen progreso de la tierra y en particular de la quietud de los indios tucapelinos. Y pareciéndole que para asegurar mas los estados de Tucapel y Arauco, seria de grande importancia reedificar la casa fuerte de Arauco, que el capitan Valdivia habia fabricado, y estaba arrasada por tierra desde que comenzó la rebelion jeneral de los estados, determinó de ir él mesmo en persona a poner esto en ejecucion, para que se hiciese con mas firmeza y dilijencia. Vino luego esta determinacion a noticia de los indios, los cuales entendiendo que era tenerlos a raya el fundar tantas fortalezas, y alojamientos de españoles dentro de sus tierras, salieron luego a la demanda juntándose catorce mil de ellos a impedir el paso a don García en un lugar llamado Quiapeo por ser paso áspero y estrecho, donde por mas seguridad suya edificaron un fuerte con la mayor dilijencia y traza que pudieron. Apenas habian comenzado a poner manos a la labor, cuando ya estaba don García informado de ello; el cual tuvo esto por estímulo para apresurar el paso llevando doscientos españoles mui bien aderezados, entre los cuales eran ciento arcabuceros, y los demas de lanza y adarga, y otros jéneros de armas de las que usan los españoles. Cuando esta jente llegó a vista del fuerte, ya los indios estaban encastillados con las armas en la mano para resistir con todas sus fuerzas con determinacion de perder la vida ántes que rendirse. El gobernador asentó luego sus reales media legua del fuerte delante de una densísima montaña, en la cual hai una gran ciénaga, por donde no es posible pasar hombre. Y habiendo salido el mesmo a reconocer el sitio, dispuso el órden del ejército con el mejor modo que fué posible, dividiéndolo en dos escuadras poniendo por caudillo de la una al capitan Gonzalo Hernandez Buenos Años, y tomando el mesmo don García la otra para acometer con ella. Demas de lo cual puso algunos soldados en frontera de la fortaleza, donde estaba asestada la artillería, para que miéntras ella se jugaba, acudiesen los dos escuadrones por los dos lados de la fortaleza. Llegado el dia de Santa Lucía, se tocó al arma buen rato de la noche que era harto oscura, y se echaron dentro del fuerte gran suma de bombas de fuego y alcancías arrojadas desde afuera ántes de acometer los soldados, que para ello estaban prevenidos. A esto respondieron los indios con gran estruendo de alaridos trompetas y atambores mostrando mas ánimo del que tenian, aunque muchos de ellos se huyeron aquella noche sin atreverse a esperar mas embates. Luego mandó el gobernador hacer puentes de varas de avellano, para pasar un barranco que estaba delante del fuerte, las cuales se hicieron con tanta dilijencia y secreto, que al cuarto del alba estaban ya

puestas en sus lugares. Hecho esto se comenzó a jugar la artillería con mui poco daño de los enemigos por ser mui alta su palizada, y las piezas tan pequeñas que apénas habia alguna que pasase de diez quintales. Puso esto avilantez a los indios para salir a campo raso acometiendo algunas mangas dellos con flechas y gorguees hácia la parte donde estaba don García con solos veinte hombres de a caballo, por haber dejado la demas jente en guarda de los reales, y artillería ultra de la que estaba en el escuadron de esotro cuerno en compañía de Gonzalo Hernandez. Y comenzando a trabarse la escaramuza, fué tanto lo que se encolerizó don García, que estando ciego del coraje se arrojó tras los indios yendo en su seguimiento sin mirar por donde caminaba, de suerte que se metió con el caballo por aquel aspero barranco, que aun a pié se pasaba dificultosamente; y sin temor de un peligro tan evidente se abalanzó tras los indios dentro de la fortaleza, entrando por un estrecho portillo, por donde ellos se metieron, en cuya entrada se le quebró la lanza hallándose solo y casi sin armas dentro del fuerte de los bárbaros en medio de todos ellos. No sé si se le pueda apropiar a este hecho el nombre de temeridad o el de valentía; si no es que queramos intitularlo con ámbos nombres. Porque si no es el atrevimiento de Bellorafon que se arrojó a caminar por el aire con el caballo Pegaso, y el de Jason, y Tifis, que intentaron caminar por la mar de pié enjuto, no sé yo qué hecho pudiera ser mas precipitado que este de don García; mayormente estando con tan pocos soldados, y sin advertir si se seguia alguno de ellos. Y en efecto, de verdad estuvo gran rato solo en medio de los contrarios peleando con solo su espada sin haber hombre a su lado que le ayudase. Verdad es que todos sus soldados se arrojaron tras él, mas hallaron cerrado el portillo, y asi estaban acometiéndole por todas partes para entrar a dar socorro a don García. Y plugo al Señor darles santa industria y esfuerzo que entraron con brevedad a socorrerle, lo cual hicieron todos valerosamente. Y en particular un soldado jenovés llamado Andrea. que arrojándose a entrar por la palizada se quedó encajado entre dos palos sin poder ir atras ni adelante, y con la rabia de verse en tal agonía, meneaba la espada con tanta furia que peleaba mejor que los que andaban mui sueltos, hasta que llegaron a sacarle de aquel estrecho. Y como estaba tan metido en coraje de haberse visto en tal aprieto, entró como leon desatado por la fortaleza, adelante dando en los indios sin perder lance hasta llegar a ponerse al lado de don García. No se puede esplicar la gran refriega y alboroto que hubo en este trance; porque como el lugar era estrecho sin tener los soldados de ambos campos en que esparcirse, estaban tan apiñados, que a cualquier parte que se revolvia cualquiera de ellos hallaba a la mano a quien dar, y quien le diese. Y lo que mas admiraba en este caso, era ver dos cosas tan contrarias en don García, como son la ceguedad de cólera y la reportacion y advertencia en todo; porque asi mandaba y acudia a prevenir las cosas sin cesar un punto de pelear, como si en cada cosa de por si tuviera empleada enteramente su persona. Y aunque todas estas cosas parecen

grandes, con todo eso lo fué tanto mas el suceso en que pararon, que casi parecerá increible. Porque llegó a tal estremo la fuerza y brio de los españoles, que echaron de la palizada a los contrarios que pasaban de doce mil, con ser ellos tan pocos como está dicho. Y no contentos con esto fueron en seguimiento suyo por lugares asperísimos, y casi impertransibles; por los cuales se iban los indios metiendo de propósito teniendo por cierto que no podrian ir caballos por donde ellos iban. Pero con todo eso no dejaban los nuestros de ir tras ellos, asi los que estaban con don García, los demas que habian quedado fuera en las demas escuadras, que eran la de Gonzalo Hernandez, y la que estaba en guarda de las piezas.

Hallóse en esta batalla don Miguel de Velazco, don Simon Pereira, don Felipe de Mendoza, don Francisco Manrique, don Martin de Guzman, don Pedro de Godoi, Gabriel Gutierrez, Francisco Peña, Alonso de Miranda, Pedro de Aranda Valdivia y otros valerosos soldados de tanto esfuerzo y ánimo, cuanto predica el hecho de este dia. Y del bando de los indios se hallaron muchos capitanes de los mas nombrados de este reino , entre los cuales estaban Talcahüano, Tomé, Orompello, Ongolmo, Licura, Leocotan, Talcomara, Ancotaro, Mollalermo, Picoldo, Lipomandi, Rengo y Anauillo. De todos estos y otros de mucha fama salieron muchos heridos, y quedaron algunos muertos con gran multitud de soldados de su ejército, con no haber perdido la vida alguno de los nuestros, que fué cosa de grande espanto en todo el reino. No fueron pocos los despojos que se hallaron en el fuerte, asi de las vituallas que eran en gran suma, como de las armas de todos jéneros usadas entre los indios, y aun algunos arcabuces que habian tomado en las victorias pasadas, y mucha municion que habian rescatado a los indios yanaconas, aunque esto les aprovechaba poco, por no saber usar de los arcabuces; porque al tiempo que van a ponerles fuego no tienen ánimo para tener el ojo firme en la mira; y asi es lo ordinario, asestar el arcabuz hácia bajo con particular providencia divina; pues a saber aprovecharse deste instrumento, no hubiera hoi cristiano en todo Chile. Halláronse tambien cinco piezas de bronce que habian los indios ganado al mariscal Villagran en el desbarate de la cuesta de Alaraquete, que no fué cosa de poca estima en este reino; pues lo fuera en cualquier otro donde hai mas aparejo para hacerse. Y aunque de lo que resulta de las victorias de don García referidas, lleva la historia consigo mas puntual ponderacion que los comentos pudieran atribuirle, con todo eso me parece haber sido esta tan insigne que cualesquier alabanzas que en este lance se acumulasen, no deberia tenerse por exajeraciones, pues cuanto mas quisiésemos subirlas de punto no habriamos llegado a ponerlas en el que ellas están de suyo, ni seria exceder de los límites de la moderacion el contar a este caballero en el número de aquellos famosísimos vencedores que cuentan las historias antiguas, como Siro triunfador de los persas y babilonios, y Dario hijo de Histaspis, que venció a los Yonas en batalla naval, y Arsaces, que con gran ejército de scitas venció

a los partos y al rei Seleuco de Siria, y finalmente à los hircanos y Cleómenes capitan de los lacedemonios, que rindió al adalid de los Aqueos llamado Arato, y a los de la inespugnable ciudad de Argos, y el famosísimo Demetrio Poliocete hijo de Antígono rei de Macedonia, que alcanzó victoria de los babilonios y cipriotas, y Epaminondas príncipe de los tebanos, que alcanzó ilustres victorias de los lacedemonios en diversos encuentros. Porque si lo que hizo a todos estos ser famosísimos fué el haber conseguido triunfos sobre ellos con opulentos ejércitos, cuanta mayor gloria será haber vencido tan ilustremente y con tan estraordinarias circunstancias, tan gran número de enemigos teniendo tan pocos hombres de su bando, y si eternizó tanto su nombre el espartano Leonidas por haber acometido al opulentísimo ejército de Jerjes con solo cuatro mil soldados saliendo finalmente victorioso; no sé yo en qué predicamento se podrá poner el nombre de don García, que se abalanzó con solo veinte entre tan excesivas huestes de bárbaros araucanos. Mayormente habiendo hecho él una hazaña tan aventajada a la de Leonidas, como fué entrarse no solamente el delantero, pero solo sin mirar quien le seguia; el cual hecho o caso semejante fué tan eficaz para ennoblecer en el mundo la fama de Arquidamo príncipe de los lacedemonios, que solamente por haber saltado el primero de todos sus soldados en la galera del contrario, en la batalla naval que tuvo con Pilon sin haber perdido el escudo, ni recibido herida, se celebró tanto su nombre, que está hoi tan fresca la fama de este hecho como si ayer hubiera sucedido. Por lo que se puede mui lícitamente escrebir don García en el número de aquellos famosísimos triunfadores, Lucio Atilo Calatino que triunfó de los sardos, Libio Salinator de los ilirios, Marco Atilio de los salentinos, Paulo Emilio el menor de los ligurios, Mecenio Agriper de los sabinos, Marco Antonio de los armenios, Marco Aquilio cónsul del rei Aristónico, Marco Curio de los samnitas y otros semejantes que refieren las historias antiguas. Y en consecuencia de esto se le debiera dar a este tan excelente caballero una y aun muchas de las coronas con que la república romana y algunas otras honraban a los vencedores, y en particular la corona, que llamaban castrense, la cual se daba al soldado que entraba primero que los demas en los reales de los enemigos. Y por el consejo se le debian dar la corona llamada mural que se ponia al primero que escalase el muro o entrase por fuerza de armas en el alcázar de los contrarios. Mas ya que nuestros siglos no son de aquellos en que estaban en uso este jénero de premios para los triunfadores, se debe siquiera procurar que no estén escondidos en la oscuridad del silencio hazañas tan memorables, y dignas de ponerse en historia. Ni es razon que consintamos que los indios sean tan arrinconados en todo, que aun las cosas que tienen para salir en público en todo el mundo, y ponerse delante de la provincia o reino mas felice, los dejemos por solo descuido estar debajo de la tierra; y mas resultando esto en honor de los españoles, que por gran negocio y nobleza de nuestra prosapia traemos en la boca a cada paso al Cid y a Bernardo

del Carpio; de los cuales no le hemos haber hecho con la espada en la mano lo que en este trance hizo don García. Y lo que mas es de alabar en este caballero fue el haber hallado tan en la manga la benignidad y clemencia que al tiempo de su mayor coraje, aun no se habia bien dado fin a la batalla cuando usó della mandando quitar de los palos ciertos indios, de los cuales estaba haciendo justicia el maese de campo Alonso de Reinoso por haber sido autores desa sedicion y alboroto. Y en particular usó de esta su piedad acostumbrada con un indio llamado Peteguelen de edad de veinticuatro años de mui linda disposicion y gallardía, hijo de Cayo Mangue cacique del valle de Arauco, el cual estando con la soga a la garganta, como vió pasar al gobernador se asió de un estribo de su caballo sin haber traza de dejarlo hasta llegar al sitio de la casa fuerte donde le sirvió de lo que se dirá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XII.

De la reedificacion de la casa fuerte de Arauco hecha por don García: donde le intentaron matar a traicion los indios. Y de una batalla que hubo entre dos caciques por causa de una mujer.

Lo primero que don García hizo habiendo conseguido esta felice victoria fué dar gracias a Nuestro Señor por tan excelente beneficio recebido de su mano; procurando que todos los suyos hiciesen esto con la mayor solemnidad y devocion que fué posible. Así lo acostumbraron en semejantes ocasiones los santos macabeos y en particular cuando se vieron libres de las manos de Demetrio y Jason: que así como habian acudido a Dios en la tribulacion para que los socorriesen así tambien cuando se vieron favorecidos de su majestad tuvieron cuidado de darle las gracias, diciendo que pues habian tenido dilijencia en acudir a Dios en el tiempo de la necesidad ofreciéndole sacrificios, tambien era razon no descuidarse en hacerle las debidas gracias por haberlos librado de tan evidente peligro. Y lo contrario es cosa mui vituperable, y aun vituperada en la divina escritura; como se escribe en el libro de Ester; donde se pondera mucho la fealdad de la ingratitud mayormente de aquellos que olvidados de los beneficios ofenden al autor dellos, y así dice espresamente estas palabras: por no ser dignos ni capaces de tanta gloria, se vuelvan contra aquel, que la puso en sus manos. Y no se contentan con dejar de darle gracias por los beneficios quebrantando los derechos entre los hombres, mas tambien se persuaden a que se escaparan de la sentencia de Dios que vé todas las cosas. Por lo cual los hombres circunspectos y bien mirados no solamente tienen advertencia de dar gracias a Dios por sus misericordias, pero tambien las dan a los hombres de quienes han recebido algun beneficio; y aun a los que han hecho cosas, que resultan en provecho suyo. Tanto que oyendo decir Thou rei de Emath que David habia ganado por las fuerzas de armas a Siria de Damaso destruyendo a Darecer envió a su hijo Joran a que le diese las gracias de su parte, con haber hecho Da-

vid su negocio, solamente porque redundaba en utilidad del mesmo Thou. Y llegó el negocio a tanto que aun por las buenas obras que uno hace a su mesma patria suelen los amigos della rendirle las gracias: como lo hicieron los romanos recibiendo a Clominío embajador de Jerusalen con la buena nueva de la victoria, que Simon Macabeo habia ganado para aquella insigne ciudad: por lo cual se sintieron ellos obligados a Simon como si hubiera arriesgado su persona por el mesmo pueblo romano diciendo entre sí mesmos estas palabras: que accion de gracias será bastante de nuestra parte para Simon y sus hijos pues ha restituido a sus hermanos, y destruido a sus enemigos.

Hecho esto llegó el gobernador al valle de Arauco: donde alojándose en el sitio donde habia estado la casa fuerte, trató mui despacio con el indio Peteguelen, el cual iba con él asido de su estribo, que enviase mensajeros a su padre y a los demas señores de los estados, para que acabasen ya de allanarse reconociendo las ventajas de parte de los españoles: pues ninguna vez habian entrado con ellos en juego, que no volviesen con las manos en la cabeza: con ser los bandos tan desiguales, como ellos mesmos vian por sus ojos. Y que debian de juzgar ser temeridad de bárbaros el querer resistir mas a jente por quien peleaba Dios favoreciéndoles tan manifiestamente, por ser cristianos que profesaban y guardaban su santa lei a la cual estaba obligado todo el mundo. Ultra de que con esto se acabarian sus inquietudes y trabajos, y vivirian mui a gusto con los cristianos por ser hombres de razon, políticos, y de buenos respectos. Y que él en particular, se ofrecia a tenerles por hijos favoreciéndolos, y regalándolos sin permitir que persona alguna les hiciese agravio. Y sobre todo esto que mirasen les iba en ello la salvacion, la cual se alcanza viviendo cristianamente, y no como ellos en su jentilidad y ritos antiguos, en que los tenia instruidos el enemigo del linaje humano para llevarlos al fuego del infierno eternamente. Fueron tan eficaces estas y otras persuaciones de don García para convencer a los indios, que casi todos los circunvecinos a los estados acudieron pacíficamente a sujetársele: y primeramente Cayo Mangue padre de Peteguelen: y tras él el cacique Colocolo: Longonabal: Petumilla: Carilemo, y otros capitanes de mucha estima con todos sus vasallos, y secuaces. Todos los cuales se allanaron con verdad y sin finjimiento: quedando la tierra con casi total seguridad, de suerte que se caminaba de una ciudad a otra sin algun riesgo, o mui estraordinario. Y viendo don García el felice estado en que se iban entablando las cosas del reino edificó la fortaleza, poniéndola por presidio de los estados: la cual fabricó con gran firmeza, aprovechándose de la mucha jente que tenia a mano, de la que habia venido de paz para servirle. Y así la fortificó con altas murallas, y le dió dentro suficiente aposento para muchos soldados y grandes caballerizas para sus caballos. Y porque en todo estuviese cómoda, y sin inconvenientes mandó cubrir los techos de teja, y hacer pozos de agua mui profundos, y bien labrados, y tomó esto tan de propósito que no quiso salir de allí en mucho tiempo, hasta dejar

la tierra segura de todo punto. Para lo cual enviaba a menudo corredores del campo que limpiasen la tierra de enemigos, si acaso quedaban algunos; i les talasen sus sementeras y haciendas; para que compelidos de la necesidad viniesen a sujetarse.

No fueron pocos los trabajos que don García padeció en este tiempo: porque demás de no comer otro pan sino de cebada teniendo los demas regalos a este tono, le apegaba mucho la máquina del gobierno cargada en hombros de persona tan tierna en la edad, habiendo de contentar hijos de tantas madres, y averiguarse con todos conservando su autoridad sin faltar en mostrarles buen semblante; y sucedióle un dia, que salió de la fortaleza a pasearse con cincuenta de a caballo, que llegó un indio de los rebelados y mostrándose en su presencia le pidió la mano para besársela, y cojiéndola de repente le metió en ella con gran disimulacion un grano de oro que pesaba mas de veinte pesos. Entendió luego él, que aquel indio venia con alguna demanda: pues hablaba con obras de antemano. Y así fué, como lo suele ser comunmente, porque esplicando el indio su peticion dijo que ciertos corredores de la ciudad de Cañete le habian llevado a su mujer con un hijo, por lo cual estaba mui aflijido: y no sabia otro remedio sino acudir a su señoría, por la pública fama que de su benignidad volaba por la tierra. Respondióle el gobernador que ya su dureza dellos era tan inflexible y demasiada, que cerraba las puertas a la clemencia: mayormente porque jamas cojian españoles a las manos que no les despedazasen viendo que los españoles perdonan cada dia a muchos de los que cojen con el hurto en las manos, mas con todo esto queria concederle lo que demandaba para que echase de ver la diferencia que habia de la nobleza de los cristianos a su dureza y villanía. Y juntamente le volvió su grano de oro, para que entendiese que no lo hacia por codicia sino por hacer como quien era. Habiéndole despachado con gran contento ponderó el gobernador delante de los suyos cuanta verdad sea lo que comunmente se dice que todo el mundo es uno: pues habia tomado aquel bárbaro por medio para negociar a gusto el cohecharle con dinero, siendo este el medio mas eficaz, que suele hallarse para todos los negocios: y no ménos en los de guerra que en otros de cualquier jénero. Y así cuando la codicia se habia arraigado mas en los pechos de los romanos le pareció a Jugurta, que tenia llano el camino para salir con la suya a fuerza de dineros: y así cuando salió de la ciudad para poner en ejecucion sus intentos, que eran de rebelarse volvió la cabeza hácia ella, y se la puso a Mirab diciendo: ciudad vendible, poca dificultad tenemos en efectuar nuestro negocio. Lo cual se esperimentó despues trayendo él su ejército por Numidia, que siendo enviados diversas veces algunos cónsulos por emperadores del ejército romano no salian con cosa que el Senado pretendiese, porque luego entraba el dinero de por medio, con el cual cerraba los ojos, y tapaba las bocas Jugurta a los cónsules, y así se hacia todo noche.

En este tiempo sucedió que separando algunos indios rebelados en

que por fuerza de armas iba su negocio perdido acordaron de guiarlo por otra via intentando matar a don García a traicion. Habiendo elejido para efectuarlo la persona que parecia mas sagaz y astuta, lo quisieron poner en práctica desta suerte, que el indio electo llamado Mecial que era mui valiente y animoso llevase al gobernador un presente de fruta para que al tiempo del recebirla cerrase con él y le matase. Y para esto le ofrecieron gran suma de oro en recompensa y premio de tal azaña. Mas como Nuestro Señor guardaba a don García con particular providencia, movió el corazon del cacique Colocolo a que enviase un hijo suyo a dar aviso a don García de la traicion, que contra él se tramaba secretamente. Agradeció mucho don García este aviso remunerándole como noble caballero: y poniendo resguardo a la maraña previno algunos soldados que estuviesen a punto para cojer a manos al traidor al tiempo que él quisiese poner las suyas en su persona. Y llegandó el indio con su canastilla de fruta a coyuntura que el gobernador se levantaba de dormir la siesta, le echaron los soldados mano, y le hallaron un puñal escondido para matarle, como él luego confesó descubriendo todos los autores de la traicion interrumpida, en lo cual se manifestó la astucia y sagacidad de los indios, que intentaron usar de la traza con que entregó Judas al Salvador dándole beso de paz al tiempo que le ponia en manos de sus enemigos, donde se descubre claramente lo que ha poco dijimos acerca de la fuerza que tiene el oro para mudar los corazones haciéndolos acometer maldades y traiciones no solo contra los estraños pero tambien contra los suyos. Bien claro se vió esto mesmo cuando Mirtilo coligado de Pelope entregó a Hippodamia hija de Oenomas. Y con la misma codicia mató Polimnester rei de Tracia a Polidoro y finalmente alude a esto la traicion de Anibal hijo de Asdruberd que mató a Cornelio cónsul con achaque de tratar con él los medios de paz entre los cartajinenses y romanos. Habiendo don García sacado en limpio la mala intencion de los indios mandó traer ante sí a los mas principales dellos: y les habló con razones graves, y prudentes intimándoles mucho la dureza de sus corazones y cortedad de sus entendimientos. Y sobre todo les dió a entender cuan favorecidos, y amparados de Dios son los cristianos, pues en cosa que ellos trataban tan ocultamente no quiso Su Majestad que se encubriese tan pernicioso fraude por guardar sin lesion al que era cabeza de su pueblo, para que acabasen ya de conocer que el pensar de prevalecer contra los cristianos era quimera indigna de hombres de entendimiento. Y con esto los despidió perdonándolos a todos, y entre ellos al indio Metical, que venia por ejecutor de la traicion ordenada entre ellos.

En este tiempo era capitan de Cañete de la frontera Gonzalo Hernandez buenos años: el cual tuvo noticia de dos grandes escuadrones que venian de diversas comarcas a juntarse en un lugar, y entendiendo que era su intento coadunarse para dar sobre la ciudad como era costumbre, se alborotó en gran manera y salió luego con ochenta hombres a ponerse en defensa della. Mas como entre los indios fuese mani-

fiesto el motivo de aquella jente armada, acudieron muchos dellos a sosegar al capitan informándole de que aquellas escuadras eran de capitanes encontrados entre sí por haber el cacique Mareoman hurtádole su mujer al cacique Aynaval: y a esta causa salia el ofendido con mano armada a vengarse del adúltero, y él defenderse del agresor con toda la jente de su distrito. Y estándole certificando desto los indios yanaconas, llegaron mensajeros de los dos capitanes desafiados cada uno por diverso rumbo a rogarle que no saliese de su casa, pues era negocio que a ellos solos incumbia el mirar por su honor y volver por sus personas. A esto respondió Gonzalo Hernandez que viniesen luego ante él los capitanes a representarle sus quejas: donde no que iria sobre ellos a destruirlos. Parecióle ésta buena coyuntura al agraviado para alcanzar justicia: y así obedeció acudiendo sin réplica; y lo mesmo hizo el cacique Mariman creyendo que libraria mejor poniendo su negocio en manos de juez que no era parte en el negocio, que el avenirse con quien tan justamente se tenia por injuriado. Y viniendo los dos a la presencia del capitan Gonzalo Hernandez fueron reprendidos de él ásperamente, por haber intentado averiguar la causa por sus mismas personas, sin hacer caso del juez, a quien competia desagraviar, y hacer justicia desapasionadamente. Y hecha informacion sobre el caso mandó traer a la india llamada Çrea, que era mui blanca y hermosa de las que andan entre holandas: y en presencia de todos la entregó a su marido Aynaval con intento de proceder en la causa contra el robador Mariman: el cual dió por escusa solamente la flaqueza de la carne inclinada al mal. Y juntamente suplicó al capitan que le adjudicase la india, pues Aynaval tenia tantas mujeres que no le podria esta hacer falta alguna. Y para esto ofreció gran parte de su hacienda al indio agraviado rogándole que le vendiese a Crea, pues era de tan poco crédito para con él. A lo cual respondió Aynaval : que no lo creyese, ni esperase tal cosa en los dias de su vida aunque le diese el oro de todo el reino. Y como el capitan Gonzalo Hernandez puso la india en manos de su marido, los ensangrentó él luego en ella cortándole la cabeza en presencia de todos con tal presteza, que cuando acudieron a quitársela, estaba ya la cabeza quitada de los hombros. Y no es nuevo en el mundo haber disenciones y batallas por mujeres: que la prolongada guerra de la famosísima Troya, y la total destruccion de ella no tuvo otro orijen sino una mujer que fué Elena, la cual sacó Páris troyano de casa de su marido Menelao. Y la guerra entre Pelope, y Oenomas sucedió por haber negado él Oenomas a su hija Hippodamia al rei Pelope, que se la pedia en casamiento. Dejo aparte la historia infalible que refiere la muerte y estrago de Sanson y los filisteos orijinada de la hermosura de Dalila. Esta fué la causa de la sangrienta guerra entre Piretro y los Centauros, que hurtaron mañosamente a Hippodamia hija de Atracio y mujer de Piretoo. Y tambien refiere Bolaterraneo haber sido muerto Arquelao rei de Macedonia a manos de un mozo llamado Craliba, por no haberle concedido el rei su hija en matrimonio. Y no es menor sa-

bida la guerra que hizo Pericles a los Amios por Aspasia, de quien estaba Pericles aficionado. Pero mucho mas notoria es la famosa guerra entre Turno y Eneas, por haber pretendido ambos casarse con Labinia hija del rei latino. Y si se ha de dar crédito a algunas de las cosas que cuentan los poetas, fué notable el desafio entre Hércules y Neso por causa de Yanira: por la cual tuvo el mesmo Hércules otra batalla con Aquelao. Y no me quiero detener en referir la guerra entre Tolomeo y Alejandro rei de Siria por causa de Cleopatra hija del mesmo Tolomeo. Ni el incendio que Alejandro puso a Persepolis instigado por Thaidis su amigo. Ni el alboroto que se levantó por causa de Lucrecia. Ni la destruccion de Antioco, que al tiempo que traia guerra contra los romanos fué vencido y desbaratado, por dejarse llevar del amor y regalos de Calcidence. Ni la muerte de Antonio Commodo emperador por mano de Atleta instigado de Marcia aficionada mas al Atleta que al emperador Antonio. Solamente quiero hacer memoria del calamitoso suceso que todos saben ocasionado del amor que el rei Rodrigo de los godos tuvo a la hija de Juliano prefecto de Tingitania cayendo con ella en adulterio: por lo cual convocó su padre grandes huestes de moros, que le ayudasen a tomar venganza trabándose guerra tan sangrienta que murieron sesenta mil de ambas partes. A esto alude la historia de la guerra, que Luchino conde de una parte de Italia hizo a Ugolino Gonzaga por haber cometido adulterio con su mujer Isabel, segun cuenta Volaterraneo. Y aun el santo Gandulfo mártir fué entregado a los enemigos por haber reprehendido a su mujer, a quien cojió en adulterio, poniéndole ella en manos del adúltero que lo matase. Y no puede dejar de ponderarse el demasiado celo que hubo en el corazon de un bárbaro como este: al cual aun no llegó aquel celo de Fano, que se dice haber sido mui estrecho a causa de haber puesto todas las puertas de su casa enquiciadas y engoznadas de suerte que al abrir y cerrar hiciesen ruido rechinando, y crujendo en los quicios, para sentir desde léjos el ruido y atalayas a la persona que entraba o salia de su casa, solamente por ciertas sospechas que tenia de su mujer, no mui mal fundadas: pues ella estaba tan adelante en su maleficio, que para remediar esto abrió un portillo en el tejado, del cual sabian todos, sino era el marido, que estaba mui seguro en nunca oir el rechinar de las puertas. Y apenas se sabe de hombre cuyo celo haya llegado a tanto encendimiento, que se atreviese a un hecho como el que acometió este bárbaro delante de una persona de tanto respeto, como era el capitan de la ciudad y otros muchos españoles, y naturales de la tierra: sino es alguna mujer por ventura cuyo celo suele ser incomparable al de los hombres en furor y zaña: como se cuenta de Dirse, que puso en los cuernos de un toro clavada en ellos a una mujer llamada Anttiopa teniendo sospecha que andaba en malos pasos con su marido Lico. Y finalmente Elena fué ahorcada en un árbol por mandado de Poliza, mujer de Hipolemo, que tuvo celos de ella siendo llevada a la isla de Rodas.

No me quiero detener en ponderar el sentimiento que tuvo el gobernador, de que Gonzalo Hernandez hubiese estado tan remiso en castigar al indio Aynaval dejándole ir con su jente como se vino. De lo cual resultó tornarse a encontrar los dos escuadrones, y darse de las hastas de suerte que murió no poca jente de ambas partes; lo cual se evitara con haber cortado solo una cabeza o a lo ménos detenido alguno de los dos contrarios hasta que se hubiese la cólera asentado.

CAPITULO XIII.

Del descubrimiento de minas de oro de la Madre de Dios, y la fundacion de la ciudad de Mendoza y partida de don García para España.

Habiendo estado el Gobernador nueve meses en la casa fuerte de Arauco no queriendo desampararla por tener a los indios mas a raya, y conservarlos en la paz, que habia intervenido, tuvo nueva de que Francisco de Villagran estaba nombrado por gobernador de este reino con provisiones de su majestad que tenia en su poder. Y aunque habia ya don García oido algo de esto como está dicho, pero en esta coyuntura se enteró en ello por cartas de su padre, en las cuales le mandaba que se embarcase luego para el Perú donde él estaba gobernando. Y en cumplimiento de esto se partió luego, habiendo padecido muchos trabajos en estos nueve meses mostrando en todos ellos sereno ánimo y alegre semblante, por esforzar a los suyos sacándolos cada dia a festejarse en juegos de cañas, y otros ejercicios semejantes, holgándose mucho con los que eran señalados hombres de a caballo, y en particular con el capitan Hernando de Aranda Valdivia, por ser estremado en este ejercicio, y de mucha nobleza en su trato y costumbres.

Luego que llegó a la ciudad de la Concepcion, no quiso pasar sin dejar hecho algo bueno, y así dió principio a una iglesia catedral juntando veinte mil pesos de oro de limosna, con lo cual la dejó comenzada, y es hoi el mejor templo que hai en este reino. Y para dejarlo todo puesto en órden, mandó llamar al jeneral Rodrigo de Quiroga que estaba en la ciudad de Santiago, y le nombró por gobernador en el ínterin que Villagran llegaba, y con esto se partió a la ciudad de Santiago para proseguir el viaje comenzado. Y como los indios vieron que se iba alejando con ánimo de salir del reino, comenzaron luego a malear volviéndose a la inquietud pasada haciendo siempre de las suyas. Por lo cual fué forzado don Pedro de Avendaño, que era el capitan de la ciudad de Cañete a correr el campo, y dar tras los indios segun su costumbre apurándolos hasta meterlos en los rincones mas ocultos sin dejarles alzar cabeza, ni lugar seguro. Porque demas de ser valiente y animoso, era tan gran trabajador que no cesaba de noche ni de dia de andar en batallas; y era para él dar trasnochadas, como saliese a pasear por dilatacion del ánimo. Estando este caballero un dia en la provincia de Puren, de la cual era encomendero teniendo consigo solos cuatro españoles, le embistieron de repente los mesmos indios que le estaban sir-

viendo y le mataron con otros dos españoles de los que con él estaban, escapándose los otros dos miéntras los demas andaban a la mesapela. Túvose esta por mui grande pérdida, por ser este caballero de grande importancia para la guerra, y mui afable, liberal y comedido; y así lo sintieron todos íntimamente, y mucho mas el jeneral Quiroga, que era su suegro, y lo tenia sobre sus ojos.

Por otra parte andaban aflijidos otros muchos indios araucanos por ver que se alejaba don García; y así se determinaron dos caciques de Arauco y Tucapel de irse tras él a la ciudad de Santiago, que está mas de sesenta leguas de sus casas, a quejarse de que los dejaba, sabiendo cuanto ellos le amaban, y todos los demas de aquellas provincias. Y demas de esto le representaron el temor y angustia en que estaban, por haber entendido que Francisco de Villagran habia de sucederle en el oficio; el cual tomaria venganza dellos por haberle vencido, y desbarado dos veces con tanta destruccion, y pérdida de su jente y menoscabo de su presuncion en cosas de guerra. Admiróse don García de que hubiese tanta lealtad en corazones de indios, que les hubiese sacado de sus casas haciéndoles caminar tantas leguas; y agradeciéndoles mucho el amor que le mostraban, los apasiguó y procuró quitarles el temor que tenian, certificándoles del intento de Villagran, que era favorecerles en todo, y gozar de la paz en que el reino estaba, sin acordarse de las injurias pasadas, miéntras ellos no diesen nueva ocasion con que irritarle. Y con esto los despidió dándoles mui buenos vestidos para ellos y sus criados y muchos regalos para su camino, pues se habian puesto en él por su respeto.

En este tiempo se descubrieron unas minas de oro en un rio, que llamaron de la Madre de Dios siete leguas de la ciudad de Valdivia: cuya riqueza fué tanta asi por la mucha cantidad como por la fineza, que llegaba a veinte y tres quilates, que acudió mucha jente del reino a ocuparse en su labranza. Dió esto a don García mucho contento viendo que su entrada y salida en Chile habia sido con buen pié: y alegrandose de que la jente tuviese con que salir de su pobreza. Y fué tanta la gravedad de estos principios respecto de haber indios de paz que labrasen las minas, que envió la ciudad de Valdivia a ofrecer a don García buena cantidad de oro para los gastos del viaje. Mas como él estaba tan desinteresado de todo esto, que aun lo que le habia quedado de lo que sacó del Perú lo fué repartiendo entre personas necesitadas dejando el resto en la ciudad de la Concepcion por ir mas lijero, respondió que les agradecia mucho la voluntad, y oferta que le hacian y se alegraba mucho de que en su tiempo se hubiese descubierto tal tesoro para remediar sus necesidades.

Estando ya don García de Mendoza para partirse llegó nueva de que el marques su padre virei del Perú habia fallecido muriendo a la manera que habia vivido, dejando a estos reinos grandes prendas de su salvacion por la mucha cristiandad notoria a todos, particularmente en limosnas y obras pias, en que fué mui señalado. Y habiendo en la

ciudad universal sentimiento por la noticia que del tenian, y por los indicios que se vian en su hijo se juntaron dos causas de dolor para todos: la una, la partida del marques al otro mundo, y la otra, la de su hijo a otro reino. Y aunque don García tuvo el sentimiento y dolor concerniente a la obligacion filial a tan buen padre, de quien habia sido amado con mas muestras de aficion que a esotros hijos, con todo eso, no se entibió entre el luto, lágrimas y exequias de emplearse en las obras, que siempre acostumbraba. Y así quiso por fin de su viaje fundar una nueva ciudad, para que con esta fuesen siete las pobladas por su mano. Y para esto puso los ojos en el capitan Pedro del Castillo natural de Villalva del rei en la Rioja, encargándole este asumpto como persona de quien tenia satisfaccion por muchas esperiencias en que se habia mostrado. Y dándole la instruccion del lugar, trasa y circunstancias del pueblo que habia de edificarse, lo despachó con alguna jente enviándolo a esotra parte de la cordillera, donde queria que la ciudad se fabricase. Partió este capitan de la ciudad de Santiago con intento de poner en ejecucion puntualmente lo que el gobernador le mandaba. Y llegando a la provincia de los Guarpes fué recibido del cacique Ocoyunta: y otro llamado Allalme: con algunos que ocurrieron de aquellos valles, cuyos nombres eran Gueymare, Anato, Tabaleste i otros obedecidos de todos los indios del contorno. Todos estos son indios de pocos brios, y consiguientemente mui quitados de cosas de guerra, y así recibieron a los españoles sin resistencia permitiéndoles no solamente hacer asiento y edificar pueblos a su gusto, sino tambien se dejaron subjetar dellos, así en el servicio personal, como en los tributos, que desde luego les impusieron. Viendo el capitan Castillo esta comodidad tan apasible buscó luego el sitio mas oportuno para fundar la ciudad segun le era mandado, y habiéndolo considerado atentamente la edificó en la provincia de Cuyo en un valle llamado Guentota; por ser lugar fértil y bastecido no ménos sano en sus aires, que apasible en su contorno. Y habiendo comenzado la fábrica de esta ciudad le puso por nombre la ciudad de Mendoza por respeto de don García de Mendoza, que habia reservado este título para echar el sello a las fundaciones de las ciudades, que edificó en Chile, queriendo primero cumplir con los dictados de sus padres y abuelos, que con su propio renombre por el cual era conocido. Habiendo salido con esta obra el capitan Pedro del Castillo nombró luego los vecinos de la ciudad señalando a cada uno la parcialidad de indios que habian de tributarle: lo cual se ejecutó sin contradiccion de parte dellos. Antes están tan sujetos a los españoles, que siendo enviados dellos suelen ir a servir a otras ciudades, como son Santiago, y la Serena, que cualquiera dellas está distante de sus tierras mas de sesenta leguas, en cuyo camino está interpuesta la grande cordillera nevada. Está esta ciudad de Mendoza en la mesma altura que la de Santiago, que son treinta y tres grados: cójese en su distrito mucho trigo y cebada y gran abundancia de frutas de Castilla trasplantadas en esta tierra. Hai tambien mucha abundancia de

viñas, ganados de todas especies, y peces de rios y lagunas. Y lo que en esta tierra es de mas fama entre las cosas de comidas, son las granadas, las cuales son mui grandes y sin pepita, lo cual fuere gran falta con otras que no son granadas, ni aun merecen tal nombre por estar sin pepita; ántes les estuviera mui bien tenerla.

En tanto que el capitan Castillo andaba ocupado en esta obra puso don García en ejecucion su viaje, repartiendo entre pobres las pocas alhajas, que le quedaban habiendo dado la mayor parte dellas en la ciudad de la Concepcion (como poco ha dijimos) teniendo por uno de los mayores blasones de sus hazañas el haber entrado con mucho carruaje y salir tan desnudo, que por mas estremo se embarcó con solo un vestido de bocacé, que suele servir de aforros y no de materia principal del ropaje; queriendo por ventura manifestar en esto que no llevaba cosa metida entre el aforro y lo exterior de la ropa, teniéndose por mui rico en llevar los corazones de todos, y la buena fama de un gobernador mozo y viejo, pobre y rico, novel y esperimentado, grave y afable, que habia estado dos años en el reino, y dejaba hechas obras, que parecian haberse hechó en ciento.

Resúmen de las obras memorables que el gobernador don García Hurtado de Mendoza hizo en Chile con algunas de las calidades de su persona, y oríjen de su prosapia.

Don García Hurtado de Mendoza, fué hijo de don Andres Hurtado de Mendoza marques de Cañete, y de doña Maria Manrique , y Nieto de Diego Hurtado de Mendoza marques del mismo estado y de doña Isabel de Bobadilla; segundo nieto de don Honorato, y doña Francisca de Silva; tercero nieto de Juan Hurtado de Mendoza, señor de Cañete, y de doña Ines Manrique; cuarto nieto de Diego Hurtado de Mendoza señor de Cañete y de doña Teresa de Guzman; quinto nieto de Juan Hurtado de Mendoza alferez mayor y ayo del rei don Enrique tercero, y de doña María de Castilla hija del conde don Tello hermano del rei don Enrique; sexto nieto de Juan Hurtado de Mendoza señor de Mendibil; septimo nieto de Hurtado de Mendoza y de doña María de Mendoza señores de Mendoza y Mendibil; octavo nieto de Lope Diaz de Mendoza y doña María de Haso y Salcedo; nono nieto de Diego Lopez de Mendoza; décimo nieto de Lope Gonzalez de Mendoza; undécimo nieto de Gonzalo Lopez de Mendoza; duodécimo nieto de Lope Iñiguez señor del Odio; treceno nieto de Iñigo Lopez; catorce nieto de Lope Iñigo; quince nieto de Iñigo Lopez; diez y seis nieto de Lope Sanchez mayordomo mayor del rei don Sancho el mayor; diez y siete nieto de García Sanchez señor del Odio; diez y ocho nieto de don Sancho señor de Viscaya; diez y nueve nieto de Lope señor de Viscaya; vijésimo nieto de Iñigo señor de Viscaya; vijésimo primo nieto de Iñigo Lopez señor de Viscaya, vijésimo segundo nieto de Zuria señor de Viscaya de donde consta ser el linaje de don García por parte de su padre de los de mayor antigüedad que hai en España: pues apenas

hai algunos de quien se sepa veintitres jeneraciones por los propios nombres de las personas, como se sabe de éste. Y vista la jenealojía por parte de su madre es poco menor la diuturnidad del tiempo, porque se viene derivando esta sucesion por nombres conocidos. Porque su madre fué doña Maria Manrique hija de don García Hernandez Manrique conde de Osorno, y de doña Maria de Luna y sus visabuelos por parte de madre fueron don Pedro Manrique conde de Osorno y comendador mayor de Castilla, y de doña Teresa de Toledo, y es tercero nieto de don Gabriel Manrique conde do Osorno y comendador mayor de Castilla y de doña Aldarza de Vivero; cuarto nieto de don Garcia Hernandez Manrique y de doña Isabel de Haro; quinto nieto de don García Hernandez Manrique adelantado mayor de Castilla y de doña Teresa de Toledo; sesto nieto de don García Hernandez Manrique señor de Avia y de doña Urraca de Leiva; septimo nieto de don García Hernandez Manrique; octavo nieto de don Pedro Manrique y de doña Teresa de Sotomayor; nono nieto de don García Hernandez Manrique; décimo nieto de don Hernando Perez Manrique y de doña Teresa García de Braga; undécimo nieto de don Pedro Manrique el viejo; duodécimo nieto de Almeríc de Narbona descendiente de los antiguos condes de Barcelona y de los condes de Tolosa.

Era don García de buena estatura, aunque no mui alto, algo metido en carnes cuando yo le conocí, que fué en el reino del Perú en tiempo que le gobernaba y era de mas de cuarenta y nueve años; tenia el rostro grande y lleno, blanco y de lindas facciones. Y mirado todo él así pieza por pieza como todo junto era hombre de tan ilustre persona y tanta gravedad en su semblante, que cualquiera hombre que le topara aunque no le conociera le guardaba el respeto que se le debia. Porque juntaba admirablemente estraordinaria gravedad con alegría y buen semblante, segun era menester para su oficio y estado, que era de gobernador, el cual incluye en sí la autoridad de la justicia, y la afabilidad de protector y refujio de los suyos. Era hombre loable a maravilla en sus costumbres, porque jamás le vieron jugar viejo ni mozo: ni en esta coyuntura en que tuvo tanta mano en Chile, usó de ella para descomponerse en cosa ménos honesta ni injuriosa a las cosas de los moradores; ántes se vió en él una perpetua circunspeccion con que edificaba a todos universalmente. Era mui amigo de no negar a nadie la puerta para negociar con él, porque no le pusiesen la calumnia con que acusaba a Absalon a su buen padre David, notándole de hombre retirado que no daba patente puerta y audiencia a los suyos y procuraba consolarlos a todos trazando las cosas de manera que los contentase a todos dando a unos, y entreteniendo a otros con suavidad de palabras hasta ofrecerse cosa con que contentarlos. Gustaba mucho de acudir a las cosas pías, como a sermones, fiestas de templos particulares, procesiones jenerales, edificios de iglesias, hospitales y semejantes obras, a las cuales puso siempre el hombro así en este reino de Chile como en el Perú, siendo virei en él por espacio de mas de seis años. Y era para

él dia de grandes júbilos aquel en que se consagraba a Dios algun templo de las ciudades que edificaba, o cualesquiera otros que fabricaba en otros pueblos, donde con grande exaltacion levantaba las manos diciendo las palabras del rei Salomon: poned, Señor, los ojos en este tabernáculo, para oir en él con piadoso oido los unísonos cantos, devota oracion y humildes ruegos de vuestros siervos, de suerte que estén vuestros ojos abiertos y vuestros oidos atentos a esta, de la cual dijistes: estará mi nombre en ella. Y a este tono iba prosiguiendo su oracion por las mesmas palabras y otras semejantes a las que en el sagrado testo se refieren. Y procuraba que se hiciese la dedicacion con gran solemnidad y músicas de voces e instrumentos como se usaban en los tiempos del rei Ezequias, cuando se postraban todos con gran veneracion miéntras duraba el sacrificio, humillándose el mesmo rei señaladamente, dando ejemplo a los demas con palabras y obras, persuadiéndoles a que alabasen a Dios con las palabras de David y Asaf profeta, en los cuales dias eran estraordinarios los júbilos de este rei, y todo su pueblo viéndose empleados en cosas de Dios y su divino culto. Y procuraba autorizar mucho con su persona los sermones en estos y otros semejantes dias, imitando a los príncipes del tiempo de Esdras que se esmeraban mucho en este punto. Mas lo que sobre todo resplandecia en este príncipe era la caridad y clemencia, no solo en limosnas y benignidad con que se inclinaba siempre a lo ménos riguroso, sino mui en particular en lo que toca a no exasperarse ni desabrirse con alguno, de suerte que jamás se vió en él espíritu de venganza, ni hacia caso de las injurias aunque viniesen a sus oidos las palabras descompuestas de algunas personas, que nunca faltan en el mundo por mas justificado que sea el que gobierna. Y yo supe de boca de una persona mui grave, que trataba con él en particular las cosas de su conciencia, que en toda su vida se fué a dormir noche alguna con rencor o desabrimiento con su prójimo: lo cual mostraba bien su trato y modo de proceder en todas las ocasiones ocurrentes. De manera que ni se alteraba con repentina cólera como otros suelen, ni tampoco guardaba las obras o palabras que eran en su ofensa, mas echándolas por las espaldas no hacia mas caso de ellas que si tocaran al gran turco. Y esto no solo era para con jente vulgar sino tambien en muchos lances que se ofrecian entre personas graves, donde tuvo grandes ocasiones para mostrar los dientes y romper con todo mui lícitamente segun convenia a su oficio: y con todo eso era tanta su reportacion y su sufrimiento, que pasaba por todo disimulando y aun perdiendo algo de su derecho por no venir en rompimiento. Por que tenia por cosa de grande importancia el sufrir algo a los principios, aun en negocios que podia no sufrirlo en razon de no oponerse en quintas obligándose a salir con la suya con notable baja y detrimento de otro y escándalo de todo el pueblo. Y aun en las cosas que rastreaba ántes que sucediese, que se habia de ofrecer ocasion en que hubiese algo desto, prevenia él ganando por la mano en convidar de su voluntad a lo que aguardando a punto crudo habia de ser condescendencia. De lo cual soi yo testigo

que hice en esto particular refleccion muchas veces advirtiendo la grande reportacion y prudencia de don García. Y si hubo algo en que murmurasen de él comunmente, era esto de sufrir demasiado, y el no estrellarse y atropellar personas graves en cosas concernientes en su oficio.

Mas viniendo a tratar de su entendimiento y juicio me parece que atasco en este caso, por no saberlo describir segun él era, y el concepto que yo tenia dél con mucho fundamento. Cosa cierta es que en un injenio, por claro que sea, hai diversas habilidades y talentos, de suerte que unos son agudos y sutiles por cosas delicadas y metafísicas, otros llenos de elocuencia de la cual procede la que se espresa por la lengua; otros dotados de grande inventiva y discurso con multiplicidad de conceptos sabrosos y galanos; otros fáciles para dichos salados y graciosos; otros para cosas artificiosas que proceden a las obras esteriores; y otros finalmente, de grande peso y profundidad para penetrar las cosas prudenciales y dar buen órden y traza en todas ellas sin faltar punto en la prevencion y resguardo conveniente, y habiendo de esplicar en cual de estas habilidades y excelencias tenia don García conocido caudal, me hallo tan llenas las manos de todo esto, que casi estoi perplejo viendo en todo ello tenia eminencia. Porque de lo que es dichos agudos a propósito de cualquier materia, no hai persona de las que le conocieron a quien no le conste cuan corto quedo para haberlo de referir, no teniendo suficiencia para otros semejantes a los suyos. Y en lo que es elocuencia y maravillosa labia era un Demóstenes, hablando siempre con tanta retórica y natural artificio, que era superior a todos los que le vian aunque fuesen mui letrados, como si fueran niños delante de su maestro. No era ménos lo que cabia en él acerca del dar juicio en las cosas ocurrentes: y como se hallaba ordinariamente en los acuerdos de los oidores, como presidente dellos, estaba a la mira cuando conferian algunos pleitos; y al tiempo de querer resolverse en sus votos para sentenciarlos les decia: yo apostaré que sale sentenciado esto y esto acerca destos artículos propuestos: y de diez pleitos en que decia esto acertaba los nueve: segun a mí me dijeron algunos de los mesmos oidores, y o decian comunmente cuando en conversacion venian en plática de don García. Pero sobre todo esto fué eminente en la capacidad y compreension de cosas de gobierno, tomando en breves dias el pulso a las coas y penetrándolas con gran prudencia y señorio. Y juntamente con sto sabia dar tales medios y espedicion a los negocios, que en nada se fuscaba y confundia; ántes con gran facilidad daba a todo tan buen espacho, que dejaba admirados a todos los que les parecia que eran enedos y marañas bastantes para atajar al hombre mas prudente del undo. Y así se vió esto en los buenos sucesos que siempre tuvo en las ete batallas que están referidas en este libro; por las cuales mereció er contado entre aquellos famosísimos vencedores que escribimos en el apítulo undécimo, y entre los insignes triunfadores que allí contamos, entre otros muchos de no menor fama, como Quinto Fávio Máximo,

que triunfó de los ligurios; Marco Fulvio, de los Ambracienses; Lucio Lucrecio Tricipitino, de los bolseos; Mario, de los Teutones; Quinto Metello, de los Numydas; Lucio Mumio, de los Aqueos; Marco Horacio, cónsul de los Sabinos; Pompeyo el Magno de Yarva; Mitridates y Antigono rei de los judios; Scipion Africano de Anibal; Lucio Valerio de los Sabinos; Marco Atilio Glabrio de Antioco y de los etóleos; Aurelio emperador de Zenobia reina de los palmerinos; Septimo Severo emperador de los de Arabia; Dagoberto rei de Francia, de los de Sajonia; Papirio Nason de los corzos; Baccho de los indios; Gordiano, de los persas; Antonio Commodo de los jermanos. Y si Julio César, que fué el mas famoso de los triunfadores alcanzó cinco triunfos, que fueron de los franceses, de los alejandrinos, de los del Ponto, de los africanos, y finalmente de los españoles; en qué lugar será razon poner a don García que alcanzó siete con tan ilustres victorias como parece por el discurso de este libro? No dudo de que si estuvieramos en tiempo de los romanos o griegos, donde se remuneraban con mas aplauso las heróicas obras de semejantes capitanes, se le pusiera a don García alguna de las coronas que apuntamos en el capítulo XI, y aun todas juntas, pues todas eran correspondientes a sus hazañas. Y tambien estoi cierto de que se le hubieran levantado las estátuas acostumbradas en aquellos siglos a las personas tan dignas de ellas: como se le puso a Cononio ateniense por haber usado loablemente el oficio de capitan. Y a Tito Corozano como refiere Plinio; y a Marco Atilio Glabrio por haber vencido al rei de Asia; y a Horacio, capitan, por haber detenido él solo a un escuadron de los etruscos al paso de una puente; y a Claudio Marco Marcelo por baber rendido a los franceses Siracusanos y a Anibal finalmente. Y si los atenienses levantaron estátua a Focion su príncipe por haber hecho muchas buenas obras a la república, ¿qué dirémos del que hizo tantas cuantas refiere su historia, y muchas mas que ejercitó en otros cargos de mayor estofa? Pero ya que las estátuas faltan, podriamos decir lo que dijo Demetrio Falerio, a quien por haber gobernado a los atenienses diez años mui loablemente, le pusieron trescientas y sesenta estátuas, las cuales fueron despues echadas por tierra, no pudiendo sufrirlas el ansia de los envidiosos, sin que Demetrio se fatigase, porque dijo acerca de este caso: si derriban las estátuas, no podrian derribar las virtudes, por cuya causa fueron levantadas.

Y porque hemos tocado materia de beneficios hechos a la república, no me quiero olvidar de los que don García hizo entre otros muchos fundando ciudades no solamente en Chile, mas tambien en Tucuman, cuyo gobierno estaba en aquel tiempo anexo al chilense. Para lo cual envió al capitan Juan Perez de Zorita a las provincias de Juries y Diaguitas a fundar tres ciudades, que son Santiago del Estero, la ciudad de Mérida, i la de San Miguel. Estas son fuera de las siete que pobló en Chile; de las cuales o las mas dellas se ha tratado en este discurso dejando para este resúmen la fundacion de la ciudad Rica, y la de los Infantes, a quien puso este título por los Infantes de Lara, de quien

él mesmo descendia. Y porque he tocado en esta ciudad diré un punto tocante a ella por donde se verá claramente el amor, y estima en que en este reino era tenido don García. Y fué que intentando algunos llamar esta ciudad con nombre de los Confines por haber sido fundada antiguamente por Valdivia con este título, se opusieron todos los principales del pueblo a defenderlo respecto de haber sido la fundacion de aquella ciudad en un sitio algo apartado de este donde está al presente la de los Infantes edificada en el valle de Angol; habiéndose arrasado por tierra la de los Confines por mano de los enemigos. Y con haber veinte años que don García estaba en España y actualmente en la guerra de Portugal sin pensamiento de volver a estos reinos como en efecto no volvió en aquellos dos años, se juntó el poder de la ciudad a determinar lo que está escrito en un papel cuyo tenor es el que se sigue:

·La ciudad de los Infantes de las provincias de Chile, mártes dia de Santa Lucia, trece de diciembre de 1580 años, el ilustre cabildo justicia y rejimiento de la dicha ciudad se juntaron en su ayuntamiento segun costumbre, conviene a saber el ilustre señor capitan Miguel de Silva correjidor y justicia mayor y el capitan don Cristóval de la Cueva y Bernardino de Arroyo alcaldes ordinarios y capitan Juan Moran de la Cerda y Juan Lopez del Barrio, y Diego de Loaisa rejidores, porque los demas que lo son están ausentes desta ciudad y Juan Baptista Maturano procurador y mayordomo de la dicha ciudad por ante mí Martin de Argarain escribano del dicho cabildo y público, y del número de esta dicha ciudad por su majestad habiendo tratado cosas tocantes al servicio de Dios Nuestro Señor y al de su majestad y bien y pro y acrecentamiento de la dicha ciudad unánimes y conformes de un parecer y voto ordenaron lo que se sigue:

Lo primero Nos los dichos consejo, justicia y rejimiento de la dicha ciudad de los Infantes decimos que el gobernador don Pedro de Valdivia primer descubridor pacificador y poblador de esta gobernacion, entre otras poblaciones que hizo pobló este pueblo y le puso el nombre de los Confines porque señaló el sitio de él en los confines de los términos de las ciudades de la Concepcion e Imperial sin le señalar ni dar términos mas de que ordeno que tuviesen por pastos comunes las tierras y baldios de las dichas dos ciudades segun que todo consta y parece mas largamente por los recaudos dellas, a que nos referimos, y que así es, que despues se alzaron y rebelaron contra el real servicio la mayor parte de los naturales de este reino, y en una batalla que con ellos hubo el dicho gobernador Valdivia le mataron, y a todos cuantos con él se hallaron sin que ninguno escapase, por lo cual fué en tan gran crecimiento la dicha rebelion que a fuerza de armas y guerra vencieron batallas campales, y hicieron despoblar las casas fuertes de Arauco, Tucapel y Puren, y la dicha ciudad de la Concepcion, y este pueblo que así se lamaba entónces, y unos se recojeron a Santiago, y otros a la Imperial, y mataron muchos españoles, y robando sus haciendas, y asolado, quemado y destruido, y despoblado las dichas tres fortalezas, y dos ciuda-

des mediterráneas, tan necesarias e importantes, y se cerraron los caminos de arte que las ciudades de arriba no se podian comunicar, ni socorrer con las de abajo, ni sabian los unos de los otros y no contentos con tanto mal, muertes y daño como hicieron, alborotaron la dicha ciudad de Santiago cabeza de esta gobernacion, y hicieron alzar mucha parte de los naturales de sus términos y en ellos fué desbaratado y muerto el capitan Lautaro, que iba sobre la dicha ciudad, y a los vecinos y moradores della pedia tributo y doncellas, capas de grana, caballos, y alcones, y otras cosas. Y otra vez estándose haciendo gran junta de jente en Arauco y Tucapel para vengar la muerte del dicho capitan Lautaro y su jente e ir sobre la dicha ciudad de Santiago, do habia harto temor y rumor de armas por sospecharse, que habia alianza y conformidad, entre los que así habian de ir y los naturales de los términos de la dicha ciudad, y por ello estar puesto todo el reino en notable peligro y necesidad. Y a esta coyuntura vino por gobernador capitan jeneral y justicia mayor dél don García Hurtado de Mendoza hijo segundo del marques de Cañete con trescientos soldados entre ellos muchos nobles y principales bien armados y encabalgados con cantidad de artillería y municiones, aderezos, y pertrechos de guerra y sin parar en tierra de paz, ni llegar a la dicha ciudad de Santiago ni su puerto en lo mas recio del invierno pasó de largo a la isla de la Concepcion do invernó y proveyó que la jente de a caballo llegase por el mes de agosto, que es como el de febrero en Castilla, y en este mes saltó en tierra firme y cerca de la dicha ciudad de la Concepcion hizo un fuerte, que llaman el de don García y una mañana amanecieron sobre él gran número de indios rebeldes y le cerraron por todas partes, y le combatieron, y los venció, y desbarató y castigó, y donde pocos dias le llegó la jente de a caballo por tierra y formó ejército de cuatrocientos y cincuenta hombres, y con ellos personalmente fué a conquistar i castigar los indios rebelados y andando en ello demas de la dicha batalla le dieron otras seis, que son la de Andalican, Millarapue, quebrada de Puren, Ongolmo, fuerte de Tucapel, y la otra última la de Quiapo en todo lo que llaman el estado y la jente mas belicosa y rebelde del reino sin otros muchos reencuentros trasnochadas, y corredurías, que hizo en la prosecucion de la dicha guerra sin perdonar a peligro trabajo ni costa. Y hecho esto fundó y pobló en el dicho Tucapel la ciudad de Cañete de la Frontera, y así mismo pobló la dicha ciudad de la Concepcion en el sitio que solia, y luego subió a visitar las ciudades de arriba y pasó el lago, que llaman de Valdivia, y descubrió un gran archipiélago de islas que llaman de Ancud, do despues pobló en una dellas el señor gobernador Martin Ruiz de Gamboa la ciudad de Castro, y hecho el dicho descubrimiento volvió el dicho don García y en Chauracaví fundó, y pobló la ciudad de Osorno mui principal, e invernó en la de la Imperial, y a la primavera volvió, a la dicha ciudad de Cañete, y pasó a la provincia y valle de Arauco, y en el camino le dieron los rebeldes la dicha batalla de Quiapo, en la cual los venció desbarató y castigó y pasó al dicho valle de

Arauco, do pobló e hizo de nuevo la casa fuerte de aquel valle, y estando en ella acabaron de tomar asiento y dar la paz todos los guerreros; y de la dicha casa de Arauco envió a poblar esta dicha ciudad y la pobló de vecinos mui principales en linaje y calidades asi de antiguos como de los con que la acrecentó, y porque fuese ciudad y tuviese nombre correspondiente a tan principales vecinos la nombró ciudad de los Infantes. Y demas de las batallas que venció, y pacificacion, descubrimiento y poblaciones dichas envió dos navíos con capitanes y jente al descubrimiento y navegacion del Estrecho de Magallanes y lo descubrieron, y tomó la posesion y razon de su navegacion. Y demas desto el dicho don García siempre de ordinario personalmente residió en la dicha casa fuerte de Arauco los veranos, y el invierno en la dicha ciudad de la Concepcion sin ir a la de Santiago, ni a otras partes de recreacion aunque su edad se lo podia pedir, porque en aquel tiempo seria como de veinte y dos años: y con su gran prudencia y valor sustentaba a los soldados con mucho contento partiendo con ellos su hacienda, y teniendo gran cuenta y buena órden con los heridos y enfermos, y mediante sus grandes y señalados servicios y mucha cristiandad con vida y ejemplo puso todo este reino así de españoles como naturales en tanta paz, y quietud como lo suele estar Castilla la Vieja. Y se andaba y caminaba de unas ciudades a otras con toda seguridad por que de cuatro a cuatro leguas habia tambos, y en los rios balsas y conoas, y en su tiempo se descubrieron grandes riquezas de Chuapa y las minas de la Madre de Dios en Valdivia, de do se ha sacado y saca oro innumerable. Y demas de haber reducido, poblado, y pacificado este reino envió al de los Juries que lo trajo a su cargo al capitan Juan Perez de Zorita por su teniente jeneral, el cual halló aquel reino tan perdido, y despoblado como éste el dicho don García; y lo pobló y pacificó y se caminaba de este a él como de una ciudad a otra, y demas de todo lo susodicho el dicho don García servia a Dios y a su majestad en la administracion y ejercicio de la real justicia y buen tratamiento, doctrina, y conservacion de los naturales, y al cabo de tanto trabajo peligro y gasto dejando esta gobernacion en paz y sociego y tranquilidad y grandísima riqueza salió della: porque así lo quiso su majestad, y fué mui pobre y gastado: porque sustentó ochenta criados, cien caballos y casa tan grande como cuando un señor en España se quiere señalar en algun viaje, que su majestad le manda hacer. Y para que se entienda su gran valor y merecimiento se ponga esto en el libro de cabildo y se envíe a su majestad, y su real consejo de Indias un traslado con aviso del peligro y extrema necesidad gran pobreza, y inquietud con que se vive porque despues que así se fué el dicho don García, en tiempo de los demas gobernadores, que ha habido se han alzado muchos naturales, y se despobló la dicha ciudad de Cañete, y casa fuerte de Arauco: y esta y la de la Concepcion están en notable peligro. Y con haber la mitad de los indios ménos de los que dejó el dicho don García; porque se han muerto y menoscabado, y haber tres tanto de españoles en el

reino de los que habia en tiempo del dicho don García, y muchos caballos, y mas mantenimientos, y con haber todo esto y los gobernadores viejos y de perfecta edad, no tan solamente no pudieron sustentar la paz, y quietud que el dicho don García dejó, mas ántes se han alzado, y rebelado y han muerto muchos españoles, y han puesto todo el reino en armas, y se gasta la hacienda real, y la de los particulares. Por tanto pedimos y suplicamos a su majestad que al dicho don García como a tan merecedor, pues dos reinos perdidos conquistó y redujo a su real servicio, le haga merced conforme a tan grandes servicios: y mandamos que esta dicha ciudad se llame de los Infantes como él la nombró y pobló: y no de otro nombre, y que así se pregone, y se le envíe un traslado de este auto en respuesta de la carta que nos escribió: y poder jeneral para todo lo que puede esta república con facultad de sostituirlo, como a quien tanto bien hizo, y desea a esta dicha ciudad: y lo firmaron Miguel de Silva, don Cristóbal de la Cueva, Bernardino de Arroyo, Juan Moran, Juan Lopez del Varrio, Diego de Loaisa, Juan Baptista Marturana. Pasó ante mi Argarain. E yo el dicho Martin de Argarain escribano público y de cabildo de esta dicha ciudad de los Infantes y del rei nuestro señor, hice sacar el traslado de los autos de suso en estas dos hojas incorporadas del libro de cabildo, que está en mi poder, segun en que él están en la dicha ciudad de los Infantes, en 17 de setiembre de 1589 años estando presentes por testigos el rejidor Hernando Ortiz de Argarain, y Juan Lopez del Varrio vecino de la dicha ciudad en fé de lo cual hago aquí mi acostumbrado signo que es a tal, en testimonio de verdad, Martin de Argarain escribano público y cabildo.

Hasta aquí llega el auto proveido en la ciudad de los Infantes: el cual está autorizado al tiempo que le tengo en mis manos para trasladarlo, como aquí lo he trasladado por el mesmo tenor de verbo ad verbum. De lo cual consta primeramente cuanta verdad haya sido lo que acerca de esta historia dejó escrito don Pedro de Lovera, y otras personas fidedignas de cuyos papeles informacion y pláticas me he aprovechado para lo que aquí se escribe. Y tambien se ve con la mesma claridad cuan bastantes causas dió este gobernador de ser amado, pues a cabo de 20 años de ausencia, que suele causar olvido estaba tan fresca su memoria, mayormente no habiendo presumpcion, ni indicio de que hubiese de venir a estos reinos, como en efecto no vino en aquellos dos años, y finalmente consta ser verdad lo que en esta se contiene; por que si don García tenia émulos, no se habian de poner personas tan grandes a escribir en libros de sus cabildos, y pregonar por las plazas cosas de que podian ser argüidos de mentirosas: y si no tenia émulos, por tanto consta mas cuan querido era de todos, y por consiguiente cuan suficientes motivos tenian para ello.

Esto se ha escrito con ocasion de las fundaciones de ciudades que hizo este caballero en lo cual no le echaron el pié adelante Cesar Augusto fundador de Nicopolin en memoria de la victoria alcanzada de

Antonio y Cleopatra, ni Dario, que fundó a Susa ciudad de Persia; Alejandro, a Heraclea; Antioco a Laodicea; Boromeo a la de Argos Nino a Nínive; Sichen a Sidon; Ocuo a Mantu Ajeno; a Tiro Amiclas a la ciudad de Miclas; Neleo a Pilon; Rómulo a Asilo; Perano a Masilia; y finalmente Munacio Planco a Lugduno. Porque si todos estos fueron famosos en haber fundado una ciudad cada uno dellos; mucho mas debe serlo el que fundó a tantas; que ya que no son tan grandes tampoco lo fueron esotras en sus principios.

Y por concluir con todo esto solo diré la cosa mas notoria que hubo en don García por no haber persona que la ignore: pues el haber sido felice en todo cuanto puso mano así en este gobierno como en el que tuvo del Perú: donde jamas perdió victoria, ni tuvo suceso, que no fuese cual él podia desear: como se vió en la batalla naval que tuvo con el pirata ingles Richarte de Aquines en la cual le rindió tomándole sus bajeles y prendiendo su persona por mano de don Beltran de la Cueva su cuñado, hijo del conde de Lemos, a quien cometió este asumpto. Y en la pacificacion del reino del Perú que se iba alborotando por las alcabalas que su majestad el rei católico don Felipe puso en él: que fué negocio en que fué menester la sagacidad y prudencia de don García para que no se perdiera todo el reino estando ya algunas ciudades inquietas, y en particular la de Quito, que se hubo de allanar por fuerza de armas. Y en todas las demas cosas, que le sucedieron así en estos reinos como en España, Italia, Inglaterra, Flandes y otros lugares por donde anduvo sirviendo a su majestad siempre con felices sucesos. Por lo cual se puede comparar con aquellos varones a quien el mundo llama bienafortunados en lances de fortuna, de cuyo número fueron Diagoras, Ródano, que vió en un mesmo dia dos hijos suyos coronados de victoria, y Edipo rei de Grecia, cuyo escudo era llevado por toda la ciudad cada año con grande honor y aplauso. Y Mario que despues de siete consulados murió en su casa con gran tranquilidad despues de mui anciano. Y Quinto Metello, que fué el mas diestro entre los guerreros, mas prudente en los gobernadores y mas dichoso entre los felices. Pero porque mi asumpto no es escrebir la vida de don García, sino solamente en cuanto pertenece a esta historia, no he querido poner aquí mas que este breve resúmen dejando las demas cosas ilustres suyas; aunque estoi cierto que tenia tan aventajada materia para ello como cualesquiera otros historiadores insignes, que han escrito hechos de monarcas: aunque entren en ellos Cornelio Tacito, Mario Máximo, tuc Cardo, Tranquito, Suetonio Optaciano, Gargilio, Marcial, Fabio Marcelo, Julio Capitolino, Elío Lampredio, Flavio Vousco, Eutropio Orocio, Erodiano y Apiano. Pues ni en lo que es lustre y grandeza de hazañas, ni en lo que es puntualidad en tratar verdad en lo que escribo tengo ocasion de confesarme por atrasado aunque lo estoi harto en los requisitos convenientes para no quitar los quilates, que las cosas tienen de suyo. Y si en algo hai diferencia de aquellas historias a la mia es en tener tantos testigos de lo que escribo cuantos

fueren los lectores, que en este tiempo vieren esta historia, sin que alguno me pueda argüir de otra cosa sino de mui corto en materia amplísima: donde el no ser el libro cual debe ha quedado por el autor y no por la materia.

PARTE 2.ª
DE ESTE SEGUNDO LIBRO
EN LA CUAL SE CONTIENE EL ESTADO DE LAS COSAS DE CHILE
En el tiempo que le gobernó el mariscal Francisco de Villagran.

CAPITULO XIV.

De la entrada del gobernador Francisco de Villagran en Chile y de la pérdida de algunas ciudades: las cuales restauró el capitan Francisco de Aguirre.

Habiendo el valeroso don García Hurtado de Mendoza gobernado estos reinos con las ventajas, que se ha dicho en la primera parte de este libro; habiendo de salir dél para España por respecto de la partida del marques de Cañete su padre habia de hacer del Perú al cual habia gobernado, quiso su majestad del rei católico don Felipe II de este nombre proveer para Chile nuevo gobierno a instancia del dicho marques que deseaba irse a descansar a su estado dejando hechas en el Perú memorables obras así pias como grandiosas, mal acabadas de loar por comenzadas heróicamente, mas comenzadas a llorar por no acabadas, hasta que el mesmo don García Hurtado de Mendoza hijo suyo, vino a conseguirlas con el mesmo tenor como lo......Habiendo pues de elejirse nuevo gobernador para Chile encomendó su majestad este cargo al mariscal Francisco de Villagran persona en quien el dicho visorei puso los ojos por haber sido de los primeros conquistadores del reino con oficios calificados como de teniente de gobernador, y jeneral del ejército. Este caballero recibió las provisiones de su majestad estando en la ciudad de los reyes: de la cual salió con la expedicion, avío y jente que para ello le dió el marques virei del Perú como persona cuya jurisdiccion de oficio se extendia hasta los reinos de Chile.

Mas como en aquella sazon era anexo al gobierno de Chile todo el distrito de Tucuman, Juries y Diaguitas, parecióle al mariscal cosa espediente enviar persona que atendiese al gobierno de aquellas provincias como teniente suyo: nombrando para esto a Gregorio de Castañeda hombre no ménos prudente en las cosas de gobierno, que valeroso y cursado en las de guerra por haber sido uno de los mas antiguos conquistadores. Partióse este capitan por tierra, y el mariscal por mar

dentro de pocos dias. Y por ser en aquel tiempo difícil y prolija la navegacion del Perú a Chile a tiempo en que habia llegado mucho ántes su teniente a Tucuman donde ya andaba la cosa revuelta por hacérsele mui de mal a los moradores el quedarse sin Juan Perez de Zorita que al presente asistia en aquellas provincias por teniente puesto por el gobernador don García Hurtado de Mendoza. Luego que llegó Villagran a Coquimbo, y tuvo noticia de la refriega que en Tucuman andaba, despachó luego a un vecino de aquella ciudad de la Serena, llamado Pedro de Cisternas natural de Valencia para que hiciese espaldas al teniente. Y aunque llegó en breves dias a la ciudad llamada Villagran recien poblada por el capitan Castañeda, y se dió buena maña a apasiguar la sisma poniendo al capitan Juan Perez de Zorita a punto de partirse para Chile estando todo el cabildo de la ciudad preso por evitar ruidos: con todo eso estaba tan bien quisto que aun hasta los indios se alborotaron matando cuatro españoles en la ciudad de Calchaquí, sin ser bastante para castigarlos el nuevo teniente: que aunque fué a ello en persona con alguna jente, se hubo de retirar a toda priesa dando sobre él los naturales.

En este tiempo habia en aquella provincia cuatro ciudades que eran Nieva, Mérida, Villagran, y San Miguel a las cuales mandó a nuevos sitios el teniente Gregorio de Castañeda por tomar achaque de mudar tambien los nombres de algunas dellas de suerte que entrase allá el de Nieva y Villagran, pues se llamaba ántes Lóndres la ciudad a quien despues se puso este nombre del mariscal, y gobernador de nuevo electo. Y por ser esta mudanza contra la voluntad de los vecinos, y llover sobre mojado vino el negocio a tanto rompimiento que fué necesario apoderarse el capitan Pedro de Cisternas de una fortaleza en la ciudad de Villagran con veinte hombres de presidio. Yendo el capitan Castañeda a la ciudad de San Miguel a poner resguardo a los inconvenientes que se iban tramando. Pero las cosas iban ya tan de mal en peor que por mas prevenido, y sagaz que anduvo Pedro de Cisternas en descubrir el motin que entre los indios se rujia, y en dar aviso dél a todos los lugares comarcanos con todo eso hubo de faltar en la ciudad de Mérida la fuerza necesaria para resistir a los indios: los cuales dando en ellos la asolaron con tal vigor y coraje que no solamente mataron a los hombres, mas tambien a las mujeres y niños llevándolo todo tan a fuego, y sangre que no quedó hombre a vida excepto el justicia mayor llamado Alonso Diaz Caballero.

Quedaron de esto tan atemorizados los moradores de las ciudades que viendo por una parte el atrevimiento y brios de los indios, y por otra reconociendo su poco caudal de fuerzas, y pertrechos fueron desamparando las ciudades con tanta dilijencia que dentro de un mes estaban todas cuatro despobladas. Ya en este tiempo gobernaba el Perú el conde de Nieva llamado.

A cuya noticia vino la desgracia destas provincias el cual deseando ponerles eficaz remedio envió por gobernador, y capitan jeneral de aquel

distrito al capitan Francisco de Aguirre con buen número de soldados españoles cuya jornada fué de grande efecto para allanar la tierra, castigar los amotinados, y reparar las ciudades. En este interin iba el mariscal Villagran tomando la posesion del gobierno en todas las ciudades de Chile donde llevó consigo a su mujer doña Cándida de Montesa; y el primer dia que puso el pié en este reino en la ciudad de la Serena fué el postrero del mes de mayo de 1560 años. No faltaron algunos que tomaron mal su venida, asi porque habia estado muchos años en Chile con cargos de importancia entre los cuales apenas hai hombres que deje de tener aficionados, y enemigos, como por estar hechos a la suavidad de don García Hurtado de Mendoza que tan amado era de todos universalmente en cualquier parte y no podian dejar de sentir mucho el ver que el dia que él salió del reino comenzaban las cosas a alborotarse y tener sucesos desastrados. Y conjeturando el mesmo los disgustos que habian de resultar de la entrada del nuevo gobernador escribió una carta de favor, la cual dió en el puerto de la ciudad de los Reyes al mismo mariscal Villagran para los rejimientos de las ciudades de Chile, donde les encargaba mucho la conservacion de la paz, y buen órden que él dejaba puesto, pues su salida era no para que hubiese inquietud en el reino por su ausencia sino para hacer mucho mas por todos los que en él vivian cuando se viese con su majestad, en cuya presencia esperaba en Dios verse presto para suplicarle hiciese merced así al jeneral del reino como a los particulares dél.

CAPITULO XV.

Del asiento que el conde de Nieva, y los comisarios de su majestad intentaron poner en las cosas de Chile.

A este tiempo habian llegado a la ciudad de los Reyes del Perú el licenciado Biribiesca de Muñetones, Burgos de Carabajal, y Ortega de Melgoza enviados por el rei con ciertas comisiones para que asistiesen con el virei del Perú, que era el conde de Nieva en todos los negocios de importancia concernientes al buen progreso y utilidad destos reinos. Y como andaban entónces tan alborotadas las cosas de Chile, pusieron luego los ojos en el remedio dellas dando en todo el mejor corte que posible fuese. Para esto escribieron una carta con firmas de todos cuatro a todos los cabildos de las ciudades de Chile, en la cual les mandaban que confiriesen entre sí con toda dilijencia las cosas que pareciesen espedientes al bien del reino, y fin de tan calamitosas guerras; y que habiendo comun acuerdo sobre todo, lo enviasen escrito para que ellos, vista su informacion, resolviesen lo que pareciese ser mas acertado. Y como a este tiempo era teniente de gobernador el licenciado Joan de Herrera, juzgaron todos los rejimientos que ninguna relacion seria tan copiosa como la que él daria en viva voz siendo enviado personalmente a este efecto. Y asi viniendo todos en este parecer se partió este letrado a la ciudad de los Reyes, en la cual trató todas las cosas necesarias para

el bien del reino con el virei y comisarios, intimándole mucho las grandes miserias que todos padecian asi españoles como indios para que se procurase dar traza en poner algun reparo a tantos males.

En tanto que el teniente se ocupó en su aviamiento, y viaje, iba el gobernador Villagran visitando las provincias de su distrito, y deseando pasar aun a otras no conquistadas, se determinó de enviar a un vecino de la ciudad de Santiago llamado Joan Jofré a que con alguna jente fuese descubriendo y conquistando las tierras que hai de la ciudad de Mendoza en adelante. Partió este vecino con título de capitan jeneral y habiendo marchado con su ejército por medio de las provincias descubiertas, vino a dar finalmente a un valle llamado Tucuma que está algunas leguas adelante de la tierra de Cuyo donde está poblada la ciudad de Mendoza. Este le pareció sitio a propósito para fundacion de algun pueblo asi por la abundancia de mantenimientos de la comarca, como por las ricas minas de que tuvieron prenuncio. Y resuelto en este propósito fabricó allí a la ciudad de San Juan de la Frontera, poniendo la primera piedra en el mes de julio del año de mil y quinientos y sesenta y dos.

No dejaré de referir en este lugar un caso digno de admiracion y memoria, y fué que un indio de esta ciudad que tenia un algarrobal cinco leguas della, salió un dia con su mujer a beneficiar su hacendilla. Pero como la mujer fuese mui preñada, vino a parir en el camino quedando la criatura viva y ella muerta. No fué poco el sentimiento del pobre indio que via a sus ojos a su mujer muerta, y a su hijo padeciendo por no haber quien le amamantase en aquel campo. Y fué tanta su simplicidad por una parte, y por otro el paternal amor y natural afecto, que puso la criatura a sus pechos probando a darle el derecho lado a ver si mamaria. Pero como ni el olmo suele dar peras, ni uvas el espino, asi era por demas la dilijencia que hacia para que el pecho del viril sexo diese leche. Mas como el amor cuando es de veras no deja esperiencia que no intente, volvió la criatura al otro lado poniéndole a la boca el pezon izquierdo a ver si aquel por ser lado del corazon supliria la esterilidad del primero. Mas ya que naturalmente él por si solo no podia, supliólo aquel Señor que suele manifestar su clemencia en semejante coyuntura, el que al niño Ismael que en el desierto de Bersabé no tenia otra agua ultra de la destilada por los ojos de su madre Agar, le socorrió con un poco della, enviándole un ánjel que se la mostrase; el que en el desierto sacó las corrientes de las aguas, no de un pecho de carne blanda sino del duro pedernal para satisfacer a la sed de todo el pueblo, el que a su profeta Elias que iba perseguido huyendo de la inicua reina Isabel hasta quedarse dormido debajo de un junípero de mui cansado, le socorrió en la mayor necesidad por mano de un ánjel con el pan subsinericio, y un vaso de agua con que tuvo fuerzas para caminar cuarenta dias y cuarenta noches hasta el monte Oreb sin detrimento; el que al profeta Daniel que estaba por la confesion de su nombre echado en el lago de los

34

leones para ser comido, y comida dellos, le envió comida que él comiese, enviándole un ánjel que cojiese al profeta Abacue, que iba cargado con la olla para sus segadores, y le llevase por un cabello de la cabeza hasta Babilonia poniéndole en el lago donde comiese Daniel lo que el profeta de Dios habia guisado para los suyos; el que al protaemita Paulo enviaba cada dia medio pan para su sustento con un cuervo que era el proveedor de su providencia, y el dia que tuvo por huésped al gran Antonio le envió la racion doblada mandando al cuervo que llevase el pan entero; este señor que a ninguno olvida ni desampara, acudió al padre de aquel niño con consuelo, y al hijo con alimento haciendo que de aquel pecho izquierdo manase leche en tanta abundancia, que no solamente satisfizo a la necesidad instante, pero continuó la maravilla hasta que el indio puso a su chicuelo en estado en que no habia ya menester ama. Y aunque don Pedro de Lovera de cuyos orijinales me aprovecho en lo que escribo acumula grande almacen de palabras para persuadir al lector la credulidad deste caso diciendo ser muchos y todos verídicos sus testigos, y sobre todo el pezon del indio que le quedó hasta la muerte tan grande como de mujer que ha criado; pero para mi bástame por argumento mas eficaz y urjente que todos los humanos, el conocer la condicion benignísima de nuestro Dios; sus entrañas paternales, el abismo de su clemencia, para tener por cierto que de su pecho habia de proceder el raudal de misericordia con mas abundancia, que la leche del de la madre, pues él es el manantial y fuente de donde vienen arrollados todos los bienes a los hijos de los hombres; y si hubiese en ellos tanta fé como un granico de mostaza, por momentos gozarian de semejantes misericordias del archivo de su magnificencia. Y asi su hijo Jesucristo para confusion de los hijos deste siglo, que tan solícitos anhelan a los bienes temporales y agregacion de cosas para el sustento deste miserable cuerpo, nos dice en su evanjelio, que acabemos ya de conocer la benignidad de su padre, que aun a los pajarillos que se florean por los aires; al ver un canario, chamario, ruiseñor y jilguero con las cuadrillas de las cigüeñas, grullas y zorzales, las enriquece y hermosea con variedad de colores y matices de su ropaje, y ornato que no solamente no les apesga a sus cuerpos antes los alijera para pasearse sobre los aires sin haber escarmenado ni tejido la lana de sus vestiduras, ni labrado las sedas con que están bordadas, y las bastece de mantenimiento sin haber ellos sembrado, ni arado, ni pasado las noches en vijilia guardando las sementeras de los pájaros. Tanto que ni aun Salomon en medio de la pujanza de su gloria se vió tan abastado de todo aquello que podia apetecer la naturaleza humana, cuanto una destas avecillas, o luciérnaga, o mariposa con todo el resto de semejantes sabandijas. Por cierto grande torpeza arguye en el corazon humano la poca correspondencia que de su parte hai a un señor tan bueno que no parece sino que es el mismo el que está necesitado de nosotros segun vela en que estemos siempre sin falta de cosa necesaria para nuestra vida. Bien se hecha de ver la vijilancia con que en esto se esmera cuando por ver las turbas

que le seguian por los campos necesitadas de manjares corporales, dijo espresamente, que se enternecian sus entrañas las cuales no permitieron dilacion en el remedio acudiéndoles luego con multiplicar en sus divinas manos los cinco panes y dos peces con tanta abundancia que satisfizo a cuatro mil hombres, pudiendo otros muchos sustentarse con los gajes y relieves de aquel dia. Y porque su amor no para en pan a secas tornó de allí a poco a convidar a aquellas compañías, y al resto del mundo haciendo un espléndido banquete en el campo donde dió bebida a los que en el campo habia dado de comer proporcionando el licor a los manjares en solo el número, aunque en la cantidad y calidad añadió infinito exceso; porque si los panes habian sido cinco, cinco fueron tambien las fuentes con que los abrebó suavemente, las cuales manaron de cinco agujeros de la preciosa piedra fundamental corriendo hermosos raudales de vino tinto de sus piés, manos y costado para medicina, hartura y consuelo cordial de todo el orbe. Quien vé a este buen padre sacar tan a costa suya de su divino costado y amoroso pecho el suavísimo licor con que endulza y regala a los pecadores hartos de ofenderle, porqué tendrá duda que acudiria con la leche del paterno pecho, a una criatura que nunca habia cometido pecado excepto el orijinal que todos contrajimos de nuestros padres? Mas porque no me arguya el lector por no haber yo contado mas de cinco fuentes para cinco panes habiendo tambien peces que suelen poner mayor sed; comunmente responderé que para estos dió bebida en tanta abundancia, que los arroyos no solamente fueron tantos como los peces, sino tantos como las espinas dellos, pues si muchas fueron estas, muchas mas fueron aquellas espinas, que hicieron tantos manantiales en su soberana cabeza de donde manaron los raudales donde bebe y se baña el hombre para remediar la sequía, no digo la que dejó el pescado sino el pecado.

CAPITULO XVI.

Del nuevo alzamiento de los indios araucanos y tucapelinos.

Como el gobernador Francisco de Villagran fuese prosiguiendo la visita del reino, llegó finalmente a la ciudad de los Infantes que está en el valle de Angol. Esta habia sido fundada por don García de Mendoza, al cual querian y respetaban los indios como se ha dicho, tanto que le llamaban San García, y como vieron al nuevo gobernador a quien ellos habian vencido en algunas batallas, por una parte tuvieron por caso de menos valer el verse sujetos a su dominio, y por otra cobraron grande temor pareciéndoles que venia a tomar venganza dellos. Con estos motivos trataron entre si de amotinarse y lo pusieron en ejecucion haciendo rostro a los españoles. Viendo el gobernador lo que se tramaba trató de formar ejército nombrando para ello oficiales de guerra entre los cuales salió por su lugar teniente el capitan Pedro de Leiva natural de la Rioja con cuarenta hombres de a caballo, entre los cuales iban

Joan de Losada, y Quiroga, y Julio Moran. Pero como los indios rebelados aun no habian acometido declaradamente, pareciole a Villagran que se podia emplear por entónces aquella jente en ir descubriendo nuevas tierras, y así los envió a este intento. Habiendo, pues, caminado veinte leguas hácia la parte de la sierra vinieron a subir a lo mas alto de la cordillera nevada de donde descubrieron unas llanadas mui estensas que van a dar a la mar del norte, de suerte que mirando al sur vian a la mano derecha las tierras y costa del mar llamado del sur, y a la mano izquierda vian los confines de la mar del norte. Y para ver todo esto mas de cerca se fueron bajando hácia el mar del norte por la tierra llana; donde hallaron muchas poblaciones de indios de diferentes talles y aspecto que los demas de Chile, porque todos sin excepcion son delgados y sueltos; aunque no menos bien dispuestos, y hermosos, por tener los ojos grandes y rasgados, y los cuerpos mui bien hechos y altos. El mantenimiento desta jente casi de ordinario es piñones sacados de unas piñas de diferente hechura, y calidad así ellas como sus árboles. Porque ellas son tan grandes que viene a ser cada piñon despues de mondado del tamaño de una bellota de las mayores de España. Y es tan grande el número que hai de estos árboles en todos aquellos sotos y bosques que bastan a dar suficiente provision a toda aquella jente, que es innumerable, tanto que de ellos hacen el pan, el vino y los guisados. Y por ser la principal cosecha a cierto tiempo del año, tienen grandes silos hechos debajo de tierra, donde guardan los piñones haciendo encima de la tierra en que están escondidos mui anchas acequias de agua, para que ellos no puedan enjendrar, porque a no haber agua encima, luego brotaran haciendo nueva cementera, y quedando ellos corrompidos. Y no para la utilidad de estos árboles en dar fruto, mas tambien se destila dellos grande abundancia de resina blanca mui medicinal para diversas enfermedades especialmente para sacar frio y hacer vilmas, y es tanta la altura destos árboles que viendo los españoles tal grandeza les pusieron por nombres líbanos, por ser tan altos que viniendo a medir algunos que estaban caidos en el suelo hallaron algunos de doscientos y setenta pies de largo. Esta tierra corrieron los españoles algun trecho, y aunque habia en ella algunos preuuncios de oro, les pareció dejarla por entónces por estar mui léjos de los demas españoles, teniendo en medio la gran cordillera nevada. Y asi dieron la vuelta a la ciudad de los Infantes donde el gobernador estaba guardando el suceso de su viaje.

Ya en este tiempo se iba rujiendo con mas frecuencia el alzamiento de los indios araucanos, por lo cual se puso Villagran en camino para los estados, y llegando a la ciudad de Valdivia se embarcó en un navío con cincuenta soldados llevando todos sus caballos hasta la mar, y embarcándolos consigo para aprovecharse dellos luego que saliesen en tierra de guerra. Mas como caminasen algunas leguas, sobrevino una tormenta que les obligó a arribar hasta los últimos términos de Chile, viniendo finalmente a dar en una isla llamada Chilué, que es la última

tierra que hoi se halla poblada de españoles. Apenas habian visto los indios al navio desde léjos, cuando ya estaban cincuenta mil apercibidos para la defensa de sus tierras. Y así en saltando en tierra los españoles se estuvieron a la mira aquel dia aguardando la noche, en la cual dieron sobre ellos juntando gran quietud de silencio, con ímpetu grande de acometimiento. Y aunque los españoles no se habian descuidado en poner centinelas, fué de manera que las pusieron hácia la parte de tierra estando satisfechos de que ningun enemigo les podria venir por la parte marítima, pero fueron los indios mas sagaces en conjeturar la prevencion que los españoles segun buen órden habian de hacer, y hicieron, y asi se fueron arrimando a la mar, y por aquella parte vieron en el alojamiento de los españoles, aunque por otra parte fueron tan bárbaros que echaban a perder toda su industria contentándose con dar de palos en las tiendas a gran priesa sin hacer mal a hombre. A esto salieron los españoles con los brios que suelen, y trabándose la refriega anduvo hasta la venida de los prenuncios del sol con gran coraje de ambas partes, y mortandad de muchos indios, cuyos cuerpos se echaron de ver tendidos por tierra con la claridad de la aurora. Entonces reconocieron los bárbaros su destruccion dando a huir a toda priesa muchos ménos de los que habian venido quedando muerto de parte de los españoles solo un soldado que se llamaba Solis, el cual habia salido el primero de todos, y peleado valerosamente vendiendo mui bien su vida; como tambien se pagaron algunos otros, que salieron heridos de este encuentro.

Viendo el gobernador, que en aquel lugar no podria medrar mucho, trató de embarcarse luego con su jente: mas cuando llegaron a bordo del navío hallaron que habia hecho asiento en tierra, por ser cosa ordinaria en aquella bahía crecer, y menguar la mar como en otras muchas. No fué la afliccion de aquella jente fácil de consolar ahogándose todos en poca agua, mientras no vian mucha en que el navío pudiese vandearse. Y en tanto que él no podia correr por el agua acordáron ellos de correr la tierra hasta que viniendo la creciente se menguó su angustia con volverse a embarcar, y dar las velas hasta dar consigo en el puerto de Arauco donde estaban en vela por haberse los indios rebelado.

En tanto que Villagran andaba en estos pasos, se iba tramando en la ciudad Imperial un torbellino que pudiera venir a descargar con mucha pesadumbre. Y fué: que muchos de los encomenderos, así de aquella ciudad como de otras andaban con no poca inquietud porque el nuevo gobernador hacia muchas innovaciones de encomiendas, quitándolas a las personas que las tenian por mano de don García de Mendoza su predecesor porque (segun comentan algunos) habia dado el Villagran en deshacer lo que don García habia hecho acordándose de que habia sido preso por su mandato, y enviado al reino del Perú, como se dijo en la primera parte deste 2.° libro. En particular llevaban esto mui mal dos hombres de suerte, llamados el uno el capitan Peñalosa, y el otro

Francisco Talaberano, a los cuales habia honrado don García en especial el primero ocupándolo en negocios de importancia en que dió buena cuenta de sí mostrandose valeroso soldado. Estando estos dos en la ciudad Imperial mui sentidos de los comunes agravios, se determinaron de hacer cabeza de bando juntando alguna jente no con intento de levantar jénero de motin o alboroto sino de irse huyendo donde no viesen a sus ojos al gobernador pasándose de la otra parte de la cordillera a una provincia por conquistar llamada Frapanande de cuya riqueza habian oido decir, por ventura mas de lo que ello era. No pudieron aviarse tan secretamente que no viniese a oidos del justicia mayor de la ciudad, que era el capitan Gabriel de Villagran: el cual azorándose de lo que oia levantó bandera, y juntó jente como contra hombres amotinados con tanto ruido que llegó el rumor hasta la ciudad de Osorno donde estaba por justicia mayor Juan de la Reinaga: el cual tambien salió con su escuadra: como tambien lo hizo el capitan Juan de Matienzo que estaba en la ciudad de Valdivia saliendo todos con tanto alboroto, y algazara como si se trastornara la tierra. Viendo los dos soldados por cuya causa andaba tanto ruido, que estaba el negocio mal parado, se escondieron con tanto secreto, que no pudieron ser en muchos dias descubiertos, por mas que los andaban a buscar por toda la tierra algunas escuadras de españoles, y muchas mas de indios yanaconas. Finalmente un soldado que se llamaba Antonio Diaz de Vera vino a dar con ellos en la tierra de Lichaco: de donde los llevó presos a la ciudad de Valdivia hasta ponerlos en manos del capitan Juan de Matienzo. Entónces él queriendo substanciar bien el proceso los metió en un navío con guardas y prisiones hasta que habiéndolo todo averiguado los mandó sacar a tierra, y darles garrote: y por no darle yo al lector en prolongar mas este capítulo, lo dejaré en este punto pasando al siguiente.

CAPITULO XVII.

De dos batallas famosas que tuvieron los indios araucanos, la una con Arias Pardo Maldonado, y la otra con Juan Gutierrez Altamirano, donde murió Pedro de Villagran hijo del gobernador.

Luego que llegó Francisco de Villagran al puerto de Arauco se fué en desembarcando a la casa fuerte, donde halló a los soldados ocupados en frecuentes encuentros con los indios, que ya estaban declarados por enemigos con palabras y obras. Lo que mas sintió en esta coyuntura, fué el verse impedido para salir en persona a darles el castigo que deseaban: por ser su edad mucha, y su enfermedad grave: mas ya que no pudo salir a esto, ordenó dos compañías de soldados, la una con treinta poniéndole por capitan a Lorenzo Bernal de Mercado; por ser hombre que hasta allí habia dado buena cuenta de su persona: y cada dia la iba dando mejor hasta venir a ser el mas valeroroso y temido de los indios, que hubo en todo Chile en su tiempo. Este envió a la provincia de Puren, que estaba mui necesitado de socorro para que presidiese en

la fortaleza que allí estaba. Para la otra compañía puso los ojos en Arias Pardo Maldonado caballero de Salamanca, y yerno suyo, al cual dió cincuenta españoles para que fuese a la provincia de Mareguano, que está tres leguas de la ciudad de los Infantes por ser lugar a donde concurrian en gran número. Estaba a la sazon en aquel puesto un indio valeroso llamado Meuco, en un alto cerro que todo él era un bosque, que le servia de fortaleza, ultra de una que él edificaba con tanta dilijencia que no cesaba la jente de dia, ni de noche en proseguir la fábrica, por tenerla acabada cuando los españoles llegasen a buscarle. Llegando pues el capitan Arias Pardo, y reconociendo el fuerte, en que habia gran suma de bárbaros, le pareció ser cosa inaccesible con solas fuerzas y almas humanas; porque demas del fuerte, y jente innumerable, habia tambien otros pertrechos como eran estacadas, y fosas y otros hoyos disimulados, donde cayeron los caballos y sus dueños. Porque como los indios no eran ya bozales, sino hechos a tratar familiarmente con españoles: y cursados en las batallas donde aprendian dellos diversas estratajemas y ardides: sabian aprovecharse de la industria de los contrarios usando ellos de las artes y máquinas que habian visto. Mas como todas las fuerzas y prevenciones humanas son mas débiles, que de pequeña hormiga puestas ante las del Altísimo, no desmayaron los cristianos confiando que la tendrian de su parte: diez hombres a mil adversarios llevándolos de vencida como él mesmo promete por palabras espresas: y lo ha cumplido con todos aquellos que devota y humildemente invocan su santo nombre. Ayudó mucho a que sus brios se aumentasen la oportunidad del dia: porque era aquel felicísimo, en que en el vientre de la abuela del mejor nieto que hai en el cielo ni en la tierra se concibió, sin sabor de la herrumbre del manzano la inmaculada Reina de los Anjeles a los ocho de diciembre: aunque él no fué el de mil y quinientos y sesenta y dos. Y como fué dia de tan solemne victoria suya, en que rompió la cabeza al dragon antiguo con quien tenia pregonadas enemistades y guerra; persuadiéronse que en tan felice dia no podian dejar de rendir a sus enemigos, los que se abroquelasen con su amparo diciéndole: sub tuum presidium confugimus. Sin llevar otro para espugnar al de los bárbaros. En efecto se les avivó el ánimo, animó la vida, revivió el esfuerzo, y esforzóse el corazon en tal dia que siempre sale tan alegre, y ameno que gloriosamente derrama en el corazon humano una finísima grana de alegría: y un aliento y regocijo que lo alijera, para salir atropellando dificultades sin hallar estorbo en que tropiece. Al fin con este orgullo pareciéndoles poco el denuedo contrario pusieron cerco a la fortaleza combatiéndola por largos ratos, en que la iban desportillando hasta que se determinaron a hacer ímpetu, y entrar todos a una por las bardas con mas fineza de coraje que copia de jente. Y fué tanto el que encendia al capitan Arias Pardo Maldonado como mozo gallardo, y a quien hervia la sangre, que al tiempo de entrar al fuerte apénas se hubo, puesto de piés sobre la trinchera, cuando se quedó parado como una estátua, hiriendo de pié y de mano,

y tan yerto como un hombre embelesado que parece pasó como dicen hora por él con tanto detrimento de su persona que le quedaron las reliquias por todo el resto de su vida que fué hartos años. Mas no por esto desmayaron los españoles: de los cuales algunos acudieron a socorrerle sacándole de la refriega, procediendo a adelante la gruesa de la jente, y entrándose en aquella cerca como leones, que están fuera della metidos entre los que no eran ménos que tigres en la hazaña, y arenas en el número. Gran rato anduvo la folla con ostentacion de valor español y osadia araucana hasta que los indios vieron la mayor parte de su jente herida y mucha muerta: con que se cayó de ánimo, y levantaron los piés para saltar las trincheras, y dar a huir con mas lijereza quien mas podia dejando su puesto desamparado, y a los españoles heridos casi todos.

Habida esta victoria lo primero que hicieron los españoles habiendo dado gracias a Dios, y a su gloriosa madre, fué irse algunos a la ciudad de su santo nombre que está siete leguas de este lugar llevando al capitan con la dolencia que se ha dicho quedando en su lugar el capitan Gomez de Lagos para proseguir adelante en la victoria. Pero fué él y los suyos tan demasiados en perseguir a los pobres indios sin perdonar a indio que les viniese a las manos, que no solamente les mataban los hijos y mujeres, mas aun les quemaban las casas, y sementeras. Y fué tanto lo que apuraron a toda la jente de la comarca, que irritada con tantas injurias tornó a convocar jente de nuevo en mucho mas grueso número, que primero. Lo cual como fuese entendido por el capitan envió luego aviso dello al gobernador, que no poco le comian los piés por salir él en persona a las batallas, mas hizo lo que pudo enviando a su maestre de campo que recojiese cincuenta hombres en la ciudad de la Concepcion, y a su hijo Pedro de Villagran entre ellos, para llevarlos al lugar de la batalla pasada, a oponerse al atrevimiento, y furor de los enemigos. Llegaron todos con brevedad a aquel monte de Mareguano, donde incorporando en su ejército a los cuarenta españoles, que allí estaban, vino a llegar el número a noventa hombres no menos animosos que valientes. Con todo eso hubo diversos pareceres entre los hombres prácticos en la guerra sobre el dar la batalla juzgándola muchos, por cosa temeraria respecto de ser los indios en excesivo número. Y aunque el maestre de campo estaba casi inclinado a estarse quedo por ser hombre mui cuerdo, y reportado, pero el hijo del gobernador, que era mozo poco esperimentado y deseaba mostrarse, para que de allí adelante hiciesen caso del encomendándole semejantes empresas como a cabeza, estuvo mui porfiado en que en ninguna manera se habia de dejar de acometer a los enemigos. Fué su arrojamiento tan perjudicial a todos, cuanto se vió por los efectos; y tan malo de resistir, como de hijo del gobernador, que todo lo mandaba. Porque aunque él era un simple soldado sin jénero de cargo en el ejército, con todo eso por ser hijo del gobernador se le tuvo respeto, sin tenerle al bien comun, ni aun a la voluntad de su padre que lo pretendia mas, que al acudir al indiscreto

gusto de su hijo. Mas no es cosa nueva en el mundo el estar los hombres, mayormente pretensores colgados de la voluntad de aquellos que tienen mano, y privanza con los príncipes aunque en razon dello se pierda lo demas que toca a todos. En efecto se puso cerca a la fortaleza y comenzaron a escalar las albarradas donde los indios estaban fortalecidos y amparados Y como era tanta la multitud de ellos, tambien lo era el de los dardos y flechas que tiraban, y el de las hondas que lastiman las cabezas esteriormente con las piedras, y en lo interior con el ruido; y juntamente echaban grandísimos peñazcos de lo mas alto concurriendo a ello muchachos y mujeres, miéntras los indios mas valientes estaban en la trinchea poniendo las lanzas a los pechos de los que subian a alancearlos. No fué aquí poderoso el brio de los españoles para desanimar a los indios valientes, y irritados por mas acometimientos y ademanes que hicieron; ante los mas arrojados libraban peor en este conflicto, y por ser Pedro de Villagran el primero de este número, y el que subió primero en la trinchea, fué tambien el primero que cayó della sin levantarse mas pues quedó muerto. Finalmente el negocio anduvo tan sangriento que en largo rato no cesaron heridas y matanzas de ambas partes hasta verse los bárbaros a pique de volver las espaldas viéndose apurados. Mas como tambien lo estaban los españoles, hubo algunos de ellos que flaquearon perdiendo el ánimo y dieron a huir a caballo, o a pié segun cada uno hallaba la comodidad y coyuntura. Reconocieron los indios la flaqueza con la cual fortalecieron la suya sacando fuerzas dellas, y revolviendo con mas denuedo sin ser bastantes a resistirles los pocos españoles que quedaban en el fuerte; los cuales como por una parte vian que de los suyos habia muchos muertos, y algunos tambien puestos en huida, perdieron totalmente el ánimo, viendo que habia de ser dellos lo que de los demas, que era huir, o morir, y por no venir a lo segundo elijieron lo primero dando todos a una a huir por las bardas, y siguiéndolos sus enemigos con notable estrago, y destruccion de muchos dellos. Y si no fuera por los indios amigos que ayudaron mucho, asi a reprimir el ímpetuo de los contrarios entreteniéndolos peleando, como en socorrer a sus amos, y ponerles a pique los caballos, no quedára hombre a vida. Entónces el maestre de campo, que hasta allí habia hecho todo lo posible por animar la jente, y solapar la pérdida de los suyos, viendo la cosa en tal trance sin esperanza de remedio, mandó tocar a recojer, y retirarse a gran priesa dejando muertos cuarenta y cinco y llevándose otros tantos consigo de los cuales ninguno iba sin herida grande, y fatigoso molimiento. Destos que escaparon con el pellejo, se fueron algunos a las ciudad de los Infantes que está a trece leguas, y otros a la Concepcion teniéndose todos por felices en verse léjos de los bárbaros, que quedaban triunfantes con sus despojos, de mucha ropa, joyas, armas, plata labrada, y caballos, y mucho mas con los cuerpos de los difuntos. Sobre todos estos quedó lozano el capitan Talcamavida gloriándose de haber muerto al hijo del gobernador, dando por señas evidentes la saeta que tenia atravezada por la boca, que era mui cono-

cida, y de la mesma traza de las demas de su aljaba, lo cual le pasó un barbote acerado, y toda la cabeza saliéndole por el cerebro. Y por esta hazaña alegaba que se le debia a él el cargo de capitan jeneral, sobre lo cual tuvo muchos dares y tomares con el jeneral Meuco, entre palabras mui pesadas, viniendo a tal rompimiento que faltó poco para venir a las manos, y haber bandos en su ejército con mayor estrago que el pasado.

CAPITULO XVIII.

De la batalla que hubo entre don Miguel de Velasco, y los bárbaros que vinieron sobre la ciudad de los Infantes.

Luego que llegó la desastrada nueva a la ciudad de los Infantes sospechó el capitan de la ciudad, que era don Miguel de Velasco, lo que los indios habian de intentar. Porque habiendo quedado tan ufanos de la victoria, era cosa cierta que habian de querer llevarla adelante, no solamente defendiéndose, pero aun dando sobre las ciudades de los españoles, por lo cual le pareció necesario poner la ciudad a punto de guerra, y convocar toda la jente de socorro que pudiese, y como lugar mas cercano era la fortaleza de Puren, despachó un mensajero al capitan Lorenzo Bernal que allí estaba con cartas en que le daba la mala nueva, y le pedia que en todas maneras viniese con sus treinta hombres a socorrerle; pues el riesgo de la ciudad era evidente, y el que estaba mas cerca de la ciudad para darle ausilio era él por no haber mas que seis leguas desde Puren a los Infantes. Oyendo el capitan Bernal esta nueva, y la demanda de don Miguel puso luego en consulta lo que mas convendria, y fueron todos de parecer que se dejase aquel sitio en que andaban haciendo guerra, y se acudiese a la defensa de las ciudades; pues en caso de tan urjente necesidad deben los hombres contentarse con defender y conservar lo ganado sin querer ganar tierras de nuevo en cuya ocupacion se pierde lo uno y lo otro; pues (como dice bien el refran) quien todo lo quiere todo lo pierde, y quien mucho abarca poco junta. Mas como el riesgo era comun en todos aquellos estados de Arauco y Tucapel, parecióles a muchos que el socorro no se habia de dar a quien lo pedia, sino a quien mas lo habia menester, que era lugar donde estaba la cabeza, esto es la fortaleza de Arauco donde estaba el gobernador Villagran. En resolucion acordaron, que el tercio de la jente, que eran diez soldados, acudiesen a la ciudad de los Infantes, y el capitan Bernal con los veinte hombres fuese a la casa fuerte donde el gobernador estaba. Con este designio se dividieron tomando el camino cada escuadra que tenia determinado, y fué tanta la priesa que se dió Bernal a caminar que habiendo partido despues de haber pasado gran parte del dia no durmió aquella noche ántes de llegar a la casa fuerte, con ser largas diez y ocho leguas. Y como los indios de toda la comarca andaban rebelados, y de revuelta, y no habian sabido la victoria, estaba el camino cuajado de escuadrones dellos que iban a la fortaleza

de Catirai, que era el cerro donde estaba la fortaleza de su victoria situado cuatro leguas arriba de Mareguano. Con todos estos iba topando Bernal; el cual aunque se vió muchas veces cercado y acometido de ellos, con todo eso procuró siempre no detenerse, hurtando unas veces el cuerpo; y otras atropellando al enemigo, y abreviando con solos encuentros peleando, y andando hasta que llegó a la fortaleza, donde dió a Villagran la triste nueva de la pérdida de su jente y muerte de su hijo.

Ya en ese tiempo andaban los indios tan triunfantes, y llenos de avilantez que les parecia todo suyo; y así no trataban otra cosa sino a que lugar acudirian primero, pero como es costumbre entre ellos el congregarse en gran número asi cuando han de festejarse celebrando alguna victoria, como cuando han de determinar las cosas de la guerra; quiso el jeneral vencedor Meuco hacer esta junta con solemne fiesta por regocijo de la victoria, y prevencion de la batalla. Por esta causa concurrieron al fuerte de Catirai todos los indios de aquellos contornos, y aun muchos que estaban ya para dar sobre la casa fuerte de Arauco desistieron dello por acudir a la solemne borrachera donde suelen beber con los cascos de las cabezas de los hombres señalados que han muerto. Despues de haber mui bien comido, y bebido a su placer, fué la conversacion de sobre mesa el deliberar a que lugar convenia acudir para hacer guerra; y despues de muchos dares y tomares sobre el caso se resolvieron el destruir a la ciudad de los Infantes; hallándose en este consejo de guerra los capitanes Cañionel, Queenlapilla, Inai, Arquimango y otros muchos prácticos en cosas de guerra.

Ya en este tiempo estaba don Miguel de Velasco con las armas en la mano y la jente a punto, aunque por no ser mas de cincuenta hombres de guerra los que habia en la ciudad, y el estar ella sin jénero de fortaleza, o vallado era todo poco, y el temor mucho. En efecto, dió traza en que todas las mujeres, niños y enfermos se recojiesen en la iglesia poniendo por guarda della a diez españoles con el capitan Joan de Varaona natural de Burgos; aunque tenia ella mejor guarda en el señor de la casa que es Dios, del cual sino guarda la ciudad, en vano vela el hombre que la guarda. Los demas españoles, que eran treinta fuera de los enfermos, se pusieron a pique, y don Miguel con ellos en espera de los enemigos. Juntamente aprestó una compañía de indios yanaconas bien armados, y puestos a punto de pelea, ordenando que tambien hubiese noche y dia centinela y atalaya. Estando todo puesto en órden con la prevencion y resguardo, que la poca jente permitia; veis aqui asoman los adversarios con escuadras mui gruesas, y bien formadas, las cuales ocuparon diversos sitios del campo, haciendo alto en ellos a vista del pueblo, poniéndose el escuadron que llegó mas cerca, de la otra parte de un pequeño rio que entra a pocos pasos por la ciudad. Entónces comenzándose en ella a tocar alarma, acudieron todos a sus puestos, siendo la mayor gruesa de jente, la que acudió a la iglesia a negociar con Dios mientras los soldados peleaban. Y como don Miguel saliese con

sus dos compañías, y se pusiese fuera del lugar frente a frente de los enemigos, ellos estuvieron tan sesgos que no hubo hombre que saliese de su puesto esperando a ser acometidos. Estaba en el ejército de los españoles una india cristiana llamada Juana Quinel, la cual por su gallarda disposicion y apariencia, era requestada de muchos indios principales, y aun de algunos de los españoles de aquel campo. Esta por hacer una bravata, y mostrar mas su garbo, tomó un arco en la mano, y colgó de los hombros una aljaba de flechas mui galanas, y saliendo en la escuadra de los indios yanaconas, se puso a la vanguardia como capitana. Y comenzó a hacer un parlamento provocatorio a pelear, no prometiendo por premio, el que suelen otros capitanes cristianos, que es la gloria de Cristo, y exaltacion de nuestra santa fé, o por lo ménos la gracia y remuneracion de los reyes, y el honor que consigue a las victorias, sino una remuneracion tan torpe como ella era con promesa de que quien hiciese mas jentilezas, alcanzaria mas favores de la suya. Cosa cierta que descubre harto la miseria humana, o por mejor la malicia, pues muchas veces se hallan hombres tan delicados, que no hai que tocarles el pelo de la cabeza, y si les dicen que estén un cuarto de rodillas que den algunos pasos, que usen de alguna aspereza corporal, o finalmente aventuren algo por Dios, y por su alma, luego os dirán que no tienen fuerza para ello; y si les dice una dama no solamente con la palabra, mas con solo un guiñar de ojo que le daria contento verles espuestos en una plaza echando mano contra un toro; les parecerá que les hace gran favor en mandárselo, y acudirán a ello con tanta lijereza, cuanta liviandad. Y aun ellos a veces se ponen a peligros, a que no se pusiera un Roldan en razon de mostrarse lo que desea, aunque en efecto se muestra la que es, bien estoi en el lance que agora escribimos pues un corazon femenil, cual el de esta india, le movió semejante vanidad a hacer bravuras, que avergonzaban a los hombres esponiéndose a tan evidente peligro; y a ellos el querer serle gratos a cobrar brios de Héctores metiéndose como leones entre los enemigos. Porque como don Miguel viese que le esperaban, mandó que la jente de a caballo saliese de tropel por una parte a desbaratar el escuadron mas cercano; y por otra los indios con la flechería, a lo cual acudieron por obedecer a su voz, y mucho mas a la de la mujer que iba diciendo: Ea hermanos mios, demos en estos perros indios enemigos de Dios y sus santos. Con esto se trabó la batalla peleando valerosamente de ambas partes pero como los bárbaros querian imitar a los españoles no arrojándose como solian, sino guardando órden de guerra, parecíales que todo el negocio estaba en guardar sus puestos en que estaban las escuadras distribuidas. Y así cuando don Miguel acometió al primer escuadron se las hubo a solas con los que en él estaban, con lo cual se pudo bandear bien llevándolos de vencida para poder acudir a otro escuadron cojiéndole tambien a solas. Desta manera fué rindiendo a los indios de las escuadras mas cercanas, los cuales viéndose perdidos dieron a huir a toda priesa. Viendo los indios de las escuadras de la retaguardia que venian huyendo vencidos

los que habian comenzado la pelea desmayaron luego todos ellos. Y aun ántes que llegasen los vencidos volvieron tambien las espaldas, como el que ve a otro que viene huyendo del toro, da él tambien a huir sin aguardar a que empareje con el, aquel que le dió el aviso con su huida, cobraron con esto tanto ánimo los españoles, cuanto les faltaba a sus contrarios, y asi fueron tras ellos alanceando a unos y prendiendo a otros, ayudando no poco a esto los indios amigos que llevaban consigo. Finalmente quedó la victoria por los españoles con merma de mas de dos mil indios del campo contrario, sin los heridos, y los presos que fueron muchos, de los cuales se hizo justicia por haberse rebelado, y muerto en Catirai a los cuarenta y cinco que se dijo en el capítulo pasado. Y por parecerles a los indios yanaconos, que la india Juana Quinel habia sido gran personaje en esta obra, asi por lo mucho que los habia animado, como por haber ella misma peleado valerosamente por su persona, determinaron de remunerar sus hazañas con grande honra, y celebridad, trayendo para esto unas andas mui bien aderesadas, en que la pusieron, y así la metieron en la ciudad, llevándola en hombros a la manera que en tiempo de los romanos entraban en la ciudad los ejércitos, que habian vencido, llevando al capitan en un carro triunfal con gran trofeo y regocijo. Con esto echaron el sello muchos de los vencedores atribuyendo esta victoria a la dilijencia de la india tan bárbaramente, cuanto ellos eran, y cuanto los demas, que eran hombres pios, y aun todos aquellos que siendo tales leyeron esta historia. Cuantas veces sucede, que los hombres de semejantes conciencias en viéndose en algun conflicto, o de cerca de enemigos, o de tormenta, y bajíos del mar, o de enfermedad grave, o finalmente de otro cualquier peligro de los que cada dia rodean a los hijos de los hombres, se ponen tan contritos y devotos, que todo es plegarias, y propósito de servir a Dios, y aun promesas y votos, de que si su majestad los libra de tal aprieto han de hacer y acontecer entrando en procesiones, y aun de rodillas en los templos, y dando tales y tales limosnas, y en viéndose fuera de aquella tribulacion, y congoja, lo primero que hacen es olvidarse de todo esto cumpliendo con algun juego de cañas y sortija, y aun llevando quizá consigo a la compañía infernal, no solamente por tierra, mas en la mejor cámara del navio aunque no haya otra sino el camarote de popa, por mas que el pobre piloto lo padezca y laste. Sea el señor servido que acertemos a dalles gracias por las mercedes que nos vienen de su mano reconociéndolas por suyas; y de remediar tan lastimosa confusion como hoi vemos en esta grande Babilonia del mundo. Con todo eso nunca faltan muchos buenos, que tienen Dios donde quiera de su iglesia, que acuden a la obligacion de cristianos; y asi los hubo en esta coyuntura, en especial las señoras que estaban en la iglesia en oracion, las cuales con otros muchos continuaron por muchos dias el dar muestras de gratitud, y reconocimiento de las misericordias de Dios e intercesion de su santa madre, fué tambien motivo para esto el dicho de algunos indios, que habian sido presos en la batalla; los cuales dieron por causa

de haber huido su ejército con pasar de diez mil indios, el haber visto a una señora mui hermosa y resplandeciente, que saliendo de la iglesia les iba echando tierra en los ojos, y tambien un caballero armado puesto en un caballo blanco, que yéndose a ellos con aspecto terrífico les hizo volver las espaldas con grande pavor y espanto como está dicho.

CAPITULO XIX.

De como se despobló la ciudad de Cañete de la frontera: y de la muerte del gobernador Francisco de Villagran.

Andaba tan suelta ya la osadia de los indios que ni ellos entendian en otra cosa, sino en considerar que pueblo estaba mas flaco para acometerle, ni los españoles otra mas de pensar en el remedio que le pondrian. Y como la ciudad de Cañete de la frontera estuviese en el valle de Tucapel en medio de la fuerza de los indios pareció al gobernador que habia de ser su perpétuo terror dia y noche sin poder conservarse entre tan ordinarios asaltos. Y así habiéndolo encomendado a Dios, y consultado con los suyos envió a mandar a los rejidores de la ciudad, que se saliesen luego della, trayendo consigo toda la jente a la fortaleza de Arauco donde él estaba. Fué este mandato de tanto júbilo para todos, que les pareció se les abria el cielo ; y así apenas se les habia intimado, cuando ya iban caminando con sus mujeres, hijos y alhajas; porque ningun avio es mas eficaz, ni hai espuelas que tanto alijeren, como la buena gana de hacer una cosa. Quedó con esto despoblada la ciudad; y ellos llegaron a la casa fuerte de Arauco, donde el gobernador estaba, el cual por estar enfermo, y sin traza de poder curarse con quietud en aquel lugar, determinó de irse a la ciudad de la Concepcion donde estaban las cosas mas de asiento, y porque de la jente que habia desamparado a Cañete era gran parte mujeres y niños, y personas ineptas para la guerra, dejó solamente en la fortaleza los que hacian al caso para su defensa llevando consigo a los demas a la ciudad de la Concepcion que está nueve leguas de aquel puesto. Quedó en él por capitan Lorenzo Bernal de Mercado cuya reputacion iba creciendo mas cada dia. Y por teniente de gobernador Pedro de Villagran; de quien se tratará despues mas largamente. Llegado el gobernador a la Concepcion, se puso luego en cura como deseaba; pero yendo la enfermedad cada dia de mal en peor, acordó de disponer las cosas de su alma, recibiendo los sacramentos, y haciendo llamar a su presencia al capitan Pedro de Villagran, al cual encargó mucho las cosas del reino nombrándole por gobernador en tanto que viniese otro señalado para su oficio. De esta manera acabó sus dias Francisco de Villagran a los veinte y dos dias del mes de julio del año de 1563, con muchas muestras de devocion, y sentimiento de sus pecados; dejando en su testamento solas deudas; con haber ido y vuelto al Perú por jente pasando tan intolerables trabajos en los caminos por las ásperas sierras y despoblados ultra de los viajes, que tambien hizo por la mar, y habiendo sido jeneral,

teniente de gobernador, vecino de cien mil pesos de renta y finalmente gobernador, y sobre todo de los primeros conquistadores que pusieron el pié en Chile en la entrada de don Pedro de Valdivia. De aquí colejirá el lector cuales estarán las personas de ménos gruesa; pues la que era tan calificada dejó estas reliquias en su muerte; que tal es Chile, y tales sus cosas, las cuales a mi ver no son de poca consideracion, pues el reino mas abundante del metal mas rico, y codiciado del mundo se vive y muere de esta manera. Fué este caballero hijo de Alvaro de Sarria del hábito de San Joan mui estimado en su órden; y tuvo entónces una galera suya, y despues comendador de la encomienda de Villena. Llamábase su madre Ana de Villagran natural de Sancte Ervas en España. Era Villagran de cuerpo mediano y abultado, de rostro largo y alegre, mui valiente por su persona, y prudente en cosas de guerra, aunque siempre desgraciado en cualquier cosa que puso mano; está enterrado en el monasterio del glorioso patriarca San Francisco de la ciudad de la Concepcion, llevando pocos dias de ventaja a su mujer doña Cándida de Montesa, que le siguió hasta la tierra donde todos hemos de parar, y el que mas tarde será temprano.

CAPITULO XX.

Como el capitan Pedro de Villagran comenzó a gobernar a Chile, y como los indios de Arauco pusieron cerco a la casa fuerte.

Luego que se abrió el testamento de Francisco de Villagran, y se halló en él nombrado en su lugar a Pedro de Villagran como está dicho, fué admitido a tal oficio con beneplácito de todo el reino. Y como empezase a dar órden en disponer las cosas concernientes a él, lo primero que hizo fué tratar de dar socorro a la fortaleza de Arauco, que estaba a la sazon en grande aprieto. Para esto ante todas cosas envió dos barcos grandes cargados de bastimentos, y por capitan dellos a Bernardo de Güete, que por allí pasaba de camino para el Perú con un navio suyo en que iban ciento y cincuenta mil pesos de oro de los mercaderes que en él iban. Este capitan obedeciendo al gobernador dejó allí su nao surta, y fué con los barcos del socorro; pero quiso su ventura que ántes de llegar al puerto de Arauco diese en una isla llamada de Santa María; que está dos leguas de su puerto, y diez de la Concepcion. Los indios de este lugar serian entonces hasta 300 los cuales estaban de paz hasta entónces; mas como vieron el socorro, que iba a los españoles en detrimento de los indios araucanos, acordaron de impedirlo, alzándose tambien ellos, y matando a los que iban en los barcos como lo intentaron. Viendo los españoles el alboroto procuraron al principio defenderse, pero como eran hombres de guerra, quedaron al fin vencidos, quedando muerto el capitan con otro español, y algunos negros, huyendo los demas en un barco a dar al gobernador noticia de este caso. Apénas hubo llegado a sus oidos, cuando se embarcó al punto en el navio que allí estaba surto, y se fué en él a la isla a castigar a los rebelados. Mas

por mucho que madrugó, se habian anticipado los indios en convocar jente de la tierra firme; de suerte que cuando el gobernador llegó, estaban ya juntos mas de seis mil puestos en la playa, para impedirle el saltar en tierra. Con todo eso, por ser los españoles setenta, y llevar alguna artillería menuda y todos sus escopetas, pudieron irse llegando con el batel, y ahuyentando a los enemigos en parte, aunque quedaron muchos que se opusieron a los españoles, trabándose mui gran refriega con tanto aprieto de los españoles, que iban ya casi de vencida; y algunos dellos quedaron mui mal heridos, y uno muerto llamado Joan de Villalobos. Pero fué tanto el coraje de los nuestros, y el esfuerzo con que muchos se señalaron en particular Alonso de Miranda, y el capitan Rodrigo de Sande, que finalmente quedaron los indios rendidos, y aun tan atemorizados de los castigos, que hasta hoi no han tornado a mostrar señal de inquietud o motin alguno. Pelearon en esta batalla muchas indias isleñas con mas brios que los hombres, tanto que los animaban a ellos. Mas como en efecto siempre en semejantes coyunturas se podia con verdad [decir] que a rio revuelto ganancia de pescadores, no sirvió de otra cosa la gallardía, y donaire que las mujeres mostraron, sino de que los soldados victoriosos, les echasen primero mano a ellas, que a sus maridos cautivándolas algunos, que estaban cautivos dellas, y de la ciega pasion, que en lugar de dar a nuestro señor gracias por las victorias, hace que la victoria, y campo quede por el vicio con miserable cautiverio de las almas.

En este tiempo andaban los indios Araucanos con gran deseo de quitar de una vez la casa fuerte de Arauco del medio de sus tierras; en las cuales eran esclavos todo el tiempo, que no se defendian por fuerza de armas. Y así se determinaron de acabar con ello venciendo o muriendo todos, aunque no quedase piante ni mamante; pues habiendo de ser siempre tal su miseria, que no podian escapar de ser peores, que cautivos, o andar corridos en perpétuas guerras, o morir a manos de sus contrarios, tuvieron por mejor elejir esto último, cuando mas no pudiesen, o asolar a todos los españoles, o a lo ménos echarlos de su reino. Juntó pues el jeneral Longonaval muchas compañías de bárbaros con valerosos capitanes, los cuales hicieron juramento al modo que ellos usan, de no volver el pié hasta haber arrasado con la tierra la casa fuerte ni que hombre alguno los sacaria de sus puestos, sino fuese despues de muertos, y con esta determinacion comenzaron a caminar hasta llegar a la vista de la fortaleza a cuatro dias del mes de febrero de mil y quinientos y sesenta y dos [sic] poniéndose al amanecer sobre una loma de donde fueron divisados de los espías y atalayas. Cuando el capitan Lorenzo Bernal vió venir sobre sí tan poderosas huestes parece que cobró nuevos brios para estrellarse en ellos con mejor gana, mas no consintiendo que llegasen a poner cerco al fuerte, salió a gran priesa con su jente, que serian ciento y veinte soldados, y acometió con tanta furia, que desatinó a los enemigos. Mas como ellos pasaban de veinte mil y habian hecho juramento, no quisieron volver el pié atras

sino dejarse matar haciendo el daño que podian, el cual aunque fué mucho menor que ellos recibieron, con todo eso como eran tantos habia para todo, para morir y para pelear sin faltar en todo el dia volar de flechas, llover de dardos, botes de lanza, y bravoso descargar de macanas. Viéronse los nuestros tan cansados, y los mas tan heridos, que no pudieron dejar de retirarse apurados de los contrarios; los cuales fueron en su seguimento hasta encerrarlos en la casa fuerte, luego que los españoles estuvieron dentro, aunque hartos ménos de los que habian salido, pusieron los indios su cerco mui en órden combatiendo a la fortaleza por todas partes, con tanta zaña que en solo un lienzo della abrieron tres portillos, y tras esto le pusieron fuego. Mas no en balde dijo Séneca el trájico, que muchas veces hierro y fuego sirve de medicina, porque los mesmos que le pusieron se hubieron de retirar huyendo dél dando lugar a los de dentro, para salir a pelear haciéndoles que se retirasen mas léjos de lo que estaban. Y con esto tuvieron lugar de apagar el fuego y cerrar los portillos, aunque no fué pequeña pérdida la muerte de don Juan Enriquez, que por estar en la cama pasado de una flecha pasó tambien de esta vida quemado con el incendio sin haber hombre que en tal conflicto se acordase de socorrerle.

Aquella noche hicieron los indios grandes fiestas, y regocijos pasándola toda en músicas, y bailes cantando con grandes júbilos la victoria. Viéndolos Bernal metidos en danza le pareció buena coyuntura para que los suyos tambien saltasen aunque no danzando, sino haciendo asalto en ellos: y para esto señaló cincuenta hombres, que estuviesen a pique para picar a los caballos al tiempo que los adversarios dejasen de repicar sus músicos instrumentos. Y al resto de la jente dejó en guarda de la fortaleza, para que la guardasen aguardando lo que la oportunidad les enseñalase. Ya que se acercaba el cuarto del alba, quedaron los indios tan cansados de los muchos bailes, i no ménos beber, que cayeron dormidos sin acordarse de que tenian a la mira enemigos que no dormian. Apénas hubo cesado el canto de su parte, cuando cargaron los españoles a darles la alborada con músicas de instrumentos de guerra, que levanta mas los corazones, y los piés de los belicosos: la cual los despertó despavoridos. Mas en efecto el que duerme en tiempo, que está mui metido en alguna casa que le da gran cuidado, mayormente, si es de temor y pesadumbre, a cualquier mosquito que se menée, salta luego tan listo, y despierto como si estuviera puesto en atalaya. Así les sucedió a estos: que al primer arcabuz, que se disparó despertaron con gran acuerdo, y se pusieron cada uno en su puesto de donde pelearon animosamente: aunque miéntras ellos se rebullian habian ya los nuestros hecho en ellos grave destrozo cubriendo en breve tiempo el suelo de cuerpo muertos. De esta manera se fué trabando en reñida batalla, que no cesó hasta despues buen rato del sol salido: en el cual tiempo así por estar los españoles mui fatigados, como por la gran desigualdad del número de la jente mandó el capitan que todos a una saliesen corriendo, y se fuesen derecho a recojer a la fortaleza: lo cual ellos ejecutaron rom-

piendo por medio del escuadron de los indios atropellando los que podian de camino. Parecióles entónces a los indios, que ya estaba sin duda su victoria: y cantándola a grandes gritos dieron a correr tras ellos hasta darles alcance en la mesma puerta de la casa fuerte. Entónces el capitan mandó a sus españoles que revolviesen súbitamente sobre los indios, que llegaban ya a las colas de los caballos, lo cual hicieron con tal presteza que se quedaron atónitos los indios viendo vuelta tan repentina, dándola ellos con la mesma lijereza corriendo poco trecho, donde los españoles iban alanceando los que alcanzaban. Mas volviendo sobre sí, y reparando en lo que hacian pararon y volvieron haciendo rostro a los españoles, trabándose por un buen rato hasta que los nuestros se evadieron del conflicto entrándose en el fuerte no poco fatigados, y heridos.

Con esta ocasion tornaron los indios a poner de nuevo el cerco en cumplimiento de su juramento, estando allí seis dias sin apartarse punto de las paredes de la casa. No fueron pocas las aflicciones, en que los nuestros se vieron en este tiempo: porque las estratajemas, y machinas de los indios nunca cesaban de ejercitarse, saliendo a cada hora con nuevas invenciones. Y hubo vez que habiendo juntado gran suma de haces de carrizo y paja lo arrimaron a la fortaleza por todas partes poniéndole fuego para ahogar con el calor y humo a los de dentro; sino que fué el Señor servido que sobreviniendo un aire algo récio lo esparció todo al lugar donde estaba la fuerza de los contrarios. Tambien atajaron todas las vias por donde entraba agua dentro del fuerte: tanto que aun hasta un pozo que en él habia tuvieron traza para secarlo haciendo por de fuera otro tan profundo como él, en cuyo suelo iban cegando todos los veneros por donde le iba el agua que lo conservaba. Y aun otros dos que habia cerca de la casa los macizaron con cuerpos muertos, porque no pudiesen los españoles aprovecharse de aquel agua saliendo a cojerla con mano armada. Pusiéronlos con esto en tal extremo, que habiendo pasado tres dias de sed intolerable vinieron los otros tres a no beber otra cosa que orines: y aun estos por tasa, y con harto deseo de tener fontana de donde manase aquel arroyo. No pocas veces salieron los españoles a darse de las hastas con los adversarios: pero ni por esas, ni por esotras habia traza de que ellos se retirasen: y aunque dejaban siempre algunos muertos, tambiem volvian ménos de los que salian. La multitud de flechas, que los indios echaron dentro de la fortaleza, fué tan exesiva, que no solamente fué suficiente leña para guisar de comer quince dias enteros a toda la jente, que en ella estaba, pero aun ultra destas, y muchas otras que royeron los caballos sobraron otras poquillas, que antojándoseles a los soldados de contarlas por su entretenimiento hallaron ciento y setenta mil.

No se pueden esplicar los ardides que los indios usaron en estos seis dias, pues aun hasta buscar ojas de árboles amargos y ponzoñosos para inficionar las aguas de los charcos mas cercanos, llegaba su rencor y coraje. Y juntamente usaban de astucia en el defenderse, cuando se

jugaba la artillería, o venia la rociada de bolas de escapetas, arrimándose a las paredes del mesmo fuerte por estar mas seguros cuanto mas cercanos. Finalmente hicieron los bárbaros lo último de potencia para acabar con los españoles, no quedándoles por corta ni mal echada: pero la astucia de los nuestros fué tal, que solo se valian de mostrar ánimo haciendo poco caso de los indios, y dándoles a entender, que todo aquello eran para ellos saetas de niños; y que les sobraba todo lo necesario con estar en tal extremo, que ya estimaban mas a los caballos por los orines para beberlos, que por los brios para pelear con ellos. O cuánto importa en todas las cosas así de paz, como de guerra la reportacion, y sociego sin alborotarse la persona ni desmayar, aun cuando parece que faltan todos los remedios humanos, y que para ello está cerrado todo el mundo: pues cuando falte todo, la mesma reportacion y serenidad de ánimo suele enjendrar frutos de medicina usando de sagacidad y artificio; lo cual no permite el ánimo inquieto, y alborotado. Cuanto mas cuando llega el enemigo a caer en corazon de hombre cristiano, el cual tiene ya experiencia que muchas veces ordena Dios, que todos los remedios del mundo esten tan alejados, que el hombre esté sin jénero de fuerza, y con tal desengaño de que si alguno viene ha de ser el del cielo. Que fuera de Vitulia si no se hallara en ella un corazon de semejante valor, y fortaleza y que fuera de Jerusalen si no tuviera a un Judas Macabeo? Bien sabemos la resolucion que los bitulianos tenian de entregarse si Judit no lo prohibiera, así con el ardid que inventó llamado justamente ardid de guerra siendo de total paz en la apariencia: concurriendo el auxilio de la divina Providencia en quien ella fundaba su esperanza, que al fin no le salió vana, teniendo tan sólido fundamento.

Llegó a tanto el buen rostro que Bernal mostraba, que desesperados los indios de rendirle sino intervenia alguna innovacion en sus trazas y machinas, se recojieron a un lugar alto, que está a la vista de la fortaleza para tomar desde allí la corrida, y dar sobre ella con mayor ímpetu, para batirla, y arrasarla por tierra con el mesmo golpe de la jente. Y como poniendo este intento en ejecucion viniesen a postrarla con tanto coraje como perros encarnizados y rabiosos, estando a la mira los encastillados, vieron todos que enmedio de la carrera volvieron los enemigos todos a una las espaldas con no menor tropel del que traian dando a huir despavoridos: y para correr mas lijeros dejaron tendidas por el suelo todas las armas que traian desapareciéndose todos en un punto. Cuando el capitan Bernal vió tan repentina mudanza, tuvo presuncion de que era maraña de los indios, y no quiso que saliese hombre de la fortaleza hasta tomar acuerdo mas despacio: pues del apresurarse en semejantes lances suele ser causa de perderse todo. Mas despues, que los indios estuvieron mui alejados, salió él con su jente a recojer las armas de los enemigos, por despojos suyos: las cuales eran suficientes para pelear mas de diez y ocho mil soldados. Y habiéndolas juntado todas, y cojido algunos indios que no pudieron tener con los demas: los cuales siendo examinados vinieron a confesar, que la

causa de tan repentina y estupenda mudanza en su huida fué el haber salido un caballero en un caballo blanco, el cual se les puso delante con horrífico aspecto, y comenzó a dar en ellos con tan bravo coraje, que los dejó absortos: y mucho mas una señora mui hermosa, que salió echándoles en los ojos una espesa niebla con que los cegaba: y con que dió vista a los españoles para que reconociesen ser ella la soberana madre de Dios y el caballero el glorioso Santiago. Plegue a nuestro Señor de dárnosla a todos para que advirtamos, que todo el bien nos viene de su mano: y reparando en ello le demos las debidas gracias.

CAPITULO XXI.

De otro cerco que los indios pusieron a la casa fuerte de Arauco.

Quedaron los españoles tan escarmentados de la tormenta pasada, que dieron órden en poner prevencion, y resguardo a todo lo que pudiese suceder en adelante. Y como lo que mas les habia apurado era la sed, pusieron su mayor conato en que la fortaleza, estuviese proveida del agua necesaria para muchos dias. No estaban los indios en este tiempo descuidados de prevenir las cosas concernientes al ejercicio militar; y así tornándose a congregar de nuevo convocando muchos mas bárbaros, que primero para tornar a probar la mano, o perder la cabeza en la demanda. Y habiéndose juntado veinte y cinco mil hombres se distribuyeron en tres ejércitos situándose el uno en el llano del cacique Peteguelen: el otro en la tierra del jeneral Longonaval; y el tercero en la de Urilemo para acudir todos a una al cerco del fuerte, y retirarse a sus reales cuando les pareciese. Ya en este tiempo no tenia Lorenzo Bernal mas de noventa hombres: mas tenia por cierto que estaba de su parte Dios en cuya mano, está todo el poder del cielo y de la tierra, y así no faltando un punto en la jenerosidad de ánimo cristiano, dispuso las cosas lo mejor que pudo, teniendo siempre cuarenta hombres de a caballo puestos a punto para salir cuando hubiese coyuntura, el jeneral con los contrarios. Pero ellos queriendo tomar el negocio mas de propósito hicieron en sus tres sitios todos los jéneros de artificios, defensivos, y ofensivos, que supieron: fabricando fortaleza, fozos, trincheras, y cavas torcidas y hondas, que iban de un campo a otro o por donde pasaban los indios a comunicarse, sin ser vistos de los españoles por llevar todo el cuerpo metido en aquella abertura que era de mas profundidad que estado y medio. Con esto se defendian tambien de los tiros de arcabuces y piezas; cuyas balas aunque pasaban mui adelante de lo que ellos estaban, con todo eso no podian hacerles daño alguno; en tanto que ellos no salian a campo raso. Mas estos no dejaban de hacerlo muchas veces saliendo todos a una de sus fuertes, y acometiendo a la casa fuerte a quien cercaban, y daban batería acudiendo a esto por horas, pues por entónces no tenian otro oficio. En estas salidas no medraban ellos mucho porque como la artillería, y escopetas les cojian desencastillados, nunca dejaban de morir muchos en semejantes acontecimientos. Por

otra parte los mesmos españoles salian algunas veces a ellos a caballo, por no mostrar cobardía esperando siempre a ser combatidos como jente que no pretende mas, que defenderse. Pero como todas esas salidas no fuesen mas de breves y repentinos acontecimientos, no ponian mucho temor a los adversarios: y así determinó una vez de romper con todo saliendo a pelear sin volver al fuerte hasta haber puesto en huida a los bárbaros, o morir él y los suyos en la demanda. Para esto hizo a su jente un largo razonamiento con mas lágrimas, que palabras, incitándolos con las unas y las otras a poner la vida por la honra de Dios, y de su rei: y tambien para eximirse de tan frecuentes molestias, como aquellos indios les hacian: sobre lo cual dijo muchas razones dignas de buen caudillo, y cristiano pecho: con que no poco se enternecieron sus soldados, así los que sacaba al campo, como los que dejaba en guarda. En efecto habiéndose puesto en manos de Dios haciendo oracion por largo rato: donde cobraron tanto esfuerzo que salieron sin jénero de temor rompiendo el aire con la furia de los caballos: y dando en los enemigos los iban alanceando sin levantar casi media vez el brazo en que no sacasen sangre. Fué tal la mortandad de aquel dia, que con ser tantos los enemigos, se echaba de ver notablemente la merma, que habian echo en ellos los cristianos.

En esta refriega sucedió un caso digno de gran ponderacion el cual escribo yo de mui buena gana por ser tan edificativo, como verdadero. Y fué que en cierta coyuntura en que se retiraron ámbos bandos a tomar un poco de aliento para respirar, estando puestos frente a frente para tornar a acometer con nuevos brios, salió un indio del campo de los bárbaros, y poniéndose en lugar donde pudiese ser oido de los nuestros, comenzó a hablar palabras, y echar desgarros semejantes a los soberbios retos que el jigante Goliat hablaba insolentemente en deshonor y oprobio del pueblo israelítico. Este indio se llamaba Gaspar, el cual habia sido criado de un relijioso que se habia esmerado en doctrinarle desde niño enseñándole a leer y a escribir, y ayudar a misa y poniéndole en el mayor grado de policía, que la capacidad podia recibir, y acomodarse. Estando pues este indio rebelado con otros muchos, como era mas bachiller que los demas, tomó la mano en hablar, no solamente contra los cristianos, mas tambien contra el mesmo Dios usando de palabras bárbaras, a la manera que lo hacia Rapzases capitan jeneral del opulento zenacherib rei de los asirios, el cual blasfemaba de Dios con tal irreverencia y arrogancia mofando de los confiados en su ausilio, que de solamente oir referir tales insolencias el rei Ezequias rasgó sus vestiduras con amargo llanto. Pero no eran solas blafemias, las que decia el indio Gaspar, mas tambien muchos desatinos hablando en alta voz desta manera. Vosotros cristianillos no penseis, que me habeis de engañar agora como cuando era muchacho: que ya que soi hombre he remediado el daño en que caí por vuestros embustes, lavándome el rostro, y cabeza y refregándolo mucho con mucha fuerza, para quitarme el olio, y crisma, que me habiades puesto, y cortándome los cabellos para que no

quedase algo en ellos. Por tanto dejadnos vivir en nuestra tierra: y caminad a la vuestra con vuestro Dios: que si es tan rico como decis, bien se puede ir a su tierra, pues no ha menester la nuestra. Oyendo estos disparates un soldado vizcaino llamado Pedro Gonzalez de Andicano, no pudiendo sufrir tan insolente descaro, arremetió a él, y le dió una lanzada con tanta furia, que le tendió al punto muerto en tierra. Y queriendo Dios volver por su honra hizo manifiestísima evidencia de su poderío semejante a la que por palabras expresas dice la sagrada escritura haber hecho en castigar al malvado rei Antiaco. Porque habiendo los españoles salido vencedores en esta refriega sucedió, que mucho despues salieron algunos a correr el campo llevando consigo cuatro feroces mastines como es costumbre. Y llegando a aquel lugar que estaba lleno de cuerpos muertos en gran número, se abalanzaron todos cuatro perros a dar en el cuerpo del desventurado indio Gaspar, y aferrando en él sus carniceros dientes le despedazaron con furiosa rabia dejando dél solamente los huesos no de otra manera, que los de la inícua reina Jesabel segun refiere la sagrada escritura. El cual milagro no se puede calificar con ménos ilustre nombre mirado por todas partes porque de la una sabemos, que los cuerpos eran muchos, y por otra que los perros eran cuatro: y haberse arrojado todos ellos a solo aquel cuerpo, dejando a los demas es cosa que no admite duda de haber sido milagro manifiesto. De esta manera se ejecutó en el miserable indio el castigo, como en el soberbio Rapzases, y el arrogante Goliat, cuyas carnes dijo David, que habian de entregar a las aves del cielo, y bestias de la tierra.

Grande era la afliccion en que los españoles se vieron en este cerco por estar ellos sin jénero de socorro humano, por estar la jente de la Concepcion metida en otros negocios con la enfermedad y muerte del gobernador Francisco de Villagran, lo cual iba allá succediendo miéntras acá estaba puesto el cerco, de suerte que se comenzó a poner aun siendo él vivo: y así duró cuarenta y cinco dias continuos en los cuales veian cada dia los nuestros asomar sesenta y cuatro de enemigos sin haber dia, sin sangrientas refriegas. Y ya que estaban los bárbaros cansados, vinieron un dia tres mil dellos con un capitan llamado Colocolo, con grandes ansias, y júbilos mostrándose triunfantes con dos cabezas de españoles, que eran los que habian muerto en la isla de Santa María: las cuales traian en dos mui altas lanzas; y con ellas andaban al rededor del fuerte, poniéndolas a los ojos de los españoles como haciendo burla dellos. A esto se asomó Bernal bien armado en lo alto de la fortaleza, y preguntó a Colocolo, cuyas eran las cabezas, por las cuales mostraban tan alegres triunfos. El indio respondió, que el trofeo era por que habian asolado de todo punto la ciudad de la Concepcion sin haber dejado hombre a vida en ella ni en todo el valle para cuya muestra traian las dos cabezas, de las dos cabezas de aquel reino: y que lo mesmo venian a hacer de ellos, por mas encastillados, que estuviesen. Entónces el capitan Bernal, no mostrando semblante demudado con tan desastrada nue-

va respondió: que ya él sabia haber muerto todos los españoles del reino: pero que las que allí estaban eran bastantes para conservar en todo él, la prosapia española conservándola, y dilatándola con mas aumento, y restaurando con ventajas lo perdido. Dijo entónces el indio; pues que mujeres teneis vosotros para poder llevar adelante vuestra jeneracion, pues en la fortaleza no hai ninguna? a lo cual respondió el capitan español: no importa: que si faltan mujeres españolas ahí están las vuestras, en las cuales tendremos hijos que sean vuestros amos. Fué tanta la verguenza, que el indio tuvo de oir esta palabra, que arrimando a la pared la lanza con la cabeza, que en la punta traia abajó la suya yéndose confuso de tal respuesta.

Ya que los indios habian intentado todos los medios, y machinas posibles, para echar de sí a los españoles sin dejar extratajema, que no probasen hasta procurar ahogar con humo a los nuestros, cual otro Mario que atormentó a Quinto Lucctatio Catulo encerrándolo en un aposento, y ahogandolo a fuerza de humo: como si estos bárbaros supieran el refran que dice; que de las tres cosas, que echan al hombre de su casa, la una es el humo. Pero la tolerancia y magnanimidad de los nuestros, en todas estas dificultades se mostraba mas extremada haciendo lances maravillosos. Y hubo vez que saliendo a pelear a campo raso se metieron tan en coraje dos soldados, cuyos nombres eran Francisco Ronquillo, y Gaspar Juarez, que apartándose de la compañía se vinieron a hallar los dos solos cercados de enemigos donde peleaban con tantos brios como si fueran ciento de a caballo. Donde no sé cual hazaña sea mas digna de alabanza: o la destos dos valerosos soldados, o la de su capitan Lorenzo Bernal, que por acudirles como buen caudillo se expuso al mesmo peligro, que ellos metiéndose entre los enemigos con su escuadra a sacarlos de sus manos: como otro Luzilo, que se puso a riesgo de la vida, por escapar a su capitan Bruto de poder de los filipenses metiéndose él entre ellos para darle lugar a que huyese. Largo negocio seria contar por extenso las cosas notables que en estos cuarenta y cinco dias sucedieron, donde la hambre de los caballos fué tan cruel que cayendo sobre ellos muchas saetas, que venian de fuera arremetian unos a otros a sacárselas con los dientes para comerlas, despues de haberse comido las colas y clines sin que quedase alguna en todos ellos. Finalmente vinieron ántes los indios a fastidio, que los españoles a desmayo, tanto que de puro enfadados hubieron de desistir de sus intentos alzando el cerco, y retirándose a un lugar bien apartado para deliberar de nuevo, lo que pareciese ser mas conveniente. Fué tal el rastro que dejaron de la continua batería de aquellos dias, que en solo las flechas que cayeron dentro de la fortaleza hubo siempre leña suficiente para guisar de comer todos los soldados: y aun sobraron despues de alzado el cerco quinientos y ochenta mil sin otras muchas, que destruyeron los caballos.

CAPITULO XXII.

De como se despobló la casa fuerte de Arauco: y de la victoria que el capitan Lorenzo Bernal alcanzó del jeneral indio llamado Quiromanite en la ciudad de los Infantes.

No era poco el cuidado, que el nuevo gobernador tenia de ver la tierra puesta en tal estrechura, que era imposible conservarse todo: ántes no habria cosa segura miéntras se acudia a muchas. Y teniendo por el mas acertado acuerdo el tener la jente recojida, se determinó a desamparar algunos puestos para que los soldados dellos acudiesen a los mejor parados, pues es cierto segun filosofía y experiencia, que la virtud unida es mas fuerte, y se exede así mismo, cuando atiende a diversas cosas. Y para dar principio a esto mandó ante todas cosas, que se alzase mano de la casa fuerte de Arauco: lo cual se hizo saliendo los españoles della a los quince del mes de julio del año de mil y quinientos y sesenta y tres. Mas como al salir Bernal con su artillería, y bagaje llevando consigo los ochenta hombres, que habia de presidio, no faltó quien puso fuego a la fortaleza por despedida. No pudo el humo que procedia del incendio dejar de ser un cierto y veloz correo de la novedad, que habia: a lo cual concurrieron muchos indios de diversos lugares con las armas en la mano de suerte, que llegaron a dar alcance a los nuestros cerca del rio Longonabal obligándoles a pasarle a nado abalanzándose a él con manifiesto riesgo y aun pérdida de Francisco Gomez Ronquillo, que quedó tan ronco con la demasiada agua fría, que ni habló mas palabra, ni bebió mas gota en toda su vida: sucediéndole a este ejército poco ménos, que lo que acaeció al de Frederico emperador en Obarbo, cuando habiendo tomado por combate algunos pueblos de Armenia pasaba a Jerusalen, que al badear un rio le encaminó el torrente por otra parte llevándoles mas apriesa, y mas leguas de las que él quisiera, si pudiera querer, que no pudo aturdido en el raudal que le sirvió de andas y sepultura. Con todo eso no dejaron los indios de picar algo en la retaguardia desistiendo dello a poco trecho para acudir a echar por tierra la casa fuerte, que a pocos lances no fué fuerte, si la tierra debe llamarse no fuerte sino débil.

No fueron pocos los encuentros, que fué teniendo Bernal en el camino con los enemigos hasta llegar a la ciudad de la Concepcion donde dejando la gruesa de su jente pasó con veinte hombres a la ciudad de los Infantes por capitan y justicia mayor della. Y no fué envano el consejo del gobernador en favorecer al pueblo con este socorro: porque como es el lugar mas cercano a los enemigos, los tenia cada dia a la vista con diversas amenazas, y ademanes. Y como ellos anduviesen sin otro cuidado ultra de desarraigar a los españoles de su tierra, juntáronse una vez mas de ocho mil para venir sobre la ciudad: lo cual no fué primero dellos intentado, que entendido de Bernal. Y para poner resguardo a lo mas necesario fortaleció el pueblo lo mejor que pudo

con una manera de baluarte donde se recojiese la jente no guerrera: y apercibiendo por otra parte para hacer rostro a los adversarios cincuenta hombres de a caballo. Cuando ellos llegaron a la vista de la ciudad, y entendieron estar en ella el capitan Bernal, no se atrevieron a acometerla: ántes haciendo alto junto al rio estuvieron a la mira sin pasar adelante. Y queriendo asentar reales de propósito se alojaron en faldas de un cerro que estaba sobre el mismo rio por ser el sitio mas fortalecido de todo el valle. Reconoció Lorenzo Bernal la falta de ánimo de los indios: y para mostrar el mucho suyo, salió con su escuadra de a caballo echando por otra parte otro escuadron de indios amigos en conserva de unos pocos soldados de infantería, acometiendo por dos partes con tal denuedo, que los indios no pudieron resistirle por largo rato: aunque lo intentaron al principio; mas en efecto se vieron tan apurados, que hubieron de salir de la guarida al cerro huyendo por diversas partes arrojándose los mas dellos al rio, yendo el resto: que serian dos mil, corriendo como venados por la llanada. Pero como los españoles se dividiesen en dos escuadrones por ir en seguimiento de unos, y otros rendidos, diéronle tanto en que entender, que los que iban por una parte, quedaban ahogados en el rio, y los que huian por otra hacian rio de su sangre muriendo pasados de dos mil sin los heridos, que eran en mayor número: con cuya huida, quedó el campo por los españoles, y la victoria declarada en aquel dia, que era juéves veinte y cinco dias del mes de marzo de mil y quinientos y sesenta y cuatro, que es el dia en que el hijo de Dios ocupó el sitio donde tenia pregonada guerra a fuego y a sangre contra el enemigo del linaje humano de quien alcanzó victoria, por la cual le dieron todos gracias, y por la que tuvieron aquel dia en su propia ciudad, por cuyas puertas salieron los niños y doncellas con palmas en las manos, y guirnaldas en las cabezas a recibir los vencedores celebrando sus triunfos con alegres cánticos, y danzas.

CAPITULO XXIII.

Del cerco que los indios de Arauco y Penco pusieron a la ciudad de la Concepcion, y desbarataron a dos capitanes con muerte de don Pedro de Godoy caballero sevillano.

Estaban en estos tiempos los indios araucanos, y tucapelinos tan resueltos en no parar hasta dar con los españoles fuera del reino, que acudian por momentos a dar rebato en la ciudad de la Concepcion donde el gobernador estaba con mas de 300 hombres de pelea, a los cuales inquietaban los indios cada dia: y cuando mas no podian, se vengaban en sus haciendas, quemándoles las sementeras, derribando las caserías de las estancias, llevándoles los ganados, y matando los pastores. En efecto estaba la tierra de suerte que ninguno podia salir de la ciudad un tiro de arcabuz seguramente por estar siempre los enemigos en espía haciendo estrago al que podian haber a las manos: la cual tormenta dura

hasta hoi, que no hai hombre, que ose salir de la ciudad media legua por ser el riesgo manifiesto. Particularmente fué mas grave este trabajo por espacio de 60 dias contínuos en que los indios tuvieron cercada la ciudad con notable detrimento de los moradores della: por no pasarse dia sin alboroto con calamitoso estrago, y matanzas de ámbas partes. pero como despues de mui enfadados los indios de tanto pelear, y estarse sin punto de quietud de dia, ni de noche acordasen de alzar el cerco, fuéronse a diversos puestos deseosos de sus acostumbrados banquetes, y borracheras.

Dentro de pocos dias se tornaron a convocar muchos dellos en la provincia de Itata para tratar de nuevo los medios espedientes para recuperar su libertad echando a los nuestros de sus tierras, de que se habian aposesionado a fuerza de armas. Llegó esta voz a oidos del gobernador, que estaba en la ciudad de la Concepcion, que es siete leguas de Itata, el cual para obviar los designios de los contrarios envió allá cincuenta españoles, que procurasen impedir los intentos de los indios tentando primero los medios de paz, y cuando no bastasen, llevándolo a punta de lanza. Salió el capitan Francisco Vaca con esta escuadra de soldados, y poniendo su jente en un lugar cercano a los enemigos, se estuvo a la mira tomando el pulso a las ocasiones, aunque algo remiso, y con ménos resguardo, que ellos pedian, confiado en el valor, y destreza de los suyos. Pero los indios que no dormian dieron sobre él con mano armada, y aunque les hizo rostro peleando con ellos animosamente, con todo eso fué vencido, y se hubo de retirar con pérdida de diez soldados, y sacando otros muchos heridos se fué con todos ellos huyendo hasta la ciudad de Santiago, que está cincuenta leguas del sitio donde se tuvo la batalla.

Estaba este tiempo en la ciudad de los Infantes un caballero llamado don Pedro de Godoy natural de la ciudad de Sevilla hombre de poca edad, pero de mucho valor y prudencia, y otras buenas partes y gracias de que Dios le habia dotado. Este oyendo decir la aflixion en que estaban los españoles de Penco se concertó con el capitan Juan Perez de Zorita para ir con él a dar socorro a los que estaban en tal aprieto. Y saliendo el capitan con alguna jente española trajo consigo a este don Pedro de Godoy, estando satisfecho de lo mucho que podria ayudarse de su industria y fuerzas. Mas como no pasaba un mosquito por el aire sin que los indios lo divisasen, supieron luego como esta jente venia de socorro, y así se atravesaron en el camino en un mal paso de la tierra de Levocatal, cosa de dos leguas de la ciudad de la Concepcion. Como los españoles llegaron a este paraje, y se vieron cercados de enemigos, inopinadamente comenzaron a defenderse como mejor pudieron, de tal suerte que hicieron notable risa en los contrarios. Mas como los indios habian cobrado tal orgullo, y avilantez de la victoria pasada, no perdieron punto de sus brios peleando animosamente, de suerte que por ser muchos, hubieron de cansar a los españoles hasta ponerles en estremo trabajo: mayormente cuando dieron los nuestros alguna muestra de es-

tar fatigados, y comenzaban algunos a caer muertos y heridos. Pudo tanto el tesón que los indios tuvieron en pelear, que algunos de los españoles flaquearon, y comenzaron a escabullirse a uña de caballo, con lo cual se animaron mas los indios a ejercitar sus fuerzas y fiereza. Fué tanto el coraje en que se encendió don Pedro de Godoy de ver que tenian los indios la suya sobre el hito, y los españoles desfallecian, que se metió entre los contrarios haciendo gran estrago en ellos hasta que vencidos del grueso número quedó muerto en la batalla habiendo vendido mui bien su vida ántes de perderla. Entónces los pocos españoles que habia perdieron el ánimo del todo, y huyendo los mas dellos dejaron a su capitan con mui poca jente en los cuernos del toro, huyendo por diversas vias, tanto que el capitan hubo de hacer lo mesmo dejando cinco hombres muertos en la batalla. No fué poco el regocijo que los indios tuvieron en verse vencedores en dos encuentros sucesivamente; y mucho mas en haber muerto a donPedro de Godoy, cuyo valor ellos conocian como jente que habia esperimentado lo que valian sus manos, así en otros lances como en este, en que se habia mostrado tan valeroso, que no lo fué mas aquel nombrado Ubbo Fressico soldado del rei Haraldo que por gran cosa se dice dél haber herido a once hombres, y muerto a veinte y cinco en una batalla sin que alguno se atreviese a acometerle de cerca sino todos de léjos asaeteándole de suerte, que primero tuvo clavadas en su cuerpo ciento y cuarenta y cuatro flechas, que cayese en tierra. Porque aunque las saetas que pasaron a don Pedro de Godoy no fueron tantas fué mucho mayor el número de enemigos, que él dejó muertos y heridos. Y para celebrar los indios mas esta victoria le cortaron luego la cabeza sacando el casco della para que les sirviese de tasa en los banquetes y borracheras.

Pasados algunos dias despues desto, salió Pedro de Villagran de la ciudad de la Concepcion, para la ciudad de Santiago en seguimiento de Martin Ruiz de Gamboa, que por ciertos disgusto que con él tenia por no hacer el gobernador tanto caso de su persona como él quisiera, se salió de la ciudad, evadiéndose sin ser sentido. Y cuanto mas sin sentirlo salió della, tanto mas lo sintió el gobernador con tal estremo, que él mesmo fue en su seguimiento aunque pretendió tambien visitar de camino aquella tierra. Y despues de pasados algunos encuentros en la ciudad de Santiago, en que el gobernador puso en aprieto a Gamboa por haber salido de la guerra sin licencia, y por temas y pasiones manifestadas, finalmente reconciliados los dos se volvieron juntos llevando ciento y veinte soldados para nuevo socorro de la Concepcion. Cuando comenzó a caminar con esta compañía, ya los indios estaban puestos en arma para atajarle los pasos, haciendo un fuerte en Renoguelen, que estaba en medio del camino. Y mientras los nuestros iban marchando, se iban juntando muchos mas indios de pelea convocados por el valeroso capitan Quintorome hijo del cacique de Renoguelen acudiendo tambien a ello los capitanes Punpun, Bispange, Aliman, Joan Quin y otros de mucha fama. Apénas habia llegado la compañía española a la llana-

da de Maulí cuando los indios comenzaron a representar batalla; a cuyo ademan acudieron los nuestros como leones estrellándose en ellos, y trabando tan reñida batalla, que en espacio de tres horas no hubo instante de interrupcion, hasta que al fin dellos se declaró la victoria por los nuestros, los cuales batieron por tierra la fortaleza habiendo huido los enemigos con harto menoscabo de los suyos.

Habida esta victoria prosiguió el gobernador su viaje hasta la Concepcion metiendo en ella la jente que tenia de refresco, con la cual quedó la ciudad mas fortalecida y bien parada. No hago aquí particular mencion de muchas cosas notables, que iban sucediendo en este tiempo, porque seria cosa larga, basta decir, que en todo él nunca faltaban frecuentes alborotos: i con no parar los españoles corriendo la tierra para limpiarla de enemigos aunque no faltaban por momentos: y como Pedro Villagran diese buena cuenta de su persona esmerándose en no faltar en su oficio, vínole cédula del conde de Nicua virei del Perú, en que le confirmaba el nombramiento de gobernador, hecho por su predecesor Francisco de Villagran, mientras su majestad lo confirmaba o proveia otro de nuevo. Con esto se animó mas Villagran a tomar el negocio mas de propósito y las cosas de gobierno, y entre otras muchas, hizo una, que fué enviar a un deudo suyo, llamado Gabriel de Villagran, para que fuese a las ciudades de arriba con título de jeneral a hacer jente, y traer provision para la ciudad de la Concepcion donde él estaba. Y por ser el capitan Lorenzo Bernald tan valeroso, y bien afortunado lo envió con él, para que le hiciese espaldas ayudándole con obediencia y consejo, lo uno para hacerle respetar, y lo otro para que se hiciese respetar él mesmo. Llegó el jeneral a la ciudad de Valdivia donde no contento con juntar para la guerra los hombres aptos para ella, obligó tambien a los demas a ir en persona, o contribuir con sus haciendas sin dejar mercader, ni oficial a quien no sacase mas de lo qne podia dar: y recojiendo tambien todo cuando pudo de ropa, armas, y comida para sustento de los que andaban en la guerra. No escribo este punto en la ocasion presente, porque sea solo una vez, pues son muchas las que se hacen semejantes vejaciaciones porque es cosa ordinaria, y tan introducida y entablada, que dura hasta hoi, el mandar los gobernadores, echar derramas por todo el pueblo para sustentar las guerras, i mantener los soldados. Y no hai mas que salir al campo, y cojer una manada de ovejas o vacas; o entrar en las bodegas, o una partida de botijas de vino, y así vá lo demas en el maiz, y trigo, y las demas vituallas diciende esto para la guerra, estotro para la guerra, tomándolo a los pobres indios, y españoles fiado, y dándoles libranza para la caja real de donde se paragará cuando nuestro señor fuere servido que caiga algo en ella; que por agora con la continua guerra, no alcanza a un grano. Tanto que despues que vino al Perú por visorei don García de Mendoza que fué el año de 69 ha enviado de la ciudad de los Reyes algunas veces socorro de dineros: con lo cual lo han pasado algo mejor los pobres soldados: que suelen andar hechos pe-

dazos los cuerpos, y los vestidos, y aun moririan de hambre si no tomasen los bastimentos por el órden que digo, si órden llamarse puede. Viendo, pues, los de Valdivia lo que Gabriel de Villagran habia hecho, quedaron tan fiscados, que cuando volvió de la ciudad de Osorno de hacer otro tanto, no le quisieron recibir en la ciudad, poniéndose todos en arma antes que llegase a ella con tantas veras, que en muchos dias, y noches no se les caian las cotas de los hombros a los soldados. Y era tanto el tocar la campana, alarma que finalmente se puso a tocarla por su misma mano el alcalde del pueblo llamado Pedro Fajardo que era vecino i persona de estofa y fué tanta la priesa que se dió que o por haberse tocado tanto la campana, o porque no era cursado en el oficio se vino a quebrar con ser harto gruesa, cayendo tambien la lengua de la campana, y dando un buen porrazo en las manos del pobre alcalde, que por poco le diera en la cabeza. Y no faltó quien fajó con Fajardo riñéndole porque se habia metido en oficio ajeno: como tambien lo fuera de mi historia si se reparara en este punto, si solamente atendiera a que lo hallé escrito en el autor: pues a cada paso voi dejando otras muchas cosas, en que él se cansó escribiéndolas por estenso; pero escribo ésta para que se entienda cuanto daño hace una lengua, cuando se desconcierta, y cae de golpe. Porque si cuando estaba esta concertada en su campana se oia en toda la ciudad, y no fuera de ella, y despues por haberse desconcertado, dá tal estampido, que llega el rumor a donde llegase la historia, que hará una mala lengua, cuando se desmanda, y sale de madre? Y tambien escribo esto porque me cuadra la similitud, que habia dias que andaba a buscar cosa a que comprar la mala lengua, y no he hallado tan apropósito. Porque si la del escorpion inficiona con escupir tambien hai lenguas de hombres y aun de mujeres, que con solo escupir, con cierto ademan, o sonsonete dan a entender segun subjeta materia, mucho mas que con palabras pudieran, contaminando a un linaje entero: mas la diferendia es que la del escorpion es remediable con ponerla encima de la mordedura o parte inficionada; pero el daño que hace una mala lengua raras veces se puede soldar, aunque la mesma se ponga a remediarlo; pues el estrago es irreparable, y no en balde la comparo a la lengua de la campana, pues (si bien se advierte) la lengua del hombre cuelga de la campanilla: y si no acierta ser cuerdo el que la tiene, no es mas, que una campanilla de un muñidor que anda todo el dia convocando jente. Tampoco me parece que la puedo comparar a la espada de dos filos, o a la escopeta o verso si ya no fuese el verso de David, que pidiendo a Dios, que le libre de los libros inícuos, y lengua dolosa, le responde Dios: qué remedio quieres que te dé? o qué medicina quieres que te ponga para defenderte de tal lengua ; porque estos instrumentos para herir, y otras semejantes solamente son nocivas al enemigo mas no al amigo, ni al mismo que usa dellos: mas la mala lengua no solamente a los émulos sino tambien a los migos, y hermanos suele ser perjudicial, y mucho mas asi misma, pues miéntras está diciendo mal de otros está pregonando que ella es mala. Y así me

resolví en compararla a cualquier instrumento séase cual se fuere, aunque no sea de guerra, con tal que esté desconcertado: pues la pieza de artillería, que es mui útil al que la dispara si vá con órden; vemos que cuando revienta, no perdona a los mesmos de su bando, ni aun al mesmo condestable, que le pone fuego. Y mui mas frecuentemente se ve esto en una espada cuando está descompuesta como si estuviese sin contera, y la punta descubierta, que por donde quiera iria picando: y así no habria hombre, que osase parar cerca del que la llevaba por el manifiesto riesgo que habria en no huir de hombre que por donde quiera que pasa pica. Desta suerte me parece a mi que la lengua mordaz, o detractora va haciendo este oficio por donde quiera, que aquí pica, allí pica, y acuya pica sin perdonar estado, ni sexo secular, clerigo o relijioso a quien no pique. Y asi cuando las jentes ven un hombre deslenguado que pica, de aquí suelen decir: guardaos dél, como lo dicen del que trae espada, o estoque desconterado. Y lo peor es que al que procede desta suerte no hai remedio de echarle contera en la lengua, y cuando mucho tendrá en ella, no contera, sino cuento, y ese no de lanza, o sarjenta, sino cuento que contar, que hace mas enconada la herida, que el de la lanza o partesana. Y porque, dije, que cuando está desconcertado el instrumento no es menester que sea de guerra para herir, lo doi a prueba en un vidrio, que con ser para el regalo del, hombre, con todo eso en quebrándose suele dar mui buena herida al que no se rescata dél; cuanto mas la lengua si es vidriosa, y empieza a quebrar con alguien soltando la maldita? Y no solo esto, mas aun el instrumento diputado a cosas sagradas cual es la campana, vemos que en desordenándose hace tambien daño con su lengua, como agora consta por este ejemplo de la que cayó ssbre el alcalde Fajardo. Mas como Gabriel de Villagran fuese hombre cuerdo, y desease evitar desaciegos, oyendo el que en Valdivia lo levantaba no quiso pasar adelante, sino echando por otro camino se fué a la ciudad Imperial. Aunque despues hizo el gobernador las pesquizas, y castigos que le incumbian de oficio, con el ménos dispendio de hacienda que fué posible.

En este tiempo estaba la ciudad de la Concepcion tan combatida de los indios, que era necesario el bajar a ella jente de todas las ciudades de arriba, como se ha dicho: mas como se juntasen todos en la ciudad Imperial en el corazon del invierno, donde era peligroso el paso de Arauco y Tucapel, así por la aspereza de los caminos, como por la multitud de indios puestos en arma, parecióle al capitan de la ciudad, que era Juan Ortiz Pacheco, que no convenia aventurar la jente a tanto riesgo, la mandó volver o sus puestos mientras no se allanaba mas el paso. Sucedió entónces que los indios rebelados se convocaron para cierta junta en un lugar cerca de Moquegua: y queriendo este capitan desbaratarlos ántes que el negocio fuese adelante envió alguna jente, y por su capitan a Juan de Vera, que la llevase a la casa fuerte de Moquegua, que está siete luegas de la ciudad. Fué este capitan donde le era mandado mas con algun descuido, ménos prevencion, que el tiempo

requeria; y asi dando en él los enemigos le hicieron ir mas que de paso con pérdida de siete hombres que le mataron, i sobreviniendo a la ciudad Imperial, que estuvo en no pequeño riesgo de perderse. Despues deste suceso salió el gobernador Pedro de Villagran para Santiago, no en romería como peregrino, sino como hombre que iba a esperar mas de cerca las provisiones reales del oficio de gobernador: cuyo suceso por ser negocio tan largo, que haria serlo el capítulo demasiadamente lo reservaremos para el que sigue.

CAPITULO XXIV.

De la entrada de Jerónimo Costilla en Chile con un ejército de soldados. Y del nuevo gobierno de Rodrigo de Quiroga

Ya en este tiempo era muerto el conde de Nieva virei del Perú, y habia sucedido en su lugar el presidente Castro, que gobernó el reino algunos años. Este sabiendo que habia muerto Francisco de Villagran y estaba el reino sin gobernador propietario, acordó proveer en esta plaza a Rodrigo de Quiroga que era de su tierra, que es Galicia por ser hombre principal, y de los primeros conquistadores que entró con Valdivia. Y asi por esto, como por fortalecer mas a Chile, envió al comendador Jerónimo Castilla con pocos mas de doscientos soldados para que diese socorro al reino; y juntamente metiese en posesion del gobierno a Rodrigo de Quiroga conforme a las provisiones que llevaba. Esta nueva llegó en parte a oidos de Pedro de Villagran, el cual supo solamente la partida del ejército sin constarle a lo que venian. Y aunque al principio se alborotó algo, pero mucho mas despues que supo que habia llegado a la ciudad de la Serena, y no le enviaba Jerónimo Costilla siquiera una carta de comedimiento. Y sospechando lo que podria ser tuvo presuncion, de que si venia nueva provision de gobierno era para Rodrigo de Quiroga, se congojó grandemente y procuró poner dilijencia en obviarlo. Para esto juntó a los rejidores en cabildo tratando con ellos del negocio, y calificando por negocio sospechoso el entrarse así aquella jente de guerra sin querer dar a nadie parte de sus intentos, y que por tanto les incumbia el resolver si seria espediente impedirles la entrada hasta que estuviesen mas declarados sus motivos. Y receládose de que Rodrigo de Quiroga debia de estar ya sobre aviso; mandó a los alguaciles, que tentasen las corazas a todos los presente escudriñando si algunos venian armados; porque le constaba ser Quiroga bien quisto, y amistado en el reino: y por consiguiente estarian pertrechados los de su bando. Comenzose a ejecutar esto en presencia de Quiroga, que era alcalde ordinario: el cual entre el alboroto y mormollo se escabuyó disimuladamente, y se fué a la casa de Alonso de Escobar, donde se hizo fuerte con algunos amigos suyos: lo cual sintió mucho Villagran, mayormente porque enviándole un mensajero llamado Juan Alvarez de Luna, echó mano dél Rodrigo de Quiroga, y le encerró en un aposento por haberle dicho algunas palabras de parte del gobernador con

demasiada libertad en mucho deshonor suyo. Y aunque el mesmo gobernador entró en la casa donde estaba Quiroga hablando a voces desde el patio, intimándole la exorbitancia que hacia en no rendirse a la justicia: con todo eso él no quiso salir: mas respondió desde los altos, que él no pretendia mas de librar su vida, la cual estaba en manifiesto riesgo por los indios que su señoría habia dado de querer quitársela sin causa, y en lo demas estaba sujeto a lo que él mandase, y lo estaria siempre como era razon: y con estas palabras se quedó en su casa, y el gobernador volvió a la suya. No eran pocos los dichos de todo el pueblo notando al gobernador de algun ménos brio, del que su oficio requeria, y atribuyéndolo a diversos fines con el comento, que a cada cual le parecia. En este interin se escabuyó de la ciudad Martin Ruiz de Gamboa, que era yerno de Quiroga, y se fué al puerto que está diez i ocho leguas: donde recibió al jeneral Jerónimo Costilla con muchos regalos de refrescos, y le dió cuenta del sisma que habia en la ciudad: con lo cual le estimuló a marchar a prisa con su jente sin responder a una carta del gobernador Pedro de Villagran, que le alcanzó en aquel puerto, lo cual él tuvo por gran desprecio de su persona, como en efecto parece que lo era.

Entró Jerónimo Costilla con su ejército en la ciudad de Santiago pasando la calle a manera de alarde, llevando delante cuatro piezas de bronce, y mucha arcabucería viniendo a parar en la plaza principal al romper del dia con estandarte tendido como si fuese a entrar en alguna batalla. De allí envió luego a llamar a Rodrigo de Quiroga, y le entregó en presencia de todos la provision de gobernador metiéndole en posesion del oficio el mesmo dia, que era en el mes de junio de mil y quinientos, y sesenta y sinco. Viendo los de la ciudad lo que pasaba hubo diversos pareceres sobre el caso, porque asi Villagran como Quiroga tenian muchos amigos en el reino, y cada cual era del bando de aquel con quien tenia mas prendas. En efecto juntándose los rejidores en el cabildo vino a ser recibido Rodrigo de Quiroga por solo un voto que tuvo de ventaja, y con esto quedó la ciudad quieta; y fueron bien hospedados los recien venidos, de los cuales habia muchos que eran personas principales, como era Gutierre Lazo de la Vega, el capitan Gaspar Verdugo, el capitan Diego Varaona y otros muchos. Poco despues mandó el gobernador prender a Pedro de Villagran su predecesor, y lo tuvo con guarda en poder del capitan Juan de Quiros, hasta que finalmente lo mandó embarcar para el reino del Perú donde llegó en breves dias.

Fué Pedro de Villagran natural del Colmenar de Arenas, hijo de Joan de Villagran, escribano de cabildo hombre bien nacido, y de respeto; entró en Chile con don Pedro de Valdivia, fué maestre sala suyo, y despues capitan y maestre de campo. Hallóse en la poblacion de la ciudad Imperial, fué puesto por capitan della, en el cual oficio estuvo cuatro años, sustentándola con harto trabajo, tuvo una encomienda de indios llamada Tirua, dada por el gobernador Valdivia con veinte mil

indios tributarios. Dejó a Chile por ver la tierra tan inquieta; y acojiéndose al Perú donde se casó con una señora de mucha suerte llamada doña Beatriz de Santillan vecina del Cuzco donde tenia diez mil pesos de renta. De allí volvió a Chile sabiendo que Francisco de Villagran deudo suyo era gobernador del reino, en el cual quedó en el mesmo cargo por muerte suya. Y finalmente volvió al Perú desterrado por quitar los alborotos que pudieran resultar entre sus amigos, y los de Quiroga sobre el gobierno y los desabrimientos referidos.

En tanto que en la ciudad de Santiago iban sucediendo estas cosas, estaba la ciudad de Valdivia no ménos desasosegada por una cosa que tenia dependencia del gobernador pasado. Y fué que Pedro Fernandez de Córdova comenzaba a hacer pesquizas sobre los ruidos precedentes de la visita de Gabriel de Villagran, que (segun dijimos) llegaron a tanto que hubo de quebrarse la campana de la iglesia. Y como la condicion [sic] que este pesquisador traia era dada por Pedro de Villagran, y llegó la nueva de que estaba desposeido del gobierno, comenzaron a intervenir dificultades sobre esta comision de Pedro Fernandez de Córdova, pareciéndoles a algunos que estaba en su vigor, y a los mas, o casi todos que habia espirado. Hubo sobre esto muchos dares y tomares, y pareceres diversos de letrados hasta que finalmente se juntaron todos los rejidores con el mesmo pesquisador. Le tuvieron tan apretado, y a pique de aprisionarlo, que él echó mano a la espada para defenderse de todos ellos. Con esto hallaron causa suficiente para echarle mano, y así lo hizo el alguacil mayor, que era Francisco de Redondo, el cual lo llevó preso quitándole la vara de las manos. No habia pasado muchos dias cuando él se salió de la prision por entre tres hombres de guarda, que allí estaban, dando una cuchillada al uno dellos que era rejidor de la ciudad; y se acojió a la iglesia mayor della con catorce hombres amigos suyos: y aun Alvaro de Mendoza, que era capitan de la ciudad de Osorno dejando su fundicion salió con jente, y bandera tendida comenzando a marchar para darle socorro en este trance. Fué tanto el alboroto de la ciudad de Valdivia, que cercaron la iglesia, no solo con escuadrones de jente, mas tambien con palizadas, y otros preparamentos, y aun cerraron las puertas a piedra, todo para que la hambre y sed, que es persuasora de la bajeza constriñese a los encerrados a que se rindiesen a los rejidores. Y llegó a tanto la afliccion en que se vieron por falta de agua, que hubieron de acojerse al remedio de que usó David cuando iba perseguido de Saul, en la ciudad de Nobe, donde apurado de hambre comió los panes santos de proposicion, que estaban en la iglesia dedicados al culto divino como cosa sagrada: los cuales le dió el sacerdote Achimelec a falta de otros. Pues ya que Pedro Fernandez de Córdova, y sus secuases no comieron el pan bendito porque no lo habia, a lo ménos bebieron el agua bendita: pareciéndoles que no era mucho quitársela a los de la ciudad estando en aquella agonía, pues ellos sin necesidad habian quebrado la campana de la iglesia: finalmente se metieron por medio personas relijiosas, y se vino a dar por medio de

paz, que el pesquisador dejase la vara, y desistiese del oficio, y los rejidores le dejansen ir libremente, lo cual se ejecutó por entónces, aunque despues que entró en Chile la real audiencia, fué el pleito a ella, donde salieron por libres los unos y los otros.

CAPITULO XXV.

De la batalla que Martin Ruiz de Gamboa tuvo con los indios de Turaupe, y la que tuvo el gobernador Quiroga con los indios de Talcamavida. Y otros encuentros habidos en Arauco.

La primera cosa que el gobernador Quiroga puso ante los ojos para entablar bien su oficio, fué el tratar del órden de las cosas de Arauco para lo cual señaló lo primero a Lorenzo de Bernal de Mercado por maestre de campo de todo su ejército, por ser hombre que cada dia iba creciendo en opinion y obras de hombre valeroso y bien afortunado; por otra parte envió a su yerno Martin Ruiz de Gamboa a las ciudades de arriba a recojer jente y bastimentos para la guerra, a lo cual se dieron tan buena maña, Bernal por una parte y Gamboa por otra, que en pocos dias se juntó gran cantidad de bastimentos, municion y armas, que se pudiera emprender cualquier viaje de largo tiempo. Habiendo, pues, congregado Gamboa ciento y veinte hombres en las ciudades de Valdivia, Osorno y los Infantes, se vino marchando hácia la parte de Arauco, donde habia de juntar su jente con el campo del gobernador que iba a salirle al encuentro como estaba concertado. Mas como en la prosecucion de su camino se alojase un dia en un lugar que está a ocho leguas de la ciudad de los Infantes, que es un lebo llamado de Turaupe, salieron a él gran suma de indios repentinamente cojiéndolo casi descuidado. Mas fué tanta la dilijencia de los españoles, que en dos palabras salieron sesenta de a caballo, y Martin Ruiz con ellos con tantos brios que los indios desaparecieron con mas velocidad que habian venido sin atreverse a entrar en fuego con los nuestros. Aquella noche les pareció a los de nuestro campo dar una trasnochada sobre los indios del lebo de Puren, los cuales estaban ya esperando con las lanzas en las manos; pero hallaron la entrada tan montuosa y áspera, que no eran señores de sí ni de sus caballos, y asi hubieron de desistir prosiguiendo en su viaje hasta dar con el ejército de Quiroga. Ya en este tiempo llegaba él al rio grande de Biobío, el cual pasó la jente en balsa y los caballos a nado un juéves quince de diciembre de 1566. Apénas estaban de la otra banda, cuando llegó la compañía de Martin Ruiz y todo el bagaje que traia, con lo cual se aumentó mucho el ejército llegando a casi quinientos hombres, cosa que despues de la entrada de Almagro no se habia visto en Chile hasta entónces. Y por estar tan propincua la páscua se alojó al campo vega de un rio cerca de los Infantes donde hicieron alto con grandes regocijos, así por celebrar la fiesta que los pedia, como por verse tantos españoles juntos, y tan pertrechados i bastecidos para la guerra. En este lugar or-

denó Quiroga su campo disponiendo las cosas concernientes a todo su ejército, y nombrando los primeros oficiales de guerra entre los cuales salió por coronel Martin Ruiz de Gamboa; por alferez jeneral Gabriel de Zúñiga; por sarjento mayor Agustin de Paredes; por capitanes de a caballo Diego Baraona, Baltazar Verdugo, Joan Gudines y Francisco de Caravajal. Pasadas las páscuas mandó el gobernador a su maestre de campo Lorenzo Bernal que alzase luego los reales, y comenzase a marchar el ejército hácia el cerco de Catirai, que está en la tierra de Mareguano donde ya los enemigos se habian juntado en grueso número, reparando el fuerte en que habian muerto a Pedro de Villagran hijo del gobernador pasado. Habiendo pues caminado pocas leguas, le salieron al camino algunos escuadrones de indios araucanos, contra los cuales envió Bernal al capitan Verdugo con su compañía de a caballo, de quien fueron acometidos con tanto ímpetu, que se hubieron de retirar hácia el fuerte, yendo poco a poco para llevar cebados a los españoles adonde se hallasen cercados de todo el ejército araucano. Y aunque el gobernador hizo demostracion de querer dar sobre la fortaleza y lo ordenó así resolutamente, con todo eso con sola una palabra de Bernal, que dijo no ser conveniente, retrocedió de su parecer diciendo que él tenia por bien el seguir lo que él trazaba. Cosa por cierto digna de alabanza y en que mostró el jeneral mas valor, señorío i prudencia que si insistiera en su parecer mandando se ejecutase lo que una vez se habia ordenado: porque cuando las cabezas que tienen poder absoluto ponen ministros diputados para los oficios necesarios al asunto de su gobierno, tanto mas señores se muestran cuanto mas están dependientes dellos, dándoles mano para sus ministerios sin quererse rejir en todo por su juicio, pareciéndoles que por ser cabeza pierden de su derecho en no dar de cabeza y ser cabezudos: como quiera que ninguno por aventajado que sea puede saberlo todo. En efecto, el gobernador dejó el fuerte y llevó su campo a unas lomas, que estaban adelante poco trecho, donde mandó asentar sus reales por ser el lugar cómodo, así para seguir los enemigos como para recreacion i sustento de su jente. Viendo los indios del fuerte que los españoles se les habian puesto allí tan de propósito, salieron a ellos con su ejército mui ordenado haciendo ademanes y representaciones de batalla; mas como los nuestros comenzasen a jugar la artillería y saliese una manga de arcabuceros, y por otra parte una escuadra de jente de acaballo, tuvieron por bien de retirarse a su fortaleza aunque no sin harto menoscabo de su jente, que murió en el encuentro ántes de poder ponerse en salvo.

Despues desto comenzó el gobernador a correr la tierra con algunos de los suyos topando siempre lugares deleitables y enfadosos enemigos que iba atropellando, volviendo siempre al alojamiento de las lomas, donde estaban las tiendas armadas y situada la gruesa del ejército. Y por estar los indios metidos en un lugar montuoso a donde no les podia entrar refresco ni socorro que no pasase rejistrado por medio de los

reales de los nuestros, no quiso Quiroga levantar de allí su campo hasta apurarlos, asi con hambre como con fuerza de armas. Finalmente se determinó un dia de acometerles con toda su jente, a lo cual se pusieron los adversarios para hacerle rostro, no tanto con ánimo de ponerse en pelea, cuanto por hacerle inclinar a la parte que ellos le estaban desafiando, y dejar la otra desocupada para ponerse ellos en huida. Cuando el gobernador los vió estar braveando, abalanzóse entre ellos con gran coraje, llevando consigo 200 españoles que eran otros tantos leones: pero ántes que llegasen al sitio de los indios, estaban ya ellos puestos en salvo dando a correr por el lugar que los nuestros dejaron desocupado, como tambien ellos dejaron su fortaleza. Mas como el intento de los españoles era no parar hasta apurar a los indios del todo, o reducirlos a la paz i obediencia primero fueron marchando al lebo de Talcamávida, tierra a maravilla fértil y abundante de todo lo necesario para su sustento. Estando alojado allí el ejército, comenzó el jeneral a subir por una serranía por donde se entraba al estado de Arauco: y entendiendo que tenia tres leguas de camino, no quiso pasar adelante sin llevar todo su ejército puesto en órden de guerra y mui a pique de pelear con los enemigos, que tenia por cierto que saldrian de travesia: y asi mandó al maestre de campo que llevase la vanguardia, poniéndose él en la batalla y en la retaguardia su yerno Martin Ruiz con 100 soldados. Desta manera subieron un buen trecho de la sierra, y llegando a un paso angosto y áspero, dieron con grandes huestes de indios belicosos que salieron de través con mano armada para impedir el curso a los españoles y hacer allí estrago en ellos; porque en semejantes angosturas y montañas pueden mejor bandearse los indios que van a pié desarmados y aun desnudos, que los hombres de acaballo que van armados, y por pasos cuyas entradas y salidas no han conocido ni esperimentado. Con todo eso fué tal el ánimo de los nuestros que hicieron de la necesidad castillo de refujio y culebrina irrefragable, como suele suceder muchas veces a un gato manso, que en viéndose en lugar espacioso anda por toda la casa sin ofender a nadie, y si le encierran en lugar estrecho y le apuran demasiadamente, se enciende en tanto coraje i y furor, que por una parte está con la afliccion sudando como gato de Algalia, y por otra ensañándose como leon con tanta furia que salta a la cara al mas valiente, y con dientes y uñas hará estrago en media docena de hombres que se ponga por delante. Asi que el estrecharles a los nuestros el paso fué ensancharles el corazon; el salir a matarles, fué ponerles delante jente que matasen, como lo iban haciendo i llevando a los enemigos trompicando por la cuesta arriba hasta llegar a lo mas alto della, donde en una como plaza harto capaz, tenian su fortaleza donde se fueron recojiendo mas presto quien mas podia. Allí se tornó a trabar la batalla mas sangrienta por haber mas oportunidad para bombardear a los indios, haciéndoles salir a pelear en campo raso con gran dispendio de su jente sin cesar un punto la refriega, con haber ya entrado tanto el calor del dia, que bastara a encalmar en

media hora así a los hombres como a los caballos. Fué tanto lo que los nuestros dieron en qué entender a los contrarios que finalmente, de mui apurados hubieron de volver las espaldas huyendo cada cual sin ver por donde iba con tal que se quitase de la vista de los españoles, y asi dejaron el campo cubierto de cuerpos muertos, y no hallando hombre dentro quebraron su coraje en las paredes, batiéndolas en breve espacio; porque no fuesen otra vez refujio a los enemigos.

CAPITULO XXVI.

De la nueva fundacion de la ciudad de Cañete y fortaleza de Arauco; y la batalla de Puren entre Lorenzo Bernal y los indios de la ciénaga.

El dia que se dió fin a esta batalla referida, se contaron veintiocho dias del mes de enero de mil y quinientos y sesenta y seis, cuando por acercarse el invierno no pudo la jente española detenerse mucho tiempo en esos pasos: y asi por despedida se contentaron con hacer algunas salidas a correr la tierra y destruir la cementera y ganados de los indios para cojerlos por hambre, ya que no podian por otro medio. Despues desto se vino todo el ejército marchando al puerto del lebo, donde le pareció cosa conveniente fundar una ciudad a donde recurriesen todos los soldados que salian diversas veces por aquel distrito a correr la tierra. Y así como lo pensó, lo comenzó a poner por obra edificándola con nombre de la ciudad de Cañete, que era el que don García de Mendoza habia puesto a la que él fundó, la cual se habia despoblado por órden del gobernador Pedro de Villagran, como se ha dicho; y aunque esta nueva fundacion se hizo siete leguas del sitio de la primera, con todo eso no quiso Quiroga mudarle el nombre poniéndole alguno con que autorizase el suyo, por guardar el debido respeto al marques de Cañete que tan insigne benefactor era de todo Chile. Púsose la primera piedra en esta fábrica en el febrero siguiente del mesmo año de 66, edificando en ella una buena fortaleza por ser lugar que está en frontera de enemigos y necesitado de pertrechos. Estando el gobernador en este pueblo comenzaron a acudir algunos a dar la paz aunque mui pocos, y esos tibiamente sin haber muestra de amistad firme i segura. Y queriendo el gobernador no perdonar oportunidad que no intentase, envió a un soldado portugues llamado Gomez de Acosta, edificar de nuevo la casa fuerte de Arauco, cometiéndole este cargo por ser hombre intelijente y esperimentado en semejantes ministerios. Mas no por eso dejó Quiroga de ir en persona dentro de pocos dias a poner mas fervor a la obra con su asistencia, añadiendo mas jente para hacer fosos y otras machinas necesarias y usadas en los lugares donde están situadas las fortalezas y castillos.

Por otra parte despachó a Lorenzo Bernal con buen número de soldados a la provincia de Puren, donde segun la fama se iban congregando muchos indios de diversos puestos para fortalecerse con la comodidad del sitio, que es mui apropósito para ellos. Estaban estos indios aloja-

dos en un lugar cenagoso de espacio de dos leguas, que casi todo ello es un pantano cuya incomodidad y arcabuco cuanto mas impide a los españoles la entrada, y el poderse rodear en tan fragosos lugares, tanto mas los fortalecia a ellos, por ser jente suelta y lijera y sin vestidos ni armas que los embarazase. Era esta entónces como una cueva de ladrones, de donde salian a hacer asaltos a los caminantes, y a veces a dar rebato a la ciudad Imperial, obligándola a estar siempre en arma; y aun a la ciudad de los Infantes no causaron poca inquietud con algunos acometimientos que hacian. Por esta causa se resolvió Bernal en romper por cualesquiera dificultades entrándose por aquel bosque con ciento, y cincuenta arcabuceros, y cincuenta hombres de acaballo, sin otra compañía que indios yanaconas, hasta dar con los retretes mas interiores de aquella espesura, donde halló en un sitio harto cenagoso hecho un pueblo donde los indios tenian sus hijos y mujeres, y todas sus haciendas recojidas, y una fortaleza edificada, no contentandose con la misma del lugar, que no era de poca cuenta para ellos. Y era tan grande el número de las personas, que solamente los que estaban a punto de pelea pasaban de 6,000, que para aquel tiempo no eran pocos. Apénas se habian careado ellos y los nuestros cuando se trabó una batalla de las mas reñidas que se han visto en Arauco; donde por ser el lugar aparejado para resonar mucho el eco, y hacer grande estruendo el boato así de los alaridos, como de los tiros de bronce y escopetas, parecia dia de juicio, y mucho mas por las mui lastimosas matanzas que se hacian a causa de estar tan a la mano, no solamente jente que podia matar y morir como los de pelea sino otros muchos que estaban entre los piés de los caballos para ser muertos, como eran niños, viejos, y mujeres: de suerte que entre todos hicieron al campo una hermosa, aunque horrenda vestidura de grana, y matizaron los habitables árboles del boscaje, no faltando hartas perlas para su adorno con las muchas lágrimas de las desventuradas mujeres y tiernos niños cuyos sollozos y lamentos bastaran a poner terror, cuando mas no hubiera. Desta suerte se hizo aquel dia un estrago harto lastimoso en aquellos desventurados indios que pocos años ántes habian sido señores de todas las praderías, montes, collados, valles, y dehesas, y por decirlo en una palabra, de toda la tierra, y así habian venido en tanta miseria, que aun una ciénaga, a que se acojian, para amapararse no se la dejaban, ni a ellos en ella, hasta que muriesen, o sirviesen. Apénas habian los nuestros salido con la victoria, no quedando indio en todo el circuito, que no hubiese huido, cuando dieron en tierra con la fortaleza, dejando asoladas las cacerías, por desarraigar del todo a los contrarios de aquella ladronera: pues ninguna cosa es mas eficaz para haber a las manos la caza, cuando los monteros la siguen, que el hallar la liebre la madriguera desbaratada al tiempo que se va a guarecer en ella. Hallóse en esta batalla el autor de quien saqué esta historia, el cual afirma, que así por la disposicion del lugar, como por la mucha matanza de la jente, fué un espectáculo, no ménos estupendo, que doloroso, el cual ocupó el tiempo dedicado a las exequias anuales

de la pasion del hijo de Dios; andando toda la semana santa semejantes estaciones, donde solo hubo, que tuviese apariencia de semana santa pavorosa voz de clarin, y mucha efusion de sangre. En este tiempo le pareció al gobernador dar una vuelta por la tierra en busca de los enemigos: los cuales usando de maña acordaron de dar sobre la ciudad de que él salia, que era la de Cañete nuevamente fundada, donde estaba por capitan y justicia mayor Agustin de Ahumada, hermano de una señora, que andaba entónces en harto diferentes cuidados, que era la bendita madre Teresa de Jesus, cuyas hazañas ocupan otro libro de mas insignes victorias que este, por haber sido todas, despojando al demonio de muchas almas, y con fundaciones de casas mas fuertes, que la de Arauco, y Cañete, las cuales no han podido contrastar las serpentinas horrendas del enemigo, ni los remolinos de los vientos, que suele mover levantando gran polvareda; por ser edificio fundado sobre la tierra: que si así fueran los de Chile, a buen seguro, que no se hubiesen arruinado tantas veces. Mas como están fundados sobre oro, no tienen tanta fortaleza, porque si hai muchos que lo defiendan, hai muchos tambien que lo pretenden. Con todo eso en lo que toca a Agustin de Ahumada me contentara yo a lo que acá podemos rastrear verosimilmente que nunca otro fuera mas mal librado: porque el año de 91 murió en esta ciudad de los Reyes mui quitado de ruidos, por haberlos dejado muchos años ántes, dando con su vida, y muerte, esperanzas mui vivas de la gloria que Dios le tenia aparejada. Estando pues este capitan en Cañete de la frontera, al tiempo que sobrevenian los enemigos, ordenó que todas las mujeres, y jente menuda se recojiesen a la fortaleza, y él con la jente idónea para la pelea, salió a oponerse a los enemigos ayudándose de la industria, y consejo de un encomendero, llamado Alonso de Miranda natural de la ciudad Rodrigo, y del capitan Gabriel Gutierrez por ser hombres prudentes, y versados en el ejercicio militar. Con esto se trabó una refriega donde se metieron en harta cólera los de ámbas partes, en la cual se señaló mucho una mujer mestiza llamada Mari Sanchez cuyo marido, que era Antonio Diaz andaba en la pelea, porque ya que ella no echó mano a la espada como otras habian hecho, suplíólo con tomar dos talegones el uno de pólvora en una mano, y el otro en otra lleno de balas, con los cuales andaba animando a los soldados, y acudiendo a socorrer a su marido, como otra Hypsicratea mujer de Mitrídates, que andaba siempre a su lado en las batallas: y se cortó el cabello por encajar mejor la celada en la cabeza. Mas como los indios exediesen en número incomparablemente a los españoles, fué forzoso el retirarse al fuerte dejando la ciudad a los enemigos por suya: los cuales la pusieron fuego, comenzando tambien a dar batería a la fortaleza. Grande fué el aprieto en que los nuestros se vieron en este trance: donde sin duda pereciéran todos, si nuestro Señor no proveyera enviando el auxilio de su mano. Y fué que estando la refriega en su mayor coraje acertaron a llegar nueve españoles, que venian a ver el estado de las cosas, enviados por el gobernador los cuales como divisaron

el incendio, acometieron a los enemigos, cojiéndolos dentro de la ciudad por las espaldas: y como los de la fortaleza los columbraron comenzaron a dar voces diciendo: aquí, aquí, señor Martin Campo: para que los enemigos pensaran que venia Bernal, y con esto dieran a huir como solian.

Quiero decir aquí la significacion de este nombre Martin Campo, y el oríjen della, por ser cosa digna de notar, y mui divulgada en estas Indias. Y es que Lorenzo Bernal de Mercado fué tantos años maestre de campo en todo Chile, que ya los indios no le sabian otro nombre, sino el maestre de campo: y por no llegar la pronunciacion de algunos a expresarlo exactamente corrompian algunos el nombre llamándole Martin Campo. Y el primero que le puso este nombre fué un indio llamado Ampillan, el cual iba caminando por el lebo de Talcamavida con una muchacha de doce años llamada Duna, a la cual habia comprado para su mujer casi desde los pechos de su madre segun es costumbre entre estos indios, y habia servido a su padre que era el cacique de aquel lugar otros tantos años como Jacob a Lavan por Rachel su esposa. Y quiso su ventura de este Ampillan, que el dia que le entregaron a su mujer y la llevaba a su casa estando doncella diese en manos del maestre de campo, que le iba a quitar la vida, como es costumbre hacerlo en Chile con todos los indios que se topan en los caminos como sean de los que estan rebelados. Viéndose el pobre Ampillan con el cuchillo a la garganta rogó a Bernal que le oyese solo una palabra diciéndole mira señor Martin Campo has de saber que pasa esto, y esto: refiriéndole la historia de su casamiento; y haciendo grandes lástimas, y extremos porque le concediese solo un dia de vida para gozar el fin de sus trabajos, haciendo luego dél justicia, o lo que mas gustase: con lo cual movió tanto a todos los presentes que le dejó Bernal ir libremente: a cuya merced correspondió Ampillan con tantas veras que todo el resto de su vida no empuñó lanza contra español, aunque saliese a las batallas, de las cuales se escabullía para darles aviso de los intentos de los suyos, y mui particularmente a Bernal como a persona a quien tenia el amor, y gratitud que le debia. Fué este indio divulgando entre todos los que topaba el beneficio recibido, y repitiendo tanto el nombre de Martin Campo, que se le quedó hasta hoi: por el cual es conocido en estos reinos, así de indios como de españoles. Pero no pára el negocio en ser conocido por tal nombre, mas tambien llega a ser temido por él de tal manera, que de solo oirle aunque sea burlando, se les erizan a los indios los cabellos, y es tan formidoloso este nombre de Martin Campo entre los chilenses, que de la manera que las mujeres de nuestra tierra espantan a los niños, y los hacen callar cuando los destetan amedrentándoles con el nombre de Santanton, o con decir, mira que viene el coco; así atemorizaban las indias a sus hijuelos diciéndoles cata que viene Martin Campo. Y no es mucho de maravillar, que este nombre fuese entre ellos tan pavoroso, pues sus obras lo eternizaban por ser de las heróicas que se leen en las historias. De muchos capitanes sa-

bemos grandes industrias, y destreza en el gobierno, y de muchos soldados grandes fuerzas de sus personas; pero concurrir ambas cosas juntas en un sujeto, aunque se haya hallado en muchos, pero quizá en mui pocos o ninguno con tantas ventajas. Porque el estar actualmente peleando entre tantos bárbaros, que apénas podia revolver el caballo entre ellos alanceando a unos, y atropellando a otros, no le estorbaba a él acudir al gobierno, como si no atendiera a otra cosa, diciendo acudan fulano, y fulano a tal puesto, y a tal encuentro zutano, y zutano con tanta reportacion, que no discrepaba punto de lo que era mas acertado. Y era tan eminente en ambas cosas que lo que era pelear por su persona no solamente lo ejercitaba con las manos, sino tambien con los piés: porque era tan fuerte en el caballo, y tan firme en los estribos que con un puntillazo daba en tierra con el mas fuerte: y le sucedió vez con solo un puntapié dar con un hombre muerto en tierra, y lo que es quebrar costillas, quebrar cabezas, deslomar hombres, y dejar a muchos mancos, y contrahechos, eso cada dia se experimentaba, de lo cual estoi informado de muchos testigos de vista, y el que me informó del indio que habia muerto con un puntillazo era persona principal, y fidedigna y que me lo afirmó con juramento, con la cual concuerdan así los dichos de otros con sus mismas obras excelentes; no sé porque se deban tener por mas aventajadas las fuerzas de Telamon ni las de Tesceo; ni ménos las de Rusticelo, que llevaba su mula a cuestas, ni las de Aristómenes mecenio, que mató por su mano 300 lacedemonios, ni finalmente las de Cleomedes Astipaleo, que mató de un golpe a Laccho Epidamnio que estaba armado, pues cualquiera destos se señaló en una o dos hazañas semejantes, pero ninguno que yo sepa (dejadas las fábulas que tratan de Hércules, y aun de algunos de los referidos) ha llegado a señalarse en tan frecuentes hazañas como Bernal en el reino de Chile. Y en lo que es destreza en el gobierno del campo no fué ménos señalado, que en las fuerzas: pues le acontecia ponerse frente, a frente de los enemigos, poco mas de un tiro de piedra, y estando acercado con ellos, y todos a punto de remeter con gran furia, dar él una ojeada al campo, y decir luego, ea: quiten los frenos a los caballos, y dénles de comer, y sentarse él mui despacio a hacer lo mesmo: y preguntándole Hernan Carrillo de Córdova a la mesa, que motivo tenia para hacer aquello; le tomó por la mano, y le mostró el sitio, dándoles las razones, por las cuales entendia, que los indios no habian de acometer: y así fué que no vinieron a las manos hasta el dia siguiente. Y le sucedió alguna vez estar peleando actualmente, y retirarse un poco afuera: diciendo: en matando a aquel indio está la victoria por nuestra: y diciendo y haciendo acometió a él, y le mató de una lanzada, con cuya muerte volvieron al punto las espaldas los adversarios dejando el campo desocupado. De suerte que el haber concurrido en él ambas cosas con tanta eminencia como la valentia y el gobierno es negocio tan raro, que no se aventajaban en él aquellos famosísimos capitanes Ajecilao, Brenno, Cambices, Ebandro, Pacoro, Trasibulo, y Mitrídates. No le faltó otra cosa, sino haber caido

en el rincon de Chile que a caer en Nápoles, Flandes, o San Quintin sin duda ninguna el nombre de Martin Campo campeara mas y diera mayor campanada en el mundo de suerte, que ni Aníbal fuera mas famoso que él, ni mas nombrado Adrasto rei de Grecia: pues ni Atilio cónsul se halló en mas batallas, ni Seleuco Nicanor alcanzó mas victorias. En efecto, en oyendo los indios el nombre de Martin Campo, dieron todos a huir por el campo temblando de miedo, mas como luego echasen de ver, que no venia allí, quedaron corridos de haber corrido, y de corer con la primera nueva: y así quisieron volver a batir la fortaleza, mas como se juntaron los nueve de socorro con los demas, que allí habia, pudieron entretenerlos hasta que otro dia llegó el jeneral con su ejército, con cuya vista comenzaron a bravear, viendo que no habian salido con la suya, y estaban encendidos en coraje, por no haber encendido la fortaleza, aunque con el fuego, que por de fuera le habian puesto dejaron ahumado al capitan Ahumada, que estaba con hartos humos de cólera, miéntras no podia salir a vengarse. Podria ser que reparase el lector en que habiendo vencido Lorenzo Bernal tantas batallas ántes desta, y muchas mas despues así de las que iremos contando, como otras en mayor número que se quedaron por que no llega nuestra historia al tiempo que él vivió en Chile, parece fuera de propósito el tomar de propósito tratar de sus proezas y hazañas en esta ocasion, en que él no se halló personalmente. A lo cual respondo que en ninguna de sus victorias fué su apellido mas insigne que en esta: pues es mucha mayor grandeza vencer con solo el nombre estando ausente, que vencer con la presencia de su persona. Y pues esta victoria fué conseguida con solo su nombre, razon es, que el tratar de su nombre sea en esta oportunidad donde fué él el victorioso.

CAPITULO XXVII.

De la fundacion de la ciudad de Castro de la nueva Galicia en el sitio de Chilué, hecha por Martin Ruiz de Gamboa.

Poco despues que Rodrigo de Quiroga dió el socorro a los de Cañete se volvió a la casa fuerte de Arauco, donde aunque le daban bien en que entender las cosas de la guerra, con todo eso le pareció conveniente, no dejar de descubrir nuevas tierras, como lo habian hecho sus predecesores. Para esto envió a su yerno Martin Ruiz de Gamboa, con poder para ir recojiendo jente para el camino: lo cual él hizo no con pequeño desabrimiento de los pobres hombres de la ciudad de Valdivia; y Osorno, que apénas habian comenzado a gozar de la quietud de los pueblos nuevamente fundados, cuando los sacaron para otros nuevos descubrimientos, y poblaciones. Habiendo pues juntado 130 personas, fué con ellas hasta la bahía de Chilué, que está 30 leguas adelante de Osorno, la pasaron con grande dificultad, y trabajo visitando la tierra inmediata a ella, la cual era bien poblada de indios, que acojieron a los nuestros sin jénero de alboroto; por ser jente que ya conocia a españo-

les desde el tiempo de don García de Mendoza, que habia llegado a este lugar el mesmo en persona. Y habiendo mirado bien todos los sitios, vinieron finalmente a fundar una ciudad, en el que pareció mas oportuno, poniéndole por nombre la ciudad de Castro de la nueva Galicia, por respeto del presidente Castro gobernador del Perú, que era galiciano; el cual habia proveido a Quiroga por gobernador de Chile, que tambien era gallego como él. Hízose esta fundacion el mes de febrero de 1567. Siendo nombrado por capitan y justicia mayor Alonso Benitez, que era maestre de campo de Martin Ruiz de Gamboa. Así mismo se nombraron encomenderos señalándosele a cada uno su repartimiento de indios tributarios, que serian por todos veinte mil: la cual distribucion hizo Gamboa en un papel secretamente: el cual dejó cerrado, y sellado, dando la vuelta a la ciudad de la Concepcion, donde el gobernador estaba. Mas por ser esta la última poblacion, que hasta hoi se ha hecho en Chile: y tambien por haber entrado a esta sazon nueva manera de gobierno en este reino pondremos fin a esta 2.ª parte diciendo en breve la prosapia, y partes de Rodrigo de Quiroga. Lo primero, era natural de Galicia de un lugar cerca de la villa de Monforte: fué hijo lejítimo de Hernando de Camba, y María Lopez: los cuales lo pusieron por paje del conde de Lemos siendo de doce años. Habiéndoles servido algunos pasó al Perú donde fué soldado de don Diego de Almagro; y se halló en la famosa batalla de las Salinas, y en la entrada de los indios chunchos; y finalmente pasó a Chile con el capitan Valdivia, a quién sirvió de maestre solo en el tiempo, que fué gobernador, y entónces se casó con doña Ines Juarez, que habia sido mujer tan valerosa como consta desta historia, la cual tenia un repartimiento de donde sacó Quiroga mas de cuatro cientos mil pesos en 32 años que fué casado. Despues el gobernador don García de Mendoza le hizo jeneral en su ausencia, y al fin le nombró por gobernador el presidente Castro.

PARTE 3.ª
DEL SEGUNDO LIBRO

EN LA CUAL

SE TRATA DEL ASIENTO DE LA REAL AUDIENCIA EN CHILE,

Y DEL GOBIERNO DEL DOCTOR SARAVIA.

CAPITULO XXVIII.

De como se puso tribunal de audiencia real en la ciudad de la Concepcion.

Y estando su majestad el rei don Felipe II desde nombre informado de las cosas de Chile, acordó de enviar oidores, que atendiesen, así a las

cosas de justicia, como al gobierno del reino. Porque como los gobernadores pasados eran hombres, que habian conquistado la tierra, habian siempre opositores: y no faltaban por una parte émulos y por otra demasiadamente parciales. Y para poner remedio a todo esto, y autorizar mas la tierra, proveyó su majestad nuevo órden en el gobierno, enviando para esto tres oidores llamados el uno el licenciado Torres de Vera, y el otro el licenciado Egas Vanegas, y el licenciado Sierra, el cual murió en el camino en la ciudad de Panamá: por lo cual no hará la historia mas mencion dél acabando con requiescat in pase. Llegados los dos oidores de Chile pusieron su tribunal en la ciudad de la Concepcion, por estar en medio de todo el reino, usando para esto de las ceremonias ordinarias en semejantes coyunturas. Para lo cual hicieron un cadalso en la plaza principal a donde llevaron el sello real en un caballo ricamente aderezado, y debajo de palio como es costumbre, y allí lo recibieron los oidores con el aparato y gravedad que para tal caso se requeria. A todo esto estuvo Quiroga en el suelo, y en pié entre los demas no poco sentido de que no se hiciese caso de su persona no faltando, quien le estuviese incitando a que no pasase por ello, y persuadiéndole a volver por sí, y a que su majestad gustaria dello: pero él como hombre cuerdo no quiso hacer otra mudanza mas de irse a su casa, saliéndose de allí con algunos amigos suyos. Otro dia yendo los oidores a la iglesia mayor a misa solemne acompañados de todo el pueblo, llegaron algunas personas a suplicarles señalasen lugar honroso a Rodrigo de Quiroga, pues acababa de ser gobernador, y era razon hacer caudal de su persona: a lo cual respondieron, que se podia sentar en un banco con el correjidor, a donde mejor le pareciese. Sintió esto Quiroga en tal estremo que no quiso ponerse a tiro tercera vez, y así se salió al puntó de la ciudad para Santiago acompañándole mas de 300 hombres, que se salieron de la iglesia mohinos de lo que pasaba dejándo[illegible] casi vacia, y a los oidores solos en ella. Luego comenzaron a dar ór[illegible]den en las cosas del reino, y mui en particular en las de la guerra en[illegible]viando al capitan Alonso Ortiz de Zúñiga a las cuidades de arriba [illegible] notificar a los vecinos que acudiesen a la guerra, y juntamente a recoj[illegible] bastimento, armos, y ropa para los soldados; y por otra parte enviaro[illegible] a otro capitan a la ciudad de Santiago, de Coquimbo para el mism[illegible] efecto nombrando para esto al capitan Joan Alvarez de Luna. No f[illegible] poco el sentimiento, que hubo en todos las antiguos del reino, vien[illegible] que despues de haber conquistado la tierra les mandaban trabajar [illegible] nuevo, y les sacaban sus haciendas, y aun la de los pobres cada dia p[illegible] sustentar la guerra, ocupándose los que venian de Europa con sus [illegible]nos lavadas en oficios de correjidores, y otros semejantes, y no pocos [illegible] ser proveedores con harto detrimento de todo el reino: pues por [illegible] muchas las que para esto se disputan hai algunos, que con achaqu[illegible] proveedores, suelen arrebatar, cuando pueden y no pueden. Demas [illegible]to nombró el audiencia por capitan de la ciudad, y correjidor de[illegible] maestre de campo Lorenzo Bernal por tener allí al hombre mas exp[illegible]

mentado, y valeroso que habia en el reino de cuya experiencia, y consejo podian ayudarse en muchas cosas, mayormente en las de guerra.

Tambien dieron el cargo de capitan de la casa fuerte de Arauco a Gaspar Verdugo, en la cual estaba con ochenta hombres miéntras don Miguel de Velasco andaba con sesenta corriendo la tierra por todos los estados de Arauco y Tucapel, como hasta allí lo habia hecho. En este tiempo vino Longonaval con gran número de bárbaros sobre la casa fuerte de Arauco dando primero en los indios de paz, que estaban en servicio de los españoles sin que fuesen favorecidos dellos, por ser noche mui oscura, cuando dieron el asalto. Mas como saliese por la mañana el capitan Verdugo con 30 de a caballo halló muchos indios muertos, y quemadas sus pobres casillas sin poder él tomar venganza, por haber vuelto las espaldas los bárbaros ántes que amaneciese. Al cabo de algunos dias sucedió que dos caciques principales, que estaban encontrados vinieron a tal rompimiento que hicieron bandos juntando cada cual la mas jente que pudo para salir en campo contra su contrario. La causa deste desafio entre los dos príncipes fué una mujer con la cual pretendia cada uno casarse, no queriendo desistir ninguno dellos de su propósito. Y no es cosa nueva en el mundo levantarse semejantes disensiones por causa de mujeres, pues están las historias llenas desto: ni fué otra la causa del encuentro entre Turno y Eneas, sino querer ambos casarse con Lavinea hija del rei latino, y su mujer Amata. Tuvo el capitan Verdugo noticia deste desafio, y pareciéndole, que granjearia las voluntades destos dos señores, fué a Talcamávida, donde los halló metidos en batalla, y algunos dellos mal heridos, y poniéndose un rato a la mira envió al capitan don Pedro de Lovera autor desta historia, a que reconociese mas de cerca las personas, que peleaban; el cual como conociese, que eran Alicoyan y Turcopangue, entró de por medio a meterlos en paz: y tuvo tan buena mano, que los confederó y hizo amigos, cosa con que ellos quedaron mui gratos, y afectos a los españoles.

Despues desto hubo noticia, que en el lebo de Lincoya fabricaban los rebelados una fortaleza: para cuyo remedio enviaron los oidores al maestre de campo Lorenzo Bernal: el cual fué con alguna jente, y se dió tan buena maña que desbarató a los indios matando muchos dellos sin alzar mano de la obra, hasta dejar postrado por tierra el fuerte. Despues de lo cual, fué enviado el capitan Verdugo a la ciudad de Valdivia a hacer jente, juntar municiones para la guerra: lo cual hizo como la primera vez, volviendo a los estados de Arauco, y Tucapel con buen número de jente de socorro.

CAPITULO XXIX.

De como el jeneral Hernan Carrillo de Córdova fué electo por correjidor, y capitan de la ciudad Imperial.

Una de las cosas que los oidores pusieron ante los ojos desde el dia que entraron en Chile, fué dar asiento a la ciudad Imperial por haber

sido fundada con título cabeza del reino: y conociendo que lo mas esencial para esto era el poner persona de autoridad, y las demas partes necesarias, que asistiese así a las cosas de justicia, y órden del pueblo, como a las de la guerra, que entónces estaban en su punto, echaron mano del jeneral Hernan Carrillo de Córdova, por ser hombre con quien se hallaban en no mucha edad, todos los requisitos, y buenas partes, que para tales oficios eran convenientes. Y digo que fué jeneral, no porque hasta entónces lo hubiese sido, sino porque tiene ahora este nombre al tiempo, que se escribe esta historia por haber sido despues acá jeneral del mar del sur constituido por don Fernando de Tórres, y de Portugal conde del Villar, que fué virei del Perú desde el año de 1584, el cual cargo encomendó a Hernan Carrillo de Córdova en tiempo que menudeaban los ingleses piratas, y era menester la calidad de su persona, para limpiar el mar destos corsarios: la cual eleccion hizo en él estando en la ciudad de los Reyes casado con una señora mui principal vecina de la ciudad llamada doña Leonor de Carabajal, hija de Gonzalo de Carabajal, que la habia pasado a Indias, y yendo con su hermano, el licenciado Carabajal, que iba proveido por oidor de la real audiencia de Panamá. Así que por esta causa le llamó aquí jeneral, aunque en esta ocasion no lo era; aunque habia sido capitan el año ántes que fué el de 68 de la casa fuerte de Arauco, donde habia mostrado mucho valor en sosegar a los naturales, que estaban rebelados en aquella provincia con no poca dificultad y trabajo suyo. Mas porque el oficio que intentaban darle era mui preeminente, y su edad apénas pasaba de 30 años, no se contentaron con lo que habian visto a sus ojos los oidores por no dar muestra de ménos circunspeccion, en dar tal cargo a hombre tan mozo; mas haciendo escrutinio por menudo de su vida, hallaron que aun siendo de ménos edad habia dado tan buena cuenta, de su persona, que sin jénero de recelo se le podia encomendar cualquier empresa. Porque demas de la mucha calidad de su persona, que era hijo de An de Valenzuela Carrillo de Córdova y de doña María Carrillo de Córdova, naturales de la misma ciudad, y descendientes de los que la ganaron por ser deudos mui cercanos de los condes de Cabra, marqueses de pliego, y comares, y casa de baena: era tambien por su persona hombre de mucho asiento y prudencia la cual suele suplir la diuturnidad de los años: pues dice el Espíritu Santo que las canas de mayor anciania, y madureza es el seso de la persona; aunque se habia tambien mostrado no poco en cosas de guerra sirviendo al rei en la toma de S. Quintin, en picardia, y en Milan en la que hizo el duque de Cesa al frances: y no ménos en el mesmo reino de Chile, donde habia entrado el año de 66 con el jeneral Jerónimo Castilla hallándose despues en muchas batallas, y pacificacion de los indios entrando para ello en los estados de Arauco, y Tucapel donde habia sido señalado: y en particular en la batalla de la cuesta Talcamávida, y en el desbarate de aquel fuerte, y en los reencuentros de la provincia de Mareguano: en los cuales se habia señalado mucho, dando mui buena cuenta de su persona. Y no ménos el año si-

guiente de 67 en la poblacion de la ciudad de Çañete, donde habia trabajado mucho, porque los indios de aquel distrito viniesen de paz, como lo hicieron. Y finalmente el año de 68 en la reedificacion de la fortaleza de Arauco, donde pasó muchos trabajos, y se vió hartas veces a riesgo de la vida: sin otras muchas ocasiones, donde sirvió a su majestad siendo perpétuo compañero de Lorenzo Bernal de Mercado, que como conocia bien el valor, y sagacidad deste Hernan Carrillo de Córdova, nunca lo dejaba de su lado: y así le llevó consigo a apaciguar los naturales cuando se rebelaron segunda vez los de Tucapel, y cuando se hicieron fuertes en Ducapilan. Y así mismo cuando fué a quitar el cerco de la ciudad de los Infantes: y cuando los indios estuvieron encastillados en la quebrada de Lincoya, a donde acudió haciendo lo que debia a valeroso soldado, que en aquella ocasion era del jeneral Martin Ruiz de Gamboa. Y atendiendo los oidores a todo esto, y a lo mucho que se le debia por haber siempre sustentado en la guerra a un soldado criado suyo sin haber recibido jamas algun jénero de pago, ni tirado sueldo, ántes sustentado a su mesa muchos soldados, resolvieron en cometerle tal cargo como a persona de quien se tenia satisfaccion, y se esperaba que henchiria bien la capacidad de tan preeminente oficio: como en efecto lo cumplió haciendo obras de mui valeroso capitan saliendo a frecuentes encuentros que cada dia se le ofrecian, por estar la ciudad en frontera de enemigos: a los cuales no solamente rindió diversas veces, pero aun trajo muchos de paz de suerte que aumentó tanto los pueblos, que se vinieron a poner nuevos repartimientos encomendándolos a personas beneméritas, que están sin ellos hasta entónces.

CAPITULO XXX.

De la entrada del doctor Saravia por presidente y gobernador de Chile, y de don Antonio de San Miguel obispo de la ciudad Imperial.

Ya las cosas de Chile iban cada dia tan adelante, que su majestad el rei don Felipe acudia tambien a levantarlas mas, al paso que el reino iba creciendo. Y por no haber a la sazon otra cabeza, mas de los dos oidores que hemos dicho, envió al doctor Bravo de Saravia por presidente de la real audiencia, y gobernador y capitan jeneral de todo Chile por ser hombre, que demas de sus canas y muchas letras estaba en posesion de buen juez, y persona mui apta para el gobierno como lo era. Alegróse mucho todo el reino con su llegada: la cual solemnizaron con grandes fiestas, y en particular en la ciudad de la Concepcion donde asistia la real audiencia: en la cual entró a cuatro de noviembre de 1568. El recebimiento, que en esta ciudad se le hizo, fué tan solemne que salieron los rejidores con todas las personas principales del lugar: con los dos oidores que en él habia, y le metieron debajo de palio hasta llegar a la iglesia mayor, donde se ejecutaron las ceremonias, que con los vireyes suelen usarse, tomándosele el juramento con la solemnidad acostumrada.

Mas como este caballero trajese tan encomendadas del rei las cosas concernientes a la guerra nombró luego por jeneral della fuera del estado de Arauco, y Tucapel a don Miguel de Velasco: saliendo él por otra parte a los estados con mas de 300 hombres mui bien aderezados así de los que habia traido consigo, como de los que le acudieron de todo el reino, llevando mui buena artillería, que él habia metido en el reino. Y porque las cosas estuviesen mas en órden proveyó por su lugar teniente al jeneral Martin Ruiz de Gamboa para las provincias de Arauco dejando en la Concepcion al maestre de campo Bernal que acudiese a correr la tierra, de manera que él estuviese con todo su ejército de la una parte del gran rio Bio-bio, y Lorenzo de Bernal de la otra con cincuenta hombres, para que desta manera pudiesen haber mejor a las manos a los enemigos.

En este tiempo entró en el reino don Antonio de San Miguel obispo de la Imperial, que habia sido provincial de la órden del glorioso patriarca San Francisco en el Perú. Este era natural de Salamanca hijo de Antonio de Avendaño, y de doña Juana de Paz: cuyas buenas partes naturales, y mucho mas las sobrenaturales, eran de tanta estima, que no pudiera venirse cosa al reino, de mayor regalo, ni le ha venido ántes, ni despues otra alguna mas aventajada. Porque verdaderamente era hombre tan cabal, y de tanta entereza, que cuando yo le via en el reino del Perú, a donde bajó dos veces, se me representaba uno de aquellos santos obispos antiguos: Ignacio, Basilio, Martino, Crisóstomo, Atanasio, Paulino, Remijio, Buenaventura, y Agustino. Porque solamente ver su persona, que era mui alta y corpulenta con tanta gravedad y modestia, que no habia parte en su cuerpo, que no pareciese andar rejida a nivel, era de tanta eficacia para todos los que le veian, que con solo su benerable aspecto los componia induciéndolos a mesura con la mucha que él tenia consigo. Jamas le vi alzar los ojos del suelo, aunque estuviese hablando con personas de cualquiera calidad y estado: ni hablar palabra que no oliese a santidad, la cual representaba su aspecto donde quiera: y sus obras eran manifiestos indicios della. Y así era en todo el reino juntamente amado y temido; y no fué poco el provecho espiritual, que de sus obras sacaron todos, así por la maravillosa doctrina de sus sermones, que eran de hombre santo, como del buen ejemplo de su irreprensible vida y gobierno, y su prudencia. Llegó a la ciudad Imperial cabeza de su obispado, en 18 dias del mes de mayo, del año de 1568. Y el siguiente de 71 se comenzó a entablar la iglesia catedral con nombre de San Miguel habiendo hecho eleccion de dignidades, canónigos y las demas prebendas, y otros beneficios eclesiásticos: cosa que dió mucho ser a todo el reino, asi por ser nuevamente erijida esta iglesia catedral, como por tener en sus dias un varon tan insigne en santidad, y prudencia, que hacia felice a todo el reino. Señaláronse en su diócesis algunas ciudades principales de Chile: como la de Valdivia: los Infantes: Cañete: Osorno: la ciudad Rica: la ciudad de Castro: la de San Bartolomé de Chillan: y la de la Concepcion, que era la primera de

su distrito: aunque el de su santidad era harto mas estenso, y requeria historia por sí de mayor volúmen que la presente.

CAPITULO XXXI.

De algunas batallas que tuvieron el doctor Bravo de Saravia, don Miguel de Velasco, y Lorenzo Bernal contra el indio Millalermo, y otros capitanes bárbaros de mucha fama.

Miéntras el nuevo gobernador andaba poniendo en órden las cosas de la guerra, no estaban los indios dormidos en hacer otro tanto por su parte. En particular un indio llamado Millalermo, no ménos animoso, que corpulento y de grandes fuerzas, convocó cuanta jente pudo de los lugares circunvecinos, con la cual se retrajo a un lugar donde está un gran risco que cae sobre el gran rio de Biobio, donde se encastilló haciendo una fortaleza sobre el mismo risco: para salir de allí a hacer asaltos cuando viesen la suya, y recojerse en viéndose apretados. Contra estos bárbaros salió luego el maestre de campo Bernal con cincuenta hombres: mas reconociendo ser la fortaleza inespugnable, se hizo afuera contentándose con quemar las sementeras de los indios, ya que no podia dar en las personas. A este tiempo llegó un grande escuadron de bárbaros, que iban convocados de Millalermo: a los cuales se abalanzaron los españoles con tantos brios, que el escuadron indio se fué a toda priesa retirando hasta llegar al fuerte donde los demas estaban, sin ser ofendidos por ser lugar mui montuoso. Pocos dias despues salió Bernal a correr la tierra, y puso veinte hombres en una emboscada apartándose él con la demas jente, por tener sospecha, que andaban por allí cerca indios de guerra por lo cual se apartó el de industria para descubrir mejor la cosa. Apénas se hubo retirado cuando salió un gran escuadron de indios a buscar despojo en el sitio de los españoles: y estando mui metidos en su codicia, salieron los de la emboscada, y dando en ellos hirieron y mataron muchos, y aprehendieron a otros: los cuales llevaron al capitan Bernal, que los mandó castigar cortándoles los piés de la mitad para adelante enviándolos desta manera a ser espectáculo de sus compañeros.

Y aunque los indios de aquel distrito andaban apurados por no dejarles Lorenzo Bernal a sol ni a sombra: con todo eso acudian allí mas que a otra parte atemorizados por la mucha jente que vian de la otra jente del rei en el ejército del gobernador Bravo de Saravia: que aunque era viejo casi de 70 años, era en efecto bravo, no ménos en los hechos, que en el nombre. Y estendíase ya el suyo por la tierra con tan ilustre fama, que aun los mesmos bárbaros le temian porque ya que no era ejercitado en cosas de guerra, éralo mucho en las de gobierno: por haber sido oidor en la ciudad de los Reyes del Perú, en tiempo que no habia en la audiencia, mas que él, y otro oidor: y así los dos mandaban la tierra. Por esta causa se acojian los indios a la banda del rio, que está hácia la Concepcion donde pretendiendo librarse de

Caribde, caian en Sila: dando en manos del valerosísimo Bernal. Y así como él anduviese una vez corriendo la tierra se le pusieron a la vista repentinamente grandes huestes de bárbaros: a los cuales él se arrojó con 50 hombres, que fueron tan formidalosos a los indios, que comenzaron a retirarse a toda prisa. Entendió Bernal la treta, y quiso tambien retirarse como ellos imitando sus pasos, para ejecutar mejor lo que pretendia: y no fueron vanas sus sospechas, porque viéndole volver las espaldas, tornaron a dar sobre él los mesmos indios, y otros muchos escuadrones que estaban aguardándolo para cojerlo descuidado. Viéndolos Bernal puestos en campo raso revolvió sobre ellos con tanta furia, que les hizo ir dando manos hácia su madriguera, sin cesar un punto de seguirlos, ni su lanza, y la de los suyos de emplearse de derramar sangre, hasta que llegaron a los reales de los enemigos. Tenian ellos una mui buena fortaleza arrimada a una breña, que está sobre el famoso rio, y para mayor defensa tenian en lugar de foso un brazo de rio de 40 piés de ancho, y un estado de profundidad. Y así cuando iban huyendo de los españoles se abalanzaron al agua, como jente diestra en nadar por momentos: y en viéndose de la otra banda comenzaron a flechar los arcos apriesa, y arrojar gran suma de piedras, donde el crujir de las hondas, y rumor de los alaridos, y mormollo de la jente menuda, que estaba dentro del fuerte era bastante, para aterrar a un copioso ejército. Mas aunque el de los nuestros no lo era en el número, suplióle enterísimamente con el ánimo, de suerte que sin dilacion, se arrojaron a nado con los caballos, y salieron prestamente de la otra banda trabaron batalla tan reñida, que el arroyo de la sangre casi era poco menor, que el del agua. Viéronse allí los indios tan apurados, que tuvieron por buen medio el arrojarse al grande rio que estaba de la otra parte en el cual se ahogaron mujeres, y niños en gran suma, y no pocos de los mismos bárbaros belicosos. Finalmente los que salieron mejor medrados fueron los que cayeron en manos de Lorenzo Bernal: porque con solo reprenderles su rebeldia, y exortarles a la enmienda en adelante se contentó por entónces sin hacerles otro jénero de lesion en sus personas. De allí a pocos dias tuvo el gobernador noticia, de que se juntaban grandes escuadrones de indios en la provincia de Mareguano; y para descubrir mas de raiz lo que habia envió al capitan Alonso Ortiz de Zúñiga con 80 hombres a darles una trasnochada: la cual les salió mui bien: porque habiendo andado tres leguas, hallaron a los indios descuidados en un cerro montuoso, donde mataron muchos dellos ahuyentando a los demas, sin que parase hombre por delante. Con todo eso algunos indios que pudieron ponerse en lugar do por la mucha espesura, no podian ser cojidos de españoles, comenzaron a dar grandes gritos, diciendo, que si viniese San García (que así llamaban ellos a don García de Mendoza) se le sujetarian todos de buena gana, como lo habian hecho en su tiempo, mas que un hombre tan chiquito como el doctor Saravia, no era honra suya, el rendirse unos hombres tan grandes y esforzados: y esto decian porque el presidente era en efecto de estatura mui pequeña.

Viendo los indios cuan a mal andar los traian los dos ejércitos de cristianos acordaron de acojerse al cerro de Catirai, donde siempre habian salido victoriosos: y concurriendo de toda la comarca, y otras provincias próximas a ella se juntó un grueso número en aquella fortaleza reedificándola con la mayor presteza que pudieron. Contra esto envió el gobernador a don Miguel de Velasco con 90 hombres de a caballo: los cuales llegaron cerca de una montaña donde oyeron un gran mormollo como de jente, que andaba cortando árboles: y sin hacer caso dello se volvieron a los reales donde fueron mui bien recibidos del gobernador, que con palabras ásperas, y coléricas reprendió a don Miguel el haberse vuelto como se fué diciéndole, que cuando no hallara enemigos, que habia de pelear con los árboles, por no hacer viaje en vano: lo cual sintió harto don Miguel aunque disimuló, no dando respuesta a quien tanto respeto se le debia.

Y para tomar el negocio mas de propósito envió el doctor Saravia a mandar al capitan Gaspar de la Barrera que estaba en la casa fuerte de Arauco con 40 hombres, que le enviase 200 indios amigos, los cuales acudieron con el indio don Pedro Levalican y por otra parte vino de la ciudad de Cañete el jeneral Martin Ruiz de Gamboa sin ser llamado con algunos hombres bien aderezados ultra de otros quince que envió Lorenzo Bernal por mandato del gobernador quien juntamente envió su parecer con Pedro Fernandez de Córdova, que las llevaba: el cual era que su señoría no cometiese por entónces, por ser aquel fuerte de Catirai desgraciado para los cristianos, como siempre se habia experimentado. Y que en caso que se resolviese de acometer le diese licencia para que él fuese a servir a su señoría, como quien sabia bien aquellos pasos, y pudiera ser de alguna utilidad para el efecto. Mas como algunos de aquellos caballeros que estaban con el gobernador eran nuevos en la tierra deseaban salir con empresa, que se les atribuyese a ellos, y no se entendiese que solo Bernal era el que lo hacia todo: y tambien el don Miguel gustaba de darse sin socorro ajeno: y así no faltó, quien persuadiese al gobernador a que no esperase mas largos plazos, condescendiendo él con los pareceres de los presentes, que se inclinaban a ello. Estando, pues, alojado el campo sobre las aldas del cerro una legua de la fortaleza, mandó el gobernador que fuesen marchando don Miguel de Velasco en la vanguardia, y el jeneral Gamboa en la retaguardia, quedando él con 80 hombres, situado a la vista del fuerte. Y como por la aspereza de la subida que es mui escabrosa y llena de montaña, fuese la jente mui poco a poco subió el gobernador a caballo yéndose casi a la vista dellos echando delante de sí 20 hombres por otra ladera mas angosta. Estos dieron con un grande escuadron de indios emboscados: los cuales por asegurar las vidas huyeron de tropel a su fortaleza sin hacer allí principio de batalla. Y ya que el sol se iba levantando, y picando a los caballos tanto como las espuelas encalmándolos con picar mas que ellas, los avivaban con picarlos, se halló la compañía de don Miguel cerca del remate del monte al cual

envió Martin Ruiz un mensajero induciéndole a que no acometiese hasta su llegada, para que hiciesen ímpetu todos a una: pero como don Miguel estaba picado de las palabras del gobernador con que le dijo habia de pelear con los árboles, no quiso mostrarse allí remiso: y así acometió con la jente que llevaba con el mayor estrépito que pudo. Pero como la fortaleza era inespugnable y el calor excesivo, por mas briosos que se mostraron los españoles, vinieron a ser vencidos, no solamente de los indios, mas tambien de la grande polvareda que se levantó en medio de la refriega. Fué notabilísimo el encuentro de aquel dia así por razon del sitio tan levantado y montuoso, como por los grandes alaridos: crujir de ondas: rechinar de aceros: volar de flechas: y derramar de sangre. En efecto, halló aquella compañía tanta resistencia, que casi hacian ménos daño con los arcabuces, que recebian de las flechas. Y aunque se veian menoscabar, pues ya los muertos de su parte eran veinte, y los escuadrones indios estaban mui apiñados haciendo resistencia con grande suma de piquería, con todo eso no desistian los nuestros de batir el fuerte, y acudir a los escuadrones, peleando valerosamente en tiempo donde todo les era contrario, aun el retumbar de las voces que hacian un eco por aquellos boscajes que parecia atronar el mundo. En este punto se estaban comiendo las manos los veinte soldados que iban por la otra ladera en ver una gran quebrada que les impedia el paso para dar socorro a los que no vian con el polvo, aunque reconocian el daño en los alaridos. Por lo cual envió el gobernador otros veinte pensando serian parte para el socorro: pero como diesen en la mesma quebrada hallaron un indio amigo, que les avisó del bajo, que allí habia mas hondo que la misma quebrada, que era una gran suma de indios, que en ella estaban, que pasaba de diez mil; con lo cual los entretuvo miéntras llegaron esotros veinte, que andaban buscando paso, sin saber desotros. Apénas habia acabado de hablar cuando vieron salir del fuerte una cuadrilla de españoles corriendo con gran tropel por la cuesta abajo, y un opulento ejército de indios que venian tras ellos haciéndoles, no ménos daño que la maleza de las matas, y cañeral donde se embarbascaban los caballos. Y si no fuera por los cuarenta de a caballo cuyo paso impidió nuestro Señor para que ellos impidiesen el de los bárbaros, que venian siguiendo el alcance tras los vencidos sin duda fuera mui grave el estrago de aqueste dia, aunque no fué pequeño para este reino, donde se tiene por gran desgracia morir un español en la guerra, el haber muerto en este lance cuarenta y cuatro: de los cuales muchos eran caballeros, y otras personas de calidad: como don Alonso de Torres natural de Cáceres, que era el alferez jeneral: Diego de Aguilera: natural de Córdova: Juan de Pineda natural de Sevilla: Sancho de Medrano natural de Soria: Pedro de Montoya del mesmo pueblo: Francisco Jofré, Alonso Ortiz de Rojas, don Diego de los Rios, Federico de Peñalosa, Diego Lopez de las Ruelas, Joan Sarmiento, y otros que dejo por evitar prolijidad. Destos quedaron algunos agonizando tendidos en el suelo: en los cuales ejecutaron

los indios su crueldad, mas que en los que murieron a punta de lanza, como lo hacen siempre descargando toda la rabia que sienten en cualquier español, que han a las manos. Y aunque es verdad que entre los nuestros, hai muchos que usan con ellos de semejantes crueldades, matando mujeres y cortando los pechos a algunas dellas, dando con los niños por los árboles, cortando piés, manos y narices a los indios, que cojen por los caminos y en sus casas: con todo eso hai soldados pios, que disimulan con los indios, no solamente cojidos desta suerte, mas aun en la mesma batalla dejan de hincar la lanza a los que tienen debajo, cuando ven que van de vencida. Demas desto recojieron los indios las cabezas de los españoles, y las enviaron luego por toda la tierra para animar a los demas, y darles con que hacer fiesta como suelen; mayormente en un lance como este, que apénas se ha visto tan lastimoso en Chile, escepto aquel en que murió Valdivia con toda su jente como está dicho: aunque en parte se tiene por mayor desgracia la presente: Porque Valdivia llevaba setenta hombres con pocas armas contra mas de ciento y cincuenta mil araucanos, y el doctor Saravia llevó 300 hombres con dos cotas cada uno, y sus barbotes, y grebas con sobra de arcabuces y municion, y los demas requisitos en un campo bien ordenado. De todo esto es testigo don Pedro de Lovera; de cuyos papeles me aprovecho para lo que escribo, el cual se halló presente y tuvo por gran dicha el haber escapado de tal conflicto. El jeneral de aquestos indios vencedores fué Longonaval el mozo, el cual ha sido de mucha fama en todo el reino, y salió con esta victoria un dia despues de los reyes, que fué a siete de enero de 1569.

CAPITULO XXXII.

Del cerco que los indios araucanos intentaron poner a la ciudad de Cañete: y de dos batallas que tuvieron con dos indios el capitan Gaspar de la Barrera, y el jeneral don Miguel de Velasco.

Grande fué el sentimiento, que en el campo de los españoles, y mui en particular en el corazon del gobernador Saravia hubo en el dia de tan infelice suceso de su parte, y regocijos extraordinarios de parte de los indios. Y para que no se acabase de perder todo, hubo luego consejo de guerra sobre el tornar a acometer, o levantar los reales para lugar mas apartado. Y aunque estaban todos casi resueltos en que no les cojiese allí la noche y comenzaron a poner por obra su intento en la expedicion del bagaje, con todo eso no pudieron darse tanta priesa, que no se diese mas el sol, en dejarlos a buenas noches. Porque algunos de los soldados suelen ser tan mal contentadizos, que no se contentan con una petaca de sus vestidos, sin llevar otra petaca vestida, que así se llaman las que a manera de petaca van a las ancas a la guerra. Pero luego que amaneció la aurora no poco deseada de los cristianos, se levantaron los reales, y se retiraron tan apriesa, que caminaron siete leguas aquel dia, yendo siempre los enemigos en pos dellos sin perderlos de

vista, hasta situarse los nuestros a orilla de un estero, que está dos leguas de los Infantes. Luego que se asentaron los reales para descansar, y curar los heridos, sobrevinieron los indios al primer cuarto de la noche, y pusieron fuego a las tiendas, y en los rastrojos del campo, con lo cual dieron mala noche a los españoles sin aguardar a venir a las manos con ellos. Venida la mañana hizo el gobernador consulta de guerra, y estando escarmentado del mal suceso dijo que habian todos de firmar de sus nombres sus pareceres como personas experimentadas en la tierra: y aunque cada cual daba el suyo, y algunos sin pedírselo, pero en llegando a punto de firmarlo ninguno se atrevió a hacer tal cosa: porque (segun dicen) necedad firmada es necedad doblada. No fué poco el ruido que aquel dia hubo en los reales mostrándose algunos mas desacatados, que una persona tan grave como el gobernador debiera permitir pareciéndoles que con la pérdida pasada estaba algo confuso, y amilanado. Mas él hizo aquel dia un no ménos discreto, que largo razonamiento adornado de admirables sentencias y razones graves que trataban, así de los lances de fortuna acerca de lo pasado, como de la paz y unanimidad para lo futuro. Y teniendo por cierto, que los enemigos como hombres, que estaban mui orgullosos con la victoria, habian de dar sobre la ciudad de Cañete, y fortaleza de Arauco, resolvió en socorrer aquellos puestos con 140 hombres, que sustentasen la guerra en Arauco y Tucapel: aunque al tiempo de la ejecucion no fueron mas que ciento diez por los muchos alborotos que hubo aquel dia, que obligaron al gobernador a salir de su tienda, mostrar los dientes: que aunque por ser tan viejo no sé si los tenia, a lo ménos no le faltaban los requisitos de hombre de valor, y pecho en semejantes ocasiones.

Para esto señaló al jeneral Martin Ruiz de Gamboa por caudillo de toda la compañía, y envió con él a su mesmo hijo Ramiriañez de Saravia, que ya que él por su edad, y por acudir a las cosas del reino estaba lejítimamente impedido para aquella jornada, lo queria suplir con enviar a su hijo por soldado de Martin Ruiz de Gamboa como tambien envió a don Miguel de Velasco debajo de la misma bandera. Muchas personas suplicaron al gobernador que no pusiese a su hijo en aquel riesgo por ser de ménos edad que la que puede sufrir el rigor, e incomodidades de la guerra: mas ningunos ruegos fueron bastantes para que el presidente desistiese de su propósito. Y ansí se partieron con instruccion y órden de pasar parte de la artillería de la fortaleza de Arauco a la ciudad de Cañete, que estaba desproveida de municion y armas. Habiendo caminado aquel dia sin querer hacer alto, despues de venida la noche dieron con un lugar áspero principio de los estados de Arauco, al cual llaman Cayopil, donde algunos salieron de camino con la escuridad de la noche: y así quedaron algo atrasados, y embarbascados en la montaña. Entónces comenzaron a levantar el alarido muchos indios araucanos que estaban aguardando el paso, y se arrojaban ya a los que estaban casi perdidos: mas fué el Señor servido, que saliesen de presto al campo raso donde ya estaba el cuerpo del ejército

puesto en arma: con lo cual se refrenaron los indios, no osando acometer a tanta jente. Con todo eso acudió el indio cristiano don Pedro Levolican, que iba en el ejército con 200 indios amigos. Y dió aquella noche algunos rebatos a los araucanos sin dejarlos reposar, hasta que al amanecer volvieron las espaldas quedando presos cinco dellos, que eran espías, de los cuales se supo, que estaba todo Arauco puesto ya en escuadrones formados para dar sobre la ciudad de Cañete. Con esta nueva picaron mas los españoles, y mucho mas, cuando llegaron a la vista de la ciudad, cosa de una legua viendo salir della grande humareda, que les dió indicio, de haber incendio hecho por los contrarios. Mas como entrasen en ella, y la hallasen casi quemada, supieron que el capitan della, que era Vasco Saval habia mandado recojer toda la jente a la fortaleza, metiendo en ella todas las halajas por la nueva que tuvo, de que los indios venian sobre él, y el incendio era puesto por los mesmos ciudadanos solamente a la paja con que las casas estaban cubiertas. Aunque no por esto podremos inferir que los nuestros se movieron a humo de pajas: pues en efecto de verdad venian sobre la ciudad grandes huestes de enemigos, que se detuvieron con la llegada de los españoles la cual fué a nueve dias del mes de enero de 1569.

Dentro de tres dias se puso Martin Ruiz de Gamboa en camino para la fortaleza de Arauco con casi cien hombres dejando veinte en la ciudad con los demas que halló en ella; y miéntras él se apercibia andaba allá el capitan del fuerte, que era Gaspar de la Barrera natural de Sevilla metido en no ménos alborotos que los del pueblo. La ocasion fué el haber llegado al puerto de Arauco un barco cargado de bastimentos, para lo cual salió con veinte hombres a hacer escolta; i halló tantos indios de guerra puestos al paso que si no fuera aprovechándose de su industria, no pudiera escaparse por fuerza de armas. Pero usó de una estratajema, que fué echar por un camino dando a entender, que pretendia seguirle para que los indios le siguiesen a él, como lo hicieron dejando desembarazado el paso que ocupaban, y así, en viéndolos en campo raso, partieron los españoles a todo correr entrándose por la angostura donde los indios habian estado para impedirles, y así evadió de sus manos.

Por otra parte caminaba ya Martin Ruiz de Gamboa con su ejército, llevando en él 200 indios amigos, cuyo capitan era don Pedro Levolican, el cual le dió aviso de que en un fuerte de Quiapo, que estaba cerca del sitio donde él estaba alojado, habia gran suma de enemigos para impedir el paso a los caminantes de Cañete a la casa fuerte; por lo cual era de parecer que en ninguna manera pasasen adelante, o por lo ménos buscase otro camino, porque en el que llevaba era el riesgo manifiesto. Por esta causa tomaron otro rumbo tan lleno de ciénagos i espesura que casi se tuvo por mayor detrimento, que si pasaran por entre los adversarios. Mayormente por haber topado lo uno y lo otro: porque despues de haber pasado aquellas montañas con gran trabajo hallaron al dellas con grande ejército de enemigos, que les obligó a detenerse a

tomar acuerdo sobre lo que pareciese mas espediente. Entonces los indios pensando que los nuestros querian dar la vuelta representaron batalla, a la cual se opuso Gamboa ordenando que don Miguel con algunos soldados volviese atras para aderezar el camino, de suerte, que cuando se retirasen no hubiese estorbo que los detuviese. En esta coyuntura estaba el cielo mui cerrado de modo que no se podian divisar las personas, sino mui de cerca y en aclarando algo mas, que fué al cabo de dos horas se descubrieron por todas partes escuadrones de indios, los cuales acudieron a una a la compañía de don Miguel que estaba mas metida en la montaña; para cuyo socorro se evadió Gamboa de los que tenia a los ojos acudiendo a favorecer a don Miguel, el cual iba ya corriendo de huida, y se adelantó tanto que se hubo de poner en salvo, quedando Gamboa con los suyos metido en la refriega, retirándose poco a poco, y matando de camino no pocos indios; porque unas veces iban los españoles todos a una huyendo a media rienda, y luego revolvian de repente dando sobre los indios que iban ya en las colas de los caballos; y con un breve ímpetu mataban los que habia mas a la mano, y luego se tornaban a retirar del mesmo modo ganando siempre tierra hácia el sitio de donde habian salido.

En este punto acordaron los 200 indios que iban con los nuestros de rebelarse, poniéndose del bando de sus conterráneos, y haciendo mas urjente guerra a los españoles que todos los demas, escepto su capitan don Pedro Levolican, y dos deudos suyos, que siempre guardaron lealtad a los españoles sin apartarse del lado del jeneral, peleando en su favor valerosamente. Desta manera corrieron los unos y los otros espacio de dos leguas sin dejar de pelear un punto hasta llegar a un rio que está junto a Cañete donde estaba don Miguel de Velasco con su jente: con cuya vista, y con advertir que habian muerto muchos de su bando sin hacer daño a español ninguno se retiraron los indios volviéndose por donde habian venido, sin otra medra mas que su menoscabo.

CAPITULO XXXIII.

De las batallas que hubo entre los indios araucanos, y los españoles de Cañete y la casa fuerte.

Apenas habian entrado los dos jenerales que eran, Gamboa y don Miguel de Velasco en la ciudad de Cañete, cuando los enemigos trataron entre sí de venir con mucha mas fuerza sobre Cañete y la casa fuerte, y así lo pusieron por obra distribuyéndose en muchos escuadrones con que formaron dos ejércitos viniendo el uno sobre la fortaleza de Arauco y el otro sobre la ciudad de Cañete. Y aunque los españoles del fuerte lo pasaron mejor por tener mucha artillería, municion, y bastimentos, y por la mucha industria y valor del capitan Gaspar de la Barrera, que se defendió muchos dias con solo cincuenta hombres saliendo no pocas veces al campo; pero a los de la ciudad de Cañete les fué mui mal por estar mui faltos de vituallas, y mui acosados de la mayor parte de l

indios. Tenian estos ciudadanos algunas cementeras, y frutales en el circuito de su ciudad de que solian mantenerse; todo lo cual era dar de comer a los enemigos sin poder ellos aprovecharse de cosa alguna estando tan arrinconados, que no podian salir al campo sin dar de manos a sus contrarios. Y si no fuera por un barco que enviaron los oidores desde la Concepcion cargado de comida de la poca que ellos tenian en su pueblo, pasaran los de Cañete excesivo trabajo; como lo pasaron despues que se les acabó la provision por ser la jente mucha. Viendo Martin Ruiz de Gamboa, cuan despacio tomaban los indios de estarse en frontera salió un dia primero mártes del mes de hebrero de 1569 con sesenta hombres mui bien aderezados a recojer mantenimientos donde quiera que los hallasen; y vinieron a dar a un valle llamado Paillataro, que está en un lugar mas bajo que la ciudad; donde para hacer esto mas a su salvo envió cincuenta hombres a cojer un buen golpe de comida, que los indios habian dejado en su alojamiento de propósito para cebar a los españoles. Y estándola cojiendo con sus yanaconas asomó el ejército de los indios que serian como trece mil todos puestos en mucho órden con sus escuadrones de piqueros, y flecheros, y otros con lanzas, cuyos hierros eran medias espadas, dagas y puñales, segun ellos usan, donde reverberaba el sol de suerte que era un espectáculo no ménos vistoso que estupendo. Habia quinientos indios sueltos que precedian al ejército; los cuales corrieron a gran priesa a tomar el paso por donde habian de salir los españoles, en el cual estaban los diez que habian quedado a la mira con quien se entretuvieron hasta tanto que todos los que estaban en la profundidad del valle llamado Pallaitaro cojiendo la comida, llegaron allí sin ella, y sin ser alcanzados del ejército; y así los unos i los otros se pusieron en lo alto sin recebir jénero de daño alguno en sus personas.

Ya que se vieron todos los españoles en lugar cómodo para hacer rostro, a los indios le pareció al jeneral Gamboa no era razon volver las espaldas mostrando cobardía, con la cual solo cobraban los indios tanta avilantez como si hubieran vencido muchos ejércitos. Y así ordenó el suyo lo mejor que pudo aguardando a los contrarios, que venian a paso tirado, aunque sin desconcertarse de sus escuadrones: y no ponian poco pavor con su apariencia por traer los rostros, i brazos pintados de colores con mui buenas celadas en sus cabezas adornadas de vistosos penachos estando el resto del cuerpo mui bien armado hasta la rodilla con aderezos, que ellos hacen de cueros, y otras cosas, que la larga esperiencia les ha mostrado. Desta manera se trabó la batalla, aunque no mui reñida porque al primer encuentro cayeron muertos cuatro españoles: con lo cual se desanimaron tanto los demas, que fueron a toda priesa retirándose hácia la ciudad; aunque sin cesar de pelear en el camino, pero juzgando algunos que habria mayor seguridad en echar por otra vereda, que estaba oculta lo hicieron así caminando un buen rato por ella hasta que viéndose sin salida dieron la vuelta al camino real donde dieron en mano de los contrarios muriendo tres

buenos soldados heridos de sus lanzas: de los cuales fué uno el capitan Joan de Alvarado, que era mui antiguo en la tierra, y benemérito en ella como consta desta historia. Desta manera se evadieron los demas cada uno por su parte llegando mui maltratados a la ciudad, y el jeneral Gamboa herido en una pierna con no poco orgullo, i fiestas de los indios, que quedaron mui ufanos desta victoria.

Luego que entraron en la ciudad dieron órden en curar los heridos sin otros cirujanos mas que los mesmos soldados por ser todos los de este reino tan diestros en ello como si no tuvieran otro oficio teniendo por maestra a la necesidad, la cual les ha instruido en otras muchas semejantes facultades, y así apénas se hallará soldado que no sepa curar un caballo: aderezar una silla; herrar sin yerro como otros suelen; sangrar a un hombre y a un caballo; y aun algunos saben sembrar y arar; hacer una pared; cubrir un aposento; echar una vaina a su espada; y rellenar una cota; con muchos otros oficios semejantes que no los aprendieron en su vida.

Habiendo curado los heridos salieron algunos a ver si podian recojer algunos cuerpos muertos; y hallaron a los tres que murieron con el capitan Alvarado aunque sin brazos, piernas ni cabeza, porque los indios se las habian cortado haciendo casi anatomía dellos, con tal extremo, que con los cascos de las cabezas bebian en sus fiestas, y de las canillas usaban en lugar de trompeta, como suelen hacer en semejantes ocasiones, diciendo, que aquellas canillas tienen las voces mui claras por ser de españoles. Desta manera llevaron a enterrar los cuerpos en la ciudad recojiendo sus pobres alhajas para decir las misas, que fueron bien pocas, como siempre suelen; por haberse en este reino un abuso tan introducido, que en muchos años no ha cesado; y es que cuando un hombre quiere salir desta tierra, no le dejan sin que primero pague todo el dinero que le han dado de sueldo, o socorro, para la guerra mandándole pagar lo que le habian dado por paga, y sucede que intentando salir hombres, que han servido, quince o 20 años, viendo que su caudal no llega a lo que en ellos se ha recibido de estipendio por poco que les hayan dado, vinieron a quedar en la tierra otros tantos si los vivieren. Y este mesmo estilo se guarda con los difuntos, cuyas haciendas se toman en cuenta de lo que han recebido. Lo cual me dá tanta pesadumbre, que no puedo pasar adelante con ello, y así lo quiero dejar pasando a otra cosa de ménos lástima; aunque parece mas desastrada.

CAPITULO XXXIV.

Como se despobló la casa fuerte de Arauco.

Grande era la afliccion en que se vian en este tiempo los de la ciudad de Cañete, así con el cerco que habian puesto los enemigos, como por la hambre que ya picaba demasiado, y aunque vinieron dos barcos con bastimentos el uno de la isla de Santa María, y otro de la ciudad de

la Concepcion, donde ya el gobernador Saravia estaba, quiso su infortunio que se perdiese el que venia de la isla, que traia mas cantidad de vitualla, porque el otro que llegó en salvamento traia casi la mitad de la carga de papeles del gobernador en que animaba a los moradores, los cuales le cobraran mayor con un bocado que con mucha cantidad de tapasales. Pero sirvió el barco de que se saliesen algunos en él de puro aburridos, y muertos de hambre, llevando por respuesta de todos los papeles, una sola carta con sesenta firmas, de los que allí quedaban en la cual pedian licencia para desamparar aquel pueblo y salir de tanta desventura; la cual fué tanta, que un solo sacerdote que habia en el lugar se salió dél entrándose en el barco para ir a la Concepcion dejando a los demas tan puestos de lodo, que apénas tenian otra cosa, por estar todos metidos en el fuerte, que era mui pequeño, y con las muchas yeguas y caballos que en él habia, estaba hecho un pantano. No poco es aflijió el gobernador con tantas calamidades, viendo que el estado de las cosas iba cada dia de mal en peor; y que no recebia papel de hombre que no fuese un cuchillo para su corazon por las muchas lástimas que le contaban todos sin haber otra nueva que de miserias. Con esta ocasion hizo consulta jeneral con la audiencia y las demas personas cuyo consejo era de estima, y despues de haber ponderado las razones ocurrentes por todas vias se resolvió en que se despoblase la casa fuerte de Arauco, pues apénas podia sustentarse en medio de la fuerza de los enemigos. Con esta determinacion envió un barco grande para que se viniese la jente, que allí estaba, que eran cuarenta hombres, como se ha dicho. Recibió esta órden el capitan Gaspar de la Barrera el cual la ejecutó con mucha reportacion y prudencia echando por delante la jente de servicio, sin otro aparato ni bagaje, mas que la artillería, por no hacer ruido, pues ella iba callada. Esto hizo porque su salida no fuese manifiesta a los enemigos, ni diese grande estampido, como la diera si salieran todos juntos: pues con quedarse todos los soldados dentro desvelaron a los contrarios. Mas llegada la noche salieron todos a caballo sin otra cosa mas que sus armas, y así se fueron a embarcar con el mayor silencio que pudieron: aunque cuando mas descuidados iban dieron en manos de los enemigos. Pero como era de noche, y los caballos eran escojidos no hicieron mas de alancear los que pudieron de un lance rompiendo por entre ellos de tropel, y pasando adelante hasta llegar a la playa, donde se dieron tanta priesa a embarcar, que dejaron los caballos ensillados: los cuales cojieron los indios con los demas, que dejaron en la fortaleza que por todos llegaban a 300, sin otras muchas alhajas y bastimentos que allí habia: todo lo cual tomaron por despojos como de jente vencida.

CAPITULO XXXV.

Como se despobló la ciudad de Cañete de la frontera.

El mucho orgullo y avilantez, que se infundió en los indios de la pasada (segun ellos llamaban) victoria, les levantaba los piés para acome-

ter a los españoles en cualquier parte que estuviesen; y como no quedasen mas en Arauco, que los que residian en Cañete, acordaron de dar sobre ellos, como lo hicieron juntándose grandes escuadrones en un ejército formado para poner cerco en la ciudad. Pero ántes que lo hiciesen, enviaron a dar un tiempo al cacique don Pedro Levolican, y los dos indios que con él estaban entre los españoles persuadiéndoles que se volviesen al bando de los suyos, pues era tan manifiesta tradicion ser contra ellos en favor de los estranjeros. No fué en efecto alguno este recaudo para que don Pedro desamparase a los cristianos: pero solamente el ver que se le enviaba enjendró en el corazon de Martin Ruiz de Gamboa tan demasiada sospecha, que los metió en ásperas prisiones contra el comun parecer de los suyos, y al fin los envió al gobernador, el cual con solo este indicio los desterró a provincias mui remotas. Viendo los enemigos que no tenian que esperar mas acerca desto acudieron a poner cerco a la ciudad con tanto concierto en sus escuadrones, tanta prevencion en sus ardides, tanta puntualidad en sus ordenanzas, tanta fortaleza en sus armas, y bizarría en sus vestidos y penachos, que ningun espectáculo, que ningun opulento ejército de los turcos, pudiera ser mas vistoso, y estupendo. Desta manera asomaron por encima de una loma mui próxima a la ciudad, y bajaron por una ladera, marchando mui en órden al son de los instrumentos que ellos usan en las batallas, que son mui apropósito para ello. Pero ántes, que viniesen a las manos bajó un escuadron a lo llano hasta la orilla del rio, que está entre la ciudad, y la loma: y desde allí hablaron a un español, que estaba de la otra banda, requiriéndole, que se saliesen todos de su tierra, en un navío que estaba en el puerto; pues ellos no pretendian otra cosa, sino verse señores della como en efecto lo eran, y habian sido. Mas como los españoles no hiciesen mudanza bajó todo el ejército mui en órden, y pasó el rio sin contradiccion alguna viniendo a representar la batalla, y desafiando a los que estaban en la ciudad dentro del fuerte. No tardaron ellos mucho en salir al campo, pero como se comenzase el negocio con disparar una pieza de dos que habia en el fuerte, dieron los indios guiñada subiéndose por otra loma mas cercana al pueblo, que está cercado dellas, escepto el camino, que era a la marina.

Desta manera se estuvieron por aquellos cerros poblándolos todos con la multitud de jente sin acometer a la ciudad, ni tener otros encuentros mas, que algunas escaramuzas de cuando en cuando con los indios yanaconas, que salian de la ciudad a desafiarlos. Estando las cosas en este estado llegó un barco de la Concepcion con un pliego en que venia órden del gobernador, para que la ciudad se despoblase segun estaba ordenado en la consulta arriba referidas, y aunque la disposicion y oportunidad de las cosas impedian tanto la salida, cuanto necesitaban della, con todo eso se pusieron a ello los ciudadanos pareciéndoles, que el camino del puerto estaba mas desembarazado de enemigos, que todo el resto del contorno. Y así sacando la jente menuda con la artillería, todas las mujeres que habia en el pueblo, con algunos soldados de guarda, se

quedó el jeneral haciendo rostro a los indios poniendo dos escuadrones en los repechos de las dos lomas mas cercanas para entretener a los contrarios, que sabia casi sin duda habian de acudir a dar en su jente. No fué vana su presuncion porque a poco rato acudieron grandes huestes de indios por todas partes, con cuya vista se recojeron luego los españoles en una escuadra caminando a toda priesa hasta embarcarse sin llevar otra cosa ultra de los dos tiros: porque los caballos se hubieron de quedar ensillados por no dar el tiempo mas largo, ni aun casi el necesario para las personas. Este dia representaba el espantable estruendo del que ha de haber en el del juicio: porque fué tan grande el alarido, con que las gruesas catervas de los indios acudian unas a la playa, y otras a la ciudad a saquearla; el ahullido de los perros, y las voces de los instrumentos, que todo junto aterraba aun a los que ya estaban fuera de tierra, y levando las anclas con tanta priesa como si fueran tras ellos. Serian las personas que se embarcaron pasadas de quinientas: tras las cuales se echaron a nado los perros de sus casas mostrando el sentimiento y amor, que el instinto natural destos animales suele manifestar en semejantes coyunturas. Cumplióse tambien lo que el apóstol dice, que hai peligros en la mar, y en la tierra, sin haber lugar privilejiado: porque fué mucho mayor el peligro en que esta jente se vió en una tormenta, que sobrevino tan furiosa, que estuvieron a punto de padecer naufrajio, con la cual llegaron al puerto con el agua a la garganta: donde no habian bien desembarcado, cuando el navío se fué a fondo sin escaparse mas de las personas.

CAPITULO XXXVI.

De un espantable terremoto y tempestad que hubo en la ciudad de la Concepcion y de la guerra que el licenciado Torres de Vera hizo a los indios rebelados.

Ya las calamidades deste desventurado reino de Chile iban cada dia en mayor aumento, y la jente en mas diminucion: los estados de Arauco y Tucapel sin hombre español, ni jénero de edificio en su comarca: la ciudad de la Concepcion puesta siempre en arma, y tan rodeada de calamidades que para referir solamente las deste tiempo era menester mucho mas, fuera de las que siempre ha padecido, que son innumerables: pues ha sido asolada tantas veces, y nunca se ha visto sin grandes desventuras: la jente, ya casi desesperada de verse en una tierra, que si no es calamidades no llevaba otra cosa de cosecha, de la cual se vian imposibilitados de salir sin perder por ello la cabeza. En medio de sus infortunios se via mui al vivo aquella edad de hierro, que dicen los poetas, en la cual todo era robos, enemistades, disensiones, perjurios, y otros ramos que proceden de tan mala raiz, como es nuestra naturaleza plantada en tierra de hambre, guerra, y flaqueza de justicia.—El pobre gobernador no estaba poco aflijido viendo que desde el dia, que puso pié en el reino no le habia sucedido otra cosa, sino desastres con haber ido el mesmo en persona a la guerra al cabo de su vejez: y

usado de todos los buenos medios, que su prudencia le dictaba, que era mucha, y mui aprobada en el tiempo que habia sido oidor en la ciudad de los Reyes del Perú. Y por entrar ya el invierno, acordó de irse con su mujer y casa a la ciudad de Santiago a ver si de allí gobernaba con mas felicidad que hasta entónces Estando en ella puso por correjidor y capitan de la ciudad a Gaspar de la Barrera por ser hombre en quien concurrian los requisitos para tal oficio como cada dia lo iba mostrando la experiencia.

No dejaré pasar en silencio un caso digno de memoria, en que se ve lo que hace el demonio cuando anda suelto: o un hombre que se le parece cuando alza su manutenencia. Estaba en la ciudad de Santiago un vecino mui de buena suerte llamado Pedro de Miranda casado con una señora principal llamada doña Esperanza de Rueda: este tenia una hija mestiza casada con un Bernabé Mejía vecino de la Concepcion, la cual estaba siempre en la casa de su padre por andar su marido ordinariamente en la guerra. Sucedió que viniendo este una vez a su casa mostraba mal rostro a su mujer llamada Catalina de Miranda de suerte, que ella vivia con el recato posible por desvelar al marido de las sospechas que a lo que se entiende eran vanas, y como un dia la llamase su madrastra doña Esperanza para llevarla a vísperas, que eran de los finados (aunque para ellos no fueron vísperas, sino dia) comenzó la moza a rehusarlo diciendo que su marido se disgustaba de verla salir de casa: a lo cual sobrevino el marido diciendo, que lo dejase por entónces pues ella no arrostraba la salida. Encolerizóse doña Esperanza, y dijo algunas palabras, de las que suelen las mujeres, cuando están bravas, cuya ira dice el Espíritu Santo ser tan encendida que ninguna otra echara el pié adelante: con las cuales palabras se encendió tambien la ira del Bernabé Mejía tanto que poniendo mano a la espada la dió de estocadas: y acudiendo su mujer a aplacarle la tendió tambien a ella muerta junto a su madrastra: salió al ruido Pedro de Miranda, que estaba durmiendo la siesta con el cual arremetió el matador, y le atravesó dejándole muerto como a su mujer y hija: estaba en aquella casa un huesped llamado Francisco de Soto el cual salió al estruendo, y con este tambien embistió el que tenia embestido el espíritu de homicidio, y le postró en tierra saliendo con su espada teñida en sangre, que aunque de seis personas era casi toda una por ser de padres y hijos pues murieron a las vueltas dos cristianos, que estaban en los vientres de las desventuradas señoras cuya casa quedó regada con su sangre. Apénas acabó la matanza cuando murió él siendo arrastrado por la ciudad, y despues hecho cuartos a la puerta de la mesma casa cumpliéndose siete muertes con la suya: que parece andaban sueltos los siete pecados mortales.

En este tiempo mandó el gobernador, que el licenciado Torres de Vera oidor de la real audiencia saliese a sustentar la guerra con nombre de su lugar teniente de jeneral: y así lo hizo bajando a Santiago, y a Coquimbo donde recojió muchos pertrechos, y juntó cosa de cien

hombres, con los cuales fué a los términos de la Concepcion donde anduvo todo aquel verano desbaratando los ejércitos de los indios, y derribando sus fuertes sin cesar de ordinarios encuentros hasta que comenzando el invierno se recojió a la ciudad de la Concepcion a servir su plaza en la real audiencia.

Sucedió entónces una calamidad harto mas estupenda de ver, que fácil de escribir ni pintar. Y fué: que se levantó un terremoto tan furioso que parecia se asolaba el mundo donde apénas se podia discernir cual hacia mayor ruido, o el llanto y grita de la jente, o el mesmo estruendo del temblor que era horrible. Fué tal la fuerza con que vino que dejó la ciudad arruinada sin quedar edificio, que no cayese todo, o la mayor parte, y lo que estaba por caer que era bien poco no faltó otro infortunio que lo acabase, porque salió la mar de sus límites bramando mas que leona, y entrándose por la tierra hizo estrago en los rastros de las fábricas, y a la mesma tierra dejó hecha laguna no queriendo perdonar lo que ella habia perdonado. Con esto quedó perdida la desventurada ciudad que por tantas vias lo habia sido sin haber quien no le diese combate: mar, tierra y enemigos, y aun su mesma jente doméstica, que la habitaba. Fué esto miércoles de ceniza.

CAPITULO XXXVII.

De como Ramiriañez de Saravia, y don Miguel de Velasco dieron batalla a los indios rebelados en el valle de Tomelmo; y de cierta derrama, que se echó en el reino.

Estando el gobernador en la ciudad de Santiago no aflojaba un punto en el cuidado de las cosas de la guerra, y para esto envió capitanes que hiciesen jente en todas partes, encargando esto a Joan Alvarez de Luna que tomó el camino de la Serena, y a su hijo Ramiriañez de Saravia, al cual envió a las ciudades de arriba con título de jeneral dándole por coadjutor al capitan Gaspar de la Barrera que asistiese a su lado; y le industriase en todo dándole la direccion, que su edad habia menester, que era mui poca. Llegó este jeneral a la ciudad de Valdivia, que es el terreno de todos los necesitados; y recojió todo cuanto pudo de vestidos, armas, caballos, municion y bastimentos, llevándolo pesadamente todo el pueblo, viendo que cuanto estaban afanando todo el dia se lo llevaban al fin dél los proveedores de la guerra. Demas desto echó el gobernador nueva pension sobre el oro, que se sacaba de las minas aplicando la octava parte para la guerra: lo cual no pudieron sufrir los vecinos y rejidores pareciéndoles que sacado el quinto de su majestad, y la sesma parte que llevan los indios, y el gasto de las herramientas, que es mucho, si se echaba esta nueva pension no les quedaba nada. Para esto se concertaron todos de alzar mano de las minas por no trabajar de valde, y juntándose en un lugar donde estaban convocados firmaron todos de su nombre este concierto. A esta causa vino el licenciado Egas Vanegas oidor de la real audiencia y procedió haciendo pesquisa contra los culpados, y tuvo harto apretados a muchos sobre el

caso hasta que mal que les pesó hubieron de rendir la cabeza al yugo, y por haber vehemente presuncion de que el autor desta historia lo habia sido de aquel acuerdo, y el instrumento de las firmas les pareció que satisficiese encargándole este asunto de que juntase el oro de la derrama que estaba echada.

Hecho esto, salió el jeneral Ramiriañez de Saravia de la ciudad de Valdivia con buen número de jente, mui bien aderezada con la cual se fué a la Imperial donde acrecentó la compañía con los soldados que allí se le llegaron. Despues de algunos dias fué marchando hácia el lebo de Puren donde estaba don Miguel de Velazco con alguna jente que habia venido del Perú, haciendo guerra a los indios comarcanos. Y para que se hiciese esto con mas cómodo redujeron sus escuadrones a un solo ejército: aunque por haber dos cabezas nunca faltaban desabrimientos como suele suceder en cualquier parte, que hai muchos mandones. Pero en efecto, el ser el Ramiriañez hijo del gobernador era freno de las disenciones, y así andaban todas las escuadras hechas un cuerpo en que habia 250 hombres mui bien apercebidos y acomodados con todos los pertrechos, que segun la necesidad podian desearse. Estando pues alojado el campo en una llanada demas de cuatro leguas llamada Tomé, vieron venir un gran escuadron de enemigos tan apresurados que mostraron determinacion de querer embestir; cosa que puso espanto porque nadie pudiera persuadir que en lugar tan llano donde los españoles campean sin estorbo, se atrevieran los indios a venir con ellos a las manos. Pero viendo que iba de veras salieron los nuestros dejando jente en el cuerpo de guardia para defensa de los reales: en comenzando a inclinarse hácia los indios hicieron ellos alto en el lugar que los cojió la vista de los españoles. Y como don Miguel viese que cerraban el escuadron no quiso que se cometiese hasta mirar bien primero lo que seria mas espediente: lo cual le pareció a Gaspar de la Barrera mucha dilacion, y no pudiendo sufrirla acometió con su escuadra: aunque por estar el escuadron de los contrarios mui cerrado, y ser mucha la piquería no pudo romper ni desbaratarlo, y así hubo de dar la vuelta dejando muerto uno de los suyos llamado Luis de Villegas, que habia sido mui animoso, y valiente soldado.

Viendo esto don Miguel de Velasco, quiso probar la mano a ver si echaría mejor lance para lo cual salió él con todo el resto del ejército, y arremetió con gran furia sin hallar mas entrada, que los primeros por tener los indios gran teson en él no mencarse de sus puestos con las picas caladas sin haber hombre que un punto se desconcertase. Por esta causa se retiraron los españoles, y se comenzó a jugar la artillería, y disparar las escopetas sin ser parte para desbaratar a los indios ántes se venian mui en órden llegando a los reales sin ponerles horror el ver los que iban cayendo heridos de las balas. Fué tanta la determinacion con que acometieron que los españoles comenzaron a flaquear, y se fueron huyendo muchos dellos, unos a la Imperial, y otros a los Infantes, quedándose el don Miguel con mui poca jente, y esa, no poco amendentada,

de suerte que los enemigos se entraron a su placer por los reales, donde mataron cuatro españoles, y todos los yanaconas, y mujeres de servicio haciendo presa en las alhajas de los cristianos que casi eran toda su hacienda y lo repartieron mui despacio, y aun hubo entre ellos mesapela sobre los despojos sin atreverse los españoles, que estaban a la mira desde afuera a demandárselo: ántes se iban retirando a toda priesa sin poder detenerlos el jeneral don Miguel por mas que lo procuraba: y aun les iba diciendo palabras ignominiosas llamándolos gallinas aunque en el valor eran mas que gallinazos. Y quedó aquel caballero tan escarmentado, que propuso de alzar mano de la guerra como lo hizo viniendo el gobernador en ello, que caminaba ya con buen número de jente hácia la ciudad de los Infantes, y llegó a ella dentro de pocos dias. Y viendo cuan infelices sucesos tenia su ejército cada dia, acordó de echar mano del maestre de campo Lorenzo Bernal elijiéndolo por jeneral, y dándole la absoluta administracion de las cosas de la guerra, pues el tiempo iba mostrando, y aun necesitando dar en sus manos siendo éste el postrer remedio. Y así se echó luego de ver cuanto convenia hacer caso de su persona porque saliendo al mesmo lugar de la batalla, que era el valle de Tomelmo en compañía del gobernador, comenzó a hacer de las suyas restaurando la honra de los españoles en diversos asaltos, y encuentros que tuvo con los indios, y aun parte de los despojos y pillaje, que les habian quitado en la batalla ultra de algunos bastimentos, como fueron, vinos y conservas, que hallaron en el mesmo lugar donde habian estado los reales: lo cual dejaron los indios sin tocar en ello por mandado de su jeneral llamado Chungo Turco que con pregones lo mandó notificar so pena de la vida; lo cual hizo recelándose que los españoles lo habian dejado de industria echando en ello algun veneno para efectuar con él lo que con hierro no podian. Comenzó luego a meter miedo en los corazones de los indios el famoso nombre de Martin Campo cuyos sucesos eran tan felices, que el gobernador le dejó con cargo de la ciudad de los Infantes y de todo lo concerniente a guerra, yéndose él a la ciudad de Valdivia: que no era poco para un hombre de setenta años andar tantos y tan ásperos caminos sin descansar como su vejez lo requeria por acudir personalmente a las cosas del reino.

Dentro de tres meses determinó de volver a la ciudad de la Concepcion embarcándose el mes de setiembre de 1571, con algunos españoles que con él salieron, los cuales demas de la mucha provision que de la ciudad sacaban llevaban tambien muchos indios contra su voluntad, y aun sin delecto, pues dejaban las mujeres sin los maridos, y a los maridos sin sus mujeres: y lo mesmo hacian con los padres y hijos; sobre lo cual hubo grandes alborotos pretendiendo impedirlo la justicia seglar, y aun interviniendo la autoridad del obispo de la Imperial, que lo prohibió con censuras, pues estaban tan estragadas las conciencias de algunos, que ni por esas ni por esotras dejaron los indios ni las indias.

CAPITULO XXXVIII.

De la visita jeneral que hicieron en toda la tierra el licenciado Egas Vanegas, y el licenciado Torres de Vera, oidores de la real audiencia de la Concepcion.

Habiendo estado la jente de este reino, y en particular los señores de indios tan demasiadamente señores desde que se descubrió la tierra, que vivia cada uno como queria, fué necesario hacer visita jeneral para poner las cosas en órden, y poner en cuenta y razon las encomiendas de los indios desagraviándolos, y eximiéndolos de muchas vejaciones que se les habian hecho y hacian. Para lo cual se distribuyeron las ciudades entre los dos oidores comenzando Egas Vanegas por las ciudades de arriba el año de setenta y uno, entrando por la Imperial y prosiguiendo hasta Valdivia donde puso en harto aprieto a todos los encomenderos haciéndoles pagar todo lo pasado: y como los desafueros habian sido tantos, y ellos tenian ya tan poca costilla era gran compasion ver lo que padecian, porque muchos de los ministros como escribanos y alguaciles, y otros semejantes apuraban tanto a los miserables por tener de donde sacar su salario, que quitaban las cobijas de las cunas de las criaturas con hartos clamores de las madres: y aun algunos eran como gatos golosos que estando puestos para guardar la caza de los ratones, come uno de ellos mas en un dia, que cien ratones en un mes. Halláronse en el distrito de la Imperial cuatro mil y cuatro cientos indios tributarios, que son los que pasan de diez y siete años, y no de cincuenta y uno sin los que estaban de guerra, que no llegaban a catorce mil con haber hallado cuando entraron los españoles pasados de quinientos mil en este distrito. Y asi mismo se habian hallado mas de doscientos mil en los términos de Valdivia, y los numerados en esta visita fueron poco mas de doce mil; y el dia de hoi hai hartos ménos: tanta es la disminucion que ha venido por estos desventurados indios por espacio de treinta años. Hizo el visitador grandes condenaciones a los vecinos aplicados a los indios por las demasias, y negaciones que se habian usado con ellos sacándoles con diversos medios, y estorciones mucho mas de lo que estaba señalado de tasa: y así le mandaron ciento y cincuenta mil pesos, y once mil hanegas de trigo y maiz, ultra de diez mil pesos, quo se aplicaron para la Cámara de su majestad y salarios de visitas, y otros muchos que llevaron los oficiales della: aunque no se ejecutó la condenacion por entónces respecto de la apelacion que se les admitió para la audiencia real, escepto lo que tocaba a los salarios, que esto se exhibió luego sin remedio.

En este tiempo habia llegado a la ciudad de la Concepcion otro oidor llamado Martinez de Peralta, con cuya asistencia se podia suplir la ausencia del licenciado Torres de Vera, que estaba señalado para visitar la ciudad de Santiago y Coquimbo; aunque fué necesario el dilatarse por entónces para acudir a ciertos alborotos que habia en la ciudad de

Valdivia y Osorno. El uno fué que un mestizo platero llamado Juan Fernandez, tramaba una manera de motin incitando a algunos soldados, a que se fuesen con él de la otra parte de la cordillera; lo cual fué entendido y descubierto por otro mestizo natural del Cuzco, llamado don Pedro del Vazco. Sobre lo cual hizo el oidor dilijente escrutinio y pesquisa, y tuvo apretadas a muchas personas a las cuales encartó el Juan Fernandez en su confesion metiendo entre ellos muchos hombres graves, que estaban libres de tal nota; y así se remedió con hacer justicia del inventor poniendo su cabeza en una jaula para perpetua memoria: y los demas fueron libres despues de haber pasado no pocos trabajos, y aflixiones. El otro caso fué que un encomendero de la ciudad de Osorno llamado Arnao Segarra natural de Sevilla, escribió una carta a la audiencia real dando aviso como el capitan Alonso Ortiz de Zuñiga, que a la sazon era correjidor de aquella ciudad, intentaba pasarse a otras tierras, que están de la otra parte de la cordillera, con alguna jente, que iba juntando de secreto para salir con ella con calor y achaque de visitar su distrito pretendiendo no parar en él, sino pasar a la dicha provincia por la gran fama que habia de su riqueza. Cometióse este negocio al licenciado Egas Vanegas, que andaba mui cerca de Osorno en su visita el cual por quitar inconveniente envió a este correjidor a la ciudad de la Concepcion donde estaba la audiencia. Con esta ocasion fué proveido por correjidor de Osorno un vizcaino llamado Antonio de Latur, el cual no fué bien acepto, y cada dia lo estaba ménos entre los encomenderos: los cuales frecuentaban mucho las peticiones al gobernador sobre este negocio suplicándole les diese otro juez mas a gusto. Pero como él disimulase, y ellos lo llevasen tan mal tuvieron sufrimiento por solo aquel año; pero al fin dél quisieron quitarlo de hecho tomando asilla de su nombramiento, y provision, que era dada por solo un año. Y juntándose la justicia y jente principal del pueblo para hacerle dejar la vara, apellidó él a algunos amigos suyos, con los cuales se hizo fuerte en su casa levantándose no pequeño alboroto en el pueblo, hasta que entrando de por medio personas desapasionadas se dió corte en que las cosas quedasen como estaban de ántes, hasta ver lo que el gobernador ordenaba acerca desto. Y lo que resultó dello fué que acudiendo el licenciado Torres de Vera a la averiguacion y castigo que el delito requeria, hizo risa en muchas personas que se hallaron culpadas poniendo a algunos en ásperas prisiones, y condenando a muchos a diversas penas como azotes, destierros y privacion de oficios; penas pecuniarias, y otras semejantes.

Volviendo este oidor a la ciudad de la Concepcion pretendió ponerse luego en camino para su visita: la cual quiso impedir por entónces el gobernador pareciéndole cosa espediente llevar algo mas blanda la mano y no apurar a la jente tan de golpe. Pero como los salarios eran gruesos, y el visitador era como un rei por donde quiera que pasaba, no quiso Torres de Vera dejar la visita; antes sin aguardar el beneplácito del gobernador salió a media noche de la ciudad dejando en la au-

diencia solo un oidor que era el licenciado Martinez de Peralta, y al presidente que no estaban mui bien avenidos: sintió esto mucho el doctor Saravia, y sobre ello dijo el dia siguiente algunas palabras harto pesadas, hasta decir en presencia de muchas personas: a hombre que tal ha hecho, no le llamo yo oidor sino huidor. Era cosa de lástima ver cuan desventurada estaba la ciudad de la Concepcion estos dias: que podia decir si tuviera boca: de una parte me cerca Duero, y de otra Peñatajada; porque los rebates con que cada dia la inquietaban los enemigos, eran mui frecuentes: y las disenciones de los mesmos que gobernaban, no eran ménos pesadas.

Finalmente los de la ciudad pidieron por capitan della al jeneral Fernan Carrillo de Córdova, que a la sazon lo era de la Imperial puesto por mano del mesmo gobernador, que a peticion de los vecinos lo puso por correjidor como lo habia hecho antes la real audiencia. Y por ser su persona tan importante a esta ciudad de la Concepcion en tiempo de tantas calamidades, y alborotos le encargó el doctor Saravia este oficio: del cual dió tan buena cuenta lo habia hecho en los demas que habia servido saliendo diversas veces a encuentros con los enemigos que molestaban a la ciudad mui a menudo, con cuya asistencia y buenos medios, iban las cosas teniendo alguna mas prosperidad que hasta entónces. Todo esto fué el año de setenta y tres, en el cual se pone fin a la materia deste capítulo.

CAPITULO XXXIX.

De la batalla entre el capitan Joan Ortiz de Zárate y el famoso bárbaro Olvera. Y otra entre el mismo indio, y el capitan Joan Moran; y la de Gregorio de Oña en Tamalen, y la que hubo en la ciudad de la Concepcion.

En tanto que estas cosas iban sucediendo en la ciudad de la Concepcion; no le faltaban hartas desventuras a la ciudad de los Infantes donde estaba Lorenzo Bernal por capitan jeneral, como se ha dicho. Tuvo a esta sazon nueva de una gran multitud de indios, que se iba congregando para dar sobre la ciudad; y como estaba ya tan pesado por haber embarnecido mucho no podia acudir a todas las cosas por su persona: y a esta causa envió el capitan Joan Ortiz de Zárate, que era hombre ménos versado en las cosas de Chile por haber poco que estaba en el reino, aunque mui señalado por su cristiandad, prudencia, y otras buenas partes, que fué manifestando el tiempo, mayormente en el reino del Perú, donde tuvo oficios tan calificados que ninguno los tuvo mas, del virei abajo. Este salió con cincuenta y cuatro hombres los veinte y cinco arcabuceros, y los demas de lanza y adarga, con los cuales en llegando aviso a los indios les acometió con grande ímpetu mostrando el ánimo y esfuerzo qne a tan buen capitan era conveniente. No fué lerdo el capitan bárbaro Olvera en defender su ejército con el cual hizo resistencia a los españoles trabando con ellos sangrienta batalla en el valle de Malloco, cuyo sitio era mui perjudicial para los de a caballo, así por

ser la tierra mui fofa a manera de ceniza, como por estar mui llena de sartenegas. Lo cual y la multitud de los indios que peleaban, obligó a los españoles a volver las espaldas con pérdida de catorce hombres; aunque eran muchos mas incomparablemente los que ellos dejaban muertos de los contrarios.

Sintió esto Bernal entrañablemente; y para ver si podia restaurar parte desto envió al famosísimo capitan Juan Moran, que fué de los catorce, de la fama de la batalla de Puren, y le dió trece hombres para que con él fuesen catorce, pues en este número era tambien afortunado. Salió luego con ellos a correr la tierra haciendo siempre algunas presas, y estando en la República de Unquelemo dió sobre el capitan della, que estaba descuidado en gran borrachera y regocijo, haciendo grave estrago en muchos de los suyos. En este lugar tuvo nueva de que el capitan Olvera iba sobre la ciudad talando de camino los campos; y destruyendo todo lo que topaba con no poco detrimiento de los indios de paz de la comarca. Acudió a esto el capitan Moran; y dióles alcance junto a la ciudad de los Infantes, donde trabó con ellos batalla tan sangrienta, que duró gran parte del dia; finalmente él salió con la victoria dejando muertos muchísimos enemigos, y llevando presos no pocos volviendo con sus catorce hombres buenos y sanos: a los cuales repitió el dicho memorable, que se habia dicho en semejante acasion; si como somos catorce fuéramos doce nos llamaran los doce de la fama. De estos fueron, Francisco Gomez, Andres de Villasinda, Francisco Muñoz, Diego Diaz, Joan Martin el Galan, y Rodrigo Vasquez.

En este tiempo sucedió que yendo otros catorces hombres con el capitan Gregorio de Oña a la ciudad Imperial y durmiendo en el Levo de Tarmaleen junto a Tomelmo. Sobrevinieron grandes huestes de enemigos. Y dando en los españoles mataron siete dellos entre los cuales murió el mesmo caudillo Gregorio de Oña, y los demas salieron huyendo a uña de caballo.

Tambien en los confines de la Concepcion hubo en este tiempo otra batalla harto reñida: porque demas de acudir los indios con mucha frecuencia a diversos robos y asaltos, y haber muerto tres españoles, que caminaban descuidados, llegó a tanto su atrevimiento que el miércoles de ceniza del año de mil y quinientos y setenta y cuatro se alojó un grande ejército un cuarto de legua de la ciudad. No pudo el doctor Saravia reprimir la cólera queriendo él salir por su persona contra todas las reglas que su edad le amonestaba; y llevando consigo toda la jente de la ciudad, que podia ser útil para la pelea trabó sangrienta batalla contra los enemigos: de cuyos cuerpos muertos quedó el campo lleno, huyendo los demas por ser vencidos, aunque de los nuestros no fueron pocos, los que sacaron heridas trabajosas.

CAPITULO XL.

De cómo se quitó la real audiencia del reino de Chile, y dejó el doctor Saravia su gobierno.

Era en este tiempo vicerei del Perú don Francisco de Toledo que le gobernó largos años; el cual teniendo esto por cosa espediente escribió una carta en que mandaba de tal manera estuviese el gobierno de Chile a cargo del doctor Saravia, que no fuesen escluidos los oidores de ayudarle en él cuando se ofreciese. Esta carta fué ocasion de grandes escándalos en todo el reino interviniendo muchas pesadumbres sobre la interpretacion della entre el gobernador y los oidores. De suerte que no solamente en la Concepcion habia grandes disensiones: pero tambien en las demas ciudades a cuyos cabildos iban y venian cartas por horas, y estuvo el negocio tan a canto de rompimiento, que hubo de venir el jeneral Lorenzo Bernal de la ciudad de los Infantes con algunos soldados a impedir con su asistencia los alborotos y desastres que pudieran resultar desta maraña. Tambien enviaron un mensajero llamado Diego de Chaves Tablada para que tratase en el Perú este negocio con el visorei: el cual respondió no ser su intencion innovar cosa de las del reino: y así ordenó se estuviesen las cosas como de antes teniendo el gobernador jurisdiccion absoluta sin irle nadie a la mano. No pasaron muchos meses despues de haberse concluido esta embajada cuando llegó a este reino órden de S. M. para que se quitase el audiencia de todo él por estar la tierra mui flaca para tantos gastos, y por otros justos respetos que intervinieron; y asi se hubieron de entablar nuevos estrados en la ciudad de los Charcas del Perú con los mesmos oidores que dejaron los de Chile. Y juntamente llegaron provisiones para nuevo gobernador; con cuya instruccion se salió tambien el doctor Saravia al mesmo tiempo que los oidores, que fué al principio del año de 1575.

Fué el doctor Saravia natural de la ciudad de Soria de España hijo de principales padres; y mui docto en el derecho, graduado de doctor con mucha aprobacion de todos. Fué primeramente oidor en el reino de Nápoles, y despues lo fué en la ciudad de los Reyes del Perú mas de veinte años, de donde pasó a Chile por gobernador y presidente de la audencia real. Era mui menudo de cuerpo, mui sano de compleccion, mui templado en el comer, mui recto en las cosas de su oficio al dicho de todos, mui celoso en el servicio de su majestad, y aumento de su real hacienda; gobernó este reino cinco años teniendo en él a su mujer doña Gerónima de Soto Mayor, y a su hijo Ramiriañez de Saravia, y a un yerno suyo, que era el jeneral Alonso Picado vecino de Arequipa, el cual tenia trescientos mil ducados en barras de plata demas de su renta, cuando se casó con la hija deste gobernador llamada doña Mayor de Saravia es una señora de las mas cabales de estos reinos. Sirvió el doctor Saravia a su majestad en Chile asi en las cosas de justicia,

como en las de guerra ocupando en ella su persona, y la de su hijo y yerno que por ser tan rico y estraordinariamente gastador, y dadivoso, salió este jeneral Alonso Picado con ménos dinero que metió en chile. . . . . (1).

Al fin deste mesmo año de 1575 estando la ciudad de Valdivia en la mayor prosperidad que jamas habia estado y la jente a los principios de su quietud y contento, quiso nuestro Señor que les durasen poco los solaces acumulando nuevos infortunios a los pasados. Sucedió pues en 16 de diciembre viérnes de las cuatro temporas de Santa Lucía, dia de apisicion de luna hora y media ántes de la noche que todos descuidados de tal desastre, comenzó a temblar la tierra con gran rumor y estruendo yendo siempre el terremoto en crecimiento sin cesar de hacer daño derribando tejados, techumbres y paredes, con tanto espanto de la jente que estaban atónitas y fuera de sí de ver un caso tan extraordinario. No se puede pintar ni describir la manera de esta furiosa tempestad que parecia ser el fin del mundo, cuya priesa fué tal, que no dió lugar a muchas personas a salir de sus casas y así perecieron enterradas en vida cayendo sobre ellas las grandes machinas de los edificios. Era cosa que erizaba los cabellos, y ponia los rostros amarillos, el ver menearse la tierra tan apriesa, y con tanta furia que no solamente caian los edificios, sino tambien las personas sin poderse detener en pié, aunque se asian unos de otros para afirmarse en el suelo. Demas desto mientras la tierra estaba temblando por espacio de un cuarto de hora se vió en el caudaloso rio, por donde las naos suelen subir sin riesgo una cosa notibilísima, y fué que en cierta parte del se dividió el agua corriendo la una parte de ella hácia la mar, y la otra parte rio arriba quedando en aquel lugar el suelo descubierto de suerte, que se vian las piedras como las vió don Pedro de Lovera, de quién saqué esta historia, el cual afirma haberlo visto por sus ojos. Ultra desto salió la mar de sus límites y linderos corriendo con tanta velocidad por la tierra adentro como el rio del mayor ímpetu del mundo. Y fué tanto su furor y braveza, que entró tres leguas por la tierra adentro, donde dejó gran suma de peces muertos, de cuyas especies nunca se habian visto otras en este reino. Y entre estas borrascas y remolinos se perdieron dos naos, que estaban en el puerto, y la ciudad quedó arrasada por tierra sin quedar pared en ella que no se arruinase. Bien escusado estoi en este caso de ponderar las aflicciones de la desventurada jente de este pueblo que tan repentinamente se vieron sin un rincon donde meterse, y aun tuvieron por gran felicidad el estar léjos del, saliéndose al campo raso por estar mas seguros de paredes, que les cojiesen debajo como a otros que no tuvieron lugar para escaparse, i no solamente perdieron las casas de su habitacion, mas tambien todas sus alhajas, y

(1) Falta en el MS. una hoja que debia contener el fin de este cap. 40 y el principio del libro 3.°, 1.ª parte, cap. 1.°

preseas, estandos todas sepultadas, de suerte que aunque pudieron despues descubrirse con gran trabajo fué con ménoscabo de muchas, y pérdida de no pocas, como eran todas las quebradizas con lo que estaba dentro, y otras muchas que cojian los indios de servicio, y otra jente menuda, pues en tales casos suele ser el mejor librado aquel que primero llega. Y demas desto se quedaron tan sin órden de tener mantenimiento por muchos dias, en los cuales padecieron hambre por falta de él, y enfermedades, por vivir en los campos al rigor del frio, lluvias y sereno y (lo que es mas de espantar) aun en el campo razo no estaban del todo seguras las personas; porque por muchas partes se abria la tierra frecuentemente con los temblores, que sobrevenian cada media hora sin cesar esta frecuencia por espacio de cuarenta dias. Era cosa de grande admiracion ver a los caballos, cuales andaban corriendo por las calles y plazas saliéndose de las caballerizas con partes de los pesebres arrastrando o habiendo quebrado los cabestros, y andaban a una parte, y a otra significando la turbacion que sentian, y acojiéndose a sus amos como a pedirles remedio. Y mucho mas se notó esto en los perros, que como animales mas llegados a los hombres se acojian a ellos, y se les metian entre los piés a guarecerse y ampararse mostrando su sentimiento, el cual es en ello tan puntual, que en el instante que apunta el temblor lo sienten ellos alborotándose tanto, que en solo verlos, advierten lo que están delante que está ya con ellos el terremoto. Este mesmo sentimiento hubo en todos los animales jeneralmente tanto que se revolcaban por la tierra; y cada especie usaba de sus voces acostumbradas como ahullidos, relinchos, graznidos, cacareos y bufidos, con modo en algo diferente del suyo representando el interno sentimiento, y pavor con que se estremecian imitando a la mesma tierra. Mas oh providencia de Dios nunca echada menos en ninguna coyuntura, aunque sea en los que se muestra Dios mas bravo, y celoso de echar el resto en aflijir a los hijos de los hombres, nunca cansados de ofenderle. Que al tiempo que la tierra está atribulando a los aflijidos manda a los montes que dejada la nanural alteza de sus cumbres se arrasen por tierra para remedio de lo que mirado desde abajo parece contrario como quiera que lo dé por medicina el que lo mira desde arriba. Cayó a esta coyuntura un altísimo cerro que estaba catorce leguas de la ciudad, y estendiendo la machina de su corpulencia se atravesó en el gran rio de Valdivia por la parte que nace de la profunda laguna de Anigua, cerrando su canal de suerte que no pudo pasar gota de agua, por la via de su ordinario curso quedándose la madre seca sin participar la acostumbrada influencia de la laguna. Quién dirá que hubo aquí aquellos efectos de la Providencia eterna esperimentados en tiempo de Josué, cuando las aguas del Jordan retrocedieron contra su natural curso a la manera que dijimos poco ántes haberse dividido las aguas deste rio; y en tiempo de Moises cuando se abrió el mar Bermejo para dar paso a pié enjuto a los Israelitas. Pues ántes parece haber sido contrario todo lo que aquí sucedió este dia por que como entran en esta gran

laguna cinco rios orijinados de otras de a veinte y treinta leguas de circunferencia cada una, con cuyo concurso era forzoso reventar este gran lago hallando cerrada la puerta por donde suele desaguar, que es este caudaloso rio de Valdivia. Mas en efecto de verdad fué la traza de Dios tan importante que a no caer este cerro tan a punto cerrando el paso de las aguas que corrian velocisímamente se anegara toda la ciudad y sus confines con la salida de la mar la cual como halló la madre del rio desocupada tuvo' lugar de recojerse allí subiendo por ella arriba lo cual no fuera posible si se encontrara con el torrente ordinario que le impidiera el paso con su furia. Y fué tan grande la machina del cerro que tubo cerrada la boca del desaguadero por mas de cuatro meses represándose siempre el agua en la gran laguna hasta que reventó haciendo los efectos que se dirán a su tiempo.

Y porque a las personas que han visto y leido poco desto se les podria hacer difícil de creer siendo testigo el reino entero, les quiero avisar de otros muchos prodijios de mayor admiracion que se han visto en el mundo, los cuales hallarán escritos en historias auténticas escritas en romance, latin, y otras muchas lenguas de diferentes. Cosa fué mui notoria, la ruina de la mayor parte de Antioquia, Damasco y Tripoli, causada de un terremoto semejante al que referimos, y lo mesmo sucedió en Sicilia, donde en semejante ocasion murieron mas de quince mil hombres habiendo en ello la circunstancia de la salida del mar con grande daño de toda la costa. Y tambien se sabe que en otro tiempo cayó en Italia gran fuerza de granizo tan grueso como huevos de avestruces, y hubo frecuentes eclípses del sol con otras señales de grande temor, y espanto de aquellas provincias. Y en el año de 1012, cuando los turcos de Persia tomaron la santa ciudad de Jerusalen precedieron a la desastrada pérdida estupendas señales y pronósticos, como salir la luna de color de sangre, y temblar la tierra con gran frecuencia, donde tambien cayó una columna de fuego a manera de una grande torre, y salió la mar de sus límites tan desenfrenadamente que destruyó muchas ciudades cercanas a la costa. Y en el año de 985 hubo en Roma, y su distrito un terremoto tan furioso que se hundieron muchas ciudades, de cuyo número fué la de Capua. Y en la ciudad de Bresa de Lombardía llovió sangre fina tres dias enteros. Y así mismo el año de 974, cayó en Roma una Piedra de extraordinaria magnitud, y se vieron muchas cruces en las capas de los hombres, y en el año de 850 hubo extraordinarios terremotos en la mesma ciudad de cuyos edificios se arruinó gran parte lastimosamente, y caian pedazos de nieve de a quince piés, y algunos mayores, y hubo cometa que echaba rayos tan fuertes que mataban los hombres; lo cual duró por espacio de cuatro meses. Y al tiempo que murió el Papa Silvestre II, y el emperador Oton hombre cristianísimo hubo señales monstruosas: y señaladamente un dia del mes de diciembre del año de 1003, cayó del cielo un grandísimo copo de fuego que ardió por largo rato, y despues parecia que estaba abierto el cielo en el lugar de donde habia caido; y del punto que

se cerró apareció en el mesmo lugar una espantosa serpiente que aterraba al mundo con solo su aspecto. Tambien es cosa cierta haber aparecido muchas estrellas juntas al sol descubierto al tiempo que Augusto César tomó la posesion del imperio por muerte de su padre. Y en tiempo del consulado de Spurio Posthumis, y Quinto Minucio se vieron tres soles juntos en el cielo, y semejantemente tres lunas en tiempo de Domicio, y Lucio Antonio, y en el consulado de Marco Acilio, y Caío Porcio se escribe que hubo pluvia de leche y sangre, y otra de pedazos de carne en tiempo de Lucio Volumnio, y Servio Sulpicio. Y en el principado de Tiberio hubo el mas memorable terremoto que se sabe haber sucedido en el mundo con cuya violencia cayeron una noche veinte y una ciudades de las mas populosas que habia en Asia, y en el pontificado de Nicolas V hubo temblor en la ciudad de Nápoles, en que perecieron muchos millares de personas.

Y porque no sean las historias antiguas concluiré con una cuyo suceso es aun mas moderno que este de Chile, que contamos. Porque acaeció el año de 1580 en las terceras en una isla llamada de San George. Y si no fuera tan cierta, y sin jénero de duda la relacion que de ello tengo no me atreviera a referirlo en este lugar. Estando pues harto descuidada la jente de esta isla en el dicho año de 1580 postrero dia del mes de mayo comenzó a temblar la tierra con furor que entraba a capa y espada con zumbido que a los pavorosos oidos de los moradores parecia que hablaba diciendo hecha y derrueca; y así lo hizo, porque a pocos vaivenes dió con todo en tierra; pero no he dicho nada, ni lo es esto en comparacion de lo que resta, aunque fué tanto que hizo a pocos remesones no ser ciudades las que tres credos ántes lo habian sido. Luego inmediatamente reventó un cerrillo abriéndose en él una gran boca, por donde comenzó a salir fuego y tras esto salian piedras encendidas revueltas en una corriente de metal ardiendo: lo cual corrió hácia lo llano haciendo una manera de muro o baluarte espantoso al ver y al decir inesplicable, dejo de entremeterme agora en los llantos y sentimientos de los isleños, y sus fervientes oraciones, y plegarias remitiendo esto a la ponderacion del que leyere las causas dello. Y prosiguiendo con la historia digo que tornó aquel boqueron a lanzar piedras encendidas con tanta fuerza y estruendo como las bonbardas arrojan sus balas; y habiendo subido por el aire gran trecho caian a manera de plomo derretido entre espesísimo humo de diversos colores. Abrióse esta boca hácia la parte austral, y habiendo echado de sí tan estupendo espectáculo por espacio de mas de tres horas se abrió otro boqueron hácia la parte del este, el cual tenia quince varas de travesia, comenzó a brotar fuego con gran priesa y arrojar por el aire piedras encendidas, todo lo cual se amontonó en lo llano cerca del otro monton, que salió por la boca austral; y con su grande fuerza atrajo hácia sí toda aquella machina incorporándola en sí misma con crecimiento y cúmulo estupendo. Despues desto se abrieron otras tres bocas, las cuales se fueron ensanchando hasta hacerse una de todas tres, y escupió piedras mayores que una gran casa cada una de las cua-

les, y el fuego que de ella manaba se fué haciendo un cerro, el cual tuvo fuerza para sacar al primero de su lugar uniéndole así mismo. Y hecho todo un cuerpo produjo de sí un rio de fuego que fué talando toda la tierra, y abriendo con su fuerza una profunda canal enderezada al desventurado pueblo, fué corriendo por ella como amenazando que queria tragarlo con toda la jente, que por allí estaba. Pero llegando a una cruz que estaba adelante de la ciudad, al tiempo de embestir con ella le tuvo el respeto que se le debia a la que habia tenido en sí al fuego infinito, y consumidor que es Dios. Para apagar el fuego que destruye a los hombre no solamente en las almas, cual es el de la concupicencia, sino tambien los cuerpos como este, que ahora vamos contando. El cual como no pudiese proseguir su camino prohibiéndoselo la cruz, que es el único remedio de los hombres, se dividió en dos brazos, que corrieron el uno hácia la mar, en cuyo curso topó una roca, y embistió en ella con grande furia, mas como ella era mui fuerte hízole resistencia, de modo que el rio batía en ella como suelen las olas del mar estrellarse en semejantes riscos; y con los golpes que en ella daba saltaban chispas con que salpicaba el contorno. Y demas desto salian de aquella lucha unos relámpagos, que espantaban la jente de la isla. Mas como fué tanto el licor que se iba represando en esta peña vino a crecer de suerte que la excedió en altura i fué corriendo por cima de ella hasta dar en el agua de la mar: donde perdió su furia vencido de sus alas: el otro brazo del rio se fué entrando por las huertas, viñas y cementeras destruyéndolo todo, aun hasta el mesmo terreno. Lo cual duró toda la noche entera. Y cuando salió el aurora con cuyo refrijerio esperaba la jente tener alguno, se abrió otro boqueron como los pasados exhalando de aquellos humos gruesos, que hacian a los aires no ser líquidos. Y con esto lanzó de sí centellas o ascuas de a 100 piés de largo y ancho, y algunas mayores. Y habiendo volado en tanta altura que se perdian de vista, venian a caer un cuarto de legua del lugar donde salieron, y se hallaba ser a manera de piedras encendidas, lo cual duró hasta la puesta del sol de este dia que era tercero de la calamidad y segundo de junio. Y no paró aquí la monstruosidad (que así me parece puede llamarse), porque se abrió otra boca tan grande, que todas las referidas quedaron dentro della haciéndose todas unas, y salieron della escuadrones mui bien ordenados de piedras a manera de metal ardiente, las cuales fueron en órden por el aire, a manera de cuadrillas de zorzales, grullas, cuervos, hombres y otros animales descabezados; y algunas como bolos redondos poniendo en tanta perplejidad a cuantos las vian dudando si eran demonios transfigurados en tales bultos, mayormente por venir envueltos en nubes blancas, negras, verdes, moradas, rubias, azules, coloradas y amarillas. Era ya tres de junio y no tenia talle de ir a ménos el tempestuoso torbellino, y juntándose la jente del pueblo en procesion por aquel campo regándole con hartas lágrimas vieron salir una nube a manera de exalacion encendida, que iba a embestirlos, con cuyo aspecto quedaron tan despavorecidos que huyó cada uno por su

parte dejándose allí una cruz que llevaban y una imájen puesta en sus andas, y acudieron a la playa a meterse en las balsas entrándose desatinados por el agua que les daba a la cinta por escaparse del fuego. Mas como llegase la nube cerca de la imájen y cruz, halló tanta resistencia, que manifestando la violencia con que estaba reprimida estuvo una hora rechonando con un estruendo mayor que el de muchas bombardas juntas, hasta que se vino a deshacer en presencia de la cruz e imájen, por respeto de aquel Señor con cuyo poder se desvanecen como humo las potestades de las tinieblas con mas facilidad que se derrite la cera puesta al fuego.

Todo aquesto se echaba de ver en otro pueblo donde estaba un hombre mui caritativo, i fervoroso, el cual acudió con alguna jente en un batel bogando a toda priesa para dar socorro a los aflijidos con tantas causas y al tiempo que llegaba a desembarcarse tembló la tierra y mar desaforadamente, y se oyeron truenos mas furiosos que nunca juntamente disparó aquel volcan gran suma de balas encendidas y arrojándolas hácia el batel como cuando se juega el artillería de algun castillo marítimo contra los enemigos que entran en el puerto, y menudeaba la lluvia de pelotas de suerte que parecia estaban en el volcan cien condestables, y mil culebrinas y basiliscos. Mas era aquel buen hombre de tan varonil pecho, que por entre aquellos peligros saltó de presto en tierra, y recojiendo toda la jente se fué con ella hácia el volcan en procesion de sangre y lágrimas; y habiendo andado algun trecho toparon otra procesion de la misma forma, y alzando todos a una el alarido pidieron a Dios misericordia. La cual alcanzaron de su benignidad, que oyó sus clamores y puso en olvido (segun piamente se espera) los pecados de aquellos pueblos, como lo ha hecho siempre apiadándose de aquellos corazones rendidos y lo hará todas las veces que el hombre se convirtiere a Su Majestad de veras, no solamente con poner estanco al fuego semejante al de esta tempestad referida, sino tambien al eterno a que estaban condenados los que con sus iniquidades se habian aprovechado mal de su clemencia

CAPITULO II.

Del alzamiento de los indios circunvecinos a la ciudad de Valdivia y la paz a que se redujeron por algun tiempo.

Ya que los moradores de Valdivia pensaban haberse acabado sus trabajos, se les comenzó a tramar otro de nuevo casi de mayor pesadumbre que el pasado. Y fué que los indios de aquel distrito que jamas habian tomado armas contra españoles, intentaron en esta ocasion dar en ellos por aflijir mas a los aflijidos, y la ocasion con que se movieron a esto fué haber salido algunos dias ántes cuatro mil dellos en favor y servicio de Martin Ruiz de Gamboa que los llevó en su ejército, a pelear con los araucanos, y tucapelinos satisfecho de la fidelidad que ellos guardaban como jente nacida y criada entre cristianos, y doctri-

nada en la policía y costumbres de la relijion evanjélica. Y como estos se enseñaron a tomar armas, y estaban ya saboreados en ellas quedaron en tan mala maña que cuando volvieron a sus tierras las quisieron ejercitar contra los mismos cristianos de quien habian recibido la doctrina de la lei que profesaban, y los primeros que pusieron esto en ejercicio fueron los de Renigua y Lame, y Quinchiba, donde por principio de la rebelion mataron a dos españoles, que estaban seguros de semejante traicion y desafuero. Luego que vino el caso a oidos del correjidor que era el capitan Pedro de Aranda, Valdivia despachó con toda presteza un caudillo con algunos soldados, que atajasen el daño ántes que cundiese mas adelante, y por otra parte envió mensajeros a los pueblos de su distrito para que estuviesen con centinela, y atalaya, la barba sobre el hombro, para prevenir los inconvenientes a que suelen dar entrada los descuidos. Y por tomar esto mas de propósito salió el mesmo en persona con el mayor número de jente que halló a mano; pero halló tan fortalecidos y pertrechados a los indios que juzgó ser temeridad el acometer por entónces hasta aumentar mas su compañía. Y para esto envió a dar aviso a un caudillo que andaba corriendo la tierra enviado del correjidor de la ciudad Rica para que acudiese luego a socorrerle segun la necesidad lo demandaba, mas como este era de otra jurisdiccion no se atrevió a hacer mudanza sin comunicar primero a su correjidor, que era Arias Pardo Maldonado, el cual no solamente condescendió con esta peticion tan justa, mas tambien salió el mesmo en persona con estar medio tullido, y llevó consigo 22 hombres, que fueron los mas que pudo juntar en tiempo de tanta priesa. Y como le cojiese la noche junto al desaguadero de Renigua no pudiendo pasar adelante envió doce hombres con su capitan los cuales llegaron al amanecer donde estaba el capitan Pedro de Aranda a coyuntura que los indios intentaban acometerle, mas como vieron jente de socorro se detuvieron algun tanto hasta que aclarase mas el dia, en cuyo intervalo se fué juntando mas jente de a caballo, con la que dieron los nuestros en los indios haciéndolos retirar desamparando su alojamiento. Verdad es que se iban retirando con tal órden, que no cesaban de pelear echando espesa lluvia de piedras sobre los nuestros por ser mui pocas las armas que tenian a causa de no ser jente ejercitada en batallas. Estando en este conflicto llegó el capitan Arias Pardo Maldonado, con cuyo socorro se animaron los españoles, y dieron a huir los enemigos, despareciéndose en breve tiempo. Y pareciéndole al capitan Valdivia que se negociaria mejor con estos por otro término respecto de ser jente criado en paz, y ejercitada en ella determinó de ir en persona a hablar con los capitanes del bando indio tratando con ellos de su remedio que era dejarse de alborotos y asentar el pié viniendo en paz, y quietud como hasta entónces pues eran cristianos bautizados, y sabian bien cuanto les convenia no innovar las cosas tan importantes al bien de las almas, y sociego de sus hijos y mujeres. A lo cual respondieron ellos que el haber muerto a los dos españoles no se debia atribuir a rebelion sino a cólera encendida con millones

de causas, injusticias, y opresiones, que les hacian por momentos: por ser el uno griego, llamado Dimo, y el otro de tan mala condicion como él cuyo nombre era Pero M. Redondo. Y que cuando hubieron salido de medida pretendiendo alzar bandera contra los españoles no se les debia atribuir a deslealtad, pues eran tantos los motivos que tenian para ello viéndose llevar por fuerza a manadas como carneros, o entender en cosas de excesivo trabajo, y totalmente contra su natural, como eran la guerra, y labor de las minas, y otras ocupaciones, en que los trataban como a jumentos cargándolos de noche, y de dia despues de haberlos apartado muchas leguas de sus casas, hijos, y mujeres. Procuró el capitan apaciguarlos diciendo que ellos tenian la culpa en no haberle dado parte dello representándole los agravios, de que justamente se quejaban. En lo cual él protestaba de poner remedio de allí adelante si querian rendirse luego: donde no los daria luego por rebeldes ejecutando el castigo que merecen los que están declarados por tales. La respuesta que ellos dieron a estas palabras no fué con otras palabras sino con obras tirando muchas piedras ȳ saetas entre grande mormollo de alaridos y amenazas hechas a los nuestros. Los cuales aunque pelearon valerosamente, no pudieron resistir la lluvia de piedras que los cubria, por ser tan espesa como granizo en tiempo de grande tempestad. Por esta causa se retiraron no pudiendo hacer otra cosa hasta que dentro de pocas horas llegaron españoles de socorro con algunos indios amigos. Y a esta sazon se habian los indios encastillado otra vez en su palizada, que era mui alta; y no pudiendo los nuestros acometerles facilmente salió el capitan con 20 de a caballo subiendo a lo alto de la cordillera para cojerlos por las espaldas dando en ellos desde un lugar que estaba mas alto que su fuerte, mas halló en medio del camino un paso mui escabroso y tomado de enemigos, cuya dificultad le obligó a retirarse a su alojamiento topando en el camino otros españoles de la ciudad de Valdivia con algunos indios amigos para socorrerle.

En el interin que el capitan Aranda andaba en esto le pareció al capitan Arias Pardo Maldonado probar la mano en tratar con los indios de los medios de paz llegándose para ello a la entrada de su fortaleza. Era este caballero mui discreto, prudente, y bien hablado, cuyas razones fueron de tanta eficacia para con los indios que los vino a convencer de modo que condescendieron con él, con tal que les asegurase la vida. Volvió Arias Pardo mui contento con esta respuesta, y trató con el capitan Aranda, que habia ya llegado al real; este caso, el cual se puso luego en consulta entre todos los vecinos, y hombres prácticos que allí habia. Y habiendo pasado hartos dares y tomares, y considerado el negocio atentamente fué la resolucion que los indios se admitiesen a la paz con tal que dejasen el fuerte y restituyesen todo el ganado, y herramientas de mina con el oro que habian tomado a los dos hombres que mataron, y que sirviesen en adelante como hasta allí lo habian hecho fiándose de la cristiandad de los españoles que soldaria la quiebra que habia intervenido en su buen tratamiento y justicia que se les debia. Y habiéndo-

se declarado a los indios la determinacion de los españoles enviaron a un cacique hermano del capitan jeneral con cuatro indios al real de los españoles como por prenda, y seguridad de la paz, y los demas desampararon el fuerte aquella noche yéndose a vivir a sus pueblos como solian. Y así mismo los españoles habiendo paseado, y desbaratado el fuerte se volvieron seguramente yéndose cada uno a su casa por el camino que habia venido.

Dentro de quince dias tornaron los indios a inquietarse, o por temor de que habian de ser castigados por la rebelion pasada, o por querer restaurar su libertad, como ya lo habian intentado, y confederándose todos los que habian en el distrito de cuatro ciudades que eran Valdivia, Osorno, la Imperial, y la ciudad Rica, salieron todos a una declarándose por rebelados, y corriendo la tierra mataron los españoles que pudieron haber a las manos, y quemaron las sementeras, chozas y caserías de los españoles, cojiendo todo el ganado que habia por los ejidos, y haciendo otros muchos daños semejantes. Y prosiguiendo en esta destruccion llegaron a la laguna de Ranco donde éstaban ocho españoles con gran número de indios domésticos, los cuales por tener allí sus casas y haciendas se pusieron en defensa de ellas no osando los agresores proceder adelante por hallar en ellos tanta resistencia, y echando de ver que tenian necesidad de mas jente para llevar adelante la guerra contra los españoles convocaron a unos indios llamados puelches, que es jente mui apartada de la demas del reino y vive en unas cierras nevadas con gran pobreza sin traza de pueblos ni órden en su gobierno sino como cabras monteses, que donde les toma la noche allí se quedan y por ser esta jente mui diestra en el arco y flecha y deseosa de tener dinero; los convidaron estos rebelados prometiéndoles estipendio por que les ayudasen en la guerra. En tanto que ellos andaban haciendo jente envió el capitan Aranda un caudillo con alguna jente a los llanos para impedir a los enemigos sus correderías, y otro a la provincia de Ranco, y fué Hernando de Aranda Valdivia pariente suyo, y mui versado en las cosas de guerra. Acertaron los indios a dar con una destas cuadrillas, que tenia solos ocho hombres y dando en ellos los hicieron retirar escapándose a uña de caballo escepto uno que quedó en las suyas cuya cabeza pusieron en medio del camino en la punta de una lanza por triunfo de su victoria y temor de los españoles. Y fuera el negocio mui adelante si no concurriera prestamente mucha jente española entre ellos el capitan Juan de Matienzo con doce hombres, que fueron de mucho efecto para refrenar a los indios algun tanto, y mucho mas los que despues llegaron con el correjidor Pedro de Aranda Valdivia que salió con cincuenta hombres a la provincia de Ranco donde estaban mas de 4,000 indios de guerra con propósito de no pasar hasta echar a los españoles de su tierra. Estos no entendian que dieran tan presto con ellos los españoles y así se alborotaron por no estar aun fortalecidos y así se fueron a gran priesa a lo alto de un cerro asperísimo que tiene por una parte la gran laguna de Ranco, y por la otra un caudaloso rio,

y por la subida una piedra tajada por donde no podian subir hombres sino yendo uno a uno. Era el lugar inespugnable, y tan lleno de piedras que con tres hombres que las arrojaran impidieran la subida a un gran ejército. Y así no fué posible acometerles por entónces hasta que estuviesen en lugar mas acomodado para los nuestros. Por lo cual acordaron de dar sobre otro gran escuadron de dos mil indios que estaban encastillados junto a un rio por donde les entraba el mantenimiento, del valle de Maque que está de la otra banda. Tuvo el capitan Juan de Matienzo deseos de hacer suerte en esto y embarcando la jente que pudo en las canoas que fueron treinta hombres se quedó con cincuenta por no caber mas en ellas, y viendo que era poca jente se determinó a pasar el rio a vado aunque con gran peligro arrojándose él delante de todos con lo cual los obligó a ir en su seguimiento. Y fué tan bueno el lance que los indios de aquella tierra se encojieron y arrinconaron no osando ponerse a brazos con los nuestros: y los puelches, que eran noveles, y por no saber de aquel achaque salieron mui orgullosos flechando sus arcos, y crujiendo sus hondas; hubieron de volver sus espaldas a la segunda instancia, y sin mas dilacion salieron renegando de la tierra, y acojiéndose a la suya con propósito de no trabarse mas con los españoles en los dias de su vida.

CAPITULO III.

De la salida que hizo la laguna de Renigua, y desbarate del fuerte de Liben y Mangue.

Ya queda dicho en el capítulo 2.° la represa que hubo en la gran laguna de Renigua a los seis dias del mes de diciembre de 1575. Habiendo pues durado por espacio de cuatro meses y medio por tener cerrado el desaguadero con el gran cerro que se atravesó en él; sucedió que al fin del mes de abril del año siguiente de 76 vino a reventar con tanta furia como quien habia estado el tiempo referido hinchándose cada dia mas de suerte, que toda el agua que habia de correr por el caudaloso rio la detenia en sí con harta violencia. Y así por esto como por estar en lugar alto salió bramando, y hundiendo el mundo sin dejar casa de cuantas hallaba por delante que no llevase consigo. Y no es nada decir que destruyó muchos pueblos circunvecinos anegando a los moradores y ganados, mas tambien sacaba de cuajo los árboles por mas arraigados que estuviesen. Y por ser esta avenida a media noche cojió a toda la jente en lo mas profundo del sueño anegando a muchos en sus camas, y a otros al tiempo que salian de ellas despavoridos. Y los que mejor libraban eran aquellos que se subieron sobre los techos de sus casas, cuya armazon era de palos cubiertos de paja y totora como es costumbre entre los indios. Porque aunque las mesmas casas eran sacadas de su sitio, y llevadas con la fuerza del agua, con todo eso por ir muchas de ellas enteras como navíos iban navegando como si lo fueran y así los que iban encima podian escaparse mayormente siendo indios, que es jente mui cursada en andar en el agua. Mas hablando de los de la ciudad de

Valdivia habia tanto que decir acerca desto que excediera la materia a lo que sufre el instituto de la historia.

Estaba en esta ciudad a esta coyuntura el capitan don Pedro de Lovera por correjidor de ella, el cual temiendo muchos dias ántes este suceso habia mandado que la jente que tenia sus casas en la parte mas baja de la ciudad que era al pié de la loma donde está el convento del glorioso patriarca San Francisco, se pasase a la parte mas alta del pueblo; lo cual fué cumplido exactamente por ser cosa en que le iba tanto a cada uno. Con todo eso cuando llegó la furiosa avenida puso a la jente en tan grande aprieto que entendieron no quedara hombre con la vida, porque el agua iba siempre creciendo de suerte que iba llegando cerca de la altura de la loma, donde está el pueblo; y por estar todo cercado de agua no era posible salir para guarecerse en los cerros si no era algunos indios, que iban a nado de los cuales morian muchos en el camino topando en los troncos de los árboles, y enredándose en sus ramas; y lo que ponia mas lástima a los españoles era ver a muchos indios que venian encima de sus casas, y corrian a dar consigo a la mar, aunque algunos se echaban a nado y subian a la ciudad como mejor podian. Esto mesmo hacian los caballos, y otros animales, que acertaban a dar en aquel sitio procurando guarecerse entre la jente con el instinto natural que les movia. En este tiempo no se entendia en otra cosa, sino en disciplinas, oracion, y procesiones, todo envuelto en hartas lágrimas para vencer con ellas la pujanza del agua, aplacando al Señor que la movia. Cuya clemencia se mostró allí como siempre poniendo límite al crecimiento a la hora de medio dia porque aunque siempre el agua fué corriendo por el espacio de tres dias, era esto al peso a que habia llegado a esta hora que dijimos, sin ir siempre en mas aumento como habia ido hasta entónces. Y entenderáse mejor cuan estupenda y horrible cosa fué la que contamos suponiendo que está aquel contorno lleno de quebradas y rios, y otros lugares, tan cuesta abajo por donde el agua iba con mas furia que una jara, que con estos desaguaderos no podia tener el agua lugar de subir a tanta altura, no fuera tan grande el abismo que salió de madre. Finalmente fué bajando el agua a cabo de tres dias, habiendo muerto mas de mil y doscientos indios, y gran número de reses sin contarse aquí la destruccion de casas, chacaras y huertas, que fuera cosa inaccesible.

Y pareciéndole a don Pedro de Lovera que podia haber a rio vuelto ganancia de pescadores, tuvo recelo de algun desban que podia suceder en el valle de Maque y en el fuerte de Lliben por donde andaba el capitan Pedro de Aranda veinte leguas de la ciudad. Envió a Hernando de Salazar vecinos della a visitar aquel distrito dando por él una vuelta a ver si el capitan Aranda estaba necesitado de su socorro. Caminó este caudillo con algunos soldados con gran trabajo por estar la tierra mui mojada y llena de troncos de árboles, y vascosidad que hacia el camino impertransible. Por lo cual cejó por otra vereda de un camino poco usado y a una legua poco mas fué a dar en un pueblecillo, don-

de se iban juntando los indios de guerra en tanta suma, que habia ya diez i siete caciques con sus escuadras, mas como no les pasaba por pensamiento haber de llegar español allí en toda la vida estaban tan descuidados de tal suceso que aquellos pocos de españoles con no pasar de doce fueron bastantes a desbaratarlos por dar en ellos tan inopinadamente. Y aunque algunos acudieron a las armas, y se defendieron un breve rato, fueron muchos mas los que huyeron por diversas partes procurando quitarse delante de los ojos de los españoles. Y fueron estos los mejor parados aunque anduvieron, porque los demas que se pusieron a hacer resistencia quedaron mal heridos, y algunos muertos y no pocos presos en manos de los yanaconas que iban en compañía de los españoles. A todos estos que eran mas de doscientos mandó Hernando Salazar poner a recaudo en una casa que allí estaba en la encomienda de Esteban de Guevara, de donde envió aviso al capitan don Pedro de Lovera, el cual acudió a ello con veinte hombres y hizo justicia de los principales cabezas de los rebelados, y con esto se volvió a su casa dejando órden al capitan Salazar de que fuese prosiguiendo el castigo en los demas que eran sus secuaces aunque ménos rigorosamente.

Poco despues acudió el capitan Aranda a poner cerco al fuerte de Lliben, donde habia gran suma de enemigos, y habiendo estado veinte dias sin poder hacer suerte por estar mui trincheados y fortalecidos con todo jéneros de pertrechos, se vino a meter en cólera cansado de tanto esperar, de modo, que quiso aventurarse por no perder mas tiempo sin sacar fruto: para esto llevó su jente, a un lugar que caia sobre la fortaleza para entrar por un paso harto peligroso, por no haber otro descubierto, y aunque los enemigos les arrojaron menuda lluvia de piedras y saetas se abalanzaron por entre ellas, en razon de acabar de una vez con esta empresa. Acudieron los rebelados al lugar por donde eran acometidos dándole a los españoles que estaban fuera para arrojarse por entre las albarradas miéntras ellos estaban entretenidos con la escuadra en que el capitan andaba, y desta manera les dieron trato por tres partes de suerte, que los desatinaron no dándoles vado a tomar acuerdo, y aunque acometieron a todas partes peleando por un rato cayendo, y levantando hubieron luego de dejar las armas, y desamparar la fortaleza poniéndola toda en los piés y aun quisieran tener para ello alas de ave. Mas con todo eso quedaron mas de quinientos en el lazo. Unos que murieron en la batalla, y otros de quien se hizo justicia por haber sido causa della. Mas el efecto fué un gran temor que se metió en los corazones de los indios, con el cual se fueron rindiendo poco a poco a los españoles acudiendo a dar la paz, y pedir perdon de lo pasado.

CAPITULO IV.

De la batalla y desbarate del fuerte de Renigua y otros encuentros que tuvo el capitan Pedro de Aranda con los indios.

Con estos servicios que el capitan Pedro de Aranda Valdivia iba haciendo a su majestad sin cesar noche, ni dia de andar allanándole la tierra, iba cobrando mucho crédito y animándose a proseguir semejantes obras y otras mayores ofreciéndose ocasiones para ello. Y habiendo salido con la victoria pasada salió de allí a poco a otro encuentro del mesmo tenor dejando en el sitio de Ranco a un capitan con veinte hombres por acudir él mesmo a desbaratar el fuerte de Renigua, a donde se partió con treinta soldados y buen número de indios a 8 dias del mes de mayo de 1576. Y habiéndole acudido alguna jente de la ciudad de Val divia formó un escuadron de setenta de a caballo, y otro de indios amigos con que acometió el fuerte de Guarou; donde habia pocos mas de 2,000 enemigos encastillados. Estos estaban con las armas en las manos aguardando a los nuestros; pero viendo que eran mas que ellos habian pensado, desampararon el fuerte, y se metieron en un sitio algo mas retirado, que tenia por una parte la gran laguna, y por otra una cerranía mui escabrosa, y lo que estaba en la parte anterior era un espeso bosque de suerte, que por todas partes estaba el lugar fortalecido. Demas de lo cual hicieron sus trincheas, y valuartes de donde salian cada dia a escaramuzar con los nuestros retirándose presto sin aguardar largos embites. Y como no fuese posible estar los de a caballo donde ellos estaban, mandó el capitan hacer cuatro canoas, en las cuales entró alguna jente, y fué navegando por la laguna para hallar entrada mas fácil, y para que otra escuadra que iba por tierra tuviese tambien lugar para entrar en el fuerte con el amparo de los que iban en las canoas a facilitarles el paso. Y acometiendo al fuerte por ambas partes se trabó una sangrienta pelea en juéves 7 dias del mes de abril [sic] del mismo año de 1576. Y fué tal el aprieto en que se vieron los indios en este trance, que el mayor cuidado que finalmente tuvieron fué el mirar cada uno por donde podia evadirse por estar tan difícil la salida para ellos como lo habia estado la entrada para los nuestros o poco ménos. Mas con todo eso quedaron muchos muertos, y otros presos de los cuales se hizo justicia con ejemplares castigos para escarmiento de los demas rebelados. Fué de mucha estima esta victoria en toda la tierra, y en particular en Valdivia, donde se hicieron devotas procesiones dando gracias a Nuestro Señor por ella; y alegres regocijos en significacion del contento que della procedia. Halláronse en este encuentro, y los pasados, Rodrigo de Sande, Hernando de Aranda Valdivia, Francisco de Herrera Sotomayor, Juan de Matienzo, Juan de Alvarado el mozo; Alonso Dominguez de Blanca, y don Alonso Mariño de Lovera entre los demas caballeros que están arriba nombrados.

Y aunque el capitan Arias Pardo Maldonado se habia hallado en

algunos de los lances referidos como está dicho, mas en este último estuvo ausente por permision divina acudiendo a la ciudad Rica, donde era correjidor para evitar una maraña, que se iba tramando entre los indios. Y fué que uno de ellos llamado don Juan Vilinango cacique principal, y gran hechicero, tanto que era tenido de los indios por inmortal, intentó destruir a la ciudad Rica matando en una noche a todos los moradores della. Para esto envió mensajeros a los pueblos comarcanos, y con ellos un collar suyo de piezas de oro perlas, y turquesas, que por ser mui conocido en la provincia lo envió por señal para que los indios viniesen seguramente certificados de la victoria con la palabra de una persona de tanta autoridad entre todos ellos. Y habiéndose juntado hasta doce mil poco mas o ménos se conjuraron de matar a los españoles sin dejar hombre a vida so pena de perjuros, y de ser tenidos por infames. Para efectuar esto tomaron ocasion de las procesiones de la semana santa con cuyo achaque metió este cacique a los doce mil indios en la ciudad para ejecutar sus intentos el último dia de la pascua que era el de San Márcos, y pretendiendo hacerlo mas a su salvo se confederaron con los yanaconas de servicio, los cuales habian de cojer las sillas, y frenos a sus amos para que no fuesen señores de sus caballos, que era lo mesmo que dejarlos sin pié y manos. Estando el negocio tan a pique que no faltaba sino llegar la hora señalada plugo a Nuestro Señor de descubrir la conjuracion por medio de un indio del Perú yerno del mesmo don Juan Vilinango, el cual por ser de otra nacion mas noble, y tener mas arraigada en su alma la lei de Cristo que los chilenses, no quiso permitir tan gran traicion pudiendo facilmente desbaratarla con dar el aviso que dió al correjidor Arias Pardo Maldonado. Este por ser hombre discreto y buen cristiano acudió ante todas cosas al remedio mas eficaz, que fué mandar que se dijese una misa solemne con invocacion del Espíritu Santo a la cual hizo que se juntase la mayor parte de la ciudad hallándose él allá con la mayor devocion y lágrimas que pudo. Y comunicando allí lo que se tramaba con algunas personas secretamente se fué luego derecho al lugar donde estaba el jeneral Vilinango con el capitan Antequin, Coninango, don Francisco Guembo, Talmavida, Juan Reque, y los demas que por todos eran doce, y los prendió y mandó poner a recado, donde los examinó haciendo escrutinio de sus intentos, los cuales descubrió manifiestamente por confesion de muchos dellos, y en particular por la de un cacique mui ladino llamado don Martin Vilinango, que declaró de plano todo lo que se tramaba. Y por ser negocio en que iban tantas cabezas lo consultó el correjidor con algunas personas graves, y llevó algunos relijiosos que dispusiesen para morir a los presos estando él mesmo toda aquella noche a caballo con alguna jente armada por prevenir con bastante resguardo el alboroto que podria haber entre los indios. Y cuando queria ya amanecer mandó ahorcar los caciques presos en la plaza de la ciudad para que saliendo la luz del dia fuesen vistos de los suyos, y tomasen escarmiento con tan doloroso espectáculo para ellos. Y cuando vió que habia gran número

de indios puestos a la mira llorando a sus capitanes salió él mesmo a la plaza, y les hizo un largo razonamiento intimándoles cuan mal les estaba intentar ocultamente cosa contra los cristianos teniendo experiencia de que siempre Dios descubria sus lazos al tiempo que ellos pensaban tenerlos asidos en ellos.

Con todo esto estaban los indios tan obstinados, y con el freno entre los dientes, que aunque por algun tiempo no osaron descomponerse, finalmente vinieron a brotar la ponzoña, congregándose como primero en un lugar que estaba seis leguas de Valdivia. Y por haber allí muchas casas de mita a donde solian acudir españoles las quemaron todas dejando solo una, donde ellos se iban recojiendo para la guerra. Tuvo el capitan Arias Pardo Maldonado noticia de este desconcierto, y despachó con gran presteza a un capitan llamado Juan de Almonacid con alguna jente que lo remediase. La cual habiendo caminado toda la noche llegó ántes de amanecer a la casa donde estaban los indios totalmente descuidados y dormidos. Y aunque al punto que los nuestros llegaron a la puerta comenzaron algunos indios a alborotarse, pero valióles mui poco por haberla cerrado el capitan por de fuera sin dejarles portillo por donde pudiesen evadirse y por acabar de una vez con ellos puso fuego a la casa queriendo quemarlos con ella como lo hizo, sin escapar hombre de los ciento y setenta que dentro estaban. Al alarido que estos levantaron con la agonía de la muerte, y mucho mas al resplandor del fuego, y volar del humo acudieron los indios que se hallaron mas cercanos, y juntándose quinientos dellos trabaron furiosa refriega con los nuestros arremetiendo como tigres con la rabia que tenian de ver quemados a los suyos tan lastimosamente, mas lo que medraron en la feria fué dejar allí las vidas los mas de ellos escapando mui pocos y esos con harta ocasion de quedar escarmentados.

Andaban en este tiempo las cosas tan revueltas en los términos de Valdivia, Osorno, i la ciudad Rica, que parecia la mesma tierra brotar enemigos, pues apénas se habian allanado en una parte cuando salian por otra en mayor número. Esto sucedió en particular con achaque del desbarate referido en el fuerte de Lliben, de donde salieron los indios de vencida como está dicho, y el capitan de ellos fué preso por mano de un cacique de los confederados con los españoles llamado Mellid, que vivia cerca de estos indios rebelados. Los cuales por tomar venganza del cacique por haber puesto a su capitan. Tipantue en mano de españoles acudieron poco mas de dos mil de ellos al distrito de Mellid, donde le mataron con muchos de los suyos, y ejecutaron su crueleza en destruir sementeras y ganados llevándose de camino los que podian. Y así por esto como por ver que les llevaban las mujeres se pusieron en defensa los indios de aquel repartimiento del capitan Juan de Mantienzo usando de una estratajema para poder valerse que fué echar fama, que llegaba cerca jente española en su defensa diciendo a voces; aquí, aquí, señores, como si los tuvieran a la vista. Retiráronse con esta voz los enemigos creyendo ser verdad lo que se decia; pero

despues que entendieron haber sido burla, i finjimiento de esotros indios tornaron a revolver sobre ellos a tiempo que llegaban españoles de los llanos tan a punto, como si hubieran medido el número de los instantes de tiempo, y pasos de camino. Y como los vieron los contrarios al tiempo que se abalanzaban sin tal pensamiento dieron la vuelta con tanta velocidad como habian tomado la corrida para dar en los otros indios. Dióles esto mucho que pensar y mucho mas sus mismo agüeros por los cuales tienen por cierto que nunca les podrá ir bien en alguna fortaleza donde una vez fueron vencidos y por esta causa se apartaron un poco de aquel lugar acojiéndose a otro de una llanada, que está entre la laguna y el rio fortalecida de uno y otro para no ser acometidos facilmente. Miéntras andaban ellos en estas mudanzas despachó el capitan Pedro de Aranda Valdivia doce hombres con un caudillo llamado Francisco de Pereira Sotomayor, que a la sazon era alcalde de la ciudad, persona mui benemérita en este reino y en el Perú donde habia servido a su majestad, y poco despues envió a su hermano Hernando de Aranda Valdivia con otra compañía de soldados saliendo él mesmo a acompañarle hasta una loma que llaman de Curaca, desde la cual tomó él otro camino hacia los llanos para llegar a la ciudad de Osorno, a recojer jente con que llegó dentro de tres dias a la provincia de Lliben a ordenar el campo con los que habia enviado adelante, y algunos otros enviados del correjidor don Pedro Mariño de Lovera con la municion y arcabucería. Tenian los indios ya hechas sus trincheras, y baluartes, y un foso mui malo de pasar por el mucho lodo y agua que habia con la aspereza del invierno, que era entónces tres de julio del dicho año. Mas con todo eso se arrojaron los españoles a pasar aquella cava tan dificultosa tomando para ello la madrugada a la sazon que los mas de los indios estaban algo retirados en un lugar donde se habian juntado a sus borracheras dejando solos 300 en guarda del foso y albarradas. Y aunque estos que estaban en custodia, y centinela quisieron al primer ímpetu defenderse, fué tanta la fuerza de los españoles que les hicieron ir mas que de paso habiendo alanceado muchos dellos. Y no contentos con esta presa prosiguieron, en rompiendo el dia, por la tierra adentro corriéndola a todas partes hasta dejarla limpia de enemigos tomándoles el ganado que ellos habian robado a los indios de paz de la comarca.

CAPITULO V.

De la batalla que hubo entre el capitan Arias Pardo Maldonado y los indios de la ciudad Rica y otros encuentros.

Nunca faltaban en estos tiempo frecuentes desasociegos en todo el reino y mui en particular en los lugares circunvecinos a las ciudades de arriba tanto que aun el dia de la fiesta de Corpus Cristi no dejaron los bárbaros de inquietar a los que se habian recojido en la ciudad Rica a celebrarla juntándose ellos dos dias ántes a fiestas de embriaguez, y bailes segun sus ritos en un cerro mui escabroso para sustentar en él gu-

rra contra los nuestros. Y así la víspera de esta festividad hubo de salir la mayor parte de la jente de pelea que habia en el pueblo, que fueron hasta treinta hombres con su capitan Arias Pardo Maldonado llevando consigo hasta dos mil indios yanaconas. Y habiendo caminado todo el dia llegaron a la noche a la vista del fuerte de los enemigos, para cuyo encuentro y asalto se dividió la jente en dos escuadras que acometieron por diversas partes segun la disposicion del sitio permitia. Y aunque a los principios se tuvieron los indios en buenas con la primera cuadrilla que acometió por la frontera, mas despues que vieron otro escuadron que cargaba por las espaldas perdieron luego el ánimo, y desampararon el fuerte con disminucion de su jente, y aun los que salieron huyendo no todos se fueron alabando por el gran coraje con que los indios yanaconas iban siguiendo el alcance sin perdonar a hombre que pudiesen cojer debajo de su lanza. Con esta victoria se vino a celebrar la fiesta del Santísimo Sacramento con mayor solemnidad que se habia pensado añadiéndose la accion de gracias que por tal merced se debia al Señor, a quien aquel dia estaba dedicado.

No se descuidaba en este tiempo el capitan Pedro de Aranda Valdivia de correr la tierra y enviar jente que hiciese lo mismo por todas partes señalando adalides, que capitaneasen los corredores y en particular a Gaspar Biera vecino de Valdivia, hombre de calidad animoso y de buenas costumbres, a quien puso por caudillo de la provincia de Mangue. Este usó de los medios posibles para traer a los indios de paz, aunque tambien era riguroso con los que hallaba rebeldes, y así redujo a muchos dellos en el tiempo que tuvo este cargo hasta que le sucedió en él Salvador Martin por estar él necesitado de algun descanso. Empleóse siempre estecaudillo en correr el campo, que a la sazon estaba mal seguro por andar en él los indios puelches haciendo suertes en los naturales dándoles su merecido por haberlos ellos convocado contra les españoles cuando se rebelaron segun está arriba referido. Dióse este capitan tan buena maña que venció dos veces a los puelches en batallas que con ellos tuvo y limpió el distrito de estas sabandijas, que andaban robando a los naturales de él no solamente las haciendas y ganados, sino tambien los hijos y mujeres.—A esta conyuntura llegaron a este reino trescientos y setenta y siete españoles enviados de su majestad con el capitan Juan de Losada del hábito de Santiago para aumento de las ciudades, y persecucion de la guerra comenzada. De estos envió al gobernador Quiroga setenta hombres a la ciudad de Valdivia con el capitan Gaspar Verdugo que los llevó por mar, y los entregó al mariscal Martin Ruiz de Gamboa que habia ya llegado con poderes del gobernador su suegro para asistir a las cosas ocurrentes en los términos de las ciudades de arriba. Fué esto de mucho efecto para impedir una conjuracion de indios convocados por un cacique de Renigua, y Guaron llamado Ripillan contra el cual salió el mariscal Gamboa con los soldados que habian venido de refresco con cuya salida cesó el daño que se iba tramando por el temor que los indios tuvieron de oponerse a tanta jente, y así

se hubo de quedar solo el cacique promotor del alzamiento. Y lo que resultó de la maraña fué el venir los indios cruzados las manos a los piés del mariscal rindiéndose a él con grandes ofertas, i servicios, y dando escusas de las sospechas que de ellos habia tenido. Admitiólos Gamboa con buen semblante con tal que le trajesen a su presencia al indio Ripillan causador del desasociego dándoles palabra de poner en olvido todos sus delitos si se le ponian en las manos. Juntáronse para esto cincuenta caciques con toda la jente de sus pueblos, y echaron todos los rodeos que al parecer dellos podian para cojerlo, aunque se entendió ser de cumplimiento, pues al cabo de 8 dias volvieron al mariscal sin la presa que deseaba. El mostró entónces mucho enojo, y los persuadió a que le diesen contento, donde no, que esperasen de él poca amistad, pues andaban tan fuera de su gusto con esta amenaza, y otras en que les mostraba mas los dientes tomaron los indios el negocio de veras, sin dejar rincon donde no le buscasen hasta dar con un cuñado suyo que murió a puros tormentos por no querer confesar donde estaba; como tambien lo negó su mesmo hijo, que murió despues en el tormento por guardar a su padre la lealtad que le debia, mas en fin donde entran mujeres de por medio no hai que hacer mucho caso de secreto. Despues de haber muerto, el hijo, y el cuñado por no descubrir el lugar donde Ripillan estaba, vino su mesma mujer a caer en manos de los indios que andaban en la pesquisa, la cual con temor femenil, que suele ser casi tan grande como sus bríos y coraje, cuando se enciende, los llevó a un risco, donde su marido estaba metido entre unas peñas donde apenas acertara el mesmo diablo de la peña. Y como los indios intentasen persuadirle a que fuese de su voluntad, i pidiese perdon del crímen cometido, pretendió él por el contrario inducirlos a proseguir el alzamiento sin querer rendirse por bien, ni por mal hasta que un cacique llamado Chao le atravesó la lanza por el cuerpo, cuya cabeza quitada de los hombros fué llevada en la punta de la mesma lanza al mariscal Gamboa acompañada de otras dos, que eran de un hijo, y una mujer que consigo tenia demas de los referidos. Mas no es de espantar que una persona que era india y mujer las cuales son dos cosas que arguyen pusilanimidad y falta de firmeza entregase por temor a su marido mayormente no siendo ella sola su esposa, pues no sabemos haber hecho lo mesmo Eriphila por solo el interés del oro que le dió Adrastro en un collar entregándole a su marido Anfiaro, que estaba escondido en un lugar oculto. Y tambien se lee haber caido en la mesma nota la famosa Helena que vencida del amor puso a su marido Deiphomo en manos de los griegos al tiempo que estaba durmiendo. En efecto con este castigo de Ripillan y la riza, que iba haciendo Gaspar Viera, en el valle de Mangué, donde venció tres veces a los puelches se vino a pacificar la tierra por entónces dando algun vado a los ejercicios militares.

CAPITULO VI.

De una batalla que hubo en la ciudad Imperial y otra en el valle de Congora entre el mariscal Gamboa y los indios.

Habiendo pasado algunos meses sin alborotos salió el mariscal Gamboa de la ciudad de Valdivia para Villa-Rica, donde se habian descubierto unas minas y envió por otra parte a su sobrino Andres Lopez de Gamboa a la ciudad Imperial con jente de socorro por tener noticia que se percibian los indios para combatirlo. Este capitan llegó a tiempo que estaban ya los enemigos en una loma a vista de la ciudad, en cuyo medio está una quebrada, y el hermoso rio llamado de las Damas por su amenidad y frescura. Y como los ciudadanos se vieron favorecidos con tal refresco salieron a dar en los indios trabando con ellos batalla en que los desbarataron y vencieron matando a muchos dellos sin que hubiesen llegado a la ciudad, como ni otra alguna vez lo han podido poner por obra habiendo venido con tal determinacion a destruirla.

Apenas se habia ganado esta victoria cuando llegó el mariscal con toda la mas jente que habia podido recojer en los lugares por donde habia andado, y habiendo hecho alto allí pocos dias fué marchando con ciento y ochenta españoles y muchos indios yanaconas a encontrarse con el gobernador que venia con su campo à entender en las cosas de la guerra; y llegando Gamboa al valle de Congora una legua de la ciudad de los infantes tuvo aviso de que andaban por allí cerca algunos indios inquietos hacia la parte de la sierra; por lo cual hubo de dejar su camino metiéndose por la serranía hasta dar en los escuadrones de los indios, con quien tuvo una refriega mui reñida. Mostróse mucho en este conflicto Rafael Puerto Carrero entrándose el primero de todos en medio de los enemigos, que estaban con su capitan Mellicande, los cuales serian obra de 500. Y con este capitan cerró con grande impetu el Rafael Puerto Carrero peleando valerosamente hasta rendirle con muchos de los suyos ganando mucho nombre entre los soldados. Finalmente los enemigos fueron desbaratados con pérdida de muchos de los suyos muertos y presos en la batalla, la cual duró poco rato por haber tan conocidas ventajas de parte de los nuestros.

Concluido esto retornaron al camino real prosiguiendo por sus jor-iadas hasta llegar al campo del gobernador, que estaba con buen nú-nero de soldados, con los cuales y los de Gamboa se formó un ejérci-o de quinientos ultra de los indios yanaconas que eran de tres mil rriba. Estaba el campo en este tiempo mui bastecido de bituallas, mu-icion y armas, y mucho mas de caballos que pasaban de 10,000, los que abian de guerra i de servicio. El efecto que imprimió en los indios l ver un campo tan opulento y ordenado no fué acobardarse ni rendirse ino cobrar mas orgullo para oponerse convocándose unos a otros en articular los del valle de Congora, que con esta ocasion se resolvie-

ron de dar sobre la ciudad de los Infantes por ser como terreno y blanco donde siempre han asestado sus tiros, dándole batería sin que se pasase mucho tiempo libre de zozobras y inquietudes. Estaba a esta sazon el capitan Pedro Fernandez de Córdova por correjidor de la ciudad el cual sabiendo el alboroto que se rujia salió con veinte hombres mui bien armados a cojerlos ántes que se reforzasen para venir sobre el pueblo con mas pujanza. Pero por mucha priesa que se dió venia ya el capitan Guacaya con su ejército formado precediendo 26 indios escojidos para corredores del campo, los cuales como vieron a los españoles se subieron en tatanquera enviando a toda priesa un mensajero que diese aviso al capitan bárbaro de la jente que le salia al encuentro. Y aunque ellos quisieran volver las espaldas acompañando al embajador, no se atrevieron a hacerlo pareciéndoles que se les habia de dar alcance con la lijereza de los caballos, y así hubieron de hacer rostro a los nuestros viniendo con ellos a las manos, donde pelearon como hombres desesperados de la vida. Apenas hubo soldado en ambos bandos que no saliese herido, y entre los demas no fueron los mejor librados los dos capitanes, por que el de los indios llamado Arruay recibió algunas lanzadas, y el Pedro Fernandez de Córdova, una que le pasó la mano habiéndola ejercitado valerosamente en este trance. Finalmente se hubo de volver cada escuadra por su parte quedando algunos indios muertos y un español entre ellos cuyas canillas sacaron despues para hacer flautas, como suelen para tocarlas en las batallas.

Quedaron con esto los indios llenos de avilantez y orgullo viendo que se habian tenido los de su nacion con los nuestros casi tantos a tantos con haber ventajas en los españoles que es la de los caballos y armas en que exceden a los contrarios. Y así tomaron motivo para convocar mas jente, y acudir a esto con mas veras lo cual hicieron con eficacia poniéndose a punto de dar sobre la ciudad sin faltarles cosa para ello. Pero fué nuestro señor servido que en esta coyuntura sobreviniese un estraordinario torbellino de viento desgarron y torrasca con una manera de oscuridad tan espesa que en cuatro horas no se vieron los unos a los otros. Hallose allí un indio principal, y tenido en opinion de discreto, el cual dijo al capitan Guacaya que le parecia mal agüero salir en tal ecasion a un negocio de tanta importancia en que siempre los capitanes prudentes atendian con grande vijilancia a los prenuncios i pié con que entraban. Mas era tanto el señorío y gravedad de Guacaya que mostrando semblante mui airado de oir, tales palabras respondió al consejero llamándole de cobarde y supersticioso, no contentándose con solo esto sino con hacerle matar en su presencia. Viendo la jente la muerte de Calboqueo orijinada de haber dado consejo sin pedírselo procuraron cerrar sus bocas por no caer en las manos de Guacaya, el cual considerando mejor el negocio desistió por entónces del acometimiento que intentaba.

Dentro de ocho dias se tornaron a congregar mas de 4,000 indios con el mesmo capitan Guacaya, y comenzaron a marchar a 2 de febrero de

1577 dia de la purificacion de nuestra Señora con intento de dar en la ciudad ántes que amaneciese por cojer a los moradores de sobresalto. Pero quiso nuestro Señor que ántes que llegasen a vista della comenzó a asomar la aurora de suerte que se vieron perplejos y muchos dellos se resolvieron de no pasar adelante viendo que habian de ser vistos necesariamente. Mas era el Guacaya tan animoso que dijo en voz alta: el que fuese hombre venga en mi seguimiento; y prosiguiendo su viaje sin dilacion con 1,500 que le acompañaron se puso media legua de la ciudad en una estancia de Nuño Fernandez Rasura vecino del mesmo pueblo. Estaba a esta sazon el famoso jeneral Lorenzo Bernal de Mercado en esta ciudad de los Infantes donde tenia su casa de asiento como vecino della, y viendo lo que pasaba no pudo sufrir la insolencia de los indios porque no estaba hecho a sufrir gasquetas; y armándose como solia subió en su caballo, y fué derecho a donde estaba el correjidor y capitan de la ciudad, que era Pedro Fernandez de Córdova, dando traza en recojer las mujeres, y jente menuda, y prevenir lo necesario para la defensa del pueblo, y se le ofreció para esta empresa rogándole que le dejase salir al encuentro ántes que los enemigos llegasen a poner cerco. Admitió el capitan esta oferta, y dióle solos 14 hombres, quedándose él con 70 en guarda del pueblo, porque no diesen los enemigos en él mientras los demas andaban peleando. Salió este pequeño escuadron de Bernal aunque grande en los brios, y esperiencia, y en llegando a lo alto de un pequeño collado fueron vistos de los indios que venian marchando mui en órden sin pensar que hallarian estorbo en el camino, mas como reconocieron ser poca jente hicieron rostro con mui buen ánimo ordenando su ejército en forma de media luna con un escuadron mui bien dispuesto en cada cuerno para cojer los españoles en medio. Pero como Bernal era tan eminente en conocer las trazas y ardides de los indios dijo a sus soldados; que acometiesen con él a desbaratar una de las dos alas descuidándose de la otra porque ella mesma se desordenaria, y que al punto que él revolviese la dejasen todos y fuesen en su seguimiento. Y como si lo hubiera visto efectuado así sucedió puntualmente porque al tiempo que acometió al cuerno derecho acudieron los indios del otro cuerno a favorecer a los suyos y viéndolos Bernal fuera de sus puestos dejó a los de aquel lado que iba acometiéndolo, y revolvió sobre los otros que estaban desconcertados, y trabó con ellos la batalla. Viendo los del cuerno derecho que los españoles los habian burlado dejándolos con las picas caladas y blandiendo las lanzas para dar en sus consortes, acudieron con grande ímpetu desamparando el puesto en que estaba el escuadron formado, y así se desbarataron mbas escuadras, y anduvo la refriega de revuelta. Dos cosas solas curren que decir en este lance que bastan para que se entienda lo que ntervino en este encuentro: la una haber sido catorce estos soldados ue parece es número encantado en este reino, pues siempre han sido de atorce sus mas memorables hazañas que se han visto, la otra ser Loenzo Bernal el que guiaba la danza, el cual aunque cayó con el caba-

llo por habérsele muerto con bravas heridas se levantó lijeramente poniendo mano a la espada, con que hizo de las suyas sin perder golpe ni simbrarla en parte donde no fuese muerte. Y eran tan nobles los pocos secuaces que llevaba que apeándose algunos a ponerse a su lado le hicieron instancia a que subiese a caballo quedándose a pié el soldado que se le ofreció. De esta manera estuvo un rato sangrienta la pelea en la cual se señaló estraordinariamente Nuño Fernandez Rasura matando por sus manos gran número de indios, y ejercitando sus fuerzas, y ánimo que era mucho y mui conocido por las presentes ocasiones, en que se probó con gran ventaja. Mas aun que el esfuerzo de los nuestros era el que se ha dicho, no dejaban de recibir heridas, y sentir el cansancio por ser excesivo el número de los contrarios, los cuales no andaban lerdos en ofender y en defenderse, y se vieran en mayor aflixion si no les acudiera el ausilio primeramente de Dios, y su gloriosa Madre, a quien era el dia dedicado; y despues de este el de algunos indios amigos, y tal cual español que venia del pueblo con cuyo socorro comenzaron a desmayar los indios y a poco rato volvieron las espaldas con pérdida de 300 hombres, y el capitan Guacaya entre ellos, quedando los nuestros con gran regocijo reconociendo lo mucho que a la Vírjen se le debia, a cuyo templo acudieron todos a celebrar la victoria y dar las gracias a ella y a su hijo.

CAPITULO VII.

De la batalla que hubo en Mague entre los indios puelches y el capitan Cosme de Molina, donde él fué desbaratado.

Entre otros nombramientos de correjidores y capitanes que el gobernador Quiroga hizo cuando salió a visitar la tierra proveyó al licenciado Hernando Bravo de Villalba por correjidor de Valdivia; que entró en ella a tomar la posesion con el mariscal Gamboa. Estaba en la ciudad en este tiempo un vecino llamado Cosme de Molina, en cuya casa se hospedó el mariscal los pocos dias que allí estuvo, y al cabo dellos le dejó nombrado por capitan del pueblo y su distrito para los lances que se ofreciesen. Y no tardó mucho uno que le obligó a salir a ponerle remedio; y fué que en el valle de Mague andaban hasta quinientos indios puelches haciendo asaltos en los demas indios robándoles sus haciendas y llevándoles sus hijos y mujeres. Para castigar estos salteadores juntó Cosme de Molina 30 hombres no mui diestros, ni apercibidos de los requisitos para la guerra, y con ellos se fué en busca de los enemigos que estaban encastillados en un lugar alto de la cerranía, donde apénas pudieron recibir daño de un gran ejército, que los buscara. Mas con todo eso se puso el capitan al pié de la sierra y de allí envió a un caudillo con algunos españoles de a pié por no ser lugar apto para andar caballos, y poco despues mandó subir otro caudillo que hiciese espaldas al primero con 400 indios amigos, que le siguieron con sus armas y flechas. Cuando los puelches vieron esta jente comenzaron a subirse mas arriba para llevarlos ceba-

dos hasta una punta donde hicieron rostro a los nuestros y comenzaron a echar tan espesa lluvia de piedras, flechas, y dardos de caña brava tostada, que en breve tiempo hirieron y mataron muchos indios, y con ellos a un vizcaino llamado Pedro Solorzano, y un jenovés cuyo nombre era Juan Nativio. Viendo los cristianos que les llovia en la cabeza el acometiuiento de su osadía volvieron mas que de paso por donde habian subido dando en ellos los enemigos tan victoriosos que les hacian ir rodando por la cuesta abajo hasta llegar al pié de ella, donde estaba su capitan Cosme de Molina en cuyas manos dieron tan molidos que no les pudo poner otro remedio sino sacarlos a toda priesa, de aquel distrito llevándolos a la ciudad de Valdivia.

Pocos dias despues de este desastre envió el gobernador a Luis de Toledo vecino de la Concepcion, y conquistador de los primeros del reino, a la ciudad de Valdivia por correjidor de ella, en lugar de licenciado Hernando Bravo de Villalba. Este comenzó a disgustarse en hallar la tierra tan revuelta que le daba mucha inquietud sin algun provecho habiendo dejado el sociego de su casa, donde vivia descansadamente con su mujer y hijos, y no pudiendo sufrir tal vida se volvió a su casa dentro de seis meses dejando el oficio al capitan Cosme, de Molina consintiéndolo el mariscal Gamboa que a la sazon estaba en Valdivia. Y pareciéndole ser suficiente este capitan para tal cargo se fué con su campo a la Imperial, habiendo visitado las ciudades comarcanas. Y como los indios vieron que se habia recojido a descansar con su jente comenzaron a hacer de las suyas, y en particular un cacique llamado Andinango que fué el que salió con el trofeo del encuentro retirado de que salió desbaratado el capitan Molina. Vino esto a noticia del mariscal con relacion de que este indio andaba con otros muchos destruyendo los pueblos, que estaban de paz talándoles sementeras, y haciendo otros robos, y daños, con que los naturales de Mague estaban demasiadamente apurados. Y como el Gamboa no era amigo de parar cuando habia lances de importancia no quiso tomar el reposo a que habia entrado en la ciudad, ántes saliendo luego della se fué con la mas jente que pudo en busca de los enemigos. Y para tomar esto mas de propósito despachó un mensajero a la Villa-Rica donde estaba el maese de campo, Juan Alvarez de Luna con órden de que saliese luego con 40 hombres bien aderezados al valle de Llangague a refrenar los indios, que andaban desbocados haciendo en ellos ejemplar castigo: y que le esperase allí; porque él llevaba su disignio hácia el mesmo lugar para concluir de una vez con los rebelados. Miéntras el maese de campo se aprestó para ejecutar este mandato iba el mesmo Gamboa haciendo jente a orillas de la laguna de Rodrigo Alonso y Vitalauquen que es la que desagua en la laguna de Renigua. Y habiendo juntado buen número de soldados entró en el valle de Llangague, donde ya andaba Juan Alvarez de Luna metido en obra; y haciéndose un ejército de 130 donde se incorporaron ambas compañías, se fueron entrando por unos valles, que están entre las sierras nevadas, donde pasaron innumerables calamidades por ser el

camino de los mas ásperos que pueden imajinarse así en cuestas agrias y cenegosas, como por los muchos rios que bajan de la cordillera, y en particular corre uno por una quebrada de una peña viva tan recojida, y derecha, que parece hecha a mano por donde va el agua con extraordinaria furia por ser mucha y el lugar estrechísimo. Y habiendo corrido dos leguas con este ímpetu, por la parte alta de la montaña viene a dar en vago y cae toda de golpe por el aire mas de 2,000 estados, con tal velocidad que quita la vista de los ojos. Y aunque va la canal a este rio tan angosto que se pasa por una puente de veinte y cuatro piés de largo; con todo eso apénas habia soldado que se atreviese a ir por ella por ser tan angosta que no pasa de una vara y tan alta respecto del rio, que dista de él mas de veinte lanzadas. Y así se hubo de atravesar en ella el capitan don Pedro de Lovera con una lanza en una mano y con la otra iba pasando a los flacos de cabeza por que no cayesen desvaneciéndoseles con la mucha altura. En este camino iban los nuestros topando muchos indios rebelados en quien se hacian ejemplares castigos para que los demas escarmentasen, y demas dentro se echaron al agua en la laguna dos canoas que se habian traido por tierra con grandísima dificultad, en las cuales se embarcó el capitan don Pedro del Barco para escudriñar una isleta que está en la mesma laguna de Vitalauquen, donde halló alguna jente que envió a la ciudad de Valdivia para ser castigada segun la culpa de cada uno. Tambien envió Gamboa por otra parte al maese de campo Juan Alvarez de Luna a cojer la jente de otra isleta; la cual viendo se les acercaban los españoles, desampararon la isla, y se fueron a la tierra firme dejándolos burlados.

Estando los unos y los otros en medio de grandes trabajos sobrevino una gran tempestad con tanta fuerza de nieve que les cubria a todos poniéndoles en gran peligro por el poco reparo del lugar, y aderezos que ellos llevaban. Y en especial se vieron a punto de perecer los que iban con el maese de campo por cojerles el torbellino en parte donde no tuvieron otro amparo sino una peña en que se acojieron. Y así no aguardaron los unos y los otros mas perentorias dando vuelta a los reales, a donde llegaron primero los que iban con Martin Ruiz, y prepararon algun regalo y abrigo para la escuadra del maestre de campo, que llegó despues con harta necesidad de todo esto. Y por que estaba ya el gobernador aguardando a su yerno Gamboa con jente de socorro para entrar en Arauco se fué luego el mesmo Gamboa a la ciudad de Valdivia a ordenar sus escuadrones dejando en aquellos reales del valle de Llangague al maestre de campo para correr la tierra y al capitan Hernando de Aranda Valdivia, que asistiese en ellos con alguna jente.

Llegado el mariscal a la ciudad echó derrama entre todos los vecinos y mercaderes para que contribuyesen con ropa, armas, y caballos con que aderezar los soldados, y así mesmo con municion y vituallas, y los demas requisitos a propósito. Lo cual causó gran desabrimiento a todos los moradores jeneralmente por ser ya como lei en Chile el echar seme-

jantes derramas cada año en esta ciudad mas que en otras, como si por particular sazon fuera subjeta a pechos y tributos. Y teniendo ya el mariscal su jente a punto supo que un indio llamado Andinango andaba haciendo estrago en el valle de Mague, y habia pervertido a otro cacique cuyo nombre era Netinangue, que le hacia espaldas en sus insultos, y como era tan puntual en acudir a donde quiera que se ofrecia ocasion de castigar enemigos; dilató la jornada para que se iba aprestando, y fué a dar órden en remediar este alboroto por ser grave el detrimento que los indios de paz recebian de los rebelados. Y habiendo estado allí veinte dias haciendo algunos castigos sin poder haber a las manos al autor del alboroto se volvió a la ciudad para proseguir su designio dejando en este valle de Mague al capitan Gaspar Viera, al cual entretuvieron los indios tratando algunos medios de paz sin tener efecto cosa de las que prometian. No estuvo mucho el mariscal Gamboa en sacar la jente de Valdivia por tenerla ya apercibida ántes de salir a este castigo. Y así comenzó luego a marchar con su campo dejando por capitan de la ciudad a Juan de Matienzo, por ser persona experimentada, y suficiente para ello. Y teniendo este capitan relacion de la cautela de los indios, que traian en palabra a Gaspar Viera. Y de una pesadumbre que intervino entre los dos caciques rebelados por lo cual murió Andinango a manos de Nitinangue, se partió luego de la ciudad con 70 hombres con deseo de allanar el valle de Mague, que de tantos dias ántes estaba en frecuentes desasociegos. Y habiendo hecho de su parte las dilijencias posibles para cojer a Nitinangue, que retaba cada dia a los cristianos con demasiada soberbia y orgullo sin poder asirlo como se deseaba: fabricó un fuerte en que puso 20 españoles con Juan de Montoya que los acaudillase, teniendo esto por importante para que los indios no se desmandasen como solian.

No quiero dejar de apuntar aquí como apareció en este tiempo aquel famoso cometa de extraordinaria magnitud, que dió vuelta a todo el universo por espacio de 40 dia segun es notorio en todas las naciones, y está escrito en muchos libros y así no quiero detenerme en esto contentándome con haber apuntado que comenzó el primero dia de noviembre de 1577, y tuvo fin cerca del remate del mesmo año. Causó este espectáculo grande admiracion en los indios, y muchos dares y tomares en adivinaciones, y agüeros, como se podia presumir de jente tan amiga dellos: pues aun los que están mui léjos de semejantes supersticiones escribieron espantosos pronósticos, de los cuales salieron algunos verdaderos como es de la muerte de don Sebastian rei de Portugal en la batalla que dió a los moros en las molucas: y la peste jeneral del sarampion y tabardillo, que corrió desde cabo Verde hasta el estrecho de Magallanes, con extraordinaria y presurosa mortandad de la jente nacida en lás mesmas tierras, lo cual sucedió desde el principio del año de ochenta y ocho hasta el fin del 89. Cuyas circunstancias así de las calidades de la jente y tierra en quien la enfermedad caia, como las demas de los dolores, hinchazones de garganta, y mal olor que

traia consigo con otras muchas menudencias se escribieron en un libro impreso en Aragon mas de ocho años ántes de que la peste sobreviniese.

Estando pues los indios amedrentados con esto se volvió el capitan Matienzo a la ciudad de Valdivia por acercase le pascua de Navidad, donde estuvo mui pocos dias con sociego, porque el segundo dia de la pascua tuvo nueva de que iba gran fuerza de indios sobre la fortaleza nuevamente edificada, para cuyo socorro comenzó a apercibir jente con harta pesadumbre del pueblo, que via no solamente cumplirse el dicho del Espíritu Santo que a los fines del gozo los ocupa el llanto mas aquel que dice que la mesma fiesta se torna en lloro. Mas porque segundó otra nueva de que los contrarios tenian tomados todos las caminos sin dejar paso seguro se atrevió Matienzo a salir en tal coyuntura por ser el riesgo manifiesto; pero no faltó la Providencia divina con el auxilio necesario a los que lo esperaban en el fuerte: porque acudió el capitan Hernando de Aranda Valdivia que andaba corriendo la tierra con algunos soldados, y por otra parte el capitan Rodrigo de Sande con su pequeño escuadron que todo junto fué motivo de ánimo para los que estaban en la fortaleza harto faltos de él y de ella y para el capitan Matienzo a que saliese de la ciudad rompiendo por entre los enemigos, que por estar ya desmayados del socorro ajeno, no le hicieron mucha resistencia hasta que se encastilló en el fuerte con los demas que llevaba. Entónces el caudillo que estaba con los veinte hombres viendo flaquear a los indios salió a dar en ellos con grande ímpetu y los puso a todos en huida hiriendo y matando a los que alcanzaba sin dejar de seguir la victoria hasta haber hecho grande riza en ellos. Y pareciendo que ya estarian escarmentados de esta y las pasadas se volvieron los capitanes españoles a sus puestos quedando en la fortaleza los 20 hombres con su caudillo.

CAPITULO VIII.

De la ruina del fuerte de Gualqui, donde el jeneral Lorenzo Bernal de Mercado venció a los enemigos, y otra victoria que alcanzó en Millapoa del ejército de Anguilemo.

No fué pequeña la inmutacion que causó en los indios araucanos, y penquinos el ver que venian por diversas partes dos ejércitos de españoles para reducirse a uno, mayormente viniendo en el que salia de Santiago el mesmo gobernador Quiroga, con 500 hombres, y en el otro el mariscal su yerno con 130, y para imitar ellos en algo desto a los nuestros se dieron buena maña a convocar jente de su bando y habiendo juntado gran suma della pusieron su campo en los términos de la ciudad de la Concepcion, donde fabricaron una fortaleza en un lugar llamado Gualqui para irse recojendo allí todos los confederados para la guerra. Miéntras andaban ellos en esta obra llegaron los dos ejércitos de españoles al lebo llamado Quinel ocho leguas de la Concepcion, don-

de se juntaron en un solo campo para acabar de una vez con las cosas de la guera. Y viendo el gobernador que tenia tan a mano gran suma de enemigos, para comenzar por ellos, envió a llamar a Lorenzo Bernal de Mercado queriendo aprovecharse de su valor, industria y fuerzas tan notorias en todo el reino, y mui en particular en el tiempo que el mesmo Quiroga tuvo la gobernacion por nombramiento del licenciado Castro. Acudió Bernal a este mandato con gran presteza con buen número de soldados escojidos de todo el ejército con los cuales puso cerco a la fortaleza de Gualqui, donde estaba ya gran suma de indios con las armas en la mano. Mas acometió Bernal con tanta gallardía, que con solo ver su persona comenzaron a temblar los indios, y aunque a los primeros encuentros se defendieron, no lo llevaron adelante vencidos de los españoles, de suerte que desamparando la fortaleza fueron huyendo casi sin ver por donde hasta dar consigo en el caudaloso rio de Bio-bio a donde se abalanzaron teniéndose por mas seguros en medio de su raudal, que en el de la cólera de los españoles y así se ahogaron muchos dellos, y otros quedaron alanceados en el camino sin los que fueron presos, que por todos fueron en gran suma.

Habida esta victoria puso en órden el gobernador su ejército basteciéndole de mucha arcabucería, lanzas, dardos, y armas defensivas con mucha municion, y vituallas, y sobre todo con mas de 10,000 caballos, y lo demas anexo a lo que toca al bagaje. Y queriendo marchar hácia los estados distribuyó los oficios del campo entre las personas mas aptas para ello nombrando por coronel al mariscal Gamboa su yerno; por maese de campo al jeneral Lorenzo de Bernal de Mercado: por alférez jeneral a don Antonio de Quiroga Losada: por capitanes a Gaspar de la Barrera, Tomas Pasten, Antonio de Avendaño, Gregorio Sanchez, Gaspar Verdugo, Francisco Jofré, Campo Frio de Carabajal, Alonso Ortiz de Zúñiga: por sarjento mayor a Juan Martinez Palomeque: y finalmente a Basco Zabala por capitan de la artillería. Con esta disposicion pasaron el rio de Bio-bio, por la parte que cae hácia Talcamavida, donde es su anchura de media legua, y habiéndole pasado todos en salvamento entraron en Arauco, donde asentaron los reales mui despacio con propósito de invernar allí para tener a raya a los enemigos.

Viendo los indios araucanos tan grueso ejército de españoles en medio de su tierra donde se enseñoreaban de ellos no dejándoles alzar cabeza, comenzaron a tratar de medios de paz, mas por temor y necesidad, que por gana que tuviesen della. Y en particular en el distrito del cacique Colocolo se trató de darla finjidamente por industria de un mulato facineroso que andaba entre los rebelados, y un mestizo, que tambien estaba con ellos habiendo huido de entre cristianos por un delito de los mas enormes, que se pueden imajinar en el mundo, y fué que estando prendado excesivamente del amor de una india con quien vivia en mal estado vino a morir ella en medio de sus ilícitos deleites, y el desventurado hombre estaba tan captivo en los lazos de la lascivia que embalsamó a la india

no queriendo dar a la india sepultura por estarse él sepultado en ella, estándolo tambien en las tinieblas de la muerte; pues hacia vida con la difunta con el mesmo estilo, o por mejor decir, desórden que cuando estaba viva. En lo cual se manifiesta la mui lamentable miseria de los que viven en semejante ceguedad, pues llega a tanto su torpeza que los confunde en tan profundo abismo de inmundicia. Qué males han sucedido en el mundo en que no haya intervenido ocasional o principalmente algun rastro de esta ceguera? Notorio es, i mui cierto por la gravedad del autor, que lo refiere (que es Tertuliano) haber muerto Espensipo en el mesmo acto de lujuria, en que se estaba deleitando. I no ménos lo que refiere Plinio de Quinto Heterio que despidió el alma estando encenagándose en el mesmo pantano enviándola de un infierno de culpa a uno de pena. I aun en los siglos mas propincuos a los nuestros le sucedió lo mesmo a un barcelones llamado Baltrando Ferrerio, como lo refiere Juveniano Pontano. Dejo aparte los que murieron en el mesmo ejercicio detestable a manos de otros, que cocieron con sus espadas a los que estaban irritando a la de la justicia divina, como le aconteció al ateniense Alcibíades, que al punto de que estaba en esta abominacion con Timandra murió a manos de Lisandro. Siendo pues los autores y guías de los indios tan buenas dos cabezas como éstas, que se podia esperar de la paz procurada por consejo suyo sino que toda era finjida para asegurar a los nuestros con intento de proceder mas libremente en sus insultos. Con todo eso no quiso el gobernador recibirlos tan rasamente que dejase de mostrar enojo por lo pasado, y hacer alguna manera de castigo desterrando algunos a Coquimbo para que sirviesen en las minas; y los demas entendiesen que habian de estar sujetos a la disposicion de su gobierno. Y experimentase luego cuanta razon tenia de ir con ellos con la rienda en la mano pues en son de paz andaban por los caminos salteando, y cojiendo lo que podian, en especial armas, y caballos, de los cuales llevaron mas de 2,000 en pocos dias. A este tiempo tuvieron los nuestros oportunidad de haber a las manos a los enemigos con ocasion de una trama, que habia entre unos indios naturales de Millarapue. Y fué que un indio llamado Nilandoro andaba en malos pasos con una india llamada Quida mujer de un cacique mui poderoso cuyo nombre era Anguilemo. Y como viniese a noticia del marido el mal recado en que su mujer andaba determinó de matar al adúltero tomando en él venganza con un jénero de muerte cruelísimo. Supo esto la india malhechora, y por evitarlo eficazmente dijo a Nilandoro que no habia otra puerta para su remedio sino irse a poner en manos de los españoles ofreciéndoles su persona con protestacion de que les entregaria al cacique su marido con toda la jente rebelada, que estaba debajo de su bandera. Ejecutó el indio este consejo dando al gobernador noticia de la ladronera donde estaban los enemigos ofreciéndose por guia de los escuadrones que fuesen en su busca: y admitiéndolo el gobernador envió a Lorenzo Bernal con 200 arcabuceros que diesen cabo de tal jente. Y habiendo llegado donde los indios estaban en su junta, dió el in-

dio la traza en distribuirse los soldados para acometer por los lugares mas oportunos lo cual se hizo segun su direccion y consejo. Y dando todos a una en los enemigos se trabó batalla mui sangrienta en que murió el cacique Anguilemo, y los demas de su bando fueron desbaratados con pérdida de muchos dellos quedando la india en manos de Nilandoro, que la tomó por mujer por haber muerto su marido como ámbos deseaban. Consiguieron los nuestros esta victoria el octavo dia de setiembre de 1577.

Con estos sucesos estaban ya los indios tan apurados que a mas no poder mostraban algun rendimiento de suerte que cesaron por algunos meses las inquietudes de Arauco, aunque sin salir de él el gobernador no contentándose con cualquier muestra de paz por la experiencia que tenia, que no siempre era verdadera. Mas envió a su yerno Gamboa a las ciudades de arriba pareciéndole que en Arauco no habia por entónces tanta necesidad de su persona como [en] otros distritos que estaban algo desordenados. Y en el entretanto mandó al maese de campo Bernal correr la tierra hasta no dar lado a los enemigos si acaso intentasen menearse. Y como anduviese corriendo los lebos de Ongolmo, Paicabí, Tucapel, y Millarapue, se le antojó de hacer un chaco de indios como de ordinario se hace de ganado. Y para que se entienda el vocablo que es propio del Perú, es de saber que muchas veces se juntan 6,000 o mas indios en campo poniéndose todos en rueda o cerco a manera de corrillo cojiendo en medio gran distrito, y luego se van juntando poco a poco de suerte que todo el ganado que anda en aquel espacio del cerco se va recojiendo hácia el medio huyendo de los indios, que se van acercando, y cerrando mas la rueda hasta venir a acorralar tanto las reses que las cojen a manos sin dejarles resquicio, por do evadirse: y esto es lo que propiamente llaman chaco. Y pareciéndole a Lorenzo Bernal que era buena la traza para cazar hombres juntó gran suma de indios amigos de todos estos lebos, y disponiéndolos como está dicho cojió en medio mas de 400 enemigos a los cuales desterró el gobernador a Coquimbo como a facinerosos y alborotadores.

Despues desto alzó el gobernador los reales de aquel sitio y los situó dos leguas de la Imperial con intento de aguardar al mariscal Gamboa, y a su alferez jeneral don Antonio de Quiroga, que habia ido a traer jente de la ciudad de Santiago. Y al tiempo que entraba por el valle de Puren cargaron de improviso algunos escuadrones de enemigos, que le dieron en la retaguardia la cual llevaba el capitan Rodrigo de Quiroga el mozo. Y por ser la entrada mui estrecha pusieron a los nuestros en aprieto, aunque no se detuvieron mucho contentándose con hacer suerte de primer ímpetu, por no llevar la medra que solian. Mas habiendo los nuestros salido a lo llano se hizo castigo ejemplar en algunos de los rebelados aunque algo de paso porque pretendia el gobernador llegar presto al lebo de Tomelmo, donde asentó sus reales para proseguir las cosas de la guerra. No estaban los adversarios lerdos en convocarse unos a otros y ponerse en mas de ocho mil de ellos para defender su partido no

dejándose sujetar de los españoles. Y por esto se pusieron en emboscada en las lomas de Longonaval por donde habia de pasar el gobernador con su ejército. Mas como Lorenzo Bernal les penetraba sus intentos dió luego alcance a su designio y para sacarlo de rastro mandó echar un caballo cerca de donde ellos estaban para que entendiesen que daban sobre ellos los españoles, y con el alboroto descubriesen la emboscada. Y como si lo hubiera visto por sus ojos así sucedió: de suerte que los indios hubieron de desamparar aquel lugar por ser ya notorio a los nuestros habiendo sido ya su pretension cojerlos repentinamente y aunque la escuadra en que venia el mestizo llamado Alonso Diaz por la república de Colocolo, y la de Miguel Caupe, que entró por el lebo de Codico se fueron retirando; con todo eso tuvo ánimo para acometer un indio llamado don Juan, el cual con solos cien indios dió una noche cerca del cuarto del alba en los reales de los españoles poniendo fuego a algunas tiendas con harto daño de las alhajas, que en ellas habia, aunque plugo o Nuestro Señor que el fuego no cundiese mas adelante, Tuvo el gobernador tanto coraje de esto que salió el mesmo en persona a correr la tierra para castigar este atrevimiento y habiendo hecho escrutinio por espacio de una legua lo cometió a su sobrino Rodrigo de Quiroga para que no parase hasta dar con los contrarios. Dióse tan buena maña este capitan que a pocas vueltas dió con los indios agresores, de los cuales mandó el gobernador matar algunos empalando al capitan de ellos que habia en otras ocasiones sido preso y perdonado.

CAPITULO IX.

De como los capitanes Juan de Matienzo, y Hernando de Aranda Valdivia redujeron a la paz algunos pueblos de indios puelches.

Ya queda dicho en el capitulo 7.° como el capitan Juan de Matienzo dejó en el fuerte de Lluen solo veinte hombres de pela por haber otras muchas partes que socorrer con la demas jente que le seguia. Pues como los indios de estos términos eran tan inquietos, y vieron la poca fuerza de los españoles juntáronse en un copioso número para dar sobre el fuerte con mano armada. Y para hacer esto mas a su salvo tomaron los pasos del camino por donde podia entrar socorro aunque no por eso lo impidieron por la mucha presteza que el capitan Matienzo tuvo en acudir a esto con setenta hombres. Con esta venida acordaron los indios de mudar lugar subiéndose en un alto risco, donde no podian recibir daño de los agresoros, por ser grande la suma de piedras que de allí arrojaban, y algunas tan grandes como de molino, que una sola bastaba a desbaratar un ejército por la furia con qne iba dando saltos dividiéndose en diversos pedazos en cualquier punta que tocaba y ultra de esto llovia gran fuerza de flechas enarboladas con una yerba tan ponzoñosa que mataba dentro de 24 horas irremediablemente con la cual murieron todos los heridos sino se atinara con el remedio que es echar

sal en la herida, con que no ha lugar el efecto de la ponzoña. Y experimentando los nuestros lo poco que podian con los indios por fuerza de armas acudieron a las sementeras y ganados destruyéndolo todo hasta que los indios desaparecieron por no incitar con su presencia a los españoles para proseguir este destrozo.

Y por no volver con las manos vacias se fué el capitan Matienzo entrando por la sierra nevada en busca de los indios puelches, teniendo noticia de que se iban congregando en un lugar de aquella cerranía para bajar con grandes huestes a trabar guerra con las ciudades de Valdivia, Osorno, y las demas comarcanas. Y cuando estaban cerca unos de otros precedió el capitau Hernando de Aranda con treinta hombres los cuales dieron de improviso en los indios a tiempo que estaban en un solemne banquete derramándoles los solaces, y obligándolos a tomar las armas, aunque con la turbacion pudieron hacer poco daño con ellas teniendo por mejor remedio volver las espaldas para ponerse en la punta de un cerrillo escabroso donde no podian llegar caballos, y como el intento de los nuestros era pacificar la tierra llagáronse a un lugar de donde pudiesen ser oidos de los indios, y les intimaron cuanto les convenia dejarse de guerras, y allanarse con los españoles si no querian ver perpétua inquietud por sus casas. A esto respondió su capitan llamado Irpantue que ellos no tenian intencion de meterse en guerras, i así lo mostrarian desde luego sujetándose a los cristianos si les daban palabra de seguro. I habiéndola Hernando de Aranda interpuesto debajo de la fé de caballero con grandes promesas de regalo y buen tratamiento bajaron los indios a donde él estaba, y prosiguieron su compañía hasta el valle donde habia quedado el capitan Matienzo, el cual recibió a los suyos y a los nuevamente reducidos con salva de arcabucería, y otras muestran de regocijo y se fué con ellos a la ciudad de Valdivia.

CAPITULO X.

De la entrada que hizo el gobernador con su ejército en la provincia de Mareguano.

De la segunda parte del libro 2.° de esta historia consta ser los indios del distrito de Mareguano los mas difíciles de allanar que se han hallado en todo Chile así por la aspereza del famoso cerro de Catirai, donde se fortalecen con grandes ventajas, como por las memorables victorias que han conseguido de los españoles. Por esta causa determinó el gobernador de entrar en estos términos por ser mucha la jente y aparejo que a la sazon tenia para valerse con estos indios, que estaban demasiadamente orgullosos i soberbios. Y lo primero con que toparon los nuestros fué una cuadrilla de jente desarmada que andaban con otros pensamientos entendiendo en cosas concernientes a su hacienda. Echó mano de esta compañía un capitan que dió con ella, lo cual fué de grande pesadumbre para un cacique llamado Ulpillan, que tenia prendas entre los presos de algunos parientes y mujeres suyas y viéndose aflijido con

esta desgracia procuró valerse de un español llamado Juan de Fuentes, a quien él habia captivado en una batalla, el cual le consoló con firme promesa de su remedio escribiendo una carta al gobernador en un pedazo de cuero con un palo en lugar de pluma la cual llevó un indio enviado del cacique con mas miedo que vergüenza. Y aunque el gobernador cuando recibió la carta no entendió la letra a lo ménos entendió el punto a lo que era escrebir en cuero por falta de papel, y para remediarlo dió al indio papel y tinta que llevase a la persona que lo habia enviado. La cual escribió por extenso su captiverio suplicando a su señoría le rescatase en trueco de aquella jente, que habian tomado. Salió el gobernador a este partido tanto con mas voluntad cuanto mas entendió haber sido el tratamiento que el cacique habia hecho a Juan de Fuentes era como de hermano, y no como de enemigo. No fué poco venturoso este soldado en haber sido captivo hasta entónces por ser costumbre de los indios despedazar luego al español que han a las manos de suerte que son contados los que han sido libres habiendo caido una vez en ellas. De las cuales fué el primero Antonio de Rebolledo que estuvo dos años preso en la isla de la Mocha, y Juan Sanchez que habia sido preso en una de las batallas del gobernador Valdivia, y don Alonso Mariño de Lovera que estuvo cinco dias preso entre los adversarios con tres heridas peligrosas y fué libre de las prisiones por la buena dilijencia de su padre don Pedro Mariño de Lovera, que con el amor paternal se atrevió a sacarle con solos nueve de a caballo, y catorce arcabuceros que llevaba el capitan Lamero, los cuales dieron a los indios batalla campal y libertaron al capitan con otro compañero suyo hijo del capitan Rodrigo de Sande.

Efectuado el sobredicho rescate anduvo el ejército español corriendo todos aquellos campos de Mareguano, Millapoa, y Talcamavida por todo el mes de febrero del año de 1578, sin cesar de destruir sementeras, huertas y ganados para oprimir a los indios con estas vejaciones con intento de reducirlos a la paz, que solo esta se deseaba.

Ya que los indios de este distrito no se atrevian a manifestarse por enemigos escarmentados de los frecuentes asaltos que ordinariamente hacian en ellos los corredores que salian de nuestro ejército le pareció al gobernador que se podian levantar los reales, para acudir a otros lugares mas necesitados de su presencia y fuerzas de sus capitanes, y sin detenerse mas dió una vuelta por las provincias mas alteradas entrándose por la de Puren, y prosiguiendo por la de Guadaba: Tomelmo, Quiaupe, Coipo, y las tierras que están a la falda de la cerranía, y llanos de los Coyuncos. Y habiendo hecho algunos castigos por donde quiera que pasaban se tornaron a juntar las compañías que el mariscal Gamboa traia de la ciudad de Valdivia con las demas que el gobernador tenia en su campo. Tambien llegó a esta coyuntura el capitan don Antonio de Quiroga con los soldadados que habia recojido en Santiago y la Serena. Todos los cuales vinieron a hacer un copioso ejército respecto de los españoles que hai en Chile. Y sin descansar muchos

dias, tornó a salir el mesmo don Antonio de Quiroga a correr la tierra de los Coyuncos acompañados de cien hombres bien aderezados, los cuales hallaron gran resistencia, en los escuadrones que tenian los indios apercebidos viniendo a darse con ellos de las astas con efusion de sangre de ámbas partes, y muerte de muchos de los indios, hasta que fueron de vencida quedando el campo por los españoles.

En este tiempo se fueron recojiendo los indios de Mareguano y algunos otros que apellidaban, al escabroso cerro de Catiray; donde siempre habian probado bien la mano. Vino esto a noticia del gobernador el cual mandó alzar sin dilacion alguna los reales, y se fué marchando a Mareguano donde los asentó una legua del mesmo cerro. No fueron pocos los pareceres que allí hubo entre todos los capitanes sobre el acometer al lugar tan dificultoso y desgraciado para españoles; y en especial tuvieron sobre ello larga contienda el gobernador y el maestre de campo, aunque con gran resignacion y modestia de parte de Lorenzo Bernal que se proferia a seguir el mandato de su cabeza, lo cual obligaba al mesmo gobernador a proceder con mas recato cargándoselo todo a él para tener excusa si algun desastre sucediese. Mas como Bernal era experimentado y sabia bien lo que le convenia dijo que él estaba presto de ejecutar la órden de su señoría con tal que se la diese firmada de su nombre para que despues hubiese claridad de la persona a quien se habia de atribuir el suceso. Seguia en esto el parecer de Bernal Martin Ruiz de Gamboa, como quien habia probado la dificultad de este cerro volviendo con las manos en la cabeza segun se dijo en la segunda parte del segundo libro. Y finalmente era de esta opinion el alferez jeneral i el capitan Alonso Ortiz de Zúñiga, y Antonio de Avendaño a las cuales contradecian otros pareciéndoles que no se podria despues hallar tan buena oportunidad como la presente para acabar de una vez con la guerra, cuyo fin consistia en ser los indios vencidos solo una vez en este fuerte, en que tenian toda su confianza; pues seria mui malo de juntar en otra ocasion la multitud de jente española que se hallaba en esta con grande abundancia de armas caballos, y vituallas con todo lo demas que podia desearse para provision del ejército. Y apoyaban mas esta sentencia con el orgullo que los indios cobrarian de ver tantos españoles temerosos para entender que ellos eran inespugnables, y podian tenerse en buenas en todas las demas ocasiones que se ofreciesen. Las cuales razones, y otras muchas acumulaban Alonso de Alvarado; el capitan Baltazar Verdugo, Gabriel Gutierrez, Juan de Torres Navarrete, el capitan Cortez, y Hernando de Alvarado; todos los cuales se ofrecian a venir con la victoria, o poner las cabezas al cuchillo para pagar su atrevimiento. Con todo esto no quiso el comendador Quiroga resolverse por entónces por mirarlo mas despacio contentándose con hacer reseña de toda su jente con ostentacion del número, galas y bizarria, para causar temor a los indios que estaban a la mira. Y el dia siguiente habiéndolo encomendado a Dios con mucho cuidado envió al mariscal, y al maestre de campo con

200 hombres, que marcharon por una loma contraria a la qne ocupaban los enemigos, mas por hacer aspavientos, y quitarles la sospecha de cobardía que por venir a las manos. Mas como Bernal era tan amigo de no perder lance no pudo acabar con su condicion el contentarse con lances echados al aire. Y así se adelantó con 25 hombres con que dió alcance a un escuadron de contrarios, que estaban disimulados en defensa de aquel paso. Y arrojándose en su seguimiento hasta lo alto de la loma se vino a carear con todo el campo de los contrarios que estaba en la otra punta sin haber lugar de darse de las hastas por no haber paso por aquella parte. Por esta ocasion se volvieron los nuestros a los reales de donde partieron luego sin haber acometido a los enemigos y se fueron marchando la vuelta del rio grande de Bio-bio sin cesar de hacer lances en el camino cojiendo indios, y destruyendo sementeras hasta pasar de estotra banda por la provincia de Talcamavida, donde tambien se hicieron algunas presas. No pasaré en silencio una cosa que sucedió en este lugar, y fué que estando mas de 4000 caballos juntó al ejército parte atados, y parte sueltos paciendo por el ejido se alborotaron todos de repente como si hubieran visto algun espectáculo estupendo, y partieron de carrera sin haber cabestro que no quebrasen por huir de lo que nadie entendia que cosa pudiese ser, y con el mesmo pavor se alborotó el ganado que era en gran suma, de suerte que por espacio de una legua no hubo animal que parase obligando a sus dueños a ir en su seguimiento como lo hicieron corriendo gran trecho sin poder dar alcance a los caballos y ganado. Antes en lugar de cojerlos fueron cojidos de algunos indios, con quien pelearon valerosamente aunque iban desapercebidos. Acabada esta refriega, y recojidos los caballos se distribuyó la jente del ejército para acudir a diversos puestos entrándose el mariscal en la Concepcion con buena parte de la jente, y llevando el capitan Rafael Puerto Carrero casi todo el resto a las ciudades de arriba, que a la sazon estaban necesitadas. Mas como estos soldados fuesen a tan diversas partes hubo de quedar el capitan Puerto Carrero con solos tres, y esos mal apercebidos y desarmados, y sucedió que llegando a los llanos a orillas del rio Nibiqueten, que es poderosísimo se determinó a pasarlo, y aunque en efecto le pasaron no por eso les quedaba poco por pasar pues en la salida dieron en un escuadron de 100 indios que los esperaban con las lanzas en las manos. Y viendo el capitan tan manifiesto riesgo de la vida no por eso se olvidó del fardaje, con que iban algunos indios, y por asegurarle mas dijo a sus tres compañeros que se fuesen a favorecerlos porque los enemigos no los robasen, ofreciéndose el mesmo a entretenerlos a todos confiado de sus fuerzas i buen caballo, y las lucidas armas que tenia. ¿Quién dirá que al primer encuentro no quedó este capitan en manos de los contrarios? como quiera que haya sido tan al contrario que peleó tres horas enteras sin flaquear punto hasta que vino a cansar los cien hombres con quien tenia la contienda, los cuales viendo un caso tan extraordinario hincaron las lanzas en tierra, y le preguntaron que hombre era, y don-

de habia nacido pues nunca habian visto cosa semejante? A esto respondió ser él uno de los conquistadores primeros del reino, y un hombre mui hecho a matar indios, y así lo haria en esta coyuntura si no se le sujetaban de su voluntad. Y aunque ellos no vinieron en esta a lo ménos dejaron la pelea, y se fueron de su presencia dejándole solo herido, y merecedor de diuturna fama.

CAPITULO XI.

De la batalla de Guaron, donde murió el capitan Cosme de Molina.

Llegado el mes de abril de 1578 hubo nueva en la ciudad de Valdivia de que los indios de Mague habian vuelto a su pertinacia tomando armas contra los que estaban de paz, y asaltando a los españoles que iban descuidados. Para remediar este daño comenzó el capitan Juan de Matienzo a juntar algunos soldados, entre ellos a un vecino que por resistir a su mandato fué puesto en prisiones contra voluntad del correjidor, que era Cosme de Molina, y vino a proceder tan adelante la disension que hubo sobre esto, que estuvieron a canto de venir a las manos con grande alboroto de la ciudad que tenia hartas guerras de los de fuera sin que hubiese otra entre los domésticos. Finalmente vino a parar el negocio en que el mesmo correjidor tomó la mano en hacer jente y salir a los enemigos, aunque la tuvo tan mala, que no juntó mas de siete hombres con los cuales salió en busca de los contrarios. Y aunque le persuadieron muchos que no pasase del lugar de su encomienda, donde habia alguna mas seguridad, que en la tierra que está mas adelante; con todo eso hizo poco caso de admoniciones, y se dejó ir hasta el sitio de Guaron orilla de la gran laguna de Renigua. Apénas habia sacado el pié del estribo cuando los rebelados dieron sobre él arremetiendo con gran coraje, y fué tal la triste suerte del capitan Molina que al primer encuentro cayó de su caballo en medio de los enemigos; los cuales se cebaron en él aunque se levantó de presto, y procuró safarse de sus manos. Viendo sus compañeros el pleito mal parado picaron a los caballos volando por el campo raso, sin socorrer al desventurado capitan, que les daba voces corriendo tras ellos a pié hasta emparejar con un monte, donde se metió a buscar remedio aunque lo halló poco, porque le cojieron luego los indios, y le sacaron del boscaje, y el alma del cuerpo. Y era tanta su rabia y barbaridad que por tomar en él toda la venganza que quisieran haber de esotros siete le cortaron los brazos, y piernas por todas sus coyunturas habiéndole quitado el cuello de los hombros, y así lo dejaron como a un tronco, donde fué hallado al cabo de pocas horas y llevado a la ciudad, que hizo no menor llanto en ver un cuerpo tan diforme, qué sentimiento en ver a su correjidor muerto a manos de sus contrarios.

Y aunque la huida de los siete consortes fué tan a tiempo que no guardaron a segundo lance, con todo eso murieron dos de ellos, a quienes siguieron los enemigos hiriendo otros tres con saetas enarboladas, de

cuyas heridas vinieron a morir dentro de 24 horas. En este alcance se mostró mui animoso y esforzado un mancebo llamado Juan de Padilla, que habia pretendido hacer rostro a los indios ayudando a su capitan, y lo puso por obra por un rato hasta que vió que lo dejaban solo obligándole a retirarse, aunque siempre peleando sin volver las espaldas, como los demas de su compañía.

CAPITULO XII.

De la entrada del gobernador en los estados de Arauco donde tuvo algunas batallas con los indios.

No poco orgullosos quedaron los indios de Catiray de la pusilanimidad que los españoles mostraron en no querer acometerles segun se refirió en el capitulo décimo. Y teniendo entre sí larga consulta con ánimo de dar sobre algunas ciudades del reino hizo el jeneral un largo razonamiento a todos sus capitanes, y las demas personas de su campo, que pasaban de 15,000 animándolos a esta empresa, y juntamente haciendo dejacion del cargo de jeneral por estar ya mui viejo, y cargado de enfermedades. Sintieron todos mucho la mudanza de gobierno por ser Longonaval hombre de grande autoridad entre ellos, y mui aprobado en las cosas de la guerra. Mas por el mesmo caso que el tenia esta opinion entre ellos tuvo por necesario para conservarla el no proseguir en el oficio, donde la falta de los pasados brios le habia de disminuir la opinion y autoridad ganada. Y midiendo el cargo con sus fuerzas como viese la desigualdad tan patente, les persuadió que admitiesen en su lugar al capitan Antimangue así por la satisfaccion que sus obras daban de su persona como por un sueño que su madre habia tenido, de que no podria ser vencido de cristianos ántes los rendiria a todos quedando por señor del reino. Y así por esto como por la autoridad de Longonaval que lo mandaba fué electo por jeneral con aplauso de todo el ejército, y regocijo de los Estados de Arauco.

Y como entendiese el gobernador Quiroga los nuevos brios que habian cobrado los araucanos se puso luego en camino para los Estados comenzando a marchar con su campo hasta el valle de Chivilingo, que es paso peligroso, y desgraciado para los españoles, como se vió en la pérdida del ejército del mariscal Villagran, y otros encuentros referidos en esta historia. Y como fuesen subiendo la cuesta de Aveman con mucho recato comenzaron a descubrir gran suma de enemigos que la tenian ocupada toda, y cerrado el camino sin ser posible pasar sin dar en ellos. Y por estar el gobernador tan enfermo y viejo que le llevaban en una silla no quiso el maestre de campo que pasase adelante, sino asentando los reales en el lugar donde estaba actualmente el ejército salió con 180 hombres de a caballo, y mil indios amigos a reconocer el campo de los contrarios. Y aunque su intento no era pelear por entónces, sino solamente tomar noticia de lo que hábia del bando araucano: con todo eso no pudo dejar de venir a las manos por la presteza con que los in-

dios acudieron a trabar escaramuza por un rato con la jente de a caballo, y despues con los indios de nuestro ejército que pelearon valerosamente. Mas en pudiéndose evadir de esta refriega volvió Bernal a ordenar sus escuadrones con los 500 españoles que allí tenia estando toda aquella noche en vela por estar cercado de los adversarios, que dieron tres armas falsas en los tres cuartos que se suelen velar en los reales. Venida la mañana se puso nuestro ejército en órden subiendo el mesmo gobernador a caballo para tomar el tercio de la batalla, y poniendo al maestre de campo en la vanguardia con cien arcabuceros y ochenta de lanza y adarga, y en la retaguardia al mariscal Martin Ruiz de Gamboa con ánimo de romper por medio de los enemigos sin volver el pié atras por mas resistencia que hiciesen. Y habiendo hecho un breve razonamiento para alentar a sus soldados con palabras, que procedian de pecho cristiano y prudencia de valeroso capitan mandó acometer en nombre de Jesucristo Nuestro Redentor y su gloriosa madre. Y fué tan buena la suerte del primer encuentro que murió en él el nuevo jeneral Antimangue de un arcabuzaso, que travesó los corazones de los suyos. Acudió luego su sarjento mayor llamado Polican a usar oficio de cabeza, y para mejor bandearse envió a llamar a uno de sus capitanes el mas diestro, y estimado del ejército, el cual estaba peleando con los soldados de la retaguardia del nuestro, y cuando llegó el mensajero donde él estaba le halló muerto con otros muchos, que estaban tendidos en tierra. Viendo esto los enemigos perdieron el animo, y se fueron retirando sin salir de órden dándoles batería los nuestros sin cesar de seguir el alcance hasta pasar toda la cuesta. Fué extraordinariamente lastimoso el estrago que se hizo en los indios este dia, que fué juéves a 20 de marzo de 1578 una semana ántes de la santa.

Sintió el jeneral viejo Longonaval esta pérdida entrañablemente acordándose de la victoria, que habia alcanzado en aquella mesma cuesta del mariscal Villagran, y para restaurar algo de lo perdido quiso él tomar la mano en volver por su tierra usando de su antiguo oficio de jeneral. Y se pusiera luego a ello si no lo impidiera un cacique llamado Anguilande, que era entre ellos de mucha estima, el cual hizo una larga plática a todo su ejército persuadiéndoles ser total destruccion del reino andar haciendo asaltos donde no medraban otra cosa que volver con las manos en la cabeza y que el remedio estaba en juntarse todas las provincias de una vez, y dar en los nuestros para matarlos todos, o morir todos.

CAPITULO XIII.

De la entrada que el capitan Diego Maso de Alderete hizo en el archipiélago de Chiloé, y algunas batallas que tuvieron con los indios el mariscal Gamboa, y otros capitanes.

En tanto que la gruesa de la jente española andaba con mucho contento de haber vencido a los enemigos en Arauco sin cesar de destruir-

les las sementeras i ganados i despojarlos de sus haciendas, hijos i mujeres en frecuentes asaltos le pareció al capitan Diego Maso de Alderete correjidor de Castro de Chiloé que seria acertado seguir el descubrimiento de aquel archipiélago, como se habia hecho en tiempo de don Garcíade Mendoza, yel doctor Saravia. Y metiéndose en un bergantin con nueve españoles, y treinta indios embocó por un brazo de mar de cien pasos de ancho, y vino a dar en la anchura del archipiélago, donde halló mas de 1,500 islas, y parte de ellas tan pobladas, que pasan de 200000 indios los que en ellas habitan de ordinario. Halló tambien gran suma de piraguas hechas de tablas cocidas con cortezas de árboles y calafateadas con yerbas molidas en lugar de estopa y betumen. De estas acudieron a dar muchas en el bergantin para matar los que en él estaban, aunque les salió tan al reves que los mesmos agresores tiñeron el piélago con sangre por arrojarse sin órden y concierto y por tener los españoles dos tiros de campo, cuatro arcabuces, y tres alabardas, ultra de sus espadas, y las flechas de los indios de su compañía, y aunque los contrarios arrojaban gran fuerza de dardos y piedras y peleaban con lanzas y macanas, no pudieron hacer daño a los del bergantin por falta de esperiencia y destreza, la cual tenian valerosamente los nueve españoles, que fueron Maso de Alderete, Leonardo Rosa, Hernan Rodriguez de Gallegos, Andres Aguado, Francisco Gonzales, Manuel Alvarez, Diego Muñoz, Juan Hernandez de Cepeda, y Pedro de Porras, los cuales volvieron a sus casas al cabo de dos meses sin haber hecho otro efecto mas de descubrir islas y derramar sangre.

Pasáronse algunos dias despues de las batallas referidas sin que los indios tomasen armas contra los nuestros cansados de tanta desventura como veian por sus tierras causadas de la contínuas guerras, y en especial los indios de Arauco que vian a nuestro ejército alojado en medio de su comarca junto al rio de Pangue, y una laguna donde él entra por ser sitio, que dejaba solo un portillo para entrar los enemigos y mui cómodo para salir a correr la tierra, y traer bastimentos en abundancia para la jente que estaba allí invernando. Y por no haber rumor de enemigos envió el gobernador a su yerno Gamboa con treinta hombres a visitar las ciudades de arriba, el cual llegando al camino de Ancapel, que está junto al valle de Angol, dió con una gran junta de indios de guerra que estaban preparándose para dar batalla a nuestro ejército, y acometiendo repentinamente los desbarató y mató muchos dellos, y les quebró cuatro mil cántaros y mas de mil tinajas de vino y chicha de la que ellos beben, que lo sintieron mas que la efusion de sangre de sus heridas.

Habiendo conseguido esta victoria se entró en la ciudad Imperial, de donde envió cincuenta hombres al valle de Langague para socorrer al capitan que allí estaba, que era Juan Alvarez de Luna, y él se fué por otra parte a castigar la muerte de Cosme de Molina, y para ello se alojó con sus soldados a orilla de la laguna por ser sitio cómodo para acudir de él a todas partes. Con esta novedad despertaron tambien los enemigos para defender sus tierras y personas, y se juntaron mas de

tres mil de ellos en una fortaleza donde tenian mucha provision de vituallas y armas de diversos jéneros, y no ménos de piedras para tirar de lo alto del fuerte, y muchas tinajas de yerba ponzoñosa molida para enerbolar las flechas, cuyo número era excesivo. Con esta preparacion estaban los indios a pique para acometer a los reales del maestre de campo Juan Alvarez de Luna; pero viendo el mariscal tan cerca que le hacia espaldas con cien españoles, y muchos indios amigos, no usaron desmandarse por entónces y con esta ocasion hubieron de volverse a sus casas sin aprovecharse de las prevenciones que con tanta solicitud habian acaudalado. Con este tenor estuvo la tierra en contínuo desasosiego porque en llegando el mariscal, se refrenaban los indios, y en apartándose de aquel distrito llevando la jente a los estados de Arauco tornaban los indios a rebelarse. Y para poner resguardo a esto no quiso Gamboa levantar esta vez los reales hasta llamar a su presencia al capitan Juan de Matienzo dándole instruccion para quedar en aquel lugar favoreciendo a Juan Alvarez de Luna, por ser necesaria mas fuerza que la que él tenia. Hecho esto se fué Gamboa a la ciudad de Valdivia donde juntó alguna jente, y mucho mantenimiento, para ir con ello a los estados de Arauco, donde estaba el campo del gobernador esperando a que pasase el invierno.

CAPITULO XIV.

De la batalla que hubo en el fuerte de Lipingueda entre los indios y españoles y el cerco de la Villa-Rica.

Muchos dias habia ya que el capitan Juan Alvarez de Luna estaba con noventa hombres en el valle de Llangague padeciendo innumerables trabajos por estar en mano de los enemigos, y así mesmo estaban ellos irritados con los nuestros por los frecuentes asaltos que les hacian destruyéndoles las haciendas y empalando a los que topaban descuidados, por lo cual se recojeron a un fuerte, que fabricaron en un lugar alto, y mui áspero en la subida donde se enseñoreaban de los españoles, que estaban en lo llano. Y para darles socorro en tal coyuntura acudió el capitan Juan de Matienzo con alguna jente de la ciudad formándose de los unos y de los otros dos razonables escuadrones. Mas por haber un rio entre la fortaleza de los indios, y el real de los españoles fué forzoso que los nuestros le vadeasen para acometer a los contrarios, que estaban de la otra banda. Pero como ellos estaban tan a la mira y puestos a punto de pelea en viendo a los nuestros en el vado no aguardaron a dárselo un solo punto, mas acudiendo con fúria y lijereza de leones los cojieron a tiempo que ya la mitad de la jente habia salido del agua. En esta ocasion se trabó una batalla de las mas reñidas y sangrientas que se han visto en este reino, donde así los españoles y los indios de su compañía, como los contrarios pelearon sin cejar por espacio de medio dia con el mayor ahinco, y braveza que puede encarecerse. Y estaban tan encarnizados los de ambos bandos que vinieron a quebrar la mayor

parte de sus armas, que eran lanzas, picas, dardos, macanas, y espadas, y otras de diversos jéneros tanto que por falta de ellas echaban mano de las cabezas, que estaban por el suelo cortadas y se las tiraban unos a otros. Tanta era la rabia con que peleaban los de ambos ejércitos. No se puede esplicar la furia, y efectos de ella, que se vieron en este conflicto, donde corria la sangre por el suelo como si hubieran allí degollado algun gran número de reces. Y no quedara español a vida sino proveyera nuestro Señor de la industria y ánimo de un mulato llamado Juan Beltran, que con otros tres hombres acometió a la fortaleza miéntras los indios andaban fuera de ella, y mató algunas de las mujeres y jente de guardia, cuyo alarido descompuso a los indios que andaban en la refriega tan encarnizados que a falta de armas tiraban puños de tierra, y con el grande estruendo de los de dentro estuvieron algo aterrados y comenzaron a retirarse para socorrerlos. Mas por presto que lo acordaron habian ya muerto de su bando pasado de 1,500 siendo los de nuestro ejército solos cuatro ultra de los heridos que fueron 25. Y así quedó el campo por los españoles, y la victoria declarada por suya en este dia, que fué el de San Agustin a los 28 de agosto de 1578.

No quiero pasar en silencio un caso, donde el mulato Juan Beltran manifestó su valentía, y fué que al tiempo de entrar en el fuerte se abrazó con él un indio de grandes fuerzas mui alto, membrudo y animoso, y viendo Beltran que le tenia impedido para defenderse de la jente que venia sobre él se arrojó con el indio por una ladera, y lo llevó abrazado rodando con él casi un cuarto de legua sin descalabrarse en el camino por la defensa que le hacia la celada, y en llegando al lugar donde hizo pié, hizo tambien lo que convenia de sus manos poniéndolas en el indio con tal vigor que le mató al primer golpe. Despues de lo cual se fué la jente recojiendo a la ciudad de Valdivia quedando por capitan de los reales Juan de Almonacid en compañía de algunos españoles.

Al cabo de algunos dias tuvo nueva el capitan Juan de Matienzo de que se apercebian indios de guerra en grade número para dar con mano armada sobre la fortaleza de Lleven. Y para obviar esto puso a punto algunos soldados para acudir él con ellos, y así mesmo envió un caudillo a recojer jente a la ciudad de Osorno y valle de Linquino. Con esta prevencion fué acudiendo alguna jente a la fortaleza, aunque sin necesidad ni efecto, y mui a gusto de los enemigos cuyo intento era apuntar allí y acudir a otra parte que era la Villa Rica. Con todo eso no se fueron alabando de este lance porque el capitan Hernando de Aranda, que estaba en la fortaleza de Mague recelándose de que habian de dar en él de recudida mandó ahondar las cabas, y abrir un pozo, por si acaso los enemigos le atajasen el agua, que entraba de fuera, ultra de otras cosas de que se previno. Y por ganar por la mano salió en busca de los contrarios, y mató algunos de ellos de cuyo número fué el capitan Licapillan quedando tambien presa su cuñada mujer del capitan Netinangue y su hijo Unecaulo con algunas otras mujeres,

Habiendo hecho grande estrago en sus sementeras y ganados, y no contento con esta presa salió segunda vez y mató al capitan Chaniande, y un hijo del capitan Panguetareo llamado Chepillan, cuya cabeza fué cortada por no haberse querido rendir a los nuestros.

Con todo eso no desistieron los indios de su intento, que era dar sobre la Villa Rica, para cuyo cerco se alojaron tres leguas de ella aguardando ocasion oportuna. Entendió esto el capitan Juan de Matienzo, que tenia ya jente apercebida para el socorro con la cual se partió luego de la ciudad de Valdivia. Y por otra parte salió de la Imperial Martin Ruiz de Gamboa con los soldados que halló a mano como persona que estaba acostumbrada a no aguardar segunda voz para acudir a lo necesario. Pero como los enemigos estaban mas cerca de la Villa no quiso el capitan Gaspar Verdugo aguardar a que le pusiesen cerco, por lo cual salió con 20 hombres al valle de Caton, donde se alojó en un pueblezuelo de indios hospedándose en cada casa tres, o cuatro soldados segun la capacidad que habia en ellas. Y a deshoras de la noche llegaron en su seguimiento otros 26 españoles que por todos vinieron a ser cuarenta i seis los que estaban en el lugarejo dia de San Cipriano y Justino, que era viérnes a seis de setiembre del año 1578. Y aunque la llegada de esta jente era con el solo fin de cojer a los enemigos descuidados lo estuvieron ellos tanto que se pusieron a dormir mui despacio como si no tuvieran quien les buscase la vida o por mejor decir la muerte. Mas no fué así porque llegado el cuarto de la modorra acometieron los indios y pusieron fuego a las casas en que estaban alojados para quemarlos en ellas si no saliesen, y si saliesen cojerlos a la salida, como en efecto lo ejecutaron dando en la cabeza a los que salian huyendo del fuego. Murió en este rebato Diego Perez Payan de una lanzada, y algunos indios yanaconas ultra de los que se quemaron no acertando a salir a las puertas. Pero como los que tuvieron algun tino acudiesen a ensillar los caballos, y tomar las armas reconocieron los contrarios ser mas jente que ellos, habian pensado, y así se fueron retirando contentos con dejar muchos heridos con flechas enerboladas, y algunos muertos como se ha dicho. Con todo eso salieron los nuestros a tiempo que pudieron dar alcance a los indios en los cuales hicieron grande riza alcanzando a los ménos lijeros, a quien dieron con mano mas pesada.

Poco despues acudieron los indios a vengarse haciendo algunos asaltos en los términos de la Villa, aunque no mui a su salvo porque luego salia contra ellos el mulato Juan Beltran con otro compañero de su linaje y algunos amigos que le seguian y mostraba tanto valor en esto, y el buen ejemplo, que con su vida y obras daba a la república, que vino el mariscal a poner en él los ojos para encargarle empresas de honra y le hizo merced en nombre de su majestad.

CAPITULO XV.

De la batalla naval que tuvo el capitan Julian Carrillo con los indios en el rio de Ancud.

En volviendo la cabeza el mariscal Martin Ruiz de Gamboa para acudir a donde estaba su suegro el gobernador se comenzaron a inquietar los indios de los términos de Valdivia y Osorno. Y en especial los de Guaron y Renigua hicieron cierta junta donde se hallaron tres caciques llamados Carollanga, Langueche, y Pinquenaval a un solemne convite y embriaguez. Estos convidaron a otro cacique llamado Picolican, y le persuadieron a tomar armas contra los españoles como los demas lo habian determinado. Este habia recebido buenas obras del mariscal Gamboa mayormente en haberle perdonado la muerte de su encomendero Pedro Martin Redondo dandole vara de justicia en el distrito de sus pueblos, por justos respectos que le movieron pareciéndole que por aquí granjearía las voluntades de los indios para venir a dar la paz. Por esta causa no quiso Picolican quebrantar la fidelidad interviniendo en la rebelion por lo cual le mataron los tres caciques siendo el primero que le puso las manos un hermano suyo llamado Quetemilea. Y sin aguardar mas embites se fueron entrando por los términos de Valdiva robando y destrozando cuanto hallaban sin guardar respeto aun a sus mismos parientes.

Contra estos rebelados comenzó el capitan Juan de Matienzo a convocar jente de todas partes. Y teniendo nueva de que los enemigos llegaban a la tierra de Quinchileo envió al capitan Salvador Martin con veinte de a caballo, el cual despojó a los forajidos de la presa que habian cojido habiéndolos desbaratado con la poca jente que llevaba.

Por otra parte salió el capitan Julian Carrillo, correjidor de Osorno, en busca de unas cuadrillas de indios que habian muerto a dos españoles, que les habian hecho hartos agravios. Y llegando al lago de Valdivia con treinta hombres mui bien aderezados halló al correjidor de la ciudad de Castro, y juntos los dos trataron del remedio y pacificacion de este alboroto. Y fué la resolucion de su consulta que Bartolomé Maldonado correjidor de la ciudad de Castro fuese a preparar bastimentos y piraguas, y el otro capitan tomase a cargo el castigar el atrevimiento de los indios. Lo cual se efectuó como lo concertaron embarcándose Julian Carrillo con toda su jente en cincuenta piraguas, con las cuales entraron por un brazo de mar a manera de estero, tomando el rumbo hácia la cordillera, donde estaban los rebelados. Y habiendo surjido en la tierra de Lincar despachó dos indios que tratasen con los rebelados algunos medios de paz dejándose de andar montaraces, pues eran cristianos, y tenian obligacion de acudir a donde habia doctrina y modo de vivir segun la lei de Cristo, y no andar amontados como cabras y con esto les prometió el correjidor perdon de la muerte de los dos españoles mayormente por haber dado ellos tantas causas con sus desafue-

ros. Pero como la intencion de los rebelados era llevar la suya adelante no dejaron volver los embajadores, ántes se pusieron a punto de pelea nombrando por jeneral al cacique Beliche, y convocaron mucha jente de los cabies y pueblos: Ralon, Puraïlla y otras provincias comarcanas. Y habiéndose juntado gran número de jente se embarcaron en sus piraguas viniendo el rio abajo por el cual habian ya subido los nuestros un largo trecho. Y al tiempo que habian de toparse las armadas quiso su fortuna que la de los indios se fuese entrando por una ensenada sin que se echasen de ver los unos a los otros con la oscuridad de la noche, de suerte que los nuestros fueron navegando mas arriba dejando por las espaldas la armada de los contrarios. Y ya que salia la aurora llegaron a la tierra de Pudoa, donde saltaron los indios amigos que iban en las piraguas a saquear las casas de aquellos naturales yendo por capitan el cacique Quintoia, que era valeroso y mui amigo de españoles. Y diéronse tan buena maña que mataron al cacique del pueblo, que habia quedado para guardo de las mujeres, y jente menuda con algunos flecheros, que estaban en su compañía. Y habiéndose trabado una batalla, donde murieron algunos indios de ambos bandos salieron vencedores los del nuestro trayendo presas muchas mujeres, y gran suma de ganado y ropa, con que se recojeron a las piraguas.

Por otra parte iban los indios de la otra armada desatinados en no topar a los nuestros de quien sabian estar mucho mas arriba; mayormente cuando llegaron a la tierra de Lincar, y se informaron de ello mas de raiz de los indios que habian allí quedado. Y teniendo sospechas de lo que podria ser enviaron algunos corredores a toda priesa que se informasen de lo sucedido, los cuales volvieron con la triste nueva del estrago que los españoles habian hecho en sus tierras por medio de los indios amigos. Por lo cual encolerizados y aun rabiosos como toros agarrochados comenzaron a bravear y sin detenerse un solo punto se embarcaron en sus piraguas, y vogaron a toda priesa con grande ansia por verse ya trabados con los que les habian hecho tales obras. Y fué tanta su dilijencia, que en poco tiempo se vinieron a poner a la vista ambas armadas estando mas de diez leguas de la costa metidos el rio arriba. Con esta coyuntura se pusieron los nuestros en oracion, la cual acabada, se apercibieron para la batalla, que era ya inexcusable por la angostura del rio, que seria de un tiro de escopeta ayudando a los unos y los otros la tranquilidad del tiempo, que era mui claro y sereno y la subida de la marea, que impedia al agua su corriente. Pero ántes de acometer mandó el jeneral de la armada índica distribuirse las piraguas en tres escuadrones tomando él el medio del rio, y ordenando que los otros dos estuviesen cerca de las orillas. Y puestos con esta traza fueron acometidos de nuestra armada con tanto ímpetu que a poco rato se fueron todos retirando hácia la tierra, aunque ántes de llegar a ella fueron alcanzados y se trabó batalla de las mas sangrientas que se saben en este reino; donde por espacio de cuatro horas an-

duvieron revueltas las piraguas saltando los que iban dentro de unas en otras, y lloviendo continuamente piedras, dardos, balas, y saetas con matanza de muchos indios; los cuales eran tan astutos que tenian instrumentos para asir las piraguas de los nuestros no dejándolas gobernar ni menearse. Mas con todo eso fueron finalmente vencidos con pérdida de 27 piraguas y 500 hombres que murieron ultra de 170 que fueron cautivos. Sucedió esta victoria en el mes de octubre de 1578 por la cual dieron luego los vencedores las debidas gracias a nuestro Señor, y se fueron a la ciudad de Osorno para hacerlo mas despacio.

CAPITULO XVI.

De una famosa batalla, que tuvo el comendador Rodrigo de Quiroga en Guadaba con los indios araucanos.

Estaba en estos tiempos tan calamitoso el estado de las cosas de Chile que andaban en él actualmente cuatro ejércitos por diversas partes. El uno en los términos de Valdivia que está a cargo del capitan Juan de Matienzo; y otro que traia el mariscal Gamboa en la Villa Rica, ultra de las compañías con que salió el licenciado Calderon a socorrer al gobernador desde la ciudad de Santiago; y finalmente el de Rodrigo de Quiroga que estaba en los estados de Arauco. De este salian mui a menudo algunos capitanes a correr la tierra entre los cuales tenia el primer lugar el maestre de campo Lorenzo Bernal de Mercado, que entre otros lances hizo uno en Ongolmo donde prendió un viejo llamado Andimapo hombre de mucha estima entre los indios. Tenia este un hijo, cuyo nombre era Anquepillan, el cual se fué a la presencia del gobernador, y le suplicó diese libertad a su padre sirviéndose de él mismo en trueco y rescate pues era mozo y podia servirle mas enteramente. Condescendió Quiroga con esta peticion con grande repugnancia del viejo porque anduvieron porfiando un largo rato el padre y el hijo sobre quien habia de quedar preso queriendo cada uno de ellos tomar la peor parte, por dar la mejor el padre al hijo, y el hijo al padre y procedieron tan adelante en la contienda, como antiguamente Philades y Oreste, que siendo el Orestes el culpado decia Philades que él era Oreste por librar del castigo al que lo era: y el mesmo Oreste declarando la verdad decia constantemente que él era el que buscaban y Philades estaba libre de aquella nota. Finalmente fué el viejo libre de la prision quedando el hijo en ella, el cual fué enviado a la ciudad de Santiago con etros 400 cautivos con guarda de nueve españoles y algunos indios. Supo esto el viejo Andimapo, y juntando con presteza 500 hombres fué en seguimiento de los presos y los alcanzó junto al rio Paepal, donde los libertó de las prisiones desbaratando al escuadron de los nueve españoles, y yanaconas que con ellos iban.

Llegó nueva en este tiempo a los reales de la muerte de la mujer del maestre de campo llamada doña María Monte para cuyas excequias

acudió Bernal a su casa, que estaba en la ciudad de los Infantes. Y como los enemigos sintieron que estaba fuera del ejército acudieron luego mas de 8,000 de ellos distribuidos en cuatro escuadras, y vinieron sobre él a tiempo que estaba alojado en un lugar llamado Guardaba. No consintió el gobernador que se echase ménos la persona del maestre de campo estando él en los reales. Y olvidado de su vejez se puso a caballo mui bien armado y salió con su jente a defenderse de los contrarios. Mas ellos por mostrarse mui diestros en la guerra, enviaron por delante un escuadron solo para acudir luego los otros tres a dar por todas partes en las tiendas. Y plugo a nuestro Señor que se dieron los nuestros tan buena maña en pelear con los primeros que aunque se vieron en grande aprieto, y recibieron muchas heridas salieron al fin con la victoria, de suerte que, cuando las otras tres compañías acudieron ya iban los suyos de vencida, y les hicieron perder el ánimo volviendo las espaldas como sus compañeros sin cesar los nuestros de seguir el alcance con gran matanza de los contrarios, cuya sangre regó aquel dia el sitio de la batalla, y del camino por donde huian que estaba lleno de cuerpos muertos, muriendo tambien de nuestra parte Rodrigo de Quiroga el mozo; y se vió a punto de lo mesmo don Antonio de Quiroga de una flecha que le dió en la boca, la cual acertó a topar en los dientes, y aunque ella venia mui furiosa con todo eso viendo que le mostró los dientes reprimió su braveza no pasando mas adelante.

Por esta victoria que sucedió en 27 de noviembre de 1578, quedaron los indios amordazados y con propósito de vengarse para lo cual tornaron a confederarse en mas grueso número que primero. Y para hacer mayor ostentacion de su opulencia trajeron consigo dos mil mujeres en hábito de hombres, y con sus lanzas en la mano para poner espanto a los españoles con la multitud de jente de su campo. Mas previno esto la divina providencia, con traer a coyuntura al licenciado Calderon teniente de gobernador con la jente que habia recojido en Santiago para aumento de los escuadrones españoles. Y demas de esto sucedió que estando los enemigos emboscados aguardando ocasion de hacer suerte salió un español en busca de su caballo, y viendo ellos que eran descubiertos salieron a él con su acostumbrado alarido, y fueron con grande estrépito a dar en los reales para cojer a los nuestros de improviso. Acertó a llegar en esta ocasion Lorenzo Bernal de Mercado, que venia de poner en órden su casa, el cual apeándose del caballo en que venia subió en otro descansado, y salió sin dilacion alguna a ordenar su jente con tanta reportacion como si los hubiera prevenido mui despacio, y trabándose una sangrienta batalla tuvo el mesmo efecto que la pasada, quedando el campo por nuestro aunque poseian gran parte de él los cuerpos de los indios que murieron en este conflicto.

Habida esta victoria y habiendo dado los vencedores las debidas gracias al autor de ella por tan frecuentes beneficios de su liberalidad y munificencia, llegó nueva al gobernador de un galeon de ingleses cor-

sarios que habia llegado al puerto de Valparaiso. Y receländose de la peste de su herejía (que es mas perniciosa que la infidelidad de los bárbaros) salió luego de su alojamiento con setenta hombres, y se fué a la ciudad de Santiago, aunque no fué necesaria su asistencia, porque no aguardaron mucho los piratas por acudir a la isla de la Mocha a buscar refresco, aunque no hallaron otro, sino el de las rociadas de flechas, que les dieron seiscientos indios matando al primer encuentro dos soldados no saliendo el capitan de ellos, que era el famoso pirata Francisco Draque alabándose de la fiesta, porque sacó una flecha travesada en el rostro sin hallar consuelo para tanto daño hasta que despues cojió en la misma costa en los términos del Perú al navio de San Juan de Antona con millon i medio de pesos de oro, con quien se olvidaron todos los males, habiendo él hecho muchos a estos reinos.

Combatian en estos tiempos al desventurado Chile golpes de mar y tierra, sin haber cosa que por todas partes no estuviese en un perpétuo desasociego. Los indios estaban cada dia mas ladinos, mas diestros, mas saboreados en la guerra, mas encarnizados en sus contrarios. Los españoles estaban cada dia mas pobres, mas codiciosos, mas desesperados, y mas amigos de hacer molestias a los indios usando con ellos de extraordinarios desafueros y cueldades. Y así era todo inquietudes y todo alborotos, todo guerras, y todo mortandades. Porque los indios demas de las ocasiones que les daban, es jente de su natural bárbara y de tal calidad, que ni el temor de Dios los retrae, ni el del rei los reforma, ni la conciencia los reprime, ni la vergüenza los impide, ni la razon se señorea de ellos, ni la lei los tiene a raya, ni aun la hambre i sed los apura, ni hace bajar la cabeza al yugo. Y es jente tan precipitada que lo que quieren eso dicen, y lo que no pueden osan ocometer y lo que osan llevan adelante sin desistir de aquello en que afirman si no es a fuerza de armas.

Especialmente los indios que habitan junto a los lugares, y cordilleras andaban tan desvergonzados que dieron una trasnochada en Ranco, donde mataron muchos indios de paz, y quemaron sus casas, imájenes, y cruces sin respetar las cosas sagradas, y venerables. Salió contra es-tos el capitan Juan de Matienzo a 5 de diciembre de dicho año con la mucha dilijencia que puso en perseguir los rebelados cojió gunos de ellos, en quien hizo ejemplares castigos. Y como desp de esto llegase el mariscal Gamboa a la Villa Rica, y anduviese rriendo sus términos se vino a juntar con el escuadron del capitan J de Matienzo, y haciendo un cuerpo de guerra de ambas compañías ron en el fuerte de Guaron un lúnes cinco dias del mes de enero 1579. Pero como los indios habian entendido que les querian cerco habian ya desamparado la fortaleza metiéndose en la tierra tro para fortalecerse mas con la aspereza de una quebrada, delante del sitio donde hicieron sus baluartes pareciéndoles que dria llegar allí jente de a caballo. Mas como Gamboa era hom sangre en el ojo no pasó hasta dar fin de ellos. Para lo cual envió

pitan Matienzo dentro de siete dias, que se contaron doce del mesmo mes a dar caza a los encastillados, y aunque la quebrada era totalmente contraria con todo eso no fué bastante a quebrar sus brios, ni a que dejasen de quebrar su cólera los que iban llenos de ella a estrellarse en los adversarios, ni el ser paso incómodo para los caballos les hizo aprovecharse de la comodidad de sus piés para ponerse en salvo, ántes arrojándose a mayor riesgo se apearon, y pasando de la otra parte vinieron a las manos estando a pié los unos y los otros. No me quiero detener en ponderar cuan furiosa y sangrienta fué la batalla de este sitio, pues duró desde medio dia hasta que el sol se traspuso, y aun procediera mucho mas adelante si el jeneral de los indios llamado Tipantue no echara de ver el grande menoscabo de su jente, y que le convenia no insistir mas en las armas pudiendo evadirse seguramente. Y para esto comenzó a dar voces jactándose de que habia cautivado un español al cual habia de matar luego si no cesaba la batalla. Por esta causa le pareció a Juan de Matienzo cosa acertada el alzar mano de ella pues quedaba ya por los indios, y así se recojió por entónces con ánimo de recudir el dia siguiente con mas fuerza. Era el cristiano que habian cautivado los indios un mestizo llamado don Estévan de la Cueva, hijo de don Cristobal de la Cueva mancebo de 22 años que se habia señalado mucho en otras batallas particularmente en esta que contamos. Y aunque los indios trataron aquella noche de darle libertad por un buen rescate que ofrecia el capitan Matienzo, con todo eso lo impidieron algunos principales viendo que habian muerto muchos capitanes de su bando en el conflicto, de los cuales fueron Calmavida, Aullanga, Pelebei, Aimango, Contanaval, Manqueibu, Raldican, Liquepangue, Purquen, Arigachon, Llanquepillan. De mas de esto se aficionó al don Estévan la hermana del jeneral llamada Lacalma que era doncella i de gran fama entre los indios, y de tanta gravedad que no queria casarse sino era con español de mucha estofa. Pero como don Estévan tenia temor de Dios vivió con ella con recato sin querer usar del matrimonio hasta que se hiciese cristiana y la procuró atraer a ello con persuasiones y halagos. De todo esto dió noticia la mujer a sus parientes diciendo que aquel hombre le trataba de cosas del cielo por lo cual le cojieron los indios, y atándole en un palo le desollaron todo el cuero dejándole como el rei Artiages dejó al glorioso apóstol San Bartolomé que habia convertido al rei Polimio con doce ciudades.

CAPITULO XVII.

Del cerco que los españoles pusieron al fuerte de Pochunco, y el que fundó el mariscal en Llangague, donde tuvo una batalla.

El mesmo año de 1579 a 26 de enero aparecieron en el cielo cerca de la hora de vísperas dos soles colaterales al sol natural, los cuales se apartaron un poco poniéndose a manera de arco, y despues se tornaron a juntar mas cojiendo al natural en medio mudando los dos el color

resplandeciente en otro que tiraba a sangre. Que fué un espectáculo mui manifiesto a todo el ejército, y mui formidoloso a los indios, que tiemblan en viendo estas cosas echando los juicios al arco en diversas adivinanzas y pronósticos. Con todo eso no desistieron de la guerra aunque dejaron el fuerte de Puchunco metiéndose la tierra adentro a fortalecerse en un peñon inexpugnable. Y deseando darles caza mandó el mariscal al capitan Juan de Matienzo que fuese abriendo camino con los gastadores que habia en el campo, lo cual se ejecutó con presteza acudiendo todos a poner cerco al peñon donde estaban los enemigos. Pero como el lugar era de tal traza, que un solo hombre era bastante a defenderse de un ejército con solo dejar caer piedras desde arriba, no fué posible hacer los nuestros otra cosa mas de estarse que dos impidiendo el paso a los que acudian con mantenimiento a los indios para tomarlos por hambre. En estos dias hubo muchos dares y tomares entre los indios y españoles sobre los medios de paz, alegando los indios las injusticias, que se les habian hecho obligándoles a ponerse en arma, y prometiendo el mariscal de poner estanco en tales vejaciones tratándolos de allí adelante con otro tenor que hasta entónces. Y para resolver esto les envió un indio de mucha capacidad que lo tratase con ellos mas por menudo; al cual cojeron los enemigos, y lo hicieron pedazos comiendo sus carnes a bocados, y bebiendo su sangre con ansia de beber la de los españoles. Y para dar respuesta a su embajada pusieron los capitanes de su bando los ojos en un indio llamado Naupillan mui sagaz y discreto, con quien estaban mal muchos de ellos pareciéndoles que era enviarlo al matadero, pues los españoles habian de pagarles en la mesma moneda la matanza de su embajador, y teniendo por cierto que no habia de volver con la respuesta le dieron un compañero que se quedase un poco mas afuera asechando lo que pasaba para dar noticia de ello. Mas como el Naupillan penetró la traza de sus émulos usó en aquel lance de su astucia para matar dos pájaros con una piedra: y fué matar en el camino a su compañero a traicion cojiéndole descuidado, y cortándole la cabeza la llevó en una mano, y en la otra una cruz mui enramada, con que entró por medio de los reales de los españoles diciendo, que le llevasen ante el mariscal. Y puesto en su presencia dijo que él era cristiano natural de Renigua, y se habia escapado de manos de los enemigos saliendo disimuladamente con uno de ellos que iba a buscar mantenimientos cuya cabeza traia por testimonio de este hecho, y aquella cruz por insignia de la lei que profesaba. Recibiole Gamboa con buen semblante; aunque de allí a poco tuvo pesadumbre sabiendo que los enemigos habian desamparado el fuerte dejando a los españoles burlados, los cuales aunque fueron en su seguimiento y el mariscal en delantera no pudieron darles alcance por la aspereza del lugar, que no era para caballos.

Viéndose Martin Ruiz, frustrado de esta presa pasó su campo al valle de Llangague, donde fabricó una fortaleza poniendo por capitan de ella a Salvador Martin con 60 soldados, que saliesen de ordinario a

correr el campo, y con esto se fué a la ciudad de Valdivia. Apenas habia sacado el pié del estribo cuando le dieron nuevas del cerco que los enemigos habian puesto a la fortaleza de Mague, donde estaban trescientos indios amigos de los españoles para presidio con dos capitanes mui leales y afectuosos a los cristianos llamados Talcahuano, y Revo no ménos esforzados que prudentes. A estos dieron rebato los rebelados al cuarto del alba, siendo los principales adalides de su ejército el capitan Tipantue, Niupangue, y Netinangue, los cuales traian mui buenas cotas de malla, y otras armas de las que usan los españoles, con que se animaron a dar batería a la fortaleza por la parte mas flaca arrimando tablones, y vigas para escalarla. A todo esto hacian gran resistencia los de dentro echando gran lluvia de piedras, flechas y dardos, con que se defendieron valerosamente matando a muchos de los contrarios. Y miéntras ellos sustentaban el cerco, acudió el capitan Gaspar Viera, que estaba dos leguas de allí en el fuerte de Lliven llevando consigo 15 de a caballo, con cuyo aspecto se retiraron los enemigos, yendo tras ellos los indios que estaban en la fortaleza siguiendo el alcance sin perdonar hombre que pudiesen haber a las manos.

No faltaban en este tiempo ordinarias batallas en los estados de Arauco donde andaban el maestre de campo Lorenzo Bernal con el principal ejército de este reino sin cesar de dia ni de noche de perseguir a los indios dándoles siempre guerra para obligarlos a darse de paz y en particular estando una vez alojado en la ribera del rio Niniqueten fué acometido del cacique Tarochina, que venia con gran suma de indios a dar en los reales a media noche; y aunque los nuestros no estaban prevenidos para este lance era tanta la puntualidad de Lorenzo Bernal, que lo dispuso todo con gran presteza, y salió al campo con toda su jente trabando batalla tan sangrienta, que murieron mas de 600 indios del bando contrario, y algunos yanaconas del nuestro entre los cuales tambien cayeron tres españoles. Y aunque los indios salieron de vencida quisieron dentro de pocos dias tornar a probar la mano viniendo a dar batalla a los nuestros en un sitio mui cercano al pasado a orillas del mismo rio, de donde volvieron tambien con las manos en la cabeza como siempre lo habian experimentado en todos los lugares donde venian a las manos con Lorenzo Bernal de Mercado. El cual vista su rebeldía no cesaba de apurarlos haciéndose temer de ellos en todo el reino.

Mas con todo eso comenzaba ya a ir el negocio algo de caida por estar los soldados aburridos de andar dos años i medio por aquellos campos comiendo mal, y durmiendo peor, pobres, desnudos, y melancólicos, y sobre todo sin esperanza de remumeracion de las tejas abajo. Y en efecto era negocio pesadísimo, y casi intolerable para todos y mucho mas para la vejez del gobernador que no quiso salir de Arauco en dos años contínuos: pero cuando vino a salir para acudir a otras cosas no quiso que los demas estuviesen lastando lo que él habia visto por sus ojos, y sufrido en su persona. Mayormente por ser ya la entrada del invierno, donde no se podian esperar sino muchas enfermedades y con-

gejas. Y así se resolvió en que el ejército se descuadernase de suerte, que los soldados se distribuyesen por las ciudades y estuviesen en ellas fortalecidos sin buscar a los araucanos, que estaban en su tierra pues no se podia acudir a tantas partes enteramente. Recibió el maestre de campo Bernal la órden del gobernador, y en cumplimiento dél hizo una plática a todo el campo el domingo de ramos del año de 79 donde los consoló con las mas eficaces razones que él pudo, i les señaló las ciudades a donde habia de acudir cada uno a descansar tomando algun aliento.

CAPITULO XVIII.

De algunas batallas que tuvieron con los indios el maestre de campo Juan Alvarez de Luna, y el capitan Gaspar Viera y otros caudillos.

La dilijencia que el capitan Juan de Matienzo tenia en visitar siempre las ciudades y fuerzas que estaban a su cargo era tanta que muchos años apenas paro mes entero en un lugar a tomar descanso, y como los enemigos andaban con vijilancia asechándole los pasos para acudir donde él no estaba, luego que vieron que se habia apartado de la fortaleza de Renigua aderezaron sus armas, y ordénaron sus escuadrones con ánimo de arasarla por tierra. Y para esto sobrevinieron un domingo primero dia de marzo del mesmo año de 79, y le dieron tanta batería que eran menester muchos mas hombres que los que estaban dentro para defenderse. Mas como el favor y sagacidad suplia la falta del copioso número no desmayaron los españoles ántes salieron al campo los 60 que allí habia con el capitan Gaspar Viera, y desbarataron a los enemigos matando gran parte de ellos y cautivando muchos, de los cuales empalaron algunos para escarmiento de sus consortes. Supo el capitan Matienzo este suceso y pareciéndole que eran demasiados encuentros los que por momentos habia en la comarca fué allá con algunos soldados, y sacó la jente que allí estaba con su capitan Viera llevándola al desaguadero de Vitalauquen para defensa de la Villa Rica, y todo su contorno y para asegurar mas este lugar puso por adalid al capitan Arias Pardo Maldonado, el cual tenia gracia particular para tratar con los indios induciéndolos a la paz, como se experimentó en esta ocasion en que redujo algunos.

Mientras este capitan andaba pacificando a los indios se desavinieron entre sí algunos españoles en la ciudad de Valdivia, porque entrando en ella por correjidor Gaspar de Villarruel comenzó a dar traza en las cosas de la guerra y a atender a ellas como anexas a su oficio. Lo cual pretendió impedir el capitan Juan de Matienzo por estar a su cargo todo lo tocante a guerra en las cuatro ciudades comarcanas que eran Valdivia, Osorno, la Imperial y la Villa Rica. Y estuvo el negocio en contingencia de rompimiento sino llegara a coyuntura Juan Alvarez de Luna proveido por maestre de campo en lugar de Lorenzo Bernal de Mercado, que estaba ya molido de batallas, y mui metido en carnes.

Con esta entrada del maestre de campo, y los soldados que metió consigo cesó la ocasion de las diferencias, y se comenzó a tratar de cosas de la guerra por ser ya el mes de agosto, y andar alborotados muchos indios de aquellos términos. Y porque el gobernador deseaba hacer alguna buena suerte en los araucanos dió traza en que se les acometiese por dos partes entrando el ejército que traia Juan Alvarez de Luna por la ciudad Imperial y el del mesmo gobernador por el rio de Biobio cojendo en medio los araucanos: para lo cual se aprestaron los dos ejércitos, y llegó el del maestre de campo a la Imperial el mes de noviembre de 79, y el del mesmo mariscal que era de cien españoles, y muchos indios amigos llegó a los términos de la Concepcion al principio del año 1580. Y por asegurar mas los pasos por donde andaba, fabricó Gamboa un fuerte en Chillan correspondiente a su condicion, que era inclinado a edificar fortalezas donde quiera que via oportunidad para ello. En el interin que él se ocupaba en esta obra, andaban el maestre de campo corriendo los términos de la Imperial con 80 hombres en especial los lebos de Moquegua, donde habiendo un dia corrido siete leguas se confrontó con las huestes de los enemigos y acometió a ellos haciendo lastimoso estrago en muchos y poniéndo en huida a los demas hasta que se reconoció la victoria por suya. Y volviendo hácia la ciudad a celebrarla se pusieron a descansar en el camino en un lugar que está cuatro leguas del sitio de la batalla, donde por el mucho calor se desnudaron algunos dellos poniéndose a dormir mui despacio y otros a jugar con mucho gusto como si no hubiera enemigos en el mundo: mas engañóles tanto su concepto que apenas se habian puesto en sus lugares cuando estuvieron sobre ellos los indios vencidos con pretension de salir vencedores. Y por su mucha presteza y el descuido con que estaban los nuestros hubo mui pocos que pudiesen enfrenar los caballos y aun algunos que apenas pudieron armarse, mas en efecto mal o bien hubieron de salir todos a darse de las astas supliendo con el ánimo y brios la falta del aderezo necesario, hasta que tornaron a vencer a los indios matando mas de quinientos dellos. Verdad es que de los nuestros salieron muchos heridos y lastimados en particular el maestre de campo que llegó a punto de muerte, habiendo mostrado grande valor en animar a los suyos, y ejercitar su ánimo en la refriega, tambien quedó mal herido y lisiado de una mano Rui Diaz de Valdivia, y don Fernando de Zaina natural de la frontera salió con un ojo menos sin otras muchas que no refiero por evitar prolijidad.

De todo esto resultó que los indios rebelados de las ciudades de arriba como vieron que los españoles de guerra andaban cerca de Arauco, y los que habian quedado entre ellos eran viejos o impedidos con otros oficios tomaron avilantez para hacer de las suyas. Y juntándose dos mil dellos dieron en los pueblos de los indios de paz, que estaban a las orillas de la laguna de Ranco haciendo grandes robos, y matanzas sin dejar cosa que no talasen. Contra estos salieron los españoles, que estaban legua y media de allí en la frontera de Lliven, y aunque no

eran mas de 30 hicieron todo lo que pudieron hacer 500, trabando batalla con los enemigos sin interrumpir la pelea en todo un dia hasta que de puro cansados se recojieron a su fortaleza. Entónces se animaron los contrarios, y pusieron cerco a los nuestros con ánimo de destruirlos o impedirles la entrada del sustento. Supieron esto dos capitanes de los indios de paz llamados Tecagnano y Relio, los cuales vinieron con sus compañías a favorecer los españoles, y aunque del principio tuvieron los nuestros algun recelo no fuese ademan falso, para sacarlos a plaza, y ponerse al lado de sus conaturales, mas luego se desengañaron viendo el recio combate que trabaron con los que tenian puesto el cerco, y con esto salieron a darles socorro y desbarataron a los enemigos con pérdida de muchos de ellos.

En este tiempo fué por capitan de las ciudades de arriba, y correjidor de Valdivia un vecino de la Imperial llamado Juan Ortiz Pacheco, el cual acudió luego a castigar la osadía de los rebelados que no cesaban de hacer asaltos así a los indios como a los españoles. Y demas de esto andaban incitando a los pacíficos a que se amotinasen, y lo acabaron con muchos de ellos, con los cuales acometieron con gran pujanza al fuerte Vitalauquen un lúnes del mes de enero del sobre dicho año, donde mataron algunos indios i dos españoles teniéndose en buenas con los demas que defendian la fortaleza, hasta que acudiendo jente de socorro de la Villa Rica alzaron el cerco y se volvieron a sus tierras para reforzarle mas y convocar jente de nuevo para la guerra.

CAPITULO XIX.

De la batalla de Codico en que murió el capitan Gaspar Viera y otros españoles, y como desampararon los fuertes de Lliven y Quinchilca.

Andaban en estos calamitosos tiempos las cosas de la guerra tan sangrientas que no habia lugar seguro, y en particular la tierra de Quinchilca, donde estaba el capitan Gaspar Viera; el cual por tener poca jente en la fortaleza la dejó desamparada pasando su pequeña escuadra al valle de Codico, donde se alojó en ella en una casa de la encomienda de don Pedro de Lovera, que era capaz para su jente. Sintieron luego los indios su mudanza, y sin que él los sintiese a ellos acudieron una noche, y le cojieron de sobresalto, de suerte que salió con los suyos despavorido, y mal pertrechado a defenderse. Y habiendo andado un rato dándose de las astas vinieron a morir seis españoles, y el mismo capitan Viera entre ellos, y fué preso don Alonso Mariño de Lovera hijo del capitan don Pedro Mariño de Lovera habiéndole dado primero tres heridas mortales. Sintió mucho esto su padre que estaba en la ciudad de Valdivia, y con deseo de hacer el castigo por su mano se ofreció al correjidor que era Francisco de Herrera Sotomayor a ir él en persona a ejecutarlo. Aunque era tan poca la jente de la ciudad que no fuera posible darle soldados, si no acertara a llegar un navío del capitan Lumero, que habia salido del Perú con muchos soldados. Porque yendo

el mesmo Lamero con trece dellos en compañía de don Pedro de Lovera que tenia otros doce llegaron a la tierra de Parea, por donde los enemigos iban marchando con intento de hacer otros asaltos. Y acometiendo a ellos con grande ímpetu los pusieron los nuestros en huida, y les quitaron la presa de que estaba don Pedro de Lovera bien descuidado, porque halló a su hijo vivo aunque peligroso, y con él un hijo del capitan Rodrigo de Sande que tambien habia sido preso en la batalla.

No era solo este lugar el que estaba lleno de enemigos ántes apenas habia alguno que no lo estuviese cuajado dellos. Y andaba ya la cosa tan de rota batida que no dejaban iglesia, cruz, ni imájen que no quemasen. Estaba con esto en gran peligro Martin de Santander con 30 españoles que guardaban el fuerte de Lliven. Y no teniendo esperanza de remedio humano desampararon la fortaleza un sábado a 20 dias del mes de febrero del dicho año, caminando hácia Valdivia con el silencio de la noche por pasos harto dificultosos, y habiendo andado legua y media toparon con algunos indios que les dijeron estar de paz toda la jente comarcana, y ser falsa cualquiera fama contraria a esta. Por lo cual se tornaron los españoles a su alcázar, donde hallaron a los dos capitanes indios Relio y Teguano, que eran grandes amigos de los españoles, y residian en un fuerte tres leguas de este de Lliven con los indios de paz de sus pueblos atreviendose a esto animados con las espaldas que les hacian los españoles. Estos dos mostraron gran sentimiento de que los nuestros los hubiesen desamparado dejándolos como ovejas entre lobos, en lo cual les aseguró el capitan Santander diciéndoles no ser su intento dejar la fortaleza, y así los despidió sin darles a entender lo que habia intentado. El dia siguiente tuvo nueva de que un español llamado Pedro Vaez, que le habia enviado a la isla con algunos yanaconas habia muerto a mano de los rebelados. La cual relacion le dieron los dos capitanes referidos Teguano y Relio trayendo con gran tropel a un indio embajador de los rebelados que venia a persuadirles de parte del jeneral que estuviesen a pique para ayudarles aquella noche, en la cual ellos habian de venir con toda su fuerza de jente a poner cerco a la fortaleza. Y que mirasen la obligacion que tenian a su patria y connaturales, y los muchos agravios que les hacian los cristianos para dejarse de favorecer a hombres extranjeros contra sus mesmos amigos y parientes. De lo cual informaron los dos capitanes a los nuestros mostrando su fidelidad de muchos dias ántes aprobada. Pero como Santander viese que no habia traza de entrarle mantenimiento y que sin duda habia de perecer allí con toda su jente dijo a los dos capitanes que si ellos querian traer luego sus hijos y mujeres del asiento donde estaban gustaria mucho de llevarlas consigo para librarlas de los enemigos. A lo cual respondieron los capitanes que ellos no podian aprestar su jente con tanta brevedad como él queria pues estaba ya con el pié en el estribo: pero que le suplicaban fuese servido de no ir por el camino real sino por otro de mucho rodeo donde estaba

el fuerte de los capitanes para llevar de allí a sus hijos y mujeres, con la demas jente de presidio. Y prosiguiendo por la tierra de Renigua tuvieron nueva de algunos asaltos, que los indios rebelados habian hecho en los españoles quitándoles luego las vidas, y de que toda la tierra, por donde habian de pasar estaba tomada de los contrarios. Con esta voz mostraron los españoles grande pusilanimidad como lo habian hecho ántes a cada paso de suerte, que el capitan Teguano salió de medida, y dejando caer la lanza de la mano fijando los ojos en el cielo con hartas lágrimas que destilaba por ellos entendiendo el triste suceso a que habian de venir los que le seguian por la flojedad de los españoles, en quien tenian su confianza, los cuales considerando que su remedio estaba en caminar a priesa comenzaron a picar los caballos dejando atras a los pobres indios que por llevar mujeres no podian caminar tanto. Sobre lo cual hicieron ellos grande llanto en ver que les dejaban en medio de la fuerza de sus contrarios. Y aunque los españoles derramaron hartas lágrimas así de lástima como de ver que dejaban 200 indios flecheros de a caballo, con todo eso venció el temor a la razon, y pasaron adelante. Apenas se habian apartado cuando los dos capitanes indios vieron venir uno de los suyos dando voces y mordiéndose las manos porque dejaba hecho un gran destrozo por manos de los enemigos, los cuales habian dado en la fortaleza, y echándola toda por tierra, y demas de esto venian ya en su seguimiento donde habian muerto a sus hijos, y mujeres, y toda su jente que habia quedado algo atrasada mientras los dos capitanes iban hablando con los españoles con deseo de detenerlos algun tanto pues los habian sacado de sus casas.

Viéndose los pobres capitanes perdidos se subieron en lo alto de una roca con la poca jente que les quedaba, donde luego fueron cercados de los enemigos, los cuales procuraron persuadirles con palabras blandas a que se entregasen en sus manos, pues eran su propia sangre y no tenian por qué recelarse de sus hermanos. Y pareciéndole al capitan Teguano que por mal no podria medrar mucho se entregó a don Cristóbal Aloe, que era un indio harto ladino y astuto, el cual lo llevó a su pueblo haciendo grandes fiestas por el camino: pero ántes de esto procuró inducir al capitan Relio, a que se rindiese siguiendo el ejemplo de su compañero, el cual no quiso condescender con él, hasta que a cabo de tres dias le vino la necesidad a obligar a ello. Fueron los indios mui contentos con esta presa, y habiéndola solemnizado en su pueblo ahorcaron a los dos capitanes con voz de pregonero, que declaraba haber sido traidores a su patria, y los condenaba a ser comidas sus carnes en un solemne banquete y borrachera. Este fué el fin de los desventurados caciques: y casi hubieran de venir a lo mesmo los 30 españoles, que pasaron adelante los cuales fueron rompiendo por grandes escuadrones de enemigos matando muchos dellos con pérdida de un solo soldado, hasta que llegaron al rio del pasaje, donde estaba el capitan Baltazar Verdugo con cuarenta hombres de a caballo con los cuales recibieron extraordinario consuelo.

CAPITULO XX.

De las batallas que los capitanes Lamero, y Juan Ortiz Pacheco tuvieron con los indios de Codico, y otra que tuvo Gaspar de Villarroel con don Cristóbal Aloe; y la......... del maestre de campo contra Toqueande.

A cabo de cinco dias de la batalla que tuvo don Pedro Mariño de Lovera donde sacó a su hijo de poder de enemigos, iba caminando en compañía del capitan Juan Ortiz Pacheco, y el capitan Lamero un sábado a 26 dias del mes de febrero de 1580. Y llegando a un bosque toparon al mestizo Juan I. Fernandez de Almendras casi para morir de pura hambre por haber estado tres dias escondido en aquella montaña. Y pasando mas adelante hallaron así mismo a Hernando de Herrera, que habia salido de la mesma batalla, y estaba emboscado sin saber del mestizo que andaba en el mesmo arcabuco. Y habiendo regatado a estos dos soldados por espacio de dos dias llegó este pequeño escuadron al sitio donde habian muerto los enemigos al capitan Viera, los cuales viendo la jente que venia salieron a ella con grandes alaridos, y se trabó una batalla mui reñida que duró mas de tres horas, donde murieron muchos de los rebelados poniéndose los demas en huida, que serian hasta 2000, cuyo jeneral era don Pedro Guayquipillan, que se intitulaba rei de toda la tierra, habiendo sido tributario de don Pedro de Lovera, que lo crió desde su niñez.

Habiendo salido con esta victoria se alojó la jente española a las faldas del cerro de Ruypulle, donde el dia siguiente revolvieron los enemigos con tanta presteza como el sol, y en mayor número que el dia pasado, aunque sin ningun estruendo, ni pretension de él, ántes del silencio posible para cojer a los nuestros descuidados. Mas como en efecto no lo estaban tocaron a arma prestamente, y se fué encendiendo la batalla, con mayor coraje que la pasada, de la cual plugo a Nuestro Señor sacar a los nuestros con victoria con muerte de mas de 500 indios, y fuera mucho mayor el estrago si quisieran los españoles seguir el alcance, del cual desistieron a poco trecho por ser los indios de las encomiendas de algunos soldados que allí peleaban, y les llegaba al corazon ver que se disminuian tanto sus rentas faltando los que habian de acudir con los réditos. Señalóse en esta batalla particularmente Juan de Alvarado, y el capitan Hernando Lamero que anduvo animando a los suyos valerosamente. Pero con todo eso dijeron despues los indios que habia sido mucho mas eficaz la fuerza que los habia rendido afirmando que el glorioso Santiago habia peleado en la batalla con un sombrero de oro, y una espada mui resplandeciente. Y aunque esto es verosimil, y no se debe echar por alto, pues es cierto que este glorioso santo ha favorecido en otras ocasiones a los conquistadores de este reino con todo eso se debe proceder con mucho tiento en dar crédito a indios ladinos, que son por extremo amigos de novelas, y cuentos semejantes. Mayormente sabiendo mui bien todos estos lo que se lee en las

historias de este glorioso patron de España, y oido mucho dello en sermones demas de las imájenes de su figura que vian cada dia por los templos. Finalmente pasaron nuestros españoles por entre otros muchos escuadrones de contrarios, que estaban en pasos estrechos sin volver el pié atras animándolos mucho sus caudillos, y el capitan Pedro Ordoñez Delgadillo, que era de los principales de este número hasta que finalmente llegaron en salvamento a los llanos, donde estaban algunos soldados de presidio.

Estaba en este tiempo la ciudad de Osorno en grande aprieto porque se aprestaban para venir sobre ella 5,000 indios que se juntaron en la isla que está entre los dos rios. Contra estos envió el corejidor Juan de Montenegro al capitan Gaspar de Villarreal con 33 hombres de a caballo y algunos indios amigos de quien tenia satisfaccion que guardarian fidelidad a sus soldados. Apenas habian visto los rebelados a los nuestros que iban hácia ellos cuando salieron a campo raso metiéndose trescientos dellos en una emboscada para salir en viendo la suya, y darles por las espaldas, y sin aguardar mas consultas arremetió el jeneral don Cristóbal Aloe, y en su seguimiento los demas de su campo, los cuales habiendo peleado por largo rato se pusieron a descansar en un sitio a donde no podian llegar caballos. No quisieron los nuestros otra cosa para dar de recudida en las emboscadas, lo cual hicieron con tantas veras que no dejaron vivo ninguno de ellos, y cuando salieron los demas a proseguir la batalla ya eran ménos los enemigos, los cuales fueron finalmente vencidos con pérdida de 400 hombres habiendo durado la batalla desde las nueve del dia hasta la puesta del sol; la cual fué en primero dia del mes de marzo de 1580. Cuya memoria es de tanta fama, que la pequeña montañuela llamada Coipue mudó de nombre desde aquel dia, y le dura hasta hoi el nombre de la montaña de la matanza. No se puede pasar en silencio el valor que en esta ocasion mostraron los nuestros siendo los mas dellos tan ancianos que tenian de 60 años adelante, de cuyo número fueron Juan de Figueroa de Cáceres, Hernando Moraga, Antonio de la Torre, Gaspar de Robles y Juan de Sierra. Los cuales y los demas triunfadores fueron recebidos en la ciudad de Osorno con grandes júbilos y fiestas, saliendo los nuestros con palmas en las manos, cantando alabanzas al autor de la victoria, la cual estaban actualmente pidiendo a su Majestad todas las mujeres pias y devotas sin salir del templo ni interrumpir la oracion desde que entendieron se comenzaba la batalla hasta que tuvieron nueva de la victoria

No escarmentaron con todo esto los forajido, ántes con la rábia, que sentian de verse tan ultrajados andaban por las tierras de los indios de paz talando cuanto hallaban por delante en particular un cacique principal llamado Toqueande que envió un mensajero al maestro de campo, que estaba en la Villa Rica con 80 españoles para que le intimase de su parte que se saliese de sus tierras contentándose con los daños que en ellas habia hecho, donde no que se aparejase para el dia siguiente,

en que él iria con su ejército a darle el castigo que merecia con la crueldad que él acostumbraba darlo a los indios sin culpa suya. Y tuvo este cacique tanto pundonor en cumplir su palabra, que fué marchando el dia siguiente que se contaron cinco de marzo del dicho año, en el cual vinieron a las manos los de la ciudad y los indios de este ejército con tanta cólera que parecia no estimaban en nada las vidas en razon de quitarla a sus contrarios. Mas al fin prevalecieron los españoles con tantas ventajas que muchos de los indios se arrojaron al rio por evadirse de sus manos, y se ahogaron los mas de ellos en el pasaje ultra de otros ochocientos que se hallaron muertos en el sitio de la batalla. No contento con esto el maestre de campo procedió adelante corriendo la tierra y haciendo terribles castigos en toda ella hasta haber pasado el rio grande del Pasaje, donde halló al almirante Juan de Villalobos de Figueroa con 20 arcabuceros, que habia traido de la ciudad de Valdivia. Este habia traido a su cargo la nao almiranta de las que fueron del Perú a descubrir el estrecho de Magallanes, la cual aportó al rio de Valdivia, de donde él salió con esta poca jente a dar socorro al maestre de campo para el conflicto referido. Lo cual él le agradeció mucho como era razon aunque dió muchas mas gracias a Dios por no haber necesidad ya de ausilio humano, habiendo vencido con el divino de su providencia. Mas con todo eso no le faltó al Villalobos ocasion para no haber venido en vano pues estaba la tierra tan abundante de enemigos que aunque no quisiera habia de topar con ellos como se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXI.

Del desbarate del fuerte índico que estaba en los llanos de Valdivia, y la batalla de la Isla que está en el rio Bueno.

No habian caminado mucho los escuadrones del maestre de campo Juan Alvarez de Luna, y el almirante Juan Villalobos de Figueroa cuando al pasar por los llanos de Valdivia dieron en una gran junta de enemigos, que estaban atravesados en la cuesta de Palpalen con los cuales entraron en algunas escaramuzas, en que murieron dos capitanes de los indios con algunos otros de su campo retirándose los demas no pudiendo resistir a las fuerzas de los españoles. Despues de esto se juntó a nuestro campo la compañía del capitan Juan Ortiz Pacheco que lo estaba esperando con 40 hombres de a caballo para acometer a un fuerte donde estaban encastillados los enemigos en un lugar montuoso, y difícil para los caballos. Pero como ya los españoles eran 140, y estaban bien pertrechados de lo necesario animáronse a romper con cualesquier dificultades en razon de ganar el fuerte a los contrarios. Y para hacerlo mas a su salvo se dividieron en dos escuadras para acometer por las dos partes opuestas de la fortaleza acudiendo a cada una setenta hombres a un mesmo tiempo cojiendo en medio a los indios descuidados. Y por ser el lugar tan cerrado de boscaje, que no se vian unos

a otros fué el concierto que al tiempo del acometer se disparase un arcabuz del escuadron, que llegase primero a vista de la fortaleza no acometiendo hasta oir respuesta de la otra compañía. Acertó a estar entre los indios uno ladino y experto en cosas de guerra, el cual oyendo el tiro, que se disparó en la escuadra de Juan Ortiz Pacheco, respondió el con su escopeta aunque sin saber el provecho que se hacia. Porque entendiendo Juan Ortiz que era la respuesta concertada con el maestre de campo acometió con cuarenta hombres pasando un riachuelo que estaba delante la fortaleza, y anduvo un rato en la refriega con los indios sin tener el socorro que esperaba. Pero no tardó mucho la otra escuadra en llegar a punto donde oyó el ruido que al parecer llegaba al cielo, y sin esperar mas intervalo acudieron con gran presteza a dar a los indios por las espaldas haciéndoles perder el ánimo, de suerte que a pocos lances desampararon su alcázar huyendo cada uno por su parte con pérdida de muchos de su bando, y de todas sus alhajas, y otras muchas que habian hurtado en diversos asaltos demas de las mujeres, que habian quitado a los indios de paz que eran muchas, y quedaron todas en poder de los españoles con no poco consuelo por verse en manos de jentes cristianas que las restituyesen a sus maridos.

Quedaron los nuestros tan saboreados de esta victoria, que propusieron luego trabajar por otra semejante pues habia buena ocasion en la isla que está entre los dos rios, donde residia gran suma de indios rebelados teniéndose por casi seguros con el amparo de los dos rios que los cercaban. Y para acabar con ellos de una vez aumentó el maestre de campo su ejército metiendo cuarenta hombres de refresco con que el número de españoles llegó a casi 200, ultra de los indios amigos que eran en mayor suma, y con la industria y valor de los dos capitanes Juan Ortiz Pacheco, y Juan de Villalobos de Figueroa emprendió el maestre de campo este asunto con tantas veras que al fin salió con su intento desbaratando los escuadrones contrarios, cuyo capitan era don Pedro Eposomana, que peleó medio dia entre los suyos ántes que se rindiese a los españoles. Paréceme a mí que tendrá el lector por cosa incompatible haber tan frecuentes victorias sin acabar de allanarse los rendidos. A lo cual respondo que tambien me pusiera a mí en harta admiracion si no entendiera ser juicios del cielo para castigo de las ordinarias exorbitancias, que en este desventurado reino se han visto en sus principios, y aun ahora no faltan algunos. Y si hubiera de escrebir todos los encuentros de estos tiempos aun diera mucho mas que pensar a los lectores cansándome yo tambien en escribirlos, y así concluyo con un caso notable, que sucedió en esta isla de rio Bueno, y fué, que estando don Cristóbal Aloe preparando a los suyos para la batalla referida se entró el demonio en medio de ellos, y les dijo que él era un indio pulche deseoso de que saliesen con la victoria y poderoso para dársela en la mano como lo verian por experiencia y para que desde luego la tuviesen por cierta travesó con la lanza un grueso tronco de un árbol que allí estaba, de donde salió un grueso cañon de sangre, que no cesó

de correr por espacio de media hora, de lo cual se admiraron tanto los indios como el caso lo requeria, y anduvieron con grandes pronósticos sobre el vencer o ser vencidos, viniendo finalmente al desastre referido en el suceso de la batalla. De donde se pudo colejir que andaba el demonio suelto con tanta ansia por sacar sangre que cuando cesaba de derramar la humana la sacaba de los árboles.

Recopilacion del discurso que tuvo el comendador Rodrigo de Quiroga en su gobierno.

El gobernador Rodrigo de Quiroga fué natural de un lugar de Galicia llamado Souber, hijo de Hernando de Camba, y María Lopez de Souber. Salió mui mozo de casa de sus padres para servir al conde de Lemos, el cual le encaminó al Perú, donde se halló en las famosas batallas del tiempo de los Pizarros, y Almagros. Despues de esto fué a la entrada de los indios chunchos, donde pasó innumerables calamidades, y no habiendo esperanza de su conquista pasó a la de Chile con el capitan Valdivia, como consta del primero libro de esta historia en su 2.ª parte, y habiendo servido al rei en todos los lances, que por largos años se ofrecieron, casó con doña Inez Suarez que fué la primera mujer que entró en Chile, como en diversas ocasiones se ha referido. Y andando el tiempo vino a ser gobernador de este reino por nombramiento que en él hizo el lisenciado Castro gobernador de los reinos del Perú, y despues lo fué mas de propósito por provision de su majestad por espacio de cinco años que fueron desde el de 1575 hasta el de 80 en el cual pasó a mejor vida, segun las prendas que dejó a los que le conocieron y fueron testigos de sus obras, cuya muerte sucedió en la ciudad de Santiago a los 25 de febrero del año referido. Fué hombre de mui buenas partes como fueron sobriedad y templanza, y afabilidad con todos. Por lo cual era mui bien quisto, querido y respetado en todo el reino, y por no descender en particular a todas las muestras de mucha cristiandad, que eran manifiestas a todos sus conocidos, las reduzgo a una sola, que fué las muchas limosnas, que hacia de ordinario, gastando con los pobres y los soldados descarriados, treinta mil pesos de oro, que tenia de renta cada año, de suerte que se amasaban en su casa de 8 a 12 mil hanegas de pan para los pobres entre otras semejantes obras pías, que iban a este paso. Y así se lo remuneró Dios dándole el fin que tiene prometido a los que se esmeran en hacer bien a sus pobres, pues murió en su cama habiendo recebido todos los sacramentos como persona que los habia frecuentado en vida a lo cual corresponde la muerte de ordinario. Sucedió a Rodrigo de Quiroga en el oficio de gobernador y capitan jeneral de este reino el mariscal Martin Ruiz de Gamboa su yerno, que habia sido jeneral muchos años ántes, y dado mucha satisfaccion de su persona en todos los lances que se ofrecieron, tanto que aun en vida descuidaba con él de muchas cosas del gobierno el comendador Rodrigo de Quiroga, y así al tiempo de su muerte le nombró en su lugar por gober-

nador en tanto que su majestad el rei don Felipe, y su real consejo de indias proveian persona idónea para tal cargo, que no podia ser tan puesto por la mucha distancia que hai entre las Indias y España, de que no pueden dejar de resultar larga dilacion en las provisiones de los oficios.

PARTE 2.ª
DEL TERCERO LIBRO,
EN EL CUAL SE TRATA
DEL ESTADO DE LAS COSAS DE CHILE DESDE EL AÑO DE 1580
HASTA EL DE 1583,
EN QUE GOBERNÓ EL MARISCAL MARTIN RUIZ DE GAMBOA.

CAPITULO XXII.

De la batalla que hubo en el fuerte de Vitalauchen, y de cierta plaga de ratones que hubo en Chile.

Apénas habia espirado el gobernador Rodrigo de Quiroga, me pareció que le habian inspirado a su yerno Martin Ruiz de Gamboa, que estaba en la ciudad de Chillan, la muerte de su suegro, i el nombramiento de gobernador que dejaba hecho en su persona. Oyendo esto bajó luego a la ciudad de Santiago, donde tomó la posesion del gobierno despachando a su sobrino Andres Lopez de Gamboa a las ciudades de arriba con cargo de teniente de gobernador, por estar tan léjos estas ciudades de la de Santiago, donde él residia en este tiempo. Estaban en las lagunas de la ciudad Rica dos capitanes llamado el uno Juan de Godoi y el otro Rafael Portocarrero. Estos tuvieron noticia que allí cerca habia una gran junta de indios donde habia pasados cinco mil: los cuales acometieron con gran ímpetu y coraje a los españoles que allí estaban que no eran mas de 45, donde se trabó batalla mui furiosa y sangrienta donde se vieron los nuestros en gran peligro, sin tener otro refujio sino el de Dios: el cual con iguieron con la oracion, de suerte que los enemigos fueron de vencida con menoscabo de muchos de su bando. Fué casi milagrosa esta batalla por haber cojido los indios a los dos capitanes españoles en disension y enemistad sobre cual de los dos habia de mandar en el campo: lo que suele ser comunmente causa de la perdicion de los ejércitos desavenidos. Y fué así, que viendo Rafael Portocarrero los escuadrones de los indios puestos en órden acometió a ellos ántes de tiempo queriendo ganar por la mano y que se le atribuyese la victoria. Y ha-

biendo rompido el ejército de los enemigos atropellando algunos de ellos, dió muestras finjidamente de flaqueza, retirándose poco a poco para cebar a los enemigos hasta dar en el otro escuadron del capitan Juan de Godoi que salió de improviso a socorrer a los cristianos peleando tan varonilmente que fué mucha la sangre derramada en los pobres indios que volvieron tarde las espaldas por haber mostrado demasiado pecho. Murieron en este conflicto el capitan Alchinanco: Anchotureo; Nigualande; Naicoyan; Calmangue; y otros caudillos y caciques de los mas famosos que habia entre los indios.

No fué de poca importancia el haber salido estos capitanes al encuentro de los indios para que no destruyesen a Cañete de la frontera que estaba a la sazon en harto peligro. Mas no sejó con esto la pretension que entre ellos habia de querer cada uno ser cabeza: sobre lo cual vinieron a rompimiento poniendo mano a las espadas peleando con gran coraje donde hubieran de matarse si no entraran algunos buenos de por medio que los pusieron en paz sin volver mas a encontrarse. Consiguieron esta victoria en 18 dias del mes de abril del año de 1580, en tiempo que habia en todo el reino alteraciones y alborotos de los indios rebelados: los cuales no sacaron escarmiento de este desastre de su parte, ántes se encarnizaron mas para hacer cada dia asaltos a los españoles, y no solamente daban inquietud los indios pero tambien otros muchos desasosiegos levantados entre los mesmos españoles. Y uno de ellos fué el querer el nuevo gobernador poner la tierra en órden poniendo taza a los tributos con que habian de acudir los indios a sus encomenderos ordenando que cada indio pagase siete pesos de oro y en algunas provincias ocho o nueve segun la riqueza de cada una: de lo cual se habian de pagar los curas, justicia y otras personas que intervienen en el beneficio de los mesmos indios sobre lo cual hubo grandes alborotos en los encomenderos: y mucho mas porque el gobernador les prohibia el entrar en los pueblos de sus encomiendas por evitar agravios y vejaciones que los vecinos suelen hacer a los indios de sus repartimientos. Tambien hubo algun disgusto con la ocasion de la residencia que el lisenciado Calderon teniente de gobernador estaba dando al doctor Aszocar que entraba en su oficio. Para lo cual y las demas cosas que habia que entablar en el reino salió Martin Ruiz de Gamboa de la ciudad de Santiago a visitar los demas pueblos y lugares de su distrito. Y lo primero que hizo en llegando a la fortaleza de Chillan, fué fundar una ciudad para principio de su gobierno poblándola con cincuenta españoles que llevaba y otros sesenta que allí halló con el capitan Hernando Maldonado, y edificando en ella su iglesia mayor habiendo puesto horca y cuchillo con rejimiento y ministros de justicia, intituló el pueblo con nombre de San Bartolomé de Chillan y Gamboa a 25 de junio del año de 1580.

En este tiempo andaba el maestre de campo Juan Alvarez de Luna corriendo la tierra en los valles de Arauco con cien hombres que tenia consigo, y de todas las demas ciudades del reino salian corredores por

momentos respecto de la gran inquietud que daban los indios rebelados escepto los de Santiago y la Serena, los cuales han estado siempre de paz desde el primer dia que la dieron a Valdivia. De suerte que iban las cosas tan de mal en peor, que no habia otra cosa sino guerras y desventuras, y mucha hambre y desnudez, sin jénero de alivio o socorro humano. Y sobre todo se debia tener por lastimosa calamidad las vejaciones hechas a los desventurados indios por cuyas casas y haciendas se entraban los soldados tomándoles sus ganados y sementeras, y aun las mesmas personas para servirse de ellas; y (lo que peor es) las mujeres para otras cosas peores de suerte que en solo el lugar en que estaban los soldados recien venidos de España juntos con los demas que tenia el maestre de campo, hubo semana que parieron sesenta indias de las que estaban en su servicio aunque no en el de Dios; segun consta del hecho, y así estaban los indios tan justamente irritados, que no es de espantar de que hubiesen tantos rebelados sino de que se hallasen tantos de paz en medio de tantas injurias y malas obras que recebian de los españoles. Pero como la providencia de nuestro Señor nunca duerme, tampoco dejaba de dar recuerdos a personas tan desalmadas; y aun muchos de ello endurecidos, pues no escarmentaban con los sucesos pasados que habian experimentado en semejantes lances, donde usaban de estas exorbitancias y desafueros con los miserables indios, volviendo siempre con las manos en la cabeza. Y en consecuencia de esto se hubo Dios con estos hombres como con jente empedernida, y casi incorrejible, tratándolos como a los ejipcios, a los cuales aflijió con diversas plagas haciéndoles bajar la cerviz, para que se rindiesen dejando sus pecados y atrocidades. Y la plaga con que nuestro Señor visitó a esta jente fué una gran suma de ratones tan innumerable que cubria la tierra y no solamente se entraban por las casas y chácaras a comer lo que habia comestible; pero tambien acudian a las cunas de los niños y los mataban comiendo parte dellos, dando señal que aun hasta los primojénitos mataba Dios por las iniquidades de sus padres. Y cundió tanto aqueste azote que no perdonaban a las manadas de animales dando de noche en ellos, y desangrándolos por el cerebro mayormente a las reces menores; de suerte que hubo noche en la cual de cuatro mil cabras que estaban en un corral, amanecieron muertas las quinientas. A tanto llegaba el celo y furor de la justicia divina, y era el negocio tan estupendo, que vien[illegible] indios los escuadrones tan copiosos de estos animalejos, decian que [illegible] ejércitos de españoles se habian convertido en ejércitos de ratones [illegible] que no inventó Ovidio ni se acordó de ella entre todas cuantas co[illegible]siones escribió en sus metamorfóseos. Y para que no se presumi[illegible] esta persecucion casual como acontece, quiso nuestro Señor [illegible] con otra para que se fuese pareciendo en todo a la ejipcia: para [illegible] envió a la ciudad de los Infantes tanta cantidad de langostas que [illegible]yó totalmente las viñas no contentándose con cortar los ra[illegible] el pezon sin dejar uno solo, mas tambien royendo las mesmas ce[illegible] que no fuesen de provecho.

CAPITULO XXIII.

De la prision de doce caciques por mano de los españoles. Y de la fundacion de una fortaleza en la tierra de Quinchilca, y la batalla del capitan Antonio de Latorre con 14 hombres.

Mientras el goberandor andaba visitando la tierra, y dando órden en la nueva taza que habian de pagar los indios a sus encomenderos con no pocos desasociegos estando quejosos los nuestros y los otros, unos por parecerles mucho, y otros por tenerlo por demasiado, sucedió que la nao almiranta habiendo salido de la ciudad de Valdivia para el Perú se halló en una tormenta tan peligrosa que fué forzada a arribar al puerto del Carnero en los estados de Arauco. Y como los indios rebelados vieron surjir el navío en aquél lugar entendieron que aquella jente iba a hacerles guerra, segun otras veces habia sucedido y para oponérseles a la entrada y defender sus tierras y personas acudieron luego mas de diez mil con las armas en las manos para que los que venian en la nao, no se atreviesen a saltar en tierra. Viendo los españoles los peligros que les rodeaban de todas partes y que al salir al puerto era meterse en mas profundo abismo de alteraciones y borrascas acordaron de usar en esta coyuntura de las trazas de Ulises y otros semejantes capitanes que alcanzaban victorias en sus encuentros mas por astucias y engaños que por valor y fuerza de armas. Y asi finjieron que eran ingleses enemigos de los españoles a los cuales venian a matarlos como hombres malvados y robadores de las haciendas de los indios y para dar olor a esto tomaron ocasion del navío que era mui grande y de diferente traza que los demas que hasta entónces habian aportado aquella costa: y de la mucha artillería, municion y jente que traian demas de lo cual hablaron con los indios en una lengua nunca oida inventando cada uno de su cabeza los vocablos que se les ofrecian para que los indios se persuadiesen a que no eran españoles. Con esto se sosegaron los indios trabando mucha amistad con estos hombres como sus fautores, contra los cristianos: y entraban y salian por momentos a ver el navío holgándose de mirarlo mui despacio y en particular las piezas de bronce que era para ellos lo mas admirable; y así estaban como abobados viendo armada encima del agua una máquina con tantas casas y retretes donde cabian muchos de los suyos. Al cabo de algunos dias estando ya la amistad mui adelante y confederados todos para dar tras los españoles teniendo esto los indios por gran ventura y pareciéndoles que se les abria el cielo les dijo el capitan del navío que la mejor traza era meterse en el navío cuatrocientos dellos los mas aventajados y flecheros para dar sobre la ciudad de la Concepcion sin temor de perder la presa en lance donde acometia tanta jente y tambien aderezada. Y que ganada esta ciudad era fácil tomar las demas del reino echando totalmente a los cristianos. Cuadró esta traza mucho a los indios y creyéndose de lijero lo fueron ellos harto en comenzarse a embarcar entrando a tomar posesion del

navío doce capitanes de los mas valientes y belicosos de todo Arauco. Viendo los nuestros esta coyuntura pusieron a los capitanes debajo de cubierta y saliendo a tierra una batelada de soldados dieron en los pobres indios de improviso dejándolos despavoridos y atónitos de una traicion tan repentina y como estaban sin capitanes y vieron sobre sí tantas espadas repentinamente perdieron totalmente el ánimo así por esto como por la rociada de balas que sobre ellos vino y mucho mas por la artillería que se jugaba desde el navío. Y aunque pelearon un rato a la lengua del agua no pudiendo sufrir el fuego que salia de ella digo de las piezas que se disparaban difundiendo sobre el agua el fuego que echaban por las bocas, finalmente desmayaron de todo punto, y volviendo las espaldas dejaron a los españoles libres, y a sus caciques presos. Hecho esto se embarcaron aprisa los navegantes y levando las anclas tendieron las velas, y dentro de pocos dias llegaron a Santiago con los doce caciques araucanos, a los cuales pusieron a buen recaudo para llevarlos al virei del Perú como despues se hizo. Y aunque esta estratajema o industria de los nuestros no fué negocio de mucha vitalidad mirado por sí solo, pero visto lo que de ello resultó accidentalmente fué de mas provecho que la mesma cosa traia de suyo. Porque llegando a aquella costa un navío de ingleses corsarios dentro de pocos dias, y tratando con los indios verdad diciendo ser ingleses enemigos de los católicos y perseguidores suyos, como en efecto lo son, se azoraron tanto los indios en oir el nombre de ingleses y mas en aquella lengua que ellos naturalmente hablaban parecida a la que los españoles habian finjido, que sin mas exámenes ni escrutinios comenzaron a dar en ellos con tal furia, que los pobres ingleses hubieron de embarcarse a ruin el postre, con menoscabo y pérdida de buena parte de los suyos, y efusion de sangre de los que por salir con el cuero se tuvieron por dichosos.

En este tiempo hizo el gobernador una fortaleza en el asiento de Quinchilca donde puso 40 españoles con Rafael Portocarrero por capitan suyo, para que saliesen a correr la tierra molestando a los indios con desasociegos y sobresaltos que los obligasen a procurar la paz con los cristianos. Por otra parte andaba el maestre de campo ocupado en el mesmo oficio: y llegando a la encomienda de don Pedro Mariño de Lovera despachó alguna jente que llevase mantenimiento a la ciudad de Valdivia que a la sazon estaba necesitada y para esto envió al capitan Salvador Martin con veinte españoles que llevasen el ganado y las demas vituallas necesarias para este intento pero advirtiendo que estaba la tierra llena de enemigos y no se podia pasar sin jente que hiciese escolta, envió para esto al capitan Antonio de Latorre con 14 hombres que la hiciesen, llegaron estos a la cruz que llaman de Tanguelen, donde hallaron rastro de gran número de indios cuyas pisadas estaban frescas: y caminando en su seguimiento se comenzó a inquietar un mastin que llevaban acometiendo hácia una montaña, que estaba a un lado del camino, y entendiendo los enemigos emboscados que eran ya

sentidos de los españoles salieron de tropel a trabar batalla con los catorce; la cual fué tan sangrienta que apenas se puede escrebir con tinta mas por decir en una palabra todo lo que se podia dilatar en este punto, digo que fué mas memorable que aquella de los 14 de la fama llamados así por autonomásia, la cual queda referida en el capítulo 45 del primer libro de esta historia. Porque si aquellos fueron de tanta fama, con haber muerto los demas de ellos, qué se puede decir de estos que habiendo muerto muchos enemigos salieron todos con las vidas quedando el campo por suyo? por cierto ninguna otra cosa se puede escrebir en este caso ultra de sus propios nombres, porque no queden puestos en olvido, que fueron: Alonso Sambrano, natural de la fuente del maestre; Alonso Becerra Altamirano, natural de Trujillo, Andres Sanchez de ciudad Rodrigo, Juan de Montenegro de Guadalajara, Cristóbal Maldonado de Galicia, Barrulta vizcaino, Blas de Robles, Andres Vasquez de Cazalla, Alonso Lopez de Córdova, con su caudillo Antonio de Latorre.

CAPITULO XXIV.

De la fundacion de un fuerte fabricado por Martin Ruiz de Gamboa a orilla de la laguna de Ranco y los medios de paz que se trataron con los indios.

Uno de los dictámenes de prudencia que tenia el gobernador Gamboa, era el ser cosa mui útil para dar fin a las cosas de guerra, fabricar fortaleza en todos los lugares donde hubiese coyuntura para ello. Y así entre otras que hizo fué una que se situó en la tierra de Codico: para lo cual salió él en persona de Quinchilca con algunos españoles dejando 40 en guarda de aquel lugar. Fabricóse este fuerte un sábado primero dia del mes de octubre de 1580, cuyo edificio se acabó dentro de pocos dias: por [ser] estas fortalezas de Chile de poco aparato y ruido respecto de no usar los indios de piezas de batir, ni otras máquinas bélicas para derribar murallas. Hecho esto, salió con 60 hombres a dar una vuelta por la tierra, y halló muchos indios reducidos nuevamente a la paz, entre los cuales estaban don Pedro Guiaquipillan y don Martin Chollipa, que habian dejado a don Cristóbal Aloe su consorte en una estacada con otros muchos indios de guerra. Y para allanar de una vez estas reliquias de estos rebelados se partió para la Isla donde estaba el campo de los españoles llamado con este nombre por estar entre dos rios, que casi la cercan del todo. Habiendo pasado el rio Bueno; juntó cosa de 80 hombres, y despachó los cincuenta de ellos, al capitan Gaspar de Villarroel, a la parte donde estaba la palizada de los rebelados; los cuales se alborotaron viendo inclinarse hácia aquel lugar españoles armados entendiendo que iban contra ellos. Mas como el intento de los nuestros era defenderse, enviaron un mensajero que los sosegase diciendo que ellos no venian a proseguir la guerra, sino a comenzar la paz, y para tretar de esto mas fundamentalmente envió el capitan a decirle a don Cristóbal Aloe que se asomase en parte donde

pudiesen hablarse rostro a rostro, para acabar de una vez con esta pesadumbre. Comenzaron a hablarse los dos dando y tomando por largo rato, insistiendo el capitan Villarroel en que se rindiesen los de dentro con algunas razones, que les quitaban el miedo, y en particular en persuadirles a que el gobernador estaba enterado en las causas de su alzamiento, los cuales eran agravios que les hacian los españoles, y muchas injusticias de parte de los jueces. A todo esto iba respondiendo el indio ya con palabras de sumision, y rendimiento, ya con bravatas, y retos, no acabando del todo de declararse: ántes cojeaba a la manera que lo hacian los profetas de Baal cuando los argüia el profeta Elias diciendo, hasta cuando habeis de cojear en dos partes? si sois de Dios sujetaos a Dios; y si de Baal acabad ya de declararos por suyos. Iba con Villarroel un cacique de aquel partido llamado don Juan Ibanvelei, que se habia reducido poco ántes, habiendo sido en la conjuracion con don Cristóbal Aloe. Este procuró persuadirle con muchas razones a que se dejase de andar en bandos pues via la poca medra que dello sacaba fuera de una perpetua inquietud y pérdida de hacienda y aun vidas de muchos de los suyos. Respondió don Cristóbal estas palabras: no sé yo como tienes tú atrevimiento, para parecer en mi presencia pues fuisteis el atizador de este negocio que me metiste en la pelaza y despues te saliste afuera dejándome en el garlito. Y lo que mas siento es que habrás ido al gobernador a informarle siniestramente poniendo el negocio en derecho de tu dedo, y diciendole mil mentiras para disculparte y cargármela a mi, habiendo sido todo al reves, pues fuiste tú el primer motor del desasosiego. Y si tú fueras hombre de término, y circunspeccion de buen capitan, no hubieras dado la paz sin comunicarlo primero conmigo, y con los demas a quien metiste en la danza, para que llevaras contigo al remedio a los que llevaste al daño. Y por no ser yo tan mal mirado como tú, no me quiero resolver sin comunicarlo primero con estos capitanes que están en mi compañía para lo cual quiero tres dias de término interponiendo mi palabra que al fin de ellos enviaré mensajeros al gobernador a declararle la determinacion, que saliese, que entiendo será a su gusto, respecto de estar toda esta jente con concepto de que es mui afecto su señoría a toda nuestra nacion y nos conservará en rectitud y justicia con mas entereza, que los ministros de ella, que nos han irritado hasta hacernos salir, de los términos de la razon, tomando armas contra los cristianos.

Con esta respuesta se partió el capitan Villarroel con su jente concediendo al indio el plazo que demandaba, y habiendo llegado delante del gobernador le dió razon de lo que se habia negociado, el cual lo tuvo por bien, y mucho mas por lo que mostró el efecto, pues dentro de los tres dias cumplió don Cristóval su palabra, enviándole los embajadores prometidos. Verdad es que no trajeron entera resolucion, sino algo confusa, diciendo que sus capitanes estaban deseosos, de saber los nuevos conciertos que se habian de capitular con ellos, sobre el servicio y tributos de modo que no fuesen esclavos como hasta entónces. A esto

respondió el gobernador que estaba satisfecho de la razon que tenian para sentirse, la cual era bastante para hacer reventar a cualesquier hombre prudente. Y que él interponia su palabra de remediarlo eficazmente, impidiendo las vejaciones y malos tratamientos que se les hacian. Y aplacando al embajador con algunos halagos lo despidió enviándolo a su capitan con esta respuesta. Y para que no fuese todo palabras comenzó luego a dar órden en el reparo, enviando visitadores, que dispusiesen las cosas con traza, que no causase ofension a los indios, para lo cual puso los ojos en el capitan Pedro de Maluenda burgales, al cual envió a la ciudad de Valdivia, y en el capitan Alonso de Trana natural de ciudad Real encargándole el distrito de Osorno. Habiéndose entretenido en esto algunos dias, viendo que don Cristóval andaba ronseando en acudir con la paz prometida se fué llegando hácia él con 60 hombres de a caballo hasta ponerse junto a la fortaleza. Y como los indios entendiesen que iba con mano armada se alborotaron con mas miedo que vergüenza: y en particular don Cristóval, el cual dió una voz diciendo: ¿qué manda vuestra señoría? Entónces tuvo Martin Ruiz asilla para decirle su pretension, que era recibirlos pacíficamente perdonándoles todo lo pasado si se allanaban confiándose de ser persona, donde no que dentro de tres dias les haria guerra a fuego y a sangre, sin aguardar mas largos plazos. Con todo eso no quiso don Cristóval aclararse del todo: y por hablar mas libremente por tercera persona sacó allí a un mestizo que tenia preso llamado Pedro Mendoza, el cual dijo que el intento de los indios era pedir a su señoría tres años de descanso, en los cuales fuesen reservados de tributar servicio personal para acudir en este tiempo al reparo de sus haciendas. Miéntras estaban todos en estos dares y tomares salió otro capitan llamado don Pedro Epoeman y se puso sobre la albarrada diciendo a voces: qué es esto cristianos? que habeis visto en este don Cristóval Aloe para hacer tanto caso de su persona tratando con él a solas los negocios de importancia, habiendo aquí tantos señores y valerosos capitanes en cuyas manos está la resolucion de este caso? Y en consecuencia de esto dijo otras muchas razones, en las cuales y las demas que se han apuntado se pasó gran parte del dia sin determinar cosa de momento. Viendo el gobernador que era todo barbaridad y behetria se fué mohino a su alojamiento, que era un pueblo cercano al fuerte llamado Villaviciosa, donde mandó edificar una fortaleza con su contrafuerte y cabas hondas y llenas de agua, el cual se comenzó un lúnes postrero de octubre del mismo año de 80, y dentro de dos dias se puso en él la última mano intitulándole el fuerte de San Pedro. Este hizo el gobernador para refujio de los indios reducidos que venian temerosos de los demas de su patria poniendo en él 50 españoles que los defendiesen y amparasen. Fué este acuerdo mui acertado, por ser esta tierra mui poblada de jente necesitada que es la que dijimos arriba ser llamada Isla por estar entre dos rios, que la cercan en cuyo medio hai muchos pueblos y entre ellos, uno llamado Ranco por el cual se llama este fuerte de San Pedro de Ranco.

CAPITULO XXV.

Del cerco que pusieron los españoles a las islas de la laguna y el rebato del fuerte de Chillan.

Cuando el gobernador vino al edificio de este fuerte trajo consigo dos piraguas que son a manera de barcas, las cuales se trajeron por tierra siete leguas con harta dificultad para echarlas al agua en esta laguna con designio de llegar a las islas que hai en ella. Y llegando a oportunidad de poder ejecutarlo envió un caudillo con diez arcabuceros, y la demas jente que cupo en las piraguas, el cual fué navegando hácia la mayor isla que tiene de box cosa de cuatro leguas, donde hai doscientos indios que a la sazon estaban bien descuidados de esta entrada. Y antes que las piraguas llegasen a la isla hallaron cuatro canoas grandes llenas de indios rebelados que iban a llevar bastimentos al fuerte de don Cristóval Aloe, y dando en ellos los prendieron a todos volviéndose con esta presa al gobernador el cual mandó que los llevasen al pié del fuerte donde ellos iban con otro semblante y allí a vista de los suyos los pasasen todos a cuchillo sin dejar hombre a vida. Ejecutóse esto puntualmente de modo que los rebelados quedaron atónitos viendo tan inopinadamente hacer esta matanza en la jente que ellos estaban esperando con vituallas. Y fué el sentimiento y lágrimas mui grande en todos ellos así por la afrenta que se les hacia, como por ver morir ante sus ojos a sus hermanos, hijos y mujeres, que habian salido a buscar con que mantenerse.

Por otra parte enviaba el gobernador ordinariamente algunos capitanes a correr la tierra desde el nuevo fuerte de San Pedro y entre ellos al maestre de campo y a Rafael Portocarrero que daban frecuentes trasnochadas a los indios en las orillas de la laguna y a Quinchilca y Codico donde los dos tenian hechas sus albarradas y el mesmo se fué al fuerte despoblado de Lliben donde asentó su campo enviando desde allí al capitan don Pedro del Barco con 20 de a caballo, el cual tuvo con indios de guerra y peleó con ellos matando algunos, aunque al cabo se fué retirando por ver que cargaban muchos de refresco. No salió la jente española de esta refriega sin muchas heridas, y lo pasaran mucho peor si no llegara a tiempo a donde estaba el campo del gobernador con cincuenta hombres que hicieron espaldas a los 20 que [illegible] maltratados. Despues de esto comenzó el maestre de campo a bogar la laguna donde cojió quince canoas y las llevó al gobernador que lo tuvo por gran presa por haber quitado a los rebelados los instrumentos que eran sus piés y manos, aunque no supo aprovecharse de este [illegible] como se dirá en su lugar.

Así mismo en la ciudad de San Bartolomé de Chillan [illegible] dos de revuelta por haber dado sobre ellos una noche al cuarto de modorra trescientos indios araucanos que andaban siempre capitaneados de un mulato que gustaba de pasar su vida entre esta jente. [illegible]

otra escuadra de a pié de otros tantos indios flecheros; todos los cuales mataron muchos indios de servicio y quemaron el pueblo haciendo todo el daño que pudieron mientras los que estaban en la fortaleza se despavilaban los ojos y rebullian para salir en su defensa. Y universalmente en toda la tierra escepto las ciudades de Santiago y la Serena habia cada dia rebatos y encuentros con los enemigos y en particular en la ciudad de los Infantes donde tomaron los indios mucho ganado con un español llamado Diego de Mora. Y en San Bartolomé de Chillan hicieron lo mismo matando a los indios de paz que podian haber a las manos y llevando a otros presos entre los cuales fué el cacique Reno despues de haberse defendido valerosamente. De suerte que a donde quiera que el hombre volviera los ojos, no podia ver otra cosa que calamidades de las que este reino lleva de cosecha.

Y porque las islas de la laguna de Ranco eran el refujio de los indios y tomaban de ellas provision para sustentar la guerra, envió el gobernador a su sarjento mayor Alonso Rodriguez Nieto con doce hombres, los seis de ellos arcabuceros, para que entrasen en dos canoas a ver lo que habia en la isla y destruir todo lo que pudiese ser de provecho para alimentar los rebelados. Salieron estos del fuerte de San Pedro un lúnes nueve de enero de 1581, y fueron bogando por espacio de una legua de golfo que hai entre la isla y tierra firme en cuyo viaje les sobrevino un temporal de viento desgarron que levantaba olas como en el mar, que les obligaron a arribar al fuerte. Tomó esto mui mal el gobernador no permitiendo que parasen allí una sola hora, y así se hubieron de volver travesando el golfillo con harta dificultad, hallando despues otra mayor al tiempo de surjir en tierra, porque era la jente de aquel lugar tan astuta que se recojió toda en una emboscada, de suerte que anduvieron los nuestros desatinados sin topar indio excepto uno cojo que por ventura era echado de propósito: este comenzó a entretenerlos con muchas patrañas sin hablar verdad en cosa alguna hasta que vino a morir a puros tormentos sobre el caso y estando los nuestros metidos en esta obra salieron de repente los de la emboscada, que pasaban de dos mil y dieron sobre ellos repentinamente, donde se trabó una sangrienta batalla, por no poder los españoles escusar la causa de haber los indios ganado por la mano en apoderarse de las piraguas dejándolos sin remedio de evadirse por alguna via. Y aunque murieron casi todos vendiendo mui bien sus vidas, y en particular el caudillo que estando con las tripas de fuera no dejaba de pelear y animar a los suyos, con todo esto reservaron los indios dos soldados llamados el uno Pedro Cordero, y el otro Martin Muñoz natural de Cazalla, para festejar con ellos la victoria, y queriendo celebrarla con mas solemnidad, se fueron con ellos a la provincia de Niber, donde en medio de la fiesta y risa mataron al Cordero aunque no por ceremonia judaica, sino rito de los trofeos índicos. El otro soldado que era Martin Muñoz estaba en esta coyuntura echando la barba en remojo viendo pelar la de su vecino, teniendo por cierto que le guardaban para la torna boda que habia

de ser para el dia siguiente. Mas como el licor en que podia remojar la barba era tan abundante, que remojó las cabezas de los indios con tal cargazon que se quedaron todos tendidos por tierra, tuvo lugar para escabullirse sin saber del los que no sabian de sí mesmos. Y caminando de dia a pié y descalzo por los lugares mas montuosos y cerrados, y de noche por las sendas descubiertas anduvo diez y seis leguas con excesivos trabajos de pasos impertransibles y rios caudalosos que pasaba a nado arrojándose a ellos como quien no tenia otro remedio de su vida: de esta manera llegó al fuerte de San Pedro de donde habia salido, y le halló despoblado por haber salido de allí el gobernador con recelo de los brios que habrian de cobrar con esta victoria los indios comarcanos, en particular don Cristoval Aloe que estaba mui cerca de esta fortaleza. Grande fué la afliccion en que se vió el pobre caminante hallando tan donoso albergue y descanso despues de tan estrecho peligro de la vida e intolerables angustias del camino: pero a mas no poder hubo de caminar otras ocho leguas con las mesmas dificultades hasta llegar a la punta de la isla llamada el Pasaje de Juan Gomez, cuatro leguas de la ciudad de Osorno, a donde el gobernador habia pasado sus reales, sabiendo por relacion de los indios amigos que vinieron huyendo el desastre del sarjento mayor y de los demas soldados, segun queda referido en el discurso de esta historia.

Y para poner conveniente resguardo a lo que podia resultar de esta victoria de los indios cuyo orgullo era tanto que andaban por toda la tierra haciendo ostentacion de todas las cabezas de los españoles, mayormente de la del sarjento mayor Alonso Rodriguez Nieto y de Felipe Diaz de Cabrera y Cristóval Hernandez Redondo que se habian señalado en la batalla, fabricó allí Martin Ruiz de Gamboa una fortaleza dejando en ella alguna jente para su defensa y guarda de la comarca; hecho esto, se fué al embarcadero de Tanquelen en cuyo camino halló al maestre de campo Juan Alvarez de Luna con cincuenta españoles que estaban sacudiéndose el polvo por salir de una refriega que en aquel punto habian tenido con mas de dos mil indios, matando gran parte de ellos con tres capitanes llamados Guaitopangue, Talqueperel y Renque, con lo cual, y la llegada del gobernador a tan buena coyuntura, hubo gran regocijo por largo rato hasta que Gamboa fué en prosecucion de su camino, quedando el maestre de campo para sustentar la guerra en todo el distrito.

En este tiempo andaba el capitan Baltazar Verdugo en la tierra de Ancud, términos de la ciudad de Osorno, corriendo el campo con cuarenta hombres donde padeció muchos trabajos por la dificultad y aspereza de los caminos y frecuentes encuentros que tenia con los enemigos, sin cesar de perseguirlos de dia y de noche; y universalmente por todas las ciudades de arriba y sus comarcas, andaban siempre corredores, limpiando la tierra de adversarios, talándoles las sementeras y llevándoles los ganados para compelerlos a rendirse a pura fuerza de trabajo. Y en particular envió el gobernador a su alferez jeneral Nicolas de Quiroga,

con alguna jente a la tierra de Chillan y al valle de Angol y Penco, donde se preparaban para dar sobre las ciudades de arriba. Y por otra parte envió al capitan Pedro de Olmos de Aguilera con provisiones para hacer jente y recojer mantenimientos de que tenian necesidad los que andaban en Arauco. Y sin detenerse mas se partió el mesmo mariscal a la provincia de Lliben, llevando por tierra un grande bergantin por espacio de quince leguas para echarlo al agua en la laguna de Ranco, y entrar en las islas a castigar los rebelados que habian muerto al sarjento mayor Alonso Rodriguez Nieto con su compañía. Y habiendo llegado a la frontera de Quinchilca y asentado de propósito los reales, envió a su maestre de campo con cincuenta españoles y doscientos indios a correr la tierra de Renigua destruyéndola toda, asi jente como haciendas sin dejar cosa de provecho.

A este tiempo llegó nueva de que se habia hecho justicia de don Pedro Guaiquipillan intitulado rei entre los indios, por haber acometido a los españoles que estaban en la encomienda de don Pedro Mariño de Lovera. Y juntamente con él, se dió muerte a otros muchos de su compañía, los cuales se habian alborotado de puro aburridos de sufrir las molestias de algunos españoles; y en particular uno mui desalmado que los trataba como a perros, como lo hacen otros muchos en estos reinos. Tras esta nueva llegó otra mas pesada de que toda la tierra por donde acababa de pasar, que era la de Marquina, se queria poner en arma para dar en los españoles. Para cuyo remedio mandó convocar todos los caciques que halló a mano un domingo, doce dias del mes de marzo del sobredicho año; y les hizo una larga plática acordándoles como eran cristianos, y ofreciéndoles su favor de allí adelante para librarlos de las vejaciones de los encomenderos que les chupaban la sangre. Dicho esto mandó luego ahorcar diez de ellos los mas indiciados, y puso en prisiones algunos otros hasta que diesen descargo de sí, dejando ir a los demas libremente. Y quiso su ventura que un dia despues de este castigo, llegó otra nueva de que estaba ya declarado el alzamiento de Codico, estando los indios debajo de la bandera del bárbaro Guaichamanel que habia muerto a su padre y a un sobrino suyo. Sintió mucho esto el mariscal Gamboa, y para dar el debido castigo a los rebelados, despachó al capitan Rafael Portocarrero en compañía de ochenta hombres, con órden de que se juntasen con el maestre de campo Juan Alvarez de Luna y diesen luego en los enemigos, de los cuales iban topando algunas cuadrillas que iban con otros cuidados a entender en sus haciendas, y mataron a los varones haciendo algunas crueldades en las mujeres, como era cortarles los brazos, pechos y otras partes de sus cuerpos sin atender al detrimento de las criaturas que amamantaban, ni a la piedad que profesa la lei de Jesucristo, sino solamente a ponerles terror y obligarles a rendirse.

CAPITULO XXVI.

Como los españoles de Chile vendieron con título de esclavos a los indios cojidos en la guerra.

Mui poca esperanza de quietud tenian ya las cosas en este tiempo; tanto que el gobernador tuvo por último el sacar de sus pueblos a los indios de paz de la provincia de Codico, trasponiéndolos en el valle de Callacalla y Andalue, donde fuesen amparados con la asistencia de los españoles de la ciudad de Valdivia. Y aunque habian de sembrar en las tierras a donde se pasaban, hicieron el riego en la que dejaban con muchas lágrimas de sus ojos y gotas de sangre del corazon, de verse sacar de sus naturales, y dejar sus casillas y muchas de sus pobres alhajas que no podian llevar a cuesta; sacando solamente las que sufrian sus espaldas. Y a vuelta de esto echaron mano algunos españoles de los indios a quien podian achacar alguna culpa del alzamiento, y llevándolos al puerto entre los culpados los embarcaron para que fuesen vendidos fuera de sus tierras como esclavos cautivos en guerra lícita. Sobre lo cual hubo en aquella playa un llanto tan doloroso que la hacia estar mas amarga con las lágrimas que salada con las olas. Lloraron las madres por sus hijos, y las mujeres por los maridos, y aun los maridos por las mujeres, pues se las quitaban para esclavas de soldados, y otras cosas peores que ellos suelen hacer teniendo en sus tiendas algunas mujeres. Y en esto hai hasta hoi grandes abusos saliendo cuadri[illegible]llas de soldados a correr la tierra alejándose del cielo por los desafu[illegible]ros que hacen arrebatando manadas de indios para vender los mu[illegible]chos, y enviar las niñas presentadas a muchas señoras conoc[illegible]yas: y así anda todo revuelto viviendo cada uno como le da gu[illegible]

En particular salian en este tiempo el capitan Rafael Portocar[illegible] con cuarenta hombres a correr el campo diversas veces; y por otra pa[illegible] envió al gobernador a un mestizo llamado Juan de Almendr[illegible] con [illegible] cientos indios amigos a las montañas que caen sobre la mar, [illegible] estrago en los moradores de aquella tierra, pareciéndole qu[illegible] diente llevarlo todo a fuego y sangre apurando a los rebel[illegible] habia remedio de atraerlos por otra via. Y diose tan buen[illegible] pitan que trajo gran caterva de jente, dejando algunos otros [illegible] que pretendieron defenderse.

Hecho esto levantó el mariscal sus reales de la tierra de Q[illegible] ca dejando con ella al capitan Martin Gallego, natural de Bad[illegible] que era de los antiguos conquistadores del reino. Y con esto p[illegible] Codico donde estaba su maestre de campo con sesenta soldados de [illegible] sidio, donde tuvo nueva de que Martin Gallego habia dado licen[illegible] ciertos soldados de su compañía para irse a la ciudad de Valdivia; [illegible] mando esto pesadamente envió a un soldado cuyo nombre era J[illegible] de Lisama a desposeer del oficio de capitan a Martin Gallego [illegible] do en su lugar en este cargo, como lo hizo puntualmente senten[illegible]

al Martin Gallego a dos años de servicio personal en aquel fuerte bajando a simple soldado de capitan obedecido; y porque en el sitio de Codico no habia ya indios poblados por haberse pasado a Callacalla desamparó el gobernador la fortaleza poniéndole fuego para que no fuese de provecho a los enemigos. Y con esto se fué a los llanos donde estaba el capitan Salvador Martin con alguna jente española para defensa de los indios pacíficos de la comarca. Era ya tiempo de cuaresma del año de 1581 en el cual con ocasion de las confesiones y predicacion de un relijioso de la órden del glorioso patriarca Santo Domingo, llamado frai Pedro Beltran que andaba entre los soldados, hubo alguna reformacion en ellos, ayudándole el gobernador con su autoridad a estirpar las ocasiones de los vicios, y solucion de muchas que vivian desenfrenadamente.

Despues de esto llegaron cartas de que en la ciudad de Santiago no habian querido obedecer al capitan Pedro de Olmos de Aguilera que habia ido con provisiones para recojer veinte mil pesos de ropa con que se vistieran los soldados, echando una derrama entre los mercaderes donde todos contribuyan. Y demas de esto habian enviado los del cabildo sus procuradores al virei del Perú don Francisco de Toledo para que remediase la vejacion de los ordinarios tributos de esta tierra. Y sintió esto el mariscal tanto mas gravemente, cuanto mas grave eran las personas que intervinieron en ello, que fueron el doctor Azocar teniente de gobernador, y el maestre de campo Lorenzo Bernal de Mercado que se embarcó para el reino del Perú, aunque con designio de que se le remunerasen en algo sus muchos y mui calificados servicios y hazañas. Por esta causa se partió luego el gobernador a la ciudad de Santiago con cuarenta soldados, dejando a su maestre de campo con ciento y veinte, y al capitan de la fortaleza que era Antonio Galleguillos, con otro razonable número. Cuando los de la ciudad supieron el viaje del gobernador lo salieron a recibir un cuarto de legua en forma de cabildo yendo en el principal lugar el doctor Azocar, como teniente jeneral y justicia mayor del reino, al cual como llegase a pedirle las manos quiso el gobernador echárselas diciendo sed preso de parte de su majestad; pero como él respondiese que de parte de su majestad habia mandato contrario, a esto sacando una cédula en que le nombraba por justicia mayor del reino, se apearan luego el capitan Juan de Lisama, Nicolas de Quiroga y otros soldados y dieron con él de la mula abajo, y lo llevaron medio arrastrando a la ciudad, de donde fué llevado dentro de tres dias al puerto de Valparaiso, y desde allí a la ciudad de los Reyes donde gobernaba ya el virei don Martin Enriquez.

CAPITULO XXVII.

De la salida del gobernador con su ejército de la ciudad de Santiago, para proseguir la guerra en los términos de la Concepcion y los Infantes.

Llegado el tiempo de salir a la guerra por haber cesado las aguas, determinó Gamboa salir a ella en persona como siempre lo acostum-

braba. Y para que el trabajo fuese de provecho, dispuso las cosas de manera que el maestre de campo andaba por el distrito de las ciudades de arriba que son la Imperial, Valdivia, Osorno y la Villa Rica, y él señaló para su Campo los términos de Penco, Angol y Congoya, donde estan la ciudad de la Concepcion, San Bartolomé de Chillan, y los Infantes. Y para bastecer a sus soldados del aderezo y vituallas necesarias, echó derrama entre los mercaderes y otras personas en la ciudad de Santiago, como tambien lo hizo su maestre de campo en la de Valdivia, y lo han hecho otros gobernadores ordinariamente librando la paga en la casa real para cuando tuviese de que pagar, placiendo a Dios que hasta ahora no tiene un grano de sobra. De mas de esto mandó se preparase en el camino, en la provincia de los paramocaes el mantenimiento necesario para el ejército; lo cual se hizo luego poniendo a punto tres mil quintales de bizcocho, cuatro mil tocinos, gran suma de cargas de cecina, muchos carneros y cosas de refresco: todo lo cual salia del sudor de los pobres indios sobre cuyos hombros cargaba el trajin de las cargas despues de haber salido de sus costillas casi todo lo que habia en ellas. Y aunque escribo esto en cual o cual coyuntura, no es porque no haya sido y sea cosa ordinaria en todos tiempos, sino por no repetirlo tantas veces dando enfado al lector, si lee por desenfado ó demasiada lástima, si lee con deseo de saber el fruto que los cristianos han hecho en Chile acerca de la conversion de los infieles. Y por evitar este mismo fastidio voi pasando muchas batallas dignas de memoria, y tocando superficialmente algunas otras que no fueron de menos ruido que las primeras donde se pudieron celebrar los hechos de muchos valerosos soldados, pareciéndome que cumplo con advertir al lector, que los encuentros de estos tiempos pudieran y aun debieran escrebirse tan extensamente como los pasados, si el evitar prolijidad no fuera tan conveniente para la acepcion y gusto de la lectura. En razon de esto apuntaré suscintamente el cerco puesto a la ciudad de Chillan por los indios araucanos y penquinos, cuyo capitan fué Butá Calquen, hombre de grande sagacidad y valentia, contra el cual salió el capitan Miguel de Silva con algunos soldados bien apercebidos, y mató a muchos de los enemigos poniendo a otros en prisiones, volviendo el resto de ellos desbaratados en diez y siete dias del mes de octubre del año de 1581. Y en el mismo tiempo salió el mariscal Martin Ruiz de Gamboa de la ciudad de Santiago con doscientos españoles y algunos indios amigos, llevando de camino el avio que les tenian preparado en las paramocaes, con que tuvieron sustento en abundancia para muchos meses que anduvieron por los confines de la Concepcion, Angol y Congoya, haciendo suertes en los enemigos y pasando calamidades a vuelta de esto que fuera negocio largo referirlas. Y viendo el mal talle que llevaban las cosas de Chile y la poca esperanza de su remedio, envió al reino del Perú al capitan Rafael Portocarrero que era hombre de mucha suerte, así por su prosapia como por su persona para que tratase con el virei don Martin Enriquez el progre-

so de las cosas dándole cuenta por menudo de todas ellas, y pidiéndole algun socorro para no dar con todo al traste.

Apuntaré dos cosas que sucedieron en este tiempo en la ciudad de Santiago. La una fué una grande nube que apareció a prima noche que tomaba desde la sierra que está a la parte del oriente, hasta la costa del mar que cae al occidente; la cual era de color de sangre, y parándose por un rato, comenzó a echar rayos resplandecientes y largos a manera de lanzas; y demas de esto menguó la mar tan extraordinariamente, que se quedaron en seco dos navíos que estaban en el puerto. Lo otro fué que un hombre llamado Juan Caballero, mató a un hijo suyo de poca edad sobre lo cual pedia justicia su mujer y madre del muchacho, sin que fuesen poderosas con ellas las muchas intercesiones de personas graves para que desistiese de la querella, hasta que en efecto ahorcaron al marido. No es cosa nueva en el mundo haber muerto muchos padres a sus hijos como se lee en las historias, pues consta de la de Plutarco, que Epaminondas mató a su hijo Stesibroto, Erichtes a su hija, y tambien Lisímaco mató a su hijo Agatocle, y Ptolomeo al que le nació de Cleopatra su hermana, y finalmente Deyotaro a muchos que enjendró escepto uno. Pero el haber muerto muchas mujeres a sus maridos ha sido y es tan ordinario en el mundo, que no es menester recurrir a los historiadores, aunque no se halla poco de esto en sus libros. Notorio es que Laudisea mató a su marido Antioco, Fabia al suyo llamado Fabio, Agripina a Tiberio, Lucila a Antonio Vero, y por abreviar concluiré con lo que refiere Volaterrano que los treinta y dos hermanos de Albina hija del rei de [illegible] mataron a sus maridos como cosa que lo tenian por clima.

CAPITULO XXVIII.

Del fin del gobierno del mariscal Martin Ruiz de Gamboa, y la salida de los obispos al concilio provincial de Lima.

Habiendo estado algunos dias el gobernador en San Bartolomé de Chillan procurando traer de paz a los indios circunvecinos, supo como en las ciudades de arriba iban las cosas de mal en peor cada dia por la gran fuerza de enemigos que los combatian. Y como era tan amigo de acudir en persona al lugar mas necesitado, partió luego con todo su ejército para remediar esto en cuanto le fuese posible. Y llegando al rio de Nibiqueten, hallaron cierta frutilla a manera de garbanzos la cual nunca se habia visto otras veces que por allí habian pasado los españoles; y así se tomó experiencia de ella como de fruta nueva, mostrándose ella mesma en sus efectos, pues dentro de cuatro horas caia muerto cualquiera que habia comido de ella. Y no hallando otro regalo mejor que este, se fueron marchando hasta los Infantes, de donde salieron algunos capitanes a correr la tierra haciendo ejemplares castigos en los rebelados. De aquí pasó la jente a la Imperial donde se empleó en los mesmos ejercicios, sin dejar a los indios un solo dia de

sosiego, ni tomarlo para sí en razon de acabar ya con tan prolija guerra. Finalmente, distribuyó el mariscal sus soldados, enviando al maestre de campo con los ciento de ellos a correr las provincias de Lliben Ranco, y Mague quedándose él con otros cientos alojado en los llanos de Valdivia donde tenia frecuentes guazavaras y rebatos. No fué de poca utilidad para el sosiego de muchos indios la prision de uno de ellos llamado Butacalquin, que era de grande valor y estima y guiaba la danza de los araucanos; el cual como se viese en cadenas ablandó el corazon, cual otro rei Manases, segun mostraba en las señales exteriores, y por medio de algunos mensajeros atrajo muchos indios a la paz en la provincia de Chillan y estados de Arauco.

En este tiempo se convocó en la ciudad de los Reyes del Perú concilio provincial donde se hallaron los obispos de todo el reino, y del de Tucuman, Quito y Chile. Y fué negocio de mucha importancia para el asiento de la doctrina que se enseña a los indios por haberse hecho catequismo en todas lenguas de las mas jenerales de estos reinos. Para esto salieron de Chile don Diego de Midillin obispo de Santiago y el de la Imperial don Antonio de San Miguel, ámbos del hábito de San Francisco, los cuales se embarcaron en el puerto de Coquimbo, a los 25 dias del mes de junio de 1582. Y estuvieron mas de dos años sin volver a sus obispados por haber durado mucho el concilio.

Y llegado el mes de octubre del mesmo año, hicieron los indios consulta jeneral de guerra en el lebo de Talcaguano, orillas del rio grande de Biobio, donde segun sus ceremonias se subian los principales capitanes y consejeros sobre una columna de madera para que todos oyesen su razonamiento estando sentados en el suelo como es costumbre en todas las Indias jeneralmente. Y subiendo el primer adalid llamado Almilican comenzó a detraer de los cristianos y a la tercera palabra enmudeció, quedando absorto y con los ojos fijos en el cielo; y estando los demas suspensos por mui largo rato, salió el que habia de hablar despues de él, y le preguntó la causa de tan extraordinario espanto; a lo cual respondió que estaba mirando una gran señora puesta en medio del aire, la cual le reprendia su delito, infidelidad y ceguera; a cuyas palabras respondieron todos con los ojos levantándolos a lo alto donde vieron a la gran princesa que el capitan les habia dicho. Y habiéndola mirado atentamente bajaron luego las cabezas quedando por media hora tan inmóviles como estátuas, y sin hablar mas palabra se fué cada uno por su parte y se entraron en sus casas, sin haber hombre de todos ellos que tomase de allí adelante armas contra los cristianos. Y así se caminaba seguramente desde la Concepcion a los Infantes sin haber estorbo en el camino con haber sido hasta allí el paso mas peligroso de este reino. En el mesmo tiempo tuvo el maestre de campo, una sangrienta batalla con los indios de Ranco y Mague, de los cuales quedaron muchos muertos; y heridos algunos de los españoles que eran poco mas de ciento. Y era tanta la calamidad de los términos de Valdivia, que ni se podia salir una legua de ella, ni meter los man-

tenimientos y provision que se traia por mar sin que saliesen pasados de cuarenta hombres a hacer escolta. Y aun con todo esto no caminaban bien seguros como se experimentó en una salida que hizo el capitan Andres de Pereda con su escuadra a los llanos circunvecinos, donde le mataron a él y algunos de los suyos, escapándose los demas por la lijereza de los caballos. Y a este paso andaban cada dia los asaltos y desasociegos sin haber punto de reposo.

Resúmen de las obras que el mariscal Martin Ruis de Gamboa hizo en Chile en el tiempo de su gobierno con algunas de las cualidades de su persona y prosapia.

Martin Ruiz de Gamboa, hijo de un hermano segundo de Martin Ruiz de Avendaño cabeza de bando en Vizcaya, salió de casa de su padre de mui poca edad, el año de 1548. Y anduvo en las galeras de don Bernardino de Mendoza, con principios que daban muestra de lo que habia de ser. Despues pasó a las Indias con una prima suya llamada doña Ana de Velasco, mujer del mariscal Alonso de Alvarado. Y estando en la ciudad de los Reyes del Perú se ofreció ocasion de pasar a Chile en compañía de su primo don Martin de Avendaño, a quien envió el vice-rei don Antonio de Mendoza con cien hombres de socorro. Estando en este reino sirvió mucho a su majestad en todos los lances que se ofrecieron sin perdonar ocasion a que no saliese. Por lo cual se le dieron algunos pueblos de indios en encomienda aunque no tantos como sus obras merecian. Andando el tiempo le casó el jeneral Rodrigo de Quiroga con una hija suya natural, criada en mucho regalo, la cual habia sido casada con el capitan don Pedro de Avendaño. De aquí tuvo ocasion de ser jeneral de este reino donde tuvo por muchos años casi toda la administracion del gobierno por estar ya su suegro mui viejo y cansado de las antiguas batallas. Y así cargaba todo el peso sobre los hombros del Martin Ruiz dos veces que fué gobernador Rodrigo de Quiroga, ultra del tiempo en que lo fué el mesmo Martin Ruiz como consta de la historia. Fué hombre valerosísimo en las cosas de la guerra y gobierno, y mui puntual en salir a las batallas por su persona, sin impedirle la vejez cuando llegó a ella. Era mui templado en el comer y beber, y juntamente con esto era para mucho trabajo con estar lisiado de las piernas y brazos de los muchos encuentros que habia tenido en cuarenta años que estuvo en fronteras de enemigos. Tomóle la residencia, don Alonso de Sotomayor, comenzando a pregonarla en Santiago estando el mariscal en Valdivia. Y fueron tantas las exorbitancias, tan desaforadas las sin razones, tan patentes las injusticias, tan graves las atrocidades que se le acumularon, que parecia piadoso castigo cortarle diez cabezas si diez tuviera. Como quiera que en realidad de verdad le estuviera mui bien tenerlas para recibir en ellas diez coronas. En lo cual se vino a desengañar el nuevo gobernador sacando la verdad en limpio. Y sabiendo que la primera informacion se fundaba en pasiones de los vecinos señores de indios por haber el mariscal puesto tasa en los tributos, de lo cual se ofendieron mucho

porque querian llevar los réditos a boca de costal sin cuenta ni razon, como hasta entónces lo habian acostumbrado chupando la sangre a los desventurados indios de sus encomiendas. Y tambien porque echaba derrames para sacar ropa y mantenimientos para los soldados, ordenando que los vecinos los sustentasen, o acudiesen por sus personas a la guerra; lo cual experimentó don Alonso ser mui excusable so pena de dejar a los enemigos a su albedrio, pues no pueden los soldados pasarse sin comer, ni tienen otra parte de donde les venga. Y así habiéndolo considerado todo, juzgó al mariscal por hombre cabalísimo en su oficio, como lo era.

PARTE 3.ª

DEL TERCERO LIBRO,

EN LA CUAL SE TRATA

DEL ESTADO DE LAS COSAS DE CHILE DESDE EL AÑO DE 1583 HASTA EL DE 1592,

EN QUE GOBERNÓ DON ALONSO DE SOTOMAYOR,

Del hábito de Santiago.

CAPITULO XXIX.

De la entrada del comendador don Alonso de Sotomayor en Chile a gobernar el reino.

Habiendo corrido tres años despues de la muerte de Rodrigo de Quiroga sin gobernador propietario, proveyó su majestad en este oficio a don Alonso de Sotomayor del hábito de Santiago, persona mui calificada y de larga experiencia en cosas de guerra por haberse hallado en las alteraciones de Flandes y en algunos lugares de Italia, donde habia servido a su majestad con mucha satisfaccion de su persona. El cual con deseo de entrar con buen pié, procuró traer consigo lo que era mas necesario para este reino, que fué jente de guerra para socorro de la qne estaba en ella mui cansada; y para esto alzó bandera y hizo lista de soldados nombrando por sarjento mayor a Francisco del Campo, soldado viejo de Flandes, y por capitan a Alonso García Ramon y a Francisco de Cuevas. Y pareciéndole que seria acertado tomar nuevo rumbo, dejó el camino cursado por donde se viene a Nombre de Dios, y Panamá y la ciudad de los Reyes, y desde allí a este reino por excusar el paso de dos mares y tantas embarcaciones, y se vino por el Brasil con intento de entrar por el estrecho de Magallanes. Pero como el tiempo les fuese contrario, y el paso de suyo mui



peligroso, mudó parecer y se fué entrando por el gran rio de la Plata navegando por él hasta el puerto de Buenos-Aires; y algunos dias ántes de llegar allí descubrieron una isla llamada San Miguel, a donde envió el gobernador al capitan Francisco de Cuevas con sesenta hombres para descubrir lo que en ella habia. Eran los indios de esta isla astutos y nada nobeles en ver españoles, porque antiguamente habian muerto de una vez doscientos de ellos, y queriendo hacer tambien ahora una buena suerte se escondieron todos, de modo que los cristianos juzgaron estar la isla despoblada, y así anduvieron seguramente sin temor de adversarios, y en particular acudieron algunos a cierta laguna donde habia tantos peces que los cojieron fácilmente con alfileres encorbados a modo de anzuelos; y como los indios estaban a la mira asechando a los pescadores para pescarlos a ellos mismos, en viendo dos o tres solos salian a ellos y los arrebataban, llevándolos en volandillas para trasponerlos donde comiesen de sus carnes; y de esta manera cojieron veinte sin que ninguno de ellos se escapase.

Y porque de los cuatro navios que don Alonso traia quedaba el uno algo atrasado, dejó toda su jente en Buenos-Aires para que esperasen a los de aquella nave y él se partió con solos ocho españoles dejando por cabeza de su ejército a don Luis de Sotomayor su hermano, y con él a Francisco del Campo con cargo de coronel como despues lo fué en Chile, y a don Bartolomé Morejon por alferez de Francisco del Campo. Largo seria de contar el discurso y calamidades de este viaje por haberse tomado por caminos no acostumbrados hasta llegar a la ciudad de Mendoza en la cual entró el comendador algunos dias ántes que su jente, que fueron a los doce de abril de 1583. Y porque habian de pasar muchos dias mientras llegaba su campo, y habia cuarenta leguas de asperísimos caminos desde la ciudad de Mendoza hasta la de Santiago, despachó mensajeros con papeles en que nombraba cinco personas con títulos de comisarios para que en su ausencia asistiesen a las cosas del gobierno con el mariscal Gamboa, que fueron: Lorenzo Bernal de Mercado, el capitan Pedro Lisperger el capitan Barrera, el capitan Diego García de Cáceres y el capitan Ordoñez. Y entre otras cosas que les envió a encargar fué la mas principal lo que tocaba a la tasa puesta por el mariscal Gamboa de que le habian dicho grandes cosas y habia dado grande estampido como negocio mui perjudicial a todo el reino. Estas se juntaron en ausencia del mariscal que estaba en Chillan, y pidieron pareceres a los principales letrados del pueblo y en particular a frai Cristóval de Ravaneda, provincial y comisario de la órden del seráfico patriarca San Francisco, el cual lo dió por escrito extensamente inclinándose a que no hubiese tasa, por parecerle que así los encomenderos como los mesmos indios, lo llevaban con pesadumbre. Y la causa era porque los encomenderos pretendian sacar lo mas que pudiesen sin peso ni medida, y los indios sentian esto ménos por darlo poco a poco y ménos perceptible, de suerte que aunque al cabo del año habian dado mucho mas de la tasa, lo te-

nian por menor daño respecto de no ponérseles por delante aquella mahina de decir, tanto hemos de dar necesariamente aunque no queramos.

Llegado el mes de setiembre entró el nuevo gobernador en la ciudad de Santigo, dia de San Januario que cae el 19, segun el órden de la adicion de santos que puso el Papa Sixto quinto. Fué recebido con grande aplauso de todo el pueblo, llevándole el caballo de rienda por la plaza el correjidor que a la sazon era el maestre de campo Lorenzo Bernal de Mercado. Y luego se dió principio a las fiestas guardando parte de ellas para cuando llegase el resto de la jente que venia con don Luis de Sotomayor. Mas no pudo ser esta llegada tan breve por las innumerables dificultades que habia en este camino de escabrosos pasos y no tolerable hambre, la cual llegó a tal extremo que comian las abarcas poniéndolas al fuego para que se ablandasen algun tanto. Y entre otros peligros en que se vieron fué el que diré agora, digno de ponerse en historia asi para que se vea la industria y ánimo de estos soldados, como para aviso de los que en adelante podrian verse en ocasion de aprovecharse de esta traza; y fué que llegando al cuarto rio que llaman de Tucuman entraron por una larguísima...... Mena de una especie de paja que crece en esta tierra mui espesa y alcanza a cubrir un hombre. Estaban en ella algunos indios mal intencionados los cuales pusieron incendio en viendo pasar a los españoles para que los alcanzasen y quemase a todos por no haber lugar raso a que acojerse. Acertaron, por mejor decir erraron en esta coyuntura en ir unos divididos de otros en dos cuadrillas de frente que en breve tiempo alcanzó el fuego a los atrasados los cuales viendo que el aire le llevaba a ellos y habia de ser mas lijero que sus piés, dieron la vuelta hácia el mesmo fuego y lo pasaron de carrera trasponiéndose de la otra banda, donde ya no habia sino ceniza aunque no acabada de apagar del todo. Y por mas dilijencia que hicieron en taparse los rostros y correr apriesa, con todo eso quedaron tan lastimados, que aquella noche murieron cinco de ellos y despues fueron muriendo poco a poco otros siete, quedando los demas desollados sin recuperar su salud por muchos dias. Y como el fuego corria con tanta velocidad, llegó brevemente a vista de los que iban delante los cuales viendo que habian de ser presto alcanzados, consultaron lo que se podia hacer en tan manifiesto peligro donde sin duda lo [illegible] ran tan mal como los referidos, sino fuera por la industria de un [illegible]do a quien inspiró nuestro Señor que encendiese como en efecto [illegible] cendió con la mecha del arcabuz el mesmo lugar donde llegaban [illegible] suerte que el viento que los seguia de espaldas llevó la llama [illegible] adelante. Yéndose ellos poco a poco tras ella entrando por las [illegible]zas que dejaba, de modo que cuando llegó el fuego que les veni[illegible]do alcance, no halló paja en que prender por haberse ya [illegible] con el incendio que ellos pusieron, y así cesó allí sin poder [illegible] quedando la jente libre de este enemigo dejando correr la [illegible] iba adelante y no podia serles detrimento.

Por estas dificultades llegaron harto destrozados a Santiago donde fueron bien acojidos y se acabaron las fiestas que estaban guardadas para cuando ellos llegasen. Y queriendo el gobernador dar principio a las cosas de su oficio los mandó aprestar para la guerra, y envió por otra parte al capitan Pedro Lisperger a la ciudad de los Reyes del Perú para que diese cuenta a los oidores de aquella audiencia que gobernaban por muerte de don Martin Enriquez de la venida de esta jente y del mesmo gobernador, y tambien para que determinasen lo que pareciese mas conveniente acerca de la tasa que habia puesto el mariscal Martin Ruiz de Gamboa, llevando para ello los pareceres que se han tocado.

CAPITULO XXX.

De la entrada del coronel don Luis de Sotomayor en Angol, y la del gobernador en la Imperial y Ranco y las batallas que allí tuvieron.

Estaban las cosas de la guerra tan necesitadas de socorro que no dieron lugar a que los soldados recien venidos descansasen muchos dias: ni el gobernador lo permitió, ántes hizo luego reseña de la jente de guerra que halló en la ciudad y de la que él metió en ella, y dió traza en que se le diese algun socorro de mantenimiento y vestidos, para que por falta de esto no la hubiese en lo principal que el pretendió. Y para que desde luego comenzasen a marchar confirmó en el oficio de coronel a don Luis de Sotomayor su hermano, y a Francisco del Campo nombró por maestre del mesmo campo; y así mesmo a don Alonso Gonzales de Medina por alferez jeneral, y por capitanes a don Bartolomé Morejon y algunos otros que lo habian sido en este reino. Y deseando acabar de una vez con todas las cosas que tenia que entablar acerca del gobierno especialmente nombrar corrborn correjidores para todas las ciudades, de suerte que no tuviese para qué volver a Santiago dejando las fronteras, determinó detenerse algunos dias encomendando el ejército aprestado con doscientos y cincuenta hombres al coronel su hermano, que era lo mesmo que ir en él su mesma persona. Y habiendo marchado casi noventa leguas pasando por la Concepcion, Chillan y los Infantes, llegaron a la quebrada Honda donde hallaron gran fuerza de enemigos con los cuales trabaron una encendida batalla, de donde los sacó nuestro Señor victoriosos con pérdida de un solo español con haber muerto un grueso número de enemigos. Y plugo a su Majestad que doce hombres que venian de la Imperial acompañando a unas señoras principales, llegaron a la quebrada al mesmo tiempo que andaba la refriega, en la cual ayudaron y fueron ayudados de los suyos sin detrimento de las mujeres que a llegar un poco ántes o despues, dieran sin duda en manos de los adversarios. Halláronse en este lance con actual oficio de capitanes, de mas de los referidos arriba, Tiburcio de Heredia y Francisco de Palacios que tenian compañías en este campo.

Al cabo de algunos dias salió el gobernador de Santiago en busca

de su ejército que andaba corriendo los términos de Angol, y habiéndolo recojido se entró con él en la Imperial, donde dividió su jente para enviarla por dos partes. Con la una fué el coronel a la provincia de Ranco y Lliben, y por la otra el mesmo gobernador a dar por las espaldas de estas dos provincias, llevando consigo al capitan Rafael Portocarrero por ser persona de mucho valor y experiencia en las cosas de esta tierra. Estaba en el camino de estas provincias una fortaleza donde se habian encastillado los enemigos, la cual fué acometida de los nuestros; mas era tan inexpugnable que se hubieron de retirar con pérdida de un soldado yendo los enemigos en el alcance, cuyo ímpetu iba deteniendo don Bartolomé Morejon que iba en la retaguardia.

CAPITULO XXXI.

Como el maestre de campo Lorenzo Bernal de Mercado fué con un ejército a descubrir ciertas minas donde tuvo una famosa batalla.

Ninguna vez se ofreció ocasion en Chile de algun descubrimiento de minerales que no acudiesen los españoles a esto por mas dificultades y estorbos que interviniesen, y por mas encendida que anduviese la guerra en otras partes. Puede ejemplificarse esto en el presente lance que tratamos de tiempo en que la guerra no aflojaba un solo punto: y con todo eso en saliendo la voz de que se habian hallado minas de oro mui ricas de esperanzas dél, empleó el gobernador en esta ocupacion a la persona mas substancial en la milicia, que fué el maestre de campo Lorenzo Bernal, enviándole a esta empresa con doscientos hombres bien armados por haber de caminar siempre por pasos peligrosos. Caminó esta jente algunos dias por entre innumerables dificultades, así de asaltos de enemigos que por momentos iban atropellando, no pasándose dia sin rebato, como de extraordinaria aspereza y escabrosidad, los cuales eran tan cerrados de montaña, que sucedia a las veces pasarse dia de sol a sol sin haber caminado mas de media legua, y era abierta a fuerza de hachas y calabozos. Y en particular desmontaron una vez cierta vereda que era una cuchilla altísima sin reparo de una y otra parte de tanta estrechura, que en declinando un pié a cualquiera de los dos lados se despeñara la persona en mar de profundidad, y era una legua el trecho que habian de caminar por esta angostura. Mas aunque pasaron todos estos infortunios y otros mayores caminando a pié y descalzos y perdiendo muchos caballos que se despeñaban en los rios, mas todo se les hizo fácil y se sufrió enteramente con la gran prosperidad de las minas donde en lugar de oro hallaron muchos indios de guerra con los cuales tuvieron una sangrienta refriega, mayormente el capitan Juan de Campo que llevaba la retaguardia. Y habiendo salido de este conflicto dejando desbaratados los enemigos se volvieron por donde habian ido, pasando no solamente por la cuchilla, sino tambien por muchos cuchillos de los contrarios que ya los estaban aguardando para cojerlos a manos en este paso donde los españoles no eran dueños de sus

personas. Puso mucho temor a los nuestros el sentir esta celada, y el haberles dicho un indio el dia ántes que se hartasen de ver el sol porque quizá no lo verian mas que aquel dia. Lance fué este en que se vió Bernal en la mayor perplejidad que jamas se habia hallado por ser forzoso el haber de pasar y no haber otro paso sino este de que tratamos. Y habiéndolo encomendado a nuestro Señor mui de veras él y todos los suyos, envió tres compañías de soldados con los capitanes Juan de Gumera, Melchor de Herrera y Juan de Ocampo; para que al cuarto del alba tomasen lo alto de la cerranía y desde allí amparasen a los que fuesen pasando y reprimiesen el ímpetu de los indios. Ejecutóse esto como estaba trazado, y despues fué marchando el resto de la jente por la cuchilla donde salieron los indios como leones por cima de ellos dejando caer muchas piedras de grande magnitud que se llevaban los árboles tras sí cuanto mas los hombres, los cuales se iban asiendo de las ramas para pasar adelante sin poder emplear las manos en otra cosa. En esta coyuntura se vieron los nuestros en tan grande aflixion que tuvieron por admirable refujio un peñasco que allí estaba, donde se arrimaron todos a esperar la muerte si no intervenia algun auxilio del cielo, viendo esto los cristianos que estaban en la parte superior de la cierra aventuraron sus vidas arrojándose entre los contrarios no reparando en las ventajas que habia de su parte, y dando en ellos con toda furia se encendió una brava guazabara donde se derramó mucha sangre de ambas partes poniéndose finalmente los indios en huida viéndo que les tenian tomado lo alto de aquel puesto de donde salieron los nuestros libres y tan sin impedimento de cosa alguna, que ni aun un grano de oro trajeron a sus casas. Este fué el felice suceso de esta entrada, despues de haber pasado aguaceros, nieves, hambres y asperezas.

CAPITULO XXXII.

De las batallas que el gobernador tuvo en Arauco, Puren, Talcamavida, Mareguano y Biobio, donde fundó dos fortalezas.

El año de 1584 juntó don Alonso de Sotomayor la mas jente que pudo para la guerra que habiendo hecho reseña junto al bebedero de Quinel halló ser cuatrocientos hombres de pelea, y por haber muchos años que no entraba español en las quebradas de Chipimo donde los indios eran muchos y mui belicosos, envió al sarjento mayor Alonso García Ramon con órden de que no dejase hombre a vida de cuantos pudiese haber a las manos en aquella tierra. Dióse tan buena maña este caudillo, que cojió a los indios descuidados y dió en ellos con toda su furia sin perdonar niño ni mujer que topase por atemorizar a los demas con tan aspero castigo, y habiendo muerto hasta doscientas personas se volvio con el pillaje a la ciudad de los Infantes.

Estaba allí a la sazon el gobernador el cual salió con trescientos soldados a la lijera para correr toda la tierra entrando por Puren y

saliendopor las haldas de Mareguano; en el cual viaje ultra de los muchos daños que hizo a los rebelados tomó noticia de la tierra para en adelante. Despues de esto corrió las provincias de Guadaba, Puren, Licura, Tucapel del viejo y nuevo, Arauco y Andalican, haciendo graves castigos en los indios de aquellos lugares. Finalmente vino a salir por una loma llamada Longonaval donde estaban los enemigos encastillados en una fortaleza. Para desbaratar este fuerte, se adelantó el sarjento mayor y puso su jente en órden llevando él retaguardia, y tuvo una gran refriega con los indios desbaratándolos en breve tiempo aunque salieron algunos de los nuestros heridos, y en particular el capitan don Juan Rodolfo que llegó a punto de muerte. En esta batalla quedó preso el jeneral de los indios que era un mestizo llamado Diego Diaz, hombre facineroso, y confederado con un mulato que capitaneaba otra gran cuadrilla de forajidos, del cual dió noticia en su confesion este mestizo. Y deseando el sarjento mayor Alonso de García hacer suerte en el mulato, fué luego a buscarle a dònde el mestizo le dijo que estaba y llegó a verse con él desde léjos, aunque no pudo prenderle, porque en viendo él a los españoles se arrojó en el rio de Biobio en el cual se escapó de sus manos.

De aquí se fué el mulato a Mareguano donde juntó seis mil indios que para estos tiempos era excesivo número, así por estar mui diestros en las batallas, como por haber ya tan pocos en el reino: supo esto el gobernador y recojiendo toda su jente se fué a poner en el sitio que le pareció mas oportuno en la provincia de Mareguano para desbaratar la junta de los adversarios. Mas como lo que el mulato pretendia no era otra cosa sino tener a la vista a los españoles, tuvo esta por felice suerte, pareciéndole que la habia de hacer en ellos buena. Y deseando reconocer los rincones y entradas y salidas de los reales para entrarse por ellos determinadamente, envió a un muchacho mui pequeño para que los descubriese y avisase. Este se puso en un cerrillo a cantar sol fa mi re que lo sabia entonar mui bien por haber sido paje de un soldado músico que estaba en los reales. Acudieron a esta voz los centinelas y hallándole metido en su música le examinaron y pusieron ante el gobernador donde fué conocido y admitidas sus escusas de que habia sido llevado contra su voluntad, y en esta ocasion venia con ella por haber podido escaparse de los enemigos. Todavia fué puesto en prisiones aunque con poca presuncion de que en tan pequeño cuerpo pudiera caber tal engaño y astucia; mas era tanto lo que tenia de esto, que finjió haberle picado una araña dando muchos gritos, de suerte que movió a compasion los soldados, los cuales le quitaron los grillos y lo entregaron a su amo que lo curase. Pero el pago que le dió fué cojerle el hatillo que podia llevar a cuestas, saliéndose con él sin ser sentido a dar entera relacion al mulato de lo que pasaba. Y llegó a tanto su destreza, que la noche siguiente volvió por guia del ejército de los paganos, y metió un escuadron por una calle de los reales yéndose derecho a ella con tanta presteza, que aunque la centinela los divisó y fué corriendo a

dar mandado a los españoles, con todo eso entraron los indios tan presto como la mesma centinela sin dar lugar a prevencion alguna. Con este ardid y mucha dilijencia, ganó este escuadron toda la calle hasta llegar al cuerpo de guarda miéntras los demas daban por otras partes de los reales sin dejar portillo a los españoles. Fué el aprieto en que ellos se vieron a este tiempo, uno de los mayores que se han escrito en esta historia, por estar los nuestros tan descuidados y dormidos sin jénero de recelo. Mas con todo eso salieron al punto tan despiertos como si lo estuvieran de mucho ántes, y se dieron de las astas con los enemigos con tanta furia de ambas partes, que hubo indio que pasó de una lanzada ambos arzones de una silla de armas y los muslos del que estaba en ella entre los pocos que habian acertado a subir en sus caballos. Plugo a nuestro señor que en la calle por donde entraron los contrarios estuviese el sarjento mayor Alonso García Ramon, el cual con su buena dilijencia les impidió que ganasen el cuerpo de guardia, y tambien fué gran parte para ellos un arcabuzaso que derribó al mulato adalid de las huestes índicas, con lo cual fué su ejército de vencida, siguiendo los nuestros la victoria hasta un rio que estaba cerca de los reales. Los heridos de nuestro campo no fueron pocos, pero muchos mas sin comparacion fueron los heridos y muertos del bando contrario lo cual fué de grande importancia para bajar los bríos y avilantes con que los indios andaban orgullosos.

Despues de esta victoria se partió el gobernador con su ejercito a Millapoa donde fabricó dos fuertes uno enfrente de otro estando Biobio en medio para tener tomadas ambas vegas; lo cual fué de mucha eficacia para sojuzgar la tierra de ambas bandas y reprimir a los enemigos para que no se enseñoreasen de la comarca como solian.

CAPITULO XXXIII.

De una batalla que tuvo Juan de la Cueva y otra el capitan Francisco Hernandez de Herrera con los indios de Millapoa.

Sintieron los indios íntimamente el ver que se iban fabricando los dos fuertes sobredichos, teniendo por cierto que habian de ser como esclavos de los españoles, y aun mas avasallados que los mismos esclavos. Y ni les faltó razon, pues fuera de otros trabajos intolerables que padecen sirviendo a españoles, eran bastantes para apurarlos del todo los mesmos ejercicios en que los ocupan para sustentar la mesma guerra. Porque aunque no fuera mas que las cargas que les echan en las escoltas y trajines, fuera negocio de mucha pesadumbre por ser tan frecuentes y sin remuneracion alguna; tanto que un indio de Arauco a quien los españoles ocupaban cada dia haciéndole llevar en una yegua suya muchas cargas de una parte a otra, vino a matar la yegua para que lo dejasen los que con achaque de aquella asémila le obligaban a que él lo fuese. Por esta causa procuraron estos indios de Millapoa y sus términos, que la fábrica de la fortaleza se impidiese. Y para esto se pusieron en emboscada junto al rio en la parte que les pareció

que habian de desembarcar los españoles que iban de la banda donde se habia edificado el primer fuerte. Tuvo el gobernador sospecha de esto, y viéndole deseoso de saber la verdad un soldado valerosísimo llamado Juan de la Cueva, se ofreció a pasar el rio a nado, para ser explorador fiel de lo que pasaba: y tomando una pica en la mano pasó el rio de banda a banda y descubrió a los enemigos emboscados, los cuales mas con deseo de que no volviese a dar aviso que de lo que podian interesar de quitarle la vida, salieron todos a él con mano armada; Mas era tanto su valor y coraje, que peleó con todos ellos y anduvo en la refriega algun rato, ganando o mereciendo ganar mas nombre que Tídeo hijo de Anco rei de Calidonia, el cual dando en manos de un escuadron de tebanos que le estaban esperando emboscados para humillarlo, se tuvo con ellos y los mató sin dejar hombre a vida: y mas fama que Aristomenes Meceno que mató trescientos lacedemonios sin haber hombre que le hiciese espaldas. Y lo que es de mas admiracion en este transe se debe referir a la vuelta que este soldado dió por el mismo rio avalanzándose a él con gran destreza al mismo tiempo que estaba peleando, sin dejar los indios de arrojarse en su seguimiento tirándole dardos y flechas del cual peligro lo libró nuestro Señor para que diese aviso a los de su campo como le dió; de suerte que los indios desistieron de su intento y esperanza volviéndose a sus tierras.

De mediado el invierno salió el capitan Francisco Hernandez de Herrera con algunos soldados a la escolta de yerba y leña, y topó en el camino una gran cuadrilla de indios que estaban emboscados aguardándole, y en viendo coyuntura salió un escuadron de indios de a pié y otro de a caballo, que ya en estos tiempos hai muchos indios de guerra que manijan tan bien un caballo, y saben entrar y salir con él en cualquier oportunidad, como un caballo Jerezano. Trabóse aquí una bravosa escaramuza que duró hasta que la noche sola fué parte para dispersarlos, habiéndose visto los españoles casi perdidos, de suerte que el capitan como hombre que tenia la vida en los cuernos del toro, se arrojaba entre los indios a matar o morir, peleando como un Héctor y derribando hombres como un Aquiles. Cayeron en este conflicto cuatro españoles cuyas cabezas fueron cortadas por manos de los contrarios ántes casi de caer en tierra. Llegó la voz de esta refriega a oidos de Juan de la Cueva que estaba cerca de aquel sitio, y como se hallase a pié y le pareciese que aguardar perentorias de aderezar el caballo seria el socorro que llaman de Escalona, o el que en nuestros tiempos van ya llamando algunos satíricos, el socorro de España, cojió un caballo que halló a mano, y subió en él en cerro, y sin echarle freno sino con sola la jáquima y se fué a dar alcance a los indios, de los cuales alanceó muchos haciendo tantas bravezas que ya fuera bajarlo de quilates el traer a consecuencia los referidos arriba llamados Tideo y Aristomenes. Con esto se recojieron al fuerte de donde salió muchas veces don Alonso de Sotomayor en persona a correr la tierra, y otras sus capitanes haciendo graves castigos en los indios.

CAPITULO XXXIV.

De las batallas de Ranco entre don Luis de Sotomayor y Francisco del Campo de una parte y de otra los indios rebelados.

En tanto que don Alonso de Sotomayor andaba en los ejercicios sobredichos, hacia tambien el mesmo oficio el coronel su hermano en los términos de Valdivia, Osorno y Ranco. Y como nunca acabasen de apaciguarse los indios que habitaban en las islas de la laguna, mandó hacer un barco para entrar en ella a castigarlos por fuerza de armas. No estaban ociosos los soldados mientras el esquife se hacia, ántes se ocupaban en frecuentes asaltos que daban a los indios comarcanos, siendo tambien acometidos muchas veces de los mesmos indios. Y habiéndose hecho el barco se metieron en él algunos españoles y otros en balsas de madera, yendo delante el maestre de campo llamado Francisco del Campo en una piragua. Mas fué tan recio un temporal que sobrevino aquella noche en la gran laguna que se trastornaron algunas balsas ahogándose ocho indios de nuestro bando y nueve españoles, de cuyo número fueron don Pedro de Medina y un sarjento.

Viendo esta desgracia y el tiempo contrario se volvieron todos los del barco y balsas cuyos capitanes eran Rafael Portocarrero y Juan de Contreras, precediendo el maestre de campo en su piragua. Por esta causa acordaron de acometer de dia entrando en tres balsas tres capitanes que fueron, el maestre de campo, don Bartalomé Morejon y Rafael Portocarrero; y por la parte de tierra acudió el coronel con su jente y dieron todos a una en la fortaleza de los enemigos alanceando muchos dellos y poniendo a los demas en huida hasta quedar el campo por los españoles y arruinada la fortaleza.

Despues de esta victoria fabricó don Luis de Sotomayor un fuerte junto a la laguna, y saliendo de él a visitar las ciudades comarcanas, dejó allí al maestre de campo con razonable presidio. Eran frecuentes las veces que salian de este puerto los soldados a campear; y de la ciudad de Osorno salian a lo mesmo los españoles que estaban en su guarda, lo cual tambien hacia el coronel en los términos de la Villa-Rica y Valdivia. Y habiéndose pasado en esto algunos meses volvió a la fortaleza de Ranco y términos de Lliben donde los rebelados estaban contumaces en su porfia, por esta causa los perseguia con gran frecuencia saliendo a correr la tierra y destruyéndoles sus haciendas por hacerlos rendir a fuerza de vejaciones. En este lugar tuvo noticia de que en la punta de Ayllaquina andaba un indio valeroso con algunos escuadrones de a pié y de a caballo; y tomando consigo a los capitanes Pedro Ordeñez Delgadillo, don Bartolomé Morejon y Tiburcio de Heredia, dió una trasnochada a los enemigos y los desbarató y mató muchos de ellos ayudado de los indios amigos suyos que erán animosos y fieles, de aquí pasó a los términos de Villa-Rica donde salia ordinariamente a campear él y sus capitanes, haciendo frecuentes suertes en

los paganos, sin parar de estos ejercicios hasta que se gastó en ellos todo aquel año.

CAPITULO XXXV.

De la partida de don Luis de Sotomayor para España, y las batallas de Chipimo, Angol y Puren.

Pareciéndole al gobernador que las provincias circunvecinas a Valdivia donde el coronel su hermano andaba tenian alguna manera de sociego por estar los indios mui domados, y que era menester acudir con toda la fuerza a las partes de Arauco, acordó de sacar a su hermano de la guerra y enviarlo a España a dar cuenta a la majestad católica del rei don Felipe, del estado de las cosas de Chile y pedirle socorro para ellas. Y habiéndolo llamado a Gualqui donde él estaba y despachádolo con sus criados, hizo nuevo nombramiento de oficiales de guerra con ocasion de su partida. El oficio de coronel dió a Francisco del Campo y por maestre de campo nombró al sarjento mayor Alonso García Ramon, señalando en su lugar a Tiburcio Heredia, y a Campo Frio de Carabajal por alferez jeneral de su ejército. Y habiéndolo ordenado de esta manera salió a campear por Guadaba y Mareguano, haciendo admirables suertes en los indios. Y como una vez se pasasen algunos dias sin haber un indio a las manos, para saber dél donde estaba el campo contrario, salieron cuatro soldados a correr las haldas de Catirai con deseo de topar alguno. A este tiempo estaba un indio de mui grande cuerpo y no menos fuerzas junto a una quebrada desollando un caballo para aprovecharse de los nervios dél para cuerda de su arco: divisó a este indio un soldado cuyo nombre era Cristóval de Morales de los mas famosos de todo Chile; y batiendo las piernas al caballo, se puso brevemente en parte donde se oyesen a placer. Viéndole el indio tan cerca le dijo: perro, apéate de ese caballo, desafiándole a lucha de a pié nó porque temiese al hombre de a caballo, porque sabia que en el lugar donde él estaba no era posible pelear de otra manera. Antes fuera cobardía el decirle al español que no descendiese, pues en tal caso tuviera el indio ventajas de su parte por estar junto a la ladera. A esto respondió el cristiano: perro ¿no tienes vergüenza de ponerte delante de mí que soi Morales el español? Entónces replicó el indio: pues perro, ¿no tienes tú vergüenza de hollar mi tierra y pasar por delante de mis ojos, ni aun por distrito de mi patria siendo yo vivo? no sabes tú que soi yo maestre de campo de toda esta tierra y me llamo Mellinango que quiere decir cuatro leones? Oyendo esto Morales se bajó del caballo y hincando la lanza en tierra lo ató en ella de las riendas, y partió para el indio con ánimo de un César poniendo mano a su espada. Ya el indio habia entónces tomado su lanza que era de treinta palmos y la tenia terciada de suerte que en llegando el español a tiro, hizo un bote con ella con que lo pasara de banda a banda si el soldado no fuera tan diestro en rebatirlo con la espada desviándose tan li-

jeramente, que le ganó la punta de la lanza, y cerró con él tirándole una estocada que fué como dar en peña, porque la defendió un peto de cuero crudo que traia. Y siendo todo esto en un pensamiento, se abrazaron los dos con grande furia, excediendo el indio por mas de tres dedos de cuerpo al español que era bien alto y fornido, y pareciéndole al bárbaro que él estaba mas suelto, se dejó caer por la ladera llevando aferrado al español, y asi fueron rodando abrazados los dos mas de cuarenta estados hasta un lugar que era algo llano, sin dejar el indio la lanza por mas vueltas que daba. Y quiso su ventura que acertase a caer sobre el cristiano; mas como no tuviese instrumento acomodado para matarlo, le echó un bocado en la garganta, aferrando los dientes en ella tan tenazmente, que ya el otro echaba la lengua de fuera y estaba agonizando. Pero con las ánsias de la muerte estendió la mano y sacó un cuchillo que traia metido entre la pierna y la bota (como es costumbre) y con él dió siete puñaladas al indio por la barriga dejándolo muerto y quedando él tan aturdido, que no acertaba a quitarlo de sobre sí. Conocí yo a este soldado y ví las señales que traia y trae hasta hoi de los dientes que le clavó el indio: mas no fué solamente este el lance donde mostró su valentía, pues tambien hubo otros muchos donde hizo ostentacion de ella; como fué en la batalla que el gobernador tuvo al pié de la cuesta de Villagran con mas de diez mil indios donde peleó este soldado desnudo para mostrar que hacia poco caso de los enemigos, pues no se curaba de reparar con que defenderse de ellos. Y despues el año de mil y quinientos y ochenta y ocho, yendo a Guadaba en compañía del maestre de campo Alonso García Ramon con ochenta hombres a una maloca, sucedió que acometiendo los indios con gran furia, cayeron en tierra el maestre de campo y otros dos soldados dando sobre ellos toda la fuerza de los enemigos sin hallarse cerca hombre que los guareciese mas que Morales, el cual se opuso a todo el ímpetu de los contrarios; y con sola su espada los reprimió y detuvo recibiendo muchas heridas y entre ellas una que le pasó de parte a parte, dando lugar con esto que los suyos se levantasen escapándose de tan manifiesto peligro.

Despues de haber corrido las haldas de Catirai se alojó nuestro ejército en Chipimo, donde hubo noticia de una gran multitud de indios contrarios que estaban esperando ocasion para hacer suerte en los nuestros. Pidió licencia el maestre de campo al gobernador para avenirse con ellos, y habida se puso con ochenta hombres en una emboscada cerca de los reales, dejando por allí algunos caballos de propósito para cebar los indios; y como despues de esto fuese marchando y viesen los indios que llegaba a lo alto de un cerro, salieron dando alaridos y se pusieron en el sitio de donde habia salido nuestro campo, amenazando desde allí a los nuestros que estaban en talanquera y cojiendo los caballos que estaban al parecer desamparados. A este tiempo salió el maestre de campo con los demas emboscados y dió sobre los indios de improviso, matando buen número de ellos al primer encuentro. Y

luego se trabó la escaramuza con tanta destreza de ambas partes, que el ejército que estaba a la mira desde lo alto, tuvo aquel dia harto que ver, quedando finalmente los nuestros vencedores.

Pasados algunos dias llegó el ejército a Puren donde el gobernador fabricó una fortaleza para salir de ella a campear la tierra. Sintieron mucho esto los enemigos, y juntándose en algunos escuadrones cercaron el fuerte haciendo presa en los caballos y ganado para vengarse de los españoles. No fueron ellos lerdos en salir a quitarles el hurto de las manos dándoles una guazabara con grande estrépito y gallardía, y en particular el maestre de campo acometió al escuadron de los que llevaban el ganado y les dió en la cabeza matando los mas de ellos poniendo a los demas en huida y quedando el campo desembarazado.

Ya era tiempo de que el gobernador visitase las ciudades que estaban en frontera de enemigos, y dejando al maestre de campo en este fuerte de Puren con doscientos hombres se fué la vuelta de los Infantes con el resto de su campo, nombrando nuevamente por capitan a don Juan Rodolfo, hijo de Pedro Lisperger, por haberse señalado en diversas ocasiones y derramado sangre muchas veces por servir al rei. Y estando la jente española de partida, en estos dos puestos, salian ordinariamente a campear por diversas partes, uno de los infantes con el gobernador y otros del presidio de Puren con el maestre de campo que nunca dejaba de hacer maravillosas suertes en las indias. Viendo ellos que los nuestros estaban divididos, juntaron toda su fuerza en un ejército nombrando por jeneral a Cadiguala, indio extraordinariamente fuerte y belicoso. Y fué tanto su atrevimiento, que llegó con su campo a la ciudad de los Infantes y le puso fuego con saber que estaba dentro don Alonso de Sotomayor con su jente. Salió el mesmo gobernador en persona a esto con doscientos de a caballo; mas fué tan escasa la medra de este encuentro, que los indios pelearon sin recebir daño, ántes lo hicieron a los nuestros matándoles un indio amigo llamado Caninango, que era capitan de los que seguian a los de nuestro bando. Hecho esto se fueron a dar en la fortaleza de Puren, lo cual entendió luego el gobernador; y aprestándose con toda dilijencia salió con sesenta hombres a dar socorro al maestre de campo. Y como llegando una legua de la fortaleza fuese visto de los enemigos, acordaron de no acometer, aunque habia entre ellos trescientos de a caballo y eran los de a pié en grande suma, porque como vieron que la ciudad quedaba con poca jente, pareció mas acertado volver sobre ella y así lo pusieron luego por obra. Tampoco esto se le encubrió a don Alonso, ni fué ménos dilijente que ellos en volver a la ciudad a resistir al enemigo. Mas era tanta la gana que él tenia de emplear sus bríos, que tornó a revolver sobre la fortaleza llevando de camino cantidad de madera y otros instrumentos para escalarla; y habiendo llegado cerca de ella alojó su jente en sitio cómodo, haciendo una palizada para su defensa. Salió de allí el mesmo Cadiguala con ciento de a caballo y se llegó al fuerte retando al maestre de campo con grandes blasones y soberbia; mas no se fué alabando de

ello, porque saliendo los nuestros le desbarataron su ejército matando al mesmo Cadiguala con muchos de los suyos. A este tenor se vivia en aquel tiempo en este fuerte de Puren, de donde salia el maestre de campo ordinariamente a campear la tierra hasta los Infantes, haciendo siempre buenas suertes.

CAPITULO XXXVI.

De cierto motin que hubo entre españoles, y de las batallas que dieron los indios a nuestro maestre de campo en los Infantes.

Llegábase ya el tiempo de salir el gobernador a visitar las ciudades de arriba, y para efectuarlo fructuosamente, ordenó que fuese el maestre de campo por otra parte a las ciudades de la Concepcion y Santiago para proveer entre otras cosas, de bastimentos y municiones a los dos fuertes de Biobio, llamados el uno la Santísima Trinidad, el otro el Espíritu Santo. Y por ausencia del maestre de campo, quedó en su lugar en la fortaleza de Puren Tiburcio de Heredia, el cual enfermó dentro de pocos dias con los muchos trabajos y poco alivio del lugar y tiempo. Viéndose algunos soldados pobres, hambrientos aflijidos y sin esperanza de remuneracion de sus trabajos, acordaron de amotinarse, pues la persona de Alonso García Ramon estaba ausente, y el que tenia sus veces mui enfermo. Y el concierto entre ellos fué de esta manera, que tomando las mejores armas y caballos habian de ir a la ciudad de los Infantes y a la de Chillan y a los dos fuertes de Biobio, a llevar de camino algunos amigos suyos tan desesperados como ellos, y con toda esta fuerza habian de dar sobre la ciudad de Santiago saqueándola con mano armada para irse con todas sus riquezas al reino de Tucuman, y aposesionarse de él como señores absolutos. No pudo esto apercebirse tan secretamente que no lo entendiese Tiburcio de Heredia, el cual llamando a algunos de los amotinados, les rogó fuesen por bastimentos a la Imperial donde el gobernador estaba, y para hacerlo seguramente, envió con ellos otros soldados de confianza y una carta para don Alonso escrita en lengua flamenca que los dos solos la entendian. No rehusaron estos soldados la jornada por ser de solas doce leguas y no descubrir sus intentos si resistian al mandato. Viendo el gobernador la carta acudió puntualmente con un escuadron de españoles con achaque de visitar al enfermo y bastecer la fortaleza; y habiéndolo hecho con este título se fué la vuelta de los Infantes haciendo mudanza de algunos soldados, de manera que entre los que sacó de la fortaleza fueron los principales del motin que se rujia. Y llegando con ellos a los Infantes les mandó dar garrote a todos, con lo cual se obvió el notable daño que pudiera causarse en estos reinos si Dios nuestro Señor no lo remediára.

Habia el gobernador enviado a Juan Alvarez de Luna al viso-rei del Perú que era don Hernando de Torres y Portugal, y como se volviese frustrado de su pretension que era traer socorro de jente para la guerra

por no haber comodidad por entónces para dárselo, se resolvió don Alonso de Sotomayor en despoblar el fuerte de Puren como lo hizo entrándose con su jente a dar una vuelta por las ciudades Imperial y de los Infantes y provincia de los Coiuncos hasta la cordillera nevada, sin cesar de hacer asaltos y dar trasnochadas a los indios quemándoles las sementeras y llevándoles sus ganados; y por ser la ciudad de los Infantes la mas combatida de enemigos que habia en estos tiempos, puso en ella de propósito al maestre de campo Alonso García Ramon, el cual como era hombre de sangre en el ojo y vió que estaba esta ciudad a su cargo, tomó a pechos el favorecerla y perseguir sus enemigos hasta no dejar de ellos hombre a vida. Fabricó en ella un fuerte con sus cuartos, y amplióla con oficiales de guerra y otros resguardos necesarios y no cesaba de salir a campear por todas las comarcas de Pillalco y Voquilemo y las demas del distrito.

Y como una vez tuviese noticia de una junta de dos mil indios que estaban en un banquete y embriaguez, apercibiéndose para la guerra salió a ellos con setenta hombres y los desbarató y mató muchos de aquel bando volviendo a la ciudad con los despojos. Pero suelen los indios de estos términos encarnizarse tanto con las pérdidas y engreirse con las victorias, que el gran tezon que el maestre de campo ponia en no dejarlos vivir a sol ni a sombra les era motivo para ser ellos mas inflexibles y pertinaces. Y llegó esto a tanto, que un dia de 1586 vinieron solos seis indios sobre la ciudad y se pusieron una legua de ella en un valle llamado Maruel donde prendieron algunos yanaconas y cojieron muchos caballos; y con esta presa se embarcaron para hacer aquella noche suerte en la jente del pueblo. Vino a dar noticia desto una espía de las que tenia puestas el maestre de campo, la cual envió un caudillo con su compañía de soldados que le trajese a los salteadores. Llegaron estos españoles a donde los indios estaban, los cuales por verse muchas leguas de su tierra y que era imposible huir sin ser alcanzados, se resolvieron en no dejar de pelear hasta perder las vidas o ganar la honra. Y haciéndoles su capitan un parlamento para animarlos a la batalla, comenzaron a pelear como unos leones tomando por reparo un pequeño arroyo en el lugar mas montuoso donde se defendian valerosamente. Y como llegase la noche y los nuestros experimentasen que los indios no aflojaban, se arrojaron al agua para de una vez acabar con ellos aunque fuese con dispendio de su sangre. Seria intento vano el pretender ponderar aquí las hazañas con que estos seis indios mere- cieron ganar mayor fama que los doce pares: mas ya que no tuviero ventura de que yo supiese los nombres de todos seis para celeb será razon que el capitan goce de ella cuyo nombre es el que en dos se ha sabido de cierto que es Rancheuque, el cual como no p entre la espesura jugar cómodamente de la lanza que era de palmos, la hizo pedazos a vista de todos quedándose con una con ella hizo rostro a todos los que le acometieron y dió tres lan nuestro capitan, y aun si no le socorrieran le dejara tendido en

el cual hecho imitó otro indio puntualmente derribando a otro soldado del bando de los españoles; y así se fueron todos seis sin lesion alguna dejando a los nuestros harto maltratados.

Dentro de pocos dias volvieron a la ciudad estos mesmos indios y entraron de noche hasta la iglesia de San Francisco por una reja que el capitan sacó de su lugar a fuerza de brazos. Y estando dentro tomaron un crucifijo y una imájen de nuestra Señora y las frontales y casullas para hacer de ellas vestidos a su modo y con esto se fueron sin ser sentidos. Fué tan grande el coraje en que se encendió el maestre de campo con estas insolencias, que salió con los suyos a proseguir la guerra a fuego y a sangre donde hizo grande riza en los enemigos y les desbarató el fuerte llamado Mututico en la provincia de Mayoco: y los persiguió tan desapiadadamente que los indios hubieron de rendirse y venir a dar la paz, cosa que jamas habian hecho hasta entónces. Habiéndolos el maestre de campo recibido y acariciado, les hizo un solemne banquete donde viéndolos a todos juntos, hizo semejante lance al que se cuenta haber hecho Absalon cuando dió sobre Ammon su hermano en el convite, aunque no dió este capitan la muerte a alguno de ellos, contentándose con prender las principales cabezas que era mas conforme a su intento. Y teniendo en prisiones a los caciques los regaló con grande vijilancia, dándoles a entender que no los tenia allí por molestarlos si no para que diesen trasa en que todos sus súbditos viniesen allí a dar la paz que era lo que todos deseaban. Fué tanta la dilijencia que los caciques pusieron en esto, por verse libres de aquella angustia, que en pocos dias vinieron gran suma de indios de todas partes a la ciudad donde sus capitanes estaban, con todos los cuales hizo el maestre de campo nuevas poblaciones al rededor de la ciudad por tener los indios a la vista sin que pudiesen desmandarse. Los pueblos que en esta ocasion se redujeron por industria del maestre de campo, fueron: Molchon, Longotoro, Boquilemo, Chichaco, Maloco, y Lanlamilla. Con esta traza se sosegaron los indios y ganó el maestre de campo Alonso García Ramon, casi tanto nombre como Lorenzo Bernal de Mercado por las muchas hazañas con que mostró su valor en cinco años contínuos que sustentó esta ciudad de los Infantes; y en parte era tenido de algunos por mas aventajado por haber traido muchos indios a la paz en diversas ocasiones; lo cual se vió pocas veces en Lorenzo Bernal que lo llevaba todo por punta de lanza.

Sucedió una vez que un indio amigo de unos españoles, de quien se fiaban mucho y lo tenian por espía, usó de traicion con ellos de esta manera: Dijo al maestre de campo que en cierto lugar de aquel distrito habia muchos indios con sus hijos y mujeres en quien se podria hacer lance por estar totalmente descuidados. Salió a esto él en persona con veinte y cinco de a caballo a los cuales fué este indio metiendo por una quebrada tan escabrosa que hubieron de dejar los caballos con ocho hombres que los guardasen, entrándose los 17 a lo mas profundo de aquel sitio. Y cuando ménos pensaron se vieron cercados de

grandes escuadrones de enemigos y forzados a pelear con ellos so pena de perder las vidas. Fuera largo negocio el referir por estenso las veces que los nuestros se vieron a canto de dar consigo en tierra de puro cansados si el maestre de campo no los animara aunque estaba derramando mas sangre que otro alguno. Viendo los indios que se defendian tan extraordinariamente los españoles que ellos pensaban rendir al primer encuentro por estar a pié y haber para cada uno doscientos contrarios, enviaron algunas compañías que entretuviesen a los ocho soldados que estaban en guarda de los caballos, y pusieron jente por todo el camino para que los nuestros no tuviesen lugar de retirada. Mas como Alonso García entendiese que el aflojar era perderse andaba juntamente peleando y diciendo a los suyos palabras de buen capitan con que los animaba llamando con tino a Santiago y ordenando las cosas con tanta reportacion como si él estuviera puesto en talanquera. Ya que los españoles no podian menearse, dió una voz el maestre de campo con que los despertó y metió de nuevo en la refriega peleando otras tres horas contínuas, que fuera cosa increible si los testigos no fueran tan auténticos. Finalmente, prevalecieron tanto los españoles, que los indios se fueron retirando a un lugar mas estrecho, parte por meter a los nuestros en mayor estrechura, y parte porque en efecto se veian apurados; mas como Alonso García les entendió la estratajema, no quiso seguir el alcance sino dió la vuelta por donde habia entrado, dejando burlados a los indios con mas pérdida que ganancia, aunque los nuestros salieron tan mal heridos, que tuvieron que curar por muchos dias; en particular el maestre de campo que estuvo a punto de perder un ojo de una herida que le dieron junto a él, y estuvo casi ciego de la mucha sangre que derramó en esta batalla que fué de las mas famosas de este reino.

CAPITULO XXXVII.

De la refriega que tuvieron los de Santiago con Tomas Schandi ingles en Valparaiso, y del socorro que trajeron del Perú don Fernando de Córdova y don Luis de Caravajal.

Llegada la pascua de navidad del año de 1587, parecieron cerca de la Concepcion dos velas de ingleses corsarios que habian entrado por el estrecho de Magallanes cuyo capitan se llamaba Tomás Schandi. Viendo estos navíos el maestre de campo Alonso García Ramon, sospechó lo que podria ser y juntó a gran priesa la mas jente que pudo yéndose con ella al puerto para pelear con el pirata si saltase en tierra, mas como viese que tomaba la derrota del Perú, despachó luego mensajeros a la Imperial donde estaba el gobernador, y a la ciudad de Santiago para que enviasen aviso al conde del Villar llamado don Fernando de Torres y Portugal virei del Perú, yéndose el mesmo maestre de campo por la costa abajo a esperar al pirata donde quiera que surjiese. Y no contento con esto le pareció mas acertado no-

remitir el despacho del aviso a terceras personas, sino enviarlo él mesmo; y así lo hizo juntando a los vecinos de la Concepcion a consulta sobre el caso y con toda brevedad despachó un barco grande con algunas personas, las cuales se escaparon perdiéndose el barco con un temporal ántes de llegar a Valparaiso. Pero las personas llegaron a este puerto donde se embarcaron en un navío en que fueron a la ciudad de los Reyes y dieron al virei noticia de lo que pasaba: lo cual fué de mucha importancia para poner prevencion i resguardo en toda la costa, de suerte que no llevase el corsario la presa que habia cojido el capitan Francisco ocho años ántes. Y así le sucedió tan mal, que aunque llevó fué en la cabeza, porque llegando al puerto de Valparaiso le salieron a resistir el correjidor de Santiago y algunos vecinos y soldados, los cuales acometieron al tiempo que los ingleses estaban tomando agua, y mataron veinte de ellos habiendo andado un rato a la mesapela: y si no fuera por la lijereza con que se recojieron a un peñol metido en el agua donde no llegaban los nuestros por los muchos tiros que disparaban de sus navíos no quedara hombre a vida. Y despues de esto le sucedió lo mesmo al fin de la costa del Perú estando mui despacio dando carena y refocilándose en la isla de la Puna. Porque viniendo de Quito los capitanes don Rodrigo Nuñez de Bonilla y Juan de Galarza su cuñado con 60 hombres, y juntándose en Guayaquil con el correjidor Reinoso, que tenia otros 60, fueron de noche en balsas y amanecieron en la isla dando sobre los ingleses que estaban en una casa principal del cacique a la cual pusieron fuego los nuestros para quemar los que estaban dentro, matando y prendiendo los que salian de la casa. Y si no fuera por la mucha artillería que disparaban de los navíos que amedrentaba a los españoles no quedaria un ingles a vida, con todo eso prendieron algunos por la dilijencia de tres o cuatro soldados mayormente del capitan don Rodrigo Nuñez de Bonilla que tomó la bandera en la mano y estuvo firme sin volver el pié atrás por temor de las balas. Y no era nuevo en este caballero señalarse en servicios del rei, no solamente por haberlo heredado de su padre que se esmeró en las batallas contra Gonzalo Pizarro y otros rebelados con su persona y hacienda, mas tambien por lo que el mesmo don Rodrigo habia hecho de edad de 18 años levantando bandera y entrando en los Quijos a castigar los indios rebelados que se habian levantado con tres ciudades matando a todos los españoles hombres y mujeres hasta los niños de las cunas; las cuales ciudades ganó de nuevo don Rodrigo y las pobló en el estado que hoi tienen. Sabiendo el conde de Villar virei del Perú, como estos ingleses andaban por las costas, dió órden desde el dia que le llegó esta nueva, en que se obviase el daño que podian causar en estos reinos. Y por acudir de un camino a impedir estos enemigos y juntamente socorrer a Chile con la mesma jente que salia contra ellos, mandó aprestar algunas compañías de soldados que acudiesen a guardar el puerto de Arica donde estaba gran suma de plata: y para esto envió a mandar

que se hiciese jente en Potosí, cometiendo esta dilijencia a don Fernando de Córdova hijo de don Antonio Fernandez de Córdova y de doña María de Figueroa señores de la villa de Belmonte, y descendientes por línea recta de la casa del marques de Pliego dentro del cuarto grado y deudos cercanos de los duques de César y Feria, y a don Luis de Caravajal hijo del señor de Jadar persona de mucha cualidad y estofa, para que cada uno levantase 200 hombres; el cual don Luis y don Fernando habiendo recibido las conductas de capitanes levantaron bandera en Potosí y sus términos, y juntaron doscientos soldados cada uno y los llevaron por tierra seséntа leguas hasta el puerto de Arica donde se embarcaron con ellas para Chile, que fué socorro de grande importancia para reprimir los brios y avilantez de los indios rebelados. Y fué tanta la dilijencia que este don Fernando puso en esto, que recibiendo la conducta en fin de setiembre de 1588, estaba ya gran parte de la jente puesta en Arica al fin del mes siguiente de noviembre. Fueron estraordinarias las calamidades que se padecieron en este viaje por haber cojido un récio temporal a los navíos que los metió 500 leguas la mar adentro, y detuvo mas de 60 dias a la capitana donde iba don Fernando, de suerte que estuvieron a pique de morir de sed y hambre. Plugo a nuestro Señor que don Fernando hubiese proveido de muchas mas aguas y vituallas que los oficiales reales habian dado en Arica, pareciéndoles que a lo mas largo duraria el viaje 25 dias como suele: y con esto el cuidado que don Fernando tenia de ir acortando las raciones contra la opinion de todos, pudieron sustentarse hasta tomar puerto en Coquimbo y despues en Valparaiso. Conforme a esto gastó el dicho don Fernando de Córdova y Figueroa muchos millares de pesos de su bolsa en las vituallas que añadió y en los regalos y agasajos que hizo a los soldados por los puertos y caminos para conservarlos hasta Chile, como en efecto lo hizo sin faltarle ninguno. Y cobró de aquí tanta opinion que pasado algun tiempo lo nombró don García Hurtado de Mendoza marques de Cañete y visorei del Perú, por jeneral de la flota que fué de la ciudad de los Reyes a tierra firme por ser necesaria persona de mucha autoridad para defenderla de los corsarios ingleses que entraron por el estrecho de Magallanes con Richart de Aquines. Y aun en el mesmo puerto de Panamá hizo don Fernando muchas prevenciones contra ellos, aunque no pasaron los enemigos tan adelante por haberlos cojido don Beltran de la Cueva que salió de Lima contra ellos.

Fué el socorro que don Fernando de Córdova metió en Chile de tanta eficacia para bien del rei, que en pocos dias vinieron a dar la paz los indios de San Bartolomé de Chillan, Angol, la Imperial y Concepcion que hasta entónces andaban mui inquietos, mas no por eso dejaban de alborotarse en viendo puerta para usar de su libertad, ni el gobernador aflojaba en formar ejércitos todos los veranos asistiendo en él su mesma persona; y cuando se recojia a las ciudades por ser invierno, quedaba en su lugar el maestre de campo Alonso García Ramon con extraordinarios trabajos y asperezas que padecia el

y los de su campo que bastaran a hacer salir de tino a los hombres mas animosos del mundo; y así habia muchos soldados que buscaban ocasion de huirse y lo ponian por obra cuando habia ocasion para ello, y en particular se atrevieron a esto seis hombres apurados de tantas desventuras cuyos nombres eran Pedro de Mardones, Manuel Vasques, Alonso de Roque, Francisco de Rincon y Francisco Hernandez. Padecieron éstos innumerables calamidades entre las nieves, lodos y hambres de la sierra nevada por donde caminaban sin guia ni vereda. Y sobre todos sus trabajos dieron una noche los indios de guerra sobre ellos y trabaron una furiosa guazabara donde estuvieron peleando desde la media noche hasta el dia; eran los indios pasados de 200 y todos criados en la guerra y mui fornidos y membrudos y con todo esto les dieron tanto en que entender aquellos seis españoles que hubieron de retirarse, habiendo derramado harta sangre. Y como al tiempo de volver las espaldas levantasen tan grande alarido como suelen, espantáronse los caballos de manera que se fueron por el campo desparramados dejando a pié a los pobres españoles, los cuales llegaron al cabo de muchos dias al valle de Cubo tan perdidos y desfigurados que parecian estatuas y con un hombre ménos, cuyo es el nombre que no se puso con los cinco referidos por no saber como se llamaba.

En este tiempo era mui perseguida la ciudad de los Infantes de un ejército de enemigos que se habian recojidos en Guadaba, habiendo salido en algunas refriegas con victoria de los españoles. Contra éstos salió el maestre de campo Alonso García Ramon con 40 soldados y dió en ellos al cuarto del alba cojiendo sus hijos y mujeres y algunos de los indios de pelea; mas los que salieron huyendo tocaron arma con tanta presteza que se juntaron brevemente obra de 100 indios estando los demas ocupados en sus haciendas en diversas partes. Mas estos 100 vinieron tan encarnizados, que alcanzando a los nuestros con ánimo de quitarles la presa, trabaron una escaramuza con tanto coraje que los pusieron en grande aprieto, y fué el negocio de manera que los nuestros salieron mui maltratados y heridos, y aun se perdieran sin duda alguna si no intercediera el valor del maestre de campo que animaba a sus soldados y se opuso en cierta coyuntura a toda la fuerza de los enemigos que le derribaron de una barranca donde otro se quedara tendido y él se levantó con tantos brios que revolvió sobre los indios y dió en ellos como el leon desatado o por mejor decir como español colérico, de suerte que al cabo quedó la victoria de su parte.

CAPITULO XXXVIII.

Del nuevo socorro de soldados que vino de España con los capitanes Diego de Peñalosa Briseño i don Pedro Paez Castillejo, y de las batallas de Tucapel y Arauco.

El año de 1590 llegó a la ciudad de Panamá don Luis de Sotomayor con 600 soldados que traia para este reino: mas como el tiempo anduviese revuelto con temores de ingleses piratas que andaban por

la mar del norte, fué necesario que los 400 de ellos volviesen a España en guarda de la flota que llevaba gran suma de barras de plata y tejos de oro. Hallóse en Panamá a esta cuyuntura don García Hurtado de Mendoza que venia por visorei del Perú; el cual ordenó que el mesmo don Luis de Sotomayor volviese a España con los soldados, encargando los otros 200 a los capitanes don Pedro Paez Castillejo y Diego de Peñalosa Briseño los cuales los trajeron a este reino. Con este socorro y la jente que el gobernador tenia; entró en los estados de Arauco y Tucapel a tomar la guerra de propósito. Y entre los capitanes viejos que él tenia y los dos que llegaron, como está dicho, nombró por nuevo capitan a Pedro de Cuevas que habia entrado en este reino con el mesmo don Alonso de edad de 16 años en compañía de su tio Francisco de Cuevas que vino de capitan desde España. Este soldado habia dado tambien cuenta de sí en todas las ocasiones que se ofrecieron en 7 años que mereció a los 23 de su edad ser elejido por capitan y aun lo pudiera ser mucho ántes si no fuera por falta de ella. Porque demás de ser mui fuerte y animoso y el primero que se abalanzaba a los peligros y de mucho conocimiento en cosas de güerra; era tambien excelente hombre de a caballo con tantas ventajas, que cuando llegó a la ciudad de los Reyes y se ofrecia jugar cañas, acudia la jente a verle a él solo mas que a todo el resto. Y lo mejor que tuvo sobre todas estas cosas fué que el año de 93, por particular misericordia de Dios Nuestro Señor elijió ser soldado de su hijo Jesucristo mas que capitan de los reyes de la tierra: y así se metió debajo de la bandera de este divino adalid y cierto caudillo entrándose en la compañía de Jesus donde ha sido soldado espiritual de tantas ventajas, que exede proporcionalmente a los que habia sido en el mundo con haberse hallado en todas las batallas y rebates referidos en esta 3.ª parte siempre con grandes alabanzas de los capitanes y señores entre quienes andaba. Y echárase de ver la medra espiritual de este soldado en que convidando y aun insistiéndole sus superiores en que fuese sacerdote, pues tenia parte para ello, nunca se pudo acabar con él porque tuvo a mayor felicidad y aun seguridad en esta vida servir Dios en oficios humildes sin campear ante los ojos de los hom[illegible] Pluguiera Dios y hallara yo muchos frutos de estos en los de esta historia que de mejor gana los escribiera para edifica[illegible] los lectores, que las exhorbitancia y desafueros que tantas [illegible] han venido a las manos. Habiendo pues, elejido el gobernador [illegible] capitan lo llevó con su compañía y la del capitan don Juan [illegible] que serian por todos 150 hombres, y dió en una trasnochada [illegible] campo de los enemigos que estaban alojados en Angol en el [illegible] poblado de los Confines. Hizo aquí una gran matanza que [illegible] fin con la victoria y muchos despojos de armas y ganado [illegible] poner resguardo a lo de adelante fabricó allí cerca una fo[illegible] mada de la Candelaria y mandó despoblar las dos que él habia [illegible] en las orillas de Bio-bio por ser mui costosas y estar [illegible]

grandes peligros. Demas de esto nombró por correjidor y capitan de la Imperial a don Bartolomé Morejon, el cual se dió tan buena maña y tuvo tanta ventura, que en dos años allanó toda aquella comarca que estaba mui alborotada y hacian los enemigos frecuentes presas en los indios que estaban sujetos a los españoles.

Habiendo dado órden en estas cosas y formado campo para entrar en Arauco, comenzó el gobernador a marchar con él pasando por los Infantes donde ya se gozaba de algun sosiego. A esta sazon llegó allí el coronel Francisco del Campo que habia servido mucho al rei en los términos de Valdivia, Osorno y la Villa-Rica, y suplicó al gobernador le descargase del oficio, pues estaba ya viejo y mui quebrantado de andar tantos años con las armas en la mano en los dichos distritos despues de haber servido al rei en Flandes tanto tiempo como se dijo arriba. Dióle el gobernador contento y licencia para descansar pues lo merecian sus trabajos, y nombró en su lugar al capitan Rafael Portocarrero, el cual fué marchando con el ejército hácia Tucapel y Arauco y se alojó en el estero de Vergara donde en la reseña que se hizo en presencia del gobernador se hallaron 415 españoles y entre ellos 250 arcabuceros. En este puesto fué nombrado por alferez jeneral un cuñado del gobernador llamado don Cárlos de Irazabal; y por capitanes don Pedro Paez Castillejos, don Bartolomé Morejon, don Juan Rodolfo, Diego de Ulloa y Pedro de Cuevas. Y estando todo puesto a punto fueron corriendo la tierra de Mareguano, Millapoa y Talcamavida; finalmente aportaron a la cuesta de Villagran para entrar por ella en Arauco. En este paso estaban fortificados los enemigos como lo habian hecho en todas las ocasiones que veian entrar españoles, mas con todo eso fueron los nuestros caminando sin miedo llevando a la vista grandes huestes de enemigos que los seguian sin atreverse a acometerles hasta llegar al fuerte que los indios tenian hecho. En frontera de este se alojó la jente española y se recojió el bagaje en lugar cómodo. Hecho esto se dispusieron los escuadrones arcabuceros y los de la jente de a caballo poniéndose a punto de batalla, y aunque los indios tenian puestas muchas albarradas y estaquerías y abierto hoyos con otras estratajemas y prevenciones, con todo esto acometieron los nuestros y trabaron batalla mui sangrienta por espacio de dos horas donde mataron muchos del bando contrario con pérdida de nuestra parte de un caballero portugues del hábito de Cristo que lo mató un soldado bisoño de un arcabuzaso. En resolucion el fuerte de los enemigos quedó desbaratado y la jente española bajó sin contradiccion al campo raso junto a la marina, y al dia siguiente se alojó en el sitio donde solia estar la casa fuerte en tiempo de Valdivia, don García y otros gobernadores. Y habiéndose esparcido por aquella tierra talando sementeras y cojiendo ganados de los contrarios, puso los ojos don Alonso en un sitio mui cómodo y apasible, así por tener manantiales como por estar cerca del puerto, y allí fabricó una casa fuerte con mucho trabajo de los soldados que trabajaban

por una parte en esta obra y por otra se desfendian de los contrarios.

Habiendo puesto la última mano en este edificio salian los nuestros con mucha frecuencia a dar trasnochadas y otros rebatos a los adversarios hallándose en todo el maestre de campo en persona. Con lo cual se vieron los indios tan acosados que muchos dellos acudieron a dar la paz sujetándose a los españoles: mas habia otros tan perseverantes en la defensa de sus tierras, que se congregaron para dar en los nuestros y morir y matar segun les ayudase su fortuna. Y estando formando campo de 8,000 de ellos, comenzaron a marchar en busca del maestre de campo que andaba campeando léjos de la fortaleza; pero el jeneral que estaba en ella como supo lo que pasaba, salió al punto con 100 y tantos españoles y llegó a la vista de los enemigos los cuales se fueron retirando y los nuestros tras dellos picándoles en la retaguardia a tiempo que el maestro de campo con su jente llegaba en busca dellos.

Habiendo todos juntos dado vuelta a la fortaleza, envió el gobernador al maestre de campo Alonso García Ramon a la ciudad de los Reyes para pedir socorro de jente y municiones al visorei que a la sazon era don García Hurtado de Mendoza marques de Cañete de cuya respuesta se dirá a su tiempo. En el interin salió el gobernador a correr la tierra no echando lance sin sacar fructo en lo que toca a la pacificacion de los indios rebelados y en particular se redujeron los de la isla de Santa María que se habian alzado el año [sic] por el mal tratamiento que les hacia un español sobrestante. Tambien apaciguó gran parte en los estados de Tucapel y recojió don Alonso gran fuerza de bastimentos y ganados en la quebrada de Lincoya; y habiéndose recojido envió a los capitanes Pedro Cortes y don Juan Rodolfo con sus compañías de a caballo a campear toda aquella tierra. Estos encontraron en el camino dos opulentos escuadrones de enemigos con los cuales tuvieron batalla campal que duró mas de 5 horas contínuas, saliendo finalmente los españoles victoriosos, aunque maltratados y heridos y con pérdida de un soldado.

Con esto puso don Alonso de Sotomayor fin a las batallas que tuvo en Chile, en todas las cuales y las demas cosas del gobierno mostró siempre mucho valor y prudencia y no era esto nuevo en su persona porque muchos años ántes babia sido de tal estimacion entre los capitanes de Flandes, que habiendo de enviar los jenerales del campo del rei embajador a su majestad, pusieron los ojos en este caballero por la satisfaccion que del tenian. Y como en aquel viaje encontrase con él el señor don Juan de Austria, lo volvió consigo por no ser por entónces nesesaria su embajada; y despues que llegó a Flandes lo tornó a enviar él mesmo a efectuarla en el cual camino llevó por guia a Juan Enriquez, flamenco que le ayudó mucho despues en Chile.

CAPITULO XXXIX.

De la partida del gobernador don Alonso de Sotomayor para el Perú, quedando en su lugar el maestre de campo Alonso García Ramon que vino con el socorro enviado por el marques de Cañete don García Hurtado de Mendoza.

El celo que don García de Mendoza visorei del Perú trajo de España acerca del remedio de las cosas de Chile, se manifestó así en otras ocasiones del discurso de su gobierno como en esta de que tratamos, que fué la ida del maestre de campo a pedirle jente de socorro porque tomó esto con tantas veras, que en pocos dias lo despachó con buen número de soldados, y algunas ayudas de costas para acabar ya con guerra tan prolija. Llegó el maestre de campo en salvamento con su jente y alcanzó al gobernador en los términos de la Concepcion en los ejercicios arriba referidos, el cual estando mui deseoso de verse con el nuevo virei del Perú y tratar con él despacio del remedio de este reino; se partió el año de 1591, dejando encargado su campo al maestre de campo Alonso García Ramon de quien estaba tan satisfecho como sus obras merecian. Y porque el lugar mas necesitado era el de Arauco y Tucapel, le encomendó en particular el campo de aquella fortaleza, dejando en las demas fronteras el reparo y capitanes competentes para su defensa.

Como el maestre de campo vió que todo el peso de la guerra le incumbia a él mas que a otro cualquiera de los de Chile, y conoció la mucha ayuda que le daban los capitanes Gutierrez de Arce, Pedro de Cuevas y Gonzalo Hernandez, dióse tan buena maña a pacificar la tierra que en poco tiempo se vieron los indios forzados a dar la paz o desamparar sus casas y haciendas. Mas como ninguna cosa violenta es perpétua van las cosas de este reino de manera, que por mas demostraciones de paz que los indios daban y se allanaban en efecto por algun tiempo, era cosa tan forzaba, que estaban siempre en un pié con apetito de nunca asentarlo en servicio de los españoles. Y así en pasando el invierno y llegó el mes de noviembre, comenzaron los indios a formar escuadrones y a hacer emboscadas y asaltos en las ocasiones que hallaban oportunas para ello, con notable detrimento de los indios pacíficos y de los mesmos españoles cuyas escoltas no pasaban con seguridad hasta que el maestre de campo salió a remediarlo con cuarenta hombres de a caballo.

Cuando llegó la fuerza del verano y los indios vieron a los españoles encastillados en Arauco determináronse de echar el resto para acabar de una vez con ellos o morir en la demanda. Para esto se juntaron seis mil hombres de pelea y fué negocio extraordinario en aquellos tiempos donde los naturales estaban tan menoscabados, mayormente por ser todos hombres escojidos y mui ejercitados en batallas. Estando estos casi a vista de la fortaleza por espacio de cuarenta dias aguardando coyuntura, llegó al puerto de Arauco un navío que envió el virei del Perú con soldados por haber tenido noticia que

venia caminando otra vez el ingles pirata Tomás Scandi como en efecto venia; aunque murió en el viaje junto a Buenos-Aires, habiendo perdido tres navíos de cuatro que sacó de Inglaterra. De estos soldados se aprovechó Alonso García Ramon en este trance, poniéndolos en guarda de la fortaleza para sacar della los cien hombres de pelea que allí tenia y hacer con ellos rostro a los indios que estaban a sus ojos con ejército formado. Mas como hubiese falta de caballos por haberse muerto muchos en el invierno no pudo aprestar mas de cuarenta y cinco, entre los cuales salió el capitan Villaoslada que era recien llegado del Perú, y los tres capitanes arriba referidos y el alferez Gonzalo Becerra; aunque segun todos se mostraron en este encuentro, eran dignos de que fuese aquí escrito el nombre de todos, si el deseo de evitar prolijidad no lo impidiera. Luego que los nuestros salieron del puerto hallaron a mano un escuadron de trescientos indios de a caballo, los cuales siendo acometidos se fueron retirando con mucho órden para llevar tras sí a los cristianos hasta la potestad de su ejército. No ignoró el maestre de campo la traza y estratajema de los enemigos, mas con todo eso no rehusó ir adelante en su seguimiento hasta dar en otro escuadron de seiscientos de a pié que lo estaban esperando: con esto se trabó la batalla por largo rato derramándose siempre mucha sangre de ámbas partes; en este conflicto cayó un español muerto de una lanzada, y viendo los nuestros que los indios concurrian a echar mano del cuerpo para llevarlo cantando la victoria como suelen, se arrojaron todos a defenderlo, y así se desordenó el escuadron y anduvo la falla sin concierto. Aquí anduvo la cosa tan metida en coraje, que no se habia visto de algunos años ántes reencuentro mas reñido, mayormente en lugar llano donde los indios nunca se mantienen largo rato. Y es cosa de grande admiracion que con ser los españoles no mas de cuarenta y cinco, duró sucesivamente la refriega desde las siete de la mañana hasta una hora despues de mediodia. Estuvo el maestre de campo a punto de perder la vida en este conflicto, porque le mataron los contrarios el caballo y él cayó en tierra de modo que toda la fuerza de indios le acometió para cojerlo a manos, o matarlo como lo hicieran sino lo socorrieran los suyos con tanta presteza. Finalmente ganaron los nuestros la victoria, con pérdida de ochenta hombres del bando contrario, aunque del nuestro no hubo alguno que no saliese mui herido; y el último efecto de la victoria fué que vinieron los indios a dar la paz y sujetarse a los españoles viendo que era por demas pensar prevalecer contra ellos.

A este tiempo llegó a Chile por gobernador Martin García de Loyola, el cual hizo mucho caso de Alonso García Ramon y lo conservó en su oficio hasta que él mesmo se fué al Perú a que se le gratificasen sus servicios hechos en Flandes y en este reino: lo cual cumplió don García de Mendoza ocupándolo en oficios calificados y de provecho; primero de jeneral del puerto de Arica y despues en el correjimiento de la villa de Potosí, cuya vara tomó el mes de marzo de 1596.

Resúmen del gobierno y obras del jeneral don Alonso de Sotomayor del hábito de Santiago.

Don Alonso de Sotomayor fué natural de la ciudad de Trujillo en Extremadura de padres y deudos mui ilustres. Ejercitóse la mayor parte del tiempo de su vida en cosas de guerra en las alteraciones de Flandes y algunos presidios de Italia, y finalmente vino a gobernar este reino de Chile el año de 1583, entrando por Buenos-Aires como se escribió al principio de esta 3.ª parte. Metió en esta tierra cuatrocientos españoles, de cuyo número fueron Francisco del campo que habia sido sarjento mayor en el tercio de Lombardía y en los estados de Flandes, y Alonso García Ramon que fué el primer español que entró en la ciudad de Mastique y fué alferez del capitan Andrave; y los capitanes Francisco de Cuevas, Tiburcio de Heredia y don Bartolomé Morejon. Y así mesmo entraron en su compañía otros muchos caballeros como fué don Luis de Chavez, el capitan Sancho de Vargas, el capitan Francisco de Palacios, el capitan Herrera y Pedro de Cuevas, y el capitan Xpoval de Morales, y finalmente Pedro de Castro que fué en este reino soldado de mucha estima y mostró mucho valor en todas las batallas, mayormente en las que se halló el maestre de campo Alonso García Ramon en cuya compañía anduvo siempre. Ultra de esto metió don Alonso de Sotomayor en este reino algunos tiros de campo y quinientos arcabuces, doscientos mosquetes, doscientas cotas y doscientas lanzas. Pasó este caballero muchos trabajos en Chile por servicio de su majestad y allanóle muchas tierras rebeladas; despues de lo cual fué al reino del Perú a verse con don García Hurtado de Mendoza marques de Cañete que habia entrado en aquellos reinos por vicerei el año de 1590, y volvió a Chile a tiempo que ya estaba en él por gobernador Martin García de Loyola del hábito de Calatraba, el cual le tomó residencia. Gobernó don Alonso este reino nueve años y cuatro meses que corrieron desde doce de abril de 1583 hasta principio de agosto de 1592.

Despues de haber dado su residencia volvió al Perú el año de 1595. En este tiempo recibió el marques de Cañete en la ciudad de los Reyes una cédula de su majestad en que le avisaba que en Inglaterra se estaba aprestando una gruesa armada para dar en tierra firme, que llaman Nombre de Dios y Panamá, para que mandase que la jente viniese con cuidado de suerte que no los cojiese el enemigo desprevenidos. Y entendiendo don García que la cosa mas necesaria para prevenir este daño era el no faltar cabeza que dispusiese las cosas con prudencia y resguardo, y defendiese la tierra del enemigo si a ella aportase, puso los ojos en don Alonso de Sotomayor y le cometió esta empresa, intimándole cuanto importaba al servicio del rei la asistencia y gobierno de una persona como la suya; y aunque don Alonso estaba mui cansado de tantas guerras y desasosiegos y con deseo de alguna quietud al cabo de tantos años, con todo eso, por aventajarse mas en el servicio de su

majestad y acumular méritos a los pasados, y juntamente agradar y obedecer al vicerei don García, aceptó el cargo de capitan jeneral y se partió luego a Panamá con mucha municion y artillería, y llegó a su puerto al fin del mes de noviembre de 1595.

Mas, como a los oidores de la audiencia de Panamá les pareciese que el nombrar jeneral en aquella tierra era concerniente a su oficio, y a solos ellos incumbia este negocio, no quisieron recibir a don Alonso en tal cargo encomendándolo a un oidor que sabia mui bien usar de las armas de sus bartulos y diggestos, aunque en las armas de acero no estaba mui diggesto por no ser de su profesion ni ejercicio. Y procedió el negocio de manera que se le iba entrando el enemigo por las puertas sin haber hecho jénero de prevencion mas que si tuvieran cédula de seguro. Finalmente, cuando entendieron que los corsarios llegaban ya sobre ellos, acudieron a don Alonso de Sotomayor a que tomase la mano en esto dándole provisiones para ello, el cual no las quiso aceptar alegando en su favor que él tenia provisiones del virei, las cuales eran bastantes y que en virtud de ellas usaria el oficio si así mandaban, y si no, que buscasen otro que lo hiciese. Pasóse algun tiempo en estas demandas y respuestas, hasta que ya no faltaba mas que dejarse cojer de los contrarios: y entónces a mas no poder vinieron a concertarse, de suerte que don Alonso levantó bandera y señaló capitanes y previno los demas requisitos que la estrechura del tiempo permitia: con todo eso, puso tanta dilijencia en todo, que bajó a Nombre de Dios él en persona, y reconoció los puertos y lugares por donde podia entrar el adversario, y puso en ellos el mejor órden y resguardo que el caudal y tiempo sufrian. Y porque se tenia por cosa cierta que los ingleses habian de intentar la entrada por Chagre para subir el rio arriba a la ciudad de Panamá y saquearla, aposesionándose de ella para cojer algun grande rescate, acudió don Alonso con toda su fuerza a este rio de Chagre y se fortificó con seiscientos hombres, y plantando la artillería que le dió don García de Mendoza en dos barrancas altas que estaban frente a frente el rio en medio, de modo que no podia pasar bajel sin que le diesen batería. Con todo eso no se descuidó en poner guarnicion en el camino de tierra por si acaso entrasen por él los enemigos: y para esto nombró por capitan a Juan Enriquez Conobut que lo habia sido en Chile todo el tiempo que gobernó el reino el mesmo don Alonso. Mas, por entender que seria cosa mui casual acometer los ingleses por el camino de tierra, no le dió mas de sesenta hombres [illegible] negocio de por sí o por no, y por acudir a otros muchos lugares [illegible] sitados de fortaleza. Tomó esto el capitan Enriquez tan a pecho [illegible] con estraordinaria dilijencia se fortificó aprovechándose de la [illegible] madera de aquella montaña, y dispuso las cosas como capitan [illegible] sado y valeroso.

Estando las cosas en este estado, llegaron al puerto de Nombre de Dios cuarenta y ocho velas de ingleses, las veinte y tres de navíos gruesos y las demas de lanchas y bergantines. Estos habian salido [illegible]

puerto de Plemoa a veinte y ocho de agosto de 1595 con dos jenerales, el uno llamado Juan Aquines y el otro Francisco Draque, mui conocidos ámbos en toda la Europa y las Indias occidentales. Estos traian órden de la reina Isabela de Inglaterra para tonar a Nombre de Dios y Panamá que es el paso del Perú para España; mayormente por tomar la plata que allí se va juntando de ordinario para llevar en las flotas a Castilla. Y por esta causa echó la reina todo el trapo en aviar esta flota, con grandes gastos en hacer los navíos y aderezar cinco mil hombres que vinieron entre marineros y soldados. Estos fueron haciendo algun daño en la Margarita y Santa Marta, aunque fué mucho mayor el que ellos recibieron en puerto Rico donde los españoles les mataron al jeneral Juan Aquines con trescientos hombres de su compañía, por la buena dilijencia y prevencion del capitan Sancho Pardo que estaba apercebido con dos mil soldados para defender aquella tierra. Finalmente aportaron los demas ingleses con el capitan Francisco al puerto de Nombre de Dios el dia de los Reyes el año 1596 y saltaron en tierra a las siete de la mañana. Estaba la jente de aquel pueblo con tanta falta de consideracion y advertencia, que aun no fueron para huir a tiempo ya que vian entrar a los enemigos y no tenian fuerza para defenderse. Y así fueron presas algunos de los nuestros y algunos negros de servicio sin otros muchos que se pusieron en manos de los ingleses de propósito. Y sin dilacion alguna envió el capitan Francisco Draque al mas estimado caudillo que traia con novecientos hombres por tierra para que tomasen a Panamá que era el fin de su designio. Caminaron estos casi dos jornadas sin contradiccion alguna, mas cuando llegaron al fin de la segunda que es una quebrada conocida por este nombre lo pagaron todo junto; porque llegando al fin de ella y descubriendo la gran llanada que se sigue, fijó el capitan el pié y sarjenta en tierra diciendo: ea caballeros buen ánimo, que ya es nuestra toda esta tierra. A este punto uno de los nuestros que estaba en la emboscada, disparó un arcabuz con que dió con el capitan en tierra, y tomando la voz el alferez en su lugar, fué luego muerto de otro arcabuzaso, quedando los ingleses sin caudillo: y saliendo el capitan Juan Enriquez con los sesenta hombres, se trabó batalla mui sangrienta, donde los enemigos eran mejorados en número de jente y los nuestros en ánimo y conocimiento de los pasos. Duró esta refriega desde las siete de la mañana hasta las once; donde pelearon valerosamente así los sesenta hombres que estaban con Juan Enriquez como otros casi ciento que habian llegado allí con el alcalde mayor de Nombre de Dios los cuales iban huyendo a Panamá, y el mesmo Juan Enriquez se ayudó de ellos en este conflicto. Ya que los soldados de ámbos bandos estaban tan cansados que casi no podian menearse, llegó el capitan Agüero con cincuenta hombres de socorro, los cuales fueron de tanta importancia, que en comenzando a tocar sus trompetas desmayaron al punto los enemigos dejando ciento y noventa muertos de su bando en el sitio de la batalla.

Miéntras andaba la refriega llegó la voz al jeneral don Alonso Sotomayor, el cual acudió luego con alguna jente y fué picando en los enemigos que se iban quedando por el camino. Mas salieron los mas de ellos tan mal heridos de la refriega, que ántes de llegar a Nombre de Dios cayeron muertos otros doscientos demas de los referidos. Viendo el capitan este estrago en su jente, y que ultra de los muertos llegaron muchos en vísperas de ello, perdió los brios y amainó los blasones con que venia. Y así por esto, como porque fué informado de las muchas prevenciones y estratajemas que don Alonso tenia en el rio de cadenas que habia puesto en él con mucho artificio y otros resguardos concernientes al sitio, desesperó de conseguir su intento y con la rabia que de ello tuvo, puso fuego a Nombre de Dios, que por ser pueblo de madera se quemó fácilmente. Mas, no se fué alabando de aqueste hecho, porque los negros que se habian pasado de su bando, dieron en él cuando vieron la suya; y le mataron alguna jente, ultra de la que se le moria de pestilencia: y así se volvió a su tierra mesnoscabado, enfermo y dejando siete hombres presos a manos de los españoles. Con esta victoria que sucedió a diez de enero, ganó grande nombre el capitan Enriquez y mucho mas don Alonso a quien llamaba el pueblo hombre enviado de Dios; y no ménos a don García por haberle enviado a tal tiempo con municion y artillería.

PARTE 4.ª

DEL PROGRESO DE LAS COSAS DEL REINO DE CHILE

EN TIEMPO QUE LE GOBERNÓ MARTIN GARCIA DL LOYOLA

Del hábito de Calatrava.

CAPITULO XL.

De la entrada de Martin García de Loyola en este reino, y como entabló las cosas del gobierno.

Habiendo estado de muchos dias atras proveido por gobernador del Paraguay Martin García de Loyola del hábito de Calatrava, natural de la provincia de Guipuzqua de la casa de Loyola y descendiente de la cabeza de ella; y habiéndose diferido su viaje, el cual habia de hacer desde el Perú donde residia, le llegaron provisiones del rei don Felipe segundo de este nombre, en que le señaló por gobernador y capitan jeneral de estos reinos de Chile; y aunque la tierra estaba a la sazon tan miserable i el estado de las cosas de la guerra tan caido, que por no poder sustentarlas habia salido don Alonso de Sotomayor del reino yendo a la ciudad de los Reyes del Perú, a pedir socorro de jente, municion y

ayuda de costa para que no cayesen de todo punto. Con todo eso se animó el nuevo gobernador a tomar la posesion de su oficio entrando a la ciudad de Santiago con solos sus criados en el mes de setiembre del año 1592. Fué mui bien recibido de todos, así vecinos como soldados, saliendo cada uno a ello con las mas insignias de regocijo que la poca grosedad de la tierra en esta coyuntura permitia. Lo primero que hizo en este asiento fué enterarse de raiz de todas las cosas que actualmente iban corriendo en este tiempo, no queriendo mudar piedra hasta tomar el pulso del estado y condicion de ellas; porque es estilo de hombres prudentes entrar en sus oficios no innovando lo que sus predecesores habian entablado hasta pasar algunos dias; en que poco a poco van reduciendo las cosas al órden que les parece mas expediente. Habiendo el gobernador entendido que el maestre de campo Alonso García Ramon que asistia con ciento treinta hombres en la fortaleza de Arauco, estaba entónces en grande aprieto por haberle cercado mas de cuatro mil indios que actualmente perseveraban en el cerco, aunque algo apartados del fuerte para impedir las escoltas i tener a raya a los soldados, comenzó a dar órden en remediar este daño, tomando pareceres de los principales del pueblo y mas versados en las cosas de guerra. Y como estaban todos tan cansados ya de tan largas molestias, y no vian caudal ni fuerza para llevar adelante lo que en cincuenta años no habian podido concluir en tiempos en que habia mas aparejo para ello, fueron de parecer que se desamparasen los fuertes que estaban fuera de las ciudades, pues no habia poco que hacer en reparar los pueblos que estaban en grave necesidad por falta de jente hacendosa y sobra de hambrienta, rota y casi desesperada de tantas calamidades sin alguna manera de alivio ni socorro. Con todo eso se mostró Loyola tan animoso, que no solamente no desamparó las fuerzas que halló fundadas, ni desistió de la prosecucion de la guerra, mas ántes lo tomó mas de propósito con ménos brios, supliendo con sagacidad y prudencia la falta de posible, que a la sazon era mui corto. Y para que a los pequeños principios se siguiese el aumento que se deseaba, despachó luego a Miguel de Olaberria, su sarjento mayor, a la ciudad de los Reyes del Perú para que pidiese socorro de jente i dinero para sustentar la guerra; constándole enteramente el deseo que don García de Mendoza marques de Cañete i visorei de aquel reino tenia de favorecer a las cosas de Chile como a propias suyas, por haber sido el mas insigne benefactor de este reino segun parece en la primera parte del segundo libro de esta historia.

Miéntras se hizo este viaje, determinó el gobernador de ir a los estados de Arauco, tomando tan a pecho las cosas de la guerra, que propuso no hacer asiento en Santiago miéntras ella durase y él permaneciese en el oficio. Y para no dejar raices que le obligasen a volver algunas veces a esta ciudad desamparando las fronteras de enemigos, llevó consigo a su mujer y a toda su casa, y fué marchando con casi trescientos soldados que juntó con harto trabajo, ayudándose de alguna derrama impuesta con mucha suavidad, mas con ruegos que con imperio repre-

sentando a los vecinos la necesidad presente y ser negocio que iba por todos. Era su mujer de Loyola una hija de los reyes indios del Perú, y así la habian pretendido por mujer algunos caballeros de mucha estofa por su calidad y rentas que eran en grande suma, por lo cual le pareció al comendador que podria ser esto de algun efecto para que los indios se allanasen viendo que una de su nacion era mujer del que gobernaba la tierra, como en efecto lo fué, y por esta causa la llevó consigo sacándola de entre jente que estaba de paz donde no habia necesidad de aqueste medio. Y habiendo llegado a la ciudad de la Concepcion no quiso parar en ella muchos dias, saliendo luego la vuelta de Arauco donde era toda la refriega. Dentro de pocos dias pasó con su campo el rio de Biobio y lo asentó en Colcura al pié de la famosa cuesta de Abeman que está cuatro leguas de Arauco. En este tiempo salió el maestre de campo de la fortaleza y tuvo una guazavara con algunos escuadrones de los indios que le tenian cercado, de donde salió con la victoria habiendo muerto ciento de ellos. Y como por una parte vieron esta pérdida, y por otra sintieron la entrada del gobernador, alzaron luego el cerco no atreviéndose a hacer rostro a tanta jente española.

CAPITULO XLI.

De la entrada de los padres de la compañía de Jesus en Chile.

Dentro de pocos dias despues de la entrada del gobernador Martin García de Loyola, llegaron algunos padres de la compañía de Jesus, de cuya relijion nunca se habia visto hombre en Chile hasta este tiempo. Habian sido no poco deseados de todas las personas graves y celosas de su aprovechamiento espiritual, y en particular de los gobernadores pasados por la buena relacion que tenian del mucho fructo que estos padres habian hecho en el Perú, y la grande reformacion que en aquellas provincias se experimentó con su aprobada doctrina y buen ejemplo. Por està causa enviaron a suplicar al rei don Felipe segundo de este nombre, hiciese merced de socorrer a este reino con algunos padres de esta relijion, esperando por su medio la tranquilidad y sociego que no habian podido en tantos años alcanzar por fuerza de armas; pues acontece no pocas veces que las empresas árduas y difíciles que no se efectuan con grandes machinas y artificios humanos, vienen a allanarse con gran facilidad por la intervencion de los servicios de Dios que negocian con su majestad a fuerza de oraciones, y aun con los hombres aunque sean enemigos con la eficacia de las palabras y virtud divina que Dios pone en sus lenguas. Pues sabemos que la fuerza del rei David que era valerosa, y las armas de su persona y ejército, no habian sido para ablandar la dureza del corazon del rei Saul que le perseguia: y ofreciéndose lance en que vinieron a palabras y obras de sufrimiento y mansedumbre de que David usó para modificar un hombre tan obstinado, vino Saul a rendirse de tal manera, que reconoció las grandes ventajas que David le hacia; y le dijo por palabras expresas, yo reconozco que eres tú mejor que yo.

Por estas causas concedió su majestad lo que se le pedia, enviando desde España ocho relijiosos a su costa para dar principio a la fundacion de su casa; pero llegados a la ciudad de los Reyes del Perú, le pareció a su provincial trocar algunos de ellos con otros mas experimentados en la tierra para que se entablase esto mas ordenadamente. Y deseando que fuese para mucho servicio de nuestro señor y edificacion de este reino, se encargó esta empresa al padre Baltazar Piñas, de conocida santidad en todo el Perú y muchas provincias de Italia y España por donde habia andado buscando almas para el cielo con admirable doctrina y extraordinario fervor de espíritu. Demas de lo cual, habia fundado colejios en algunos lugares de Cerdeña, España y no ménos en el Perú siendo provincial en aquel reino; y ultimamente el colejio de Quito a donde no habia entrado jamas la compañía hasta que él fué a ello el año de ochenta y seis; y aunque por su mucha edad y cansancio corporal estaba ya retirado no entendiendo en otra cosa mas de tratar con Dios a solas: con todo eso entrando la obediencia de por medio, dejó la tranquilidad por el trabajo, dejó el sociego por los cuidados, dejó la seguridad por los peligros, dejó la dulcedumbre de su rincon, no con gana de campear, sino de granjear el bien de las almas como siempre lo habia hecho. Fueron con él en este viaje dos relijiosos sacerdotes nacidos en Chile, que habian ido en su juventud a seguir los estudios en la ciudad de los Reyes, donde salieron con mui copioso caudal de letras y mucho mayor de virtud en catorce o quince años que habian estado en la mesma compañía de Jesus. Llamábase uno de estos padres Hernando de Aguilera hijo del capitan Pedro de Olmos Aguilera de quien se ha hecho diversas veces mencion en esta historia, y el otro Juan de Olivares, los cuales fueron a este asunto para que como sus padres habian hecho la conquista temporal del reino, y sus hermanos estaban en ella actualmente, así ellos se empleasen en la espiritual ayudándose de las letras y espíritu que habian adquirido y del caudal de lengua de los indios que sabian por haberse criado entre ellos; y por la mesma razon fué de este número otro relijioso llamado Luis de Valdivia que era de raras partes, mayormente en cosas de letras y hombre mui espiritual aunque no viejo, el cual por ser deudo del gobernador Valdivia, salió con pretension de imitarle en el valor aunque en diferente materia, con celo de entrar luego ganando las almas de los indios, cuyas tierras habia ganado su pariente, y tambien para restaurar con esto los daños que les habian hecho con ocasion de la conquista.

Partieron pues los ocho relijiosos del puerto del Callao de Lima en el mes de febrero principio del año de 1593, y tuvieron una procelosa tormenta donde se vieron en gran peligro aportando finalmente al puerto de la Serena de donde fueron todos en procesion hasta la ciudad, caminando muchas personas delcalzas por haberlo prometido en la tormenta. Grande fué la instancias que hizo este pueblo a los dichos padres para que se quedasen allí siquiera dos de ellos; pero por no haber tomado asiento en la ciudad que es cabeza del reino, no se pudo conce-

der por entónces; y así se partieron todos por tierra con mui cumplida provision y avio que les dieron con mucha caridad los moradores de este pueblo, aunque no poco tristes de quedarse sin quien tanto les habia consolado en aquellos pocos dias. Y habiendo caminado los padres sesenta leguas llegaron a los términos de Santiago donde estaban apercebidos el cabildo eclesiástico y secular con todas las personas principales de la república para salir una legua a recebirlos con grandes muestras de regocijo. Mas como los padres entendiesen el aparato que estaba ya a punto para otro dia, dieron traza en evitar semejante ruido y aplauso, caminando gran parte de la noche hasta que amanecieron dentro de la ciudad sin ser oidos ni vistos. La alegría y júbilos de todo el pueblo, los regalos que a estos padres se les hicieron, la devocion con que ardian los corazones en aquel tiempo de su entrada, no es explicable en pocas palabras: mayormente por ser el padre Baltazar Piñas hombre amabilísimo, y en cualquier lugar que habia vivido era mui acepto por su santidad y doctrina y voluntad de agradar a todos; y así en cualquier ciudad donde habia entrado le traian en palmas; y no era menor la admiracion con que todos estaban viendo a los principios grandísimas procesiones de indios que se hacian todos los domingos cantando por las calles la doctrina cristiana que era espectáculo a que estaba la jente del pueblo como embelesada y con las bocas abiertas dando gracias a Dios y echando mil bendiciones a estos relijiosos que tal mano tenian para emprender con el auxilio divino grandes cosas en poco tiempo; y lo que mas les admiraba era ver que un hombre como el padre Valdivia, recien entrado en la tierra, habia aprendido en un mes el lenguaje de los naturales y lo hablaba en él expeditamente, siendo tan atractivo de ellos, que se andaban tras él en grandes cuadrillas colgados de sus palabras y mirandolo con tanto amor, como si fuera su padre; y así por esto como por el gran fruto que se hacia en los españoles en las confesiones, sermones y buen ejemplo de estos relijiosos, procuraron los de la ciudad darles casa y les compraron la que habia sido del gobernador Rodrigo de Quiroga que habia deseado harto ver en sus dias jente de la compañía de Jesus en este reino. Aquí fundaron los padres su colejio, habiéndose hospedado casi un mes en el convento del glorioso patriarca Santo Domingo, donde fueron agasajados con grande caridad i regalo, saliendo con estrecha obligacion de esta santa casa, y por tenerla ya los padres propia, pusieron sus escuelas de latinidad para educacion de la juventud que fué echar el sello a la buena obra que los padres hacian, y al deseo con que anhelaba todo el reino de ver sus hijos en esta ocupacion tan importante. Dió principio a este ministerio un sacerdote llamado Gabriel de Vega, que pudiera darlo a escuelas de mas alta ciencia; y no por esta ocupacion dejó de aprender luego la lengua de los indios y trabajar con ellos en las cosas de sus almas. Y porque para acudir a tan diversos ministerios eran necesarios mas obreros, volvió por procurador de este reino a la ciudad de los Reyes, el padre Luis de Estella que era un relijioso mui cabal, con cuya embajada fueron envia-

dos mas relijiosos a este colejio, con que se aumentó el número dellos y la fuerza de los ministerios propios de la compañía de Jesus, en cuyo nombre se dió principio a esta jornada y fin a este capítulo.

CAPITULO XLII.

De las batallas que el gobernador Martin García de Loyola tuvo desde el año de 93, hasta el de 95.

Al principio del año de 93 entró el gobernador en el fuerte de Arauco donde estaba el maestre de campo Alonso García Ramon mui contento de la victoria arriba referida, y viendo que este lugar estaba con buen aderezo, se partió del dejándolo avituallado para entrar él mismo en la provincia de Tucapel donde los indios tenian mucha avilantez mas que en otras partes: fué grande el estrago que él hizo en esta tierra, talando los campos y recojiendo ganados, y muchos indios de muchas suertes y edades, habiendo muerto buena cantidad dellos que se pusieron en defensa: con esta presa se volvió a la fortaleza de Arauco, y la tornó a abastecer de lo necesario para el invierno que habia de entrar de allí a poco tiempo; y luego despachó una galizabra nueva, y en ella al capitan Juan Martinez de Leiva para que descubriese a cierto corsario ingles que andaba costeando este reino, y lo tomó despues en el Perú el marques don García Hurtado de Mendoza visorei de aquellas provincias enviando para ello a su cuñado don Beltran de la Cueva hijo del conde de Lemos. Fué este viaje de Juan Martinez de Leiva de mucho momento, porque dió aviso en el Perú de la entrada de este corsario por el estrecho, con lo cual hubo lugar de prevenirse las cosas necesarias para cojerlo.

Hecho esto se fué el comendador Martin García de Loyola a la Concepcion donde invernó el mesmo año, y llegado el verano que entra por setiembre, recojió los pocos soldados que habia y se fué con ellos a las ciudades de arriba donde anduvo multiplicando su jente; y habiendo juntado doscientos hombres, volvió con ellos a Talcamavida y Mareguano, talando las sementeras de los indios y matando muchos dellos en diferentes encuentros. Y así por esto, como por la singular prudencia con que procedia en todas las cosas, vinieron los indios de las riberas de Biobio, de una i otra banda, a dar la paz, cosa que nunca se habia visto en estas tierras desde los tiempos de don García de Mendoza. Con este felice suceso se quedó allí hasta el año de 94, habiendo enviado al maestre de campo Alonso García Ramon al Perú por socorro de jente, mas como se volviese sin ella por el mes de marzo, estuvo la cosa en términos de dejar despoblada la fortaleza de Arauco y otras fronteras por no haber fuerza para sustentarlas: con todo eso, el efecto fué mui contrario de este, porque tornó a enviar al dicho maestre de campo a Santiago para recojer la jente que pudiese; y por otra parte, fué él mesmo en persona a las ciudades de arriba con el mesmo intento: y habiendo juntado 220 hombres, hizo maravillosas suertes en las provincias de

Mareguano y Talcamavida, gastando todo el año en grandes empresas; y una dellas fué, que sabiendo de una junta de enemigos que estaba en la ciudad de Puren, fué allá con 130 hombres y acometió a los enemigos que serian hasta 300 de los mas valientes de todo Chile; y aunque halló ser la ciénaga inexpugnable por ser grande y cercada de canales hondas de suerte que no se podia entrar a caballo; con todo eso puso el pecho al agua y mandó al capitan Antonio Récio que entrase por ella, quedando en el interior los demas escombrando el paso con la arcabucería para que los indios no lo estorbaran a los nuestros. Con esto ganó a este capitan el sitio de la ciénega con muerte de muchos contrarios. Aun tambien recibieron algun daño los españoles, y en particular el capitan Antonio de Galleguillos a quien dieron un flechazo en un ojo; era este capitan correjidor de la Imperial, lo cual puso avilantez a los indios para dar sobre la ciudad viendo que estaba enferma la cabeza; y juntándose 200 de a caballo entraron dentro della corriendo todas las calles y quemando muchas casas sin ser parte para impedírselo los soldados del pueblo que eran mas de 100: con todo eso se levantó el correjidor y acaudilló su jente con la cual fué en seguimiento de los indios, los cuales en su retirada iban matando muchos de los yanaconas que iban con los españoles.

Despues desto fué el gobernador a la sierra del Aulamilla donde estaban los indios fortificados con la espesura del montecillo; y aunque era difícil la entrada por ser mucho el boscaje, con todo esto mandó al sarjento mayor Miguel Olaverria que acometiese con sesenta arcabuceros, como lo hizo entrando todos a pié con harta dificultad por ser el lugar fragoso; mas fué su entrada de tanto efecto, que a la primera rociada echaron a los indios del fuerte quedando algunos dellos muertos, y así mismo salieron heridos diez españoles, de cuyo número fué el sarjento mayor que sacó dos heridas de que estuvo manco mas de ocho meses.

Llegado el año de 95, fundó Martin García de Loyola una ciudad en el asiento de Millapoa, que está junto a Biobio a la banda que cae de la otra parte de la Concepcion, intitulando a este pueblo con nombre de Santa Cruz de Oñez. Fué esta poblacion de suma importancia para tener a los indios a raya, pues hasta entónces eran señores de toda la tierra que está dos leguas de la Concepcion de la otra parte del rio. Y así se han reducido allanando no solamente los indios de ambas vegas, mas tambien los de Arauco, Talcamavida, Mareguano, Laulamilla y Chipimo, que son mas de las dos tercias partes de los que Loyola halló rebelados en el reino. Y para asegurar mas esto, fabricó en la otra parte del rio que cae a la banda de la Concepcion, el fuerte de Jesus, a contemplacion de su tio Ignacio de Loyola, patriarca y fundador de la compañía de Jesus; y por fortalecer mas su tierra con este divino nombre. Sobre esta fortaleza vino un indio llamado Nangolien de la provincia de Mareguano que era jeneral de ella y valerosísimo capitan; a este dieron entrada los indios nuevamente reducidos por andar

siempre de mal pié con los españoles, de suerte que dió un dia al cuarto del alba sobre el fuerte con 300 hombres, cojiendo descuidados a los españoles que eran veinte y dos solos. Tocó arma la centinela sin que se hallase hombre vestido, si no fué un soldado viejo llamado Rios que acudio al portillo por donde ya los indios iban entrando, y derribando dos de un arcabuzaso puso luego mano a su espada y detuvo el ímpetu de los demas peleando varonilmente: a esto acudió el capitan llamado don Juan de Rivadeneira, y por otra parte fueron los soldados a la puerta principal que estaba ya casi derribada, y en particular Juan Gajardo impidió a los indios para que no acabasen de derribarla oponiéndose con un mosquete con que mató muchos enemigos. Viendo los enemigos cuan mal les iba en este asalto, se retiraron con las manos en la cabeza aunque no mui escarmentados, pues tornaron a hacer de las suyas. Por esta causa dió el gobernador en perseguir a este capitan; y así envió al sarjento mayor Olaverria a darle una trasnochada con cuarenta y cinco hombres en la provincia de Mareguano: tuvo el sarjento buena mano en este lance, porque entre otros indios prendió un cuñado del capitan Nangalien llamado Neretalia, y despues de esto fué preso un hijo del mesmo Nangalien, lo cual sintió tanto su padre, que hubo de venir de paz con todos los suyos con lo cual quedó la tierra mui quieta.

Mucho es de estimar en esta parte la prudencia y ánimo de Martin García de Loyola, pues en ménos tiempo, con ménos jente y aderezo y con ninguna experiencia en cosas de este reino ni de guerra, ha salido con lo que otros gobernadores no pudieron y se ha conservado en paz y con buen nombre de todos. Hase atrevido a cosas extraordinarias, como el salir él solo con su capa y espada a tratar con algunos indios rebelados de los medios de paz estando a vista de ámbos ejércitos de mas desto usó una vez de una estratajema de mucha industria, y fué que estando los indios de Mareguano y Arauco mui orgullosos pretendió amainarles los brios y en particular la confianza que tenian en el famoso cerro de Catiray donde siempre habian quedado victoriosos i hecho grandes suertes a los españoles: y para esto los desafió para cierto dia señalado en aquel mesmo cerro que es la mayor fuerza que ellos tienen, para darles a entender cuan poco caso hacia dellos, pues los queria cojer en el mas fuerte castillo de su reino. Estando los indios mui metidos en obra apercibiéndose para el dia aplazado, previno el gobernador acudiendo al cerro y lugar elejido, tres o cuatro dias ántes del plazo, y halló algunos pocos indios que estaban descuidados de tal acometimiento, y cojiéndolos a manos les reprendió i envió a sus capitanes que les diesen de su parte que eran unas gallinas, pues no habian osado acudir a la batalla. Y diciéndole los indios que ellos habian entendido ser mas largo el plazo, les hizo entender que era aquel dia y que ellos no estaban engañados en ello, pues sabian mui bien que era el dia presente determinado, sino que lo hacian de cobardes. Fueron los indios con esta embajaba a sus capitanes los cuales se quedaron pasmados de oir el caso

a que los mensajeros del desafío no habian entendido el dia que se señalaba, y consiguientemente creyeron que el gobernador habia acudido puntualmente y tenian preuuncio dellos que no osaban acometer de puro cobardes, con lo cual tuvieron de él mayor estima y ellos quedaron mui corridos y amilanados. Y por remate desta historia advierto que es mucho de ponderar el teson y ánimo de los indios, pues nunca se ha visto que ninguno dellos se rinda a español dejándose rendir aunque muera en la demanda; y así los que cojen son a pura fuerza y no pudiendo ellos defenderse. Acontece tenerse un indio con dos o tres españoles armados y no rendírseles hasta morir. Porque lo que mas sienten entre todos sus trabajos, es servir a jente extranjera, y por evitar esto sustentan la guerra de casi cincuenta años a esta parte: y han venido en tanta disminucion, que donde habia mil indios apénas se hallan ahora cincuenta; y por esta causa está la tierra mui adelgazada, pobre y miserable, y finalmente sin otro remedio sino la esperanza del cielo.

Concluyo con lo que el eclesiástico dió período a su libro diciendo: que el escribir muchos libros es cosa sin propósito, y que lo que importa es que oigamos todos el fin del razonamiento que es éste: Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque este es todo el hombre, y que Dios ha de nivelar todas las cosas en su juicio y sentenciar lo bueno y lo malo segun el fiel de su justicia. Y si este santo temor hubiera sido el principio con que se conquistaron estos reinos, no estuviera esta historia llena de tantas calamidades como el lector ha leido en ella. Plegue al Señor sea servido de poner en todo su piadosa mano, para que en los corazones haya mas amor suyo y mas felice prosperidad en los sucesos.

LAUS DEO.

INDICE DEL TOMO VI.

PARTE 3.ª

DE LA REBELION JENERAL DE LOS INDIOS DE ARAUCO Y TUCAPEL.

LIBRO SEGUNDO DE LA HISTORIA DE CHILE.

DE LA PACIFICACION DEL REINO REBELADO,

HECHA POR DON GARCIA HURTADO DE MENDOZA,

Marques de Cañete y señor de las villas de Argete, habiendo salido con siete insignes victorias y fundado siete ciudades, reedificando las asoladas con las demas memorables hazañas que emprendió siendo gobernador en este Reino, como lo fué despues en el del Perú,

CON CARGO DE VICE-REI Y CAPITAN JENERAL DE AMBOS REINOS.

PARTE 2.ª

DE ESTE SEGUNDO LIBRO EN LA CUAL SE CONTIENE EL ESTADO DE LAS COSAS DE CHILE EN EL TIEMPO QUE LE GOBERNÓ

EL MARISCAL FRANCISCO DE VILLAGRAN.

PARTE 3.ª

DEL SEGUNDO LIBRO, EN LA CUAL SE TRATA DEL ASIENTO DE LA REAL AUDIENCIA EN CHILE,

Y DEL GOBIERNO DEL DOCTOR SARAVIA.

LIBRO TERCERO DE LA HISTORIA DE CHILE,

DESDE EL AÑO DE 1575 HASTA EL DE 1595.

1.ª PARTE DEL 3.° LIBRO,

TRATA DEL GOBIERNO DE RODRIGO DE QUIROGA.

PARTE 2.ª

DEL TERCERO LIBRO, EN EL CUAL SE TRATA DEL ESTADO DE LAS COSAS DE CHILE DESDE EL AÑO DE 1580 HASTA EL DE 1583,

EN QUE GOBERNO EL MARISCAL MARTIN RUIZ DE GAMBOA.

PARTE 3.ª

DEL TERCERO LIBRO, EN LA LA CUAL SE TRATA DEL ESTADO DE LAS COSAS DE CHILE DESDE EL AÑO DE 1583 HASTA EL DE 1592.

EN QUE GOBERNO DON ALONSO DE SOTOMAYOR, DEL HABITO DE SANTIAGO.

PARTE 4.ª

DEL PROGRESO DE LAS COSAS DE CHILE

EN TIEMPO QUE LE GOBERNO MARTIN GARCIA DE LOYOLA DEL HABITO DE CALATRABA.

FIN DEL ÍNDICE.